

Un Llamamiento al Amor



EDITORIAL PATRIA, S. A.

MEXICO, D. F.

“UN LLAMAMIENTO AL AMOR”

ERRATAS

Pág.	Línea	Dice	Debe decir
130	27	comunicación	comuni6n
211	14	Combatir	Compartir
229	última	transforma	transformada
234	12	clase	clave
239	27	mil	mis
250	23	felicidad	fidelidad
252	9	no tengas	no temas
336	24	combatir	compartir
381	36	no quiso morir...	no quiso morir así...
470	3	tan distintas	tan distantes

UN LLAMAMIENTO AL AMOR

UN LLAMAMIENTO AL AMOR

*EL MENSAJE DEL SAGRADO CORAZON AL
MUNDO Y SU MENSAJERA
SOR JOSEFA MENENDEZ*

1890 - 1923

RELIGIOSA COADJUTORA
DE LA SOCIEDAD DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS

INTRODUCCION

por el R. P. H. Monnier-Vinard, S. J.

CONCLUSION

por el R. P. Fr. Charmot, S. J.



EDITORIAL PATRIA S. A.

Av. Uruguay 25 Apartado Postal 784
MEXICO, D. F.

1949

DECLARACION

Al publicar estas páginas no es nuestra intención afirmar cosa alguna sobre la naturaleza de las comunicaciones de que en ellas se trata y declaramos que nos sometemos plenamente al juicio de la Santa Iglesia

NOTA

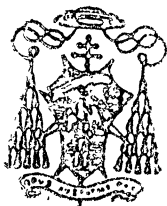
Al terminar el presente libro, se han abierto ya en las diócesis de Poitiers y de Madrid, el proceso canónico para la introducción de la causa de Beatificación de Sor Josefa Menéndez

NOTA DEL EDITOR

*La presente edición de
“Un Llamamiento al Amor”
ha sido patrocinada por la Sociedad del
Sagrado Corazón de Jesús.*



avril 1938



Ma Révérende Mère

Je ne doute pas que le Sacré Cœur de Jésus
n'ait pour agréable la publication de ces pages toutes
pleines du grand amour inspiré par sa grâce à sa très
humble servante sœur Maria Josefa Menéndez: puissent-elles
contribuer efficacement à développer en beaucoup d'âmes une
confiance toujours plus, complète et plus ardente dans l'in-
finie miséricorde de ce Divin Cœur envers les pauvres pécheurs
que nous sommes tous.

C'est le vœu que j'éprouve en vous bédisant,
vous et toute la Société du Sacré Cœur

Le Cardinal Pacelli

Mi Reverenda Madre:

No dudo que el Sagrado Corazón de Jesús habrá de mirar complacido la publicación de estas páginas, tan llenas del grande amor inspirado por su gracia a su humilde sierva sor María Josefa Menéndez. Ojalá contribuyan eficazmente a desarrollar en muchas almas una confianza, cada día más plena y amorosa, en la infinita misericordia de este Divino Corazón para con los pobres pecadores, entre los cuales nos contamos todos.

He aquí mi deseo al bendeciros a Vos y a toda la Sociedad del Sagrado Corazón. (1)

(1) Reproducción, con el consentimiento de Su Santidad, del autógrafo por el cual el Cardenal Pacelli se dignó bendecir la primera edición del "Llamamiento al Amor".



Vista la respetable opinión que Nuestro Santísimo Padre Pío XII expusiera, siendo aún Cardenal Secretario de Estado, en Abril de 1938, sobre "Un Llamamiento al Amor", concedemos Nuestra licencia para su reimpresión, con la misma esperanza de Su Santidad, de que sea agradable al Corazón Sacratísimo de Jesús la publicación de esas páginas llenas del grande amor inspirado a la humilde Sierva de Dios, Sr^a María Josefa Menéndez, religiosa del Sagrado Corazón, y sirvan al mismo tiempo de grande estímulo a las almas que trabajan por adquirir su perfección espiritual.

México, a 7 de Febrero de 1949.

+ Luis María
Arz^{ob} de México

PROLOGO

Esta nueva edición de Un Llamamiento al Amor se presenta como extenso complemento del libro publicado en 1938.

La acogida que se dió a estas páginas desde su publicación, la rapidez con que se sucedieran las ediciones, el impulso de las almas para responder a los deseos del Corazón de Jesús, las numerosas cartas venidas de todas partes para atestiguar la acción profunda de este Mensaje y las gracias señaladas que lo acompañan, todo parece confirmar la promesa de Nuestro Señor: "Mis Palabras serán Luz y Vida para un número incalculable de almas. Les daré una gracia especial para que iluminen y transformen a las almas". (Nuestro Señor a Josefa, 13 de noviembre de 1923).

Apenas unos meses después, el libro, ya publicado en castellano, se traducía al portugués, italiano, inglés, chino, húngaro... Así se realizaba el deseo divino de que este llamamiento se oiga hasta los confines del mundo. (1).

La guerra no apagó esta llama que un designio providencial quiso encender antes de la conflagración general de las naciones. Y a pesar de todos los obstáculos, este incendio con que el Dueño del Amor quería cubrir al mundo se extendió de alma a alma.

Pero al mismo tiempo, muchas peticiones afluían al centro de la difusión manifestando la esperanza de que una biografía más completa permitiera conocer mejor a Sor Josefa Menéndez, para profundizar más el Mensaje cuya intermediaria era ella.

El presente trabajo quisiera responder a ese deseo. En él el Mensaje del Corazón de Jesús se coloca de nuevo, en su

(1) Actualmente se halla traducido en 14 idiomas.

marco. Se incrusta en la vida de Josefa de la que es inseparable. Para eso, se ha necesitado tan sólo citar ampliamente las notas escritas por obediencia y cuidadosamente conservadas. Están en castellano, y el hilo conductor que las une, no es más que el testimonio de aquéllas que han seguido paso a paso la historia de esta vida, pasada toda entera en función de los Designios del Corazón de Jesús.

Esta documentación directa será, sin duda, la forma más viva y más auténtica de una biografía cuyo Mensaje es todo de Amor.

Ya en 1926, después de haber cuidadosamente examinado los cuadernos de Sor Josefa Menéndez, un Consultor de la Sagrada Congregación de Ritos concluía su informe con estas líneas: "Hago votos por que estas cosas sean conocidas para gloria de Dios, para alentar a tantas almas pusilánimes y desconfiadas, como también para glorificar a esta santa religiosa del Sagrado Corazón." (Traducido del italiano).

Sin adelantarnos en nada al pensamiento de la Iglesia, único juez en esta materia, nos sometemos enteramente a sus decisiones futuras. Pero las almas que lean estas páginas tendrán la alegría filial de encontrar aquí —con el consentimiento de Su Santidad, escrito de su puño y letra— el autógrafo del Cardenal Pacelli, entonces Protector de la Sociedad del Sagrado Corazón, bendiciendo la primera edición del "Llamamiento al Amor", un primer viernes de abril de 1938.

I N T R O D U C C I O N

El 29 de diciembre de 1923, moría santamente, a la edad de 33 años en el convento de los "Feuillants" en Poitiers, Sor Josefa Menéndez. Humilde Hermana Coadjutora del Instituto del Sagrado Corazón de Jesús, en el que había vivido sólo cuatro años y muy obscuramente, era una de esas almas cuyo nombre debía seguir ignorando el mundo, y cuyo recuerdo, aun entre sus Hermanas en Religión, debía haberse borrado rápidamente. Y he aquí que, por el contrario, veinte años apenas después de su muerte, el mundo entero se ocupa de ella. Desde lo más remoto de América, de Africa, de Oceanía, se la invoca con fervor, se escucha con recogimiento y respeto el Mensaje que el Corazón de Jesús le ha encargado que trasmita a los hombres.

En 1938 con el título de "Un Appel á L'Amour", publicaba el Apostolado de la Oración de Toulouse, el extracto de este Mensaje. El Cardenal Pacelli, hoy felizmente reinante con el nombre de Pío XII, en una Carta-Prefacio, se dignó recomendar a todos su lectura. Cinco años después se exige, y con insistencia, una biografía completa. Se desea conocer en todos sus detalles una vida tan rica y tan escondida, en la que la misma pobreza del marco humano hace resaltar con mayor viveza la esplendidez de la Acción Divina.

Esta segunda edición, muy completa, responde a aquellos legítimos deseos. Redactada conforme a las mismas notas de Sor Josefa, escritas día tras día por obediencia, notas confirmadas por los recuerdos de los testigos de su vida, como son la Superiora y la Asistente de la casa de Poitiers y el R. P. Boyer, O. P., su director, ofrecen absolutas garantías (1).

El público abrirá este libro con curiosidad ardiente, lo leerá con emoción y admiración, y en fin lo cerrará animado de una voluntad enérgica de tornarse mejor y de amar en definitiva a un Dios que manifiesta tan grande amor hacia su criatura. Porque todo, en esta biografía habla de la maravillosa providencia de amor, que ejerce Dios sobre el hombre. La Sagrada Escritura nos lo presenta en los Salmos, siguiendo con una vigilancia siempre alerta a los hijos de los hombres, escudriñando atentamente

(1) Se respeta la redacción de la Hermana conservándola en toda su sencillez.

sus actos y respondiendo al más pequeño intento de oración. Inclinado con amor sobre sus hijos rebeldes, hasta el día en que, encarnándose El mismo y tomando naturaleza humana en el seno de la Virgen María, viene a decir a los hombres, en lenguaje humano, el gran amor de que está lleno su Corazón.

Y Jesús, el Verbo encarnado, ha transmitido a los hombres íntegramente el Mensaje que El, a su vez, había recibido de su Padre: *Omnia quaecumque audivi a Patre meo, nota feci vobis* (Jo. XV-15). No hay nada que añadir a lo que dijo Jesucristo y, al morir San Juan, el último apóstol, la revelación divina queda cerada y sellada. Ya no se hará en el curso de los siglos sino aclarar su contenido. Pero éste es de una riqueza insondable. Es tan rico y los hombres, desde el punto de vista religioso son generalmente tan distraídos y superficiales, que no saben leer a fondo un Evangelio que necesita ser profundizado. Por eso, como en los tiempos de la Ley Antigua, Dios enviaba Profetas para reavivar la fe y la esperanza de su pueblo, así Cristo suscita de vez en cuando almas a las que confía la misión de explicar a los hombres sus palabras auténticas, y la de revelarles su profundidad y su sentido oculto.

En la mañana del día de Pascua, encarga el Señor a María Magdalena que anuncie a los Apóstoles la nueva de su gloriosa Resurrección y desde entonces, en la sucesión de los tiempos, serán con frecuencia humildes y pobres mujeres las elegidas para transmitir al mundo sus voluntades más importantes. Para no citar sino las principales: por medio de Sta. Juliana de Montcornillon, hizo instituir en la Iglesia la fiesta de Corpus Christi y renovó la devoción al Stmo. Sacramento. Por Sta. Margarita infundió un nuevo impulso a la devoción al Sagrado Corazón, dándole un sentido y un alcance nuevos. Por Santa Teresita del Niño Jesús volvió a decir al mundo que parecía haberlo olvidado, el mérito y el valor del estado de infancia espiritual. Así obró con Sor Josefa.

Por el hecho de su canonización, las tres primeras han recibido de la Iglesia como un reconocimiento oficial de su misión. Sor Josefa no ha alcanzado todavía ese honor pero, sino las ha igualado aún en cuanto a la gloria, puede considerarse hermana de ellas por la gracia, y Dios se ha complacido en acreditar su testimonio. El que trata a sus criaturas humanas con soberano respeto, *cum magna reverentia disponis nos* (Sap. 12. 18), se debe a Sí mismo el poner su señal sobre los que El envía: es necesario que se les pueda reconocer como sus portavoces.

Sus caminos no son nuestros caminos, ni sus pensamientos nuestros pensamientos. Para mejor mostrar que todo viene de El solo, escoge instrumentos débiles que humanamente parecen ineptos a la obra que El planea y la debilidad de éstos hace resplandecer su propia fuerza.

“No buscó, dice San Pablo, para establecer su Iglesia, ni sabios, ni

grandes del mundo". Se hubiera podido atribuir a su talento o a su prestigio la rápida difusión del cristianismo... Escogió ignorantes, pobres, que formaban parte del pueblo humilde e hizo de ellos sus vasos de elección.

Y para que la grandeza de su misión no los deslumbrara y no les indujese a tentación de orgullo, se complace en ponerlos sin cesar frente a su nada, a su miseria nativa y a su debilidad; sólo en las almas verdaderamente humildes están seguros sus dones.

Estas son las vías providenciales: sobre la nada coloca Dios su gloria.

"Si hubiera podido encontrar a una más miserable que tú, dice a Santa Margarita María, esa es la que hubiera escogido..."

Sor Josefa oirá con frecuencia las mismas palabras:

7 de junio de 1923:

"Si en la tierra hubiera encontrado una criatura más miserable que tú, hubiera posado sobre ella mi mirada de amor, y le hubiera manifestado los deseos de mi Corazón. Pero no habiéndola encontrado, te he escogido a ti".

Y poco después añadirá:

12 de junio de 1923:

"A tí te he elegido porque siendo inútil y desprovista de todo, sea Yo el que hable, el que pida, el que obre".

Nada parecía señalar a Sor Josefa para semejante misión.

Las dilaciones que habían estorbado la realización de su vocación y que hubieran podido hacer dudar *a priori* del temple de su alma, el rango humilde que ocupaba en su Instituto, su situación de simple Novicia, el lugar secundario en que la colocaba su amor a la vida oculta, la dificultad que tuvo siempre para expresarse en francés, parecían más bien obstáculos insuperables (1).

Pero ésta es precisamente la señal divina: esta humilde novicia a quien la extrema sensibilidad de su corazón hace tan frágil en la lucha, se mostrará llena de fortaleza invencible. En el deslumbramiento de las revelaciones divinas, se refugiará en su nada. Cuanto más se acerca Dios a ella, más se la ve humillarse. A pesar de la evidencia de la acción de Dios teme siempre estar equivocada y engañar a los demás. Sus Superiores no tendrán hija más manejable, más docil y que más respete su autoridad, más deseosa de corrección, más pronta a sacrificarse.

En su piedad, como en su modo de ser y de obrar, no hay nada exagerado, todo es sencillo y verdadero. Su temperamento es perfectamente sano. Tiene el sentido de la medida y del orden. Lo divino que lleva en

(1) Entre las novicias de entonces, polacas en su mayoría, si se hubiera querido adivinar por cierta apariencia mística la elección de Dios, no se hubiera pensado en Josefa; nada había en su exterior que atrajera la mirada y pudiera hacer sospechar una elección de Dios.

ella y cuyo peso siente, sobre todo en algunos momentos, los indecibles tormentos que resultan de ello, no destruyen su equilibrio interior. Y este conjunto de cualidades, así como también la fortaleza sobrehumana con que soporta pruebas y sufrimientos que sobrepasan con mucho los límites de sus pobres fuerzas, serán sus Superiores la mejor garantía de la acción divina.

"La señal, Yo la daré en tí", había dicho Nuestro Señor a Sor Josefa. Desconfiados y reservados al principio su Director y sus Superiores, tuvieron por fin que rendirse a la evidencia, y creer en su misión.

LA MISION DE JOSEFA

Nuestro Señor se la revela poco a poco:

Varias veces le había dicho que quería servirse de ella para "realizar sus planes" (9 de febrero de 1921) y "para salvar muchas almas que le han costado tan caro" (15 de octubre de 1920). El 24 de febrero de 1921, por la noche, en la Hora Santa, renueva su llamamiento de un modo más explícito:

"El mundo no conoce la misericordia de mi Corazón. Quiero valerme de tí para darla a conocer. Te quiero apóstol de mi bondad y de mi misericordia. Yo te enseñaré, tú olvídate".

Y como Josefa le expresa sus temores:

25 de febrero:

"Ama y nada temas; Yo quiero lo que tú no quieres, pero puedo lo que tú no puedes; a tí no te toca elegir... Abandónate".

Unos meses más tarde, el sábado 11 de junio de 1921, pocos días después de la fiesta del Sagrado Corazón, en la que recibió numerosas gracias, Nuestro Señor le dice:

"Recuerda mis palabras y ten fe; el único deseo de mi Corazón es aprisionarte y anegarte en mi amor, hacer de tu pequeñez y flaqueza un canal de misericordia para muchas almas... Deseo que escribas y guardes cuanto Yo te diga. Todo se leerá cuando estés en el cielo. Quiero servirme de tí, no por tus méritos, sino para que se vea cómo mi poder se sirve de instrumentos débiles y miserables".

Y como Josefa le pregunta si debe decir también esto a su Superiora responde:

"Escribelo, y se leerá después de tu muerte".

De este modo el Plan de Dios se precisa:

Escoge a Josefa a la vez como Víctima por las almas, y en particular, por las almas consagradas, y para anunciar un Mensaje de Misericordia y de Amor que El dirige al mundo.

Tiene una doble misión: debe ser *Víctima* y *Mensajera*, y estas dos

misiones tienen estrecha conexión entre sí. Porque es víctima es mensajera y, porque es mensajera debe ser víctima.

LA VÍCTIMA

Una víctima es esencialmente un alma inmolada y, generalmente llamada a la expiación.

Aunque uno pueda en estricto rigor ofrecerse como víctima para dar a Dios alegría y gloria por sus sacrificios voluntarios, las más de las veces Dios no introduce en este camino sino a las almas a quienes confía la misión de medianeras: estas almas deben sufrir y expiar por otros, a los cuales aprovechará su inmolación, ya sea atrayendo sobre ellos gracias de misericordia o bien procurando excusar sus culpas ante los ojos de la divina Justicia. Se comprende que no puede uno por sí mismo elegirse para semejante misión. Para mediar así entre Dios y su criatura, hace falta la aprobación divina, ¿Qué valor tendría la intercesión de aquél a quien Dios se negase a escuchar?

Ya en el Antiguo Testamento, no se podía ofrecer a Dios cualquier víctima.

Para que le fueran agradables tenían que ser de tal o cual especie netamente señalada; tenían que ser sin mancha ni defecto y estar en la plenitud de su juvenil vigor; tenían sobre todo, que ser ofrecidas por un sacerdote, según el rito prescrito, y este mismo rito, rigurosamente exigido y observado, significaba los sentimientos que debían animar tanto al sacerdote que inmolaba como al que entregaba la víctima.

En el Nuevo Testamento, el nuevo sacrificio ha reemplazado a los antiguos, Jesucristo es el único Mediador, el único Sacerdote, la única Víctima, y su sacrificio tiene un valor no ya solamente representativo sino real e infinito.

Por lo tanto, si Nuestro Señor quiere asociarse otras víctimas, éstas para entrar en su sacrificio deberán formar una sola cosa con El, participar de sus sentimientos, y por consiguiente no pueden ser sino personas humanas dotadas de inteligencia y voluntad.

Estas personas, El mismo las escoge, y porque son libres, requiere su aceptación voluntaria. Al dársela ellas, se entregan a su beneplácito, y, desde este momento, El obra en ellas, de un modo soberano.

Asimilada a Cristo y transformada en El, el alma víctima expresa ante el Padre Celestial los sentimientos de Cristo Jesús, y, ante Cristo, los sentimientos que deberían tener los hombres que ella representa: se pone en estado de humillación, de penitencia, de expiación.

Por lo mismo que está identificada con Jesucristo, participará muy de cerca en su dolorosa Pasión; soportará sus tormentos y sus agonías en

grados diversos y de manera diferente, pero generalmente sobrehumana.

Como expía por pecadores claramente determinados, soportará las justas penas de sus crímenes: enfermedades, pruebas de todo género, y, a menudo, incluso persecuciones del demonio del que llega a ser juguete.

Este fué el caso de Sor Josefa, en grado extraordinario.

Es víctima por deseo expreso de Nuestro Señor y lo será de un modo total, no solamente respecto a su ser entero entregado a la inmolación, sino también según todas las modalidades que comprenden los diversos atributos de Dios a los que está ofrecida distintamente.

Santa Teresita del Niño Jesús se ofreció como víctima al Amor Misericordioso; María de los Valles se especializó como víctima ofrecida a la divina Justicia; Santa Margarita María se ofreció a la vez a la Justicia y a la Misericordia; lo mismo sucede con Sor Josefa, y Nuestro Señor se lo detalla expresamente, más que a Santa Margarita María.

19 de diciembre de 1921.

"Te he escogido como víctima de mi Corazón".

23 de noviembre de 1920 y 2 de octubre de 1922.

"Eres víctima de mi Amor".

30 de junio de 1921:

"Víctima de mi Amor y de mi Misericordia".

9 de noviembre de 1920:

"Quiero que seas víctima de mi Justicia, y alivio de mi Amor".

Por todos estos títulos debía sufrir:

19 de diciembre de 1920:

"Sufres en el alma y en el cuerpo porque eres víctima de mi Alma y de mi Cuerpo. ¿Cómo no has de sufrir en el corazón si te he escogido como víctima de mi Corazón?"

Como víctima del Corazón de Jesús sufre para consolar este Corazón herido por la ingratitud de los hombres.

Como víctima de amor y de misericordia, sufre para que el Amor Misericordioso de Jesús pueda colmar de gracias a los pecadores que tanto ama.

Como víctima de la Justicia divina, lleva el peso de las reprobaciones divinas y expía por tantas almas criminales que le deberán su salvación.

Su misión requiere que viva en estado de perpetua inmolación. Nuestro Señor no se lo oculta:

9 de enero de 1921:

"Ama, sufre y obedece, así podré realizar en ti mis designios".

Y el 12 de junio de 1923 le confirma todo su Plan sobre ella:

"En cuanto a ti, vivirás en la obscuridad más completa. Pero como eres la Víctima por Mi escogida, sufrirás y abismada en el sufrimiento, morirás... No busques alivio ni descanso, pues no lo encontrarás, porque

Yo soy el que así lo dispone, Mi amor te sostendrá y Yo no te faltaré”.

Mas, para hacerla sufrir así, Nuestro Señor, le ha pedido de antemano su consentimiento. Aunque sea el Dueño Soberano se inclina ante el libre albedrío que ha dejado a su criatura.

“¿Quieres?”, dice a Josefa, y como ella vacila temerosa. Nuestro Señor se va dejándola desolada por su partida. La Santísima Virgen acude a decirle: “No olvides que eres libre de darle o negarle tu amor”.

Muchas otras veces Josefa se retraerá; entonces Jesús se retira y tendrá ella que llamarle repetidas veces para que al fin le dé lo que antes tan sólo le había propuesto.

Casi siempre, Josefa acepta, y, ¡con qué generosidad! (1)

“Me he ofrecido a su servicio —escribe— para que El disponga de mí como quiera”.

En adelante, Dios sabe que puede obrar a su antojo y se lo repite:

23 de julio de 1921:

“Soy tu Dios, me perteneces. Además, tú te has entregado. Ahora, pues, nada puedes negarme”.

21 de abril de 1922.

“Si no te abandonas completamente a mi Voluntad, qué quieres que haga?”

Se abandona. Como su Maestro, será la víctima ofrecida voluntariamente: *Oblatus est quia voluit*. Como El también será una víctima pura,

No se puede expiar por otros cuando se debe expiar por uno mismo. Y Dios desde el nacimiento de Josefa la había cercado de pureza. No se advierte en su vida ninguna falta verdaderamente consentida. Sus mayores infidelidades, por confesión propia, serán las demoras en responder a llamadas de la gracia, vacilaciones ante una misión que la desconcierta, nada por consiguiente que pudiera en verdad empañar en lo más mínimo su corazón y su alma.

Nuestro Señor velaba sobre ella cuidadosamente:

21 de febrero de 1921:

“Te quiero tan olvidada de ti misma y tan abandonada a mi Voluntad que no te pasaré la más mínima imperfección”.

Varias veces, cuando le pide que se ponga en estado de víctima, empieza por conferirle una gracia de purificación total:

17 de junio de 1923:

(1) Dios no impone nada; no fuerza; pero para obtener el consentimiento deseado, procede con una habilidad divina: Se aleja después de una vacilación, sin insistir, y esta partida que desconcierta a Josefa, la inclina a una aceptación más total aún; o bien, no le dice desde el primer momento que quiere servirse de ella para hablar al mundo; el golpe sería demasiado duro; le dice sencillamente: “¿Quieres sufrir? ¿Quieres ser víctima?” Víctima... se trata sólo de sufrir. no de aparecer... y Josefa acepta.

“Tú, sufres, Josefa, pero antes traspasaré tu alma con la flecha de mi amor para purificarte, pues es necesario que seas completamente pura. Así tienen que ser las víctimas”.

Y al presentarse el sufrimiento, no encontrando en esta pureza ninguna obra expiadora que realizar, irá a llevar a otras almas sus frutos de salvación.

Como en toda víctima auténtica, estos sufrimientos tienen un doble carácter:

De Víctima escogida por el mismo Cristo para continuar y llevar a cabo su obra redentora; Josefa deberá estar perfectamente unida a Cristo Redentor y participar de su Pasión, soportando los mismos sufrimientos que El.

Como Víctima de expiación por los pecados ajenos, sus sufrimientos serán correlativos a los pecados expiados,

a) *Participación en los sufrimientos de Cristo.*

Sólo la Pasión de Cristo es redentora. Para purificarse de los pecados y salvarse, hay que ponerse necesariamente en contacto con la sangre derramada por el Cordero. El clamor de Jesús moribundo es una invitación apremiante a todo el género humano. Que todos se apresuren a acudir a las fuentes del Salvador, de donde manan todas las gracias.

El contacto vivificador se establece inmediatamente con las almas que responden a este llamamiento. Otras, por desgracia muy numerosas, se mantienen alejadas voluntariamente. Para llegar a ellas, Cristo se servirá de otras almas que convertirá en canales de su Misericordia. Ramas féculas de la Viña Mística, cargadas de savia por su estrecha unión con la Cepa divina, se solidarizan con los pecadores al constituirse responsables de sus faltas y así, formando un todo con ellos, como están unidas con Cristo, en ellas y por ellas se establece el contacto de la gracia: son las almas víctimas.

Para representar bien este papel tienen que estar identificadas con Cristo Crucificado, sus corazones tienen que latir plenamente al unísono con el suyo mientras que El, para hacer de ellas sus imágenes vivas, las incrusta en lo más profundo del alma, del corazón y del cuerpo, su dolorosa Pasión.

En estas almas renovará todos sus Misterios: como El serán contradecidas, perseguidas, humilladas, flageladas, crucificadas y lo que los hombres no hagan, Dios mismo lo completará por dolores misteriosos, agonías, estigmas que harán de ellas unos crucifijos vivientes.

Se adivina fácilmente el poder de intercesión y de mediación que tienen ante Dios semejantes almas, cuando imploran la divina Misericor-

dia por la salvación de sus hermanos, cuando en ellas y por ellas, clama al Padre esta sangre preciosa de Cristo, infinitamente más elocuente que la de Abel.

Sin embargo, en ciertos Santos, como por ejemplo, San Francisco de Asís, parece que la Pasión se detiene en ellos, y que tiene como fin hacerlos copias perfectas del Crucificado. Dios responde así a su amor, a su devoción a la Pasión, haciéndoles participar física y moralmente de los dolores de su Hijo muy amado. En las víctimas expiatoras hay más: están como expropiadas en beneficio de otros; la Pasión de Cristo después de haberles marcado con su Signo, pasa por ellas para realizar en otras almas por las que ellas expian, sus frutos de salvación. Así son portadoras de la gracia del Calvario.

Son las cooperadoras de la Redención, en el sentido más estricto de la palabra; el amor del prójimo las impulsa, su misión es diferente de la de las otras. Mientras Dios se contenta para las demás con un amor que le contempla y se inmoviliza en la gloria dada así a su infinita perfección, a las cooperadoras de la Redención, cuando contemplan a Dios les descubre la inmensidad de su Amor a las almas, y su dolor por la pérdida de los pecadores. Esta vista les destruye el corazón. Su deseo de consolar a Jesús no se satisface con decirle su amor; excita su celo; necesitan, cueste lo que cueste, acercar esas almas a Cristo y el mismo Cristo, atiza este celo, comunicándoles su ardiente Amor a las almas de modo que desde ese momento, aman ya con su propio Corazón. Este amor les comunica una fortaleza sobrehumana que Josefa describe muy bien:

30 de junio de 1921: "Siento un gusto especial en sufrir desde hace cosa de 15 o 20 días. Antes, todo me daba miedo. Cuando Jesús me decía que me había escogido como víctima, no sé decir lo que pasaba por mi alma... Ahora, todo lo contrario; sufro muchísimo y no lo podría soportar si Jesús no me sostuviera, porque no tengo un solo miembro que no padezca. Pero todavía sufro más en el alma porque desearía sufrir más. Lo que sí noto muy bien es la resistencia de la parte natural. Pues cuando empiezo a sentir dolor me entra mucho temblor y siento como deseo de rebelarme; pero en la voluntad siento una fuerza que acepta, que quiere, que desea si es posible, más todavía; tanto que si en el momento en que más sufro me dieran a escoger entre ir al Cielo o seguir padeciendo, quiero mucho más permanecer así para consolar a mi Dios, aunque yo me consuma. En fin, comprendo que Jesús ha obrado en mí una transformación muy grande."

Josefa tiene razón, esta fuerza no viene de ella sino de Jesús, o mejor dicho la fuerza misma de Jesús es la que viene a ella del mismo modo que El le comunica sus sentimientos, sus deseos, sus sufrimientos:

23 de octubre de 1922: "El corazón descansa comunicándose: por eso

vengo a descansar en ti siempre que un alma me causa pena. Y es mío tu deseo de hacerle algún bien porque soy Yo quien te lo comunica”.

19 de diciembre de 1920:

“Ya que estás dispuesta a sufrir, vamos a sufrir los dos”, y le da su Cruz.

18 de julio de 1920:

“Vino Jesús con la Cruz a cuestras y yo vi cómo se la quitaba de sus hombros y la colocaba en los míos.”

“Vengo a dejarte mi Cruz porque quiero descansar en ti.”

23 de febrero de 1922:

“Quiero que seas mi Cirineo; me ayudarás a llevar la Cruz.”

30 de mayo de 1923:

“Que mi Cruz sea tu Cruz.”

Esta Cruz que El le pondrá sobre los hombros innumerables veces, la llevará horas, días, noches enteras. Jesús le confía su Corona de espinas que lleva largas temporadas y, como El, no sabe dónde reclinar su cabeza dolorida.

26 de noviembre de 1920:

“Te dejaré mi Corona de espinas... no te quejes de este dolor... quiero que participes de mis sufrimientos”.

17 de junio de 1923:

“La Corona... Yo mismo te la ceñiré.”

Le hace sentir la herida del costado: “Este dolor que sientes —le dice la Santísima Virgen el 20 de junio de 1921— es una centella del Corazón de mi Hijo; cuando lo sientas muy fuerte, un alma hiere a Jesús en aquel momento”.

Quiere que sufra el dolor de los clavos en sus manos y pies:

“Te voy a dar una prueba de amor; hoy te haré sentir el dolor que me causaron los clavos.”

Favor que se repite en varias ocasiones.

Y el Viernes Santo de 1923 (30 de marzo) sufre una verdadera crucifixión:

“Pon tus manos debajo de las mías, y tus pies debajo de los míos para estar más íntimamente unida a Mí. Deja que tus miembros sufran con los míos.”

La asocia estrechamente a los sufrimientos de su Alma y de su Corazón:

4 de febrero de 1921:

“Todos los viernes y sobre todo el primero de cada mes, te haré participar de la amargura de mi Corazón y sentirás de una manera especial los tormentos de mi Pasión.”

El 1º de marzo de 1922 se le aparece, con la faz ensangrentada:

"Acércate —le dice— descansa en mi Corazón y participa de su amargura."

"Me hizo descansar sobre su pecho y sentí tal angustia en el alma que no lo puedo explicar."

Y, como Jesús, si sufre es por los demás:

21 de diciembre de 1920:

"Quiero que todo tu ser sufra martirio para salvar estas almas."

13 de septiembre de 1921:

"Hay ahora un alma que me hace sufrir mucho... Aunque te sientas muy desamparada no temas, porque te haré sentir la agonía de mi Corazón".

24 de marzo de 1923:

"Quédate con mi Cruz hasta que esta alma conozca la verdad".

17 de junio de 1923:

"Toma mi Cruz, mis clavos y mi corona. Yo iré a buscar almas".

Estos ejemplos bastan; abundan a lo largo de este libro. Víctima de expiación, Josefa comparte todos los dolores de Jesús. Lleva incrustada en sus miembros como en su corazón la inefable Pasión. Forma un todo con Jesucristo; sus angustias la torturan, sus deseos la consumen, la misma sed ardiente de la salvación de las almas la hace ofrecerse a todas las reparaciones y expiaciones.

b) *Las persecuciones diabólicas.*

Y Dios permite que las pruebas lluevan sobre ella de todas partes.

Si le faltó la que viene de la enfermedad (mas, ¿puede saberse, ya que no se quejaba nunca?) y la que procede de los hombres (su vida familiar como su vida religiosa parecen exentas de las grandes contradicciones que señalaron la de Santa Margarita María), en cambio, más que muchas otras fué entregada al furor de Satanás. No hay que extrañarse de esto. Hay pocas vidas de Santos en las que no se ejercite su rabia malhechora. Enemigo personal de Jesucristo, como no puede alcanzarle en la gloria del cielo, emplea todos los recursos de su poderosa actividad en contrariar la obra divina en el mundo.

Cuanto más amada de Cristo es un alma, tanto más se encarniza en su perdición, sin duda con el orgulloso deseo de acrecentar así el número de sus desgraciados súbditos, pero sobre todo con el designio perverso de arrancar a Cristo las almas que ama y que ha comprado con el precio de su Sangre. Ataca, pues, preferentemente, a los santos y a los consagrados que quiere manchar, seducir y deshonorar. Más que a las demás, odia a

las almas cooperadoras activas de la Redención. Josefa le era, pues, especialmente odiosa.

Por amor a Jesús había hecho alegremente los tres sacrificios que más le costaban: su madre, su hermana y su Patria: se había ofrecido por la salvación de los pecadores y debía arrancar gran número de ellos al infierno; por eso veremos a Satanás cruzarse en su camino y hacer de ella su juguete. Dios le deja mayor poder sobre las almas que expían. ¿No entra esto en la lógica de su vocación? (1)

Desde el momento que toman por su cuenta los pecados de los demás, estas almas aceptan por el hecho mismo, sufrir las consecuencias de éstos.

Ahora bien, el hombre cuando consiente en el pecado, que quiera o no, que tenga o no conciencia de ello, da al demonio un gran poder sobre él, un poder de seducción y de posesión. Generalmente no se da uno mucha cuenta de ello, porque el demonio sobresale en el arte de disimular para no inquietar al alma: refuerza la naturaleza perversa tras la cual se guarece, y desde ahí, multiplica las ocasiones de pecado y embota el alma en un sopor mortal.

Pero cuando un alma víctima se ha sustituido a un pecador, el demonio tropieza con una voluntad que le resiste obstinadamente. Impotente para hacerla pecar, se venga con furor usando para ello del poder que le correspondía sobre el mismo culpable.

Y Dios lo permite primeramente para que se manifieste a todos la existencia del demonio que muchos ponen en duda. El demonio existe, como existe el infierno que se quisiera, con él, olvidar o sepultar en el silencio.

Es un ser real y en su conducta respecto a los Santos aparece con toda la maléfica perversidad de su naturaleza. Y si su crueldad es tal cuando se trata de almas sobre las que, después de todo, no tiene sino un poder muy limitado, ¿cuál será la que ejerce sobre los condenados a los que tiene bajo su dominio? ¿Quién podrá decir que esta enseñanza es inútil, sobre todo en la hora actual? Dios quiere además confundir el orgullo del príncipe de las tinieblas. A pesar de todo su poder y todo su encarnizamiento no consigue nada y no alcanza más que derrotas. ¡Y esto es para Dios una gloria muy grande!

Así sucedió con Sor Josefa.

Tratará de engañarla por todos los medios disfrazándose de "ángel de luz", incluso tomando los rasgos de Jesucristo, pero con más frecuencia el medio que emplea para tratar de desviarla de un camino por el que le arranca tantas almas, será el de martirizarla.

(1) Ver particularmente las persecuciones diabólicas soportadas por Santa Margarita de Cortona, Santa Verónica de Julianis, el Santo Cura de Ars, la Carmelita libanesa Sor María de Jesús Crucificado cuya vida ha sido escrita por el M. R. P. Buzy, Superior General de los Padres de Betharram, y ¡tantos otros! . .

En esta lucha cuerpo a cuerpo entre la debilidad humana y el poder satánico, Dios interviene para aumentar la fuerza de resistencia del alma, le comunica una energía indomable que la hace superior a toda tentación y a todo sufrimiento. El poder del demonio se estrella ante la fragilidad de Josefa. Con la ayuda divina, ella, la "nada", la "miseria", como la llama Nuestro Señor, triunfa del "fuerte armado".

Pero, ¿qué no tuvo que sufrir?

Desde su postulantado una granizada de golpes procedentes de una mano invisible, cae sobre ella, sobre todo cuando reza y afirma su voluntad de ser fiel. Es arrancada violentamente de la Capilla o imposibilitada para entrar en ella.

Después, las apariciones del demonio se suceden bajo el aspecto de un perro repugnante, de una serpiente, o, lo que es aún más terrible, bajo forma humana.

Pronto los raptos se multiplican a pesar de la activa vigilancia de las Superiores. Ante los ojos de éstas, desaparece súbitamente y no se la encuentra sino mucho más tarde, abandonada en el desván, bajo los muebles, o en algún lugar apartado. En presencia de ellas pero invisible a su mirada, el demonio la quema y ellas ven arder los vestidos de Josefa y en su cuerpos las marcas profundas de estas quemaduras.

Pensamientos de desesperación y de blasfemias, odiosas tentaciones que duran días y noches, durante las cuales Dios se esconde y en las que ella no sabe ya en que punto está, a fuerza de sentirse a la merced del ser innoble por esencia.

Por fin, hecho poco frecuente en las vidas de los Santos (1), Dios permite que el demonio la haga bajar, viva, al infierno. Pasa allí largas horas, a veces una noche entera, entre angustias indecibles. Más de cien veces baja a este abismo y siempre le parece estar sumergida en él por primera vez, y permanecer allí siglos. Excepto el odio de Dios, sufre todas las torturas, de las que no es la menor el oír las confesiones estériles de los condenados, sus gritos de odio, de dolor, de desesperación.

Cuando regresa de este lugar, deshecha y magullada, todo sufrimiento le parece poco para salvar almas, y al volver a ponerse en contacto con la vida su corazón desborda de alegría al pensar que todavía puede amar.

Lo que la sostiene es su gran amor. A veces, sin embargo, la prueba gravita pesadamente sobre su naturaleza. Como Jesús en Getsemaní, tiene horas de decaimiento y de angustia. Testigo de la pérdida de gran nú-

(1) Varios santos y santas han tenido la visión del infierno, pero pocos son los que han bajado a él, y menos numerosos aún los que, como Sor Josefa, han hecho frecuentes bajadas expiatorias. Parece que éste fué también el caso de Santa Verónica de Julianis, nacida en 1660 y muerta en 1727 contemporánea de Santa Margarita María, y como ella y Sor Josefa, víctima expiatoria.

mero de almas se pregunta para qué sirven tantas bajadas al infierno, tantos sufrimientos terribles. Pero se recobra pronto y su valor no se debilita. La Santísima Virgen la ayuda.

22 de julio de 1921:

"La tentación que sufres y que vences disminuye la de esta pobre alma."

12 de julio de 1921:

"Sufres para aliviar a tu Amado. ¿No basta esto para animarte a sufrir?" Y Nuestro Señor le descubre los tesoros de reparación y expiación ocultos bajo esa prueba. Al mismo tiempo Dios permite que asista en el infierno a explosiones de rabia cuando se le escapan al demonio almas que creía tener seguras, aquéllas precisamente por las que Josefa expía.

Estos dos pensamientos: ver que por una parte consuela y descansa a Nuestro Señor y por otra que le gana almas, la sostienen y alientan.

Aunque tenga un miedo instintivo al demonio, pues demasiado sabe por experiencia su malicia y su poder, este temor no consigue desviarla de un deber que tiene que cumplir. En cierta época, el enemigo la rapta casi diariamente cuando se dirige a su oficio: ella lo prevé, tiembla, pero jamás retrocede ante esta perspectiva y el día siguiente la encuentra decidida, con el mismo ánimo, a no ceder a sus temores. A través de esta heroica fidelidad, ¿no es lo más admirable el que Josefa, bajo la impresión de sus temores y a veces de sus repugnancias, se estime sinceramente una criatura ingrata e infiel, y crea siempre no haber hecho nada por Dios?

Después de noches de tormentos indecibles, destrozada pero valiente, vuelve desde el alba a su trabajo ordinario, sin querer ser dispensada ni un punto de la vida común. Realmente es el fuego del Sagrado Corazón el que la consume, pues todo lo que ha sufrido en el infierno, todo lo que ha recibido como participación en los dolores de Cristo, lejos de desalentarla o abatirla no hace sino reavivar y acrecentar su ardor por el sufrimiento.

Como antes Santa Margarita María, también ella se inmola por almas religiosas, por sacerdotes, por pecadores de toda clase. Dócil al beneplácito de Aquél a quien se abandona, sólo quiere consolarle y se ofrece a todos los martirios para ganarle almas desconocidas la mayor parte de las veces, pero que tanto ama a través de El.

Era necesario, decíamos al principio, que fuese víctima para ser mensajera. En efecto, ¿no tiene títulos para ser escuchada por los hombres, la que ha sufrido tanto por ellos?

Y la que conoció tan bien el amor del Corazón de Jesús a las almas,

¿no era la más indicada y calificada para transmitir al mundo su Mensaje de Amor y Misericordia?

EL MENSAJE

1º Su contenido

Es realmente, un Mensaje de Amor y de Misericordia. En ninguna parte aparece por entero, pero sus fragmentos se encuentran en todas las páginas del libro. Los puntos esenciales se repiten con frecuencia, bajo formas apenas diferentes. Vamos a resumirlos sucintamente:

a) Ante todo, lo que resalta de modo sorprendente es el Corazón de Jesús y su inmensa caridad hacia los hombres. Es como una nueva revelación del Corazón de Jesús que viene a confirmar, y en algunos puntos a completar y perfeccionar la que recibió en otro tiempo Santa Margarita María.

Desde 1675 han pasado más de dos siglos y medio; nuevas corrientes de devoción han surgido en la Iglesia. Actualmente las almas se apasionan, y con justo motivo, por el Cristo Místico cuya realidad profunda resuena en lo más íntimo de nuestras almas de cristianos. Parece como si hubiera habido retroceso en la devoción al Corazón de Jesús; como si ésta fuera menos comprendida (1).

Muchos parecen considerarla como una mutilación de la devoción al Cristo total, o como una devoción femenina en la que el sentimiento, o mejor dicho, el sentimentalismo, toma parte excesiva. Contra estas impresiones tan falsas, Nuestro Señor reacciona fuertemente. Su Corazón de carne atravesado por la lanza es en realidad lo que presenta a los hombres, su Corazón tan amante y tan poco amado y cuyo inmenso amor se hace patente en la herida que permanece abierta.

Este amor, como todo amor verdadero, desea ardientemente ser correspondido, tanto más cuanto que la correspondencia, tan justa y tan natural, que exige, es para los hombres el único medio de ser felices acá en

(1) En su encíclica sobre el Cuerpo Místico, de junio de 1943, el Papa Pío XII nos dice que la devoción al Corazón de Jesús ha dispuesto a las almas para comprender la doctrina del Cristo Místico. Es incontestable que la idea de reparación que Nuestro Señor ha unido a la devoción al Corazón de Jesús y de la que ha hecho uno de los elementos esenciales, supone, la solidaridad de los cristianos unos respecto de otros, en la unidad del Cuerpo Místico. Pero reciprocamente, la devoción al Cristo Místico, al Cristo "total", con sus horizontes de amplitud tan atrayente, inclina a las almas superficiales a encontrar muy restringida la devoción que se detiene en el Corazón de Cristo. Esto es por no fijarse en que la devoción al Sagrado Corazón es la devoción al Cristo amante, herido, de amor y que une consigo mismo y entre ellos, en este amor, a todos los miembros de su Cuerpo Místico.

la tierra y de conseguir la dicha eterna. Si no aman, que piensen bien en el terrible infierno que les aguarda...

Y el Corazón de Jesús lanza, por medio de Josefa, un gran llamamiento al amor del mundo.

b) Para atraer mejor a los hombres, el Sagrado Corazón les manifiesta por medio de ella —y esta es la novedad y la fuerza del Mensaje— su INFINITA MISERICORDIA.

Los ama a todos individualmente, a todos, tal como son, aun a los más miserables, a los más pecadores.

Lo que les pide no son sus cualidades, ni sus virtudes, sino sus miserias y sus pecados. Lejos de ser un obstáculo, las miserias y las faltas son, pues, un aliento para acercarse a El.

Este es el regalo que Dios espera de sus queridos pecadores con la única condición de que se arrepientan verdaderamente y estén prontos a convertirse por amor a El.

Su Corazón espera, con todas las impaciencias del amor, la vuelta de los pobres extraviados. Les promete un perdón total:

29 de agosto de 1922:

"No es el pecado lo que más hiere mi Corazón. Lo que más lo desgarrar, es que las almas no vengan a refugiarse en El después que lo han cometido."

Lo que quiere, lo que desea ardientemente, es la confianza en su bondad y misericordia infinitas.

c) *A sus consagrados* que ama con amor especial, Jesús lanza un llamamiento a que *participen de su vida redentora*.

Quiere que le sirvan de intermediarios para salvar a las almas y por esto pide a todos *el espíritu de sacrificio en el amor*.

Por lo regular no exige grandes sufrimientos, pero enseña a sus almas escogidas la *importancia de las acciones ordinarias*, por mínimas que sean, cuando se hacen en unión con El, en espíritu de inmolación y de amor.

Les descubre el *valor de los menores sacrificios* que pueden llevarles muy lejos en la santidad, y sirven al mismo tiempo para la salvación de muchas almas.

En cambio les recuerda el peligro de las *pequeñas relajaciones*, pendiente fatal que puede arrastrarles a grandes infidelidades y exponerles a caer en los castigos del infierno, donde sufrirán incomparablemente más que las almas menos privilegiadas.

Las almas consagradas deben pues reanimar su confianza en el Corazón de Jesús.

20 de octubre de 1922:

"No me importan sus miserias, y quiero que sepan que después que han caído en alguna flaqueza, si humildemente se arrojan en mi Corazón, las perdono y las amo con más ternura que antes." "¿No sabes que cuanto más miserables son las almas, más las amo?"

E insiste aún:

"No quiero decir con eso, que un alma por Mi escogida se vea libre por ello de sus defectos y miserias, puede caer y caerá más de una vez, pero si sabe humillarse y reconocer su nada, si procura reparar sus faltas con actos de generosidad y de amor, si confía y se abandona de nuevo a mi Corazón, me da más gloria y puede hacer mayor bien a otras almas que si no hubiera caído. No me importa la miseria, lo que pido es amor."

Lo que el Corazón de Jesús quiere de los suyos es pues humildad, confianza y amor.

d) A todos finalmente recuerda con insistencia la Pasión y ésta presentada a un mismo tiempo como señal de su inmenso amor a los hombres y como el único camino de salvación.

Es siempre el Corazón de Jesús, dolorido y paciente, el que se nos manifiesta, nos exhorta y nos suplica por sus inmensos dolores. ¡Cuánto tiene que habernos amado para aceptar el sufrir tanto por nosotros! Pero al mismo tiempo, ¡qué terrible es la desgracia de los que, por su culpa, se quedan fuera de semejante Redención.

Entre Dios y él, ha puesto el hombre su pecado, por lo que el abismo resulta infranqueable. Pero entre el hombre y El, Jesús pone su dolorosa Pasión. Para llegar hasta nosotros cubre nuestro pecado con su sangre; el camino hacia Dios queda abierto de nuevo, mas, para volver a ponerse en contacto con El hay que servirse de la Pasión de Cristo. Por consiguiente es imposible salvarse sin introducir en sí mismo, de alguna manera, la Pasión del Señor. El dilema es evidente: o la Pasión o el infierno.

La misión de las almas consagradas es entrar de pleno en la sagrada Pasión, introducirla en ellos mismos y, por sus personales sacrificios, comunicar los frutos de ella e infiltrar su virtud en las almas por las cuales oran y se inmolan.

2° *Su oportunidad*

Este Mensaje apremiante tiene una actualidad que sobrecoge.

Por todas partes, el pecado se multiplica de una manera aterradora. El orgullo del hombre, que intenta prescindir de Dios, pretende transformar la tierra en Paraíso. Y sólo consigue hacer de ella un vestibulo del infierno, donde reinan la inmoralidad y la impiedad, donde se desatan todas las bajas pasiones, donde estallan las guerras más furiosas y donde la inmensa mayoría de los hombres sufren en la pobreza y en la servidumbre,

sin el consuelo que solamente la fe podría proporcionarles.

El Corazón de Dios se inclina hacia sus hijos miserables. Les señala el camino de la felicidad, de la paz, de la salvación. Este Mensaje no sólo se trasmite a los hombres con palabras: es un Mensaje vivido. Jesucristo nos instruye, no sólo por lo que dice a Josefa, sino por lo que obra en ella: los hechos impresionan más que las palabras.

¿Quiere alguien conocer el amor de Dios a las almas? Que lea las páginas en las que Josefa escucha los latidos del Corazón de Jesús:

26 de octubre de 1920:

“Cada palpitación que sientes es un alma que llamo.”

¿Cómo dudar de la *realidad* de este amor cuando se le ve abrazar con su llama el corazón de Josefa y hacerla tan intrépida y valiente ante el sufrimiento, para librar a las almas del infierno?

¿Cómo dudar de la *inmensidad* de este amor cuando Josefa, que voluntariamente soporta por las almas un martirio indecible, nos dice que su pobre amor no es nada al lado del de Jesús, como su sufrimiento es sólo una sombra comparado con el de su Pasión?

¿Cómo dudar de la *bondad* de este amor, cuando se descubre en la vida de Josefa el inmenso dolor del Corazón de Jesús ante la pérdida de las almas, tanto como su inmensa alegría cuando vuelven a El?

13 de junio de 1923:

“Ayúdame, Josefa, a descubrir mi Corazón a los hombres. Quiero decirles que en vano buscan su felicidad fuera de Mí: no la encontrarán.”

“Sufré y ama... Tenemos que conquistar almas.”

En el amor tan verdadero de Josefa por las almas, ¿cómo no reconocer el amor del Corazón Divino, único que ha podido inspirarlo?

Del mismo modo manifiesta también este Corazón su *misericordia* infinita a través de la vida de Josefa:

8 de junio de 1923:

“Te amaré y amándote a ti, las almas conocerán mi amor. Te perdonaré y perdonándote a ti, conocerán mi misericordia.”

Un día llegará a decir:

27 de septiembre de 1923:

“Tengo locura por las almas.”

Esta palabra nos sorprende; pero ¿no equivale a la de la Sagrada Escritura?: “Si una madre puede olvidar a su hijo Yo no te olvidaré jamás... En mis manos te llevo escrito...” “¿Dónde están tus pecados? Los he echado en el fondo del mar.” “Me amó y se entregó por mí.” (Is. XLIX 15-16-Mich. VII 19-Is. XXXVIII, 17-Gal. II, 20) ¿No es esto locura?

En cuanto al infierno y su realidad, ¡qué Mensaje vivido por Josefa! Todos los sufrimientos de la Pasión que se continúan en ella, todos las

persecuciones del demonio y las bajadas al infierno no tienen otro objetivo sino arrancar las almas a la perdición y acercar los pecadores a la salvación, de la que andan alejados. Esto es: el dogma de la Redención y de la Comunión de los Santos, puesto en acción. ¿Cómo no avivar nuestra fe en la existencia del demonio, del infierno y del Purgatorio; y en la eficacia del sufrimiento por los demás... cuando se leen las páginas conmovedoras en las que estas realidades sobrenaturales se imprimen en la carne y en el alma de Josefa?

La substancia del Mensaje nada nuevo nos trae; pero descubre de modo más impresionante y luminoso lo que ya sabemos por la fe.

5 de diciembre de 1923:

"Te lo repito: no es nada nuevo. Pero así como el fuego necesita alimento para que no se apague, así las almas necesitan nuevos alientos que las hagan avanzar y nuevo calor que las reanime."

' Y... ¡qué fuerza tiene este llamamiento transmitido por la humilde Josefa!

3º *Su autenticidad*

Como ya ha podido verse, el Mensaje no consiste solamente en las palabras comunicadas a Josefa, sino que está en su vida entera. Su misma vida es la que nos da a conocer a esta alma privilegiada del Corazón de Jesús. Y toda su existencia es un maravillosa garantía de la acción divina.

Sólo ella ha oído las palabras del Señor; es, pues, el único testigo. Pero su vida da testimonio de la verdad de su Mensaje; su vida, que han observado de cerca testigos autorizados. Estos pueden decirnos a la vez la virtud indiscutible de la humilde mensajera del Amor, y la auténtica realidad de sus estados sobrenaturales, de los cuales han tenido pruebas palpables.

Su virtud ha sido siempre reconocida sin discusión por los que la rodeaban, no porque se impusiera por manifestaciones externas sorprendentes (Josefa fué siempre más imitable que admirable), sino porque se sentía aun sin querer, su penetrante influencia. Nunca se la vió buscarse a sí misma; una mortificación completa en todas las cosas, una obediencia sin reserva, una paciente dulzura, frutos de una humildad sincera...

"Eres el eco de mi voz" le había dicho el Señor, y en realidad todo en ella es una resonancia divina.

Esta virtud tan sencilla demuestra la acción divina en esta alma. Ella sola bastaría para reconocer como de Dios sus estados sobrenaturales.

Sin embargo, tanto sus Superiores como su Director permanecen durante cierto tiempo voluntariamente vacilantes y dudosos. Hay que agradecerles esta sabia reserva, esta desconfianza instintiva que exige pruebas.

Cándida y leal como era Josefa, no hubiera querido jamás engañarles. Pero se podía uno preguntar si no estaba ella misma engañada por su imaginación y su corazón. Esto es frecuente, incluso en almas sinceramente piadosas. Ahora bien, y esto era una señal muy buena, Josefa vivía con este temor continuo, dispuesta, si sus Superiores se lo decían, a considerar como ilusiones todo lo que sentía. Y no hay nada más característico que este hecho.

En Roma, a donde fué para llevar a su Reverendísima Madre General, de parte de Nuestro Señor, un Mensaje concerniente a la Sociedad del Sagrado Corazón, de repente, por una mentirosa sugestión del demonio cree haber sido juguete de un sueño y no haber recibido en realidad ninguna misión de Dios. Sin vacilar un momento, ni considerar el perjuicio que podía resultar para ella, a los ojos de sus Superiores, les dice, su angustia, su persuasión de estar engañada y les pide que no crean nada de todo lo que les ha dicho. Esta preocupacion tan humilde de la verdad en semejante momento, confirma por sí misma la veracidad de Josefa. Sólo un alma heroicamente humilde y olvidada de sí puede obrar de este modo. Sus escritos suenan igualmente a verdad. Por orden de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen tiene a sus Superiores al corriente de todo: "Debes escribir —le había dicho su Maestro— (6 de agosto de 1922). Sin duda quiere El con esto que nada se pierda de sus palabras. Pero intenta también asegurar la fiscalización de los menores hechos de Josefa y darles más crédito a los ojos de todos. Ahora bien, en todos sus escritos no hay nada inútil, nada falso, nada equivoco, nada que la ponga de relieve o pueda indicar una sombra de vanidad; todo es exacto, ponderado, conmovedor, santo. Sus estados sobrenaturales no escapan a esta misma comprobación.

Cuando baja al infierno o vuelve de un éxtasis, sus Madres están junto a ella vigilando atenta y maternalmente su vuelta a la existencia, escribiendo las palabras dichas durante estas horas emocionantes. Cuando entra en contacto con el Purgatorio y conoce el nombre de las almas que reclaman su ayuda, el lugar, el día y la fecha de su muerte, estas precisiones resultan exactas siempre que se pueden verificar.

Del mismo modo ninguna duda puede subsistir bien sea respecto al hecho de los raptos de Josefa por el demonio —suceden ante los mismos ojos de las Superiores, impotentes para impedirlos—, bien sea respecto de las quemaduras, comprobadas en su carne viva y en los trozos de ropa ennegrecida que se conservan todavía.

Pero lo que es aun más convincente es que todo este *sobrenatural diabólico*, de una naturaleza propia para alocar la imaginación (visiones del demonio, bajadas al infierno), no turba ni su calma ni su equilibrio total; y que lo *sobrenatural divino*, con las intimidades de amor que recibe de la

Santísima Virgen y de Nuestro Señor (1) que debían haber conmovido profundamente su sensibilidad tan viva, la deja apacible, silenciosa, sin experimentar siquiera esa necesidad tan natural para el alma, de comunicar a otros su emoción. Sus Madres han señalado su extrema discreción para hablar de todos estos favores de los que ellas eran las únicas confidentes. Y, por fin, que *todos estos sufrimientos* que debían haber agotado su resistencia (noches en el infierno, o bajo el peso de la cruz o con el punzante dolor de la Corona de espinas, etc.), no hacen sino darle un nuevo ardor para sufrir aun más por el amor del Corazón de Jesús y la salvación de las almas, que este Corazón ama con locura.

Así el conjunto de los escritos concuerda con el conjunto de la vida de Josefa, para atestiguar en ella la Acción Divina. Aun los hechos más extraños tienen una finalidad y un significado. No hay ningún detalle inútil ninguna revelación, ninguna palabra que no subraye con más fuerza una verdad dogmática, y que no haga penetrar mejor el Amor del Corazón de Jesús, el precio de las almas, la felicidad del cielo, la desgracia irreparable de los condenados.

Todo es gracia y llamamiento en esta vida, gracia y llamamiento que no pueden dejarnos insensibles.

Los escritos de esta humilde Hermana coadjutora, ignorante a los ojos del mundo serán seguramente leídos y meditados por teólogos y maestros de la vida espiritual. Como ha sucedido con Santa Teresita del Niño Jesús, se publicarán muchos trabajos para desarrollar su doctrina profunda y dar a conocer sus secretos de amor. Pero lo que vale más aún, innumerables gracias de conversión y santidad seguirán a la lectura de estos escritos.

El mundo podrá extrañarse de que, de una nada, como es la vida de Josefa, hayan salido cosas tan grandes: y ésta es precisamente la prueba mayor.

Evidentemente el Mensaje está firmado por la mano divina.

DIGITUS DEI EST HIC

H. Monnier - Vinard, S. J.

(1) Apariciones encantadoras del Niño Jesús (en Navidad "...de la Santísima Virgen tan hermosa y tan Madre", como Josefa la describe siempre.

LIBRO PRIMERO

LA MENSAJERA DEL CORAZON DE JESUS

I

LA ELECCION DIVINA

—oOo—

El Despertar de un Alma

1890 - 1907

"Quiero que seas toda mía" (1).

(17 de marzo de 1901)

Flor de la calcinada tierra de Castilla, rica de experiencias místicas, alumbrada de prodigios sobrenaturales, fué la privilegiada del Señor y, confidente de su Corazón, Sor Josefa Menéndez y del Moral.

Nacida en Madrid el 4 de febrero de 1890, fué bautizada el 9 del mismo mes en la parroquia de San Lorenzo.

Su padre, Leonardo Menéndez, era también madrileño. Muy triste había sido su infancia: su madre viuda, se volvió a casar y el pobre niño se vió postergado en el nuevo hogar, donde otros hijos tenían la preferencia. Le educaron los Padres Escolapios y cuando murió su madre, a quien amaba tiernamente, sentó plaza de voluntario en el Ejército; tenía 17 años. Sus jefes lo apreciaban y querían y no tardaron en descubrir sus cualidades de artista. Nombrado decorador del Museo de Artillería, Leonardo gozó de gran prestigio y más tarde, refería con satisfacción a sus hijos, cómo no podía celebrarse una fiesta militar, incluso en el mismo Palacio Real, sin su cooperación artística.

El 11 de febrero de 1888 contrajo matrimonio con Lucía del Moral, natural del pueblo de Loeches, cerca de Madrid. Tipo de la verdadera mujer fuerte, cristiana fervorosa y consecuente con sus principios, se entregó de lleno a sus deberes de esposa y de madre. El fallecimiento del primogénito Francisco, muy niño todavía, colocó a Josefa en el lugar privilegiado de hija mayor. Con ella descendieron a aquel hogar las preferencias divinas. Tres hermanas, Mercedes, Carmen y Ángela, vinieron a completar la familia, mientras que un segundo varón, Leonardito, volaba al Cielo de pocos meses, como el primero.

Gracias al trabajo del padre, hombre enérgico e inteligente, cierta holgura rodeó los primeros años de Josefa, que se deslizaron tranquilos

(1) Las frases que encabezan los diversos capítulos son palabras de Nuestro Señor a Sor Josefa mientras no se indique otra cosa.

y fáciles. Las niñas crecían en una atmósfera de fe y de laboriosidad, de caridad y de alegría, en la que sus almas se expansionaban sin esfuerzo. A la edad de cinco años Josefa recibió la Confirmación, y el Espíritu Santo se adueñó de la que había de ser su Instrumento para hacerlo dócil a la acción divina. Tenía siete años cuando se confesó por primera vez, un Primer Viernes, día memorable en su vida, del que escribía más tarde:

"3 DE OCTUBRE DE 1897: Mi primera confesión. ¡Si siempre tuviera la misma contrición de aquel día!"

Desde entonces su confesor, el Rvdo. P. Rubio (1), admirado de las aptitudes sobrenaturales de la niña, la inició a una vida interior proporcionada a su edad. Le enseñó a sembrar de jaculatorias los días y las horas y, poco a poco, Josefa se acostumbró a conversar con el Huésped Divino de su alma, en cuya presencia vivía. Para formarla a la oración mental el P. Rubio le dió *El Cuarto de Hora de Santa Teresa*, explicándole cómo debía ir leyendo despacito, reflexionar un poco, hablar con el Señor, repetirle mil veces su amor y terminar con un propósito práctico para el día. Desde entonces Josefa fué siempre fiel a este santo ejercicio de la meditación diaria.

"Este librito —contará Josefa— me encantaba, sobre todo cuando hablaba del Niño Jesús o de la Pasión. También me gustaba la meditación del Reino, la de la elección de vida. Y pensaba ya entonces: en cuanto a mí seré suya; mas no sabía cómo".

Seria y jovial a la vez, viva de carácter y de natural un tanto altivo, desempeñaba muy bien el papel de hija mayor. Su madre descansaba en ella; su padre tenía preferencias por la que llamaba "su emperatriz". Ya se sabía que no le negaba nada y sus hermanas acudían a ella como intercesora para sus peticiones infantiles.

Los domingos iban, con su padre a Misa Mayor, y a la salida, les daba unos cuartos para enseñarles el cristiano deber de la limosna de modo que todos los pobres del barrio conocían a las niñas y las querían.

"Si hacía buen día —cuenta una de las hermanas de Josefa— pasábamos la tarde del domingo en alegre excursión por el campo. Y si el tiempo no lo permitía nos quedábamos en casa, y padre organizaba juegos y a veces jugaba con nosotras hasta la hora del rosario, que rezábamos siempre en familia."

Leonardo quiso ser el primer maestro de Josefa, y encantado de su natural despejo y aplicación, pensó en orientarla hacia el Magisterio. Pero Dios tenía otras miras y, calladamente, preparaba el camino a su Elegida. La Primera Comunión iba a señalar esta primera etapa de la elección divina sellando la unión entre el alma de aquella niña y el amigo de los corazones puros.

(1) El Padre José M. Rubio, S. J., muy conocido en Madrid como celoso apóstol de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y cuya causa de Beatificación está introducida. Murió santamente en Aranjuez el 2 de mayo de 1929.

Josefa había cumplido once años. Por recomendación del Padre Rubio la admitieron las Religiosas de María Reparadora en el grupo de niñas que en su convento se reunían, para prepararse a la Primera Comunión, y los deseos de Josefa se enardecían ante la perspectiva de un día tan feliz.

Un corto retiro debía preceder a la ceremonia, fijada para el 19 de marzo. Josefa obtuvo de su padre el permiso de seguirlo. Con su sencillez acostumbrada nos cuenta algo de aquellas primeras prendas de mutuo amor entre Jesús y su alma, amor que no se desmintió jamás. Escribe así:

“Cómo Jesús hizo a mi alma su primer llamamiento.

“El primer día hice una meditación sobre estas palabras: —Jesús quiere venir a mí para que yo sea toda de El—. Yo me puse muy contenta, porque tenía mucho deseo de ser toda de Jesús; pero no sabía lo que tenía que hacer, y una vez que pregunté me dijeron: “ser muy buena y así sería siempre de Jesús”.

“El segundo día la meditación era: —Jesús es el Esposo de las Vírgenes y se recrea en las almas puras e inocentes—. Ya aquí me pareció que se hacía una gran claridad pues; yo pensaba que siendo su Esposa sería toda suya, porque yo veía que mi madre era toda de mi padre, por ser su esposa. Así pensé, que siendo virgen era de Jesús, y aunque yo no entendía, ni mucho menos, qué era virginidad, prometí muy de veras ser de Jesús y todo el día lo pasé diciendo estas palabras: Sí, Jesús mío, siempre seré virgen para que séais mi Esposo, y así seré siempre vuestra. Por la tarde, después de la Reserva del Santísimo, hice una consagración al Niño Jesús y le pedí que me enseñara a ser siempre de El y pensaba que ya pronto le tendría dentro de mi corazón. ¡Qué contenta estaba! Cuando así me alegraba en silencio, oí una voz, que nunca se me ha olvidado y que se grabó en lo más íntimo de mi alma: —“Sí, hija mía, quiero que seas toda mía”. Yo no puedo decir qué sentí, pero salí de la capilla decidida a ser muy buena, y como no creía que las religiosas eran personas de la tierra, no sabía qué era vocación, pero sentí en mí algo especial, que nunca se me ha quitado hasta que he conocido lo que era vocación.

“El tercer día renové mi propósito, y el 19 fiesta de mi Patrono San José, día dichoso de mi Primera Comunión, hice esta consagración que me salió del fondo de mi alma.

“Desde hoy 19 DE MARZO DE 1901, prometo a mi Jesús, delante del cielo y de la tierra, poniendo por testigos a mi Madre la Virgen Santísima y a mi Padre y Abogado San José, guardar siempre la preciosa virtud de la virginidad, no teniendo otro deseo que agradar a Jesús, ni otro temor que disgustarle.

Enseñadme, ¡Dios mío!, cómo queréis que sea vuestra del modo más perfecto, para siempre amaros y nunca ofenderos. Esto lo quiero y pido hoy día de mi Primera Comunión.

“Virgen Santísima, os lo pido hoy que es la fiesta de vuestro Esposo San José.

“Vuestra hija que os ama, JOSEFA MENENDEZ.

“La escribí y cada vez que comulgaba la repetía. Cuando dije a mi confesor lo que había hecho, me dijo que las niñas no deben prometer nada más que ser muy buenas y que rompiera aquel papel. . .; pero yo no podía y repetía a mi Jesús: Señor desde este día soy vuestra y para siempre”.

Josefa conservó preciosamente el testimonio de su primera ofrenda y la hojita amarillenta, escrita con gruesos caracteres de letra infantil fué hasta su muerte el tesoro de su fidelidad. El primer contacto con la Eucaristía entregó a la acción divina el alma en la que el Señor había de obrar con omnimoda libertad y poder. La Sagrada Comunión era la felicidad de Josefa, y desarrollaba en su corazón los gérmenes de las virtudes sólidas que ya se revelaban en ella.

“Después de la Primera Comunión, escribe su hermana, puede decirse que Josefa dejó de ser niña. Desde entonces no me acuerdo de haberla visto tomar parte en los juegos que ella misma nos preparaba con cariño: era ya “la mayor” en toda la extensión de la palabra. Grande era también su caridad para con los de fuera; si alguna amiguita caía enferma, iba a visitarla en seguida. Por su piedad, su espíritu de sacrificio, fruto de los ejemplos de nuestros padres y de su buen natural, era el alma de la familia. Pepa —así la llamábamos siempre— era como una segunda madre a quien confiábamos nuestras ilusiones, nuestros temores y nuestras penas infantiles. Un día —era yo todavía muy pequeña— me enviaron a hacer una compra. La hice pero me olvidé de pagar. Cuando a mitad de camino caí en la cuenta de mi descuido me entró tal susto que no me atrevía ni a volver a la tienda ni a entrar en casa con el dinero. No se me ocurrió cosa mejor que envolver las monedas en un papel y dejarlo junto a la puerta de una casa. Luego corrí hasta llegar a casa y le conté a la Pepa lo que me había pasado. Me besó con cariño para tranquilizarme y fué a la tienda a arreglar el entuerto. Por eso recurriamos siempre a ella, porque todo lo remediaba antes de que pudieran reñirnos.

“Gracias al ascendiente que sobre nuestros padres tenía, Josefa consiguió que yo pudiera hacer la Primera Comunión dos años antes de lo que entonces se acostumbraba.”

Renunciando a sus primeros proyectos, o más bien guiados por la mano de Dios, sus padres enviaron a Josefa al “Taller del Fomento del Arte” (1). Tenía entonces unos trece años. En cuanto a las pequeñas, había que mandarlas a la escuela, pero ¿a dónde?

La Infantería Española acababa de tributar público homenaje a la Virgen en el misterio de su Inmaculada Concepción, eligiéndola aquel año por Patrona; y para festejarla se había de celebrar una solemne Misa de

(1) Escuela de Artes y Oficios.

campaña en los jardines de Palacio. Trabajaba Leonardo en el adorno del altar en presencia del Rey niño Alfonso XIII, que seguía muy entredido los detalles de aquellos preparativos.

De pronto falla una herramienta que iba a dar en el sitio preciso donde se halla el Monarca: Leonardo lo advierte y, para detenerla hace un movimiento brusco, pierde el equilibrio y cae del andamio, rompiéndose un brazo. El noble gesto del artesano no pasó inadvertido; quiso el Rey darle las gracias y le ofreció colocar a sus hijas en el Colegio de las Damas Inglesas, de fundación Real. Pero Leonardo, aunque agradecido a tanta generosidad, no consintió en separarse de ellas. Y prefirió enviarlas a la Escuela Gratuita del Sagrado Corazón, calle de Leganitos, muy próxima a su casa (1).

Las pequeñas se aclimataron con rapidez; y la mayor, a quien Dios trazaba su camino, conoció así a las Religiosas del Sagrado Corazón a cuyo Instituto había de pertenecer un día. La Capilla del Colegio fué, desde entonces, el centro de sus amores y Jesús, oculto en el Sagrario, orientaba suavemente hacia su Corazón Divino, el de aquella cuya sencillez le había cautivado.

En el interior de la familia reinaba el bienestar y la felicidad. La mayor recompensa de las niñas era, por aquel tiempo, un viajecito a Loeches, para visitar a su tía materna, la Madre Priora del Carmelo. Las alojaban "como princesas", decían ellas, en la casa del capellán. Curioseando un día por la biblioteca, descubrieron la regla de las Carmelitas, que leyeron y relejeron con avidez. Después, al llegar a casa, jugaban a conventos; rezaban el oficio en coro, imitaban, con más o menos realismo, las penitencias del claustro. Josefa jugaba, pensando interiormente que para ella, aquello era más que juego.

Deseosos sus padres de desarrollar las excepcionales aptitudes de su hija para la costura, determinaron colocarla en el taller de una modista acreditada. Mucho tuvo que sufrir en aquel ambiente frívolo, tan distinto del de su casa y del de su alma. Mas siempre se mantuvo firme y en la Comunidad diaria, conseguida a costa de verdaderos sacrificios, encontraba la fortaleza necesaria para conservarse pura.

"He atravesado muchos peligros —escribe— pero siempre me ha guardado Dios Nuestro Señor en medio de ellos y de las malas conversaciones del taller. ¡Cuántas veces he llorado al oír aquellas cosas que me turbaban, pero siempre encontré fuerza y consuelo en Dios. Nada ni nadie me han hecho cambiar ni dudar nunca de que Jesús me quería para El".

"Los domingos —cuenta su hermana— solía ir al Patronato, del cual era presidenta la señorita María X..., hija del propietario de la casa donde vivíamos. Era un alma de Dios, que consagraba gran parte de su fortuna a obras de caridad. Quería mucho a Pepa y aprovechaba la influencia que sobre los demás le daban su carácter jovial, su olvido de sí y sus acertadas iniciativas; cuando había algún papel de comedia que

(1) El Colegio del Sagrado Corazón de Leganitos, magnífico don de los Duques de Pastrana, fué destruido durante la Guerra de 1936.

nadie quería, ya por lo difícil, ya por lo desagradable, Josefa lo aceptaba invariablemente y lo desempeñaba con sencillez y gracia encantadoras.

"Más tarde, la señorita María la tomó por compañera en sus visitas a los pobres. Pepa admiraba aquella caridad que no sólo sabía dar con largueza el socorro material, sino que prestaba a los enfermos los más humildes servicios; tales ejemplos avivaban su natural generosidad. Un día María le dijo en secreto que había descubierto una pobre leprosa abandonada, y buscaba algunas amigas abnegadas que la ayudasen a rodearla de cuidados, y sobre todo, de cariño. La enferma se llamaba Trinidad y sufría muchísimo. Tenía paralizado todo el lado derecho, la cara y las manos llenas de úlceras, apenas podía moverse y se pasaba los días en espantosa soledad. Pepa, encantada de la ocasión que se le presentaba, se encargó de darle todos los días la comida y así lo hizo durante algún tiempo, hasta que un día, confiando en mi discreción, me llevó con ella. Pero fué tal la impresión que me causó aquel repugnante espectáculo que mi madre lo notó y me preguntó la causa. Hubo que confesárselo todo y, como es de suponer, prohibió a Pepa volver a casa de la enferma, lo que fué para ella un gran disgusto."

Así pasaba el tiempo para Josefa, repartido entre la vida de familia, el taller y las obras de caridad. Pero la ley del amor iba pronto a grabar con su sello aquella existencia en flor. Era necesario que el cierzo azotase la tierna planta para arraigarla y fortalecerla.

"No dudes nunca de mi amor, le dirá más tarde el Amigo Divino; no importa que los vientos te sacudan; he fijado la raíz de tu pequeñez en la tierra de mi Corazón."

* * *

E s p e r a n d o

*"Déjate conducir con los ojos cerrados que
Yo soy tu Padre y los tengo abiertos para con-
ducirte y guiarte".*

(18 de Septiembre de 1928)

El sufrimiento que debía imprimir su huella en toda la vida de Josefa, pronto penetró en el hogar, hasta entonces feliz. Lo recibieron con paz, como saben hacerlo las almas sencillas y los amigos de Dios. Josefa aprendió a sufrir como había aprendido a amar y su corazón se abrió a las austeras lecciones del sacrificio y del dolor. Al contacto de la cruz se d-il-cificó su carácter, se domeñó su naturaleza, se vigorizó su alma y se acrisoló su amor sin perder nada de sus ardores.

En 1907 la muerte hacía su aparición en aquella casa. Carmen, una de las hermanas, volaba al cielo a los doce años. Poco después la abuela materna siguió a la niña al sepulcro. El fallecimiento de Carmencita fué un golpe terrible para sus pobres padres. Lucharon con el dolor pero fué superior a sus fuerzas. Unos meses más tarde enfermaba la madre

con fiebres tifoideas, y el padre cayó también con pulmonía, Josefa, fuerte en su fe y en su profunda vida interior, se reveló ya tal cual era. Abandonó el trabajo, se constituyó en enfermera de sus amados padres y midió sin desfallecimiento el arduo peso que caía sobre sus hombros de niña. Se encontraba sola para hacer frente a todo: comprar medicamentos caros y atender a las necesidades de sus hermanitas. Los ahorros se agotaron pronto y la pobreza penetraba en el hogar desolado. . . Josefa la abrazó con valor. Durante cuarenta días experimentó la angustia de la escasez y de las privaciones, la inquietud del corazón y el peso de la responsabilidad, que no compartía con nadie.

Las tres hermanas dormían en el mismo colchón.

“El médico, muy bueno, hubiera deseado llevar a nuestros padres al hospital, pero yo no lo hubiese consentido nunca, segura de que la Providencia vendría en nuestra ayuda. Y vino, en efecto, por medio de las Madres del Sagrado Corazón. ¡Que buenas fueron con nosotras. . .! ¡Cómo podría no amarlas? . . .”

Santa Magdalena Sofía se inclinó también hacia aquella familia a la sombra de la cual crecía la que había de ser un día su hija privilegiada. Durante una novena a la Santa Fundadora, la enferma, ya sin esperanzas de curación, llamó una noche a sus hijas: “No lloréis —les dijo—; la Beata (1) Madre ha venido a asegurarme que no moriré porque os hago falta.

“No supimos nunca lo que había pasado —contaba más tarde Josefa—; lo cierto es que al día siguiente el peligro había desaparecido”.

Su padre se curó también, pero sin recobrar las fuerzas y no pudo ya volver a su trabajo.

Desde este momento el bienestar desapareció del hogar y Josefa se entregó generosamente al cumplimiento de sus deberes filiales. Como tenía que quedarse para cuidar a sus padres y por otra parte le era preciso ganar para vivir, buscó trabajo de costura para hacerlo en casa y acudió a las Religiosas del Sagrado Corazón que ya se habían constituido protectoras de la familia. El primer obstáculo con que tropezaba Josefa, era que no tenía máquina de coser. La Madre Superiora le encargó que comprase una para el convento, pidiéndole que la probase una temporada; al mismo tiempo le hizo hacer millares de escapularios para los soldados que luchaban en África. Cuando Josefa quiso devolver la máquina, la Rev. Madre no la quiso aceptar, diciéndole que era suya, puesto que con su trabajo la había pagado.

Tanta caridad conmovió profundamente el corazón delicado de Josefa y desde entonces no pensó más que en formar parte un día de aquella Sociedad, tan conforme al Corazón de Jesús.

Su fama de costurera le abrió camino y pronto conoció las jornadas laboriosas y las veladas de la vida obrera. La ayuda de su hermana Mercedes ya no bastaba y hubo que organizar un taller. Levantadas al

(1) Santa Magdalena Sofía no estaba aún canonizada en aquella fecha.

amanecer las dos hermanas y después de oír Misa y comulgar en la Capilla de Leganitos, preparaban y dirigían la labor. Por la tarde, antes de ranganudar sus tareas, iban a visitar al Santísimo, más que nunca luz y fuerza de su vida.

En aquel taller modelo reinaba la jovialidad que facilitaba el trabajo; Josefa contagiaba la alegría, a la vez que procuraba tener contentas a sus compañeras con mil delicadezas. Pero poseía la conciencia de su responsabilidad y con suave firmeza exigía orden y primor en el trabajo. Rezaban el rosario en común y se enfervorizaban con frecuentes jaculatorias.

El sábado, al terminar la tarea, ambas hermanas iban a confesarse con el Padre Rubio, que seguía su alma con paternal interés. El domingo toda la familia oía varias Misas y por la tarde, Mercedes y Josefa visitaban a las Madres del Sagrado Corazón, en sus tres casas de Madrid: tal era su más grato esparcimiento. Luego, con sus padres, asistían a la Bendición del Santísimo, en la Capilla del Colegio de Leganitos. La confianza entre las dos hermanas fué pronto completa, tanto más cuanto que acariciaban el mismo ideal. Hablaban de su vocación y "un día — cuenta Mercedes—, Pepa me dijo que quería ser religiosa, pero lejos de su patria, para ofrecer a Dios mayor sacrificio. Yo presenté mis objeciones, pero ella contestó que por El todo era poco".

La energía y la abnegación de Josefa, haciendo frente a la vida, devolvieron la alegría al hogar; pero la tregua fué corta. En 1910 el padre sucumbía de un ataque al corazón. Su mujer que le cuidaba noche y día, al ir a comprar una medicina, vió en un almacén de trastos viejos una imagen del Corazón de Jesús. Apenada al verla arrinconada allí, quiso comprarla, pero el precio no estaba al alcance de sus exiguos medios. Había salido ya de la tienda, cuando oyó la voz del tendero que le decía: "Deme usted lo que pueda y llévese la estatua."

Conmovida y encantada, Lucía entregó el precio de la medicina y se dirigió a casa estrechando su tesoro: "En lugar de medicamentos —dijo al enfermo— te traigo el Sagrado Corazón."

Leonardo quiso que la pusieran a su vista y bajo su mirada expiró santamente el 7 de abril de 1910. El Padre Rubio le asistió en sus últimos momentos y se constituyó desde entonces en consejero y amigo del afligido hogar. Más que nunca fué Josefa el apoyo de su madre, y su trabajo el único sostén de la familia.

Pero en medio de tantas penas su alma se mantenía fiel a su único amor. El llamamiento que a los doce años la había cautivado y la ofrenda hecha entonces y cada día renovada, eran su fuerza y el horizonte de su vida a través de las sombras del camino. Ya antes de la muerte de su padre, había revelado su secreto solicitando el permiso de ingresar en el Instituto del Sagrado Corazón; mas por primera vez se vió al padre, tan buen cristiano, enfadarse con su hija Pepa y ésta, secándose las lágrimas, encerró en su alma el tesoro de su vocación, guardando por entonces silencio.

Más tarde se le adelantaron a proponerle la entrada en el Carmelo. Un religioso de esta Orden le ofreció obtener su admisión. Pero no era éste su camino. Josefa lo sabía; rehusó, pues, el ofrecimiento, agradecido, y aprovechó la ocasión para hablar de nuevo a su madre del llamamiento de Dios. Sin oponerse, ésta le suplicó que no la abandonase, y por segunda vez Josefa esperó; pero su dolor fué grande cuando su hermana

obtuvo el consentimiento materno y, precediéndola, se fué en 1911 al Noviciado de Chamartín, en Madrid.

Josefa que la había formado como costurera, con la esperanza de encargarla del mantenimiento de la familia, sintió vivamente la decepción. Su fe en la Divina Providencia la sostuvo y su virtud la ayudó a olvidarse de sí. Continuó su vida laboriosa, asociando en el trabajo a su hermana Angela, y entregándose, sin ahorrar tiempo ni fatiga, a su numerosa clientela. Dios, que la conducía a la realización de sus designios por caminos ocultos, pero seguros, iba una vez más a desconcertar las previsiones y los planes de su alma para enseñarle la ciencia del abandono y del sacrificio perfecto (1).

El Rvdo. Padre Rubio, su director hacía doce años, creyó, en febrero de 1912, llegado el momento de ayudarla a realizar sus deseos de vida religiosa. Josefa contaba veintidós años. El Padre la inclinó a las Reparadoras, que conocía intimamente y ella dócil y sencilla, obedeció, renunciando al atractivo que, en el fondo de su alma, la arrastraba hacia el Sagrado Corazón. Entró, pues, en las Reparadoras y empezó con todo su corazón la vida de Postulante, encontrándose feliz en medio de la familia religiosa, cuyo espíritu amó y gustó. Ninguna tentación turbó la paz de aquellos meses transcurridos entre las ocupaciones materiales, en las que su vida interior podía sin obstáculo expansionarse; pero en medio de esta paz, Josefa no cesaba de oír otro llamamiento. Refirió ella más tarde que las campanas de la capilla del Sagrado Corazón, que se oían desde su convento despertaban, a pesar suyo, sus antiguos deseos, que se esforzaba en sacrificar.

La Santísima Virgen iba también a advertirle con su Corazón de Madre que no era aquél el lugar de su descanso.

Estaba Josefa encarqada de la limpieza de un salón en el que había una imagen de Nuestra Señora de los Dolores, vestida a la usanza española y con la corona de espinas en las manos. ¡Cuál no sería su sorpresa al ver en ella un punto luminoso, sin que pudiera distinguir de dónde procedía la claridad! Durante tres o cuatro días la corona conservó el resplandor. Josefa se llegó a la estatua y vió una de las espinas que brillaba como un ascua: de ella salía aquella luz. Al mismo tiempo, una voz muy dulce le decía: "Coge esta espina, hija mía, Más tarde Jesús te dará otras". Josefa desprendió la espina, que aun brillaba, y apretándola sobre su corazón, respondió al maternal regalo con una ofrenda más total de sí, que el Señor iba a poner a prueba con nuevos sufrimientos.

Habían transcurrido los seis meses del postulante, la toma de hábito estaba próxima, pero su madre rehusó dar su consentimiento... El P. Rubio aconsejó la salida de Josefa y ésta volvió a inmolarse. Abandonó

(1) Su hermana Mercedes escribe, a este propósito: "Hasta mi entrada en el Noviciado, fuimos inseparables. Mi partida fué para ella una pena que mi juventud y el deseo de darme a Nuestro Señor no me permitieron medir. Solamente más tarde, me di cuenta del sacrificio que había impuesto a mi querida hermana. Entonces, el pensamiento de que así se habían realizado los designios de Dios fué lo único que pudo consolarme".

En 1926, tres años más tarde de la muerte de Josefa Angela entró en el Carmelo de Loeches, tomando el nombre de "Sor Magdalena Sofía del Sagrado Corazón". Algún tiempo después partió para Portugal con un grupo de religiosas, llamadas a contribuir a la restauración del Convento de Coimbra.

con pena el asilo donde había gustado algo de la dulzura de la vida religiosa, en cuyos deseos se consumía, llevóse consigo la espina, que si ya había perdido el resplandor, iba ahora a traspasar más y más su vida toda, con dolorosa realidad.

Emprendió, pues, de nuevo la empinada cuesta en busca de su Dios. Volvió al trabajo y a la dura tarea cotidiana. La vieron entonces en los Colegios del Sagrado Corazón de Madrid, trabajando como costurera en la confección de los uniformes de las alumnas. Era el tipo de la obrera sencilla, modesta, de conciencia y profundamente piadosa. La Religiosa que se ocupaba de la ropa de las niñas no ha podido olvidarla; dice así: "Naturaleza ardiente, recta, cumplidora del deber. Por su abnegación y caridad no tuve con ella el menor tropiezo; su tacto exquisito, su actividad silenciosa, eran para mí una eficaz ayuda. Era un alma de fe y su devoción a la Eucaristía extraordinaria. Amaba mucho al Sagrado Corazón y solía repetir: —Cuando entro en esta casa me encuentro en mi centro. ¡Qué distinto del ambiente mundano de su clientela! En más de una ocasión su conciencia delicada y su alma pura se sentían heridas".

—¡Si supieran —decía— cuánto sufro cuando me veo obligada a ceder a las exigencias de las señoras y a vestirlas de un modo poco conforme con la modestia cristiana!

La vista del mundo y de sus costumbres entristecía su corazón, sintiendo más dolorosamente aún el destierro a que se veía sujeta.

—“¡Ah!, exclamaba, desde mi niñez pido todos los días al Corazón de Jesús que me haga Esposa suya, y ahora que co-
nozco mejor lo que es la vida, le suplico que, si no me quiere conceder esta gracia, me lleva de este mundo, porque mi alma no puede vivir más tiempo en él”.

No vivía, en efecto, más que de los deseos ardientes encendidos en la Sagrada Comunión. Del contacto con el Corazón Divino sacaba para sí misma fortaleza y para los demás bondad, afecto y alegría, que derramaba sin cesar en torno suyo, guardando celosamente su Cruz y su espina.

Tenía pocas amigas, pero arrastraba con su ejemplo y sostenía con sus consejos al grupo de jóvenes obreras que con ella trabajaban. Su expansión comunicativa las animaba cuando la labor permitía un rato de solaz y organizaba peregrinaciones a Avila y al “Cerro de los Angeles”, que dejaban en sus almas rastro profundo.

Entre tanto transcurría el tiempo y Josefa esperaba la señal divina; creyó verla en 1917 y se decidió a pedir su admisión en la Sociedad del Sagrado Corazón; fué aceptada con bondad y su madre consintió, fijándose la entrada para el 24 de septiembre, festividad de Nuestra Señora de las Mercedes. Amaneció el día tan deseado, pero ¡ay! las lágrimas de la madre hicieron flaquear el corazón de la hija ¡Josefa cedió ante el dolor maternal! Aquella noche, su sitio en el Noviciado permaneció vacío. Josefa lloró largo tiempo lo que ella llamaba la gran debilidad de su vida. Mas aquél que trabaja en la oscuridad, aun cuando El es la luz”, realizaba, a través de estas dolorosas alternativas sus planes de amor.

Por entonces, en Francia, pasada la tormenta, empezaba a florecer de nuevo la obra del Sagrado Corazón; la llama se reanimaba en los hogares apagados. En Poitiers, la antigua abadía "des Feuillants" (de los Cistercienses) providencialmente conservada para el Instituto, abría otra vez a las Hijas de la Madre Barat sus claustros embalsamados aún por los santos recuerdos de la Fundadora.

Un Noviciado de Hermanas Coadjutoras estaba en proyecto; en el había señalado el Corazón de Jesús, desde toda la eternidad, el sitio de Josefa; allí iba El a conducirla por su mano, a través de las últimas tempestades.

Era en 1919; Josefa tenía 29 años. Comprendió por secreto llamamiento, que había llegado la hora de Dios, y resolvió solicitar de nuevo en el Sagrado Corazón la admisión, que no se atrevió a esperar.

El 27 de julio presentó humildemente su petición. Josefa escribe en sus notas:

"La contestación fué una negativa... pero en el fondo de mi alma sentía la voz de mi Jesús que me decía: ¡Pídelo, insiste, confía en Mí que soy tu Dios!"

Su insistencia no logró cambiar la decisión, que sus vacilaciones anteriores justificaban.

"El 16 de Septiembre —prosigue— me arrodillé a los pies de mi Crucifijo y le pedí con toda mi alma que, o me abriese la puerta de su Corazón Divino, es decir, de su Sociedad, o me llevase de este mundo porque me parecía que yo no podía sufrir más. Entonces creo que me dijo: "Mira mis Llagas... bésalas y dime si no puedes sufrir un poco más... soy Yo quien te quiero para Mí"... ¡Dios mío!... ¿Qué sentí entonces?... No lo puedo decir, bien pero una vez más prometí no vivir sino para amar y sufrir... ¡Pero soy tan débil, Jesús mío!..."

Dos meses transcurrieron aún en fervientes súplicas hasta el 19 de noviembre.

"Ese día, en la Comunión —prosigue Josefa, le supliqué por su Sangre divina y por sus Llagas que me abriese la puerta de la Sociedad que yo había cerrado por mi culpa. Abrídmela de nuevo, Jesús mío, os lo suplico; bien sabéis que no pido ni deseo otra cosa que ser Esposa de vuestro Divino Corazón".

La hora de Dios había llegado, Aquella mañana fué Josefa, como de costumbre, a Chamartin en busca de su labor semanal. La esperaban, pues acababa de llegar una carta de Poitiers, y en ella pedían, para el Noviciado recién abierto, algunas vocaciones seguras. ¿Tendría Josefa valor para solicitar en Francia la admisión tan deseada?... Sin vacilar, contestó el "sí" más generoso y al momento escribió ofreciéndose.

“Me arrojé de nuevo —dice ella en su cuadernito de recuerdos— a sus pies Divinos, que tanta confianza me dan, y con lágrimas en los ojos y más amor en mi corazón, me ofrecí a aceptarlo todo, y a pesar de mi debilidad ¡qué fuerza sentía dentro de mí!”

Su madre, desolada, no opuso esta vez ninguna dificultad: Dios allanaba los obstáculos. Para evitar lo doloroso de la despedida, Josefa salió de su casa sin decir nada a nadie y sin llevar nada. La caridad de las Madres del Sagrado Corazón la proveyó de lo necesario.

“Jesús me cogió —dice ella— y no sé cómo, pero lo cierto es que me encontré a San Sebastián; no tenía fuerzas ni dinero; yo creo que no tenía más que amor; pero estaba en el Sagrado Corazón. Yo siempre la misma, muy débil, pero Jesús siempre sosteniéndome”.

Un mes se detuvo Josefa en la casa del Sagrado Corazón de San Sebastián, que la acogió con gran caridad. Agradecida, procuró hacerse útil y se la vió activa y silenciosa ayudando en todo cuanto podía. Empero, las cartas desgarradoras de su madre y de su hermana traspasaban de pena su corazón; empezaba también a medir lo que iba a ser la dificultad de un idioma desconocido para ella; pero su voluntad permanecía fija en el Corazón de Jesús, que la esperaba.

—¿Qué hará usted en un país cuya lengua ignora? —le preguntó alguien.

—Dios me lleva—contestó sencillamente.

Era verdad.

El 4 de febrero de 1920 dejaba para siempre su Patria para seguir, más allá de sus fronteras, a Aquél, cuyo amor soberano puede pedirlo todo.

II

A LA SOMBRA DEL VIEJO MONASTERIO

— o o —

El Corazón Abierto de Jesús

Del 4 de Febrero al 16 de Julio de 1920

"Por todo lo que tú me das, Yo te doy mi Corazón".

(15 de Julio de 1920)

Llena de luz, situada en la falda de la colina desde donde Poitiers domina el Valle del Clain, la antigua Abadía "des Feuillants" (Cistercienses) parece uno de esos lugares escogidos para el encuentros de fervores humanos y favores divinos.

En 1618 una colonia de Religiosos del Cister se establecía allí. La Revolución la destruyó; mas apenas se disipó la tormenta, Santa Magdalena Sofía reanimaba en sus ruinas la llama del amor, fundando el primer Noviciado de la Sociedad del Sagrado Corazón. Allí residió ella con frecuencia, recibiendo gracias tan singulares, que la casa, los claustros, el jardín se han conservado para su familia religiosa en relicario y recuerdo vivo de la Fundadora.

Entre aquellos benditos muros iba el Corazón de Jesús a esconder a su hija predilecta para cultivarla cual flor escogida, abrirle su Corazón, y, asociándola a su sed de almas, realizar en ella y por ella la Obra de su Amor.

Sin embargo, a su llegada a Poitiers, nadie pudo sospechar los planes divinos; tal cual se presentó Josefa al empezar el postulantado, así se mantuvo durante los cuatro años de su vida religiosa. Sencilla, silenciosa, entregada a su trabajo, perdida en el conjunto. En su exterior nada llamaba la atención; su fisonomía sería marcada a veces con el sello del sufrimiento se iluminaba con una sonrisa cuando alguien se le acercaba o le pedía un favor. Sólo sus grandes ojos negros hablaban en ella, sin que lo sospechara; su vida se concentraba en su mirada, reflejando a la vez el ardor de su amor y su profundo recogimiento.

Inteligente, activa, adaptándose a todo, Josefa había recibido verdaderas dotes del cielo; extraordinario buen sentido, juicio claro y recto, servían de base a un carácter serio y equilibrado sobre el que pudo trabajar la gracia libremente. Su corazón tierno y generoso, fortalecido por las pruebas pasadas, sabía darse y guardarse a un tiempo, y como todo el que ha sabido sufrir, era buena, con esa bondad que inspira el olvido de sí.

Su alma llegaba a la vida religiosa templada ya por el espíritu de sacrificio, por la inteligencia sobrenatural de su vocación, con vida interior intensa y un amor ardiente hacia el Corazón de Jesús. Pero todos estos dones de Dios permanecieron ocultos a sus propios ojos y a su alrededor, y desde que ingresó en el convento, hasta la muerte, pasó inadvertida bajo el velo de un vida sencillamente fiel.

Un grupito de novicias venidas de diferentes casas formaba el Noviciado de Hermanas Coadjutoras. Josefa fué la primera postulante y pronto pasó a ser la novicia más antigua.

La vida humilde y laboriosa, reproducción de la de Nazaret, le encantó desde el principio. Este ideal concebido por la Santa Fundadora respondía a todas sus aspiraciones y atractivos: trabajo escondido, para ayudar a la Obra del Corazón de Jesús en las almas de las niñas, pero trabajo impregnado de amor, de silencio, de oración, y cuya fecundidad apostólica y divina riqueza dependen sólo de la unión a este Corazón Sagrado. Josefa abrazó con todo el ardor de su alma esta nueva vida, tan luminosa para su fe y tan dulce para su amor.

Unas líneas bastarían para decir lo que fueron su postulantado, su noviciado y los dieciocho meses que completaron su carrera en la tierra. ¿No nos enseñó Jesús de Nazareth con sus ejemplos, el sentido de las apreciaciones divinas, tan distintas de las del mundo?... Y ¿no resume el Evangelio treinta años de su vida en la tierra con estas breves palabras: "Les estaba sumiso..."? De la misma manera, la santidad de las Hermanas Coadjutoras en la Sociedad del Sagrado Corazón, parece tanto más auténtica cuanto que hace menos ruido y tanto más profunda cuanto más escondida. Josefa Menéndez fué una de esas almas ignoradas a las que apenas se ve, ni se oye, y cuya historia se escribiría en pocas palabras. Mas, bajo el velo que envuelve esta corta existencia, hay otra vida cuya trama está entretejida de gracias extraordinarias, que al Corazón de Jesús le plugo derramar en el alma privilegiada de Sor Josefa. Día tras día, sus designios de Amor se van realizando en ella, sin que nada al exterior traicione el secreto que Dios mismo se encarga de celar.

Uno de los rasgos más salientes y maravillosos de la historia trazada en estas páginas, es el contraste entre las apariencias externas y las realidades internas; entre lo visible y lo invisible; Josefa semejante a las demás Religiosas en la vida cotidiana, lleva en su alma el peso de una predilección divina, que ora la entrega a los más vivos sufrimientos, ora la anega en un piélagos de inefables delicias.

En lo sucesivo se establece una doble corriente de amor entre ella y El: Amor divino que se precipita como el águila sobre su presa, sin que nada detenga su ímpetu, amor frágil y abrasador a la vez —el de Josefa— cuyo esfuerzo incesante será ofrecerse y permanecer entregada a todas las exigencias del Plan divino.

Estas líneas quisieran exponer, en lo que cabe, el hondo misterio de tan hermosa vida. Reservando al dictamen de la Iglesia el juicio definitivo que a ella sólo compete, parece que el silencio y la oscuridad que rodearon siempre a Sor Josefa y que a fuer de maravillosos casi calificáramos de divinos, son como un sello de autenticidad puesto por el mismo Dios a su obra de amor.

Únicamente sus directores y superiores siguieron, paso a paso, a Josefa por su camino misterioso, en tanto que la Comunidad ignoró hasta

su muerte las maravillas de que habían sido testigos aquellos muros de la casa de Poitiers.

No es tampoco menos digno de notarse, el celoso cuidado con que Jesús quiso conservar el frágil instrumento, pequeño a sus propios ojos y a los de los demás. "No te he escogido por lo que eres sino por lo que no eres —le dirá continuamente el Señor— porque así he hallado dónde hacer brillar mi poder y mi amor".

Mas ¿no era preciso que el Maestro Divino ahondase primero la capacidad que había de llenar con sus predilecciones y favores? Josefa llegaba llena de esperanzas al puerto de la vida religiosa y si estas esperanzas habían de verse sobradamente colmadas, no sería sin que antes la barquilla se viese combatida de furiosos vientos y tormentas terribles, como no las había experimentado hasta entonces.

"Quince días de deliciosa paz —escribe Josefa— siguieron a mi entrada en el postulantedo. . ."

Todavía recuerdan en los "Feuillants" la llegada de aquella española de ojos negros, que no sabía cómo expresar su gratitud ante las atenciones de que era objeto. Sencilla y complaciente, muy pronto se fundió en el conjunto; ignoraba el francés pero providencialmente la Madre Asistente y algunas Hermanas antiguas, que habían vivido en España, hablaban el castellano, facilitando a Josefa la adaptación.

A los pocos días, repuesta ya de las emociones de la despedida y de las fatigas del viaje, la enviaron a ayudar en la cocina, trabajo nuevo para la costurera madrileña pero al que se prestó con todo su corazón; su ser entero irradiaba felicidad: era ya de Dios, ¿qué le importaba la forma de su entrega? Nada parecía capaz de turbar esa dicha y, sin embargo, el enemigo, presintiendo lo que sería aquella alma, preparaba en la sombra sus primeros ataques. Se acercaba la hora en que Dios iba a permitirle entrar en juego.

"Empecé a vacilar pensando en mi madre, mi hermana, mi patria y porque se me hacía muy duro no entender nada.

"Durante los primeros meses la tentación era fuertísima, tanto que creí sería imposible resistir. . . Sobre todo pensando en mi hermana, esa hermana que quería tantísimo y que también sufría por mí. . . Esto era tremendo. . . Pero ya me decidía dejarlas a las dos en el Corazón de Jesús, para que El las cuidase; y cada vez que me acordaba de mis dos cariños y lo mismo cuando venía el sentimiento de mi patria, hacia, según me habían indicado, un acto de confianza y de amor.

"Una noche, era a principios de abril, arreciaba la tentación; pero como ante todo quería ser fiel, no decía más que estas palabras: Dios mío, os amo. Me acosté y, según tengo costumbre deje el crucifijo debajo de la almohada. A media noche me desperté y, besándole, le dije con todo el ardor de mi corazón. Dios mío, desde hoy os amaré más que nunca. Al

mismo tiempo empezaron a caer sobre mi cuerpo muchos golpes como si fueran palos, tan fuertes que me sentía morir. Esto duró toda la noche y todo el tiempo de la oración y de la Misa. Yo tenía mucho miedo y me agarraba a mi Crucifijo. Llegué a estar rendida, sin atreverme a hacer un movimiento, cuando un instante antes de la elevación vi, como si de mí saliera, un relámpago muy vivo y como que me soplaban, y desde esta hora me quedé muy tranquila; pero el dolor de los golpes me duró muchos días”.

Tal es el comienzo de la rabiosa persecución con que el demonio afligirá a Josefa durante toda su vida. Ella permanece serena, fiel a la regla y constante en el trabajo. Sencilla y confiada, busca la paz y la fuerza para sufrir, en la dirección de su Maestra de Novicias (1), que la anima y la sostiene en su rudo batallar.

“EL VIERNES 7 DE MAYO ya no podía más y volví a pedir que me dejaran marchar; pero la Madre Asistente me enseñó el billete que yo misma había escrito, pidiendo por amor de Dios, en nombre de la Virgen Santísima, de mi Padre San José y de mi Beata Madre Fundadora, que si mil veces pedía marcharme, otras tantas me recordasen lo que deseaba en los momentos de luz, convencida de que la voluntad de Dios me quiere aquí.

“Desde este día no he tenido un momento de paz; sólo Dios sabe cuanto he sufrido”.

Cinco semanas duran las luchas, que ya se pueden calificar de extraordinarias. Josefa repite sin cesar, lo que le indica la obediencia.

“Sí, Jesús mío, me quedaré, aquí, consagrada a vuestro servicio. . . Os quiero amar. . . quiero obedecer. . . No veo nada, pero a pesar de la obscuridad, quiero ser fiel”

Una tarde del mes de mayo, el esfuerzo diabólico para derrotarla se hace más palpable todavía.

“Estando en la Capilla, adorando al Santísimo, de pronto me sentí rodeada de mucha gente que daba fuertes gritos. Eran unas visiones espantosas y sus voces, muy ásperas. Mi cuerpo se sentía al mismo tiempo tremendamente apaleado. Quería llamar pero no podía. Me encontraba tan mal que me senté mirando al Sagrario, pero me era imposible rezar. Luego, manos invisibles me agarraron del brazo, para sacarme de la Capilla. . .

(1) En la Sociedad del Sagrado Corazón la Madre Asistente ejerce —de ordinario— las funciones de Maestra de las Novicias Coadjutoras.

Yo no quería salir, pero me sacaron por fuerza y como arrastrándome. No sabía a dónde ir ni qué hacer. Tenía miedo... Al fin me fuí a la celda de nuestra Beata Madre (1).

"Cuando la Madre Asistente me encontró y me preguntó lo que me pasaba, no podía contestar. Pero dije entre mí: Aunque me maten, cuando pueda hablar, iré a contárselo todo. Me levanté y salí en su busca; entonces no sé lo que me pasó; fué terrible: me parecía tener al lado un regimiento que me aterraba con sus gritos, cada vez más fuertes. Al llegar a la puerta del cuarto de la Madre, todo desapareció y quedé con tanta paz que no me hubiera marchado de su lado. Esto me ha sucedido después varias veces. Siempre he notado que cuando me decidía a decirlo, al entrar en el cuarto de la Madre, todo cesaba".

"También he notado de un modo especial la furia que sentía el demonio cuando la Madre me hacía una cruz en la frente. Parecía que daba como una patada en el suelo y si alguna vez no me lo hacía, oía una gran carcajada".

En medio de tan penosas pruebas, termina el postulante de Sor Josefa. Se fija el 16 DE JULIO para la toma de hábito, pero la persecución diabólica, que ella cree ya inherente a la vida que ha abrazado la asusta y la desconcierta. Vacila ante la perspectiva de una lucha continua, que le parece exceder el límite de sus fuerzas.

"Y no salí de dudas, —escribe—, hasta que mi Amado Jesús me mostró claramente su divina Voluntad, dándome desde entonces tanta luz como consuelo".

Fué el SABADO 5 DE JUNIO DE 1920, fecha memorable en la historia de Josefa. Un asalto del infierno, más formidable aún que los pasados, la decide a partir. Estando en estos pensamientos, entra con las demás Hermanas en la Capilla, para la oración de la tarde. Jesús la espera allí. Pero ella no lo sabe, y obsesionada por la tentación, repite interiormente:

"No tomo el hábito, me voy a casa. . . Lo dije hasta cinco veces. . . No pude repetirlo más. ¡Jesús mío, que bueno sois! . . ."

Y de pronto, se siente invadida por lo que ella ingenuamente llama "un sueño muy dulce", para despertar en la Llagaga del Corazón Divino.

"No puedo explicar lo que pasó por mí. . . ¡Jesús! Sólo una cosa pido: Amaros y ser fiel a mi vocación".

Con la luz que la inunda, ve los pecados del mundo y ofrece su vida para consolar al Corazón herido de Jesús. Un deseo vehemente de unirse a El la consume, y cualquier sacrificio le parece pequeño, para permanecer

(1) Convertida en oratorio.

fiel a su vocación. En aquella divina claridad la noche se ha desvanecido y a la desolación ha sucedido una insondable felicidad.

“Dios lo ha hecho todo —explica Josefa en las notas que escribió por obediencia—. Me confunde tanta bondad...! Quisiera amarle con locura! No le pido más que dos cosas: Amor y gratitud inmensa a su Corazón adorable. Conozco más que nunca mi debilidad. Pero también más que nunca espero de Él la fuerza. Jamás había descansado en esta Divina Herida... Ya sabré, desde ahora, dónde puedo refugiarme en los momentos de tribulación. Es un lugar de paz y de mucho amor.

“Siento muy de veras lo que he resistido a la gracia y todas mis infidelidades; pero esto aumenta mi confianza y los motivos para esperar que nunca me faltará Jesús, aunque yo no lo sienta y me parezca estar sola. Porque esto me hacía temer antes mucho; que me sentía sola y creía imposible ser fiel. Pero ahora veo que Jesús me sostenía sin que yo lo viera. En fin, no soy capaz de expresar hasta qué punto deseo amarle”.

Cuando Josefa sale de la Capilla, penetrada de aquella divina presencia, que de modo tan admirable la ha invadido, se ha obrado en su alma una total transformación.

“Y ... no sé lo que será —escribe— pero creo que me quiere descubrir un nuevo secreto, pues en la oración de ayer —LUNES 7 de JUNIO— me introdujo de nuevo en la Llaga de su Corazón... ¡Cuánto me amáis, Jesús mío! Nunca podré corresponder a tanta bondad... Me pareció ver en esa Divina Herida como una abertura pequeña y más honda, pero yo no podía entrar en ella. Y a mis deseos, respondió el Señor que sería para más adelante”.

“Han pasado doce días —escribe el 17 DE JUNIO— desde que el Señor me hizo tan señalado favor. He tenido muchísimos consuelos y he podido estudiar lo que quería enseñarme el Corazón de Jesús. Me muestra claramente que lo que más le agrada son las acciones hechas por obediencia, por pequeñas que sean. He comprendido que en esto he de poner todo mi empeño, y que por este medio, aprenderé a negarme en todo. Quiero que el amor me consuma, ¡Qué Corazón el de Jesús!”.

Y prosigue, oprimida bajo el peso de tantos favores:

“Hoy, MIERCOLES 23 DE JUNIO, estaba meditando sobre la bondad del Corazón de Jesús y me ha venido el pensamiento de que ese Corazón, que tanto ama a las almas y a la

mía en especial, es el que tomaré por Esposo, si le soy fiel. No sabía qué decir ni cómo darle gracias por tan señalado favor. . . Pues, mirad, Señor, os pago con Vos mismo, pues soy toda vuestra y Vos todo mío.

“Me abandono a Vos y quiero que mi vida sea únicamente vida de Dios y en Dios, y así endiosarme y no ser yo, entregarme para que mi persona se consuma y destruya y cuanto soy y tengo, sea únicamente de El”.

“Después, al recibir a Jesús en la Comunión, le he dicho según acostumbro, cuánto le amo y deseo amarle. . .Entonces me he sentido en mi Divino Rinconcito. . . Es la tercera vez que descanso en su Corazón. . . Yo no sé lo que pasa por mí, sólo sé que soy pequeñísima para tan gran consuelo. ¡Dios mío! Este Corazón anega en amor a quien le busca y le ama!

“En estos ratos de cielo, Jesús me da a conocer cómo paga lo poco que me he vencido para serle fiel. No quiero buscar mi propio interés en nada, sino en todo la gloria de su Divino Corazón. Seré muy obediente y generosa aun en las cosas mínimas, porque creo que en esto consiste la perfección y que es el camino más recto para ir a El”.

Ante el Corazón de Jesús, que así se le descubre, Josefa no sabe cómo expresar sus sentimientos.

“Hoy 24 DE JUNIO, he visto, de modo que no sabré decirlo, lo que es el Corazón de Jesús. . . Le he pedido que me dé sed de El. . . Yo no sé decir lo que he visto. . . pero era mi Jesús. . . Me he sentido en el mismo cielo. . . ¡Dios mío! ¡No puedo con tanto! . . . Quisiera ofrecerle algo. . . dar a quien tanto me da. . . ¡Pero soy tan poca cosa! He prometido de nuevo ser fiel y dejarme guiar en todo, para llegar con más seguridad a su Divino Corazón”.

Sin dejarse arrastrar por su entusiasmo, Josefa se esfuerza en penetrar hasta el fondo de este Sagrado Corazón, descubrir sus intenciones y sondear, en lo posible, su infinita bondad.

“Cada momento que pasa, noto dos cosas: más conocimiento de la bondad divina, pues, aunque siempre he tenido fe y he creído que Dios ama con locura a las almas, pero ahora veo de modo clarísimo lo que es el Corazón de Jesús. Su mayor pena es no verse correspondido y, si un alma se abandona a El, puede estar segura que la colmará de gracias y hará de ella un cielo, donde El mismo vendrá a morar”.

“Le he prometido de un modo especial: fidelidad, obediencia, confianza y abandono.

“Lo segundo que noto también, es más conocimiento de mí misma, pues me veo (no sé si del todo) como soy: fría, distraída, poco generosa, nada mortificada. Dios mío, ¿por qué me amas así, siendo como soy? Pero no desconfío, Jesús mío, lo que yo no pueda lo haréis Vos. . . y con vuestro amor y vuestra gracia iré adelante”.

Los favores de que el Corazón de Jesús la ha colmado hasta aquí no son más que un prelude de otros mayores. Así escribe Josefa el MARTES 29 DE JUNIO:

“Hoy la oración era sobre las tres negaciones de S. Pedro, y al comparar su flaqueza con la mía hice propósito de llorar mi culpa y reparar amando, a imitación del Santo Apóstol. ¡Tantas veces he prometido fidelidad!. . . Pero hoy, con mucha fuerza y decisión he dicho a Jesús: Sí, Jesús mío, os prometo ser fiel, no rehusaros nada, antes el contrario salir al encuentro de todo lo que sepa que os agrada más.

“Así estaba, hablando con el Señor, cuando me introdujo en su Divina Herida. Vi cómo se abría aquella hendidura, por la cual antes no podía pasar y me ha dado a entender la felicidad que me espera si soy fiel a todas las gracias que El me tiene preparadas. No sé explicar lo que he visto: Era como una inmensa llama donde mi corazón se estaba consumiendo. Yo no veía el término de este abismo, porque es como un espacio inmenso, lleno de luz. Estaba tan embebida en lo que veía que no podía hablar ni pedir nada. . . Así he pasado toda la oración y parte de la Misa. Pero poco antes de la Elevación mis ojos ¡estos pobres ojos míos! han visto a mi Amado Jesús. . . al único deseo de mi alma. . . a mi Dios y Señor. . . He visto cómo me tenía dentro de su Corazón en medio de aquella gran hoguera. . . Sonreía. . . Yo no sabía qué hacer. No puedo decir lo que he sentido porque es imposible. . . Pero quisiera que el mundo entero conociera el secreto de ser feliz; todo consiste en amar y abandonarse, Jesús se encarga de lo demás.

“Estando así anonadada en presencia de tanta hermosura, tanta luz, me ha dicho estas palabras, con voz muy grave, aunque dulcísima:

—«Así como yo me inmolé víctima de amor, quiero que tú también seas víctima: el amor nada rehusa».

“Yo no podía decir más que: “Dios mío, ¿qué queréis que

haga? Podéis pedir y disponer, porque yo no me pertenezco: soy vuestra. Y después de un gran rato de cielo —no puedo darle otro nombre— se marchó mi Jesús”.

El recuerdo de esta inefable visita enciende en Josefa nuevos y más intensos ardores. Es una llamarada de celo porque al ponerla en contacto con su Divino Corazón, Jesús le ha comunicado la sed que le devora:

“Jesús mío —escribe— sólo una cosa deseo: que el mundo entero os conozca y sobre todo, las almas que escogisteis por Esposas de vuestro Corazón adorable. Si os conocen os amarán porque sois el Unico Bien. Abrasadme en vuestro amor y esto me basta. Abrasad a las almas todas, y correremos hacia Vos por el camino más recto, que es el camino del amor. No quiero más que amar y amar a Vos sólo. Todo lo demás será para mí como sendas para ir a Vos. Si yo pudiera, aun a costa de mi vida, todas las almas traería a vuestro Divino Corazón. . . Jesús me ha dado hambre y sed de que le amen todas las almas; y con esta intención, se lo ofreceré todo, saldré al encuentro de lo que más me cueste. También le he prometido que en todo me sujetaré a la santa obediencia y conozco cuánto le agrada que sea muy sencilla en descubrir mi alma y dejarme guiar, como una niña muy pequeña”.

Algunos días después, el Señor le muestra lo que exigirá de ella esta sed de almas que ha empezado a sentir. El SABADO 3 DE JULIO, Josefa escribe:

“Estaba trabajando en el Noviciado y pensaba en lo feliz que soy de poder vivir bajo el mismo techo que Jesús y tomarle por compañero de todos mis trabajos. En este mismo momento he visto su Divino Corazón en medio de una gran llamarada de fuego abrasador. Estaba rodeado de espinas, pero ¡Dios mío!, ¡qué espinas! Eran puntas agudísimas que se le clavaban hasta dentro y de cada una de ellas brotaba sangre. Yo quería quitárselas. . . Entonces he sentido como que me arrancaba el corazón con un dolor muy grande, y lo ha colocado junto a la llaga del suyo, debajo de las espinas. Pero tan sólo seis se hincaron en mi corazón, porque es muy pequeño. Esto ha durado bastante rato. No podía decirle nada, pero El sabe que hubiera querido que mi corazón fuera mayor, para quitarle todas las espinas.

“Entonces he oído su voz dulce, ¡pero muy triste! que me decía:

—«*Todo esto y mucho más ha sufrido mi Corazón. Pero también encuentro almas que se unen a El y me consuelan por las que de Mi se apartan*».

“¡Cómo sufre mi Jesús! He comprendido que unas espinas se clavan más que otras. Yo quería saber cómo le podría consolar, pues no le puedo ofrecer más que cosillas muy pequeñas y eso no es nada para lo que El sufre. . . Pero no me lo ha dicho”.

EL DOMINGO 4 DE JULIO, durante la Santa Misa, Josefa se asocia a los Divinos Misterios:

. . . “Y para decir verdad —escribe— no sabía qué decir ni qué hacer. . . Sólo siento una necesidad continua de humillarme, porque cada vez conozco más a fondo mi miseria y pequeñez. . . Así estaba, cuando he visto delante de mí al Divino Corazón. Tenía clavada una espina muy gruesa —y debía ser también muy larga— derramando por ella mucha sangre.

“Jesús mío, le he dicho, ¿quién os hace sufrir así? ¿Soy yo? Sentía en mi alma un dolor que no puedo explicar, al ver la Sangre Divina. ¡Señor y Dios mío! Tomadme y haced de mí lo que queráis, pero no quiero que esta espina siga clavada en vuestro Corazón. . . Entonces he visto salir como un clavo grandísimo, dejando un agujero tan ancho y profundo que me ha permitido ver el interior de ese Horno Divino lleno de fuego, y Jesús me ha respondido.

—«*Este clavo tan grande es la frialdad de mis Esposas. Quiero dártelo a entender para que, abrasada en amor, consueles mi corazón*».

“EL MARTES 6 DE JULIO, mientras estaba en oración me mostró su Divino Corazón atravesado por seis espinas. Me dió muchísima pena, tanto por lo que sufre mi Jesús como por la impotencia que siento para consolarle y aliviar su dolor. Comprendí que las espinas representan seis almas que ahora le martirizan de un modo especial, y me dijo:

—«*Quiero que tú me arranques estas espinas a fuerza de amor y de ardientes deseos*».

“Y dejó caer en mi corazón dos gotas de su Sangre Divina. . . ¡Dios mío!, ¡cuánto me amáis! Mi corazón es muy pequeño. . . ¡Demasiado pequeño! . . . pero es todo vuestro, Señor.

Al día siguiente Jesús, introduciéndola una vez más en su Corazón, le da esta consigna:

—«Amame en tu pequeñez, y así me consolarás».

“Todas esas gracias, siento que dejan en mí dos cosas fuertemente grabadas: primero, un deseo grandísimo de amar y sufrir para corresponder a su amor; para lo cual me basta ser fiel a mi santa vocación. Segundo, una sed ardiente de que otras muchas almas le conozcan y le amen; sobre todo las que El elige por Esposas. Creo que éste ha de ser mi camino: no descuidar las cosas pequeñas, buscando las ocasiones para tener muchos actitos que ofrecer a Jesús, a quien amo con locura, o al menos desearle”.

Este mismo día, 7 DE JULIO DE 1920, es el primero de los ejercicios preparatorios a su toma de hábito. Pero no va a llegar sin luchas a tan grande acontecimiento.

“Deseo ardienté de darme por entero, sin omitir nada, ni rehusar cosa alguna que yo entienda ser voluntad de Dios. Estar muy atenta a su voz divina, de tal modo que este retiro sea como la base de mi Noviciado. Procurar sacar de él aute todo, amor profundo a mi vocación, pues es lo que ha de unirme y asemeiarme al Corazón de Jesús”.

Así empiezan las notas de Sor Josefa en su cuadernito de Ejercicios. Diariamente escribe el resultado de su constante esfuerzo y a través de estos apuntes tan espontáneos se trasluce claramente la borrasca que de pronto ha entenebrecido el fondo de su alma.

“Hasta el tercer día de retiro, o sea el 10 DE JULIO, estaba en gran consolación, pero al hacer la meditación del juicio, me vi sola delante de Dios Juez. Entonces me empezó un temor, una turbación tan grande que llegé a perder la paz que venía disfrutando desde el día 5 DE JUNIO. Veía delante de mí todas las gracias recibidas, que me acusarían en el momento de ser juzgada; al mismo tiempo me quedé en gran sequedad y tan sola, que prefería no recibir tantas gracias para no tener que dar cuenta de ellas. Así he pasado algunos días. Decidí no seguir y marcharme. ¡Dios mío! ¡qué momentos de noche! ¡Qué sufrimientos!. . . En estos días venían mi madre y hermana, cosa que alimentaba mi tentación, pues otra vez se renovaba en mí todo lo anterior: ellas. . . la patria. . . y lo demás. Desde el primer momento dí cuenta de todo a la Madre Asis-tenta y no cesaba de repetir por obediencia la oración que tanto bien me había hecho otras veces, pues conocía que era tentación, y antes que nada, quería ser fiel a mi Jesús.

“Pero nada de esto me aliviaba, al contrario,

“La víspera de mi toma de hábito, era tan fuerte la lucha que, no pudiendo ofrecer otra cosa al Señor: “Dios mío, le dije, os ofrezco lo que más quiero, mi libertad, mi familia, mi patria, en una palabra todo lo que me sirva de tentación, pues no quiero más que ser fiel o morir.

“Así estaba cuando Jesús me consoló, según diré más adelante”.

Pero antes de empezar a hablar de esos favores, concreta su respuesta de amor:

“Resultado práctico de las tres primeras semanas de Ejercicios (1).

“He visto cómo Dios me llama a gran perfección, la cual ha de consistir en una conformidad absoluta con su Corazón. Medios: mi vocación, mis santas reglas.

“Dios me llama a una vida de íntima unión con El y quiere que viva inmolada, como víctima. El se encarga de mi cruz: no tengo que pedirla ni escogerla; me la dará a su gusto. Si he de vivir como El quiere, en su Divino Corazón, me conviene considerar cómo este Corazón tiene espinas y Cruz. . . Esta ha de ser mi vida y así cumpliré la voluntad de mi Divino Esposo.

“En la contemplación para alcanzar amor, no sé si sabré expresar lo que he sentido. Era un intenso deseo de darle cuanto me pida: de todo corazón le he dicho: Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, con ella os doy lo que más quiero; si más queréis, os lo sacrificaré con gusto. . . Tomad mis miserias y consumidlas. . . Tomad mi corazón y mi alma. . . Tomadme a mí Señor”.

Parece que el Señor esperaba esta ofrenda para colmarla de sus favores.

“Entonces —prosigue Josefa— me ha acercado a su Corazón, y dejando salir como un río de Sangre Divina, que corría de la llaga abierta, ha inundado con ella el mío y me ha dicho:

—«*Por todo lo que tú me das, Yo te doy mi Corazón*»¹.

“Yo creí que no estaba en la tierra. Hoy llevaba una túnica tan blanca, que su Corazón resaltaba de un modo que no sé explicar. Su rostro parecía un sol. ¡Qué encanto, Dios mío! ¡Es para enloquecer!. . . Así robáis los corazones que tienen la dicha de conoceros.

(1) Sabido es que se llaman así las etapas de los Ejercicios de San Ignacio, aunque no se sigan en toda su amplitud.

Y añade ingenuamente, que para meditar sobre el cielo no necesitaba libro.

“Porque el verdadero cielo estaba en mi corazón. No deseo más que amor y más amor”.

Llegada la noche, Sor Josefa, ha pedido permiso para hacer la Hora Santa. Comienza este piadoso ejercicio con un acto de humildad.

“Lo primero que hice fué adorar la Majestad Divina. Después me puse a pensar en las gracias que he recibido de Dios, cada vez con más deseos de consolar su Divino Corazón. Así estaba, cuando vi delante de mí a Jesús con una túnica blanquísima y el Corazón que parecía escapar del pecho. Yo entonces, como estaba sola, me postré hasta el suelo, humillándome cuanto podía, sin poder hablar. Así pasé un rato. Después me invitó a acercarme, me enseñó las seis espinas clavadas en su Corazón y con voz que partía el alma me dijo:

—«¡Hija! ¡quítamelas...! ¡sí, quítame estas espinas!»

“EL VIERNES 16 DE JULIO, día de mi toma de hábito, en el momento en que me ponían el velo blanco se me mostró Jesús y me introdujo en la llaga de su Corazón, y duró hasta acabar la Misa. Yo repetía una y otra vez: Dios mío, soy vuestra para siempre. Y llegué a decir locuras.

“El respondió:

—«Si tienes locura por Mi, Yo tengo locura por ti.»

“No sé cuantos consuelos me ha dado este día, sobre todo una paz tan grande que mi alma rebosa felicidad”.

* * *

Vocación Reparadora

Del 17 de Julio al 25 de Agosto de 1920

“Si me amas, Josefa, quítame esta espina”.
(17 de Agosto de 1920)

El Corazón llagado de Jesús recuerda pronto a Josefa su vocación de víctima. La ha elegido, por privilegio, para colaborar con El en la Redención de las almas. Pero esta gloriosa empresa no puede llevarse a cabo sin sufrir.

EL DOMINGO 18 DE JULIO DE 1920, dos días después de la toma de hábito, Jesús muestra a Josefa su Corazón atravesado por aquellas seis espinas y le repite:

—«*Josefa, quitame estas espinas*».

“Al día siguiente —escribe ella— tenía permiso para hacer el Viacrucis, rezando en cada estación una oración de desagravio por los pecados del mundo, y especialmente por la frialdad de sus esposas. Vino Jesús con la Cruz a cuestas y yo vi cómo se la quitaba de sus hombros y la colocaba en los míos; lo que duró todo el tiempo del Viacrucis”.

Este hecho se reproduce en los tres días siguientes. EL JUEVES 22 DE JULIO, Josefa se ofrece al Señor por los pecados de los hombres durante el piadoso ejercicio de la Hora Santa.

“Se me presentó —dice— con el Corazón ensangrentado por las seis espinas. Las sacó y las clavó en el mío, mostrándome su Corazón lleno de fuego. Me ofrecí para consolarle y con este fin hice muchos actos de amor, deseando amarle por los que no le aman. Cuando ya iba a marcharse me dijo:

—«*En este Corazón quiero que descanses como hija, que ames como esposa, y que lo consueles como víctima.*»

“Después me quitó las espinas y las clavó de nuevo en su Corazón, dándome a entender cuánto le había consolado.

“Al día siguiente, durante la oración de la mañana, me repitió lo que me había dicho el día de mi toma de hábito:

—«*Si tienes locura por Mi, Yo tengo locura por ti.*»

“Después desapareció, dejándome en tanta soledad como si nunca me hubiera dado el menor consuelo”.

Ya empieza a experimentar las alternativas y vicisitudes de la vida espiritual, por medio de las cuales quiere el Señor templar su alma. Vida de fe y de amor, de humillantes comprobaciones de su flaqueza y de confiados retornos al Corazón del Padre, que no se cansa nunca de perdonar.

“Algunos días después —escribe con su sencillez habitual— me volvió la tentación, tanto que me parecía imposible soportar la despedida de mi madre y de mi hermana. En seguida la descubrí a la Madre, para que me ayudara a vencerla, pues yo sola ¿qué haría. . . Me despedí, en efecto, sin que ellas pudieran notar nada en mí, pero la tentación no había pasado. ¡Soy tan pobre de fuerzas!”

Sigue la confesión de otra tentación nueva, quizá la más terrible, que, a intervalos, la acosará casi toda la vida: las gracias extraordinarias que recibe y que hasta aquí han sido su consuelo, van a ser desde ahora un continuo tormento. El pensar en la correspondencia que tan grandes

favores exige, y en la cuenta terrible que de ellos tendrá que dar al Sumo Juez, la llena de pavor.

Sin cesar oye como una voz que la persuade de que este camino singular será el de su perdición. Dura la tentación cerca de un mes, sin más descanso que alguna aparición de Aquel que sólo se esconde para bien de los mismos a quienes quiere probar.

El JUEVES 5 DE AGOSTO, comparte Jesús con ella, por segunda vez, el dolor que le causan las seis espinas. Y fortalece su ánimo afligido con estas palabras:

—*«Si me eres fiel, te comunicaré las riquezas de mi Corazón, gustarás la amargura de Mi Cruz pero también te regalaré como a Esposa tiernamente amada».*

“Esta vez le he visto revestido de un resplandor que no se puede mirar. Su Divino Corazón se encendía más y más y parecía salir del pecho. Cuando le he rogado que no permita sea tentada contra mi vocación, me ha cubierto con su túnica y me ha dejado inundada de paz, de la que todavía estoy gozando.”

Algunos días después, el Salvador le comunica por primera vez la alegría de su Corazón, siempre que a El regresa algún hijo pródigo.

“EL MARTES 10 DE AGOSTO en la oración, sentía mucho deseo de consolar al Corazón de Jesús y le ofrecí, con esta intención, todas las obras del día; y que si deseaba algo más, me lo diese a entender. Le prometí que no me olvidaría de El ni un momento y le repetí muchas veces cuánto deseo amarle. Cuando fui a la Adoración (1), entré donde estaba la imagen de Mater Admirabilis (2), para pedir a la Virgen que viniese conmigo y me ayudara a consolarle. Al llegar a la Capilla me vi ya en presencia de Jesús. Me invitó a reclinar la cabeza en su corazón y sentí una melodía tal que no se puede oír cosa igual en la tierra. . . ¡Dios mío! Esto no es para este mundo. . . es para el cielo”.

“Después me dijo:

—*«No tengo más deseo que ser amado, Josefa; mi Corazón es el único que puede hacerte feliz. . . descansa en El».*

“Y añadió:

—*«De aquellas seis espinas que tenía, tú me has quitado cinco, pero me queda una, la que más martiriza mi Corazón. . .*

(1) Oración de la tarde.

(2) Oratorio situado a la entrada de la Capilla de la Casa de Poitiers, dedicado a Mater Admirabilis. Venérase en el Sagrado Corazón bajo esta advocación la imagen del fresco milagroso pintado en un claustro de la Trinidad del Monte en Roma.

quiero que pongas todo tu empeño en arrancarla...»

“Yo respondí: Señor, ¿qué queréis que haga? Decídmelo Vos.”

—«Quiero que me ames y que me seas fiel. Recuerda que sólo Yo puedo hacerte feliz. Ama sin medida y te mostraré las riquezas de mi Corazón».

“Y se fué, dejándome sola otra vez.

La fiesta de la Asunción se acerca. Josefa, tan amante de su Madre Santísima, pasa este día en oración y como el recuerdo de la espina que hierde el Corazón de Jesús no la abandona un instante:

“Rogue a la Virgen —dice— con todo mi corazón, que tomase a su cargo esta alma ingrata, para arrancar la espina que Jesús quiere que le quite. Al día siguiente, LUNES 16 DE AGOSTO, a eso de las tres estaba yo cosiendo y se me ocurrió decir: “Quiero, Jesús mío, que cada puntada sea un acto de amor para consolaros”. Aún no había terminado de decirlo, cuando me ví en su presencia. Tomó mi corazón y lo unió al suyo”.

Narra Josefa estos hechos extraordinarios, tan frecuentes en su vida, como si fuese la cosa más natural. La sencillez de su fe la ha colocado al nivel de lo excepcional, que deja ya de serlo a sus propios ojos.

—«No vengo a consolarte, Josefa —dijo el Maestro—, sino a asociarte a mis padecimientos. Arráncame esta espina, mira cómo traspasa mi Corazón. Esta alma está a punto de caer bajo el peso de mi justicia».

Mucho tendrá que sufrir Josefa para lograr su salvación. Jesús prosigue:

—«Intenso es el dolor que me causan las ofensas de los hombres; pero las que provienen de mis esposas me afligen incomparablemente más. Dos espinas de las que ya me has quitado, eran dos religiosas a quienes he favorecido muchísimo, y ahora, apegadas a las criaturas, no se acordaban de Mí. Yo las llamaba de nuevo a su vida de amor, pero no me escuchaban. Estaba a punto de dejarlas... Al fin ya están en mi Corazón.

«Las otras tres eran almas escogidas, pero se habían enfriado tanto que ya empezaba a llenarse la medida de mi justicia. Por eso busco amor... Amor de las almas redimidas con mi sangre... Pero sobre todo de mis esposas».

“Luego me preguntó:

—«¿Me amas?»

“Esto es una flecha que me clava mi Amado, pues lo pregunta como un pobre que pide limosna.

“Ayer, 17 DE AGOSTO, volvió durante la oración y repitió la misma pregunta:

—«¿Me amas...? Si me amas, Josefa, quítame esta espina».

“Yo le respondí: Señor, Vos sabéis que os amo, pero como soy tan pobre, os amo con vuestro mismo amor y con el de mi Madre la Virgen Santísima.

“Estas palabras ¿me amas? creo que me las repitió lo menos treinta veces, siempre con esta voz que me conmueve hasta el fondo del alma.

“Durante la Misa me dijo:

—«Esta espina es una religiosa. Yo la he colmado de talento y ella se lo apropia y se engríe. Su soberbia la pierde».

“Por la tarde, me mostró su Corazón abrasado, con la espina clavada y la llaga muy abierta.

—«Tengo para cada alma —me dijo— dos medidas; una de misericordia, otra de justicia. La primera ya ha rebosado, la segunda está casi colmada. Nada me ofende tanto como la resistencia y obstinación de esta alma. Si no responde a los toques de mi gracia y de mi amor, la abandonaré a sus propias fuerzas».

“Aquí no sé explicar lo que me dió a entender. Pero sé que daría mi vida con gusto para salvar esta alma.

“Por la noche hice la Hora Santa y me ofrecí al Eterno Padre, uniéndome a Jesús en su Pasión:

“No miréis, Dios mío, los pecados de esta alma. Mirad la sangre que por ella habéis derramado. ¿No puede reparar todos los pecados del mundo? Luego recé las letanías de la Virgen, repitiendo muchas veces: Refugio de pecadores... Al llegar a la invocación final: Cordero de Dios que borras los pecados del mundo... sentí una angustia que me ahogaba el corazón. Jesús nada me decía... Yo creí que no me escuchaba... Parecía sordo a mis voces, pero al fin apareció con la espina en el Corazón. Le pedí que la clavara en el mío, para que El pudiera descansar un poco; y así lo hizo.

“Le supliqué me dijera si por fin tendría compasión de

esta alma, y como no me contestaba; volví a preguntar: ¿Verdad, Jesús mío, que la perdonaréis? El me dijo:

—«*Lamaré una vez más a la puerta de su corazón; si atiende, será mi esposa amada; si resiste, dejaré que actúe mi justicia*».

Pasan varios días; Josefa multiplica las oraciones, sacrificios y generosas ofertas, y su alma se siente inundada de indecible tristeza.

“Jamás había comprendido como ahora —escribe— lo que es resistir a la gracia. Además, me parece sentir en mí algo de este martirio que padece el Corazón Divino, cuando un alma escogida le resiste.

—«*Si estás dispuesta a sufrir por ella —le dijo el Señor el MIÉRCOLES 18 DE AGOSTO— la esperaré. Pero no puedo perdonarla mientras ella no quiera. Yo la críe sin su voluntad, pero es libre de salvarse o condenarse*».

Algunos días después añade:

—«*Cuando hallo un alma que me ama y quiere consolar mi Corazón, estoy dispuesto a darle cuanto me pida. . . Esperaré, le tocaré el corazón y, si ella responde, la perdonaré*».

“Todo esto lo decía con llanto en la voz y comunicando a mi alma la agonía que embargaba la suya. Me enseñó a repetir muchas veces: “Dios mío, sufriré por amor vuestro y para consolar vuestro Corazón”.

El Señor acepta el ofrecimiento y un dolor intenso oprime su alma, como si pesara sobre ella toda la ira de Dios.

“Siento en mi corazón lo que sufriría el suyo —escribe— si esta alma consagrada viniera a condenarse”.

El VIERNES 20 DE AGOSTO, en horas de mortal angustia, y cuando ya le parece no poder sufrir más. Josefa encuentra al Salvador triste, extenuado y cubierto de sangre.

“Dios mío —exclama ella— ¿Quién os puso en tal estado?

—«*Estoy cansado de llamar a esta alma. . . Su corazón, lleno de soberbia, permanece insensible. Vengo a pedirte actos de humildad para reparar su orgullo. Pide perdón a mi Padre y humíllate, que así me consolarás*».

Estas divinas llamadas siguen a Josefa día y noche, sin descanso. La

ingratitude de aquella alma rebelde pesa sobre la suya, y a medida que el tiempo pasa, aumentan sus padecimientos.

El MIÉRCOLES 25 DE AGOSTO, después de una noche pasada en angustiosa oración, Josefa acude fielmente a la meditación con las demás Hermanas.

“De repente —escribe— le he visto... ¡El!... pero tan hermoso que no puedo describirlo. Estaba de pie con vestidura blanquísima; sostenía en la mano su Corazón en llamas... Toda su persona adorable era un ascua de luz... su rostro... ¡no puedo decir cómo era! ¡No encuentro comparación! Estaba sobre el Corazón la cruz, como siempre, pero ninguna espina lo traspasaba. De la llaga, muy abierta, salían muchas llamas, claras y luminosas como si fuera el sol. Los pies, descalzos; y también de sus llagas y de las manos salían rayos de luz... Algunas veces abría los brazos, se ponía como en cruz... Yo no sabía decir nada... Al fin le dije: Jesús mío, ¡qué hermoso sois! Capaz de volver loco a cualquiera... ¿Y la espina? Un gozo inmenso se reflejó en su rostro, y el Corazón parecía escaparse de las manos que lo sostenían:

—«*La espina ya no la tengo —contestó—; pues nada hay más fuerte que el amor y lo encuentro en mis esposas*».

“Su corazón se encendía cada vez más. Le dí las gracias por haberme traído a esta Sociedad y le pedí que tuviera compasión de mí, pues soy una miserable e indigna de estar aquí. ¡Dios mío! No permitáis que yo sea un borrón, en esa porción escogida de vuestro Corazón Divino. Y que estas gracias no sean para condenación, porque yo soy capaz de todo... hasta de lo peor. ¡Quiero ser fiel o morir!

“Entonces me acercó a su Corazón y me retuvo tan estrechamente, que ni moverme podía. Así un buen rato, en silencio; por fin me dijo:

—«*Ya ves, Josefa, que te tengo cogida para que no puedas moverte sin Mí. Así quiero estrechar a mis esposas*».

“Y prosiguió:

—«*Esta espina me la han quitado aquí y esta alma se salvará por los ruegos y sacrificios de mis esposas, en este jardín que forma las delicias de mi Corazón... Díselo a la Madre*».

“Después de comulgar le he pedido la gracia de ser su esposa fidelísima, pero que me dejase en la vida común, pues no soy capaz de corresponder a tantos favores.”

—«Tú déjate en mis manos, y Yo me serviré de tí como quiera. ¿No eres mía? Cuando te necesite te tomaré. No me importan tu pequeñez y tu flaqueza; lo que pido es que me ames y que lo ofrezcas todo para consolar mi Corazón. Quiero que sepas cuánto te amo y qué tesoros te reserva mi amor; tú has de ser como cera blanda, con la que pueda hacer lo que más me agrade».

“Luego me ha repetido:

—«Dile a la Madre que el alma se ha salvado gracias a mis esposas. Es de tu patria, por eso, y por el sacrificio que has hecho al dejarla, te he escogido a ti como instrumento de su salvación. Dime, Josefa, ¿amas mucho a tu patria?»

“Sí, Jesús mío, pero muchísimo más a Vos.

—«Pues mira; tu sacrificio ha servido para salvar esta alma y las otras cinco que estaban lejos de Mí. Quiero que me lo ofrezcas todo, aun lo más pequeño, para compensar el dolor que me causan las ofensas de las almas, sobre todo de aquellas que me están consagradas. Quiero que descanses sin miedo en mi Corazón. Míralo y verás que ese fuego es capaz de consumir todo lo imperfecto que hay en ti. Abandónate a mi Corazón y no pienses más que en darme gusto. Quiero también que lo que Yo te pida, se lo digas con sencillez a la Madre; que te abandones a lo que quieran hacer de ti, pues te repito que has de ser como cera blanda para tomar la forma que a Mí me agrade. Recuerda que soy tu Padre, tu Esposo y tu Dios».

“Antes de terminar la Misa me ha vuelto a preguntar:

—«¿Verdad que me amas?»

“Y se fué. Jamás me ha parecido tan hermoso”.

Josefa termina diciendo:

“Durante esta temporada, podía contestar o preguntar, porque tenía permiso; pero desde hoy, me mandan que no haga caso de estas cosas y que no conteste a nada.”

*La Prueba de la Duda**Del 26 de Agosto al 8 de octubre de 1920**"La señal la daré en tí".*

(20 de septiembre de 1920)

Al terminar el mes de agosto de 1920, y con el fin de probar el espíritu que guía a Sor Josefa, se le prohíbe toda comunicación con aquella visión misteriosa que la enamora. Le mandan que procure desviar su atención de ella y no dar fe ni importancia alguna a cuanto de extraordinario le parezca ver u oír.

Josefa comprende que dudan de ella. Esto la sume en profunda turbación y se pregunta a sí misma si no será, en efecto, juguete de un engaño. Más de una vez le había sugerido el demonio este pensamiento y ella lo había rechazado como tentación. Ahora, sin embargo, hasta aquellas personas que la guían parecen sospecharlo... ¿Dónde estará la verdad?

Al mismo tiempo, la atormenta el temor que ese camino singular, que ella jamás deseó ni buscó, pueda ser obstáculo a su vocación; y una repulsión innata por todo lo extraordinario, junto con el anhelo de vivir oculta en trabajos humildes, aumentan su tortura.

Acostumbrada, empero, al sacrificio de sus propias miras, fuerte en el espíritu de fe y en la obediencia, Josefa no vacila. Sin oponer la menor resistencia, sin razonar siquiera, entra en el oscuro sendero donde la esperan nuevos y desconcertantes sufrimientos.

"EL JUEVES 2 DE SEPTIEMBRE —escribe— ví en la oración a aquella persona de antes, igualmente hermosa y mostrando su Corazón. Dos veces me preguntó si le amaba. Me callé por obediencia, aunque me costó mucho trabajo, pues, a pesar mío, el alma entera se me va tras El."

Tres días después —5 DE SEPTIEMBRE— Josefa se halla en la Sala del Noviciado, cuando

"...de repente —dice—, empecé a ver una gran claridad y, en seguida, la persona de siempre, con el Corazón inflamado. Sentí tanto miedo que me fuí a la celda de Nuestra Beata Madre; me rocié los ojos con agua bendita y eché algunas gotas sobre mí, pero la visión se acercaba cada vez más. Me dijo:

—«¿Por qué tienes miedo? ¿No sabes que este es el lugar de tu descanso?»

"Y señalaba el Corazón. Pasados unos minutos, añadió:

—«No olvides que te quiero víctima de mi amor».

"Y desapareció."

La prueba es cada vez más dura porque las apariciones no cesan y porque Josefa, a pesar de su fidelísima obediencia, no puede sustraerse al atractivo de aquel ser misterioso ni evitar el gozo celestial y la paz que, en presencia de la visión, invade su alma.

—«Ven —dice la voz—, entra, y piérdete en este abismo».

EL MIÉRCOLES 8 de SEPTIEMBRE, al atardecer, estando en oración en la celda de Santa Magdalena Sofía el Corazón inflamado de Jesús pasa ante ella como ráfaga de luz y le dice.

—«¿Qué prefieres, tu voluntad o la mía?»

“Comprendí —escribe— que era la contestación a lo que le estoy pidiendo con toda mi alma: que me deje ser buena religiosa muy amante del Corazón Divino pero en la vida común, por la vía ordinaria que siguen las demás, pues temo que todo esto sea un obstáculo a mi vocación.”

Al día siguiente, durante la Misa, se presenta de nuevo la visión: lleva el Corazón en una mano y en la otra una copa.

—«He oído los gemidos de tu corazón; conozco tus deseos, pero no puede acceder a ellos; te necesito para solaz y descanso de mi amor. Bebe esta Sangre que brota de mi Corazón: es la fuente del amor. Nada temas... No me abandones. ¡Son tantas las almas que huyen de Mí! Déjame, al menos, morar en la tuya y complacerme en ella».

Josefa permanece en silencio.

“Pero —escribe en sus notas— no podía menos de pensar: ¡Dios mío!, si llego a saber esto, no vengo aquí. Esta idea me atormenta mucho porque creo que si estuviera en el mundo mi vida sería como antes, sin todas estas cosas, y cada día aumenta mi angustia. Si Dios no me tuviera como atada, volvería atrás. Pero me siento sujeta de modo que no acierto a comprender y crece en mí el amor a mi vocación, lo cual me impulsa a pedir al Corazón de Jesús una vida común y corriente, sin nada extraordinaria, aunque tenga que ser árida y sin consuelo. Me contento con ser muy fiel en las cosas pequeñas y amarle con todo mi corazón.”

De nuevo se le aparece el Corazón Divino el JUEVES 16 DE SEPTIEMBRE y le dice:

—«Es preciso que me busques almas en quienes pueda derramar tanto amor. Las hallarás a fuerza de sufrir y amar. Tendrás que soportar muchas humillaciones pero no temas: ¡estás en mi Corazón!»

A pesar de sus dudas y de sus luchas el amor divino se va adueñando más y más de su alma:

“Repetirle mi amor es lo único que me descansa y me despega de la tierra. Antes quería mucho a mi familia y a otras personas. Ahora es de otro modo. Creo que nada ni nadie puede llenar mi corazón y, casi sin darme cuenta, repito sin cesar: ¡Os amo, Dios mío! Esto me contenta y me ayuda a hacer cosas que sin este amor no podría.

“A veces me absorbo en el trabajo y entonces, como un relámpago, pasa delante de mí aquel Corazón y me deja como incendiada para mucho tiempo.”

Mientras la prueba se agudiza y suben de punto los temores y recelos de la pobre novicia, la obediencia la mantiene fiel a su vocación y, poco a poco se va descubriendo el espíritu que la guía. Y Jesús la desprende de todo lo creado, hasta llegar a ser el Único Amor de su corazón.

El viernes 17 DE SEPTIEMBRE, durante la misa, el Señor se le muestra: triste la faz, atadas las manos y, en la cabeza, una corona de espinas; el Corazón inflamado resplandece como un ascua.

—*«Esta es la cruz que te doy, dice presentando la que lleva en la mano. ¿La rehusarás?»*

“Me da mucha angustia no poder contestar, pues el alma se me va hacia El y se enciende en deseos de amarle; así que el no tener seguridad de que sea Jesús me llena de tristeza; por eso le suplico que desaparezca por completo.”

Pero el Señor no escucha este ruego, y vuelve, a pesar de todo:

“El DOMINGO, 19, en la oración estaba discurriendo qué haría para aumentar mi amor, pues no puedo pensar en otra cosa. De pronto ví a Jesús con el Corazón abrasado, como siempre... Ese Corazón que me da tanta paz y fuerzas para sufrir.

—*«Si me amas, estaré siempre a tu lado. Si eres constante en seguirme, triunfaré de tus enemigos, me manifestaré a ti y te enseñaré a amarme».*

Al día siguiente, atormentada por la ansiedad y la duda, ruega al Señor dé a sus Superiores una señal y manifieste si son de Dios estas hablas y apariciones.

Inmediatamente aparece Jesús y le dice:

—*«La señal la daré en tí. Lo que quiero es que te abandones a Mí».*

En efecto: Dios grabará en el alma dócil y generosa de Josefa la señal clarísima de su perfecta obediencia que se mantiene incólume en medio de la lucha.

Según la orden recibida, continúa guardando silencio ante las misteriosas apariciones.

“Un día —escribe, el 27 DE SEPTIEMBRE— no sé lo que pasó en mí. Me sentí como forzada a rendirme, entregarme a todo lo que Dios quisiera y dije: “Sí, Dios mío, soy vuestra: quiero lo que Vos queréis”. Al instante ví a Jesús, hermosísimo, y me dijo:

—«No tengas miedo, soy Yo».

El viernes, 29 DE SEPTIEMBRE, se presenta de nuevo y le pregunta:

—«¿Estás dispuesta a hacer mi Voluntad?»

—“Dios mío, si sois Vos, me pongo en vuestras manos para que en mí se cumpla enteramente vuestra Divina Voluntad. Lo que os pido es no ser engañada y que esto no sea obstáculo para mi vida religiosa”.

“Entonces me contestó:

«—Si estás en mis manos ¿qué puedes temer? No dudes de la bondad ni del amor de mi Corazón».

“Dejó salir una llama inmensa que me envolvió, al tiempo que decía:

—«Quiero que estés dispuesta a consolar mi Corazón siempre que te lo pida, pues el consuelo que me da un alma fiel compensa la amargura de que me colman las almas frías e indiferentes. A veces sentirás la angustia de mi Corazón en el tuyo, pero de este modo me aliviarás. No temas, Ya estoy contigo».

No logran estas palabras tranquilizar a Josefa y cuando la visión desaparece, una angustia inexplicable vuelve a oprimir su alma. Combatida por el atractivo, a veces irresistible, de la visión, el temor de lo extraordinario y la obediencia que la fuerza a callar, deja escapar de nuevo la ardiente súplica de su corazón doliente: su anhelo de una vida sencilla y si no es ese el querer divino, al menos que ilumine a sus Directores para que tengan fin tantas dudas y padecimientos.

Ha llegado la hora en que Aquella a quien jamás se invoca en vano va a intervenir eficazmente en la vida de Josefa.

La noche del DOMINGO 3 DE OCTUBRE, la Madre Asistente, viendo en el rostro de la Hermana las huellas de su agudo sufrimiento, la

envía a descansar. En la celda solitaria, Josefa, sin poder dormir, invoca a la Virgen:

“Me puse a rezar las Letanías suplicándole con todo mi corazón lo que ya tantas veces le he pedido: Madre mía, os ruego, por amor de Dios, no permitáis que sea engañada y que conozcan si esto es verdad o no.

“Así estaba cuando oí un rumor como de alguien que se acerca; miré y vi, en efecto, una persona vestida de blanco con un velo largo... Se puso cerca de mi cama, en pie, con las manos cruzadas... Su silueta era muy fina y esbelta... Me miró con indecible dulzura y me dijo:

—*«Hija mía, no estás engañada... Las Madres lo conocerán muy pronto; pero tienes que sufrir para conquistar almas a mi Hijo»*;

“Luego desapareció, dejándome inundada de paz.”

No puede Josefa dudar de aquella suavísima aparición: es su Madre, la Virgen María. Pero la misma Señora le ha indicado que “tendrá que sufrir”; Josefa ha de aceptar libremente su vocación de víctima corredentora.

El 4 DE OCTUBRE Jesús le muestra su Corazón herido:

—*«Mira en qué estado las almas infieles dejan mi Corazón... Ignoran el amor que les tengo; por eso me abandonan. Pero tú ¿no querrás cumplir mi Voluntad?»*

Una ola de repugnancia y miedo invade su alma, llenándola de turbación:

“Yo nada contesté —escribe—, pero sentí en mi interior una invencible resistencia. Mis labios callaban pero mi corazón rehusaba. Jesús desapareció; creo que le disguste y por eso se fué en seguida.”

“El MARTES, 5 de OCTUBRE, mientras rezaba las letanías de la Virgen, la vi, como la vez anterior. Estuvo bastante rato conmigo y al fin me dijo:

—*«Si niegas a mi Hijo lo que de ti solicita, herirás más que nadie su Corazón. Acepta su Voluntad y no te atribuyas nada bueno. Si, hija mía, sé muy humilde»*.

“Me miró compasiva y se fué”.

Con estos acontecimientos, ha entrado en la vía excepcional que Dios traza a Josefa, la Madre de Misericordia; no la dejará hasta el fin. Al lado de su Hijo, ocupará el lugar que le corresponde, como aurora que

precede al Sol, como Madre que consuela, anima y levanta, como Mediadora que intercede, y sabe, discreta y delicadamente, preparar una reconciliación. Dejando a Jesucristo en el primer plano, intervendrá oportunamente para tranquilizar a Josefa en sus dudas, fortalecerla en sus vacilaciones y afianzarla en el cumplimiento del querer divino, cuando la tentación intenta desviarla. Le enseñará a discernir los divinos procederes y la preparará a la venida de Jesús. En los peligros y espantosos combates contra el infierno, allí estará Ella, dispuesta a defenderla, "terrible como un ejército en orden de batalla."

Sus primeras visitas traen a la probada novicia, auras de luz y de esperanza. La obediencia de Josefa, su abandono en manos de sus guías, su generosidad sencilla, el amor a su vocación y su misma repugnancia por lo extraordinario que a otras menos humildes podría halagar, pregonan muy alto que no es el espíritu del mal el que alienta en ella. ¿Cómo, pues, oponerse por más tiempo a los designios de Dios? Los Superiores comprenden que ha llegado la hora de dejar libre paso a su acción divina, rodeando a Josefa, sin embarco de la más cuidadosa vigilancia.

Por esto, aunque haciéndose violencia, Sor Josefa pide y obtiene permiso para una ofrenda total a lo que el Señor quiera de ella.

"El VIERNES, 8 DE OCTUBRE, durante la meditación, hice el acto de entrega a la Voluntad Divina. Estando en Misa, creo que un poco antes del Evangelio, ví a la Virgen Santísima y le rogué intercediese por mí delante de Dios. Le expliqué por qué me repugnaba tanto aceptar estas gracias, pero que ya estaba dispuesta a todo, con tal de glorificar al Corazón Divino, consolarle y ganarle almas. Con mucha ternura y compasión me dijo:

—*«Hija mía, dile muchas veces a mi Hijo estas palabras, a las que su Corazón no podrá resistir: Padre mío hacedme digna de cumplir vuestra Santísima Voluntad, pues soy toda vuestra».*

"Y añadió:

—*«En manos de tan buen Padre ¿qué te puede faltar?»*

"Yo le pedí que recibiera el acto de entrega y se lo presentara a Jesús."

El mismo día, por la noche, al entrar en la Capilla para la adoración, Josefa se encuentra de repente en presencia del Señor.

"Su rostro, hermosísimo, su Corazón entre llamas y, ante la cruz que lo remata un libro abierto con algo escrito que yo no entendía. Me he ofrecido de nuevo, prometiéndole no volver nunca atrás. Me ha puesto la mano sobre la cabeza y me ha dicho:

—«Si tú no me abandonas, Yo no te dejaré. Desde hoy no me llames más que Padre y Esposo; si me eres fiel, haremos esta divina alianza: tú, mi Esposa, Yo, tu Esposo. . . Y ahora escribe lo que lees en mi Corazón: es el resumen de lo que quiero de Ti».

“En el libro leí:

«Yo seré el único amor de tu corazón; dulce tormento de tu alma y agradable martirio de tu cuerpo. Serás víctima de mi Corazón por medio de un amargo disgusto de todo lo que no sea Yo; víctima de mi alma por todas las angustias que la tuya sea capaz de soportar; víctima de mi cuerpo por el alejamiento de todo lo que pueda satisfacer el tuyo y por el odio de una carne criminal y maldita». (1).

“Después de leer todo esto me hizo besar el libro y se fué.”

(1) Estas palabras que Jesús no pronunció sino que enseñó a Josefa escritas en un libro, se encuentran textualmente en las obras de Santa Margarita María. La santa explica en ellas admirablemente su misión de víctima y parece que, al reproducirlas como suyas, el Señor ha querido manifestar su voluntad de asociarla en su misión a esta humilde Hermana Coadjutora del Sagrado Corazón. Añadiremos que ésta desconocía por completo los escritos de Santa Margarita María.

III

EN LA ESCUELA DEL CORAZON DE JESUS

Primeros Pasos

Del 9 al 28 de Octubre de 1920

"Tu miseria me atrae".

(15 de octubre de 1920)

Quien creyera que el camino abierto ante Josefa no había de encontrar obstáculos ni sombras, mostraría desconocer las trazas de Dios en su manera de guiar a las almas escogidas. Las llama y se oculta, las atrae y las desconcierta, las colma de riquezas y las deja en pobreza absoluta, las toma en sus brazos y las abandona a su propia debilidad.

Y a través de estas alternativas, ahonda en ellas profundidades de desprendimiento, de humildad y de completo abandono, que colocan a la criatura en su puesto, es decir en la nada, para llenarla de Dios y convertirla en instrumento fiel de su acción divina.

Los apuntes de Sor Josefa, con encantadora sencillez, dan cuenta de todas estas vicisitudes, por las cuales fué probada su alma como el oro en el crisol; el acento de sinceridad que respiran todas sus páginas, les dan valor de documento auténtico, moralmente irrefutable. No será inútil detallar la manera cómo se escribieron.

Desde el principio, apenas abierto ante ella este camino extraordinario, los Superiores le impusieron por obediencia, la obligación de escribir puntualmente cuanto veía y oía. Sin pensar en las consecuencias que de ello podrían seguirse. Josefa obedeció con gusto, pues esta expansión desahogaba su alma, llena hasta desbordar de gracias y carismas divinos.

No se contentaba con transcribir lo mandado, sino que añadía, de propia iniciativa, sencillos comentarios, sentimientos y afectos que los favores del Señor le inspiraban. Mas pronto, cuando entendió que aquellos escritos eran objeto de minuciosa inspección por parte de sus guías espirituales se limitó a dar cuenta exacta y sobriamente de sus comunicaciones sublimes con lo invisible. Rara vez se vuelven a encontrar en sus notas aquellas efusiones de los primeros días. Con natural y pudorosa reserva oculta lo meramente personal e íntimo, excepción hecha de sus flaquezas, faltas y resistencias a seguir aquella vía extraordinaria que tan costosa le fué siempre. No es ésta la menor garantía de su veracidad.

Toda la vida sentirá repugnancia en descubrir los íntimos secretos de su alma; pero esta repugnancia, como tantas otras, irá a engrosar el acervo de sacrificios que, en aras de la obediencia y del amor, formará la sólida base del edificio de su santidad y de su misión apostólica. La lucha entre la naturaleza y la gracia cada vez más exigente, entre su de-

bilidad y el heroísmo a que el Señor la llama, trazada con rasgos de lealtad conmovedora en los cuadernos de Josefa, teje una historia sublime de perdones, de delicadezas, de incansables esperas, donde se enlazan y se funden la pequeñez humana con la misericordia divina. Si la misión de Sor Josefa fué la de mostrar al mundo el Corazón abierto de Jesús, inspirando amor y confianza a fuerza de derramar misericordias, esta misión habrá de verse cumplidamente realizada, no sólo con las palabras alentadoras del Maestro sino por la vida misma de su Mensajera.

Vamos a seguir paso a paso, en los cuadernos de Sor Josefa, esta historia de amor. Mas antes convendrá responder a la interrogación, muy legítima que no puede menos de ocurrírsele al lector. ¿En qué forma se escribieron y cómo se han conservado estos apuntes? A pesar de su repugnancia, Josefa obedeció estrictamente a la doble intimación de pedir permiso, antes de recibir las confidencias divinas y de dar cuenta de ellas inmediatamente después. Lo cual permitió a sus Superiores escribir la fecha y hora de las celestiales comunicaciones y las palabras textuales, que repetía entonces como bajo la acción de una presencia invisible.

De este modo quedaron anotadas con la más estricta exactitud las palabras del Señor, de las que dirá El más tarde que ni una ha de perderse (1).

Sin un momento disponible a lo largo de la laboriosa tarea de cada día, sólo algún rato al atardecer, o el domingo, dejando de lado la aguja o la escoba, Josefa se retiraba a la celda para poner en limpio las notas, que cuidadosamente habían guardado sus Madres. Este trabajo le costaba más que ningún otro; la mayor parte de las veces lo hacía de rodillas, con su letra mal formada pero rápida, sin añadir más que algunas de las circunstancias que acompañaron a las palabras divinas, algún breve comentario que brotaba de su corazón con aquel recuerdo, o la confesión detallada y explícita de sus propias faltas y flaquezas. Luego quedaban sus cuadernos en poder de las Superiores, sin que Josefa volviera a preocuparse de ellos.

Estos originales se conservan religiosamente. En 1938, el libro "Un Llamamiento al Amor" dió a conocer en parte tan preciosas confidencias. Pero muchas personas deseaban penetrar más a fondo en las magníficas realidades que aquellas páginas dejaban sólo entrever. Hoy parece llegado el momento de satisfacer tan legítimos deseos. Será, a no dudarlo, el medio más adecuado de realizar los planes del Corazón de Jesús, ávido de manifestar al mundo las riquezas de su amor y de su misericordia.

Quiere que comprendamos su inefable condescendencia en asociarse a nuestra vida ordinaria y sencilla, a fin de transformar "en divinos" nuestros días monótonos y grises; su sed de unión y de intimidad, que no rompen ni enfrian las humanas fragilidades, sed también de ofrecer a las almas débiles la certeza de su perdón y de su incansable misericordia.

(1) Nótese una vez para todas, que Josefa no tuvo que traducir al lenguaje humano "visiones, palabras o mociones interiores". Nuestro Señor le manifestó siempre su pensamiento y sus deseos bajo la forma directa de la palabra humana, la cual percibía la Hermana sensiblemente y no tenía más que transcribirlas. Podemos añadir también que, estando siempre muy ocupada en su trabajo, y además obligada, como queda dicho a pedir permiso antes de cada entrevista y dar en seguida cuenta de todo, Josefa no tenía tiempo material ni para inventar, ni para preparar o componer sus relatos los cuales, libres de toda premeditación, ofrecen una garantía más de veracidad.

Porque excitando así en ellas amor y confianza sin límites las invita a una total entrega que le permite asociarlas a su obra de Amor y de Redención.

Todo esto quedó grabado día por día y hora por hora, en la vida de Josefa. Si el Señor exigió de ella que la escribiese detalladamente, no fué ciertamente para satisfacción propia, ya que nunca encontró más que repugnancia y sacrificio en esta divina exigencia; sino porque deseaba que muchas almas leyesen en estas páginas las enseñanzas y las llamadas de su Divino Corazón.

* * *

Desde el 8 de octubre, día de su total ofrecimiento, Sor Josefa recobra la luz y la paz. Por otra parte la prueba no ha logrado alterar su fidelidad a los deberes de cada día. Cuando Jesús la busca la encuentra siempre allí donde el deber la reclama.

“Hoy, VIERNES 15 DE OCTUBRE —escribe—, en la oración, le he pedido un amor fuerte como el de Santa Teresa, y valor para vencerme y ser fiel. Entonces se me ha presentado Jesús con los brazos abiertos, y no pudiendo resistir, me he echado en ellos. Le he preguntado por qué me ama tanto y me he abandonado a El para que haga o deshaga en mí a su gusto. Me ha dicho:

—*«Tu miseria me atrae... Sin Mí ¿qué serías...? cuanto más pequeña seas, más cerca estaré de tí. No lo olvides... Déjame hacer de tí lo que me agrada».*

En la Misa, antes de comulgar, Josefa renueva su acto de abandono. Jesús, apareciéndosele, le dice:

—*«Todo te lo perdono, pues tu alma es precio de mi Sangre y quiero valerme de tí para salvar a otras muchas que tan caro me han costado. No me niegues nada. Piensa cuánto te amo...».*

“Al decir esto me envolvía en la llama de su Corazón y creo que me ha dado mucha fuerza, pues ya no tengo miedo de sufrir. Lo único que deseo es hacer su Voluntad.”

Un instante después la Santísima Virgen viene también a fortalecerla:

—*«¿Verdad, hija mía, que no abandonarás nunca a mi Hijo?»*

—*“No, Madre mía, jamás.”*

—*«No tengas miedo de sufrir, pues nunca te faltará la*

fuerza necesaria, Piensa: hoy, sólo para sufrir y amar... la eternidad, para gozar».

“Yo le he rogado que no me abandone y que me alcance de Jesús la fidelidad. En fin, le he pedido perdón y me ha dicho:

—«*No temas, hija mía... Déjate en manos de mi Hijo y dile muchas veces: Padre bueno y misericordioso, mirad a esta hija vuestra y hacidla tan vuestra que se pierda en vuestro Corazón. ¡Oh, Padre mío! que mi único deseo sea cumplir siempre vuestra Santísima Voluntad. Esto le agradecerá mucho, pues nada desea tanto como que se abandonen a El. Así consolarás su Corazón Divino. Nada temas. Abandónate, que Yo te ayudaré».*

“Creo —añade Josefa— que ahora soy más fuerte, pues ya me he dado a El por completo y nada me importa.”

“El SABADO, 16 DE OCTUBRE, por la tarde, le pregunté por qué me favorecía tanto sin merecerlo, a lo que me contestó:

—«*No te pido que merezcas las gracias que te concedo, lo que quiero es que las recibas. Yo te enseñaré la escuela donde se aprende esta ciencia. Déjame obrar en Tí».*

“Al día siguiente, 17 DE OCTUBRE, le ví como ayer: el Corazón todo encendido y cada vez se abría más la herida. Le adoré con mucho respeto y le pedí me inflamase en su amor. Entonces, reclinando mi cabeza sobre su Corazón, cuyos latidos sentía, me dijo:

—«*Esta es la escuela donde aprenderá la ciencia del abandono. Así podré hacer de ti lo que quiera».*

Josefa empieza a dar los primeros pasos en esta ciencia de las ciencias. Ha de llegar a hacerse enteramente flexible en manos del Maestro, a fin de que El la maneje con entera libertad.

A los consuelos y luces suceden dos días de soledad y aridez. Josefa se pregunta si le habrá disgustado... Le llama y Jesús no resiste a sus amorosas ansias:

—«*Por qué me llamas, Josefa?»*

“Le he contestado que no sé vivir sin El y, sobre todo, que tengo miedo de desagradarle.”

—«*No, Josefa, no me has disgustado... Pero me gusta*

que me llames, pues... ¡tengo tanta sed de ser amado!»

“Cuando me dice esto, me llena de deseo de amarle; pues comprendo que no he empezado todavía y así le digo muchas veces que El mismo me enseñe... Me ha hecho escuchar los latidos de su Corazón y después me ha dicho:

—*«Si estás dispuesta a serme fiel, derramaré toda mi misericordia en ti y conocerás el amor que tengo a tu alma... Pero no olvides que, si te amo tanto, es por tu pequeñez, no por tus méritos».*

Con frecuencia repetirá el Señor a Josefa esta lección de humildad. A la vez que la enciende en deseos de amarle, la coloca frente a su nada; pero abre también ante sus ojos horizontes de celo y le da a gustar la sed de almas que devora su propio corazón.

“Hoy JUEVES, 21 DE OCTURE, en la oración le estaba pidiendo almas que le amen: Si deseáis amor, Jesús mío, traed muchas almas a esta Sociedad, porque aquí aprenderán a amar vuestro Corazón Divino.

“Luego, durante la acción de gracias, he visto el Corazón solo, con la corona de espinas y muy encendido... Creo que estas llamas no son más que amor. Un momento después he visto a Jesús que, extendiendo los brazos (1), me ha dicho:

—*«Sí, Josefa, no quiero más que amor, pero las almas me responden con ingratitud. Las llamo, dispuesto a llenarlas de mis gracias... y ellas huyen de Mí... Traspasan mi Corazón. Si tú quieres, te haré como una entrega de almas, que me salvarás con tu amor y con tus sacrificios».*

“Diciendo estas palabras me ha vuelto a recostar sobre su Corazón para escuchar sus latidos; a cada uno de ellos yo estaba en una especie de agonía.

—*«Ya sabes que te quiero víctima de mi Amor, pero no te dejaré sola. Abandónate a mi Corazón».*

En adelante, Josefa sentirá misteriosamente los latidos del Corazón Divino. Son llamadas de amor que desgarran el suyo.

“Entre un latido y otro —escribe— se pasa un instante en que siento una angustia tan grande como si me arrancaran

(1) ...“Extendiendo los Brazos”, gesto que repite el Señor con frecuencia en sus apariciones a Sor Josefa y que expresa elocuentemente su ansia de abarcar al mundo entero. Por este motivo se ha adoptado, con ligeras modificaciones, la imagen del Sagrado Corazón de Montmartre como la representación sensible del “Mensaje” del Corazón de Jesús.

el alma. Y en medio de este gran sufrimiento, tengo deseos de sufrir más, pues quiero consolar su Corazón y ganarle almas."

El sábado, 23 DE OCTUBRE, Jesús le recuerda los planes que sobre ella tiene:

—«*No olvides lo que leíste en mi Corazón. Medítalo y no temas*».

El mismo día y a la manera soberana que sólo a El pertenece, le enseña que su vida ha de moverse en el amor como en su propio ambiente: Josefa está en la ropería, trabajando, cuando, de pronto, se le presenta Jesús. La labor apremia. ¿Qué hará?... Pide al Señor permiso para concluir su tarea, y que El le perdone este atrevimiento, porque no tiene intención de resistirle...

"No quiero disgustaros, Jesús mío..."

"Pero en seguida me dejó.

"Yo me quedé con pena de haberle dicho aquello... Y le dije, para consolarle, muchas palabras de amor."

Por la noche, mientras sube al tercer piso para cerrar las ventanas, va murmurando aún interiormente, las mismas amorosas protestas, siempre con el temor de haber desagradado al Amado de su alma,

"Al llegar al pasillo de arriba, le ví venir a mi encuentro.

—«*¿De dónde vienes?*» —me preguntó.

—"De cerrar las ventanas, Señor.

—«*¿A dónde vas?*»

—"A terminar de cerrarlas, Jesús mío.

—«*No sabes contestar, Josefa*».

"Yo no entendía.

—«*Vengo del Amor... Voy al Amor... Pues ya subas o bajes, estás siempre en mi Corazón, que es un abismo de amor y Yo estoy contigo*».

"Y se fué; pero dejándome tanto consuelo que no sé expresarlo."

Esta deliciosa historia ha consagrado el lugar de aquel divino encuentro con el nombre de "Tránsito del Amor".

Pero las horas de consuelo son pocas. Josefa ha de aprender por experiencia el dolor del abandono y el precio de las almas.

El martes, 26 DE OCTUBRE, describe así la venida del Señor:

“Estaba como desamparado y abrumado de dolor. Llevaba en la cabeza la corona de espinas... hilillos de sangre corrían por su rostro. Tenía el Corazón desgarrado y herido. No me decía nada. Me ofrecí y le ofrecí también el amor de todas las almas para aliviarle. Le dije que quisiera deshacerme en amor y le pedí el fuego de su propio Corazón para abrasar el mío. Entonces me dijo:

—«*Si, amada mía; no busco más que amor y... ¡Mira cómo me han puesto! Quiero que participes de mi sufrimiento*».

“Se fué y me dejó en gran soledad.”

Pero volvió aquella misma noche:

—«*Quiero que me consueles, Josefa. ¡Estoy tan solo!*»

—“No, Jesús mío, yo estoy aquí, muy pequeña pero toda vuestra de pies a cabeza. Y tenéis también otras almas dispuestas a consolar vuestro Corazón.

—«*Si, pero son tantas las que me dejan, y tantas las que se pierden... Ven, acércate a mi Corazón y participa de la angustia que le oprime*».

“Entonces sentí un latido... Pasó un instante y sentí otro... hasta siete. Después Jesús me dijo:

—«*Cada palpitación que sientes es un alma que llamo*».

“El MIÉRCOLES, 27 DE OCTUBRE, durante la Adoración de la tarde, vino otra vez y me dijo:

—«*Quiero que salves estas almas. ¿Ves el fuego que devora mi Corazón? Es el deseo que te consumirá de sufrir por ellas*».

“Aquí me mostró aquellas siete almas en su Corazón.

—«*Las ganarás con tus sacrificios. Descansa en Mí... No temas*».

Ha leído, sin duda, los mil temores que, a pesar suyo, turban el alma de Josefa. ¿Sospechan los que la rodean algo de sus misteriosas comunicaciones con el más allá?

El jueves 28 DE OCTUBRE, después de comulgar, expone con sencillez al Huésped de su almà, todas sus preocupaciones. Como si le corriera prisa tranquilizarla, Jesús se le aparece inmediatamente.

—«*¿Qué te importa todo eso, Josefa? ¿No te he dicho que has de ser humillada?*».

Sólo a fuerza de amor y sufrimiento, llegará a aprender la lección de humildad y abandono que el Maestro repite sin cesar.

Por la noche se presenta de nuevo, bajo el aspecto doloroso y triste del Amor que no es amado:

“Daba compasión —escribe Josefa—. Me miró tanto que no pude quejarme más, pues vi que mi padecer es como una sombra al lado del suyo. También vi una fila interminable de almas... Sin dejar de mirarme, Jesús me dijo:

—«*Todas estas almas te esperan... Te di a escoger, Josefa, pero si me amas de veras no temerás sufrir*».

“Yo le manifesté mi turbación y que no quería ser descubierta.

—«*¿Qué te importa, si así glorificas mi Corazón?*»

—“No soy más que novicia, Señor.

—«*Ya lo sé, pero si me eres fiel, nada de esto te perjudicará. No tengas miedo*».

“Yo me ofrecí otra vez a su Voluntad y servicio, para que haga de mí lo que quiera.

—«*Sí; haré de ti una víctima... Porque si eres mi esposa, Josefa, tienes que parecerme a Mí... ¿no ves cómo estoy?*»

“Se fué y no le he vuelto a ver.”

* * *

Lecciones Cotidianas

Del 29 de octubre al 18 de diciembre de 1920

“*Iré a buscarte en tu nada para unirme a Mí*”.
(8 de Noviembre de 1920)

Este nuevo ofrecimiento de Josefa la internará aún más en el camino que el Señor le traza. Como nunca hasta ahora experimentará en los días siguientes todo lo que la Voluntad Divina le va a pedir en materia de generosidad y de confianza.

“Siento mi alma fría y llena de angustia; a veces me parece que ya no tengo ni vocación ni fe... ¡Tanta es la obscuridad que me envuelve! Estoy insensible a todo. He ofrecido mis sufrimientos para consolar al Corazón Divino y ganarle almas. Pero al hacerlo, se me pone delante toda mi vida de

infidelidad; sólo ver cómo soy y atreverme a pedir por otras almas me llena de desaliento."

Así escribe Josefa a fines de octubre. El Señor, aparentemente, la abandona a sus propias fuerzas, y ella, que no está acostumbrada todavía a estas alternativas de la vida espiritual, se turba y desconcierta. Reacciona, sin embargo y, en medio de las tinieblas, afirma su voluntad de amar y permanecer fiel por encima de todo.

"Dios mío, sólo quiero consolar vuestro Corazón... Aunque no veo ni siento, creo en Vos... os amo. No necesito decir cuánto he recurrido estos días a la Virgen Santísima."

Ocho días pasan y la tentación, lejos de amainar, crece. El sábado, 6 DE NOVIEMBRE, Josefa se despierta con este pensamiento, fijo, obsesionante: la convicción de que su lucha ha sido inútil, puesto que ya ha perdido la vocación. Intenta repetir todavía casi maquinalmente, algunos actos de fe y de confianza.

"En medio de este tormento, yo no podía decir más que Jesús, Jesús ¡no me abandonéis! Me venían pensamientos horriblos. Invoqué mucho a la Virgen y le pedí que si estaba en pecado, me lo dijese, pues no quería comulgar en tal estado. Así pasé el tiempo de la oración y de la misa; comulgué pero no podía decir nada a Jesús, sino sólo llamarle para que me socorriera. Creo que estáis aquí, Dios mío, sí lo creo..."

"Y al decir esto, su voz me contestó:

—«Si, estoy aquí».

"En este instante me sentí inundada de paz. Y en seguida le vi. Llevaba la corona de espinas y algunos hilos de sangre le corrían por la frente. Sus manos señalaban el Corazón, que tenía la llaga muy abierta. ¡Jesús de mi alma!, le dije; ¿cómo me dejáis tan sola? ¡Qué tiempo más largo!... ¡Y tan fría!... No me atrevía a acercarme a El. Luego puso mi mano en la suya y, poco a poco, no sé cómo, me encontré reclinada sobre su Corazón.

—«¡Josefa! Cuando te dejo tan fría, tomo tu ardor para calentar otras almas. Cuando te hago sentir tanta angustia, es para no descargar mi cólera sobre las almas... Cuando estás insensible y me dices que me amas, es cuando más consuelas mi Corazón. Esto quiero de ti, que estés dispuesta a consolarme siempre que te necesite».

"Yo le dije que lo único que sentía es haberle disgustado, pues ya sabe que no me importa sufrir.

—«Ven, Josefa, no tengas miedo, que no estás sola. No

puedo abandonarte, pues es locura lo que tengo por tí. ¿No lo sabes? Cuánto más pequeña y humilde seas, más cerca estarás de Mí, pues necesitas de más solícitos cuidados».

Alentada por tan regaladas palabras, Josefa desahoga su corazón: cuenta sus penas y flaquezas, reitera sus promesas de amor.

“Le pedí las virtudes que más necesito. Al decirle que soy tan poco humilde, me respondió:

—«Yo tengo humildad para tu soberbia».

—“¡Soy tan flaca y tan débil para sufrir!

—«Yo soy la misma fortaleza».

“En fin, me ofrecí toda entera, sin querer nada para mí.

—«Dices bien, Josefa, nada para tí. Tú, toda mía, y Yo, todo tuyo. Cuando te deje sentir angustia y soledad, abraza mi voluntad. Abandónate a mi amor».

Insiste al día siguiente, 7 DE NOVIEMBRE, repitiendo a Josefa, durante la oración:

—«Dime que me amas; es lo que más me consuela».

“Le dije que no quería más que amarle a El solo. Todo lo demás no es sino una sombra.

—«Sí; guarda para Mí solo ese corazón que te he dado, y no busques en todo más que amar. Mi Corazón se abrasa y arde en deseos de consumir a las almas en el amor».

Al mismo tiempo, Jesús le da a conocer las exigencias de este amor que destruirá poco a poco cuanto de natural e imperfecto queda todavía en ella. Las faltas más insignificantes aparecen a sus ojos como verdaderas infidelidades, por las que pide humildemente perdón.

“El 8 DE NOVIEMBRE, lunes, cuando estaba barriendo la escalera, le pedía perdón porque me había enfadado aquella mañana y tenía remordimientos. Casi al terminar el barrido le vi delante de mí. Con la mirada me indicaba que quería algo. Yo seguí barriendo hasta acabar. En seguida me fui con El al Noviciado y me dijo:

—«No te aflijas demasiado por tus caídas, pues nada necesito para hacer de tí una santa. Pero no me resistas, déjame obrar, humíllate, que Yo te buscaré en tu nada para unirte a Mí».

Tales palabras iluminan la senda en la que place al Señor adentrar a Josefa. La obediencia le irá señalando el camino; la humildad la hará avanzar por él siempre con seguridad.

Al día siguiente, MARTES 9 DE NOVIEMBRE, insiste de nuevo:

—«*Si te concedo tantas gracias no es más que por tu fidelidad y obediencia a Mí y a la Madre que me representa. Te lo voy a repetir: Abandónate al amor. Quiero que seas víctima de mi justicia y alivio de mi amor. Yo te inmolaré, pero con dardos de amor. Yo te tendré cautiva, pero con vínculos de amor. No temas: estás en el fondo de mi Corazón... Abandónate y déjame obrar*».

A las horas de aliento siguen horas de prueba. A través de la niebla en que está sumergida su alma, Josefa no ve más que su debilidad. Diez días de tentación violenta, de luchas sin tregua con enemigos tenaces, de dentro y de fuera, maduran y purifican su espíritu.

“Con todo estoy algo más tranquila —escribe el VIERNES, 19 DE NOVIEMBRE— pues me parece que no le he ofendido.

Pero la paz de su conciencia se altera cuando en la tarde del mismo día mientras está en oración ante el Sagrario, Jesús se le aparece con el Corazón cubierto de llagas.

“¡Oh Jesús mío!, ¿quién os ha puesto en tan lastimoso estado? ¿He sido yo?

“Al decir esto su Corazón se inflamó.”

—«*Así me pone tu amor —me dijo—; aunque te sientas fría y creas que no me amas, tu fidelidad, en estos momentos detiene el brazo de mi justicia para que no castigue a los pecadores. Un solo acto de amor, cuando te sientes desamparada, repara muchas ingratitudes de otras almas. Mi corazón los cuenta y los recibe como bálsamo precioso*».

Envuelta en las llamas que salen de la llaga divina, Josefa se va anegando en delicias y olvida, por un instante, su rudo batallar.

“Le pedí que le amen muchas almas; que conozcan la bondad de su Corazón.”

—«*Me complacen en gran manera las ansias que te consumen de amarme y de verme amado. Sólo esto consuela mi Corazón. Sí, pide por las almas y particularmente, por las siete que te he encomendado. Sufre un poco más... y volverán a Mí*».

El sábado, 20 DE NOVIEMBRE, después de comulgar se presenta Josefa como un pobre que viene a mendigar su amor.

“Tenía el Corazón lleno de llagas.

—«Josefa, dime ¿qué no harías para consolarme...? ¿Quieres participar un rato de la amargura de mi Corazón?»

“Me hizo sentir entonces en el alma un gran desamparo. El estaba delante de mí y, poco a poco, vi que iba su Corazón mudando de aspecto hasta ponerse todo encendido y sin herida alguna.

—«Quiero que me des almas, —me dijo—. Y para ello no te pido más que amor en todos tus actos. Hazlo todo por amor: sufre por amor, trabaja por amor y, sobre todo, abandónate al amor. Cuando te hago sentir angustia y soledad, recíbelo por amor. Quiero valerme de ti como una persona cansada se sirve de un báculo para apoyarse. Quiero poseerte, rodearte, consumirte toda; mas con gran suavidad de modo que aun padeciendo martirio de amor, desees siempre padecer más».

A las visitas divinas suceden luchas desconcertantes.

“Hace unos cuantos días —escribe— mi alma tiene como miedo de Dios y horror al camino que me traza. Me parece estar sumergida en un abismo del que jamás podré salir.

El domingo, 21 DE NOVIEMBRE, durante la Misa, Jesús aparece de pronto:

—«Vengo a descansar en ti; ¡soy tan poco amado de los hombres! ¡Siempre buscando amor, no encuentro más que ingratitude! ¡Qué pocas son las almas que me aman de verdad!»

“Le pregunté si no recibía algún consuelo de este Noviciado. Le ofrecí el amor de la Virgen, de los Santos y de todas las almas buenas; y también el mío.

—«Si, Josefa, ámame y dímelo, no te canses».

Así lo hacía ella, al día siguiente, en medio de la aridez que pesaba de nuevo sobre su alma.

“Aunque en gran sequedad, le repito con toda mi alma: ¡Os amo Jesús mío!”

—«Y yo también a ti, me respondió».

“Miré y le vi a mi lado, como un mendigo, sin ningún resplandor. No le dije nada. Pero, como El me miraba muy triste, me atreví a decirle mil ternezas y, sobre todo, mis deseos de aliviar su pena.

—«Sí, hoy me tienes que consolar y para que no me olvides un momento yo estaré constantemente a tu lado».

“Así fué; al terminar la oración vi que no se marchaba.

“Jesús mío —le dije—, ahora tengo que ir a barrer; pero bien sabéis que todo lo hago por vuestro amor.”

El Señor la siguió, sin apartarse de su lado.

“Mientras barría, me preguntó dos veces si le amaba.

—«*Dímelo con frecuencia para suplir el olvido de otras almas*».

Así pasan el día entero.

“El siempre junto a mí, sin separarse ni un instante”, escribe Josefa.

De vez en cuando, Jesús rompe el silencio:

—«*¿Por quién trabajas?*» —le pregunta, mientras está limpiando el antiguo claustro de los Cistercienses.

“Por Vos, Señor, porque os amo. ¿Veis cuántas baldosas tiene este corredor? Pues así de veces os digo que os amo?”

Más tarde, va Josefa al jardín a buscar carbón.

—«*¿Qué haces?*»

—“Pues, Jesús mío, ya sabéis que en todas estas cosillas os quiero probar mi amor.

—«*Muchas almas creen que el amor sólo consiste en decir: os amo, Jesús mío, pero no; el amor es suave, trabaja porque ama y todo lo hace amando. Así quiero que me ames tú, en todo y siempre; en el trabajo y en el descanso, en la oración y en la acción, en el consuelo en la tristeza y en la humillación; siempre amando y demostrando el amor en las obras. Esto es amar; si las almas lo entendieran ¡cuánto adelantarían en la perfección y qué consuelo darían a mi Corazón!*»

Los efectos que en Josefa causa esta divina presencia, no se traslucen al exterior, y no es ésta la menor de las maravillas que Dios obra en ella. Josefa teme, sin embargo. Le parece no poder sostener la atención que requiere su trabajo, porque toda su alma se absorbe y se concentra en el interior.

“Dios mío —escribe ingenuamente—, en qué apuro me ponéis. . . todo se me olvida. . . No sé qué va a ser de mí.

“Tenía que servir a las niñas en el refectorio y le pedí se marchase un poquito. . . Pero, Jesús mío, no os olvidaré, le dije.

“El me contestó:

—«*Ve y dile a la Madre que estoy contigo, y pregúntale lo que has de hacer. . . Vamos*».

Aunque le cuesta dar este paso, Josefa obedece. Va en busca de la Madre Asistentia y le expone su dificultad. Pero no encuentra la Madre posibilidad de dispensarla de su servicio.

Con sencillez encantadora, Josefa hace notar al Señor lo inútil de aquel acto de vencimiento.

—«*En apariencia, sí; pero has practicado la humildad y la obediencia*».

Toda la tarde de aquel día permanece el Señor así junto a ella, acompañándola, dirigiéndola. ¿No querrá con este ejemplo sensible avivar en las almas la fe en su presencia por la gracia, invisible, pero más cierta todavía?

En cuanto a Josefa, su humilde sencillez le impide engreirse con tan excepcionales favores, antes tiembla siempre por temor de no poder ocultarlos.

“Pero, Jesús mío, ¿cómo terminará todo esto? Porque bien sabéis que estoy como atontada y pronto se darán cuenta de todo.

—«*Josefa, si un niño tiene que subir una cuesta empinada, y va con su padre ¿le dejará caer?*».

“Esto me hizo sentir una gran confianza y abandonarme de nuevo a la Divina Voluntad.”

Por la noche, Jesús, que no se ha separado de ella un instante, le dice, en la Capilla, durante la Adoración:

—«*Lo que más me ha consolado hoy, es que no me has dejado solo y lo que en ti más me agrada es tu pequeñez. Así debes tenerme siempre presente, y cuanto más pequeña y miserable te veas, puedes asegurar que estoy más contento de Ti*».

“Y poniéndome su mano en la cabeza, añadió:

—«*No olvides que eres víctima de mi amor y que yo seré tu dulce tormento. Pero también seré tu sostén, y mientras seas fiel, no te abandonaré*».

“Dicho esto, se fué.”

Semejantes favores no tenían más objeto que adaptar a la Mano Divina el instrumento fiel de que quiere servirse, para la salvación de las almas.

"EI MARTES, 23 DE NOVIEMBRE —escribe Josefa—, le pedí al Señor para mis Hermanas la misma alegría que tengo yo en su divino servicio. Entonces apareció y me dijo:

—«Eres feliz aun cuando sufres?».

—"Sí, Jesús mío, porque sufro por Vos.

—«¿Quieres llevar el peso de otras almas?»

—"Sí, con tal que al fin lleguen a amarnos.

—«Pues sufrirás, porque eres víctima de mi amor; pero con amor, suavidad y alegría en todo y siempre».

Otro día le dijo:

—«A tu fidelidad uniré la de otras muchas almas».

Por primera vez, siempre con miras a la salvación de las almas, Josefa va a participar de los dolores de Jesucristo en la coronación de espinas.

"Estaba en la Capilla de San Estanislao (1) el VIERNES, 26 DE NOVIEMBRE; me pedía consuelo y yo no sabía qué hacer.

—«Te dejaré un ratito mi corona de espinas, me dijo; y verás cómo sufro».

"Sentí entonces en la cabeza las punzadas de la corona, tan fuertes que ya me iba a quejar, pero El me dijo:

—«No te quejes de este dolor, porque nada te podrá aliviar, quiero que participes de mis sufrimientos».

Desde este día la corona de espinas entra a formar parte de la vida de reparación que el Amor ofendido exige de Josefa. Unas veces será prenda de unión con Jesús crucificado, otra señal de perdón largo tiempo anhelada. En ciertas ocasiones de su vida la llevará continuamente. No aparece en su frente ninguna herida; la intensidad de estos dolores misteriosos se deja tan sólo adivinar por una extrema palidez y por la dolorosa expresión de su mirada. La cabeza inclinada hacia adelante por la fuerza del padecimiento no logra encontrar descanso en ninguna postura. Según le había dicho el Maestro nada ni nadie, por más que lo intentan, consigue aliviarla.

Así, presa de estos sufrimientos, es como la asocia Jesús a su obra redentora y le descubre la solicitud de su Corazón en buscar a las ovejas descarriadas. EL DOMINGO, 28 DE NOVIEMBRE, viene a confiarle una:

"Ayer vino a la ropería —escribe Josefa— con el Corazón muy llagado y su cara como la del Ecce Homo."

(1) Celda en la que la Santa Madre Fundadora reunía a las primeras novicias del Instituto, convertida en oratorio.

—«Hasta que esta alma venga a Mi —dijo— yo vendré a ti y te pediré lo que ella me niega, que es amor».

“A la una y media fui con El al rinconcito del dormitorio y le adoré con mucho respeto.

—«Para que te hagas cargo de mi dolor te daré alguna partecita de él» —me dijo.

“Sentí el alma llena de angustia; Jesús seguía a mi lado, con el Corazón destrozado y muy triste el rostro. No me decía nada. Yo le consolaba como podía. Al fin me dijo:

—«He descansado en ti, alma querida, porque me has dado amor».

“Y se fué.”

“El LUNES, 29, en la oración, me dijo:

—«Voy a dejarte la corona de espinas, para que ofrezcas el dolor por esta alma. Si tarda en responder, sufriremos los dos sed ardiente. Así consolarás mi Corazón».

Mas, no sólo respecto de otras almas, experimenta Josefa la longanidad del Corazón de Cristo; su propia debilidad le proporciona más de una ocasión de experimentarla en sí misma.

“Me es imposible explicar lo que sufro en algunos momentos. Siento en el alma un completo desamparo, como si estuviese muy lejos de Dios. En el cuerpo me encuentro sin fuerzas y sin ánimo para nada.”

Y pregunta al Señor qué quiere hacer de ella, en semejante estado de impotencia.

—«Lo que quiero —responde— es que vivas tan unida a mi Corazón, que nada sea capaz de apartarte de El... Quiero descansar en ti... No me niegues lo que me pertenece».

“Yo, que estaba con miedo de no poder trabajar, le dije: pero, Jesús mío, no queráis que llegue tarde a mi empleo.

—«¿No sabes que soy el dueño de tu corazón y de todo tu ser?»

¿Lo llega a comprender del todo? Josefa resiste a la llamada y Jesús desaparece. Sólo a través de prolongadas luchas y tristes desfallecimientos, llegará a aprender la ciencia del abandono. Y es precisamente su amor a la vida común, lo que ha de constituir hasta el fin, el origen de sus repugnancias y tentaciones.

El Dueño Divino quiere sin duda dejar en su alma esta reñida oposición para darse el contento de descubrirle cada vez más su incansable misericordia,

“No lo he vuelto a ver. ¡Y no puedo vivir sin El!... Desde que se fué no ceso de pedirle perdón. Ayer, 3 DE DICIEMBRE, acabada mi tarea, fui a pasar un ratito ante el Santísimo. Jesús mío, no merezco veros, pero dadme una prueba de que me perdonáis. Luego estuve un buen rato sin decirle nada. De repente, desaparecieron todas las tentaciones que tenía y sentí la corona de espinas en la cabeza.”

A esta señal precursora del perdón divino va a seguir uno de aquellos intercambios de confianza y de misericordia que tanto abundan en la vida de Josefa y que son una revelación luminosa como ninguna, del Corazón de Jesús.

“El día 4, en la comunión, se me presentó como un padre que espera a su hijo.”

—«*Ven cuéntame todos tus miedos*».

“Y señalando su Corazón:

—«*Si no sabes sufrir, ven aquí. Si temes la humillación, ven aquí. Si tienes miedo de Mi... ¡Acércate más a Mí!*»

“Le dije que tenía miedo de estas gracias porque no las merezco.

—«*Ya sé que no las mereces, pero sólo te pido que las recibas*».

Le explica entonces Josefa la tristeza de su alma...

“Porque a medida que conozco su bondad para conmigo me da pena ser como soy. El, acércandome a su Corazón, me dijo:

—«*Cuando un niño pequeño vuelve la espalda a su padre, el padre no se ofende... Ven, descansa en mi Corazón*».

Josefa se acuerda de aquella alma que le ha confiado hace algunos días.

—«*Sufre todavía un poco más por ella. Ya se va acercando a mi Corazón*».

Bondad tan conmovedora la llena de admiración. Quisiera corresponder pero se siente impotente y acude a su Madre la Virgen Santísima.

“Pidiendo perdón y amor estaba el LUNES, 6 de DICIEMBRE, cuando vino la Virgen:

—«*Hija mía, —me dijo—, no te atormentes así; ¿no sabes cómo es Jesús y lo que ha sido siempre para tí? Bien está que sufras en silencio, pero sin ansiedad. Ama mucho, mas no*

quieras mirarte, ni averiguar si amas o no amas. Y si caes, no te aflijas en demasía; a tu lado estamos El y Yo para levantarte. Soy tu Madre y nunca te dejo».

“Le confié que lo que más me turba es no poder seguir la vida común y el temor de que se enteren de mis cosas.

—«*No olvides que es por las almas. Si el enemigo se empeña tanto en que vuelvas atrás, es porque ve en tu fidelidad una corriente impetuosa que arrastrará a las almas para llevarlas a Jesús».*

“Le pedí la bendición y que no me deje, pues ya ve cuán flaca y vacilante soy.

—«*Si, Josefa, te bendigo y te amo».*

“Al día siguiente, MARTES, 7, esta Madre, tan buena, acude de nuevo en ayuda de su hija:

—«*Si quieres consolar a Jesús, yo te diré lo que le agrada: ofrécelo todo por las almas, sin interés alguno personal, sólo para gloria de su Corazón».*

Y precisando más, añade:

—«*Reza todos los días nueve veces el Avemaria con los brazos en cruz, humillándote y reconociendo tu nada, al par que adoras sumisa la Divina Voluntad, dejando libertad a tu Criador para hacer de ti lo que quiera. Confía en su Corazón y en Mí que soy tu Madre».*

Pocos instantes después, el mismo Jesús ratifica las palabras de su Madre Santísima.

“Después de comulgar me cubrió con la llama de su Corazón, al mismo tiempo que me decía:

—«*Déjame libertad para establecer una alianza entre mi Corazón y el tuyo, de manera que estés en Mí y no en ti, y vivas para Mí únicamente».*

“Luego estuve un buen rato sin decir nada, mientras me hacía sentir un fuego que enardecía mi alma. Después me dijo:

—«*Quiero que tu miseria me ayude a arrebatat almas al enemigo».*

“Mientras hacía el examen, vino, con el rostro muy alegre, y me dijo:

—«*Ven, descansa y saborea el gozo de mi Corazón. ¡Un alma más se ha reconciliado conmigo!»*

De esta manera le muestra, para animarla, el partido que de sus luchas debe sacar el Amor.

El 8 DE DICIEMBRE, fiesta de la Inmaculada, como aurora suavísima y benéfica, la Virgen ilumina los primeros instantes del día para Josefa.

—«Hija mía —le dice— nunca temas el sacrificio. Los caminos de Dios son así. Si de veras quieres salir victoriosa en los combates contra el demonio, sigue estos consejos: 1º Humíllate; tú nada vales, nada mereces; todo es favor de Dios. 2º Cuando te sientas fría, desamparada, envuelta en tentaciones y sin fuerzas para combatir, no dejes la oración: ora con humildad y confianza y abre tu corazón a quien Jesús te ha dado por Madre en la tierra. Si le descubres con sencillez tu alma, no te equivocarás. Créeme, hija mía; recibe mi bendición, ya sabes que soy tu Madre».

Estos sabios consejos de la Virgen Prudentísima son como el aviso de una próxima tempestad. El demonio, en efecto, traza en la sombra, sus astutos planes. Por eso María vela como nunca sobre su hija, y el VIERNES 10 DE DICIEMBRE, después de la comunión baja de nuevo a fortalecerla: le lleva la corona de espinas, en prenda de predilección de su Divino Hijo:

«—Vengo Yo a traértela —le dice— para que te sea más suave».

“Y me la colocó en la cabeza.”

Josefa le repite con filial confianza, cuánto temor le inspiran esas gracias.

—«Si las rehusas, te perderás. Si las aceptas, tendrás que sufrir, pero no te faltará jamás la fuerza necesaria. Yo no te dejaré, puesto que soy tu Madre... Y los dos te ayudaremos».

El SABADO 11, el Señor solicita otra prueba de amor.

—«Hoy quiero aprisionarte en mi Corazón»,

Y siguiéndola al dormitorio de las alumnas, cuando va a la limpieza:

—«Si te llamo —dice— déjalo todo».

“Me fui con El a la sala del Noviciado.

—«Quiero ser tu tormento, Josefa, y tú serás mi descanso. Soy como un caminante que, de vez en cuando, busca un rincón para descansar... ese rincón eres tú».

“Pero, Jesús mío, ¿cómo terminará todo esto? Si no puedo estar en el empleo... si no trabajo...”

—«¿Qué te importa, si estás en mi Corazón?»

Y viendo a Josefa recelar y temer todavía:

—«*Recuerda lo que Yo he sufrido en mi Pasión y todo por ti. Lo único necesario es que me seas fiel*».

Pasan un rato en silencio. El Señor no la deja hasta que logra el "sí", la sumisión completa a su Voluntad.

—«*Ya puedes levantarte y trabajar. Yo estaré a tu lado... Mira el fuego que arde en mi Corazón. Pero hay almas tan de hielo, que ni con estas llamas se calientan*».

"Le pregunté cómo no se abrasaban al contacto de su Corazón. Respondió con tristeza:

—"*Porque no se acercan*».

Y con un acento profundo, con que graba en el alma sus palabras, descubre a su elegida el secreto de la generosidad.

—"*El Amor no es amado: piensa en esto y nada me negarás*».

Pero a estas luminosas claridades, sucede una noche de densa oscuridad. Nuevo oleaje de repugnancia y de temores se levanta en el alma de Josefa; le parece que todo es engaño, y esta idea se fija en ella con tal fuerza, que no tiene un instante de paz ni de sosiego.

"Así pasé desde el día 11 hasta el 17 DE DICIEMBRE. Ese día, por la tarde, me fuí a la Capilla y con todo mi corazón le dije a Jesús: Señor, no permitáis que sea infiel. Entradme muy adentro en vuestro Corazón para que muera sin apartarme de El.

—«*¿Más adentro quieres estar Josefa? —dice El apareciendo de improviso—. Cuando crees que estás lejos de Mí, Yo te coloco más al fondo, para que estés del todo segura*».

Al día siguiente, SABADO 18, le revela la obra de salvación que por sus sufrimientos se ha realizado. Después de la Comunión se le aparece:

"Veía en su Corazón tres almas en figura de niñas muy pequeñas; El las rodeaba con su brazo derecho, como abrazándolas.

—«*¿Qué te importa sufrir ante este resultado?*

"Yo no acababa de comprender, y me dijo:

«*Quiero valirme de tu miseria para salvar almas. Mi: a fruto de tus padecimientos. No me niegues nada. Consuélame y recuerda que nada he omitido Yo para demostrarte mi amor*».

Pocos instantes después, la Santísima Virgen viene a poner el sello a estas palabras de su Hijo animando a Josefa a ser cada vez más generosa.

—«Hija de mi corazón, te lo suplico, no rehuses nada a mi Hijo, porque no sólo tu felicidad, sino la de otras muchas almas depende de tu generosidad. Si eres fiel y te abandonas ¡cuántas se salvarán con tus sacrificios! . . . ¡Si supieras lo que vale un alma! . . . Es verdad que no eres digna de tales gracias, pero si de tu pequeñez quiere servirse todo un Dios, ¿te atreverás a resistir?»

“Le pedí su bendición; me puso la mano en la frente y desapareció.”

* * *

La Llamada de las Almas

Del 19 de diciembre de 1920 al 26 de enero de 1921

“Quiero servirme de tus sufrimientos para la salvación de muchas almas”.

(25 de enero de 1921)

Han pasado cinco meses desde que Sor Josefa tomó el hábito. El Señor ha cultivado su alma intensamente y, si le ha exigido mucho, le ha mostrado benignamente el fruto de sus sacrificios. Su vocación, ya de por sí apostólica, como de Religiosa del Sagrado Corazón, va siéndolo cada vez más, dentro de su camino extraordinario.

El DOMINGO 19 DE DICIEMBRE, por la mañana, oye la voz del Maestro:

—«¡Josefa!»

Mira y viéndolo continúa su tarea. Pero al pasar por la Capilla:

“Me sentí como atraída y fui al Noviciado. En seguida le ví. Salía de su Corazón un raudal de agua purísima.

—«Es la corriente del amor, Josefa, pues tu martirio será de amor».

Josefa, a quien devora la sed de amarle y hacerle amar, exclama:

“¡Dios mío! Para ganaros almas no volveré a titubear; sufriré cuanto sea preciso. Lo que quiero es no salir jamás de vuestro Corazón.

—«Así me consuelas, Josefa. No te pido más. Si eres po-

bre, Yo soy rico. Si eres débil, Yo soy fuerte. Lo que te pido es que no resistas: Yo te defenderé; si caes, te levantaré y no te dejaré jamás. Tú abandónate: Yo lo haré todo.

“Al decir esto me acercó a su Corazón.

—«Ya que estés dispuesta a sufrir, vamos a sufrir los dos. No te importe tu flaqueza: Yo te sostendré».

Al instante se siente como sumergida en un abismo de dolores. Fiel a su promesa, Jesús, la sostiene y le recuerda, para alentarla, la alianza que existe entre El y su víctima.

—«Sufres en el alma y en el cuerpo porque eres víctima de mi Alma y de mi Cuerpo. Y ¿cómo no has de sufrir en el corazón si te he escogido como víctima de mi Corazón? . . . Escucha este Corazón, cómo late. Es por las almas. Las llamo, las espero. . . las vuelvo a llamar. Y mientras no responden, espero contigo. Sufrimos, pero al fin vendrán a mis brazos. . . Sí, vendrán pronto».

La espera y la unión en el sufrimiento dura todo el día. Por la noche, el Señor entrega a Josefa la corona de espinas; prenda de la fidelidad divina que ha de sostenerla siempre:

—«Cuando dos esposos se aman de veras, no puede sufrir el uno sin que sufra el otro. Pero no olvides que soy tu fortaleza».

La unión es cada vez más íntima; realmente, el Señor se sirve de ella “como un peregrino cansado se apoya en su báculo” . . .

“El MARTES, 21 de DICIEMBRE, estaba en el dormitorio de las niñas haciendo las camas; y mientras le decía que le amo, de pronto le ví, ensangrentado el rostro y muy triste.

—«Ven, Josefa; te necesito».

Sube a su celdilla donde Jesús la espera; de su Corazón brota un raudal de agua, como el día anterior. La mira unos instantes, en silencio. Luego acercándola a su pecho, comparte con ella su angustia y su dolor.

—«Llamaré otra vez a estas almas. . . Las esperaré y no nos cansaremos. ¡Mi Corazón siente tanto la pérdida de las almas! Y más, si son almas escogidas».

Josefa ora y sufre con El largo rato. Luego, escucha de boca del Señor lo que ha de ser como su “orden del día”:

—«Quiero que hoy te ofrezcas como víctima y que todo tu ser sufra martirio para salvar estas almas. Humíllate y pide perdón por ellas. Estoy contigo».

Y envolviéndola en las llamas de su Corazón:

—«¡Animo!, añade; el sufrimiento es el mejor regalo con que puedo favorecerte; pues éste ha sido mi camino».

Tales expresiones del Maestro señalan el progreso realizado por Josefa en las vías del amor; antes le preguntaba: ¿me amas? luego: ¿quieres sufrir?... Ahora ya puede presentarle el sacrificio como el mejor regalo. Ella, pese a la humana debilidad y a las vacilaciones de la naturaleza, entiende este lenguaje; y su voluntad generosa está pronta a convertirlo en realidad.

El MIÉRCOLES, 22 DE DICIEMBRE, escribe:

“Después de comulgar le he visto. Tenía atadas las manos y en la cabeza, la corona de espinas. Algunos hilos de sangre corrían por su rostro divino. También del Corazón brotaba sangre por una herida pequeña y de la Llagla salía mucho fuego”.

—«Mira como estoy, Josefa; ¿quieres sufrir?»

—“Sí, Jesús mío, quiero.

—«Pues toma la corona y, para desatarme las manos, busca hoy lo que te mortifica y te cuesta y no ceses de hacer actos de amor. Si conocieran las almas este secreto ¡qué mortificadas serían! ¡y cómo consolarían mi Corazón!»

“Por la tarde, volvió. Ya no tenía las manos atadas ni sangre en la cara. Me acercó a su Corazón y me dijo:

—«No es nada lo que sufres si al fin se salvan las almas».

Josefa sigue ofreciéndose generosamente, todos los días.

“Lo único que pido —dice— es fidelidad y fuerza. No quiero gozar en la tierra.

Jesús le contesta:

—«Yo tampoco te pido más que amor y abandono. Quiero que seas como un vaso vacío que Yo me encargaré de llenar. Deja a tu Criador, que El cuidará de su criatura. En cuanto al amor, no tengas medida».

Aquella misma noche, 24 DE DICIEMBRE...

“Estaba en la ropería —escribe— y oí su voz:

—«¡Josefa! esposa mía...»

“Yo no lo veía, pero respondí: ¿Qué queréis, Señor? Mas no me dijo nada. Luego fui a la Capilla y oí de nuevo:

—«¡Josefa! esposa mía...»

“Señor, ¿por qué me llamáis esposa si no soy más que novicia?

—«¿No te acuerdas ya de aquél día en que tú me escogiste y Yo te escogí? En esta fecha hicimos alianza eterna. Compadecido de tu pequeñez no he querido dejarte sola. Tú en cambio no tendrás más amor que el de mi Corazón. Yo te pediré y te daré lo que me agrade: tú no me resistas nunca».

Esta divina alianza va a sellarse en la noche santa de Navidad.

“Durante la Misa de media noche y estando ya en medio de la Capilla para ir a comulgar, vi delante de mí a la Santísima Virgen. Tenía en brazos al Niño Jesús cubierto con un lienzo blanco que levantó después que hube comulgado. Llevaba una camisita blanca y tenía las manos cruzadas sobre el pecho. Luego desapareció. Pero al volver a mi sitio, vi de nuevo a la Virgen acercarse a mí; levantó un poco al Niño, que antes estaba echadito; El abrió los brazos y acarició a su Madre. Luego, con su manita derecha, parecía pedirme la mía; se la di y El me estrechó un dedo y así estuvo un rato. Despedían los dos un olor suavísimo, no sé a qué. La Virgen sonreía. Luego me dijo:

—«Besa, hija mía, los pies del que es tu Dios, y será tu compañero inseparable, si tú no lo rechazas. Acércate sin miedo; es todo amor».

“Yo le besé los piecitos; El me miró y volvió luego a cruzar las manos sobre el pecho. La Virgen le cubrió de nuevo, me miró, me dió su bendición y se fué. Vestía túnica blanca y manto sonrosado. El velo también sonrosado, pero más fino. La camisita del Niño era de una tela que yo no conozco, como de espuma. Tanto El como la Virgen tenían una aureola de luz”.

Se va a la experta costurera que no pierde detalle, aunque tenga que apuntar tejidos celestiales, desconocidos en los talleres de la tierra. Los gozes navideños se prolongan, como si quisiera el Señor compensar los anteriores sufrimientos.

Al día siguiente se presenta de nuevo, resplandeciente de hermosura, mostrando en su Corazón las dos almas, por las que tanto ha padecido Josefa.

—«Mira, esposa mía, ¡las hemos ganado! Tus sacrificios han consolado mi Corazón».

El 27 escribe: “Después de comulgar he pedido amor”. Jesús nunca resiste a esta súplica. Va a concederle un nuevo favor que aumentará en ella hasta lo increíble, el amor y el agradecimiento.

“Vino Jesús —escribe— tan hermoso que no sabía dónde mirarle, pues a la cara no me atrevo. Me recostó sobre su pecho y sentí cómo latía su Corazón. Me entró una especie de sueño que no sé explicar bien.

“Lo primero vi una gran luz que no daña a la vista, y un espacio inmenso; pero la entrada era muy estrecho. Allí cada sentido tiene un deleite especial y el alma se encuentra como envuelta y anegada en Dios, llena de Dios... embriagada y toda perdida en El. Me hallaba, como aquella primera vez (5 DE JUNIO) en la llaqa de su Corazón. No me dijo nada. Sin embargo, jamás se sintió mi alma inundada de tanta felicidad.

“Luego, todo desapareció”.

Sin transición, añade:

“Esta misma tarde, me ha dejado sola”.

El Divino Maestro quiere enseñarle que los goces, aun los más espirituales y puros, no son más que un fugaz destello mientras estamos “en el camino”.

“Al día siguiente me encontraba tan fría, que tenía que hacer un gran esfuerzo para decir algunas palabras a Jesús. Hice muchos actos de amor y de confianza, pero no lograba apartar las tentaciones que continuamente me venían”.

Sigue, con todo detalle, la humilde confesión de estos combates, en medio de los cuales le parece, a ratos, que su ánimo desfallece.

“Así he pasado, sufriendo muchísimo, desde el 27 DE DICIEMBRE al 9 DE ENERO. Ese día, cuando desperté, mi primer pensamiento fué: que ya no podía resistir más, entre tantos ataques. Pasé toda la hora de la oración muy angustiada”.

A pesar de todo, Josefa, con su rectitud acostumbrada, busca en la obediencia el socorro que necesita su alma.

“Prometí a Jesús hacer muchos actos de humildad para atraer hacia mí su Divina Misericordia. Durante la Misa, en el momento de la Elevación, repetí mi acto de ofrenda con todo el fervor que pude y en el mismo momento en que se elevaba el cáliz, vi a Jesús lleno de bondad y con el Corazón muy inflamado. Lo primero que hice fué humillarme a sus pies y pedirle perdón”.

“El me dijo:

—«El amor no se cansa de perdonar».

“Y con un acento de compasión que jamás podría explicar, prosiguió:

—«*Pero no me has ofendido, Josefa. Como tú misma dices, los ciegos tropiezan... Ven, acércate a mi Corazón y descansa en él. ¡Si supieras cómo me has consolado estos días! Te tenía tan cerca de mi Corazón, que si hubieras caído, caías en él*».

Al preguntarle ella por qué permitía tantas y tan terribles tentaciones:

—«*Te parece que no ves nada, que caes en el precipicio, pero... ¿qué falta te hace ver si Yo te guío? Sólo una cosa es necesario: olvidarte, abandonarte, no resistir a mis planes. Por los actos de amor que has hecho, a pesar de las tentaciones y sufrimientos, algunas almas se han acercado a Mi. Y pronto entrarán en mi Corazón*».

“Yo le dije que cuando estoy tentada y sola, le busco y no le encuentro.

—«*Si no me encuentras, Josefa, búscame en tu Madre; abandónate a ella, pues ella te conduce a Mi. Por eso te la he dado y has de saber que cuando obedeces a la Madre me agradas tanto como si me obedeces directamente a Mi. Ama, sufre, obedece. Así podré realizar en ti mis designios*».

Aquella misma noche, en una deliciosa “lección de cosas”, perfectamente adaptada a la sencillez de la discípula, el Señor le repite los puntos principales de sus enseñanzas:

“En su mano derecha tenía una cadenita; era como de brillantes y dentro había tres llavecitas pequeñas, doradas y muy bonitas.

—«*Mira, una, dos, tres; son de oro. ¿Sabes lo que son estas llaves?... Pues cada una encierra un gran tesoro y quiero que tú te apoderes de él. El primero, es un gran abandono a todo cuanto Yo te pida, directa o indirectamente, confiando en la bondad de mi Corazón que está siempre cuidando de ti. Así repararás los pecados que cometen las almas que dudan de mi amor. El segundo, es una gran humildad, ya reconociendo tu nada, ya humillándote delante de todas tus Hermanas y pidiendo, según Yo te mandaré, ser humillada de tu Madre. Así repararás la soberbia de muchas almas. El tercero, es una gran mortificación en tus palabras y en tus actos. Quiero también que te mortifiques corporalmente, cuanto la obediencia te permita y recibas con verdadero deseo los sufrimientos que Yo*

te hago sentir. Así repararás las faltas de mortificación de tantas almas y me consolarás, en algún modo, de las ofensas que recibo, con tantos pecados de sensualidad y regalo. Por último, esta cadenita que sujeta las tres llaves, es un amor ardiente y generoso que te permitirá vivir abandonada y entregada, humilde y mortificada».

¡Qué indeleble recuerdo guardará Josefa de estas llavecitas simbólicas!

Más de una vez, como en su Evangelio, usará el Maestro estas sencillas comparaciones que encierran tan elevada doctrina.

Pero las horas de descanso escasean cada día más. Jesús recuerda sin cesar a Josefa las almas que hace un mes le confió, y a quienes sus sufrimientos han de alcanzar el impulso definitivo para romper los lazos que todavía las detienen.

—«No te canses de sufrir —le repite—, ¡si supieras cómo aprovecha a las almas!»

De nuevo se levanta en el alma de Josefa una espantosa tormenta de dudas y tentaciones, sufrimiento el más temible y que se repite con harta frecuencia:

“No le pido que me quite el padecer —escribe esta alma generosa—; sólo le pido que me dé fuerza para llevarlo.”

Aquí sus notas son más largas y minuciosas, como siempre que se trata de sus vacilaciones y flaquezas. El VIERNES 21 DE ENERO, escribe:

“Ya no podía rezar y si se me escapaba del corazón alguna palabra, era: Señor, ¿por qué me habéis traído aquí, si no he de ser fiel? El sábado, cuando la encontré a usted, Madre, y me preguntó dónde estaba mi amor a Jesús, me parecía que el alma se me arrancaba, porque aun en los momentos más furiosos, lo único que siento es no amar a Dios. Me decidí a obedecerla, Madre, aunque me maten; y aunque no ha cesado la tentación, antes parece crecer, sin embargo tengo más luz.”

Difícil es, aun a los mismos Superiores que la siguen de cerca, medir la magnitud de esta terrible prueba, que se prolonga varios días:

“El LUNES, 24 de ENERO, todo el día estuve suplicando a la Virgen que me ayudase. De repente, al empezar la adoración, me sentí completamente en paz.”

Y la paz es la señal que precede a la Madre de Misericordia. Josefa la ve ante sus ojos disipando toda aquella tormenta, con su sonrisa maternal. Lleva en la mano la joya más preciada, prenda de amor y de perdón, la corona de espinas.

—«Vengo, hija mía, a decirte que no te canses de sufrir... Toma la corona y llévala con alegría. Es una de las joyas de tu Esposo...».

“Madre mía, ¿por qué tengo estas tentaciones tan fuertes? ¡Ya véis cómo sufro!

—«Conviene que sufras, Josefa, si así lo quiere Jesús. Di a la Madre, que una de las almas por quien padeces, ya se ha entregado del todo a El. Ahora tienes que salvar otras dos y ya te aviso que te costarán muy caro. Pero el amor y el sacrificio todo lo alcanzan. No te canses... Es por las almas».

La Virgen desaparece, pero a la Aurora ha de seguir el Sol.

“Vino Jesús al empezar la Misa, escribe Josefa el **MAR-TES, 25 de ENERO**. Le pregunté si había lastimado su Corazón, pues ya sabe que esto es lo que más me duele.

—«No, —respondió El lleno de bondad;— no me has ofendido. Pero sucede como si me hubieras echado arena a los ojos que tengo fijos en ti. Te amo con predilección y estos días no te podía mirar. Pero ya te he perdonado».

Y añadió:

—«Escucha esta palabra: el oro se purifica en el fuego; así tu alma se purifica y fortalece en la tribulación y el tiempo de la tentación es de gran provecho para ti y para otras almas».

Animada por tanta compasión, Josefa confía al Maestro su mayor ansiedad; el tormento más doloroso de estos días de prueba:

“Jesús mío, tengo mucho miedo de que esto ponga en peligro mi vocación.

—«¿Quién podrá desconfiar de tu vocación, que ha resistido a tantas y tan fuertes tentaciones? Dos fines me propongo al permitirte: 1º Convencerte de tu impotencia para el bien y de que todo lo que recibes es puro don gratuito de mi bondad y de mi amor. 2º Servirme de tus sufrimientos para la salvación de muchas almas. Sí, sufrirás para ganarme almas, porque eres víctima escogida por mi Corazón. Pero nada te perjudicará. No lo consentiré».

A esta regalada promesa Josefa responde con una nueva entrega, total y plenamente confiada.

Al día siguiente, **MIÉRCOLES 26 DE ENERO**, Jesús insiste de nuevo en la necesidad de padecer:

“Durante la oración vino, se acercó a mí y, sin decirme nada, me hizo sentir los latidos de su Corazón. Le pedí que me enseñara a amarle y que nunca le causase pena. Como si se alegrara de estas palabras, me dijo:

—«*El alma que ama desea sufrir, y el sufrimiento aumenta el amor. El amor y el sufrimiento unen al alma estrechamente con Dios hasta hacerla una misma cosa con El*».

Y al quejarse Josefa de su debilidad:

—«*Nada temas. Yo soy la misma fortaleza. Cuando el peso de la cruz te parezca superior a tus fuerzas, pide socorro a mi Corazón*».

En cuanto a la oscuridad en que a veces la deja, el Señor vuelve a repetir lo que ya le había indicado en otra ocasión:

—«*¿No sabes dónde estoy, Josefa, con gran seguridad?... Déjate guiar. Mis ojos están fijos en ti; tú ¡fíjalos en Mí y abandónate*».

* * *

Vida Ardiente y Escondida

Del 27 de enero al 21 de febrero de 1921

“Dime, ¿qué me vas a ofrecer por las almas?”

(20 de febrero de 1921)

Las Cuarenta Horas que preceden a la Cuaresma se acercan. En estos días de Carnaval, todo llama, en las casas religiosas, a más fervor y generosidad. La víctima escogida para reparar y salvar en unión con el Corazón de Jesús, ha de sentir, más que nadie, esta llamada divina.

EL VIERNES 4 DE FEBRERO, aniversario de su llegada al Noviciado, siente su alma invadida de inmensa congoja mientras el cuerpo está como atenaceado por intensísimos dolores. No se arredra por ello y, con gran energía, acude a su trabajo cotidiano.

“Cuando acabé de fregar la cocina, ya no podía más y subí al dormitorio. Me arrodillé y me ofrecí a Jesús para consolar su Corazón.”

Apenas empezada su oración, aparece Jesús a un lado y mostrándole el Corazón abrasado:

—«*Todos los viernes —dice— y sobre todo el primero de cada mes, te haré participar de la amargura de mi Corazón y*

sentirás de una manera especial los tormentos de mi Pasión».

Anonadada ante la Majestad Divina y oprimida bajo el peso de sus continuos dolores, Josefa permanece en silencio.

—«*Primero haré de tí una víctima, después una santa* —continúa el Maestro—. *En estos días en que el infierno se abre para tragar tantas almas, quiero que te ofrezcas a mi Padre como víctima para salvar el mayor número posible».*

El DOMINGO 6, Josefa se ha ofrecido para reparar las ofensas de los pecadores; Jesús se le aparece hacia las tres de la tarde en la Capilla.

“Daba compasión; la cara, los brazos, el pecho, los tenía llenos de heridas y de polvo. Mucha sangre le corría por la sagrada cabeza, pero el Corazón ardía como una brasa y estaba hermosísimo.

—«*Estás heridas —dijo— me las causa el desamor de los hombres que, como locos, corren a su perdición».*

“Pero, Señor, ¿cómo tenéis el Corazón tan hermoso y tan encendido? ¿No os lo hieren los pecados del mundo?

Respondió:

—«*Sólo las almas escogidas hieren mi Corazón».*

Estas palabras quedan profundamente grabadas en el alma de Josefa, descubriéndole la pena más íntima de Jesucristo, que más de una vez compartirá con ella. Pero estos días de Carnaval ha de responder ante la justicia de Dios de ese mundo insensato y culpable. Pasa a los pies del Santísimo, expuesto todos los ratos libres y aun en pleno trabajo, su corazón y su pensamiento están constantemente ocupados en desagrar a la Divina Majestad.

El MARTES 8, el mismo Señor acude a reanimar su valor, que ya casi desfallece, bajo el peso de tantos sufrimientos.

—«*Son tantos y tan graves los pecados que se cometen, que si no fuera por el consuelo y el amor de mis escogidos se llenaría la copa de la indignación divina. ¡Cuántas almas se condenan!*»

—“¿Tan grande es, Señor, el número de los pecadores?

—«*Sí, pero un alma fiel repara y obtiene misericordia para muchas ingratas».*

La misión reparadora no es la única confiada por Dios a Josefa. El 9, MIERCOLES de Ceniza, recibe el primer aviso de otro plan divino, que se le irá descubriendo poco a poco.

Durante la Misa, en la que ha participado de la agonía del Maestro, éste se le aparece de pronto, y abriendo su Corazón:

—«Ven —le dice—, entra en mi Corazón y descansa en El, porque tu alma languidece».

“Diciendo El estas palabras, desapareció mi angustia y me pareció que el alma se sumergía en Dios.

Entonces, por primera vez, Jesús le descubre sus planes.

—«El amor que tengo a las almas y muy especialmente a la tuya, es tan grande, que no puedo contener la llama de mi ardiente caridad y a pesar de tu gran indignidad y miseria, me serviré de ti para realizar mis designios».

Y como para sellar la primera llamada de esta misión nueva, para la cual le pide el consentimiento:

—«¿Quieres darme tu corazón?» —le pregunta.

—“Claro que sí, Señor. ¡Y más que el corazón!

“Jesús me lo arrancó, lo tomó y lo acercó al suyo.

“¡Qué pequeñito a su lado! Luego me lo devolvió como una chispa muy encendida. Después, sentía en mí un fuego tan vivo, que me tenía que contener muchísimo para que no se me notara nada.”

Josefa decidió guardar en secreto este favor tan insigne, pero semejante reserva no agradó a Jesús. El JUEVES 10, escribe:

“Tenía remordimientos de no haberlo dicho y cuando Jesús vino se lo conté.

—«¿Qué es lo que más te cuesta?» —me preguntó.

—“Jesús mío, decir estas cosas y escribirlo todo tal como es.

—«Pues mira, Josefa, quiero que lo digas todo. La Madre tiene razón, debes escribir».

Dos días después, 12 DE FEBRERO, vuelve a subrayar la importancia de esta total dependencia.

—«Diselo todo a la Madre» —insiste.

Ella teme que brote en su alma, al contar estas cosas, cierta complacencia secreta. Pero el Señor replica con fuerza:

—«Al contrario, el orgullo está en el silencio; la sencillez y la confianza son humildad. Has de saber que si Yo te mando una cosa y la Madre otra, quiero que la obedezcas a ella antes que a Mí».

Con fecha de este mismo día, SABADO 12 DE FEBRERO, encon-

tramos en un escrito la explicación ingenua de su actitud a cada visita de Nuestro Señor.

“Para obedecerla, Madre, voy a escribir lo que siento siempre que viene Jesús. Lo primero es gran necesidad de humillarme mucho y siempre le pido perdón de todos mis pecados porque me veo muy sucia el alma, y si no fuera por un impulso especial que me lleva hacia El, no podría acercarme ni atreverme a hablar cuando estoy en su divina presencia. Pero un no sé qué me empuja y el alma descansa. Algunas veces no puedo hablar, sólo estoy anonadada, adorándole... pero otras, es como un torrente de consuelos el que siento en mí aunque sea cuando sufro con El; parece que el corazón se dilata, se pierde en Dios. Otras veces es como si dentro de mí tuviese un gran horno; Jesús me hace sentir el fuego de su Corazón. Me hace ver tanto mi pequeñez que me pierdo al ver cómo Jesús, todo un Dios, puede amarme de esta manera, y esto aumenta en mí el deseo de amarle y de ganarle almas. Me da también tanto horror de mí misma que no sé qué haría para destruir mir malas inclinaciones y borrar mis pecados e ingratitudes. Mi alma parece como si quisiera salir de la tierra y, después, me cuesta grande esfuerzo el tener que ocuparme de cosas de la tierra. Si viera usted, Madre, qué pena me da encontrarme otra vez en este pobre cuerpo, pues cuando estoy con Jesús ya creo que es para siempre...”

Más adelante, explica de qué modo se ha acostumbrado a hacerlo todo en unión con Jesús.

“A las doce estaba sirviendo en el refectorio de las niñas, como cada día, y faltaba del primer plato. Fuí a la cocina y no había. Yo no sabía qué hacer y, como siempre tengo costumbre de contárselo todo, le dije: “Jesús mío, no hay comida”. En seguida le ví, hecho un encanto... Estaba delante de la fuentecica, cerca de la cocina, con los brazos abiertos y sonriendo... Yo no sé cómo pude seguir sirviendo, pues estaba tan bueno y tan cielo que me dejó perdida.

“Tengo costumbre de decirle así todo lo que me pasa. Cuando estoy barriendo, si se me cae alguna cosa: Jesús mío, ¿os he despertado con este ruido?... Si se me pierde algo, le digo también: ¡ya no sé dónde he puesto esto, Señor! Vamos a buscarlo. Cuando estoy cansada, también se lo confío. Si tengo mucho trabajo y tengo que hacer muchos viajes porque se me olvidan las cosas, le digo: Vamos, Señor,

nos tenemos que dar prisa hoy, pues es muy tarde y tenemos mucho que hacer; sobre todo los sábados, con los paquetes y los zapatos, para distribuirlos en los dormitorios de las alumnas. A veces no le veo, pero sigo diciéndole las cosas, porque sé que está conmigo. En fin, le cuento todos mis apuros. Hay días en que le digo todo lo que se me ocurre y luego me pesa porque no sé si es falta de respeto, pero no lo creo, porque en mi alma siento un consuelo tan grande que otra vez empiezo con mis historias.

“Muy a menudo llamo a la Virgen, sobre todo cuando estoy cosiendo, le digo: ¡Venid aquí con nosotros, Madre mía!, como está mi Jesús, también podéis estar Vos... .

“Así me paso los días. Todo se lo explico, Madre, lo mejor que sé.”

Esta comunicación íntima y candorosa con el Dueño de su alma, no se trasluce en Josefa, que sigue en todo la vida común y en nada se distingue de las demás Hermanas. Después de haber pasado el postulantado ayudando en la cocina, la destinan a la ropería del Pensionado, donde trabaja con incansable celo, de la mañana a la noche.

Por esta época ocurrió un hecho, pequeño en sí, pero que no podemos pasar en silencio, por encerrar una lección profunda:

“Me hallaba ante el Sagrario en oración y empecé a pedir por mi madre y mis hermanas. Me llegué a entristecer por ellas y pensaba lo que haría si estuviese a su lado... Confieso que, en aquel momento, no contaba bastante con Dios. De pronto se presentó Jesús, con el Corazón abrasado lleno de majestad, y en tono de reprensión me dijo:

—«Tú sola ¿qué podrías hacer por ellas?»

“Y señalándome su Corazón:

—«Fija aquí tu mirada».

“Y se fué.”

El DOMINGO 20 DE FEBRERO, segundo de Cuaresma, escribe:

“Durante la Santa Misa, después de la Consagración, ha venido Jesús hermosísimo:

—«Dime, Josefa, ¿qué me vas a ofrecer por las almas que te he confiado? Colócalo en la llaga de mi Corazón para que reciba un valor infinito».

“Le he dicho que puede tomarlo todo, pues todo es para ellas.

—«Si, pero quiero que me lo enumeres en detalle».

—“Pues, Jesús mío, la Hora Santa, mis penitencias y mortificaciones, lo que sufro con la Corona de espinas, mis deseos, mi trabajo, mis debilidades y miserias, todo cuanto hago y pienso... Todo es por vuestro amor y para salvar almas; aunque, Señor, es muy poco.

“Mientras iba diciendo estas cosas Jesús estaba arrollando un hilo de oro bastante recio y formaba como una madeja. Después ha desaparecido.

“En la Misa de nueve le he visto otra vez, muy encendido el Corazón. Me ha acercado a la llaga y había en el interior dos almas.

—«*Mira... Estas son las almas que esperaba. Ya están en el fondo de mi Corazón*».

“Yo casi no me atrevía a mirar ni a hablar. Y me ha dicho:

—«*No tengas miedo. Hay almas a quienes llamo a gran unión conmigo. Si no corresponden, se alejan y esto hiere mi Corazón. Y me valgo de otras, las más pequeñas y miserables como tú, para atraerlas al grado de perfección en que las quiero*».

Al día siguiente, 21 DE FEBRERO, después de la Comunión, Jesús se le aparece y, “mirándola con inmensa bondad”, le repite sus divinas exigencias.

—«*Te quiero tan olvidada de ti misma y tan abandonada a mi Voluntad, que no te pasaré la más mínima imperfección sin avisarte. Debes tener siempre presente tu nada y mi misericordia. Sabré sacar tesoros de tu humildad: no lo olvides*».

En la mañana de este mismo lunes, mientras recoge y ordena los uniformes, en el dormitorio de las niñas, el Señor se presenta, maniatado y coronado de espinas:

—«*¡Me amas?*» —le pregunta.

“Yo no sé qué le dije... mil cosas, pues bien sabe El que le amo cada vez más.

—«*Quiero, Josefa, que tu sed aumente, que me salves muchas almas, que este deseo te consuma...*».

Los Desigñios del Amor

Del 22 de febrero al 26 de marzo de 1921

“El mundo no conoce la misericordia de mi Corazón. Quiero valerme de ti para darla a conocer”.

(24 de febrero de 1921)

Una nueva llamada, más solemne, va a hacerse oír por segunda vez. El JUEVES, 24 DE FEBRERO, Josefa anota la venida del Maestro durante la oración de la tarde.

—«Mañana ofrecerás a mi Padre todas tus acciones, unidas a la Sangre que derramé en mi Pasión. Procurarás no perder un momento la presencia divina, alegrándote, en cuanto sea posible, de lo que hayas de sufrir. Piensa todo el día en las almas... en los pecadores... Tengo sed... Si, tengo sed de almas».

“Me ofrecí de todo corazón a consolarle y a darle almas. Pero Señor, no olvidéis que soy la más ingrata y miserable de todas.

—«Ya lo sé, pero Yo trabajaré en tí». Y se fué.

“Volví a ofrecerme para cuanto de mí quisiera y comprendí que me había tomado la palabra. Jesús mío, sé que tendréis compasión de mí y me daréis fuerza.

“Cuando fui a la Hora Santa, pensaba en el gran número de pecadores... Pero, señor, mayor es vuestra misericordia. Le ví al instante y con voz muy solemne, como de Rey, me dijo:

—«El mundo no conoce la misericordia de mi Corazón; quiero valerme de ti para darla a conocer».

—“Pero, Dios mío —exclama Josefa sobrecogido de temor ante esta nueva perspectiva—, olvidáis que soy muy flaca y la menor cosilla me hace caer.

—«Te quiero Apóstol de mi bondad y de mi misericordia —insiste Jesús—. Yo te enseñaré, tú olvidate».

“Le pedí por compasión que me dejase sin tantas gracias, pues no sé corresponder a ella, lo que harían, en cambio, otras almas más generosas que yo.”

Jesús pronunció estas solas palabras:

—«¿Olvidas, Josefa, que soy tu Dios?»

Y desapareció.

No se retira, sin embargo más que por breve tiempo. Conoces el fondo de los corazones, sabe que el de Josefa le pertenece por entero, y que estas aparentes resistencias no nacen de mala voluntad, sino de humilde desconfianza de sí misma, a veces un tanto inquieta y excesiva.

A la mañana siguiente, VIERNES 25, durante la Misa, aparece Jesús:

“Me miraba, escribe Josefa; yo le he suplicado que me deje vivir como las demás Hermanas, sin nada extraordinario, porque así no puedo continuar.

—«*Si tú no puedes, Yo puedo*».

—“Pero... es que no quiero —replicó ella llena de turbación.

—«*Lo quiero Yo, Josefa; ¿no te basta?...*»

Y añade con dolor:

—«*¿No me amas?*»

—“Sí, Jesús mío, os amo, pero os pido por caridad que me retiréis estos favores; os haré traición, los desperdiciaré mientras que tantas otras los aprovecharían.

—«*Ama y nada temas. Yo quiero lo que tú no quieres, pero puedo lo que tú no puedes. A ti no te toca elegir. Abandónate*».

¡Cuánto ha de costar a Josefa esta total resignación a la Voluntad Divinal Dios permite, sin duda, esta lucha, larga y terrible para probar con mayor evidencia la autenticidad de su intervención y librar a Josefa de lo que hubiera podido dar pie a sospecha o error. A decir verdad, Josefa, no dejará nunca de temblar ante la misión honrosa y difícil que el Señor le confía, y los tres años que le quedan de vida pasarán entre alternativas de temor y abandono, querido éste por su voluntad, sentido aquél a pesar y en contra de su querer.

Dos días después de esta fecha memorable, Jesús se le aparece en la Capilla y le encarga que transmita un aviso a la Madre Asistente. Pero le cuesta demasiado: Josefa no se decide a obedecer y el tentador entrando por esta brecha vuelve a influir en su alma con más fuerza que nunca.

“Volvió al día siguiente —28 DE FEBRERO— con semblante severo.

—«*Te amo con predilección y he fijado en ti mis ojos con especial complacencia: quería confiar un tesoro a tu miseria... un tesoro para ti y para las almas... pero tú hieres mi Corazón*».

“Dichas estas palabras se fué”.

No es fácil imaginar el dolor de Josefa. Al principio, intenta ocul-

tarlo y el demonio explota su silencio, tratando de convencerla de que ya está perdida sin remedio. Endurece su corazón y le cierra la boca, sumiéndola en un estado de turbación y angustia que ella califica de martirio.

“Oh, Madre, ¡qué martirio! —escribe al fin unos días más tarde— No podía más. Si la fe no me hubiera sostenido, hubiera sido capaz de todo”.

Narra luego, sin omitir detalle, la dura y humillante lucha que ha tenido que sostener y prosigue:

“Por la tarde del 3 de MARZO fui a pedir perdón a la Madre; ya se lo había pedido a Jesús. . . ¡Qué diferente lo veía entonces todo! Sé muy bien que El me perdonará porque conozco su Corazón. Durante la Hora Santa me arrojé a sus pies; no sé lo que le dije, pero desde aquel momento me siento más aliviada, aunque mi alma está dura como una piedra y a ratos me parece como si el Señor me rechazara y me apartara de sí”.

No se da por vencido el enemigo; el 4 DE MARZO, PRIMER VIERNES, intenta todavía un esfuerzo para estorbar la acción divina que ha llenado de paz y de luz el alma de Josefa.

La Hermana ha ido al jardín, a coger flores para la capillita que está a su cargo. De repente y sin causa alguna visible, se siente violentamente empujada y cae sobre una cristalera que se rompe, llenándola de heridas. Algunas personas acuden y a duras penas logran detener la hemorragia, causada por una profunda herida en el brazo. Varios días le queda este brazo sin movimiento, y por obediencia, dicta las notas que no puede escribir.

MIÉRCOLES 9:

“A la mitad de la Adoración vino la Virgen, más buena y compasiva que nunca. . . con los brazos abiertos como una Madre. Le pedí perdón y le dije, con mucha pena, mi deseo de saber si todavía podría consolar a Jesús y ganarle almas; pues —añade— de su perdón no podía dudar, conociendo su Corazón.

—«Sí, hija mía, estás perdonada. Todavía la rabia infernal te tenderá algún lazo; pero ¡ánimo! no caerás».

“Me bendijo y se fué”.

El VIERNES 11, la visita de nuevo la celestial Señora:

“Estaba diciendo a la Virgen lo que deseaba: que Jesús se olvide de todo. Al instante vino bondadosísima, con las manos cruzadas sobre el pecho. Me dijo:

—«*Sí, hija mía, Jesús te ama como antes y quiere que le ganes almas*».

Y aludiendo al brazo herido:

—«*Si el demonio pudiera matarte ya lo habría hecho; pero no tiene poder*».

Faltaba la visita del mismo Jesús, para mostrar a su Elegida que su amor no se muda.

“El 14 de MARZO, lunes de Pasión, cuando volvía yo de comulgar, se presentó Jesús con una mirada penetrante y compasiva como nunca. Esta mirada me impresionó hondamente y me dijo muchas cosas. Me acercó a su Corazón, que brillaba en su pecho hermosísimo y encendido como un ascua. Me hizo descansar en El y escuchar sus latidos:

—«*¡No puedo resistir más a tu miseria!*»

Y después de un instante de silencio:

—«*Recuerda que tu nada es el imán que atrae mis miradas!*»

“Este mismo día por la tarde estaba yo en la Capilla, todavía bajo la impresión de aquella mirada de Jesús... (1); nunca me había mirado así. Creo que con mirarme me hizo ver en un instante todo lo que El ha hecho por mí... y todo lo que yo he hecho por El, devolviéndole por tanto amor, mil ingratitudes. Pero también me decían sus ojos que nada de lo pasado le importaba si me resuelvo a serle fiel, pues El está pronto a demostrarme de nuevo su amor y a concederme mayores gracias... Todo esto lo tenía yo muy presente y no cesaba de pedir perdón, prometiéndole no volver a resistir a sus bondades. Así estaba cuando le vi, muy triste su hermosísimo rostro y oprimido el Corazón.

—«*Mira, Josefa; Yo siempre intercediendo por las almas y perdonando*».

“Me volvió a mirar en silencio. Pero ¡cuánto decía sin hablar! Yo tampoco le decía nada. Pasado un rato me dijo:

—«*¿Sabes lo que Yo he hecho por ti?*»

“Otra vez vi delante de mí todas sus gracias y mis ingratitudes. Le dije, del fondo del alma, que estoy dispuesta a ha-

(1) Es la primera vez que Josefa anota expresamente la fuerza de esta mirada divina.

cer no sólo lo que me mande, sino cuanto yo sepa que le agrada. Entonces vi cómo se transformaba su Corazón: se dilató y encendió y muchas llamas salían de su llaga.

“También el rostro del Señor se puso muy hermoso y resplandeciente. Se acercó a mí, me recostó sobre su pecho y me dijo:

—*«Estos días te haré gustar la amargura de mi Pasión y sentirás de algún modo los ultrajes que recibió mi Corazón. Unida a Mi te ofrecerás a mi Padre, a fin de alcanzar perdón para muchas almas».*

“Después me miró con inmenso amor, llenándome de confianza y se fué.

Pasados estos momentos de debilidad, Josefa no cesa de pedir perdón, es una necesidad imperiosa no sólo para la paz de su conciencia sino para la delicadeza de su corazón; y el de Jesús no sabe resistir a su llamada.

“El 15 de MARZO, fiesta de las Cinco Llagas y Martes de Pasión, acabando de comulgar y pidiendo una vez más perdón a Nuestro Señor, pasó, como un relámpago, por delante de mí y me dijo:

—*«El amor todo lo borra».*

Es ésta, una lección que quiere el Corazón de Jesús grabar profundamente en su alma.

“En esto pensaba aquella misma mañana, contando la ropa de la colada en el desván, y como ahora no deseo más que reparar, pedí al Señor salvar tantas almas como pañuelos contaba. Todo el día seguí ofreciendo mi trabajo para este fin, uniendo mis sufrimientos a su Divino Corazón y a sus méritos”.

Por la tarde, entra Josefa en la Capilla para visitar al Santísimo expuesto. Allí la espera Jesús.

—*«Si te ocupas de mi gloria Yo me ocuparé de ti. Estableceré en ti mi reino de paz y nada podrá turbarla. Fijaré en tu alma mi reino de amor y nadie podrá robarte tu alegría».*

“Luego se me acercó, abrió la herida de su Corazón, me introdujo en ella y vi una larga fila de almas que estaban como en adoración. Entendí que eran aquéllas que yo había pedido a Jesús aquella mañana. Luego que salí de la llaga me recostó sobre su Corazón y me miró, dejándome en gran paz”.

EL JUEVES DE PASION, 17 DE MARZO, es el aniversario de su Primera Comunión. Esta fecha no pasa nunca inadvertida para Josefa.

“Hoy hace 20 años que Jesús me escogió para El. Y nunca he sido tan indigna de su amor...”

Entonces, el pensamiento de tantas gracias, a las cuales le parece corresponde tan poco, la humilla profundamente. Pero en seguida añade:

“Me he decidido a cambiar por completo y apenas formado en mi interior este buen propósito, he visto a Jesús delante de mí, con los brazos abiertos; y con inmensa ternura me ha dicho:

—*«Sí, Josefa, aquel día te llamé y, desde entonces, no te he abandonado ni un momento. Te he cuidado con amor y no me he separado de ti. ¡Cuántas veces hubieras caído a no haberte sostenido Yo! Hoy te digo de nuevo: quiero que seas toda mía... que me correspondas... que me seas fiel. Y a cambio de esta fidelidad, Yo me doy a ti por Esposo y te amaré como a esposa predilecta de mi Corazón. Yo haré todo el trabajo, tú nada tienes que hacer sino amar y abandonarte. No te importe tu nada, ni tu debilidad, ni aun tus caídas. Mi Sangre todo lo borra; bástate a ti saber que te amo. Abandónate».*

EL LUNES SANTO, 21 DE MARZO, después de la comunión, volvió a ver al Señor con aquella figura dolorosa que la llena de confusión y de celo, coronado de espinas, manchado de sangre su divino rostro, en el que se señalan las huellas de salivazos y bofetadas, atadas las manos, y el Corazón manando Sangre por la herida abierta.

“Me miraba —dice— pero no podía decirle nada, porque aun así velada, me imponía la majestad de Dios que en El se traslucía, de modo que sólo podía anonadarme a sus pies. Parecía decirme con sus ojos qué pensaba yo viéndole así. Le pregunté qué haría para aliviarle un poco. Aquellas manos llenas de espinas, como puntas de aguja, me impresionaban. No decía nada... Sólo me miraba... Otras veces miraba al cielo. Al fin me dijo:

—*«Vamos a trabajar. Yo iré contigo».*

“Salí de la Capilla y subí al piso de arriba para hacer la limpieza del dormitorio. Pero estaba llena de confusión, porque le veía delante de mí. Le rogué con mucho respeto que se fuera un ratito,

—*«Por qué quieres que me vaya, Josefa? ¿Crees que no me agradas así?»*

“Seguí, pues, mi trabajo hasta terminar. De vez en cuando me ponía un instante de rodillas y le adoraba y luego vol-

vía a mis limpiezas, pero pidiéndole sin cesar perdón por los pecados del mundo. Le supliqué se desatara las manos, a cambio de una ligera mortificación mía, y se las desató. También vi cómo, según le iba ofreciendo todo lo que hacía, caían las espinas de sus manos, hasta que no quedó ninguna... Luego El me guió al oratorio del Noviciado, donde se transfiguró y se me mostró hermosísimo y lleno de luz, desaparecida la sangre y la corona de espinas. Me miraba; parecía agradecerme aquello poco que le acababa de ofrecer. Me colocó la corona en la cabeza y me dijo:

—*«Ama y abandónate».*

EL MARTES SANTO, 22 DE MARZO, después de la comunión, Jesús aparece con los brazos abiertos. Animada por la inmensa bondad del Señor:

—“Quisiera, Jesús mío, pidiros muchas cosas” —le dije.

—*«¿No sabes lo que está escrito en el Santo Evangelio? Pedid y recibiréis».*

Entonces ella nombra a su madre y a sus hermanas... Pide la gracia de permanecer fiel, le confía la Sociedad tan amada de su Corazón, expresa sus deseos para sus Madres y Hermanas...

“Le pedí también que las casas de Francia pudieran volver a tener escuelas gratuitas. Me escuchaba sonriendo, como Padre lleno de cariño. Yo cada vez sentía más confianza. Le pedí, finalmente, compasión para el mundo entero y que abrasara a las almas en el fuego de su amor.

—*«¡Ah, si conocieran mi Corazón! Esta es mi mayor amargura: que las almas no conozcan la bondad y la misericordia de mi Corazón».*

“Seguí rogándole que encendiera muchas almas en el celo de su gloria, que aumentasen las vocaciones sacerdotales y religiosas en el mundo entero... Luego callé, pero con mi silencio le decía mucho. También El callaba, pero me hablaban sus ojos. Sobre todo sentí una gran confianza. Después me dejó besar las llagas de sus manos y se fué”.

Estas líneas bastan para hacer ver hasta qué punto el celo se había ya apoderado del alma de Josefa. Un celo universal y ardiente, sacado, como quiere la Regla de su Instituto, del Corazón mismo de Jesús. Las almas forman el horizonte de su vida y el tema principal, casi exclusivo, de sus conversaciones con el Maestro.

MIÉRCOLES SANTO, 23 DE MARZO. Durante la oración, mientras ella le pide le explique el sentido de esta expresión: Salvar almas.

“...vino, y después de mirarme con mucho amor me dijo:

—«Hay almas cristianas y muy piadosas, detenidas por un afectillo, un apego, que les impide correr por el camino de la perfección. Si otra alma ofrece sus obras y sacrificios, uniéndolos a mis méritos infinitos, les alcanza que salgan del estado en que están y adelanten en la virtud. Otras viven en la indiferencia o en el pecado; ayudadas del mismo modo, recobran la gracia y se salvan. Otras, y no son pocas, viven obstinadas en el mal y ciegas en su error. Se condenarían, pero las súplicas de un alma fiel consiguen que la gracia toque al fin su corazón. Y si su flaqueza es tan grande que han de volver a caer en su vida de pecado, me las llevo a la eternidad, y así las salvo».

“Le pregunté cómo podría ganarle muchas.

—«Uniendo tus acciones a las mías; ya trabajes, ya descanses, hazlo todo en unión con mi Corazón, hasta el latir del tuyo... ¡Cuánto podrás ganar así!»

Así, en efecto, pasa Josefa el día, añadiendo a lo suyo, la ofrenda de todo lo que se hace en la casa y los trabajos y sacrificios de sus Hermanas:

“Recogedlos, Señor —le dice—, que todo es por Vos”.

Por la tarde, en un momento libre, entra en la Capilla:

“Estaba allí, esperándome, hermosísimo. El Corazón se le salía del pecho, en medio de una inmensa llama.

—«¡Cómo me consuelan mis almas!» —dijo.

“Creo que se refería a las de esta casa”.

—«Esta tarde —añadió— las Hermanas con sus actos han acercado muchas almas a Mí. ¡Cuánto amor recibo aquí!»

VIERNES SANTO 25 DE MARZO. Por primera vez, sigue al Maestro en su dolorosa Pasión.

“Al terminar de barrer, subí a visitar a la Virgen del Noviciado. Apenas había entrado cuando vino Nuestro Señor. Tenía las manos atadas, la corona de espinas en la cabeza y el rostro lleno de sangre y de cardenales. No hizo más que mirarme con profunda tristeza y se fué”.

Poco después, en los sótanos, lo encuentra de nuevo en el mismo doloroso estado; mientras su cuerpo y su alma participan de la agonía del Señor.

“A eso de las tres, otra vez le vi. Me señaló la herida del costado y me dijo:

—«*Mira lo que hizo el amor*».

“La herida se iba abriendo y Jesús prosiguió:

—«*Es por los hombres... Por ti... Ven, acércate y entra*».

“Me hizo entrar y creo que sentí el dolor de los clavos, de las heridas y la angustia de su alma”.

La Madre Dolorosa viene a sellar las gracias de este día, con una de esas palabras en las que se revela su Corazón. Hacia las cinco, Josefa está en el oratorio del Noviciado:

“...sentada a los pies de la Virgen —escribe— sin rezar, sólo pensando en todo lo que había visto durante el día y lo que había sentido en mi corazón. De repente, vi delante de mí a la Virgen Santísima, vestida de color violeta oscuro y un manto muy largo. Llevaba en las manos la corona de espinas, llena de sangre. Me la enseñó diciendo:

—«*En el Calvario, Jesús me dejó a todos los hombres por hijos. Ven, pues eres mi hija. ¿No has experimentado ya hasta qué punto soy tu Madre?*»

“Le pedí permiso para besar la corona y, dándomela, me dijo:

—«*¡Oh! ¡qué recuerdo me dejó mi Hijo al darme las almas!*»

SABADO SANTO, 26 DE MARZO. A la madrugada durante la oración, aparece Jesús resucitado, resplandeciente de claridad. Sus llagas brillan como focos de luz.

—«*¿Sabes cuál es mi fin al concederte tantas gracias?... Quiero hacer de tu corazón un altar, en el cual arda continuamente el fuego de mi amor. Por eso quiero que se purifique y que nada lo toque que pueda mancharlo*».

“Dicho esto se fué. Después bajé a la Capilla para oír Misa. En el momento de comulgar sentí dentro de mí un bienestar de cielo. Vi en mi alma un trono resplandeciente en el que se hallaban tres personas vestidas de blanco: las tres iguales y muy hermosas. Tenían en las manos una cruz muy grande, cubierta de espinas, y colocaban sobre ellas unas rosas blancas. Me parecía estar mi alma en un fuego que no quemaba pero consumía en consuelo. Luego, todo desapareció”.

Este favor, del todo íntimo, se ha de renovar al 5 del próximo ABRIL. Con sencillez que ignora la importancia de gracia tan señalada, intenta Josefa describir algo de lo que experimenta en estos momentos:

“Otras veces, dice, siento la Divina Presencia fuera de mí, y cuando he entrado en el Corazón de Jesús, me he sentido rodeada de El. Pero estas dos veces, en el momento de comulgar, me ha parecido como si, al entrar Jesús, se celebrara una gran fiesta en mi alma y como si, dentro de mí, entrase Nuestro Señor en su palacio. En fin... que no sé qué decir. Y como ya estaba decidida a darme del todo a El, para que haga lo que quiera de mí, fué un verdadero cielo”.

¡Qué violencia no tendría que hacerse a sí misma la humilde hermana para volver, inmediatamente después de estos divinos coloquios, a la tarea que había dejado pendiente! No es fácil apreciar la intensidad de esta lucha interna, tanto más temida cuanto que solía ser la brecha por donde no tardaba en introducirse el enemigo.

* * *

La Oposición de Satanás

Del 27 de Marzo al 31 de Mayo de 1921

“El demonio trabajará con nuevo ardor para hacerte caer, pero mi gracia puede más que su malicia”.

(6 de abril de 1921)

Los meses que siguen a la Cuaresma señalan un recrudescimiento en los esfuerzos del enemigo para derribar a la elegida del Corazón de Jesús.

Nada de extraordinario revela en un principio, su presencia: el tentador explota hábilmente los atractivos y las repugnancias de Josefa ante el camino que Nuestro Señor le va manifestando poco a poco. Mas la fidelidad de este Dueño incomparable y el poder de su Madre Santísima interfieren constantemente para guardarla, perdonarla, volverla a enderezar en el camino ya que más de una vez la traiciona su flaqueza.

Pero no son inútiles estos combates; de ellos aprende la importante lección que a todos ha de transmitirnos: Que el amor posee el secreto de convertir aún nuestras propias miserias en precio de rescate para las almas.

La responsabilidad de los favores divinos en medio del trabajo asiduo de la vida común, objeto de sus constantes atractivos, es muy penosa para la pobre Josefa y, mientras el gran día de Pascua, 27 DE MARZO amanece radiante, ella escribe:

“Esta mañana, en la oración, me he quejado un poco a Nuestro Señor porque, si le atiendo así a El, ¿cómo podré cuidar del empleo? ¡Y hay tantas cosas que hacer! ¡No estaría mejor en un convento de clausura?”

Antes de terminar ya está Jesús delante de ella, reflejando su rostro la tristeza:

—«*¿Por qué te quejas, Josefa? Te he traído a la parte más escogida de mi Corazón. ¡Si supieras lo que es esta Sociedad para mi Corazón!*»

“Esto me dijo con mucho ardor y se fué”.

MIÉRCOLES 6 DE ABRIL. Varios días han pasado, y Josefa, privada de la presencia sensible de Jesús, recuerda con dolor el dejo de tristeza que en su última visita, traslucían su rostro y sus palabras.

“Después de comulgar —escribe el 6— vino Jesús con los brazos extendidos. Le prometí que desde ahora empezaré a amarle de verdad. El no decía nada, como esperando que se lo repitiese. Le pedí perdón y otra vez le dije: Señor, me abandono a Vos. El me miró lleno de bondad y respondió:

—«*Es tanto lo que me agrada un alma cuando se abandona a Mí de verdad, que aunque esté llena de imperfecciones y miserias hago de ella un cielo donde me deleito en morar. Yo mismo te diré lo que me impide trabajar en tu alma para realizar mis designios.*»

Y leyendo, en el interior de Josefa, la inquietud que la consume:

—«*Sí, el demonio trabajará con nuevo ardor para hacerte caer, pero mi gracia puede más que su malicia. Abandónate a Mí, confía en mi Madre y sé humilde y sencilla con la tuya.*»

Josefa comprende la oportunidad de esta recomendación ya que presiente la oposición del demonio. Reza con fervor y renueva la ofrenda de todo su ser.

JUEVES, 7 DE ABRIL. “Le pedí que me enseñara a humillarme y abandonarme como El desea y creo que esta súplica le agradó mucho, pues estando así, hablándole, vino y me contestó:

—«*Puedes humillarte de varias maneras: adorando la Voluntad Divina que, a pesar de tu indignidad, se quiere servir de ti para extender su misericordia. ¡también, dando gracias de que, sin merecerlo, te he colocado en la Sociedad de mi Corazón. No te quejes nunca de esta gracia.*»

“Esta palabra se me clavó en el alma y le rogué no se acordara más de esa ingratitud. Le dije mi pena de haber contrastado su Corazón y mi deseo de reparar”.

—«Me consolarás, Josefa, diciéndome muchas veces: Oh, Corazón Divino, Corazón de mi Esposo, el más tierno, el más delicado, os doy gracias porque a pesar de mi ingratitude habéis querido elegirme para derramar sobre las almas vuestra misericordia».

“Me miró y se fué”.

Aquella misma tarde, se hallaba Josefa en el oratorio de Santa Magdalena Sofía, suplicando con toda el alma a su Santa Madre que no dudase jamás de su deseo de ser verdadera hija suya, cuando de pronto, apareció Jesús y, abriendo el Corazón Divino, convidó a Josefa a entrar en El, diciéndole:

—«Aquí encontrarás el perdón».

SABADO 9 DE ABRIL. La Santísima Virgen, como Madre, vela sobre la inexperiencia de su hija:

—«Lo que más temo —le dice— es que no seas bastante sencilla con la Madre y así no se descubran los lazos del enemigo. No te descuides, Josefa, vigila tus pensamientos, no des entrada a la tentación y si sientes alguna complacencia en ti misma, dilo en seguida y busca la humillación. Esto principalmente te encargo: mucha sencillez; es lo único que te salvará de las astucias del demonio».

LUNES 11 DE ABRIL. Jesús, en la oración de la mañana, completa y acentúa la lección dada por su Madre.

Mientras Josefa repite la oración que el mismo Señor le enseñó:

Vino, —escribe—, y parecía decirme con los ojos que se complacía en oírlo. La repetí una vez más.

—«Cuantas veces repites estas palabras, las escribo en mi Corazón de tal manera, que sean para ti y para las almas una fuente de gracias y misericordia».

“Le pedí que tenga misericordia de mí, pues soy la primera que necesito de su misericordia”

—«Si por tu medio derramo los tesoros de mi bondad, Josefa, ¿qué no haré contigo?»

Después le recuerda la recomendación de su Madre Santísima.

—«Tienes que aprender a decir lo que más te humilla y en la forma que más te cueste. Si no hubiera querido sujetarte a la obediencia te hubiera dejado en el mundo, pero te he traído a la Sociedad de mi Corazón a fin de que no respires sino para obedecer».

No tardará en experimentar la fuerza que comunica la gracia, oculta en la obediencia.

MIÉRCOLES 13 DE ABRIL.

“Recibí carta de mi hermana y sólo pensar que pueda entrar en el Carmelo, dejando sola a mi madre, me turbó muchísimo; yo no hacía más que decir a Jesús que le quiero ser fiel, pero al día siguiente, fué más fuerte la tentación y se lo dije a la Madre, pues sé que siempre me da luz. Entre todo lo que ella me dijo, una cosa se me grabó en el alma: el Corazón Divino ama a mi madre mucho más que yo. Después que medité estas palabras, formé el propósito de abandonarlo todo a Dios. Al otro día, durante la acción de gracias, como conoce lo débil que soy, vino Jesús lleno de bondad y me dijo:

—*«Si todo me lo abandonas, todo lo encontrarás en mi Corazón».*

Con esta invitación a esperarlo todo de El, la prepara el Señor para los días tenebrosos que se avecinan. El VIERNES 22 DE ABRIL, anota cómo el demonio intenta de nuevo quitarle la paz.

“Mi alma se siente atormentada con imaginaciones horribles. Subí al oratorio del Noviciado y supliqué a la Virgen que no me dejase caer. En seguida vino, muy maternal, y me dijo:

—*«Hija mía, quiero enseñarte una lección de gran provecho. El demonio es como un perro furioso, pero está atado; es decir, que sólo tiene cierta libertad. No puede devorar sino a quien se acerca a él. Pero su astucia es tal, que cuando quiere alcanzar una presa, se presenta como un manso cordero. Esto es la mayor parte de las veces. El alma, sin darse cuenta, va, paso a paso, acercándose y cuando ya está a su alcance, descubre el demonio su malicia. No te descuides, hija, sobre todo cuando le creas tejos. Sus pasos son muy silenciosos, para no ser oído y sorprenderte».*

“Me dió su bendición y desapareció”.

La tentación se acerca y Josefa va a aprender por experiencia lo que es el poder del infierno, aun cuando el Señor no le deja sino una libertad muy limitada.

“Dos o tres días después me sentí muy sola y me quedé

en gran sequedad. Sentí toda la furia del diablo que me quería cegar, poniéndome pensamientos en contra de mi vocación.

“Así he sufrido mucho hasta el SABADO 7 DE MAYO, pues estaba muy tentada, aunque no cesaba de pedir socorro a Jesús y a la Virgen.

Por la tarde fui a la Capilla para hacer la adoración con todas, y para ver si encontraba algo de luz. Me puse a leer en el cuaderno las palabras de Nuestro Señor, pero en vez de tranquilizarme me turbé más, pensando que todas estas gracias han de ser para mi condenación. Me esforcé como pude para decir mi ofrenda, pero en seguida sentí como que me pegaban; salí de la Capilla para dejar el cuaderno, y si la Madre Asistente estaba en su cuarto, decirle todo lo que me pasaba. Pero cuando llegué al fondo del claustro de San Bernardo, sentí que me tiraban del brazo y me arrastraban para entrar en la cocina, viniéndome la idea de quemar el cuaderno. Fui a echarlo al fuego pero no pude retirar la marmita. Una Madre que me vió, me dijo que lo echara al cajón de la leña y que lo quemarían después”.

En efecto: Josefa se acerca al cajón y, después de estrujarlo entre sus manos, arroja allí el cuaderno. Sin darse cuenta de lo que ha hecho —tan grande es la obsesión del enemigo— vuelve a reanudar su trabajo. Pero, poco a poco, va recobrando conciencia de sí misma y se llena de espanto ¿qué pasará si el cuaderno, que encierra los secretos divinos, cae en manos de cualquier persona y se rompe el sigilo, querido expresamente por Dios?

“Así como otras veces pierdo confianza y me entra una especie de desesperación, esta vez no. Pedí, con mucha fe, alivio y sobre todo perdón. En seguida fui a la cocina a recoger mi tesoro pues, como ya era tarde, pensé que no lo habrían quemado. Pero ya no estaba en el cajón y, sin saber qué hacer, me eché en brazos de la Virgen, pidiéndole que se encargara Ella del cuaderno”.

El día siguiente, Domingo, parece interminable a la pobre Josefa. No se atreve a descubrir su falta a la Madre Asistente, y busca sin hallarlas, razones que justifiquen su silencio. Pero, llegada la noche, el peso de su inquietud es tal, que acaba por confesárselo todo.

“Cuando la vi tan apurada —escribe— pedí mucho a la Virgen que la tranquilizara y que pusiera el cuaderno en sus manos. Yo esperaba con gran confianza, no por mí sino por ella”.

¿Cómo podía la Virgen permanecer sorda a esta seguridad tan filial?

“EI LUNES, 9 DE MAYO, estaba barriendo el corredor y pensando en el cuaderno y que ya no lo encontraría. Ya entonces, había perdido la esperanza”.

De pronto oye una voz clara que le dice:

—«*Ve a la cocina, allí lo encontrarás*».

“Yo no quería fiar de lo que oía y seguí barriendo y pensando que ya empezaba a perder la cabeza. Pero por segunda vez oí las mismas palabras. Subí a la Virgen del Noviciado y las oí de nuevo:

—«*Ve a la cocina, allí lo encontrarás*».

Apresuradamente, baja la escalera, entra en la cocina y allí mismo, en el cajón de la leña, encuentra el cuaderno, envuelto con cuidado en un hoja de papel muy blanco. ¡Con qué emoción lo recoge Josefal! No sabe cómo mostrar su gratitud al Señor y a la Santísima Virgen, confundida por tanta bondad.

VIERNES 13 DE MAYO. Durante la Adoración, Jesús se le aparece, con los brazos abiertos, como quien la espera.

“En seguida le pedí perdón y me dijo:

—«*Déjalo... Eso lo borra mi Corazón... y no te desalientes, porque en tu fragilidad resplandece más mi misericordia*».

Ella, entonces, le ruega que no se canse de su debilidad ni de sus mismas caídas.

—«*Mi corazón nunca niega el perdón al alma que se humilla y, sobre todo, entiéndelo bien, Josefal, si lo pide con verdadera confianza. Yo haré un gran edificio sobre la nada, es decir, sobre tu humildad, tu abandono y tu amor*».

SABADO 14 DE MAYO. La Virgen debía clausurar esta semana de sufrimientos como Madre de gracia y de misericordia. Aparece a Josefa mientras está haciendo el Viacrucis. Más hermosa que nunca, su rostro y su túnica resplandecen con suavísima luz plateada. Viene a anunciarle la llegada al cielo de un alma, por quien había pedido a Josefa muchos días de oración y de sufrimiento.

“Cuando ya se quería marchar le di, una vez más, las gracias por lo del cuaderno”.

—«*¿Qué querías hacer con él?*»

“Yo sentí pena y vergüenza de confesar la verdad pero dije: Pues lo iba a quemar, Madre mía”.

—«*Yo fui la que te lo impedí, continuó la Virgen. Cuando Jesús pronuncia una palabra, el cielo entero le escucha con admiración*».

Josefa que va comprendiendo cada vez mejor el precio de las palabras salidas de los labios del Divino Maestro, no sabe cómo expresar su dolor.

“Yo le pedí perdón y le di las gracias por no haber dejado que se perdiese”.

—«*Cuando tú lo tiraste, Yo lo recogí, pues sólo dejo en la tierra las palabras de mi Hijo para bien de las almas. Y si no, me las llevo al cielo*».

El amor y el agradecimiento de Josefa hacia su Madre Santísima, han crecido más aún con el triste episodio del cuaderno.

“EI MARTES, 17 DE MAYO pensaba en lo que me ama y en la ternura que tiene por mí”.

—«*¿Cómo no te he de amar, hija mía? —responde la Señora, apareciendo al instante—; por todas las almas ha derramado mi Hijo su sangre. Todas son mis hijas. Pero cuando Jesús fija los ojos en un alma. Yo pongo en ella el Corazón*».

MIÉRCOLES, 18 DE MAYO “Después de comulgar, no sé que sentía en el alma, pero era tanta la paz que no pude menos de decir: Sí, yo sé que estáis aquí, Jesús, encanto mío; lo conozco. Sin poder terminar, lo vi delante de mí. Estaba hermosísimo. Abiertas las manos y en el rostro una expresión de indecible ternura; el Corazón parecía querer saltar del pecho y toda su persona se veía como si estuviera llena de fuego interiormente, lo que hace que su túnica despida un vivo resplandor”.

—«*Sí, estoy aquí, Josefa*» —me dijo.

“Yo en estos momentos, me siento como fuera de mí, así que le digo locuras. Luego, cuando me doy cuenta, le pido perdón y le cuento todas mis miserias, mis pecados y mis apuros.

—«*Si tú eres un abismo de miseria, Yo soy un abismo de bondad y misericordia*».

Y tendiéndole los brazos añade:

—«*Mi Corazón es tu refugio*».

Así termina, en una efusión de misericordia, la historia del cuaderno de Sor Josefa. Todavía intentará el demonio, por diversos medios, destruir los escritos donde están estampados los mensajes del Corazón Divino: pero no lo conseguirá.

MIÉRCOLES 25 DE MAYO. Fiesta de Santa Magdalena / Sofía que en 1921 no estaba aún canonizada. Por primera vez, Josefa la verá intervenir en su vida, con la nota de maternal solicitud y amor al Corazón de Jesús, que caracterizaron siempre a la Santa Fundadora.

“Hoy, como era la fiesta de nuestra Beata Madre, pasé muchas veces por su celda para decirle algo y una de las veces que entré, con el delantal puesto y de pie, sólo le dije estas palabras: Madre mía: de nuevo vengo a pedirnos que me hagáis muy humilde, para que sea de veras vuestra hija. Lo dije en alta voz, porque no había nadie en la celda y al instante, vi una Madre que me cogió la cabeza y estrechándola con mucho cariño me dijo:

—*«Hija mía, arroja todas tus miserias en el Corazón de Jesús, ama al Corazón de Jesús, descansa en el Corazón de Jesús, sé fiel al Corazón de Jesús».*

“Le besé la mano, ella me bendijo con sus dos dedos en la frente y desapareció”.

A esta primera aparición seguirán otras muchas. A lo largo de aquellos claustros, tantas veces recorridos por la Santa Madre, en la celda donde vivió, junto al Sagrario ante el cual oró, se aparecerá con frecuencia a aquella hija privilegiada, con la misma fisonomía viva y ardiente que todavía recordaban entonces algunas contemporáneas, iluminada ya con celestiales resplandores. Josefa le hablará con la misma sencillez y confianza con que habla a sus Madres de la tierra, escuchará sus recomendaciones, recogerá sus consejos, y le confiará sus dificultades; y sentirá una seguridad nueva y más firme, bajo su vigilancia maternal.

Jesús, sin embargo, que quiere enseñarle la humildad con la experiencia de su propia flaqueza, no la libra enteramente de sus miserias. Parece complacerse, por el contrario, en sentirla anonadada y confusa a sus pies para tener ocasión de recordarle la bondad de su amor. Las comparaciones más sencillas sirven al Maestro Divino para inculcar, en el corazón de su discípula, la lección de su Corazón.

JUEVES 26 DE MAYO. Fiesta del Corpus.

“Rogaba yo al Señor que me diese la fuerza de vencerme, pues no sé todavía humillarme como El quisiera.

—*«No te apures, Josefa; si llenas un vaso de agua y echas en él una piedrecita, saldrá un poco de agua. Echás otras y sale un poco más. Pues así, a medida que Yo voy entrando en tu alma te vas desocupando de ti, pero esto se hará poco a poco».*

Y el DOMINGO 29, respondiendo a los temores, nunca del todo extinguidos en Josefa:

—«*¿Por qué temes? Yo sé lo que eres; pero te lo repito una vez más: no me importa tu miseria. Para que el niño aprenda a andar, lo lleva su madre de la mano; después le deja, pero le sigue, tendiéndole los brazos para que no caiga. ... Dile a la Madre que cuanto más débil es un alma, más cuidados necesita, y ¿quién más débil que tú?*

“Entonces me ha hecho descansar sobre su Corazón y me ha dicho en un tono de bondad y ternura de Padre que nunca en tanto grado le oí:

—«*Mi Corazón encuentra consuelo perdonando. No tengo más deseo que perdonar ni mayor alegría que perdonar. Cuando, después de una caída, un alma vuelve a Mí, es tan grande el consuelo que me da, que casi resulta para ella un beneficio, porque la miro con particular amor*».

“Luego me ha dicho:

—«*No tengas miedo. Yo sé cómo eres y porque eres miseria me quiero servir de ti. Yo suplo lo que te falta: déjame, que Yo obraré en tí*».

Tal es el intercambio continuo, de Misericordia por una parte, de amor generoso y humilde por otra, que se repite a cada página de la vida de Sor Josefa, y que parece ser en ella la lección fundamental del Divino Maestro. Pero su complemento es otra cosa: que hasta la propia miseria puede y debe servir para la salvación de las almas.

IV

LAS EMPRESAS DEL AMOR

— o O o —

Tres Almas Sacerdotales . . .

Un Pecador . . . Dos Almas Escogidas

Junio y Julio de 1921

“¿Me quieres consolar?”
(14 de junio de 1921)

“Unos días antes de la fiesta del Sagrado Corazón, no recuerdo la fecha —escribe Josefa— vino Jesús, con el Corazón muy llagado. Tenía en él clavados como tres cuchillos, de cuyas heridas salía mucha sangre.

—«*Mira lo que deseo que hagas para la fiesta de mi Corazón*».

Y como ella le manifiesta el dolor que siente al contemplar el suyo:

—«*Los que así martirizan mi Corazón, son tres sacerdotes. Ofrece cuanto hagas por ellos*».

“Como me veo tan pobre, se lo dije a Jesús, a fin de que El supla lo que me falta; y con mucha bondad me contestó:

—«*Cuanto mayor sea tu miseria, más te levantará mi poder. Te enriqueceré con mis dones. Si me eres fiel tendré en tu alma una morada donde guarecerme, cuando las almas me arrojen de sí por el pecado. Yo descansaré en ti y tú hallarás en Mi la vida. Todo lo que necesites ven a buscarlo en mi Corazón, incluso lo que Yo te pido. Ten confianza y amor*».

Desde este día hasta la fiesta del Sagrado Corazón, Josefa se vió oprimida por múltiples y agudos dolores, físicos y morales, que ella ofrecía por la intención recomendada.

VIERNES 3 DE JUNIO.

“En la oración, me abrió su Corazón Divino para que entrase en él.

—*«Entra aquí y sigue pidiendo cuanto necesites».*

“Allí descansé, pues no podía más . . . Luego Jesús ha seguido a mi lado, muy hermoso y parecía lleno de alegría. Le pregunté por los tres sacerdotes.

—*«Pide . . . Todavía no han vuelto a Mí . . . Pero no están muy lejos».*

Embelesada por su radiante belleza, Josefa le habla de la fiesta del día que, según piensa, ha de darle mucha gloria.

“Al decir esto se encendió tanto su Corazón que nunca lo había visto así”.

—*«Si; hoy es el día del Amor. Hoy, mis almas me roban el Corazón. Lo que me da más gloria, lo que más me consuela es que estas almas, a quienes tanto amo, vengan a pedir fuerza y remedio a mi Corazón, que no desea más que enriquecerlas».*

“Se quedó conmigo casi hasta terminar la oración y le seguí viendo hasta después de la elevación de la misa”.

En este día, las Religiosas del Sagrado Corazón renuevan todas los Votos solemnemente, ante la Sagrada Hostia, en el momento de la Comuni6n.

Josefa, todavía novicia, escucha emocionada la fórmula que sus Madres y Hermanas van repitiendo, con devoción intensa.

“¡Qué feliz soy en mi amada Sociedad! . . .

“De repente he visto al Corazón de Jesús, sin ver su persona adorable; estaba como sumergido en fuego. . . Luego, como si se corrieran unas nubecillas, ha aparecido Jesús. ¡Estaba encantador! No sé lo que le he dicho.

“ . . . Señor, ¿cómo agradecer lo que hacéis por mí?

—*«Te lo voy a decir, Josefa: toma este Corazón y ofrécelo a Dios. Con El, puedes pagar todas tus deudas. Ya sabes ahora lo que me he propuesto al traerte aquí. Deseo que correspondas a mis planes por tu docilidad y tu abandono. Deja obrar a mi amor, que no quiere otra cosa que rodearte y consumirte. El amor te despojará de ti misma. . . No te dejará pensar más que en mi gloria y en las almas».*

Y con amorosa insistencia añade:

—*«Ahora pídemelo. . . Dime qué quieres, pídemelo».*

“Le he pedido todo lo que deseo. . . En primer lugar, por la Sociedad, como es natural, y al mismo tiempo, le ofrecía todos los actos de renovación por los tres sacerdotes infieles. . . Todo el día he rogado por ellos. No sé cuantas veces he repetido: Señor, me decís que hoy las almas os roban el Corazón y arrebatan las gracias, ¿y no vamos a poder ganar estas tres almas?

“¡Oh! ¡Dejáos ablandar, Señor!”.

Hacia las tres de la tarde, Josefa sube al Noviciado. Al pasar por delante de la tribuna, entra una vez más. . .

“Para llamar —dice— a la puerta de su Corazón, hasta que no pueda ya resistir a nuestros ruegos. Ha venido en seguida y me ha dicho, como si no se hubiera enterado:

—«¿Qué quieres? *Dimelo*».

—Pero, Jesús mío, ¿no lo sabéis?. . . ¿Y esos tres sacerdotes?. . . Si yo os los pido, es porque Vos los deseáis. . . Y sólo Vos lo podéis.

Entonces, con solemne majestad, templada de divina alegría, Jesús dice mostrando su Corazón:

—«*Josefa. . . ya están en mi Corazón*».

Y con intensa emoción añade:

—«*Si no hubieran sido fieles a la gracia, serían responsables de la pérdida de muchas almas*».

Muda Josefa por la admiración y el gozo, sigue escuchando al Maestro:

—«*Reza cada día esta invocación: Jesús mío, por vuestro Corazón amantísimo, os suplico inflaméis en el celo de vuestro amor y de vuestra gloria a todos los sacerdotes del mundo, a todos los misioneros, a todas las personas encargadas de predicar vuestra divina palabra, para que, encendidas en santo celo, os conquisten las almas y las conduzcan al asilo de vuestro Corazón, donde os glorifiquen sin cesar*».

“En lugar de las espinas, una corona de rosas muy encarnadas rodeaba su Corazón. Todo El estaba hermosísimo, su rostro respiraba bondad y ternura, pero sobre todo el Corazón resplandecía como un ascua ardiente”.

El recuerdo de esta fiesta del Sagrado Corazón no se borrará jamás de su memoria. Ha saboreado en ella el gozo infinito del Corazón de Jesús, cuando sus sacerdotes le dan en toda su plenitud el amor que de

ellos espera. Desde ahora, repetirá constantemente la oración que el mismo Salvador le ha enseñado, y esta intención será la primera y principal, en la total entrega de su vida.

SABADO, 11 DE JUNIO. "Estaba yo muy apurada, porque temía que se enterasen de estas cosas, cuando vino el Señor. Le dije lo que me pasaba y con ternura inexplicable me contestó:

—«*Recuerda mis palabras y ten fe. El único deseo de mi Corazón es aprisionarte y anegarte en mi amor, hacer de tu pequeñez y flaqueza un canal de misericordia para muchas almas que, por tu medio, se salvarán. Más tarde te descubriré los secretos amorosos de mi Corazón y esto servirá para hacer mucho bien a un gran número de almas. Deseo que escribas y guardes cuanto Yo te diga. Todo se leerá cuando estés en el Cielo. Quiero servirme de ti, no por tus méritos, sino para que se vea cómo mi poder se sirve de instrumentos débiles y miserables*».

"Le pregunté si tenía que decir aun esto a las Madres.

—«*Escribelo y se leerá después de tu muerte*».

Así sucedió: pues este escrito permaneció secreto hasta después de la muerte de Sor Josefa. Toda su misión está sintetizada en él.

El demonio, que la presiente, no cesa en su empeño de estorbarla, y multiplica las tentaciones. Pero ahí está la Virgen, la vencedora de la serpiente, para defender a su hija.

"Le conté lo que me pasaba —escribe Josefa el LUNES 13 DE JUNIO— pero no la esperaba... Vino en seguida, tan buena y tan Madre.

—«*Mira, hija: no hagas caso de lo que sientes y créeme: cuanto mayor sea la repugnancia, más mereces delante de mi Hijo. Librate de estas tres cosas que es por donde el enemigo de las almas te quiere hacer caer:*

1º *No te dejes llevar de los escrúpulos que te presenta, para que dejes la comunión.*

2º *Cuando mi Hijo te pide un acto de humildad o de cualquier otra cosa, hazlo con mucho amor, diciendo muchas veces: Jesús mío, veis lo que me cuesta, pero antes que yo sois Vos.*

3º *Si el enemigo te sugiere que la confianza con la Madre te resta del cariño que debes a Jesús, no le hagas caso. Mira que si logra engañarte en este punto, te habrá ganado.*

Abre tu alma y ama sin miedo. Dile con toda sencillez lo que te turba, lo que temes, lo que piensas.

Jesús tenía a su Eterno Padre, pero quiso amar en la tierra a los que hacían sus veces, y su Corazón se alegra cuando eres con las Madres abierta y sencilla. . . Y, otra vez te lo encargo para que no se te olvide: no pierdas nunca una comunión».

¡Cómo brillan en estos consejos la prudencia y maternal delicadeza de la discretísima Virgen! Siguiéndolos al pie de la letra, llegará Josefa a ser en las manos divinas, instrumento dócil y manejable, para realizar su misión.

MARTES, 14 DE JUNIO. "Vino Jesús, muy hermoso, durante la adoración. Traía en la mano una corona de espinas, y con mucha bondad, me preguntó:

—«*¿Me quieres consolar?*»

"Yo le dije que sí, como es natural. Y El añadió:

—«*Si me quieres consolar, has de trabajar para acercar a mi Corazón un alma muy querida. Forma desde ahora la intención y ofrece todas tus obras. Besa el suelo para adorar mi sangre pisoteada y ultrajada por esta alma a quien tanto amo. Luego te diré algo más que puedes hacer por ella, si la Madre lo permite. No te impediré en nada la observancia de la Regla».*

Este cuidado admirable del Señor por la observancia regular la mantiene segura, sin desviación, en su camino.

—«*¿Te ha dicho que sí la Madre?* pregunta el Señor a la mañana siguiente, después de la comunicación».

—"Ya sabéis, Señor, que la Madre no quiere más que daros gusto.

—«*Lo sé muy bien, pero tú adquieres doble mérito sujetándote a la voluntad de tu Superiora, más que si hicieras lo que Yo te mando sin su permiso».*

Entonces traza detalladamente este programa:

—«*Cuando despiertes, entra en seguida en mi Corazón y ofrece a mi Eterno Padre todas las acciones de este nuevo día, unidas a las palpitaciones de mi Corazón. Une tus movimientos a los míos, es decir, como si ya no fueses tú, sino Yo el*

que obrase en ti. Durante la Misa, presenta a mi Eterno Padre esta alma que quiero salvar, para que El derrame sobre ella la Sangre de la Víctima que se está inmolando. Cuando comulgues, puedes ofrecer todo el valor que tienes a tu disposición, para satisfacer su deuda. Durante la oración, colócate a mi lado en Getsemani y participa de mi angustia, ofreciéndote al Padre como víctima, dispuesta a sufrir todas las penas de que eres capaz. Cuando tomes el alimento, haz cuenta que a Mi me das ese refrigerio; y así, en todo aquello en que puedas encontrar alguna satisfacción.

No te separes un momento de mi lado. Besa muchas veces el suelo. No dejes ningún día el Viacrucis. Si te necesito, ya te lo diré. Hazlo todo con mucha sumisión, viendo en todo mi voluntad. Humíllate hasta el polvo, pero a la humildad añade la confianza y el amor. Hazlo todo por amor, mirando siempre lo que por amor he sufrido por las almas.

Durante la noche, puedes descansar en mi Corazón. El recogerá los latidos del tuyo como otros tantos deseos de amarme y consolarme... Así podrás acercar a Mi esta pobre alma, que tanto me hace sufrir».

“Le dije que si algo no lo hago como El desea, que me perdone, porque mi intención es buena, pero mi flaqueza es muy grande”.

“Por la tarde, en la Capilla, vino con las manos y los pies lastimados, y mirando al Cielo decía:

—«Ofrece, por esta alma, la Víctima Divina al Eterno Padre... Ofrece la Sangre de mi Corazón».

“Estas palabras las repitió tres veces. Le dije que deseo consolarle mucho y hacerlo todo según me ha mandado.

—«No te apures, para eso tienes mi Corazón».

Jesús la asocia a su ofrenda y sufrimientos y Josefa aprende, con dolores y agonías que duran varias semanas, el precio del rescate de un alma.

VIERNES 17 DE JUNIO. Josefa pregunta al Señor si le consolaría un acto costoso que, en secreto, le comunica. Y como El le manifiesta una gran alegría:

“¿Por qué no me lo habéis pedido, Jesús mío, y antes lo hubiera hecho?

—«Josefa, si tu Padre tiene sed y te pide de beber, mucho agradecerá el vaso de agua que le des. Pero si no te lo pide

y tu, pensando que está sediento, le ofreces este alivio, ¡qué contento se pondrá al ver que su hija anda buscando cómo y con qué podrá darle gusto! Ya te he enseñado otras veces que todo lo que hagas por mi amor, por pequeño que sea, me dará muchísimo consuelo y será de gran valor para tí y para las almas. . . Ahora, dame tu corazón; quiero descansar en él. Cuando desee otra cosa te la pediré. . . Dime que me amas por las almas que me ofenden».

El sufrimiento generosamente aceptado, será la expresión más sincera de este amor. Desde hace algunos días, a sus dolores habituales se añade un violento dolor de costado, que los médicos no saben ni diagnosticar ni aliviar. En medio de los ahogos que le produce, la pobre Hermana piensa que no podrá perseverar por falta de salud, y esta idea la sume en mortal angustia. Acude entonces a su Madre del Cielo y le confía su preocupación.

LUNES, 20 DE JUNIO. "Estaba rezando en el oratorio del Noviciado, cuando vino la Señora y me dijo con gran cariño:

—«No te preocupes, hija mía, y di también a la Madre que no se apure. Este dolor que sientes es una centella del Corazón de mi Hijo. Cuando lo sientas muy fuerte, cuida de ofrecerlo con mucho amor, porque eso quiere decir que un alma hiere a Jesús en aquel momento. No tengas miedo de sufrir: es un tesoro para tí y para las almas».

"Me dió su bendición y se fué".

"Aquella noche, en el refectorio, mientras ofrecía a Jesús el alimento conforme me había enseñado El mismo, vino y con voz muy triste, me dijo:

—«Sí. . . Dame de comer, que tengo hambre. . . Dame de beber, que tengo sed. . . Ya sabes tú de qué tengo hambre y sed. . . Es de almas, de esas almas que tanto quiero. ¡Dame de beber!»

"Así estuvo todo el tiempo de la cena. Después me dijo:

—«Ven conmigo, no me dejes solo».

MARTES 21 DE JUNIO. después de la Comunión:

—«Ofrécelo todo a mi Eterno Padre en unión con mis sufrimientos. Todos los días te haré pasar tres horas en la agonía y desamparo que Yo padecí en la cruz, lo que será de gran provecho para esta alma».

Josefa, no vacila en aceptar. Su alma enamorada teme más los favores que los sufrimientos: el Señor lo sabe y cuenta con su amor generoso y valiente para la salvación de las almas.

JUEVES 23 DE JUNIO. Se le aparece de nuevo durante la Misa:

—«*Quiero que hoy pidas permiso para hacer la Hora Santa; presentarás entonces a mi Eterno Padre el alma de este pecador. Recuérdale la agonía que por él padecí en Getsemani. Ofrecele mi Corazón y une tus sufrimientos a los míos... Di a la Madre que estos sufrimientos no son nada en comparación del gozo que me dará esta alma, cuando, arrepentida, se acerque a mi Corazón*».

“Esta noche, escribe Josefa, me desperté con la fuerza del dolor y poco después vino Jesús, coronado de espinas.

—«*Vengo para que suframos juntos*».

“Se puso en actitud de orar, juntas las manos y mirando al cielo; así estuvo un buen rato. ¡Si viera, Madre, qué hermoso está! ¡Qué bella es la expresión de su rostro lleno de tristeza! Una luz celestial se refleja en toda su persona...”.

Pasan los días; Josefa apunta fielmente las frecuentes visitas del Maestro siempre sediento... Siempre esperando. Asiste, paso a paso, a la solicitud infatigable del Buen Pastor en busca de la oveja perdida.

MARTES 28 DE JUNIO. Jesús se presenta a Josefa mientras está trabajando. En seguida le pregunta ella por el pecador. Mas el Señor, que exige de su confidente con la colaboración generosa, el más completo desinterés, contesta:

—«*Escucha lo que voy a decirte: ¿quieres darme gusto? Pues no te ocupes más que de sufrir y hacer todo lo que Yo te mande, sin querer saber cómo ni cuándo*».

MIÉRCOLES, 29 DE JUNIO. “Antes de acostarme, le dije a Jesús que estoy siempre a su disposición; serían las once cuando me desperté, pues me sentía abrasada tan fuertemente que no lo sé explicar, y si quería moverme para encontrar algún alivio, el fuego me abrasaba más. Así he pasado hasta las dos, hora en que de repente, vino la Virgen. Traía un lienzo blanco, lo puso sobre la cama y al punto desapareció todo el dolor. Luego se colocó a los pies de la cama y me miraba, muy triste. Como no me decía nada empecé a pedirle por esa alma y le dije que rogase a Jesús la aparte de las ocasiones y le dé fuerza para volver al buen camino. Entonces la Virgen lloró y dijo:

—«*¿Cómo ha caído!... Se ha dejado engañar... pero*

¡ánimo! haz lo que mi Hijo te diga y pídele te dé a sufrir lo que esta alma merece por sus pecados. No temas sufrir, hija mía; nunca te faltará la fuerza, y cuando no puedas más, Yo te aliviaré y te daré aliento para ir adelante. Soy refugio de pecadores: éste no se perderá».

JUEVES 30 DE JUNIO. Después de la comunión, Jesús muestra a Josefa las llagas de sus manos y de sus pies y le enseña a contemplar "a través de las llagas visibles la herida invisible del amor" (1).

—*«Mira mis llagas, adóralas... Bésalas. No son las almas, no, que me han puesto en este estado... es el Amor».*

Y como ella le contempla en silencio:

—*«Es el amor de predilección que tengo a mis almas... y el amor compasivo que siento por los pecadores. ¡Si ellos lo supieran!... La mayor recompensa que puedo dar a un alma es hacerla víctima de mi amor y de mi misericordia, porque la hago semejante a Mí que soy Víctima Divina por los pecadores».*

"Estaba triste, pero la misma tristeza le da una nueva hermosura; yo no lo sé decir, porque todo es un encanto en El. Sus ojos los fija en el cielo, y cuando los baja para mirarme, están como llorosos, pero creo que no es de tristeza sino de amor y ternura. Traía sus manos con las llagas recientes como también los pies. El mismo me las da a besar. Creo que esto le consuela. Desde que me ha encargado de esta alma, no se acerca a mí como antes ni tampoco la Virgen, lo que me hace sufrir mucho... Pero ahora siento un gusto especial en sufrir, desde hace cosa de quince o veinte días. Antes todo me daba miedo; cuando Jesús me decía que me había escogido como víctima, no sé decir lo que pasaba por mi alma, una especie de angustia que me llenaba de miedo... Ahora todo lo contrario. Sufro muchísimo y no lo podría soportar si Jesús no me sostuviera, porque no tengo un solo miembro que no padezca. Pero todavía sufro más en el alma, porque desearía sufrir más. Lo que sí noto muy bien, es la resistencia de la parte natural, pues cuando empiezo a sentir dolor, me entra mucho temblor y siento deseo como de rebelarme. Pero en la voluntad siento una fuerza que acepta, que quiere y que desea, si es posible, más todavía.

Tanto, que si en el momento en que más sufro me diera a escoger entre ir al Cielo o seguir padeciendo, quiero mucho

(1) San Bernardo.

más permanecer así para consolar a mi Dios, aunque yo me consuma. En fin, comprendo que Jesús ha obrado en mí una transformación muy grande y que El cuida de mí con gran ternura, lo que me hace deshacerme en amor y agradecimiento”.

1º DE JULIO, fiesta de la Preciosísima Sangre y Primer Viernes. La Santísima Virgen acude para recordar a su hija el valor de la Sangre Divina que ella ha de utilizar en favor de aquel pecador.

—«Adora la Sangre Divina de Jesús, hija, y pide con gran fervor que se derrame sobre esta alma para que la ablande, la perdone y la purifique. . . y desde las seis a las seis y media invoca muchas veces a su ángel de la guarda y ruega mucho por ella».

SABADO 2 DE JULIO. Por la tarde, aparece Jesús, desgarrados los pies y las manos, como los días anteriores.

“Su rostro estaba hermosísimo y, sobre todo, el Corazón ¡Cuánto sufro de no poder acercarme a él! Y hoy, no me ha permitido que le bese las manos ni los pies. Sólo me ha preguntado”:

—«¿Estás dispuesta a consolarme?»

“Me miraba de un modo que no sé explicar, porque sus ojos me dan a entender muchas cosas y luego me ha dicho:

—«Tú me quitas la sed, Josefa. . . tú me das de beber. Esta noche pasarás tres horas sumida en mi cruel agonía. Ahora, ofréctete a mi Padre para que descargue sobre ti su justo enojo».

“Después de estar un rato callado, con las manos juntas, mirando al cielo, desapareció”.

Todos los días le recuerda el Señor su misión de cooperadora en la salvación de las almas.

—«Une sin cesar tus actos a los míos y sigue ofreciendo a mi Padre la Víctima Divina. . . su Sangre; no olvides que eres víctima de mi Corazón».

VIERNES 8 DE JULIO. Le confía otras dos almas, diciendo.

—«Mira cómo traspasan mi Corazón. . . Cómo desgarran mis manos».

“Volvió durante la adoración:

—«Mira mi Corazón; es todo Amor y ternura. . . Pero hay almas que no lo conocen».

“Después me dijo:

«Vendré con mucha frecuencia, hasta que estas almas vuelvan a Mi. Cuando sufres, descanso, y mi Corazón goza cuando se comunica. No temas, mis visitas en nada te perjudicarán, pues estás en mis manos y Yo cuidaré de ti con tal que no me niegues nada».

No es fácil hacerse cargo de la energía y generosidad que hubo de desplegar Josefa para llevar sin desfallecer esa doble carga que le imponía la doble corriente de su vida. Por una parte, días y noches pasados en ese misterioso contacto con lo divino y la entrega total al sufrimiento que ello le exige; por otra, la estricta fidelidad que la sujeta a la Regla y al trabajo exterior. Bien necesita, de vez en cuando, el consuelo de ver coronado su esfuerzo constante. Jesús, bondadosamente, la conforta haciéndola participar de sus alegrías de Salvador.

SABADO, 9 DE JULIO. “Durante la Adoración vino Jesús, muy hermoso, y me dijo:

—«Josefa, esta alma me ha dado ya lo que me negaba. Pero la otra está muy cerca de su perdición, si no quiere reconocer su nada».

Y al preguntarle ella si se refiere al pecador que tanto preocupa a su Corazón:

—«No —respondió el Maestro—, éste muy pronto alcanzará victoria. El mismo alejará de sí el peligro y Yo sacaré provecho de su mayores caídas».

DOMINGO 10 DE JULIO. Jesús, después de la comunión dirige una nueva llamada a su generosidad, recordándole la resistencia de aquella alma, cuyo orgullo la pone en gran peligro de perderse.

—«Ofrécete a fin de alcanzar perdón para ella. Cuando un alma comete grandes pecados, pero después se humilla, saca ganancia. Mas la soberbia es lo que más enoja a mi Padre... La detesta con odio infinito».

11 DE JULIO. —«Busco almas que se humillen y reparen su soberbia, —repite el Señor, como si no hubiese interrumpido la conversación del día anterior.—*Procura hacer muchos actos de humildad, sin mirar lo que cuestan. ¡Si supieras cuánto me agradan!»*

Y añade al despedirse:

—«No olvides que te quiero abandonada a mi Corazón».

MARTES 12 DE JULIO. “Por la tarde, a eso, de las cuatro y media, vino otra vez, hermosísimo el rostro aunque algo triste, y una herida muy grande en el Corazón, además de la que siempre tiene.

—«*Dame tu Corazón, Josefa, para que vierta en él toda la amargura del mío. Ofrecete sin cesar para reparar la soberbia de esta alma. No me rehuses nada. Yo soy tu fortaleza.*»

“Todo esto me lo decía como quien pide limosna y yo no sé qué haría para consolarle.

“Le digo mil cosas, le ofrezco mis deseos, le pido fuerza para no resistirle en nada y que no mire lo que soy. . . ¡toda miseria!

—«*No me importa; tu miseria me consolará; lo que pido es libertad para disponer de tí. No necesito de los míos más que amor y abandono. . . Sí, amor para este Corazón que de amor se consume.*»

“Después dijo, mirando al cielo:

—«*La soberbia la ciega. . . Olvida que soy su Dios y que ella sin Mí, es nada. ¿Qué importa subir aquí en la tierra? Póstrate ante mi Padre Celestial y ofrece la humildad de mi Corazón. No olvides que, sin Mí, el alma es un abismo de miseria. Yo levantaré a los humildes. No me importan sus miserias ni sus caídas. . . Quiero humildad y amor.*»

Van pasando los días y las semanas y Josefa padece sin tregua, por los pecadores. El dolor de costado, la corona de espinas, todos sus miembros como magullados y el alma oprimida de angustia, bajo el peso de la cólera divina, le recuerdan constantemente su misión reparadora.

“Ya no podía más”, escribe.

Y la Virgen Santísima acude en su ayuda.

—«*Hija mía —le dice durante la noche DEL 12 AL 13 DE JULIO—, sufres para aliviar a tu Amado, ¿No basta esto para animarte a sufrir? ¡Si supieras cómo te sostiene El, El mismo! No estás sola. ¡Valor! Aunque te esperen mayores trabajos, nada temas.*»

Como Madre solícita, permanece a su lado hasta el amanecer.

—«*Ahora son las cuatro —le dice—. Duerme en el Corazón de Jesús y en los brazos de tu Madre. No te abandonaré, ten confianza.*»

Los días siguientes señalan un recrudecimiento en los dolores, de suerte que la pobre Hermana, reducida al extremo de impotencia y debilidad, no puede hacer frente al trabajo cotidiano. ¿Qué más quería el demonio? Explota hábilmente este estado de cosas para despertar de nuevo

y con mayor fuerza la antigua tentación de Josefa: el miedo de que se trasluzca algo de su misterioso camino. Y todo ello en balde porque, con tanto padecer, las almas no se salvan. Tales ideas llegan a obsesionarla humillándola y anonadándola a sus propios ojos.

Entonces, como siempre, la mira compadecida la Madre de Misericordia.

VIERNES 22 DE JULIO: "Creo que eran las tres de la mañana. . . Ha venido la Virgen y me ha dicho:

—«*Hija de mi Corazón: Vengo a sostenerte porque soy tu Madre. No; no es inútil lo que estás sufriendo. Aun te falta arrostrar una terrible tentación para salvar esta aima orgullosa, cuando la sientas, descúbrela en seguida y después, obedece. . . Obedece. . . Obedece*».

"Le he contestado que eso es ahora lo que más me cuesta: decirlo y obedecer".

—«*Pues mira, Josefa, ahora que te cuesta más es el mejor momento para someter tu juicio; y por este acto de humildad, en medio de una tentación tan fuerte, expías el orgullo de esta pobre alma; la tentación que sufres y que vences, disminuye la de aquélla. Has de sufrir por las almas, has de ser tentada, porque el demonio quiere, a todo trance, quebrantar tu fidelidad. Pero, ten valor*».

"Me bendijo y se fué".

El mismo Jesús, viene, después de la Comunión a confirmar las palabras de su Madre.

"Estaba hermosísimo, aunque llevaba la corona de espinas y las llagas ensangrentadas, como recientes."

—«*Mira mis llagas. . . Bésalas. ¿Sabes quién me las hizo? ¡El Amor! . . . ¿Sabes quién me puso esta corona? ¡El Amor! . . . ¿Quién me abrió el Corazón? ¡El Amor! . . . Si, Yo te amo tanto que no he retrocedido ante ningún sacrificio, ¿no podrás tú sufrir por Mi sin rehusarme nada de lo que te pida? ¡Abandónate a Mí*».

Con estas palabras se adueña aún más de la voluntad de Josefa.

SABADO 23 DE JULIO. A la misma hora aparece de nuevo el Salvador.

—«*Si vieras cuántas almas me afligen! Por eso busco víctimas que quieran consolarme y sufrir por mi amor. Y te he escogido a ti: Soy tu Dios, me perteneces. . . Además, tú te has entregado: ahora, pues, nada puedes negarme*».

“Por la noche, después de las doce, cuando se me pasó la angustia y el dolor, me arrodillé y besé el Crucifijo, diciéndole que me alegraba de haber sufrido y le di las gracias por haberme sostenido una vez más. En seguida lo ví, allí delante, hermosísimo”.

—*«Cuanto más generosa seas conmigo más generoso seré Yo contigo».*

La generosidad divina, en efecto, no cesa de sostenerla y de ahuyentar los temores y congojas que invaden su alma, cuando se ve en la imposibilidad de llevar a cabo toda su tarea.

Y respondiendo a los temores que la atormentaban, Jesús prosigue:

—*«Cuando sufres, eres mi consuelo y mi descanso. Cuando descansas Yo te guardo. Estás siempre en mi Corazón: no permitiré que nada te perjudique».*

LUNES 25 DE JULIO.

—*«¿Estás pronta a consolarme? —le pregunta Jesús—. ¿Estás dispuesta a sufrir?»*

Y le recuerda el pacto hecho el 5 de agosto de 1920:

—*«Si me eres fiel te comunicaré las riquezas de mi Corazón. Gustarás la amargura de mi Cruz pero también te regalaré como a Esposa tiernamente amada. Yo jamás faltó a mi palabra».*

Aquella misma noche recibe algunas noticias de aquel pecador y su alma se llena de esperanza.

“No sabía cómo darle las gracias, tanto más, cuanto que estaba bajo la impresión de lo que me había dicho.

—*«Yo jamás faltó a mi palabra».*

“Vino al instante y me dijo:”

—*«Todavía no está acabada la obra; aun he de manifestar más particularmente mi bondad para con esta alma. ¿Sabes lo único que necesito? Que me seas fiel».*

MIÉRCOLES 3 DE AGOSTO. Hacia las siete y media de la tarde, aparece Jesús resplandeciente de luz y de belleza:

—*«El pecador que tanto me hacía sufrir ya está en mi Corazón».*

Falta reducir la soberbia de aquella otra alma que tan profundamente hiere el Corazón del Maestro.

—«Quiero que se convierta pronto —dice el Señor a Josefina al siguiente día—. ¿Quieres hoy sufrir por ella? Ofrecelo todo por esta intención. Volveré luego».

“Por la tarde, a las cuatro, sentí que Jesús se acercaba, me fui a la tribunita del Noviciado y en seguida vino. Ya no tenía en el Corazón la herida que veía desde que empezó a hablarme de aquella alma orgullosa”.

—«Ven, acércate y descansa. ¡Ya está en mi Corazón! Pero no vivirá más que el tiempo justo para purificarse de su falta, porque es muy débil y volvería a caer».

“Como yo soy más débil que nadie, le pedí con todo mi corazón que me concediera la misma gracia, si no le he de ser fiel. Bien se lo digo que mil veces prefiero morir... Me costó en su Corazón... luego le pregunté por qué deseaba tanto la salvación de esta alma.

—«Porque ha salvado a otras muchas que ahora, me glorifican».

VIERNES 14 DE AGOSTO. “Por la tarde vino Jesús muy hermoso, y me dijo:

—«Aquella esposa mía que se quedó en la tierra para purificarse ya está conmigo en el cielo. Y sobre aquel pecador he alcanzado completa victoria. Ahora me consolará. Yo le amaré y él me amará... Y tú ¿me amas? Tengo sobre ti designios de amor. No me niegues nada».

* * *

Una Comunidad Religiosa

Agosto de 1921

—“Quiero servirte de ti para una obra grande”.

(26 de julio de 1921)

Preciso es que retrocedamos algunas fechas para seguir los pasos de Josefina en otra empresa de expiación y redención de almas, que le había confiado el Señor.

MARTES 26 DE JULIO.

—«*Estás dispuesta a serme fiel?*» —le pregunta después de comulgar.

“Le dije que todo lo temo de mi flaqueza, pero ya sabe El que tengo buena voluntad.

—«*Pues ahora quiero servirme de ti para una obra grande. Has de atraer a mi Corazón una Comunidad que se ha alejado. . . Quiero que mis esposas vuelvan aquí*», —y mostraba su Corazón.

“Le pregunté qué podía hacer.

—«*Haz todo lo que te indiqué para aquel pecador. Ofrece la Sangre Divina: Nada hay de tan alto precio*».

“A eso de las doce, volvió. Llevaba una Cruz muy grande.

—«*Vengo a dejarte mi Cruz, porque quiero descansar*».

“Al decir esto, El se quedó sin Cruz. Yo no sé lo que sentí, pero puedo asegurar que si Jesús no me hubiera dado una fuerza especial, no podría soportar este verdadero martirio.

—«*He escogido nueve almas para esta empresa. Ahora estoy contigo; luego te dejaré para ir con otra. Así, es siempre una esposa mía la que me da consuelo. . . Es verdad que muchos me martirizan y son ingratos, pero también hay muchos en los que puedo descansar y que son mi delicia*».

Luego sin alejarse, el Señor le manda que vuelva a sus quehaceres habituales.

—«*Trabaja en mi compañía*».

Ella obedece a pesar del tormento de la Cruz. Como se encuentra a solas, de vez en cuando se arrodilla a los pies de Jesús, le adora y renueva su ofrecimiento.

—«*Quiero, no sólo que acerquéis estas almas a Mí sino que expiéis por ellas, a fin de que no queden con deuda alguna delante de mi Padre*».

“A las cuatro me dijo:

—«*Ahora me voy; cuando te corresponda el turno, volveré*».

“Entonces le vi de nuevo con la Cruz, y a mí me desapareció el dolor.”

En adelante estas largas horas de expiación se repiten con exacta

precisión para cada una de estas nueve almas escogidas por El y a quienes confía su Cruz en la hora que les tiene señalada.

MIÉRCOLES, 27 DE JULIO.— *«Vengo a descansar en ti. . . Olvidate de ti misma y consuélame; quiero que me ames de tal modo y con tal ardor que no te acuerdes de ti para nada y Yo solo ocupe tus pensamientos y deseos. No temas sufrir. Bastante poderoso soy para cuidar de tí».*

Josefa entonces empieza a hablarle de la empresa apostólica que le ha encomendado la vispera.

“Como si le hubiera recordado una gran pena me respondió:

—*«Es una Comunidad tibia y relajada».*

“Guardó silencio y, pasado un instante, continuó:

—*«Pero. . . serán más: volverán a mi Corazón. He escogido nueve víctimas para que me las ganen. Nada hay de tanto valor como sufrir en unión con mi Corazón. Esta noche te dejaré también mi Cruz. . . Vendré a las doce, pues esa es tu hora».*

El mismo día por la tarde la Virgen le confía otra alma en peligro.

—*«Hasta mañana —le dijo— quiero que pongas todo tu interés en salvarme una hija a quien amo singularmente. . .»*

En pocas palabras bosqueja su triste historia:

—*«Es un alma que Jesús eligió para El. . . le dió vocación religiosa pero la ha perdido por su infidelidad. Mañana ha de morir y lo que más me apena es que se ha quitado mi escapulario. . . ¡Qué alegría tendrá mi Corazón de Madre si esta hija no se condena!»*

“Me dió la bendición y se fué. Por la noche no me podía dormir, pues el alma que me había encomendado la Virgen me tenía en gran ansiedad; además tenía el dolor de costado muy fuerte y la corona de espinas, como todas las noches. En punto de las doce vino Jesús con la Cruz. En seguida sentí pesaba sobre mí y Jesús, sin ella, se quedó a mi lado. Era tanta la opresión y la agonía que invadió mi alma, que soy incapaz de explicarlo.”

El peso de esta Cruz invisible, en efecto, dobla su pobre cuerpo como si la aplastara. Su respiración, fatigosa ya por el dolor de costado,

se hace todavía más angustiosa y cuanto se procura para aliviarla resulta completamente inútil.

—«*Sufre con mucho amor, para que el mío consiga penetrar en el corazón de mis esposas*» —le dice el Señor.

“De su Corazón parecía brotar un rayo de fuego.

—«*Besa mis manos y mis pies y repite conmigo: “Padre mío: ¿no es de bastante valor la Sangre de vuestro Hijo...? ¿Qué más queréis...? Su Corazón... sus Llagas... su Sangre... todo El se ofrece a Vos por la salvación de estas almas*».

“Yo iba repitiendo con El; a ratos callaba. Creo que estaba en oración porque tenía las manos juntas y miraba al Cielo. Eran las cuatro de la madrugada cuando dijo:

—«*Ahora te dejo, porque otra esposa mía me está aguardando. Ya sabes que sois nueve las elegidas de mi Corazón. Volveré mañana a la una y te dejaré mi Cruz. Adiós... Tenía sed y me has dado de beber. Yo seré tu recompensa*».

VIERNES 29 DE JULIO; a la una, según su promesa vuelve Jesús con la Cruz.

—«*Vengo para que participes de mi padecimiento y alivies mi Corazón henchido de amargura*».

Le entrega la Cruz y sumerge su espíritu en profunda agonía.

“Salía de su Corazón mucha sangre”.

—«*Repite conmigo: Padre Eterno; mirad estas almas bañadas con la sangre de vuestro Hijo, víctima que se ofrece sin cesar; esta sangre que purifica, consume y abrasa. ¿No tendrá eficacia bastante para ablandar estas almas?*».

“Se quedó en silencio algunos minutos. Yo repetía sus palabras. Luego dijo con firme acento:

—«*Si; quiero que vuelvan a Mi, que se abrasen en ardor amoroso, como Yo me consumo por ellas en doloroso Amor*».

“Luego me dijo con tristeza:

—«*¡Si conocieran las almas mi deseo ardiente de comunicarme a ellas por amor! pero, ¡qué pocas lo entienden y cómo hieren mi Corazón!*»

—«*Yo soy la única felicidad de las almas. ¿Por qué se apartan de Mi?*».

—“Señor, todas no se apartan; aunque a veces cometemos faltas, pero ya sabéis que somos débiles.

—*«No me importan las caídas; conozco las miserias de las almas... pero quiero que no resistan a mi llamada y que no huyan, cuando les doy la mano para levantarlas».*

“Así pasé desde la una hasta las cuatro de la tarde: ofreciendo al Padre su Sangre y todos sus méritos y repitiendo las plegarias que El decía.”

En cuanto Jesús vuelve a tomar su Cruz, Josefa prosigue, silenciosa, su trabajo. Pero el recuerdo de la intención dolorosa, cuyo secreto guarda, no se aparta de ella un momento.

SABADO, 30 DE JULIO. “Subía por la escalera del Pensionado cuando me lo encontré con la Cruz.

—*«Te espero»* —me dijo.

“Después de pedirle permiso para dejar en su sitio lo que llevaba entre manos, fuí al dormitorio y allí me esperaba.”

Josefa le habla de aquella alma, infiel a su vocación, que la Santísima Virgen le ha confiado. Ya sabe por la misma Señora, que aquella hija tan amada ha salido por fin victoriosa de los últimos combates. Pero, por la noche, la ha visto sumergida en las llamas del Purgatorio, de las que le suplicaba le ayudase a salir. Es la primera aparición de un alma del Purgatorio, y Josefa, muy impresionada, se desahoga con el Señor:

“Señor, si tal es el tormento de un alma del mundo, ¿cuál no será el de una religiosa que recibe tantas gracias, si no las aprovecha?

—*«Es verdad —respondió Jesús; pero la tranquiliza luego con estas alentadoras palabras: Cuando un alma consagrada tiene la desgracia de caer, Yo la levanto; no tiene ella que hacer más que humillarse y amar. Nada me importa su miseria, si su único deseo es darme gloria y consuelo. A pesar de su pequeñez, alcanza muchas gracias para otras almas... Yo me deleito en la humildad, y ¡a cuántas almas consagradas aleja de mí el orgullo! Quiero que tu celo y tus sacrificios atraigan a mi Corazón muchas almas, las mías en especial. Que el deseo de verme amado te consuma y que tu amor sea mi consuelo».*

“Pasó luego un buen rato sin decir nada. Yo le decía mil cosas para consolarle y le pedí por un alma que necesita fuerza.

—*«Si no la encuentra en mi Corazón, ¿dónde la encontra-*

râ? El amor da fuerza, pero el alma ha de olvidarse de sí misma».

“También le dije: perdónanos, Señor, somos muy débiles.

—«Cuando un alma desea ser fiel, Yo la sostengo en su debilidad y sus mismas caídas mueven a obrar, con mayor eficacia, mi bondad y mi misericordia. Pero es preciso que el alma se humille y se esfuerce, no para hallar su propia satisfacción sino para darme gloria».

Esta promesa de misericordia, la ofrece el Señor a Josefa, precisamente porque se acerca la hora en que va a experimentar una vez más su debilidad.

Los ratos de oración y padecimiento se alargan mucho y entorpecen el trabajo de la Hermana. Los antiguos recelos despiertan y Josefa se atreve a formular una queja. En aquel mismo instante Jesús desaparece para no volver. El dolor de esta ausencia produce en seguida en la pobre culpable una reacción de pena intensísima. Arrepentida de su momentánea flaqueza, no cesa de pedir perdón. El Maestro bueno, ausente sólo en apariencia, la mira con infinita compasión, y siguiendo su táctica misericordiosa, le envía a su Santísima Madre.

MARTES, 2 DE AGOSTO. “Hacia las siete, escribe, subí al oratorio del Noviciado y rogué a la Virgen que pidiera perdón a Jesús por mí; porque un día sin El me parece un siglo. Con ternura de Madre, se me apareció en el acto:

—«Hija, ¿es verdad que ya no quierés la Cruz de Jesús?»

—“Madre mía, ya sabéis que no puedo vivir sin El.

—«Pues, baja en seguida, que te está esperando».

“Bajé corriendo y encontré a Jesús con la Cruz. No sé cómo me atreví a pedírsela. El me miró y me dijo:

—«¿La quierés por tu libre voluntad?»

“Le rogué que tuviera piedad de mí y me diese su tesoro, que es mi única felicidad. Señor, cuando digo estas cosas, no me hagáis caso y... ¡no me dejéis sola!

—«Te dejo sola, para que veas lo que puedes tú sin Mí. Ahora no pienses más en lo pasado. Toma mi Cruz y vamos a trabajar juntos por las almas».

“Me dió su Cruz y la corona. Estuvo mucho tiempo en oración, como unas cuatro horas.”

Al día siguiente, 3 DE AGOSTO, era el día en que escuchaba de labios del Salvador aquella consoladora respuesta:

—«Este pecador ya está en mi Corazón».

Por la noche, al entrar en el dormitorio, encontró en su celdilla al Señor con la Cruz. La esperaba.

—«Toma mi Cruz —le dijo—, voy a descansar en ti. ¡Si las almas religiosas supieran cuánto las amo y cómo me hieren su frialdad y tibieza! No acaban de conocer a donde va a parar el no hacer caso de faltas ligeras. Empiezan por una pequeñez y terminan en la relajación. Hoy se conceden un gusto, mañana dejan pasar una inspiración de la gracia y, poco, a poco, sin darse cuenta, se van enfriando».

Y para darle a entender cuál es la salvaguardia de la fidelidad:

—«Yo te enseñaré, Josefa, cómo tienes que descubrir tu alma a la Madre, con sencillez y humildad».

Y después de una explicación detallada, concluye:

—«Te quiero santa, muy santa y no lo serás por otro camino si no es el de la obediencia y humildad. Te enseñaré todo esto poquito a poco. . . Dos cosas te encargo especialmente para que las tengas siempre ante tus ojos y las grabes en tu corazón:

1º Que si Dios ha fijado en ti su mirada es para que brille más su poder, levantando un gran edificio sobre la nada.

2º Que si Dios te quiere por la derecha y tú quieres ir por la izquierda, tu perdición es segura.

En fin, Josefa, que el resultado de todo esto sea un gran conocimiento de tu miseria y completo abandono en manos de Dios».

Jesús repetirá con frecuencia esta lección de humildad y confianza. Entre las notas de Josefa, encontramos, sin fecha, los siguientes consejos:

—«Quiero enseñarte a conocer los gustos más delicados de mi Corazón. Ya te he dicho con cuánta sencillez deseo que trates con la Madre y le descubras tu alma, hasta los últimos repliegues. Añado ahora, que quiero estés siempre muy atenta para no desperdiciar ocasión alguna de humillarte y siempre que puedas elegir entre sacrificarte o no, prefieras el sacrificio. Quiero que cada quince días des cuenta detallada a la Madre de todos los esfuerzos que has hecho, de las ocasiones que has aprovechado o desperdiciado. Cuanto más conozcas lo que eres, mejor conocerás lo que Yo soy. No te vayas a descansar con una falta en tu alma: mira que te lo encargo mucho. Si cometes alguna falta, repárala en seguida. . . deseo que tu

alma brille como el cristal. Si vuelves a caer, no te turbes, porque la turbación y la inquietud apartan al alma de Dios; pide perdón en seguida y, lo repito, no esperes: díselo a la Madre. Te quiero muy pequeña, muy humilde y siempre sonriente: sí, quiero que vivas alegre, aun siendo para ti misma un verdugo. Escoge lo que más te cueste, pero con gozo. Sirveme en paz y alegría: así honrarás mi Corazón».

Esta dirección tan clara conserva a Josefa en el camino seguro; y así va prosiguiendo la "gran empresa", según el mismo Jesucristo la llamó: la conversión de una Comunidad relajada.

PRIMER VIERNES, 5 DE AGOSTO. "Durante la Misa ha venido, resplandeciente de hermosura.

—«Quiero —me ha dicho— que te consumas en mi Amor. Ya te he dado a entender que no encontrarás felicidad fuera de mi Corazón. Quiero que me ames, pues tengo sed de amor; que ardas en deseos de verme amado, y que tu corazón no se alimente más que de este deseo».

"Yo le dije mil cosas y Jesús me contestó:

—«Todos los días después de comulgar, repite con todo el fervor que puedas estas palabras: Corazón de mi Jesús: que el mundo entero se abraze en vuestro amor».

"Abrasada en deseos" —dice ella misma— pasa el día entero. Hacia las siete de la tarde se encuentra con Jesús en el dormitorio.

—«Toma mi Cruz, y vamos a sufrir por las almas».

"Dijo, y calló. Después añadió:

—«Si mis esposas han meditado a fondo que Yo soy todo Amor, y que mi mayor deseo es ser amado, ¿por qué soy tan mal correspondido?»

Y para enseñarle el precio del amor:

—«Cuando un alma realiza una obra importante, pero no por amor sino por gusto o por interés, y otra hace una pequeñez por mi amor, me da ésta tanto consuelo que mi Corazón se inclina hacia ella y olvida todas sus miserias. Deseo ardientemente que me amen... Si las almas supieran qué exceso de amor siento hacia ellas, no podrían resistir. Por eso corro tras ellas y no perdono medio para atraerlas a Mí».

"Todo esto lo decía con acento conmovedor; luego estuvo un buen rato sin decir nada, como haciendo oración. Cuando se fué, a las once, me dijo:

—«*Sufre con mucho amor. Ofrece sin cesar mi Sangre por las almas... Ahora devuélveme la Cruz*».

Pasan tres días, durante los cuales, a los dolores misteriosos que la asocian a la cruz del Maestro, viene a añadirse el sacrificio pedido a toda la Comunidad, por el cambio de Superiora. Todo ello va a servir al Corazón de Jesús para consumir la obra de celo encomendada a Josefa.

El LUNES 8 DE AGOSTO es el día del sacrificio, que Madre e hijas ofrecen generosamente. Después de la comunión, Jesús aparece a Josefa:

—«*Quiero que estas almas se conviertan muy pronto. Pide sin cesar que se rindan a la gracia. Si no hicieras más que desear verme amado, ya sería bastante, porque este deseo es amor... Dentro de poco esta Comunidad entrará en Ejercicios. Ofrecete para que se dejen traspasar por el amor*».

Hacia las siete de la tarde, resplandeciente el Corazón y convertidas las Llagas en focos de luz, vuelve el Señor con rostro alegre y sin la Cruz. Josefa se estremece de gozo, con el presentimiento de la alegre nueva, que le anuncia el aspecto radiante de Jesús. Como de costumbre, le pide que le dé la Cruz.

—«*No, contesta El, estas almas ya no hieren mi Corazón... Hoy, he aceptado por ellas el sacrificio de toda la casa. ¡Cuánto amor encuentro aquí! Mañana aquella Comunidad entrará en Ejercicios y pronto será el consuelo de mi Corazón*».

Así termina esta historia de la misericordia divina. Josefa va también a entrar en una nueva etapa de su vida.

V

LA HORA DE LA PRUEBA

Los Primeros Ataques del Infierno.

Del 26 de Agosto al 31 de Octubre de 1921

"No tengas miedo de sufrir. ¡Si vieras cuántas almas se han acercado al Corazón de Jesús durante estos días de tentaciones!"

(La Stma. Virgen a Sor Josefa, 24 octubre 1921)

La nueva fase de la vida de Josefa, cuyo punto de partida señala la llegada de la Superiora, va a ser para ella de prueba. Desde fines de AGOSTO DE 1921 sus apuntes indican más estricta dependencia, ya que no se le permite ausentarse de ningún ejercicio común para seguir la llamada del Maestro, sin previa licencia. ¿Denotará esta consigna alguna duda acerca de su camino extraordinario? La nueva Superiora, por indicación expresa del Señor, ha creído deber tomar toda clase de precauciones y proceder con prudente lentitud antes de dar fe sin reserva ni vacilaciones, a la misteriosa acción de Dios en aquella alma privilegiada.

Demasiado conoce Sor Josefa el amor del Corazón de Jesús, para que pueda flaquear su confianza; en nada desmerecen tampoco la facilidad y sencillez con que se somete a toda decisión de la autoridad; ¡pero cuánto le cuesta, dada su natural reserva, tener que contestar a tantas preguntas y dar cuenta no sólo a la Madre Asistente sino también a la Superiora, sintiéndose sin cesar objeto de la más estricta vigilancia!

Todas estas medidas son necesarias: Lo extraordinario va a subir de punto en la vida de Josefa: ha llegado la "hora del poder de las tinieblas". Satanás ha recibido permiso de cribar como el trigo ese grano fecundo, en el cual ha depositado el Señor gérmenes de vida para tantas almas.

A fuerza de obediencia y de fiel y costosa dependencia, Jesús rodea a la Mensajera que se ha escogido y, con ella, a su misma obra, de un muro protector e indestructible. Pasada la prueba, la duda ya no será posible: "el dedo de Dios está aquí".

* * *

Por aquellos días de octubre de 1921, Josefa era la más antigua del reducido Noviciado de Hermanas Coadjutoras que iba creciendo poco a poco a la sombra del Colegio de los "Feuillants" lleno de Religiosas y de alumnas. En medio de aquella numerosa Comunidad pasaba inadvertida y silenciosa entregada a una labor intensa. Tan sólo la Superiora y la Madre Asistente son depositarias de los secretos que se realizan ante sus ojos. Apoyo y orientación segura encuentran en el R. P. Boyer, Prior de los Dominicos de Poitiers, designado por el Señor mismo, en esta época, para cooperar a sus designios de amor. El apacigua sus ansiedades y burla los artificios del enemigo.

Y cuando el camino misterioso de Josefa ofrece ya todas las garantías y seguridades, el Dueño Divino la hace penetrar en una tenebrosa noche oscura que sólo tendrá término el día de su Profesión religiosa. Es como el "bautismo de sangre" que consagra a Josefa para la empresa divina de la cual tiene que ser testigo y colaboradora antes de ser su mensajera.

Josefa va a tener que medir constantemente sus fuerzas con la temible potestad del infierno y su no menos temible astucia. Pero Jesús combatió por ella hasta infligir al demonio la derrota más humillante. Si alguna vez le deja la apariencia de un triunfo fácil, si parece abandonar a Josefa a la furia de su adversario, si consiente que la arrebate a los infiernos y la haga experimentar el tormento de no poder amar, permanece en el fondo del alma de su Elegida, oculto y dormido como en el mar de Tiberiades, y su Corazón vela atento a sostener su fidelidad y a limitar con su Omnipotencia el impetu de la borrasca, sin consentir "que sea tentada más allá de sus fuerzas".

Jamás estuvo tan presente como en esas horas de doloroso martirio, en que sólo la acción divina puede contrarrestar pruebas y humillaciones, que sobrepujan nuestra humana experiencia. A través de la fragilidad del instrumento, luchan en realidad Dios y Satán, el Amor y el odio, la Misericordia, que quiere descubrirse una vez más al mundo y el enemigo de las almas, que presiente el plan divino y dirige contra él toda su rabia.

La tentación verdaderamente terrible, que se prolonga durante nueve meses, casi sin intervalo, se concentra contra la vocación de Josefa, todavía novicia. Nada ahorrará el enemigo para doblegar su voluntad: ataques violentos, temor de una responsabilidad que el demonio presenta como aplastante, embustes que alarman su conciencia, obsesiones que parece desdoblarse su alma para hacerle pensar lo que no piensa, decir y hacer lo que no quiere, sin que pueda en aquel momento discernir la sugestión diabólica que la domina, apariciones falsas, amenazas, golpes, quemaduras, bajadas al infierno... Todo se precipita sobre esta frágil criatura, como espantosa tormenta, en la cual parece que ha de sucumbir.

Resiste, sin embargo, con increíble entereza: fruto de su habitual fidelidad en el cumplimiento del deber costoso, y de su sencillez en dejarse guiar. Pero, sobre todo, la sostiene el poder divino, la fuerza de la Eucaristía, de la que el demonio, por más que se empeñe, no consigue alejarla.

Todavía algunas visitas celestiales fortifican su alma, en los últimos días de agosto.

VIERNES 26 DE AGOSTO. Josefa, fiel a la orden recibida, entra en la celda de la Superiora. Son las nueve de la mañana. En el recogimiento que la envuelve, la Madre adivina la presencia invisible de un ser sobrenatural. En pocas palabras, pide permiso para seguir al Señor un momento...

—“Porque está aquí”, —dice.

Sus ojos bajos, su fisonomía, su actitud, hasta el esfuerzo que ha de hacer para hablar, demuestran la verdad de su afirmación:

“Al dejarla, Madre, le dije a Jesús: tengo permiso. Iba a mi lado y me llevó a la tribuna. Empecé por decirle lo que Ud.

me había recomendado: "Si sois verdaderamente quien yo creo, Señor, no os ofendáis, os ruego, si me obligan a pedir permiso cada vez, para escucharos y seguiros. El me contestó:

—«*No me ofendo, Josefa; al contrario, quiero que obedezcas y Yo también obedeceré*».

"Al decir esto parecía un pobre. Después añadió:

—«*Tus Madres me complacen, poniendo tanto empeño en asegurarse de que soy Yo. Permanece hoy muy unida a mi Corazón a fin de reparar por muchas almas*».

Con incomparable delicadeza consiente el Señor en someterse a las precauciones de que van a estar rodeadas, desde ahora, sus visitas. Semejante condescendencia que presta apoyo a la fidelidad de su Elegida es el sello divino que garantiza su presencia.

A pesar de ello, nada altera el Señor en sus relaciones con Josefa, durante los meses de agosto y septiembre de 1921; y continúa pidiéndole, como hasta aquí, que le ayude con sus ofrendas y sacrificios, a la salvación de las almas.

JUEVES, 1º DE SEPTIEMBRE. "Después de comulgar vino, hermosísimo. Pero cuando empezó a hablar se puso triste.

—«*Consuélame ¡hay tanta frialdad en las almas! ¡cuántas se precipitan, ciegas, en el abismo...! ¡Si pudiera prestarte mi cruz como antes!*»

"Después de pedir permiso, fuimos a la sala de San Estanislao y me dijo:

—«*Si no encontrara almas que me consuelan y mueven mi misericordia, no podría detener mi justicia*».

"Luego añadió:

—«*Es tanto mi amor hacia las almas, que me consume el deseo de su salvación. ¡Cuántas se pierden y cuántas esperan sacrificios para salir del estado en que se encuentran! Pero aún tengo muchas que son del todo mías... Una sola de ellas obtiene perdón para muchas frías e ingratas. Quiero que te abrases en deseo de salvarme almas; que te anegues en mi Corazón, que no te ocupes más que de mi gloria. Esta noche vendré, para que apagues la sed que me devora y para descansar en tí*».

"Al empezar la Hora Santa vino y me dijo:

—«*Vamos a ofrecernos como víctimas al Eterno Padre. Postrémonos con profundo respeto en su presencia... adore-*

mosle... Presentémosle nuestra sed por su gloria... Ofrece y repara en unión con la Víctima Divina».

“Todo esto lo decía muy despacio... Se fué un poquito antes de terminar la Hora Santa.

Algunos días después la Santísima Virgen acude a sostener a su hija en sus luchas íntimas.

—«No sabes cuánto deseo que permanezcas fiel, Yo que soy tu Madre: pero no te aflijas. Lo único que Jesús quiere de ti, es abandono; El hará lo demás».

“Le dije lo que me cuesta tener que decir las cosas, no sólo a la Madre Asistentá, sino también ahora a la Madre Superiora.

—«Mira, hija mía, cuanto más te pida Jesús, más debes alegrarte».

Y como para arraigarla en una humilde desconfianza de sí misma, añade:

—«El que contempla un cuadro muy bien pintado, no es el pincel lo que admira, sino la mano del pintor. Así tú, Josefá, aun cuando realizaras grandes cosas, no debes atribuirte nada a tí misma, pues es Jesús quien obra en tí, y quien se sirve de tí. Te aconsejo que des gracias sin cesar a Dios, que tan bueno ha sido contigo. Sé muy fiel, así en lo grande como en lo pequeño. No mires si te cuesta. Obedece a Jesús, obedece a las Madres, sé muy humilde y deja lo demás. Jesús se encarga de tu pequeñez y Yo soy tu Madre».

JUEVES 8 DE SEPTIEMBRE. El Señor la tranquiliza, mostrándole el secreto del valor.

—«No te ocupes más que de amarme: el amor te dará fortaleza».

El amor también mantendrá en ella siempre vivo el celo de las almas.

Y el MARTES 13 DE SEPTIEMBRE:

—«Hay ahora un alma que me hace sufrir mucho y vengo a consolarme en tí. Ve a pedir permiso para estar un ratito conmigo. No me quedará mucho tiempo... Aunque te sientas muy desamparada no temas, porque te haré sentir la agonía de mi Corazón. ¡Pobre alma! Cómo se pone al borde del abismo».

“Esta noche, por tres horas, me ha dejado la Cruz y la

corona" —escribe Josefa refiriéndose a la noche del 14 AL 15 DE SEPTIEMBRE.

Josefa repite la misma indicación durante varios días; está cooperando al retorno de aquella oveja perdida.

—«*Todavía has de sufrir más —le dice el Señor—. Ofréceme todas tus acciones bañadas en mi Sangre. No desperdices nada. Todo servirá para esta alma*».

Las noches se suceden sin que la cruz la abandone y, en cuanto amanece la fervorosa Hermana reanuda el trabajo sin dar la menor muestra de su agotamiento.

La Santa Madre Fundadora viene también a animar a su hija; el SABADO 24 se le aparece "con celestial sonrisa", escribe Josefa, y después de darle algunos encargos:

—«*En cuanto a tí, hija mía, mucha humildad, mucha obediencia y mucho amor*» —me dijo poniéndome la mano en la cabeza, y añadió:

—«*Cuido con predilección de esta casa de Poitiers*».

La noche del 24 al 25 de SEPTIEMBRE, fué verdaderamente terrible.

"De pronto, todo sufrimiento desapareció. Una paz inmensa invadió mi alma. Y vi a Jesús muy hermoso y resplandeciente. Su túnica parecía de oro y el Corazón ardía y brillaba como un ascua.

—«*Aquella alma —dijo— ya la hemos ganado*».

"Le dí las gracias y le adoré con gran respeto, porque en El se veía una majestad, en verdad divina. Le pedí perdón de mis pecados y que me sostenga y me guarde siempre fiel; porque yo me veo muy floja, pero bien sabe El que no deseo más que amarle y consolarle.

—«*No te aflijas por tu miseria, mi Corazón es el trono de la misericordia, donde los más miserables son mejor recibidos, con tal que ellos quieran perderse en este abismo de amor. Porque eres pequeña y miserable, he fijado en tí mis ojos. Yo soy tu fortaleza... Ahora vamos a conquistar otras almas; pero antes, descansa un poco en mi Corazón*».

Poco debía durar el descanso. Y para "ganar almas", Josefa iba a tener que dar más de lo que hasta entonces había dado.

Este mismo día, DOMINGO 25 DE SEPTIEMBRE, abre la etapa de espantosas tentaciones, que permanecerán al principio en el dominio íntimo del alma, pero que luego adquirirán una influencia extraña sobre su ser entero.

“Tengo en la imaginación y delante de mis ojos, cosas horribles, así que no sé qué hacer ni en qué pensar, y lo que más me hace sufrir es que nunca he tenido estas tentaciones ni he pensado en otra cosa que en ser toda de mi Jesús. Así he pasado algunas semanas y de tal modo perdí la paz que no me atrevía a comulgar, aunque lo he hecho, ayudada por la obediencia y porque en el fondo del alma no podía pasar sin comulgar”.

Los días y las noches se suceden en una indescriptible angustia para esta alma tan pura que se ve de repente sumergida en asquerosas visiones de pecado. Su mayor tormento es el temor de ofender a Dios; y la desaparición de la corona de espinas aumenta su inquietud.

“Estando en la adoración —escribe el DOMINGO 2 DE OCTUBRE— no me atrevía a hablar con Jesús y me dirigí a la Virgen. Si al menos Madre mía, tuviera la corona, sería una señal que me tranquilizaría mucho. Es tan buena, que vino en seguida y me dijo:

—*«No te importe, hija mía, no tener la corona en la cabeza, si la tienes en el corazón. Estas sombras con que te aflige el demonio, díselas a la Madre, pues no te dejará en paz, por ahora, aun tienes que batallar».*

Ha llegado la hora, en efecto, de los más encarnizados combates. En lucha contra la furia infernal, Josefa no se cansa de repetir con todo el ímpetu de su libre voluntad: “O ser fiel o morir”. Pronto, sin embargo, se siente como abandonada y rechazada por Dios.

Algunas veces, al recordarle ciertas palabras del Divino Maestro, recobra por un instante la paz. Entonces, su alma se concentra en un acto de amor, cuya fuerza no logra encontrar expresión adecuada. Entonces, también, puede medirse hasta qué punto la pobre víctima es sincera, y cuán doloroso y cruel es su martirio... Cuán meritoria es, en fin, su fidelidad a una vocación que tan caro le cuesta y a la que ama por encima de todo.

Mas, fuera de estos cortos intervalos, ningún medio humano consigue arrebatarse su presa al demonio ni aliviar siquiera la agonía que padece. Josefa permanece muda y abismada en un piélago de dolores. Sus comuniones son precio de un esfuerzo de fe y de energía, que sólo alcanza victoria en el último momento, porque el enemigo pone singularísimo empeño en privarla del Pan de los fuertes.

Y en esta violenta lucha pasa un mes: nada hasta ahora se ha trasladado al exterior. A pesar de tan continuas y atroces torturas Josefa cumple invariablemente con su deber cotidiano y en nada disminuye su incansable abnegación.

Pero los asaltos del infierno van a ser todavía más terribles.

“Estaba como desesperada —escribe el LUNES 17 DE OCTUBRE—; era fiesta de Santa Margarita María y le pedí,

después de comulgar, que me alcanzara del Corazón de Jesús la gracia de ser fiel o de morir antes que separarme de El. Todo el día me duró la tentación. Por la noche, como no podía dormir, empecé a pedir a la Virgen me diera luz y fuerza, pero en seguida una rabia increíble se apoderó de mí, con el propósito firme de marcharme”.

Así se levantó al día siguiente, bajo el influjo obsesionante de esta fuerza diabólica, cuya intensidad no alcanzará a medir quien no ha sido de ello testigo.

“A la hora de la Misa, me quedé barriendo el corredor de las celdas. Cuando, como un relámpago, surgió en el fondo de mi alma este pensamiento: ¿Cómo podré vivir sin Jesús? Y de pronto, sin más, me quedé en tanta paz como si nunca hubiera tenido tentaciones. Fuí corriendo a la Capilla y aun pude comulgar”.

No será la última vez que Josefa experimentará esta súbita y maravillosa mudanza, que sólo puede venir de Dios.

El demonio, empero, no cesa en sus asaltos sino por algún tiempo; continúa al acecho de toda ocasión a fin de sorprender la fragilidad de Josefa. El Señor, por su parte, no le oculta las tribulaciones que se avencinan, sino que la prepara a ellas exigiéndole mayor confianza en su Corazón, la cual multiplicará sus fuerzas y la mantendrá en humildad.

JUEVES 20 DE OCTUBRE. Con el corazón abrasado, acude al fin Jesús a consolar a su víctima. Mostrándole una copa que lleva en la mano, le dice:

—«*Todavía no has apurado más que una parte, Josefa. Pero aquí estoy Yo para defenderte*».

La pobre Hermana se horroriza y se desalienta ante tal perspectiva; siente que su naturaleza se subleva y no puede resolverse a aceptar el cáliz de dolor. Entre angustiosas luchas pasa unos días, hasta que por la noche del LUNES 24 DE OCTUBRE, la Madre de Misericordia, como siempre, se inclina “llena de ternura” —anota Josefa— hacia la miseria que clama.

—«*¡Pobre hija! —le dice— ¡Cuánto sufres! ¿Por qué no llamas a Jesús...? No temas sufrir. ¡Si vieras cuántas almas se han acercado al Corazón de Jesús en estos días de tentaciones!*»

Al día siguiente, el Señor, cuyo Corazón compasivo está más cerca de los que sufren, se presenta también a la vista de Josefa.

—«*Vengo porque me has llamado*».

Josefa que, ofuscada por el enemigo, teme haber desfallecido en la lucha, pregunta qué ha de hacer para reparar:

—«*¿Qué has de hacer? —responde el Maestro—. Amar... amar... amar*».

En la lucha terrible que va a iniciarse, el Amor tendrá la primera como la última palabra.

* * *

Persecución Encarnizada

De Noviembre de 1921 al 14 de Febrero de 1922

“Yo mismo te daré fuerza para sufrir todo lo que deseo que sufras”.

(29 de noviembre de 1921).

Josefa continúa escribiendo fielmente, como se le ha mandado, durante algunas semanas. Obediencia que se le hace cada vez más costosa porque la tentación ha llegado a ser tan fuerte, que ya no logra distinguir la parte de responsabilidad contraída, en sus momentos de ofuscación y de flaqueza.

“Desde el VIERNES 11 DE NOVIEMBRE —escribe— no he tenido un solo instante de paz y he pasado varios días y noches sufriendo mucho”.

Se acentúan en esta época las persecuciones sensibles del diablo. La azota sin piedad mientras reza o trabaja; la arrebató de la Capilla, o de otros lugares, con su fuerza invisible o la detiene en el camino, sin que valgan sus esfuerzos para avanzar, hasta que una orden terminante de la Superiora, la libra del influjo diabólico. Al mismo tiempo, violentas tentaciones contra la pureza, contra la vocación y contra la fe, la obsesionan de continuo, agotando sus fuerzas y sumiéndola en el mayor desamparo. Sin embargo, todavía le queda a su amor energía bastante para repetir, en lo más recio del combate: “Señor, aunque me maten, os seré siempre fiel”.

EL LUNES 21 DE NOVIEMBRE escribe: “Me han hecho hacer un pacto con Nuestro Señor, pidiéndole que todas mis respiraciones y los latidos de mi corazón sean otros tantos actos de amor y de deseo de permanecer fiel hasta la muerte. Esto me ha aliviado bastante y me da mucha paz”.

Otro rayito de sol vendrá a iluminar su noche oscura.

EL MARTES 22 DE NOVIEMBRE, por la mañana, está Josefa barriendo el dormitorio, como acostumbra.

“De repente sentí que me ponían con gran suavidad las manos en los hombros. Volví la cabeza y vi a la Virgen, tan hermosa y tan Madre, que se me fué tras ella el corazón. Con mucha ternura me dijo:

—«*¡Hija mía! ¡Pobrecita!*»

“Le pedí perdón y que me alcanzase el perdón de Jesús.

Este es siempre el primer impulso de su alma delicada; nada teme tanto como herir el Corazón de su Señor aunque sea involuntariamente.

—«*Nada temas, Josefa. Jesús ha hecho contigo una alianza de amor y de misericordia. Ya estás perdonada. . . ¡Soy tu Madre!*»

“No sé lo que le dije, porque no podía más de alegría y Ella cada vez más Madre. Le dí las gracias y le rogué que me devolviera Jesús la corona de espinas.

—«*Si, hija, te la devolverá. . . Si Jesús no te la trae te la traeré Yo misma*».

“Por la tarde durante la adoración vino Jesús muy hermoso, con la corona de espinas en la mano. En seguida le pedí perdón y le dije todo lo que se me ocurrió de más tierno a fin de que tuviese compasión de mí. El se acercó con mucha bondad, me puso la corona de espinas y me dijo:

—«*Medita las palabras de mi Madre: he hecho contigo una alianza de amor y misericordia. El amor no se cansa. La misericordia no se agota*».

EL MIÉRCOLES 23 DE NOVIEMBRE el Señor le recuerda que no hay descanso posible ante la desventura de las almas, próximas a caer en el abismo.

—«*Quiero que arrebatas al enemigo un alma muy amada*».

Y al preguntarle Josefa qué haría para conseguirlo:

—«*Amame, humíllate y deja que te humillen. Mira este Corazón, tan sólo en El pueden hallar las almas su felicidad y sin embargo ¡cuántas se apartan de El!*»

VIERNES 25 DE NOVIEMBRE. “Con toda la majestad de un Dios” —escribe Josefa— se le aparece Jesús.

“Y señalando el Corazón encendido, se empezó a abrir la herida y me dijo:

—«*Mira cómo mi Corazón se consume de amor por las almas. Así quiero que tú también te abrases en deseos de su salvación. Entra en este Corazón, y unida a El, repara. . . Sí, tenemos que reparar. Yo soy la Gran Víctima; tú una víctima pequeña que, uniéndote a Mi, puedes ser del agrado del Padre*».

“Se quedó un momento conmigo y luego se fué.

SABADO 26 DE NOVIEMBRE. Hacia las tres de la tarde, Josefa trabaja activamente, como suele, cosiendo los uniformes de las niñas. De pronto ve a Jesús ante sus ojos.

“Estaba muy hermoso, pero algo triste”.

—«*Pide permiso a la Madre para estar conmigo*» (1).

“Lo pedí y fui luego a la capilla de las Congregaciones. En seguida vino con la Cruz.

—«*Te he dejado descansar un poquito, Josefa; ahora déjame que descanse en tí. Deseo darte mi Cruz algunos momentos, ¿la quieres?*»

“Le dije, como es natural, que El puede hacer de mí lo que quiera, pues es mi Dios y que yo no deseo más que amarle y consolarle. El, lleno de bondad, me dijo con una expresión que llega hasta el fondo del alma:

—«*Hay tantas almas que me abandonan y tantas que se pierden! Y lo más triste es que a muchas las he colmado de dones y he fijado en ellas los ojos; en cambio, me corresponden unas con frialdad y muchas con ingratitud. ¡Qué pocas son, qué pocas, las que me devuelven amor por amor!*».

Le dió la Cruz y desapareció.

DOMINGO 27 DE NOVIEMBRE. Al acabar la Misa, Jesús le dice con un ardor que ella no acierta a expresar:

—«*Esto es lo que deseo: rodearte, consumirte, aniquilarte para que no seas tú, sino Yo quien viva en tí*».

Y acercándola a su Corazón:

—«*¿Dónde podrás encontrar la paz que Yo te hago gustar...? Pues no has saboreado todavía la verdadera dulzura... la gustarás cuando seas...*»

“Aquí tocó la campana y Jesús se fué:

LUNES 28 DE NOVIEMBRE. Josefa anota con lacónicas frases la tentación que no le deja un instante de reposo; el demonio ha recibido una potestad nueva: por primera vez, Josefa oye su voz que la persigue

(1) Sorprende a primera vista esta frase que se repite en términos equivalentes, en varias ocasiones. Nuestro Señor es Dueño Soberano y no tiene que pedir permiso a nadie para hablar con quien quiere. Pero si así le place mostrar esta deferencia hacia aquéllas que tenían sobre Josefa alguna autoridad es, sin duda, para enseñarle la humilde sumisión que debe a sus Superiores. Confirma de este modo lo que antes le dijo: “Yo también obedeceré”. La lección había de grabarse hondamente en el alma de Josefa y producir copioso fruto. Ella la recibió no sólo para sí, sino para transmitirla a las almas religiosas.

día y noche: "serás nuestra... sí, serás nuestra. Te perseguiremos... te cansaremos... te venceremos..." Estas voces la aterran pero no la acobardan.

"Durante la adoración —escribe— vino Jesús con la Cruz; se la pedí y me respondió:

—«*Si; para dártela he venido. Déjame descansar en tí... Repara las ofensas con que las almas afligen mi Corazón. ¡Cuántas de mis escogidas no son los que deberían ser!*»

"Me dejó la Cruz una hora. Cuando vino por ella me dijo:

—«*Volveré luego*».

"Por la noche, serían cerca de las doce, me desperté de repente: Jesús estaba a mi lado.

—«*Voy a dejarte la Cruz y los dos vamos a reparar*».

"Le supliqué que me ayudara; porque ¡soy tan poca cosa! El lo sabe...

—«*No mires tu poquedad, Josefa, mira la omnipotencia de mi Corazón que te sostiene. Soy tu Fortaleza y el reparador de tu miseria. Yo te daré fuerza para sufrir todo lo que deseo que sufras*».

"Se fué y a eso de las tres volvió:

—«*Dame la Cruz —me dijo— pronto te la devolveré*».

En efecto EL MARTES 29 DE NOVIEMBRE, a primera hora, estando ella en oración, se la entrega de nuevo. El duro peso oprime el hombro de Josefa, pero Jesús está con ella y la acompaña, primero al trabajo; luego, a misa. Después de la comunión le recuerda el secreto de la verdadera generosidad con estas palabras:

—«*Ahora tú vives en Mi y Yo soy tu fortaleza. ¡Ten ánimo! ¡Lleva mi Cruz!*»

"Luego he ido a mis quehaceres y llevaba la Cruz —escribe con heroica sencillez.

Al poco rato, Josefa siente otra vez los golpes y los gritos horribles del demonio. Le parece que le faltan las fuerzas y que se va caer.

"Me apuré mucho —escribe— y empecé a rogar al Señor que me ayudase. Estaba planchando, y en seguida le vi, hermosísimo".

A su lado se siente segura y no teme desahogar su corazón en el Corazón compasivo de Jesús. El le responde con infinita bondad:

—«*Cuando sientes que el enemigo te quiere hacer caer dile que tienes quien te sostenga con fortaleza divina*».

“Desde este día me atormentó el demonio todavía más”.

Los azotes que hasta ahora ha sufrido Josefa, si bien quebrantan todo su cuerpo, no dejan en él ninguna huella visible. En la noche del DOMINGO 4 DE DICIEMBRE, padece un nuevo género de tormento. El demonio la arroja brutalmente de su lecho, la derriba en el suelo, la azota hasta dejarla casi sin sentido, mientras vomita injurias contra ella y blasfemias horribles contra Dios y la Virgen María. Largas horas dura este indecible tormento que se renueva en las dos noches siguientes:

“Al fin de una de esas noches que fué un verdadero infierno, no sabiendo qué hacer me puse de rodillas junto a la cama, y me esforzaba para olvidar los disparates que oía contra el Señor y la Virgen. De repente escuché como un rechinar de dientes y gritos de rabia y vi delante de mí a la Virgen, hermosa como siempre.

—«Nada temas, hija mía, Yo estoy aquí».

“Le conté mis temores y lo que el diablo me hace sufrir”.

—«Te puede atormentar pero no te puede dañar. Está furioso por las almas que se le escapan. ¡Valen tanto las almas! No puedes comprender el valor que tiene un alma».

“Me bendijo diciendo:

—«No tengas miedo».

“Le besé la mano, y se fué”.

Esta consoladora visita de la Santísima Virgen y el precio de las almas que le trae a la memoria, preparan el alma de la Hermana para combates de los que hasta ahora no tenía ni idea.

Será la última aparición durante el tiempo de prueba. En el trágico escenario de la lucha queda solo el demonio... y Dios, invisible, pero atento a custodiar aquel frágil tesoro, tan amado de su Corazón.

De un sufrimiento en otro, se va aquilatando en sus luchas cotidianas, el amor generoso de esta alma escogida.

Josefa ya no puede escribir, pero las Madres que la siguen y escuchan sus angustiosas confidencias, toman nota detallada de lo que ven y oyen.

EL MARTES 6 DE DICIEMBRE, al salir de la capilla, después de confesarse, sale de súbito al encuentro de Josefa un enorme perrazo negro arrojando por ojos y boca llamaradas de fuego. El terror la paraliza un instante, pero enseguida se repone; extiende la mano, armada con el santo rosario, y marcha hacia adelante. Por escaleras y pasillos, por todas partes, la persigue en vano el perro furioso. Fracasado este su primer ardid, acude Satanás al segundo, y entonces es una serpiente la que, engreída, se yergue a su paso. Vencido de nuevo, toma la forma que mayor temor ha de infundir en Josefa, la forma humana. Nada escatima el encarnizado enemigo para triunfar de la pureza virginal de esta alma frágil al parecer, pero fuerte con la fortaleza de Aquél que ha prometido sostenerla. Lucha heroica la que sostiene la pobrecilla, en toda esta temporada has-

ta vencer... A trueque de un temple superior a sus recursos no se alteran en lo más mínimo ni su fidelidad, ni su invariable abnegación, por más que se multipliquen, a lo largo del día, los espantables encuentros. Y cuando la prueba que la purifica adquiere mayores proporciones, mayor es también el abandono filial de Josefa en los brazos de Dios.

El 28 DE DICIEMBRE, a eso de las siete de la tarde, vuelve ella del trabajo con las demás Hermanas, cuando le sale al paso su implacable verdugo. Con la rapidez del rayo la coge, se la lleva y la esconde en un desván donde la atormenta durante un buen rato. Desde este día no tiene una hora de sosiego. El demonio la arrebató donde y cuando quiere, burlando toda vigilancia, salvo la de Dios. Aun a los ojos de las mismas Madres que nunca la perdían de vista, desaparece como el relámpago y sólo al cabo de prolongadas y minuciosas pesquisas la encuentran en sitios inverosímiles, en los que, por sí sola, jamás hubiese podido penetrar. Después de haber estado como emparedada, medio aplastada, arrastrada por el enemigo que en ella se ensaña, casi exhausta vuelve otra vez a la vida para nuevos combates. Noches de mortal angustia para sus Superiores, aquéllas en que no habiendo logrado dar con la Hermana, tienen que abandonarla a la amorosa providencia del Padre Celestial y aguardar a que El extienda su brazo poderoso; nadie vela por la Mensajera de su Amor con mayor solícitud que el Corazón de Jesús. Cuando llega su hora, interviene para afirmar sus derechos de Dueño y de Señor y mostrar que "las puertas del infierno no prevalecerán". El demonio abandona entonces su presa, vomitando blasfemias se hunde en sus antros aniquilado por el poder divino. Josefa, libre de su opresión, se levanta extenuada, pero consciente; ora, recobra fuerzas y valor, y reanuda sus humildes tareas.

Todo el furor del enemigo no logrará dominar la inquebrantable energía de aquella criatura, al parecer tan débil pero revestida de la fortaleza de Dios. Y como si la rabia diabólica creciera ante esa resistencia, intenta para vengarse, revelar a los ojos profanos el secreto que rodea las vías misteriosas de su víctima.

Pero en vano: nadie llega a darse cuenta de las desapariciones de Josefa, nadie, fuera de las Superiores la encuentra en los escondrijos donde el demonio la oculta.

Así ha pasado el mes de diciembre... pero todavía queda tiempo para que iluminen su alma las claridades de Belén. No ya canto de ángeles, sino la voz dulcísima del Niño Jesús que la llama por su nombre, la recrea con el más puro gozo.

El 1º DE ENERO DE 1922 "durante la misa de nueve —escribe— ya casi en la elevación, sentí una voz como de un niño que me llenó de alegría:

—«Josefa, ¿me conoces?»

"En seguida vi delante de mí a Jesús, chiquitito, como un niño de un año o algo más, vestido con la túnica blanca de otras veces, pero más cortita. Los pies descalzos y el pelito rubio. ¡Estaba encantador! Le conocí en el acto. ¡Ya lo creo que os conozco!, sois mi Jesús. Pero qué pequeñito sois, Señor... Sonrió y me dijo:

—«*Soy pequeñito pero mi Corazón es muy grande.*»

“Se llevó la manita al pecho y vi su Corazón. No sé decir lo que sentí en el mío... Así que le dije mil cosas. Señor, si no tuvierais este Corazón no podría amaros tanto; pero vuestro Corazón me trastorna. Con ternura indecible El replicó:

—«*Por eso he querido que lo conozcas y te he puesto muy dentro de El.*»

“Le pregunté: Jesús mío, ¿he terminado ya de sufrir por ahora?

—«*Todavía tienes que sufrir un poco más; y añadió: necesito corazones que amen, almas que reparen, víctimas que se inmolen... pero, sobre todo, almas que se abandonen.*»

Entonces Josefa le confía su gran preocupación: si no habrá padecido detrimento la pureza de su alma o al menos su inocencia “porque antes, no conocía yo ninguna de estas cosas con que el diablo me atormenta”.

—«*No temas, tu alma está cubierta con mi Sangre y nada te puede manchar.*»

Y aludiendo a las palabras que, en los días de prueba, la han fortalecido más de una vez:

—«*Tus Madres han hallado la fórmula del abandono: el demonio no tiene más poder que el que viene de arriba. Diles que Yo estoy por encima de todos los enemigos.*»

Dicho esto, el Divino Niño se despide, con una lección de humildad.

—«*He querido hacerme tan pequeñito, Josefa, para que tú también seas muy pequeña. Y he querido así humillarme para enseñarte cómo debes ser.*»

“Me bendijo con su manita y se fué”.

Aquí se interrumpen de nuevo las notas de Josefa. Aquella misma noche la tentación se vuelve a presentar y con mayor violencia. Doce días de cruelísima persecución sumergen su alma en un mar de dolores, agonías, casi de desesperación. Mas no por eso flaquea su valor.

EL MIÉRCOLES 11 DE ENERO, en el instante en que llega para tranquilizarla, su Director espiritual, el demonio la arrebató y la hace desaparecer. Sólo después de prolongada y espantosa lucha, logra Josefa escapar a su influjo y recibir la bendición del Padre. Este, a fin de crear entre el Señor y ella un nuevo compromiso, que le sirva de escudo y protección le aconseja que se obligue con voto de virginidad privado, hasta que llegue el momento de pronunciar los votos religiosos. De rodillas, inundada de gozo, promete a Jesús fidelidad de esposa hasta la muerte. Ofrece esta consagración para reparar los ultrajes que oye, horrorizada, cuando el demonio blasfema de la pureza de María.

Este acto, tan espontáneo como generoso, la llena de santa paz. Y

revestida de nueva fortaleza se enfrenta con el demonio que intenta vengarse con rabia infernal. Pero no tiene más poder que el que le viene de arriba; y una vez más la planta virginal de la Señora quebranta la cabeza de la serpiente.

“EL JUEVES 12 DE ENERO por la mañana —escribe Josefa— mientras me atormentaba el diablo horriblemente, de repente vino la Virgen y con sus propias manos, me levantó del suelo y me dijo:

—*«Hija mía, basta por esta vez, Jesús te defiende y Yo también. ¿Crees que va a abandonar a su esposa? No tengas miedo, Josefa».*

“Me dió su bendición y se fué”.

Algunos instantes después, durante la acción de gracias, el mismo Jesús se le muestra y aludiendo al voto de virginidad:

—*«Josefa, esposa mía ¿sabes lo que han hecho con este voto tus Superiores? Han obligado a mi Corazón a que cuide de tí de una manera especial. Diles que me han dado mucha gloria».*

“Le pregunté si la prueba ya había terminado.

—*«Quiero que te abandones a sufrir o a gozar, que estés dispuesta a recibir los tormentos del demonio o mis consuelos».*

La vía del abandono, es, pues, la que el Señor le traza, y constantemente insiste para que no se desvíe de ella. Quiere verla avanzar a ojos cerrados, segura de Él y libre de toda preocupación y recelo.

En cuanto a su Director, el R. P. Boyer, procura también mantenerla en humildad y espíritu de fe, como Jesús desea.

“Me ha dicho —escribe Josefa— que tenía que hacerme muy pequeña y ponerme debajo de todo el mundo; que me considere como la más indigna de las criaturas.

Jesús aprueba y repite la misma recomendación.

—*«Josefa, ¿te has dado cuenta de las palabras que te ha dicho el Padre? Quiero que seas muy pequeña, que te humillen, que te triturén. Déjalos hacer y deshacer según los planes de mi Corazón».*

Aquella misma noche, por primera vez, la Santísima Virgen le deja entrever que su destierro será breve. Josefa le expresa el deseo de permanecer en el sacrificio de su patria:

—«Morirás aquí, en Francia; antes de diez años ya estarás en el Cielo» (1)».

“Creo que fué el 13 o el 14 DE ENERO, cuando el diablo me empezó a atormentar de nuevo y con más furia para hacerme perder la vocación. También quiso engañarme, tomando la figura de Nuestro Señor.

De nuevo se interrumpen las notas de Josefa. Los ataques diabólicos se multiplican y se la oye a veces contestar a sus amenazas con este valiente reto: “Bueno, pues, ¡mátame!” Entonces el demonio cambia de táctica, transformado en ángel de luz, se presenta a Josefa con los mismos rasgos de Jesucristo. La primera impresión es de desorientación y duda, pero muy pronto descubre la supercheria. Las palabras que escucha carecen del sello de humildad y grandeza, suavidad y fuerza, que caracteriza el lenguaje del Divino Maestro. Su alma rechaza por instinto aquella visión que no le infunde paz ni seguridad.

A pesar de su derrota, el diablo intentará varias veces repetir el engaño. Pero Josefa, gracias a la humilde desconfianza de sí propia, y a la confianza en sus Superiores, a quien obedece ciegamente, como al mismo Dios, triunfará de este nuevo peligro. Por indicación de su Director espiritual, a la vista de cada aparición, renovará el voto de virginidad; más tarde, los tres votos de religión. Jamás podrá el demonio soportar este acto de fe y de amor sin turbarse, cambiar de actitud y de figura, traicionarse, en fin, a sí mismo y desaparecer entre blasfemias como un impostor cogido en sus propias redes. Andando el tiempo, añadirá Josefa a la renovación de votos, las Divinas Alabanzas, pidiendo a las apariciones que las repitan. El Señor, la Virgen, la Santa Fundadora accederán a ello con visible complacencia, pero el demonio, el que no puede amar, jamás podrá pronunciar estas palabras de bendición y loor al Dios tres veces santo. Al verse descubierto, se exaspera su rabia contra aquella criatura que con ser tan frágil, tan fácilmente le vence: la llena de injurias, la amenaza, la incita con más violencia al pecado y a abandonar su vocación. Otras veces, apoderándose misteriosamente de su espíritu, oscurece su razón con obsesiones constantes y tan fuertes que parece llevarla al borde de la desesperación.

Sin embargo —y aquí es donde se revela el espíritu que la guía y el amor que la sostiene— en medio de esta vida de sufrimiento, de humillación y de prueba. Josefa no se aparta un punto de la Regla ni de la vida común y atiende asiduamente a su trabajo. Con incansable actividad acude a las limpiezas que a su cargo tiene. Cuida de la Capilla de las Congregaciones, hace frente a todos los detalles de la ropería y todavía le sobra tiempo y abnegación para prestarse a ayudar a quien solicite su cooperación, que todas, en la casa, aprecian y buscan.

Al verla siempre igual, siempre amable, ¿quién podrá sospechar los tormentos y angustias por que está pasando? No podemos menos de reconocer aquí una especial Providencia, que atestigua la realidad de la acción divina obrando misteriosamente en esta alma privilegiada.

(1) El 21 de julio de este mismo año, para animar a Josefa en horas difíciles, le dijo: “Antes de 3 años ya estarás en el cielo. Te lo digo para darte ánimo”.

El 3 DE FEBRERO, Primer Viernes de mes, el R. P. Boyer, condescendiendo con el deseo de Josefa, le permite añadir al voto de virginidad el de perseverar hasta la muerte en la Sociedad del Sagrado Corazón, si las Superiores lo aprueban y consienten. Este segundo voto es para ella fuente de nuevas gracias, de donde saca una fortaleza intrépida y decidida a sufrir y a luchar hasta que Dios quiera.

El DOMINGO 12 DE FEBRERO por la tarde, estando en la Capilla de las Congregaciones, durante la Bendición del Santísimo, de pronto, acabada la función religiosa, ve a su lado la figura purísima de la Virgen María. Su corazón se estremece ¡cuánto tiempo hace que no la ha visto! ¿Será ilusión...? Pero no. La paz que inunda su alma al oír la voz de la celeste aparición, no da lugar a dudas: siempre se reserva la Virgen la maternal prerrogativa de derramar en las noches oscuras de Josefa, un rayo de luz.

—*«No temas, hija mía. . . Soy la Virgen Inmaculada, Madre de Jesucristo, tu Redentor y tu Dios».*

“Si sois la Madre de mi Jesús permitid que renueve delante de Vos el voto de virginidad que tengo hecho, hasta que tenga la dicha de pronunciar los votos religiosos, en la Sociedad del Sagrado Corazón. También renuevo en vuestras manos el voto de permanecer toda la vida en esta amada Sociedad y de morir antes que ser infiel a mi vocación”.

La Virgen, complacida, la mira con ternura. Y extendiendo su mano sobre la cabeza de Josefa, que la contempla embelesada, le dice:

—*«No tengas miedo, hija mía, Jesús te defiende y tu Madre también».*

La bendice, le da a besar su mano y desaparece.

No cede el enemigo, sin embargo. Aquella misma tarde, atormenta a Josefa con espantosa furia, mas ella sigue resistiendo, animada con el recuerdo de la sonrisa y de las palabras de su Madre.

Al día siguiente, LUNES 13 DE FEBRERO, oye la voz del Señor.

—*«Ven, no temas, soy Jesús».*

“No sabía si era El, pero fui a decírselo a las Madres y me dieron permiso para ir a la Tribuna. Allí me esperaba.

—*«Sí, soy Jesús, el Hijo de la Virgen Inmaculada».*

Nunca el demonio, a pesar de su audacia, podrá pronunciar estas palabras.

“¡Señor! ¡Mi único Amor! . . . Si sois Vos dejadme renovar los dos votos en presencia vuestra. Jesús me escuchaba, creo que con agrado. Cuando terminé me dijo:

—*«Di a tus Superiores, que porque has sido fiel en cumplir mi Voluntad, Yo también seré fiel. Diles que esta prueba*

ya ha pasado. No sabes cuanta gloria ha resultado de ella para mi Corazón. Tú, descansa en Mí y en mi paz como Yo descanso en tus sufrimientos».

“Aquí, me abrió los brazos y me acercó a su Corazón”.

Luego, el Maestro, señala las condiciones de paz.

—«*Déjame libertad para obrar en tí*».

Y con un gesto de indecible amor le abre su Corazón.

—«*Ven y descansa aquí*».

“Me abismó en El y me hizo gustar una felicidad tan grande, que me parecía estar en el cielo.

—«*Si me eres fiel, me dijo, vivirás en mi Corazón y no saldrás nunca de El*».

* * *

Días de Tregua

Del 14 de Febrero al 3 de Marzo de 1922

“No creas que te amo más ahora que te consuelo, que antes, cuando te hacía sufrir”.

(14 de febrero de 1922)

La Divina Providencia, que sabiamente dispone todas las cosas con peso y medida, va a proporcionar a Josefa unos días de descanso antes que descargue sobre ella otra borrasca mayor.

Josefa, tan valiente en la lucha y abandonada a la voluntad divina en el padecer ¿está a la misma altura cuando el Señor le exige el sacrificio de lo que más le cuesta, el camino ordinario y la vida común?... Esta es siempre la brecha por donde hallan entrada en su alma las tentaciones; pero es también la fuente de una humilde contrición y generoso propósito de enmienda, llaves poderosísimas para abrir los tesoros inagotables de los perdones divinos.

MARTES 14 DE FEBRERO. “Durante la Misa —escribe— me estaba preparando para comulgar, y sentía verdadera hambre de recibir a mi Jesús. Un poco después de la Elevación, vino y me dijo:

—«*Si tú tienes hambre de recibirme, Yo también tengo hambre de que me reciban mis almas. ¡Es tanto el consuelo que encuentro entrando en su corazón!*»

“En seguida de comulgar, le volví a ver, extendió las manos y me invitó a besar sus Llagas:

—«*Acércate y besa mis Llagas*».

—“*Jesús mío, yo no puedo con tanto consuelo*”.

—«*Toda esta dulzura no es nada en comparación del bálsamo que me has proporcionado con tus sufrimientos, tu abandono y tu sumisión a mi Voluntad. No creas que te amo más ahora que te consuelo, que antes, cuando te hacía sufrir*».

“Después de un rato de silencio, prosiguió:

—«*No puedo dejarte sin sufrimiento pero tu alma ha de conservar la paz aun en medio de estos dolores*».

“Este día por la tarde, entré en gran tentación”.

El demonio, en efecto, no se da por vencido. Si por algún tiempo se le han prohibido los medios extraordinarios, continúa acechando para ver si, por algún punto vulnerable, consigue introducirse y hacer caer a Josefa en alguna resistencia o imperfección. Excita su antigua repugnancia por el camino excepcional que el Señor le ha trazado, con pretexto de amor a la vida común.

Cuatro días de lucha, con algunas vacilaciones y debilidades, que ella cuenta con todo detalle en sus apuntes.

Jesús, lleno de compasión, acude en su auxilio el VIERNES 17 DE FEBRERO.

—«*¡Pobre Josefa! ¿Qué harías si no tuvieses mi Corazón? Pero, no temas; cuantas más miserias encuentro en tí, con más ternura te amo*».

SABADO 18 DE FEBRERO. “Le supliqué me diera un amor verdadero, porque creo que si supiera amar, me sabría vencer. Durante la oración, vino y me dijo:

—«*Si, Josefa; quiero que tu alimento sea: amor y humildad, y no olvides que has de vivir abandonada a mi voluntad y siempre alegre, porque mi Corazón cuida de tí con inmensa ternura*».

“Yo le manifesté mi dolor por no saber vencerme y que estoy llena de miedo, porque no correspondo a su bondad”.

—«*No temas, échate en mi Corazón, déjate guiar y esto basta*».

DOMINGO, 19. Después de la elevación de la Misa Jesús le muestra sus llagas resplandecientes de luz:

—«*Aquí traigo a mis almas para que se purifiquen y se abrasen. Aquí encuentran la verdadera paz y Yo espero encontrar en ellas el verdadero consuelo*».

“Le pregunté cómo podemos consolarle, estando tan llenas de miserias y de debilidades. Respondió, señalando su Corazón:

—«No me importa, con tal que vengan a Mi llenas de amor y confianza. Yo puedo suplir todo lo que les falta».

Se acercan los días de Carnaval, en que el desenfreno de las pasiones multiplica, como en ninguna época del año, las ofensas a Dios. Jesús viene a pedir consuelo a su confidente.

El JUEVES 23 DE FEBRERO, estando Josefa en el planchador, ve de pronto al Señor junto a ella:

—«Quisiera estar un poquito contigo» —dice.

Con su fidelidad acostumbrada, ella contesta que ha de pedir permiso. Jesús la sigue, hasta llegar a la celda de la Superiora:

“Lamé dos veces y como no me respondía, ya me iba a marchar, cuando Jesús me dijo:

—«Vuelve a llamar».

“Me dió la Madre el permiso y fui a la tribuna. Jesús seguía a mi lado. Por el camino, le empecé a pedir perdón de haber sido poco generosa en hacer las mortificaciones que me pide, con ser tan pequeñas; le prometí que ya sería muy fiel en estas cositas, que sé le agradan; y si queréis más, Jesús mío, decidmelo que lo haré”.

—«Ama, Josefa; el amor consuela, el amor se humilla, el amor lo hace todo. En estos días en que tanto se me ofende, quiero que seas mi cirineo: me ayudarás a llevar la cruz. Es la cruz del amor... La cruz del amor a las almas. Tú me consolarás y los dos sufriremos por ellas».

Al día siguiente, la Santísima Virgen confirma esta petición de su Divino Hijo.

VIERNES 24 DE FEBRERO. “Toda la tarde la había pasado hablando con la Virgen. Y en la Adoración, le seguía diciendo que, ya que es mi Madre, me enseñe a amar a Jesús y a consolarle, pues no deseo otra cosa. Pero mi flaqueza es muy grande, y a pesar de mis buenos propósitos, caigo en seguida; y creo que esto es falta de amor. Mientras así le hablaba, vino, ¡tan hermosa y tan Madre!... Cada vez que la veo me parece más hermosa y siento más confianza y más paz. Con mucha ternura me dijo:

—«Si, hija mía, si eres dócil y generosa, serás el consuelo

de su Corazón y del mío; Jesús será glorificado en tu miseria...»

“Luego, posando su mano en mi cabeza:

—«Mira —añadió— cómo ofenden y ultrajan a Jesús los mundanos. No desperdicies la menor ocasión de reparar y ofrecerlo todo por las almas. Sufré con gran amor».

El SABADO 25, hacia las ocho de la mañana, cuando va a cerrar las ventanas del claustro ve al Señor cargado con la Cruz, en el oratorio de San Estanislao.

“Entré y me dijo”:

—«Consuélame, Josefa, porque las almas me crucifican de nuevo. Mi Corazón es un abismo de dolor. Los pecadores me pisotean y me desprecian. Nada hay para ellos menos digno de amor que su Criador».

“Me dejó la Cruz y se fué. Por la noche, pasadas las diez, volvió con una Cruz muy pesada, la corona de espinas, y ensangrentada su divina faz.

—«Mira cómo estoy» (1).

“Le pedí que me diera parte en su dolor para que El descansara un poco”.

—«¡Cuántos pecados se cometen! ¡Cuántas almas se pierden...! Vengo a buscar alivio en estas almas que no viven más que para consolarme».

“Se quedó unos instantes en silencio, con las manos juntas. Estaba muy triste, pero muy hermoso. Sus ojos hablaban más que sus labios. Después me dijo:

—«Muchas almas corren a su perdición y mi Sangre es inútil para ellas».

“Le ofrecí todo cuanto tengo: Los actos de amor, los sufrimientos de todas las almas buenas de esta casa, de la Sociedad... el amor de la Virgen... En fin, todo lo que me parece que le puede consolar.

—«Los pecadores excitan la cólera divina, pero las almas

(1) El Señor se mostraba a Sor Josefa, como revestido actualmente del dolor de los pecados de hoy. Sabemos que su Santa Humanidad gloriosa ya no puede sufrir. Pero actuaba delante de ella, como lo hizo con Santa Margarita María, los sufrimientos que le cousaron en su Pasión los pecados y las ofensas de ahora. Josefa discernía muy bien los consuelos que su participación en los dolores de Jesucristo, habían proporcionado a su Corazón, ya que en la hora de su Pasión todo le estaba presente.

que aman, se inmolan y se consumen como víctimas de reparación, atraen la misericordia de Dios. Esto es lo que salva al mundo».

Luego se despidió, pero yo le pedí que esperase un poquito, si así descansaba.

—*«Tengo otras almas que también me consuelan. Pero te dejaré parte de mis sufrimientos».*

“Se fué. Creo que era la una o algo más. Yo me quedé con la Cruz hasta las cuatro”.

El DOMINGO 26 DE FEBRERO, empiezan las Cuarenta Horas. Ante el Santísimo manifiesto, se van turnando las Religiosas, en constante homenaje de reparación y amor. Josefa, fundida en el conjunto, pasa completamente inadvertida, sin que nadie sospeche que aquella Hermanita recogió en nombre de todas, divinas e inefables confidencias.

“Durante la Misa de las nueve, ha venido Jesús mostrando su Corazón, hermosísimo; muy encendido, parecía el sol.

—*«Este Corazón es el que da vida a las almas. El fuego de su amor es más fuerte que la indiferencia y la ingratitud de los hombres. Este Corazón es el que da impulso a las almas escogidas, para consumirse y morir, si es preciso, para probarme su amor».*

“Decía estas cosas con una fuerza que penetraba hasta el fondo del alma. Luego, me ha mirado y me ha dicho:

—*«Los pecadores me llenan de amargura. ¿No querrás reparar su ingratitud, tú que eres víctima de mi amor?»*

“Le he preguntado qué podía hacer yo, pues de sobra conoce mi pequeñez”.

—*«Entra en mi Corazón. Aquí hallarás fortaleza para sufrir. No pienses en tu pequeñez. Poder tiene mi Corazón para sostenerte. Es tuyo: toma de El cuanto necesites. Consúmeme en El; ofrécelo al Padre Celestial. . . No vivas más que esta vida que es vida de amor, de sufrimiento y de reparación».*

“Por la tarde a eso de las tres volvió otra vez y me dijo:

—*«Vengo a refugiarme aquí, porque lo que son las murallas para una ciudad eso son las almas fieles para mi Corazón. Me defienden y me consuelan».*

“Durante la adoración continuó:

—*«El mundo corre a su perdición. Busco almas que reparen tantas ofensas pues mi Corazón se consume en deseos de perdonar. Sí. . . perdonar a mis amados hijos por los cuales*

derramé toda mi Sangre... ¡Pobres almas! ¡Cuántas se pierden! ¡Cómo se precipitan en el infierno...! Pero no temas; si no te apartas de Mi serás fuerte con mi misma fortaleza y mi poder será tu poder».

“Se fué y yo seguí con el peso de la Cruz”.

El lunes de Carnaval y la noche siguientes los dolores de Josefa fueron creciendo, así en el cuerpo como en el alma de tal manera que el martes por la mañana estando en el lavadero... “el dolor de costado —escribe— era tan fuerte que no podía respirar”; no tuvo más remedio que retirarse un rato a su celdilla consagrada por tantas visitas del Señor.

“Jesús vino en seguida muy hermoso y su Corazón como un sol encendido”.

—«¡Cómo me ofenden las almas! pero lo que más me destroza es que ellas mismas se precipitan ciegamente en su perdición. Ya puedes comprender cuánto sufro al ver como se pierden tantas almas que me han costado la vida. Este es mi dolor: que mi Sangre sea inútil para ellas. Vamos los dos a reparar y desagraviar a mi Padre Celestial».

“Entonces, uniéndome a su Corazón ofrecía sus sufrimientos”.

Josefa se complace en describir una vez más, con todo detalle, la actitud suplicante del Maestro: sus manos juntas, sus ojos levantados al cielo, su silencio... todo en El habla de su divina y constante ofrenda al Padre Celestial.

—«Dí a las Madres que esta casa es para Mi un jardín de delicias. Aquí vengo a buscar consuelo cuando los pecadores me hacen sufrir. Diles que soy el Dueño de esta casa y que es un refugio amado donde descansa mi Corazón... No busco ni deseo grandes cosas. Lo que pido, lo que me consuela, es el amor que mueve a obrar. Sí, es el amor, sólo amor... y ese amor me lo dan mis almas».

Por la tarde, durante la Reserva, que clausura las Cuarenta Horas, Jesús se le aparece de nuevo, circundado de resplandores que brontan de su Corazón.

—«Un grupito de almas fieles alcanzan misericordia para un gran número de pecadores —dijo—. Mi Corazón no puede permanecer insensible a tantas súplicas... Buscaba quién me consolara y lo encontré».

El 1º DE MARZO, Miércoles de Ceniza, se presenta Jesús, ensangrentada su divina faz, y le dice:

—«No hay una sola criatura en la tierra tan despreciada y ultrajada como Yo. ¡Pobres pecadores! Les he dado la vida y ellos buscan darme la muerte. Estas almas que tan caro me costaron no sólo me olvidan, sino que llegan a convertirme en objeto de burla y de desprecio».

Y después de un instante de silencio:

—«Tú, Josefa, ven, acércate a Mí. . . descansa en este Corazón y participa de su amargura. . . Consuélame. . . Amame. . . Mira que son muchas las almas que me llenan de dolor».

“Me hizo descansar sobre su pecho y sentí tal angustia en el alma que no lo puedo explicar. Lo que más me hace sufrir es que no puedo darle consuelo como quisiera, pues veo mi incapacidad, pero me uno cuanto puedo a Jesús y le ofrezco su mismo sufrimiento para suplir lo que a mí me falta. Estuve mucho rato así, sin poder decir nada. Sólo adorando, humillándome mucho y pidiendo perdón por los pecadores. Después me dijo El:

—«Sí, repara por las que deberían hacerlo y no lo hacen».

“En este momento tocaron para salir de la adoración. Salí de la Capilla y Jesús seguía a mi lado”.

—«Josefa, ve a preguntar a la Madre si te permite estar conmigo. Puedes seguir trabajando».

“Cuando me dió permiso fuí a la tribuna un poquito y después a la ropería, porque creí que le agradaría más. Jesús seguía a mi lado. De vez en cuando decía:

—«Pide perdón por los pecados del mundo. Cuántos pecadores. . . ¡Cuántas almas perdidas! Y almas que me conocen. . . que me amaron un día, pero hoy prefieren el goce y el placer. ¡Por qué así me maltratan? ¡No les he dado pruebas bastantes de mi amor? Y ellas correspondieron pero ahora me ponen debajo de sus pies. . . se burlan de Mí. . . Mis designios sobre ellas se frustran. . . ¡Dónde hallaré consuelo?»

“Yo le dije: aquí, Señor, en esta casa, en nuestras almas. Todavía hay muchas almas que os aman en todas partes.

—«Sí, pero quisiera aquéllas. . . ¡Las amo demasiado para dejarlas!»

“De nuevo me ofrecí hasta que se arrepientan; Jesús seguía junto a Mí; me dijo varias veces:

—«*Recoge la Sangre que derramé en mi Pasión. Pide perdón por el mundo entero, por estas almas que conociéndome me ofenden. . . Y ofrécete para expiar tantos pecados*».

“Estuvo conmigo hasta eso de las 11 de la noche; después se fué. Yo me quedé con la Cruz, el dolor de costado y muy angustiada, hasta después de las tres que se me pasó. En seguida me dormí, porque estaba muy cansada”.

¿Quién pensará que Josefa pudiera flaquear después de haber experimentado tan íntimamente el amor del Divino Maestro y saboreado la amargura que le causa la ingratitud? Y sin embargo, la tentación se acerca, y el Señor, siguiendo sus insondables designios, permitirá, como en otras ocasiones, que la debilidad de la criatura aparezca patente como medio escogido por la Sabiduría Divina para mantenerla en humildad; tantas gracias por una parte, tantos peligros por otra, necesitan el contrapeso de una constante experiencia de su bajeza y de su nada.

El 2 DE MARZO, JUEVES, Josefa confiesa humildemente en sus notas que, al preguntarle el Maestro “Si quería consolarle” había resistido interiormente porque

“estaba muy atrasada en mi trabajo de ropería”.

—«*Ve a pedir permiso enseguida —insistió Jesús—. Necesito víctimas que me consuelen y reparen y si aquí no las encuentro ¿dónde iré?*»

“Fuí a pedir permiso, pero Jesús no volvió, y aquella misma tarde me quitó la Cruz y la corona de espinas.

“Imposible expresar la pena que sentí, porque, en verdad no deseo vivir más que para consolarle, pero mi flaqueza es muy grande”.

Pasa el día siguiente PRIMER VIERNES de mes en medio de la mayor ansiedad, rogando sin cesar a la Virgen Santísima que le alcance el perdón de su infidelidad.

“Bien sabe Ella —escribe— que no es mi voluntad sino mi debilidad”.

Llena de compasión María acude a tranquilizarla.

—«*Quédate en paz, hija; si tú quieres, Jesús vendrá a consolarse contigo. ¡Si supieras cuánto lo desea! Pero no olvides que eres libre de darle o negarle tu amor*».

Aunque parezca increíble este arrepentimiento fué pasajero; Josefa cuenta humildemente y con todo detalle lo que llamará siempre su mayor pecado.

“Aquella misma noche, vino Jesús. Estaba muy hermoso, pero triste. Me miraba. . .

—«Si, te daré mi Cruz y mi corona... Déjame al menos descansar en ti, Josefa, ya que son tantas las almas que me apenan. ¡Estas almas que tanto amo... ¡Cuántas se pierden».

Y como ella le pidiese perdón y se ofreciese a cumplir sus designios:

—«No me niegues el consuelo que te pido. Pues aunque son muchas las almas que me aman y me consuelan, ninguna puede ocupar tu lugar, porque he fijado en tí mis ojos con especial amor».

Al oír estas palabras, Josefa siente levantarse en su interior un cúmulo de repugnancias y rebeldías frente a esta senda de gracias extraordinarias que le traza el Señor. Ella llamará a este momento el de "su ingratitud"; Jesús que penetra los corazones, sabrá discernir lo que hay de natural e invencible en aquellos temores, que toda la energía de su generosa víctima no logrará nunca extinguir del todo; y su Corazón de Padre la mirará con infinita compasión.

—«Si supieras cuánto me ofenden —le dijo entonces— no rehusarías mi Cruz. ¿Sabes cuál es mi Cruz? Es darme libertad para llamarte cuando te necesite, sin mirar el sitio, ni la hora, ni la ocupación. Bástate saber que pido consuelo y que te defendiendo de cuanto puedan pensar o decir de ti. ¿Acaso no eres mía?... Si Yo estoy contigo ¿qué importa que el mundo entero esté contra ti?»

"Lo diré para mi gran humillación —prosigue Josefa—: le contesté como si no tuviera sobre mí ningún derecho y le supliqué no me obligara a seguir este camino... Me miró con mucha tristeza y me dijo:

—«No te puedo abandonar porque te amo demasiado; pero si así lo quieres, hágase tu voluntad... La herida de mi Corazón, nadie sino tú la podrá cerrar».

"Me quitó la corona y la Cruz y se fué".

Algunos días después escribe:

"No puedo decir cuánto estoy sufriendo porque es un tormento que con nada se puede comparar. Primero porque sé cómo he herido a Jesús, y segundo, porque si Jesús no vuelve, mi vida será un martirio; pues ha sido mi resistencia lo que ha hecho cambiar los designios que tenía sobre mí".

Todavía no ha sondeado los abismos de misericordia del Corazón de Jesús. Por grande que sea su debilidad, los designios de amor no se han mudado. Van a desarrollarse en otro plano, eternamente previsto por la Divina Sabiduría.

*En las Tinieblas del Más Allá**Del 4 de Marzo al 15 de Abril de 1922*

*"No olvides, hija mía, que nada sucede que
no entre en los planes de Dios".*

(Santa Magdalena Sofía a Sor Josefa)

(14 de marzo de 1922)

Va abrirse ante Josefa la etapa más misteriosa de su vida. A primera vista, parece un castigo de la Justicia Divina por su resistencia al llamamiento de Dios.

Mas, por encima de esta oscura trama, se destaca muy pronto un designio de amor: La predilección divina, que ha elegido a Josefa, desde toda la eternidad, va a aprovechar un momento de flaqueza para hacer avanzar en ella, a paso de gigante, el trabajo de la divina gracia.

Porque el poder que de nuevo concede Dios al demonio para atormentarla de mil maneras, hasta llegar a sumergirla repetidas veces en las horribles fauces del infierno, descubre a sus ojos el valor de las almas, la espantosa desgracia de su pérdida, la importancia de su rescate y la inmolación total que éste exige.

Más todavía: el dolor que así la destroza, ahonda en ella profundidades de humildad, de fe, de abandono tales, que jamás su propio personal esfuerzo hubiera podido lograr. El mismo Dios, modelador sapientísimo de almas, quiso reservarse ese trabajo y, como Dios que es, sirvióse de medios imprevistos y muchas veces desconcertantes.

Indeleble fué el recuerdo que en Santa Teresa dejó la visión del infierno. Josefa, que no había leído las obras de su santa compatriota, escribió también por obediencia, la narración detallada de sus bajadas al infierno. Descontando las diferencias de forma que son considerables, es notable la semejanza de contenido que ambos escritos presentan, a cuatro siglos de distancia. El mismo tono de dolor intenso, el mismo gemido de contrición y la nota vibrante de amor reparador y de ardoroso celo. El dogma del infierno combatido con harta frecuencia en los tiempos modernos, o al menos relegado al silencio por una espiritualidad incompleta con gran detrimento de las almas, queda aquí luminosamente enfocado. Las dudas se desvanecen al leer estas páginas tan llenas de verdad y de realismo... ante aquella agonía de un alma que se cree perdida para siempre... para siempre encerrada en tan horrible cárcel, donde es testigo presencial del odio encarnizado de Satanás contra Dios y contra las almas que ha redimido. Y experimenta en sí misma el tormento de los tormentos: el de no poder amar.

Un resumen de estos escritos podrá ser provechoso a muchos. Será un grito de alarma para los que se hallan en la pendiente y una llamada de amor a las almas escogidas para el apostolado, que despertará en ellas la decisión generosa de no omitir sacrificio alguno, para arrancar a las almas de las garras del pecado.

La primera de estas bajadas misteriosas al infierno fué durante la noche del miércoles al jueves 16 de marzo pero ya antes había escuchado repetidas veces los lamentos de los condenados.

LUNES 6 DE MARZO. Poco después de la aparición del Señor, Josefa oye aullidos infernales que la impresionan profundamente. Son voces de condenados que le echan en cara su falta de generosidad, entre gritos de desesperación y de rabia:

—“Estoy para siempre donde ya nunca jamás podré amar... ¡qué corto ha sido el placer! y en cambio ¡el castigo es eterno!... ¡Qué queda? odiarle con odio infernal... ¡Y para siempre!...”

“Oh —escribe, aterrada, Josefa—. ¡Saber la pérdida de un alma que jamás podré remediar! Saber que un alma maldecirá al Señor por toda la eternidad y ¡no poderlo remediar! Aunque sufriera yo todos los tormentos del mundo... ¡Dios mío! ¡esto me destroza! ¡mil veces morir antes que ser responsable de la pérdida de un alma!”

El DOMINGO 12 DE MARZO, escribe a su Superiora, que está en Roma por unos días:

“Madre mía, si viera con cuanta pena le escribo. Desde el día 2 no tengo ninguna de mis amadas joyas (la Cruz y la corona) pues, una vez más, he herido a Jesús que es tan bueno conmigo. En fin, espero que, una vez más también, tendrá compasión de mí... pero hasta ahora lo estoy pagando caro, pues desde la noche del viernes, sus visitas se han trocado en los más grandes sufrimientos. En fin, Madre, todo lo sabrá cuando venga. Ya verá usted cuánta es mi flaqueza”.

Mas, para no contristar a su Superiora, añade, con su delicadeza acostumbrada.

“¡Cuánto me alegro que pase Ud. tan buenos días en la Casa Madre. Aquí, creo que, quitando esta hija (se refiere a ella misma), todo el mundo se esmera en consolar a Jesús. y que su Corazón encontrará lo que desea, en su jardín de delicias. Siqo haciendo todo como antes; procuro ser amable, digo mis faltas a la Madre Asistente y lo demás que Ud. sabe.

“Pida, Madre, que la Virgen ponga en ello su mano y me alcance el perdón”.

Santa Magdalena Sofía será, esta vez, la mensajera de Jesús y de su misericordia.

El MARTES 14 DE MARZO, se le aparece en su celda. Escucha la confesión humilde de Josefa y reanima su confianza diciendo:

—«No olvides, hija mía, que nada sucede que no entre en los planes de Dios».

Ella desahoga su pena inmensa, pues cree que las consecuencias de su falta son graves e irreparables.

—«*Si, hija mía, puedes reparar, si de esta caída sacas mucha humildad y una generosidad mayor*».

“Le pregunté si Jesús no volvería ya nunca más. Lo deseo y lo llamo porque no puedo soportar la idea de no verle más, y por mi culpa”.

Entonces, con maternal ardor, la Santa la interrumpe:

—«*Espéralo, hija mía, espéralo: porque gloria son del Esposo, la espera y el deseo de la esposa*».

No ha podido el Señor dejar a su elegida en tan crueles incertidumbres. Y aunque no es hora todavía de librarla de penas, ha querido mostrarle que es el mismo, que su amor no se muda ni su misericordia se cansa de perdonar.

Bien necesario era, pues va a empezar la terrible prueba.

“La noche DEL MIERCOLES AL JUEVES 16 DE MARZO, serían las diez, empecé a sentir como los días anteriores ese ruido tan tremendo de cadenas y gritos. En seguida me levanté, me vestí y me puse en el suelo de rodillas. Estaba llena de miedo. El ruido seguía; salí del dormitorio sin saber dónde ir ni qué hacer. Entré un momento en la celda de Nuestra Beata Madre. . . Después volví al dormitorio y siempre el mismo ruido. Sería algo más de las doce cuando de repente vi delante de mí al demonio que decía: atadle los pies. . . atadle las manos. Perdí conocimiento de dónde estaba y sentí que me ataban fuertemente, que tiraban de mí, arrastrándome. Otras voces decían: No son los pies los que hay que atarle. . . es el corazón. Y el diablo contestó: ese no es mío. —Me parece que me arrastraron por un camino muy largo. Empecé a oír muchos gritos, y en seguida me encontré en un pasillo muy estrecho. En la pared hay como un nicho, de donde sale mucho humo pero sin llama, y muy mal olor. Yo no puedo decir lo que se oye, toda clase de blasfemias y de palabras impuras y terribles. Unos maldicen su cuerpo. . . otros maldicen a su padre o madre. . . Otros se reprochan a ellos mismos el no haber aprovechado tal ocasión o tal luz para abandonar el pecado. En fin es una confusión tremenda de gritos de rabia y desesperación. Pasé por un pasillo que no tenía fin, y luego, dándome un empujón que me hizo como doblarme y encogerme, me metieron en uno de aquellos nichos, donde parecía que me

apretaban con planchas encendidas y como que me pasaban agujas muy gordas por el cuerpo, que me abrasaban. En frente de mí y cerca, tenía almas que me maldecían y blasfemaban. Es lo que más me hizo sufrir... pero lo que no tiene comparación con ningún tormento es la angustia que siente el alma, viéndose apartada de Dios.

"Me pareció que pasé muchos años en este infierno, aunque sólo fueron seis o siete horas... Luego sentí que tiraban otra vez de mí y después de ponerme en un sitio muy oscuro, el demonio dándome como una patada me dejó libre: no puedo decir lo que sintió mi alma cuando me di cuenta de que estaba viva y que todavía podía amar a Dios.

"Para poderme librar de este infierno y aunque soy tan miedosa para sufrir, yo no sé a qué estoy dispuesta. Veo con mucha claridad que todo lo del mundo no es nada en comparación del dolor del alma que no puede amar, porque allí no se respira más que odio y deseo de la perdición de las almas".

Con frecuencia, experimentará desde ahora, estos misteriosos tormentos. Porque todo es misterio en estas bajadas a los abismos eternos. Las presiente, de ordinario por el ruido de cadenas y gritos lejanos que, poco a poco, se acercan, la rodean, la aturden... Entonces, intenta huir, distraerse, trabajar... pero en vano... Cuando sintiéndose impotente, busca refugio en su celdilla, pierde conciencia de cuanto la rodea y se halla en lo que llama "un corredor oscuro", en poder del demonio, que parece triunfar. ¡Y la pobre víctima, olvidada de todo, piensa cada vez que aquello ha de durar siempre! Luego se siente arrojada violentamente a su lugar de tormento, donde, atada con fuerza, permanece durante varias horas. Ella lo anota todo sencillamente, objetivamente, tal como lo ve, lo oye o lo experimenta.

Al exterior, tan sólo un ligero estremecimiento da a conocer la partida misteriosa del espíritu hacia el más allá. El cuerpo permanece inerte pero flexible, como de quien acaba de morir. Sólo el corazón palpita con toda normalidad. Josefa vive como si no viviera.

Ese estado dura más o menos, según la voluntad de Dios, que la deja en las manos del demonio, pero guardándola en las suyas, y en el instante fijado por El siéntese de nuevo un estremecimiento casi imperceptible y el cuerpo inanimado recobra la vida. Todavía el demonio la golpea la insulta y la amenaza durante unos instantes. Y cuando, al fin, la abandona, Josefa lentamente vuelve a tomar conciencia de lo que la rodea: "¿Dónde estoy?... ¿quién está aquí?... ¿vivo todavía?" pregunta. Sus ojos miran asombrados todo aquello, que creía ser ya un lejano pasado, recuerdo pálido de otra vida. Las horas que ha permanecido allá abajo le parecen siglos. A veces, gruesas lágrimas ruedan por sus mejillas y su fisonomía muestra las huellas de un dolor intenso imposible de describir.

Cuando por fin acaba de volver en sí, no sabe cómo expresar la emoción que la embarga al darse cuenta de repente, de que todavía puede amar.

DOMIGO 19 DE MARZO. Tercer Domingo de Cuaresma. Varias veces lo ha escrito ella misma con su acostumbrada sencillez pero con un ardor que no transmiten la pluma ni el papel.

“Otra vez he bajado a este abismo, me parece que he pasado allí muchos años, he sufrido mucho, pero lo que me atormenta sobre todo es creerme incapaz de amar a Nuestro Señor; así que cuando vuelvo otra vez a la vida, me vuelvo loca de alegría; creo que le amo más que nunca y para demostrárselo estoy dispuesta a sufrir todo lo que El quiera; sobre todo, creo que amo y estimo mi vocación con locura”.

Y más abajo añade:

“Esto que veo me da mucha fuerza para sufrir; veo el provecho de los sacrificios, aun de los más pequeños; Nuestro Señor los recoge y de todo se sirve para salvar a las almas. Qué gran ceguedad no querer sufrir cosas tan pequeñas, primero por librarse uno mismo y después por librar a tantas almas de estos terribles tormentos”.

Por obediencia, Josefa ha intentado describir algunos detalles de estas bajadas al abismo, frecuentes en esta época. No es posible copiarlo todo. Pero algunas páginas más podrán servir de provechosa enseñanza. Serán sin duda, un poderoso estímulo que impulsará a muchas almas a trabajar y a sacrificarse por la salvación de tantas otras que cada día y cada hora, al borde del abismo, son presa de una trágica lucha entre el odio y el amor, la desesperación y la misericordia.

DOMINGO 27 DE MARZO.

“Cuando entro en el infierno, oigo como unos gritos de rabia y de alegría, porque hay un alma más que participa de sus tormentos. No me acuerdo entonces de haber estado allí otras veces, sino que me parece que es la primera vez. También creo que ha de ser para toda la eternidad y eso me hace sufrir mucho, porque recuerdo que conocía y amaba a Dios, que estaba en la Religión, que me ha concedido muchas gracias y muchos medios para salvarme... ¿Qué he hecho para perder tanto bien?... ¿Cómo he sido tan ciega?... ¡Y ya no hay remedio!... También me acuerdo de mis Comuniones, de que era novicia, pero lo que más me atormenta es que amaba a Nuestro Señor muchísimo... Lo conocía y era todo mi tesoro... No vivía sino para El... ¿Como ahora podré vivir sin El?... Sin amarlo... oyendo siempre estas blasfemias y este odio... siento que el alma se oprime y se ahoga... Yo no sé explicarlo bien porque es imposible”.

Más de una vez presencia la lucha encarnizada del demonio para arrebatarse a la misericordia divina tal o cual alma que ya creía suya. Entonces los padecimientos de Josefa entran, a lo que parece, en los planes de Dios, como rescate de estas pobres almas, que le deberán la última y definitiva victoria, en el instante de la muerte.

“El diablo estaba muy furioso porque quería que se perdieran tres almas: Gritaba con rabia: ¡Que no se escapen!... ¡que se van!... ¡Fuerte!... ¡fuerte!

Esto así, sin cesar, con unos gritos de rabia que contestaban, de lejos, otros demonios”.

Durante varios días presencia estas luchas.

“Yo supliqué al Señor que hiciera de mí lo que quisiera, con tal que estas almas no se pierdan. Me fui también a la Virgen y Ella me dió gran tranquilidad porque me dejó dispuesta a sufrirlo todo para salvarlas, y creo que no permitirá que el diablo salga victorioso”.

El DOMINGO 2 DE ABRIL (Domingo de Pasión), escribe:

“El demonio gritaba mucho: ¡No las dejéis!... estad atentos a todo lo que las puede turbar!... ¡Que no se escapen... haced que se desesperen... Era tremenda la confusión que había de gritos y de blasfemias. Luego oí que decía furioso: ¡No importa! Aun me quedan dos... Quitadles la confianza... Yo comprendí que se le había escapado una, que había ya pasado a la eternidad, porque gritaba: Pronto... Deprisa... Que estas dos no se escapen... Cogedlas, que se desesperen... Pronto, que se nos van.

“En seguida con un rechinar de dientes y una rabia que no se puede decir, yo sentía esos gritos tremendos: ¡Oh poder de Dios que tiene más fuerza que yo!... Todavía tengo una... y no dejaré que se la lleve!... El infierno todo, ya no fué más que un grito de desesperación. con un desorden muy grande y los diablos chillaban y se quejaban y blasfemaban horriblemente. Yo conocí con esto que las almas se habían salvado. Mi corazón saltó de alegría, pero me veía imposibilitada para hacer un acto de amor. Aun siento en el alma necesidad de amar... No siento odio hacia Dios como estas otras almas, y cuando oigo que maldicen y blasfeman me causa mucha pena y no sé qué sufriría para evitar que Nuestro Señor sea injuriado y ofendido. Lo que me apura es que pasando el tiempo seré como los otros. Esto me hace sufrir mucho, porque me acuerdo todavía que amaba a Nuestro Señor y que El era muy bueno

conmigo. Siento mucho tormento, sobre todo estos últimos días. Es como si me entrase por la garganta un río de fuego que pasa por todo el cuerpo, y unido al dolor que he dicho antes. Como si me apretasen por detrás y por delante con planchas encendidas... No sé decir lo que sufro... es tremendo tanto dolor... Parece que los ojos se salen de su sitio y como si tirasen para arrancarlos... Los nervios se ponen muy tirantes. El cuerpo está como doblado, no se puede mover ni un dedo... El olor que hay tan malo, no se puede respirar... (1) pero todo esto no es nada en comparación del alma, que conociendo la bondad de Dios, se ve obligada a odiarle y, sobre todo, si le ha conocido y amado, sufre mucho más...!

Por esta misma época, CUARESMA DE 1922 mientras que, noche y día, soporta semejantes persecuciones, Dios la pone en relación con otro abismo de penas: el Purgatorio. Muchas almas acuden a Josefa pidiendo humildemente oraciones y sufragios. Pasado el estupor de la primera sorpresa, poco a poco se va acostumbrando a las apariciones y confidencias de las pobres pacientes. Las escucha, les pregunta su nombre las anima y se encomienda a su intercesión. Muchos y provechosas lecciones podemos recoger. Una de ellas, que le anuncia gozosa su liberación, añade:

—*«Lo importante no es la entrada en Religión, es la entrada en la eternidad»*,

Y otra:

—*«¡Si las almas religiosas supieran cómo se pagan aquí los gustos innecesarios concedidos a la naturaleza!... Ya ha terminado mi destierro. Ahora, voy a la Eterna Patria»*.

Un sacerdote decía:

—*¡Bandita sea la infinita bondad de Dios que quiere servirse de los sacrificios de otras almas, para reparar nuestras infidelidades! ¡Cuánta más gloria podía tener ahora en el cielo, si mi vida hubiera sido otra!»*

Y una religiosa:

—*«No saben cuán diferentes se ven las cosas de la tierra, cuando se ha pasado a la eternidad. Los cargos no son nada delante de Dios, tan sólo la pureza de intención con que se*

(1) Josefa despedía este hedor intolerable siempre que volvía de una de sus visitas al infierno o cuando la arrebataba y atormentaba el demonio: olor de azufre, de carnes podridas y quemadas que, según fidedignos testigos, se percibía sensiblemente durante un cuarto de hora y a veces media hora; y del cual conservaba ella misma mucho más tiempo todavía, la desagradable impresión.

ejercen aún las más pequeñas acciones. ¡Qué poca cosa es la tierra y todo lo que ella encierra! Y a pesar de esto, ¡cuánto se la ama! ¡ahl, la vida, por larga que sea, es nada en comparación de la eternidad! No pueden figurarse los hombres lo que es un solo momento de purgatorio y cómo el alma se consume y se derrite en deseos de ver a Dios Nuestro Señor».

Algunas, a quienes le Divina Misericordia había librado de un peligro mayor, pedían a Josefa sufragios que abreviasen sus penas:

—«*Estoy aquí por bondad de Dios, porque mi gran orgullo me tenía abiertas las puertas del infierno. Tenía muchas personas debajo de mis pies... y ahora me pondría yo debajo del último de los pobres... Ten compasión de mí... y haz actos de humildad para reparar mi orgullo. Así podrás sacarme de este abismo».*

—«*He pasado siete años en pecado mortal —decía otra— y tres años enferma rehusando siempre confesarme. Tenía bien abierto el infierno, y hubiera caído en él, si con tus sufrimientos de hoy, no me hubieses obtenido fuerza para confesarme y ponerme en gracia. Ahora estoy en el Purgatorio y te ruego que pidas por mí, pues así como has podido salvarme, puedes sacarme pronto de esta cárcel tan triste».*

—«*Estoy en el Purgatorio por infidelidad... No he correspondido al llamamiento divino. Desde hacía doce años estaba resistiendo a mi vocación y viviendo en peligro de condenarme, pues para quitarme el remordimiento, me había entregado al pecado. Doy gracias a la bondad divina que ha querido, por tus sufrimientos, darme valor para ponerme en gracia. ¡Qué difícil era mi salvación! Ahora te pido tengas piedad de mí y me saques pronto de este lugar de penas».*

—«*Ofrece por nosotras la Sangre de Nuestro Señor —le dice otra— ¡Qué sería de nosotras si no hubiera almas para aliviarnos?»*

Los nombres de estas almas desconocidas para Josefa, quedaban cuidadosamente anotados en sus cuadernos, junto con el lugar y la fecha del fallecimiento. Sin saberlo ella, muchos de estos datos fueron objeto de diligentes indagaciones, resultando la verdad de ellos, un comprobante segurísimo de aquellas comunicaciones misteriosas.

La Cuaresma tocaba a su fin. ¡Cómo, en tan largo espacio de tiempo, pudo Josefa sostener tan espantosos combates, manteniendo a la vez su estricta fidelidad al trabajo cotidiano, de modo que nadie pudo abrigar sospecha de su contacto casi continuo con el más allá? Dios le daba el socorro en la medida de la tribulación y su Corazón que ve lo más secreto, miraba complacido el espectáculo de aquel amor heroico, incansable en el luchar y en el padecer.

Dos hechos hay todavía que señalar en los últimos días de la Semana Santa.

La tarde del JUEVES SANTO, 13 de ABRIL, Josefa escribe:

“Hacia las tres y media, estando en la Capilla, vi delante de mí un joven vestido lo mismo que Nuestro Señor. Era más bien alto, muy hermoso, y algo tenía en su cara que atraía y daba paz al alma. Su túnica era de un color como heliotropo o rojo algo apagado. Tenía en sus manos una corona de espinas, igual a la que Jesús me da otras veces.

—«Yo soy el Discípulo del Señor —dijo— soy Juan el Evangelista; vengo a traerte una de las joyas más preciadas del Divino Maestro».

“Me dió la corona, él mismo me la puso en la cabeza.

Sorprendida por esta aparición inesperada, se tranquiliza poco a poco, al sentirse inundada de paz. Y hasta se atreve a desahogar la ansiedad que la oprime, a causa de los continuos ataques del demonio.

—«Nada temas, tu alma es una azucena que Jesús guarda en su Corazón» —contesta el Apóstol Virgen,

Luego prosigue:

—«Vengo a darte a conocer algunos sentimientos del Corazón del Divino Maestro en este gran día. El amor le obligaba a separarse de sus discípulos; tenía que ser bautizado con bautismo de sangre. Pero el amor le obligaba también a quedarse con ellos, y así el amor le llevó a instituir el Sacramento de la Eucaristía. ¡Qué lucha sintió entonces este Corazón! ¡cómo descansaría entrando en las almas puras! ¡pero cómo se renovarían su Pasión entrando en corazones manchados...! ¡Cómo se alegraba su alma cuando se acercaba el momento de ir al Padre...! ¡Pero qué tristeza sintió viendo que era uno de los doce, por Él escogido, el que le había de entregar a la muerte, y que su sangre empezaba a ser inútil para aquella alma! Su Corazón se anegaba en amor y el amor le hacía sentir la más terrible amargura, viendo tan poca correspondencia de parte de estas almas tan amadas! y ¿qué decir de lo que sintió al ver la ingratitud y frialdad de tantas almas escogidas?...

“Cuando me dijo esto desapareció”.

Esta aparición celestial conforta el ánimo atribulado de Josefa. El deseo de reparar los sacrilegios y las ingratitudes con que pagan los hombres el milagro de amor de la Eucaristía, la enfervoriza más y más.

Pero el paréntesis no dura más que un instante. Aquella misma noche, la corona de espinas desaparece, dejándola en una ansiosa perple-

jidad. El enemigo siembra en ella inquietud y desconfianza y una interrogación angustiada se cruza en su mente: ¿No será todo pura ilusión?... ¿Espejismo de su fantasía?... ¿Efecto de sugestión o desequilibrio?

No es ella sola la que duda y vacila. Y aunque nada, física ni moralmente, preste apoyo a estas sospechas en el temperamento de Josefa, la prudencia quisiera hallar alguna señal, alguna prueba de autenticidad, que permita a los que la rodean, discernir claramente la acción del demonio.

Dios va a dar la prueba deseada, no dejando lugar a dudas.

El SABADO 15 de ABRIL, hacia las cuatro de la tarde, Josefa está cosiendo, cuando empieza a oír los ruidos que suelen preceder sus bajadas al infierno. Resiste con la mayor energía pero, al fin se siente, como siempre, atada y oprimida hasta quedar su cuerpo muerto. De rodillas a su lado, las dos Madres rezan, suplicando al Señor que no las deje por más tiempo en tan cruel incertidumbre. De pronto, notan el leve movimiento que anuncia que Josefa vuelve a la vida. Su rostro dolorido muestra los atroces tormentos por que ha pasado, durante aquellas horas. Y he aquí que súbitamente, llevándose con viveza la mano al pecho, exclama:

“¿Quién me quema?”.

Allí no hay fuego ni cosa alguna que pueda producirlo. El hábito está intacto, pero ella, con un movimiento rápido, lo desabrocha y al punto se siente un hedor acre y fétido a quemado, mientras ven, ardiendo sobre la carne, la ropa interior.

La señal de una extensa quemadura queda en la piel, “cerca del corazón” como dice ella, atestiguando la realidad de este atentado del demonio.

Josefa se siente tan turbada, que deja escapar un grito de desaliento.

“Prefiero marcharme —dice—, porque no quiero ser por más tiempo juguete del diablo”.

Sin embargo, esta especial Providencia de Dios, solícita en manifestar palpablemente la acción diabólica, será la gran seguridad de los meses de prueba que Josefa ha de pasar todavía.

Por diez veces la quemará el demonio. Las llagas causadas por el fuego infernal, se cierran lentamente y dejan en su cuerpo cicatrices, que Josefa llevará a la tumba. Varios lienzos quemados que se conservan, mudos testigos de la rabia infernal y del valor heroico que resistió tan terribles ataques, para ser fiel a la obra del Amor.

Claridades en la Tempestad

Del 16 de Abril al 8 de Julio de 1922

"Yo seré la luz de tu alma"

(17 de abril de 1922)

16 ABRIL 1922. Día de Pascua. Jesús Resucitado, triunfador de la muerte y del infierno, va a dar un poco de descanso a su víctima fiel.

En la Misa, después de tan larga ausencia, Josefa lo ve a su lado. Es la primera aparición de Jesús después de aquel 3 de marzo, cuyo recuerdo punza el corazón de Josefa como dolorosa espina, aunque no ha dudado nunca de su perdón ni de su amor.

"Estaba hermosísimo y lleno de luz, pero yo le dije que no tenía permiso para hablarle".

—«¡No tienes permiso para hablarme, Josefa? —respondió con bondad—; y ¿para mirarme?».

"Yo no sabía qué contestar... y me dijo:

—«Mírame... y deja que te mire... Esto nos basta»

"Le miré. El también me miraba, con tanto amor que no sé lo que sentí en el alma. Después de un momentito me dijo:

—«Cuando te llame la Madre, pídele permiso para hablarme».

"Y se fué".

Josefa, aunque se encuentra a poco con la Superiora, espera a que la llame, obediente al mandato del Señor.

"A las once y media, la Madre me llamó y me dió permiso. Fui a la Capilla en seguida y vino Jesús".

—«Aquí me tienes, Josefa. ¿Por qué querías que volviese, aunque no fuera más que una vez?»

"Señor, para pedirlos perdón, porque lo necesito. Le conté todas mis flaquezas y miserias y con amor indecible me contestó:

—«No es más feliz el que nunca ha necesitado perdón, sino más bien el que ha tenido que humillarse muchas veces».

Entonces, abriendo de par en par su alma, vierte en el Corazón de Cristo todo lo que en aquellas dolorosas semanas, la ha llenado de turbación y de ansiedad. Le pregunta también si fué verdaderamente El que le envió la corona de espinas, para volvérsela a quitar a las pocas horas.

—«Sí, Yo fui quien te envié ese precioso tesoro, pero te

proporcionaba demasiado consuelo, Josefa; y tú me lo diste mayor sobrellevando la angustia y la inquietud, que sufriendo las molestias de la corona de espinas».

“Luego le hablé de la quemadura del sábado y que me había trastornado, porque soy como un juguete del diablo. Con fuerza y energía respondió:

—*«¿Dónde está tu fe? Has de saber que si permito seas juguete del diablo, no es más que para demostrar claramente los planes de mi Corazón sobre ti».*

Las alegrías Pascuales, se prolongan por unos días. Jesús, como en otro tiempo a sus discípulos, atemorizados y desamparados después de la Pasión, se aparece a Josefa para tranquilizarla, consolarla, infundirle nuevo vigor.

LUNES, 17 DE ABRIL. “Este día era el del Evangelio de los Discípulos de Emaús. Una de las veces que le dije: Señor, quedaos conmigo que ya es tarde, vino en seguida, muy hermoso, y me dijo:

—*«Si, me quedaré contigo. . . Yo seré la luz de tu alma. Se hace tarde, es verdad. . . Dime, Josefa, ¿qué harías sin Mí?»*

VIERNES 21 ABRIL. Después de una noche de prueba en que de nuevo el demonio y los tormentos del infierno han vuelto a desconcertarla, escribe:

“Por la mañana, durante la Misa, vino Nuestro Señor. Le dije que creía se habían terminado ya todos estos suplicios, y le pedí me dejara algo libre para poder trabajar un poco”.

Con gran autoridad, respondió el Maestro:

—*«Escucha lo que te digo, Josefa, y ya te lo he dicho otra vez, me quiero valer de ti como instrumento de mi misericordia para con las almas. Pero si tú no te abandonas completamente a mi Voluntad, ¿qué quieres que haga? ¡Son tantas las almas que necesitan perdón! Por esto, mi Corazón busca víctimas que le ayudan a reparar los ultrajes del mundo y, por su medio, derramar su misericordia. ¿Qué te importa todo lo demás si estoy contigo para sostenerte? Yo no te dejo. ¿Qué más puedes pedir. . .?»*

Así, con el recuerdo de la misión que el Señor le ha confiado, termina la Semana de Pascua. Para ello tendrá que sufrir, pero Jesús cumplirá sus promesas: sera de luz de su vida y no podrán apagarla ni ensombrecerla las tinieblas del infierno, por más que el demonio no cese en sus

ataques; las almas del Purgatorio siguen también pidiéndole el socorro de sus sufrimientos.

SABADO 22 DE ABRIL. "Durante la Misa vino, muy hermoso. Renové los votos, y creo que le agradó, porque su Corazón se inflamó de modo que se veían arder las llamas".

Josefa le habla de las almas que le piden sufragios y de la pena y ansiedad que sus confidencias le causan. Jesús la tranquiliza bondadoso y le deja entrever las gracias de salvación comparadas con el precio de sus dolores:

—*«Si te comunico estas cosas, es para que no retrocedas ante ningún sacrificio. No lo dudes: lo que más te hace sufrir es lo que más me consuela. Y cuando menos te lo figuras, es cuando acercas más almas a mi Corazón».*

Y al decirle ella confiadamente, cuán agotada y sin fuerzas la han dejado las pruebas de esta última temporada:

—*«No necesito tus fuerzas, lo único que necesito es tu abandono. La verdadera fortaleza está en mi Corazón. Quédate en paz... No olvides que es la misericordia y el amor lo que obra en ti».*

En este Corazón Divino deberá, pues, Josefa hallar la fortaleza de la que tanto necesita para adelantar más y más en el camino del abandono, donde, ahora más que nunca, la quiere el Maestro.

LUNES 24 DE ABRIL. "Hace ya varios días que a la misma hora y casi el mismo tiempo, el demonio me lleva al infierno. Algunas veces pienso si seré culpable de algo y no estoy tranquila".

—*«No te preocupes —le contesta el Señor, apareciendo después de comulgar—. Tenemos que librar a un alma de las manos del demonio y ésta es, para ella, la hora del peligro. Así la podremos salvar. ¡Son tantas las almas que corren riesgo de perdersel Pero hay otras que me consuelan y muchas vuelven a mi Corazón».*

"Luego le pregunté qué podíamos hacer para convertir a un pecador que da mucho escándalo y que habían encomendado a nuestras oraciones".

—*«Hay que poner mi Corazón entre este pecador y mi Eterno Padre. Mi Corazón se apiadará de él y aplacará la ira divina. Adiós Josefa; consuélame con tu amor y con tu abandono».*

A los días de luz suceden días de tinieblas. El diablo, cada vez con mayor encono, multiplica sus ataques.

Despierta en ella una oleada de repugnancias y al mismo tiempo la persigue y la atormenta: la golpea, la quema, la arrastra al infierno. EL VIERNES 29 DE ABRIL, atemorizada por sus amenazas, no se atreve a comulgar; y por otra parte el pensamiento de una comunión perdida es una espada que traspasa su corazón. Son días dolorosos que pagan el rescate de muchas almas, aunque no tiene ella el consuelo de verlo, como otras veces.

MARTES 2 DE MAYO. Hacia las diez y media, mientras está barriendo la Capilla de las Congregaciones, Jesús se le aparece, resplandeciente de hermosura.

“Estaba entre los bancos, en medio de la Capilla —escribe.

—«Josefa ¿quieres que vaya un rato contigo? No te impediré trabajar».

“Renové los votos y le dije que tenía que pedir permiso”.

—«Sí, ve...»

“Dejé de verle y fui a decírselo a la Madre. Cuando volví a la Capillita, desde la puerta abierta le vi en el mismo sitio; estaba esperándome... tan lleno de ternura que no sé cómo decirlo. Es una ternura de Padre que no hay palabra que lo pueda explicar.

—«Deseo tanto venir a ti, Josefa... ¡Y tú me niegas la entrada!»

Se refería a la comunión que Josefa había dejado, turbada por las obsesiones del enemigo. Pasada de pena, ella le cuenta sus temores y su flaqueza:

—«No sabes que el demonio puede atormentarte pero no puede dañarte? ¿Quién es más poderoso, él o Yo?»

“Luego le manifesté mi deseo de ser muy generosa y le hablé de las Madres, pues ya sabe El cuántas dificultades y preocupaciones tienen”.

—«Mi Corazón es suyo... Yo cuido de mi obra... Yo cuido de mi Sociedad».

“Esto lo repitió dos veces con mucho ardor. Después me acercó a su Corazón y oí sus latidos... Le hablé de la Virgen... ¡Cuánto tiempo hace que no la veo! y ¡cuánto lo deseo!

—«Llámela» —me dijo.

“Y se fué”.

“Desde este momento llamé mucho a mi Madre querida, diciéndole que Jesús me había dicho que la llamara y que yo la necesitaba.

“Durante la adoración vino y, abriéndome los brazos, me dijo:

—«Hija mía ¿qué quieres?»

Josefa le confiesa sus faltas, sus miserias y sus temores. La Virgen la tranquiliza.

—«Mira, hija, debes dejarte como un niño en brazos de Dios».

“—Es verdad, Madre mía; pero ¡tengo tanto miedo! No sólo del diablo sino de mí también”.

—«Teniéndonos para defenderte ¿qué puedes temer?»

“Añadí cuánto me gustaría tener la corona de espinas, pero no sé si Jesús me la querrá dar.

—«No, hija mía; ahora no te la dará. Tú le darás a Jesús otra corona: ¡si vieras de cuántas almas está formada!... Jesús ha fijado en ti sus ojos y no los apartará... A pesar de tu miseria y de tu ingratitud».

“Me dió su bendición y se fué”.

Las visitas de la Madre anuncian con frecuencia las del Hijo.

El MIÉRCOLES 3 DE MAYO, después de la Comunión aparece Jesús.

—«¡Josefa!»

“Le dije que me permitiera renovar los votos y le pedí perdón, pues siempre que le veo, siento necesidad de confesarle todas mis flaquezas.

—«No puedes figurarte cómo agrada a mi Corazón perdonar faltas que son de pura fragilidad. Está tranquila. Porque eres así de frágil, he fijado en ti mis ojos».

Cuando le ve tan bueno, tan lleno de condescendencia, Josefa se enardece y se atreve a expresar su más vivo deseo: que el demonio no le impida acudir a los ejercicios de la vida común... pues sin cesar la está amenazando.

—«Te tomo cuando quiero, porque eres mía —contesta el Señor—. ¿No tengo sobre ti todo derecho? ¿A quién crees que agrada más la vida común? ¿a ti o a Mí? Te busco cuando te necesito y, más que nada, para enseñarte a hacer acto de sumisión a mi Divina Voluntad».

Así prosigue sin cesar el Maestro enseñando a su discípula la ciencia del abandono y trabajando en el alma de Josefa a través de todas las vicisitudes. De vez en cuando la invita a descansar un poco, y se leen en las notas de Josefa, páginas de radiante gozo.

“Por la tarde, durante la adoración, cantaron “O Cruz ave”, porque era la fiesta de la Invencción de la Santa Cruz (3 DE MAYO). Me entró un deseo grande de besar las llagas de Jesús. Mas, como no podía, besé el crucifijo y rogué a la Virgen las besara por mí.

“En seguida vino la Virgen y me dijo con mucha dulzura:

—«¿Qué quieres, hija, qué quieres?»

—“Madre mía, quisiera besar las llagas de Jesús y, si pudiera, besaros también la mano.

“Al punto me dió su mano a besar y me dijo:

—«¿Te consolaría besar las llagas de Jesús?»

“No tuve tiempo de contestar, pues, sin pasar ni un minuto, vino Jesús hermosísimo... Sus llagas muy encendidas y derramando luz:

—«¿Qué quieres, Josefa?»

—“Besar vuestras llagas, Señor.

—«Bésalas...»

“El mismo me presentó sus sagrados pies como invitándome a besarlos. Los besé y luego le besé las manos. En seguida, extendiendo su brazo derecho, me acercó a su Corazón, y me dijo:

—«Esta llaga es tuya, te pertenece».

“No puedo decir lo que sintió mi alma en aquel momento; no hay palabras para expresarlo. Jesús añadió:

—«Ya ves que no te niego ningún consuelo. ¿Me lo negarás tú a Mí?»

“Le dije que ya sabe El cuánto lo deseo. Pero mi flaqueza puede más que yo... Por eso le prometo tantas veces que no le daré más pena, más cuando llega la ocasión, no sé resistir y luego siento mucho lo que le he negado, a El que tanto me ama y es tan bueno conmigo”.

—«Sí, mi Corazón te ama y se complace en tu miseria. ¿Sabes cómo me puedes consolar? Amándome, sufriendo por las almas, no rehusándome nada».

Los grandes favores suelen siempre, en la vida de Josefa, preceder

a las grandes pruebas. El demonio, en efecto, prepara nuevos ataques. Pero antes quiere el Señor confortarla, confirmando una vez más los planes amorosos que sobre ella tiene.

“Yo le había dicho cuánto deseaba recibirle —escribe el JUEVES 11 DE MAYO—, porque tenía verdadera hambre de El y, como cada vez me veo más miserable, le pido que venga El mismo a poner remedio a todas mis calamidades. Vino después de comulgar, extendió los brazos y me acercó a su Corazón. Así estuve un momento, sin darme cuenta de nada, tan grande era la dulzura que sentía”.

Después de haber renovado los votos de virginidad y de perseverancia, recuerda al Señor que pronto podrá ya renovar los tres votos de Religión, que le unirán a El:

“Porque no quedan más que dos meses y ya sabéis, Jesús mío, cuánto deseo este día. ¡Qué gusto cuando sea del todo vuestra para siempre!

—«*También Yo deseo aprisionarte del todo en mi Corazón, porque mi amor hacia ti es sin medida. Y a pesar de todas tus faltas y todas tus miserias, quiero servirte de ti para dar a conocer a las almas mi amor y mi misericordia. ¡Son tantas las que desconocen la bondad de mi Corazón! Y es mi único deseo, que estas almas que tanto amo, se pierdan en el abismo sin fondo de mi Corazón.*».

Por segunda vez en poco tiempo, le descubre su misión. Y como lee en lo más íntimo de su alma lo que ella no se atreve a declarar, Jesús añade:

—«*Cuando te encuentres más apurada y más débil, ven aquí a buscar fortaleza.*».

—“Pero, Jesús mío, no siempre os veo, y hay momentos en que no soy capaz de sufrir sola...”

—«*Ya sabes dónde estoy Josefa. ¡No te lo he dicho repetidas veces? Es una de las pruebas más visibles de mi amor, haberte dado dos Madres que te amen y te sostengan. Búscame en ellas y siempre me encontrarás. Adiós.*».

Este adiós abre la última etapa que la separa del día en que pronunciará los Votos.

Jesús desaparece de su camino y el demonio parece que va a triunfar. Inventa los más atroces y variados tormentos para quebrantar la fe y la virtud de su víctima. Nada perdona su rabia contra esta vocación divina, que presiente ha de ser fecundada para la salvación de las almas. Es ya un combate singular contra Josefa, como si ella fuera su personal ene-

migo: toda la potencia del infierno nada podrá, sin embargo, contra ese ser tan frágil por naturaleza pero invencible con la fuerza misma de Dios.

Durante dos meses, Josefa pasa los días y las noches entregada, casi sin descanso, a la más dura y encarnizada lucha, cuya violencia sobrepuja todo lo que ha sufrido hasta aquí. Es milagroso que sus fuerzas no desfallezcan, que no se interrumpa su trabajo cotidiano y que nadie absolutamente penetre el misterio que la rodea.

Experimenta todas las congajas del espíritu, ve su conciencia turbada por la vista del mal, su voluntad se siente, por momentos, a punto de flaquear. El sufrimiento llega a su colmo cuando padece la obsesión de un poder que la domina, y del cual le parece no poderse librar. Se cree perdida sin remedio y llega hasta los umbrales de la desesperación: entonces experimenta tan espantosa agonía, que sólo la Virgen de los Dolores logra calmarla. Más de una vez triunfará del enemigo la intercesión de la Madre Dolorosa, de la que tan devota era la Fundadora del Sagrado Corazón. Repentinamente, al invocarla las Madres, verán a Josefa, hasta entonces impenetrable y como sojuzgada por la influencia diabólica, levantarse y ponerse de rodillas. . . Caerá en aquel instante la venda de sus ojos y su alma, libre ya de las opresiones diabólicas, humillada pero llena de confianza, ofrecerá a Dios un amor más generoso y más fuerte, por haberse acrisolado en el dolor. Jesús y su Madre velan por ella a través de estas olas tempestuosas que se rompen y se deshacen en el momento en que lo quiere Dios.

VIERNES 19 DE MAYO es el día señalado para el examen canónico que precede a los Votos. El demonio no la molesta en toda la mañana. Josefa, radiante de alegría, afirma su decisión de seguir a Jesucristo y de serle fiel hasta morir.

Pero en los días siguientes continúan los ataques del infierno. Las fiestas de la Ascensión, 25 DE MAYO, y de Pentecostés, 4 DE JUNIO, pasan sin proyectar sobre su cielo tenebroso ni un rayo de luz.

El DOMINGO 11 DE JUNIO, llega la carta de la Casa Madre con la feliz noticia de la admisión de Josefa a los Santos Votos. Esta gracia inmensa ilumina la noche de su alma y casi no puede creer que sea verdad tanta dicha.

La carta está fechada: "Roma, 5 DE JUNIO", y esta coincidencia la llena de admiración, pues es el aniversario del día en que por primera vez, hace dos años, Jesús le descubrió su Corazón.

Semejantes gracias acaban de exasperar al enemigo; su rabia sube de punto. La golpea, la quema, la amenaza, repitiendo con tenacidad obsesiva:

— "Este día no llegará. . . te rendiré. . . te atormentaré. . . te arrancaré de aquí".

Y empieza el mes de junio, sin que las grandes fiestas del Corpus ni del Sagrado Corazón, con sus octavas privilegiadas, señalen un descanso, siquiera momentáneo, en los combates. A través de ellos llega por fin el mes de julio. Se ha fijado el día 16, fiesta de Nuestra Señora del Carmen, para la ceremonia de los Votos. Josefa empezará los ejercicios preparatorios el 7, PRIMER VIERNES DE MES. Pero este día se siente obsesionada con la más fuerte y terrible tentación que jamás haya

padecido: está como desesperada; más tarde dirá ella misma, jamás se ha visto tan próxima a perderse.

Sin embargo, aun en medio de penas tan atroces, palpita en lo más hondo de su alma la sed y la necesidad de Dios. También en hora tan crítica será la Madre Dolorosa quien vencerá el poder de las tinieblas. La tarde del 7 y EL DÍA 8 señalan el punto culminante de los asaltos diabólicos. Son las cinco de la tarde. Josefa, completamente agotada, está sentada en la celda, donde ha pasado aquel día terrible. Parece que, no oye las Avemarias que rezan a su lado las Madres, en voz baja, suplicando a la Virgen, por sus Dolores, que acuda en socorro de su hija. De pronto el rostro contraído se dilata, los labios se mueven nuevamente y empiezan a murmurar la misma oración. Viéndola un tanto apaciguada, las Madres prueban leerle algunas de las palabras de la Santísima Virgen, conservadas en sus cuadernos.

—«¿Verdad, hija mía, que nunca abandonarás a mi Hijo?»

“¡No, Madre mía, jamás!”. . .

Josefa cae de rodillas, transfigurado el rostro; su Madre Inmaculada está allí. En un transporte de amor que no puede describir la pluma, repite ardorosamente:

“¡No, Madre mía, jamás!”. . .

Momento de emoción intensa, en que el poder infernal se desmorona y queda vencido y aniquilado, bajo la planta virginal de María.

Por una providencial coincidencia, delicadeza del Señor, llega en el mismo instante el R. P. Boyer, Director espiritual de Josefa; y sus palabras acaban de afirmar su confianza y de arrojarla plenamente en los brazos de Dios.

VI

EL TRIUNFO DEL AMOR

— o O o —

La Aurora del Gran Día

Del 8 al 16 de Julio de 1922

“Señor, os lo voy a decir otra vez. Yo no quiero nunca separarme de Vos... Os seguiré por el camino que me queráis llevar”.

(Notas de Ejercicios)

Josefa ha entrado en Ejercicios. Faltan ocho días para el 16 de julio. No pasará ni uno sin que el demonio intente nuevos ataques contra su voluntad generosa. A través de sus apuntes de ejercicios, puede seguirse esta lucha paso a paso, más por encima de todo, descuella el amor que arraiga su querer en el querer divino, tan contrario a sus gustos y el amor tan exigente en punto a sacrificios e inmolaciones.

“Señor —escribe el 8 DE JULIO, al acabar aquel día de desolación—, ya véis cómo estoy. . . pero antes que abandonaros y ser infiel a vuestro llamamiento, prefiero mil veces sufrir. Empiezo este retiro sin ningún deseo, pero os dejaré que hagáis de mí y en mí cuanto queráis. Lo único que os pido es que me clavéis a vuestra Voluntad Santísima y que no haga más que vuestro gusto siempre y en todo.

Ya ha llegado el día que yo misma he pedido con tanto entusiasmo, y ahora ¡qué hielo en mi corazón! Me encuentro sin fuerzas, sin amor. . . Pero ¡qué sería de mí sin Jesús?; porque le amo demasiado, aunque no lo sienta. Así que estoy dispuesta a dejarme conducir. Haré este retiro porque sé que esta es su Voluntad, y estoy segura que aunque lo pase todo en la más grande obscuridad, Jesús mismo preparará mi alma para unirme a El”.

Los tres primeros días transcurren en una paz relativa. El demonio se le presenta con frecuencia, pero intenta en vano turbarla y atormentarla de mil maneras. Fiel, a pesar de todo, continúa escribiendo, siempre que puede las disposiciones de su alma y el resultado de las meditaciones. Estas páginas, que escribió para ella sola, revelan la rectitud, sencillez y equilibrio de su espíritu.

“Jesús me ha dado el ser, la vocación y los medios para

que le sirva según sus planes. El tiene derecho sobre mí. Yo debo abandonarme a su Voluntad con la más completa sumisión. Me cuesta este camino. . No importa. . . Mi felicidad será más tarde a medida de mi abandono y siempre encontraré la verdadera paz en hacer la Voluntad de Dios con entera renuncia de mí misma.

“En la Meditación de la Muerte, cobro ánimo para sufrir, pues veo que en ese momento será un gran consuelo haber sufrido por Dios.

“Ya sabéis, Jesús mío, que deseo mucho unirme a Vos, para no perderos jamás, así que no temo la muerte, lo que temo es la vida. . . Pero cuento que no me dejaréis y, si queréis que sufra, estaré contenta con tal de poderos consolar. Que mi vido no sea más que fidelidad para que mi muerte no sea más que felicidad.

“Como el Hijo Pródigo siento un vivo deseo de arrojarme en vuestro Corazón. En El depositaré todas mis miserias. Estoy segura de ser bien recibida de Vos; por grandes que sean mis faltas es mucho, muchísimo mayor vuestra misericordia y la ternura de vuestro Corazón! . . .”

Al llegar la hora en que el alma purificada se coloca frente al llamamiento de Cristo en la meditación del Reino, Josefa se ve sumergida en la noche oscura y en las congojas de Getsemaní.

“¡Jesús mío, ya veis mi angustia!. . . Pero ¿quién puede ver a Jesús, que va el primero a la batalla sin seguirle?. . . No quiero pensar en el temor que siente mi naturaleza, sino en la alegría que siente mi alma al seguir vuestros pasos divinos. Haced de mí según vuestro deseo. Vos sois mi Rey. Lo abandono todo para encontrarlo todo, y os lo voy a decir otra vez: yo no quiero separarme nunca de Vos; os seguiré por el camino que me queráis llevar.

“La Meditación de la Encarnación me da fuerza. Veo a Jesús que se humilla para hacer la voluntad de su Padre. Así debo someterme humildemente a su Voluntad sea cual fuere. . . Amar esta dependencia y sujeción. Mi alma debe estar en la disposición habitual de hacerlo todo, de sufrirlo todo, de sacrificarlo todo, para cumplir la Voluntad de Dios. Debo vivir en un desprendimiento absoluto para que cumpla en mí sus designios”.

En la contemplación del Nacimiento, parece que reviven las horas deliciosas de la pasada Navidad:

“¡Jesús de mi vida! . . . ¿Desearé yo tener algo viéndoos a Vos en tan suma pobreza. . .! Jesús mío, ¡qué hermoso estáis así tan pequeñito! Yo me acerco a esas pajas donde descansáis, os beso el piecicito y luego la manita. . . Miradme con esos ojitos tan ricos y decidme que no tema nada porque sois mi Salvador y que me amáis con amor infinito.

—“¡Hija mía, quiero que seas toda mía!”

—“¡Ya lo soy, Señor, y para siempre!”

MIERCOLES 12 DE JULIO. Las tentaciones arrecian. Una angustiosa desolación invade el alma de Josefa. Por la tarde, sufre una estancia en el infierno, larga y terrible. El demonio la coloca frente a unos sitios vacíos y la atormenta con furiosa saña, para vengarse de los sacrificios y ruegos de Josefa, que le han arrebatado las almas que debían ocuparlos. Cuando vuelve en sí está agotada y como aniquilada, pero su voluntad indomable se declara dispuesta todavía a sufrirlo todo por la salvación del mundo. Dios que conoce la sinceridad de su ofrecimiento, le toma la palabra y el alma de Josefa se interna más y más en las tinieblas.

JUEVES 13. Día doloroso entre los más dolorosos. Sus notas son clamores de angustia.

“¡Jesús mío! ¡Venid a socorrerme! Mirad en qué tinieblas me encuentro. . . No me dejéis en manos de mis enemigos. . .”

Y después de la meditación de Dos Banderas:

“Bien sabéis, Señor, que ya hace muchos años que no quiero otra cosa que ser vuestra, vivir por Vos, amaros a Vos. Ahora estoy a punto de caer. Miradme y estoy segura que todo pasará, pero miradme Señor. . . que sólo faltan dos días. . . Si no encuentro la paz en Vos, ¿dónde podré ir a buscarla?”

¡Y qué doloroso acento al recordar sus ardientes deseos, hoy tan trocados!

“Ya sabéis qué ilusión tenía con este retiro de mis Votos, y resulta que son días terribles, lleno de fastidio, de miedo, de turbación y de sufrimiento. . . ¿por qué dejáis al diablo tan libre?”

Mas, luego, reanimando su fe:

“Señor, todo lo espero de vuestro Corazón. Quiero ser toda para Vos, y esto lo digo en el momento más terrible, pues bien sabéis en qué turbación me encuentro”.

Parece buscar aliento exhortando su propia voluntad a ser fiel y confiando a su cuadernito sus angustiosas llamadas:

“Jesús mío, ¿a dónde iré sino a Vos? . . . ¿A quién miraré sino a Vos? No siento deseo ni gusto, pero mi voluntad es ser fiel. . . Estoy dispuesta a hacer lo que queráis, y a sufrir cuanto queráis; os seguiré a donde me llevéis, por que mi voluntad es darme con generosidad completa a Vos, que sois mi Señor y mi Dios, y que me habéis elegido. ¡Oh Corazón lleno de amor y misericordia, tened lástima de mí! . . . No me dejéis caer en la tentación, dadme fuerza para resistir, constancia para perseverar y amor para sufrir. . .”

Sus clamores de amor y de dolor llegan por fin al cielo. Esta es la hora señalada por Dios para dar tregua a sus sufrimientos. La noche de aquel 13 DE JULIO, de rodillas en el oratorio de Santa Magdalena Sofia, empieza la Hora Santa en un estado de turbación y congoja imposible de describir. De repente, en un abrir y cerrar de ojos, una paz inmensa invade su alma. Jesús, una vez más, manifiesta su poder.

Con indecible gozo, Josefa, liberada, transformada, radiante, renueva los Votos que, de antemano, la unieron para siempre al Corazón Divino y a su Sociedad. El demonio, vencido, huye. Y a primera hora del VIERNES 14, el corazón de Josefa se expansiona en acentos de inmensa gratitud:

“Jesús mío, ¡gracias! Ya tengo luz y paz. Estoy dispuesta a todo lo que queráis de mí . . .”

“Desde toda mi vida os he amado sólo a Vos, pero nadie sabía que yo era vuestra. . . Ahora todo el Cielo y toda la tierra sabrán que los dos nos amamos y que somos, para la eternidad, Esposo y Esposa”.

Los dos últimos días de Ejercicios transcurren en completa paz. ¡Es tanta su felicidad que la parece un sueño! Prosigue con todo empeño trabajando en su alma, aunque el demonio procura todavía arrebatarle su dicha.

“Jesús en el desierto es tentado, permite que el diablo se atreva a tentar a todo un Dios para darme a mi ánimo y enseñarme que la tentación es el crisol de la virtud.

“Durante la vida oculta, no se sabe que Jesús haya experimentado tentación alguna, pero en el momento en que se prepara a la vida apostólica, quiere pasar por esta prueba. Cuando Dios quiere servirse de un alma, observa la misma conducta. A los principios, la tiene como oculta pero cuando se acerca el tiempo de realizar en ella sus designios, le prepara por medio de la tentación para que su virtud se robustezca contra los ataques de la vanidad, para que por su propia experiencia puede ser más útil al prójimo. He de contar con su Corazón, que vela por mí y mi consuelo será, más tarde,

proporcionado a mis sufrimientos. ¡No me lo ha demostrado más de una vez?"

Al meditar la Pasión escribe:

"Jesús mío., ¡qué lección me dais aquí! En el momento de angustia y de tentación, debo acudir a la oración y pedir, sí, alivio, pero sobre todo fuerza para hacer vuestra Voluntad.

"¡Qué duro será mi corazón si durante la Pasión de Jesús no me decido a seguir por el camino que El quiera, ya sea de humillación, de renunciamento, de completo abandono de mí misma".

Y contemplando a Cristo crucificado:

"Jesús, ya estáis en la Cruz. Vais a morir y pronto vuestro Corazón será abierto para que entre en él. ¡Corazón de mi Jesús! Abridme camino y dejame llegar al fondo. . .

"Mi morada es su Corazón. Allí me pondré bien escondida. En este Corazón trabajaré, sufriré, me perderé. . . ¡Qué importa ser pequeña. . . ¡Mejor, así llegaré más al fondo de este abismo. ¡Qué alegre conocer ese Corazón y ser su esposa!"

Renueva después sus promesas con toda la espontaneidad de su fervor:

"Yo no soy capaz de gran cosa, Señor, pero prometo seguir el camino que me tracéis. Si caigo (que será más de una vez) no por eso me voy a desanimar; os amaré mucho más viendo la ternura de que usáis conmigo y que me amáis como si nunca os hubiera ofendido. Aunque caiga me levantaré e iré de nuevo a vuestro Corazón".

Josefa pasa el DIA 15, víspera de sus Votos, en una deliciosa espera. Su alegría tiene un no sé qué de ingenuo y grave al mismo tiempo que debe enamorar al Corazón de Aquél a quien tanto agradan amor y sencillez.

"Día de gran paz para mi alma, esperando la hora que me va a unir a El. Que cuando venga el Esposo no encuentre nada que pueda disgustarle o estorbar su entrada. Limpiar bien la habitación de mi alma, yo voy a desposarme con un Rey que trae riquezas en abundancia. Poner de lado mi pobre juicio para pensar como El, querer lo que El quiere, sujetarme a sus gustos".

Hacia el mediodía, todavía el demonio intenta un nuevo asalto, pero inútilmente. Sin verlo, Josefa oye su voz:

—“Aun tienes tiempo. . Si quieres gozar, vete; si no, te quemaré”.

Pero esta sombra no empaña la alegría de Josefa. Por la tarde escribe por menudo todas las intenciones y deseos de su corazón.

. . .“tan numerosos, dice, que no tendré tiempo mañana de decirlos todos a Nuestro Señor. Pondré pues, esta carta sobre mi corazón, El la leerá durante mi acción de gracias y, como acabo de hacer los Votos, no podrá negarme nada de lo que le pido”.

Este escrito, cuidadosamente conservado, es testimonio elocuente del afecto puro y sincero que Josefa tenía a cuantos, por una razón u otra, le estaban allegados. Multiplicaba los nombres en larguísima lista y su caridad se dilata, abarcando las grandes intenciones de la Iglesia, de España, Francia, el mundo entero.

En esta hora solemne, se siente poderosa sobre el Corazón de Jesús y comparte más que nunca su sed de almas.

“En cuanto a mí, me doy toda entera a Vos, en cuerpo y alma, si ntener otro deseo que glorificar ese Corazón que tanto amo! . . Que el mundo entero os conozca y las almas que os están consagradas os amen más y más. . ya nada nos separará jamás, ni la vida ni la muerte. Abrasadme en vuestro amor y no me déis otro consuelo que el de consolar vuestro Corazón. . .

“Recibid esta carta de manos de la Virgen. Aquí en la tierra y en el cielo desde hoy seré

MARIA JOSEFA MENENDEZ DE JESUS”

Este dicho día termina iluminado por el Amor y el gozo con que Jesús la inunda y la noche parece larga a sus ardientes deseos. Todo está preparado para la ofrenda que va a consumarse.

* * *

La Ofrenda

Del 16 de Julio al 7 de Agosto de 1922

“¿Ves cómo te he sido fiel? . . Ahora, voy a empezar mi Obra”.

(16 de julio de 1922)

En la casa de Poitiers donde, por ser Noviciado son frecuentes las ceremonias de toma de hábito y de Votos, un nuevo impulso de fervor alegre parece siempre flotar alrededor de las privilegiadas que se con-

sagran al Señor. Todas las Religiosas se asocian a ellas y se siente más viva que nunca la divisa de la Sociedad: *Cor unum et anima una in Corde Jesu*.

Pero el DOMINGO 16 DE JULIO DE 1922, nadie presente las maravillas que se están realizando en el alma de esta humilde Hermana. Dios la ha mantenido en la sombra, mientras la moldeaba a su gusto; la ha formado a golpes de cincel, rudos a veces, hasta adaptarla perfectamente a su mano. La ha guiado a través de un camino desconocido y áspero. Ha reducido a polvo los planes de Satanás. Su misericordia triunfa en esta miseria y su poder brilla en esta debilidad.

Hoy, la conduce El mismo a la meta de su Plan Divino. Un instante no más, y sellará con ella una alianza que, a la faz del cielo y de la tierra, la consagrará como esposa suya, no para gozar de El, sino para colaborar con El a la Obra de Amor que ha de ser, entre ella y su Corazón, la consumación en la unidad.

La ceremonia se celebra para ella sola. Son las ocho de la mañana, la Capilla, cuajada de flores, está ocupada por las niñas, religiosas y novicias. Allí están también la madre de Sor Josefa y su hermana Ángela "los dos amores de su corazón" como dice ella que serán parte y no pequeña de su total ofrenda. Su hermana Mercedes también religiosa del Sagrado Corazón, se unirá al acto en espíritu, desde la casa de Las Palmas (Canarias).

En el silencio de la oración, interrumpido a ratos por algunos cánticos, la ceremonia se va desarrollando con toda su sublime sencillez. Tras una breve plática del celebrante, Josefa se arrodilla junto al comulgatorio. Contesta a las preguntas con voz clara y firme, y a la última:

"¿Recibis de todo corazón a Jesucristo por Esposo?"...

Su alma entera vibra en la respuesta.

"Sí, Padre, de todo corazón".

Recibe entonces "la cruz en la cual fué clavado Aquél que debe ser en adelante su modelo y el único objeto de su amor" (1), y el velo negro con estas palabras: "Recibid el yugo del Señor, porque su yugo es suave y su carga ligera".

Empieza la Misa. Al llegar el momento de la Comunión, Sor Josefa, delante de la Sagrada Hostia, que el Sacerdote tiene entre sus dedos, pronuncia lentamente, con todo el entusiasmo de su amor y de su voluntad generosa, los Votos que la unen para siempre al Corazón de Jesús. Momento de emoción intensa, y más, para quien sabe a qué subido precio ha sido comprado, con cuántos tormentos ha luchado la pobre barquilla, antes de arribar al puerto y qué milagros de amor le abren de par en par y para siempre aquel Corazón Divino, que su misma pobreza ha cautivado.

Pero... un espectáculo más grande, más íntimo, invisible a los ojos humanos, tiene encantado al cielo, en este instante.

"Después del Sermón me acerqué a recibir el Crucifijo y el velo negro y, según empezaba a ponérmelo, vi venir a la Virgen, muy hermosa, con un vestido muy brillante de luz. Traía en las manos un velo y cuando yo me arrodillé otra vez

(1) Palabras del ceremonial.

en el reclinatorio me lo colocó sobre mi cabeza. En seguida se empezó a formar a su alrededor un arco de cabezas muy pequeñitas y alegres como de niños, con unos ojos muy bonitos y caritas iluminadas; y con una dulzura que yo no puedo explicar, me dijo la Virgen:

—«*Hija mía, mientras tú sufrías, estas almas tejían este velo para ti. Todas las que tú deseabas han salido del Purgatorio y están en el cielo por toda la eternidad. Ahora son tus protectoras*».

“Era un cuadro encantador: La Virgen parecía una reina; su cara hermosísima y ¡tan llena de pureza y de ternura!.. Sus vestidos parecían de plata y sus manos puras ¡tan blancas.. tan finas!. . Luego estas almas.. estas cabecitas.. era precioso, ¡tantas.. No sé escribir en efecto que me hizo. Y además este velo que me cubría, mi crucifijo.. Yo no sabía qué decir.. Me dejé como empapar en esta dulzura.. no podía otra cosa.

“Cuando la Virgen terminó de hablar, las cabecitas empezaron a desaparecer una después de otras. La Virgen me dió su bendición y se fué. Creía que era el cielo. Llegó el momento de leer la fórmula de los Votos. Yo no sé qué sentí de emoción y de alegría. En seguida comulgué.. Luego vi a Jesús hermosísimo, su Corazón muy encendido y muy abierta su llaga.. Sentí que salía de ésta como un atractivo que me acercaba a El, y me hizo llegar y entrar dentro!. . Y me sentí perdida en su Corazón!..

—«*Ya estoy contento —me dijo— ya te tengo aprisionada en mi Corazón. Desde toda la eternidad Yo he sido tuyo. Desde ahora para siempre, tú eres mía. Tú trabajarás para Mí, Yo trabajaré para ti. Tus intereses son míos, mis intereses son tuyos. ¿Ves cómo te he sido fiel? Ahora voy a empezar mi Obra*».

“Aquí desapareció”.

Algunas horas después, expansiona en el cuaderno de Ejercicios la emoción que la embarga:

“Ya ha venido Jesús, ¡la unión está hecha! ¿Sabe El que soy tan miserable y que, a pesar de mi deseo de darle siempre gusto y de amarle le he de dar pena quizás más de una vez?.. Sí, Jesús lo sabe mejor que yo, pero me ama y nada le impor-

ta; El está dispuesto a reparar mis faltas y para ello me da su Corazón!

“¡Oh, Jesús amado! Gracias por esta incomparable gracia de los Votos. Mi voto de Pobreza; ¿qué es?, ¿qué entiendo yo por este voto? . . . Yo sé que desde ahora ya no tengo derecho a nada: lo que tengo a mi uso es una limosna que me dan. Ya he dejado lo que más amaba, mi madre, mi hermana, mi casa, mi patria, para no poseer más que a Jesucristo. Pero es sobre todo de mí misma de lo que debo despojarme; Jesús será mi todo.

“No debo tener más deseo ni más ambición que El. El es mi fuerza y mi paz. No quiero nada que no sea El, que no me lleva a El. . . ¿Mi voto de Castidad? ¡Ah qué feliz soy en mi vida religiosa! Nada ni nadie será capaz de hacerme perder este tesoro. Me parece que el mundo no existe para mí. Estoy en un jardín cerrado y lleno de flores, tan distintas unas de otras. Yo viviré eternamente en este jardín entre flores y mi perfume será para el Divino ardinero. El me cuida; yo le recreo. El me ama, yo le amo y todo lo demás para mí no es nada. ¡Oh Jesús purísimo! ¡Oh Esposo de las vírgenes! Yo os amo porque sois la pureza misma. Esto es lo que desde mis primeros años he sentido que me enamoraba y robaba mi corazón. “Jesús, Esposo de las Vírgenes”. Esta palabra bastó para hacerme sentir los encantos reservados a vuestras esposas y, desde entonces, mi alma ha sido una flor que no desea derramar su perfume más que delante de Vos. ¡Oh, Jesús mío!, haced que mi alma no pierda jamás la blancura de las gracias y el amor de la virginidad.

“¿Y mi voto de Obediencia? Me obliga a obedecer a mis Superiores legítimas, viendo en ellas a Vos que me habláis por su medio y me dais a conocer vuestra Voluntad. Pero mi amor debe ir más adelante, es decir, que yo no solamente debo obedecer a toda autoridad, sea la que sea, sino también a la voz que interiormente habla a mi alma, y que alguna vez quiero hacer como que no la oigo, porque me cuesta hacer o decir lo que me pide. . . No, Jesús mío, yo quiero obedecer por amor, sin reflexionar por qué o cómo, sin murmuración ni excusa, porque desde ahora ya no debo hacer mi voluntad, para hacer vivir en mí la vuestra y todo por amor.

“Todo este día —acaba— estaba tan llena de consuelo que no podía decir nada a Jesús ni a la Virgen”.

Se la siente, en efecto, perdida en Dios y envuelta en una paz que no es de este mundo. Pero sencilla y buena como siempre, atenta a derramar su caridad y a comunicar su alegría, visita a las enfermas para darles el beso de paz que no ha podido darles al terminar la ceremonia. Su presencia es para ellas como un rayo de sol. Luego dedica a su madre y a su hermana todos los momentos libres, dejando que su corazón desborde el cariño sobrenatural de que está lleno.

Por la tarde, vuelve a sumirse en el silencio, durante una adoración prolongada ante el Santísimo expuesto, y reitera con ardor al Esposo de las Virgenes su ofrenda total e irrevocable. Entrega que no hace más que afirmarse en los días siguientes, hasta el momento en que el Señor le descubra abiertamente los planes de su Corazón, dando realidad a la palabra que oyó Josefa el día de los Votos: "Y ahora voy a empezar mi Obra".

"El MARTES, 18 DE JULIO —escribe— por la noche, después de la campana, me despedí de mi madre y de mi hermana y me fui a la Capilla. Por el camino, le decía a Jesús que no le dé pena si no le hago mucho caso estos días, pues ya sabe El que todo lo que hago o digo a mi familia es a El, porque no busco más que su amor".

Al entrar en el oratorio de Santa Magdalena Sofía, Jesús se le aparece:

—*«Josefa, Esposa mía, desecha todo temor; Yo recibo el mismo consuelo que si estuvieras conmigo. Mirame a Mi en ellas y vive en paz».*

"El SABADO, 22 DE JULIO, al empezar la Misa, vino muy hermoso. Con una mano sostenía el Corazón y con la otra, que tenía extendida, parecía llamarle para que me acercase.

—*«Esta es la prisión que te tenía preparada desde toda la eternidad. Aquí, en mi Corazón, vivirás perdidas y escondida para siempre».*

"Después de la comunión añadió:

—*«Josefa, esposa mía, déjame dilatarme en ti. Mi grandeza suplirá tu pequeñez. Desde ahora trabajaremos siempre unidos. Yo viviré en ti, tú vivirás para las almas».*

Y al recordarle ella su flaqueza:

—*«Déjate guiar... Mi Corazón lo hará todo, mi misericordia obrará en ti y mi amor anonadará todo tu ser».*

"Ayer —escribe el mismo día— vino la Virgen por la mañana."

Como Madre solícita, vela sobre su hija, por si corriese el riesgo de olvidar los peligros que aun pueden acecharla en el camino.

—«*Vive en paz, hija mía, no te reserves nada para ti, ni te preocupes más que del momento presente. Jesús te lleva y guía a tus Superiores. No te apartes de sus consejos. Sé fiel y sumisa a la voluntad de mi Hijo, aun en los momentos más difíciles*».

Y después de algunas recomendaciones maternas:

—«*Mi Divino Hijo quiere servirse para su gloria de este instrumento insignificante, y así será a pesar de los esfuerzos del enemigo*».

Estas palabras le indican que el enemigo no ha de cejar en su empeño. Si no ha podido arrebatarle la vocación, intentará en adelante estorbar los planes de amor que Jesús quiere realizar en ella y por ella.

La primera impresión de Josefa ante la tentación, es de sorpresa desconcertante, viéndose todavía tan débil, después de la gracia de los Santos Votos.

“EL MIÉRCOLES, 26 DE JULIO, contaba a la Virgen mi pena y que Ella misma pidiese perdón a Jesús por mí, y le dijera que soy muy feliz de ser suya para siempre, y que mi único deseo es amarle mucho. Pero que no olvide mi pequeñez. Así hablaba yo a la Virgen y me estaba desahogando con Ella cuando vino Jesús... Se colocó cerca de mí y me dijo:

—«*No tengas miedo: soy tu Salvador... soy tu Esposo... ¡qué poco conocen las almas estos dos nombres! Esta es la obra que quiero hacer en ti: el deseo más ardiente de mi Corazón es que las almas se salven, y quiero que mis esposas, y muy particularmente las de mi Corazón, conozcan con qué facilidad pueden ganarme almas. Yo haré conocer por tu medio el tesoro que muchas veces dejan perder, porque no profundizan bastante estos dos nombres: Salvador y Esposo*».

“Entonces me incliné sobre su Corazón... Luego, El mismo me levantó la cabeza para que le mirase. No sé lo que me dicen esos ojos... ¡son tan hermosos! En seguida añadió:

—«*Nada temas. Mi Corazón reparará tus faltas y todas las de mis almas. Lo único que les pido es confianza, porque soy su Salvador y su Esposo. Te doy mi paz, mi Corazón te ama y tu pequeñez no me asusta; antes por ella, he fijado en ti mis ojos y te amo con la locura de un Dios*».

Al día siguiente, JUEVES 27 la Virgen insiste en la misma idea, apareciendo a Josefa mientras reza las oraciones de la noche:

—«*Hija mía, no te asustes de tus caídas. Todavía caerás más de una vez, pero siempre te levantará el Amor. Te sostiene un Esposo que es Dios y que te ama*».

DOMINGO 30 DE JULIO. La misma Señora viene a anunciarle la Cruz de Jesús.

—«*Esta noche —le dice— te va a dejar su Cruz. No mires tu debilidad —añadió, acariciándola como una Madre— mira el tesoro que posees: tú eres toda de Jesús y Jesús es todo tuyo*».

En efecto, ya entrada la noche, Jesús, rodeado de un halo de luz, aparece ante Josefa con la Cruz, que no le ha dejado desde hace tanto tiempo.

—«*Josefa, esposa mía, ¿quieres compartir la Cruz con tu Esposo?*».

“Y colocándola sobre mi hombro derecho, me dijo:

—«*Recíbela con alegría y soporta su peso con gran amor, pues es por las almas que tanto amo. ¿Verdad que ahora te pesa menos que antes? Es que ahora estamos unidos con alianza eterna y nada nos separará*».

El Esposo fiel que la deja durante el día entregarse al trabajo que el deber le impone, reserva para sí las noches, cuando nada se la disputa y sabe que siempre la encuentra dispuesta a consolarle.

“Durante la noche del 5 al 6 DE AGOSTO, ya estaba dormida cuando sentí su voz que me despertaba:

—«*Josefa, esposa mía. . .*».

“Vi a Jesús muy hermoso. Estaba de pie, lleno de luz y llevaba la Cruz.”

—«*Vengo a traerte mi Cruz*».

“Al dármele le dije cuán grande era mi alegría y mi deseo de aliviarle según mi pequeñez.

—«*Te la traigo de noche porque de día la tienen mis esposas*».

Josefa le habla de las almas y sobre todo de los pecadores, que son su constante pensamiento.

—«*Sí, son muchas las almas que me afligen. . . y muchas se pierden. . . Pero las que más hieren mi Corazón, son éstas*

que tanto amo y que no se entregan del todo a Mi. Siempre se reservan algo. ¿No les doy Yo mi Corazón entero?»

“Le pedí perdón por estas almas y por mí, que tanto me reservo. Y le supliqué que tomase los actos y el amor de las que desean consolarle. Con gran bondad me contestó:

—*«Sí, eso busco; reparar las faltas de las unas con los actos de las otras».*

Esta noche de sufrimiento sirve de preparación inmediata al día memorable en la vida de Josefa, en que el Señor va a mostrarle la perspectiva de la Obra que le ha encomendado. El Maestro empezará por insistir, y esta partida que desconcierta a Josefa, la inclina a una aceptación niendo de relieve su manera divina de realizar cosas grandes: por medio de instrumentos muy pequeños.

DOMINGO, 6 DE AGOSTO DE 1922. “Después de comulgar, vino Nuestro Señor, muy hermoso, con el Corazón muy dilatado y su llaga se abría por momentos. Mirándome con gran compasión, me dijo:

—*«Miseria... Nada... este es tu nombre. Pequeña todavía es algo, y tú no eres nada».*

“Como me lo decía con mucho amor, yo me desahogué con El a gusto y le dije: Sí, es verdad, Señor, que no soy nada. Pero quisiera ser todavía menos, porque la nada no resiste ni ofende, puesto que no existe. Y yo os resisto y os ofendo.

“Durante la segunda Misa vino otra vez y, reclinándome sobre su Corazón, me dijo:

—*«Ya estás convencida de tu nada ¿verdad? Pues, desde hoy, las palabras que Yo te diga no se borrarán jamás».*

“Le dije cuánto temo que ponga en mis manos su Obra de Amor, pues a pesar de mis buenos deseos, soy capaz de todo lo peor. De su Corazón salió un fuego que me abrasaba.

—*«¡Pequeña mía! ¡Miseria de mi Corazón! —me dijo con inmensa ternura—. Empieza mi obra agarrada de la mano de mi Madre. ¿No te da ánimo esto?»*

Al oír estas palabras, salta de gozo el corazón de Josefa. ¡Está tan plenamente segura del amor de su Madre!

“Sí, Jesús mío —contesta con viveza—, esto me da mucho ánimo y gran confianza... Y si quisierais decirme qué puedo hacer para que esta Madre querida no me deje hacer nunca traición a vuestra Obra, y que siempre sea fiel a vuestros designios... Que la Virgen me proteja, que vuestro Corazón me sostenga: este es mi único deseo.”

Después de un instante de solemne silencio, como si se recogiese antes de pronunciar palabras de suma importancia, Jesús respondió:

—«Como mi Corazón quiere servirse de viles instrumentos, para hacer la obra más grande de mi amor, he aquí lo que harás, durante los días que preceden a la Asunción de mi Madre, como preparación a esta misma Obra:

Meditar profundamente sobre la nada de mis instrumentos.

Confiar plenamente en la Misericordia de mi Corazón, y prometer desde el fondo del alma, no resistir jamás a mis peticiones, por duras y penosas que parezcan.

Hacer una Hora Santa, el jueves, para consolar mi Corazón de las resistencias de mis almas escogidas. Y el viernes, un acto de reparación por las penas y ofensas que de estas mismas almas recibo».

Al transcribir estas palabras, Josefa está aun sobrecogida, con sólo recordar el tono grave y solemne del Divino Maestro. No se atreve a proseguir, temiendo no acordarse puntualmente de las mismas palabras, y desfigurar el pensamiento del Señor. Inmediatamente aparece El a su lado:

“El mismo —dice— me fué dictando lo que sigue:

—«No temas; cuando tú escribas Yo te lo diré todo. Ninguna de mis palabras se perderá. Nada de lo que yo te diga se borrará jamás. Poco importa que seas tan miserable y pequeña. Yo lo haré todo... Yo daré a conocer que mi Obra se funda sobre la nada y la miseria; este es el primer eslabón de la cadena de amor que preparo a las almas desde toda la eternidad. Me serviré de ti para enseñar que amo la miseria, la pequeñez y la nada.

Haré que las almas conozcan hasta qué punto las ama y perdona mi Corazón y cómo sus mismas caídas pueden servirme de complacencia. Escríbelo: sí, me sirven de complacencia. Penetro el fondo de las almas, sus deseos de darme gusto, de consolarme y de glorificarme; y el acto de humildad que sus faltas les obligan a hacer, viéndose tan débiles, es precisamente lo que consuela y glorifica mi Corazón.

No importa que las almas sean débiles. Yo suplo lo que les falta. Les daré a conocer cómo su misma debilidad puede servirme para dar vida a muchas almas que la han perdido.

Daré a conocer que la medida de mi amor y de mi misericordia para con las almas caídas, no tiene límites... Deseo

perdonar... Descanso perdonando... Siempre estoy esperándolas con amor... ¡Que no se desanimen!... ¡Que vengan!... ¡Que se echen sin temor, en mis brazos!... ¡Soy su Padre!...

Muchas entre mis Esposas, no comprenden cuánto pueden hacer para atraer a mi Corazón a otras almas que están sumidas en un abismo de ignorancia, y no saben cómo deseo que se acerquen a Mí para darles vida... La verdadera vida.

Yo te enseñaré mis secretos de amor y tú serás ejemplo vivo de mi misericordia, pues si por ti, que eres miseria y nada, tengo tanta predilección y te amo tanto ¿qué haré con otras almas mucho más generosas que tú?»

“Me ha permitido besarle los pies y se ha marchado”.

Desde ahora cada vez que haya que transcribir el Mensaje que el Corazón de Jesús dirige al mundo, El estará presente; hablará como si experimentara el ardor impetuoso de un amor que no puede contener y Josefa irá regociado, a medida que las escucha, sus palabras divinas. Estos párrafos van subrayados, en sus cuadernos con tinta encarnada, para dar a entender su especial importancia.

“El LUNES, 7 DE AGOSTO, después de la Comunión —escribe— Nuestro Señor vino hermosísimo.

—«¿Qué quieres decirme, miseria de mi Corazón?»

“Jesús mío, para obedecer, voy a renovar los Votos en presencia Vuestra”.

Recuérdese la orden recibida anteriormente para desenmascarar los embustes del demonio.

“Mientras los renovaba, Jesús sonreía. Estaba hermosísimo y me miraba con tanta compasión y ternura, que no lo sé explicar. Me ha abierto los brazos y acercándose a su Corazón:

—«Como no eres nada, ven... entra en mi Corazón... a la nada le es fácil entrar y perderse en este abismo de amor».

“Aquí me hizo entrar en su Corazón”, —escribe escuetamente Josefa, sintiéndose impotente para expresar en qué consiste este misterioso favor.

Transcurrido así algún tiempo el Señor le dice:

—«Así iré consumiendo tu pequeñez y tu miseria... Yo obraré en ti... Hablaré por ti... Me haré conocer por ti... ¡Cuántas almas encontrarán la vida en mis palabras! ¡Cuántas cobrarán ánimo al ver el fruto de sus trabajos! Un actito de

generosidad, de paciencia, de pobreza, puede ser un tesoro que gane para mi Corazón gran número de almas! Pronto tú, Josefa, dejarás de existir pero mis palabras vivirán para siempre» (1).

“Entonces le dije mis temores porque siempre temo no ser fiel. Jesús me miró con sus ojos hermosísimos y con indecible bondad me respondió:

—«*Nada temas; Yo te conduciré del modo más conveniente para mi gloria y el provecho de las almas; tú abandónate al amor, déjate guiar por el amor, vive perdida en el amor*».

(1) El Señor añadió estas palabras que Josefa no anotó hasta unos días después: “Pronto morirás, pero poco antes de tu muerte, te avisaré para que tu superiora dé cuenta de todo al Obispo. No tengas miedo; pocos días después estarás conmigo en el cielo”.

LIBRO SEGUNDO

EL MENSAJE

Preliminar

En cuanto Sor Josefa hubo pronunciado los Votos, se vió con más evidencia todavía, que había sido escogida en vista de un gran designio de amor. Toda la gracia de su vocación, desarrollada en su alma por una serie ininterrumpida de predilecciones la habían modelado para esta Obra.

Esposa del Corazón de Jesús debía ser para El una vibrante respuesta de amor; y por eso, El le había descubierto los secretos del amor que espera de su Sociedad: "El amor más tierno y generoso". (1)

Esposa del Corazón de Jesús, había de penetrar en su herida, sondear su profundidad y asociarse al dolor de Jesucristo, ante la ceguera y la pérdida de tantas almas. Y por eso, El le había dado a entender el valor redentor de una vida entregada y unida al Reparador Divino.

Esposo del Corazón de Jesús, escogida por El para servir de instrumento a su amor y a su misericordia hacia las almas, que tan tiernamente ama, había de combatir su sed insondable... Y por eso, El la había inflamado en el celo devorador de su Corazón, ofreciéndole el mundo entero como horizonte de su recíproco amor.

Así, pues, los años de formación religiosa habían sido para Josefa un estudio profundo de la gracia de la vocación, que llama a toda religiosa del Sagrado Corazón a una vida de Esposa, de Víctima y de Apóstol.

El mismo Jesús había querido subrayar con sus enseñanzas, cada línea de la Regla, dando así, desde el principio de la vida religiosa de Josefa, un testimonio conmovedor de su propio pensamiento acerca de esta Sociedad, fundada en el amor —dirá El un día— y cuya vida y objeto no son más que el amor.

Pero todo ha sido hasta aquí una preparación para otros planes más amplios.

En varias ocasiones, el Señor había dejado entrever a Josefa sus proyectos. A pesar de sus temores y resistencias, la había encaminado, firme y suavemente, hacia una entrega sin condiciones a la Misión Divina, que poco a poco le iba mostrando. El día de los Votos, afirmando sus

(1) Constituciones.

derechos sobre ella, le había declarado con toda precisión: "Y ahora voy a empezar mi Obra" (1).

Esta Obra que El mismo llamará la "Obra más grande de su Amor", va a concretarse y desarrollarse, en los 18 meses que quedan a la breve existencia de Josefa. Pero la mano que la dirige y la influencia divina que obra en ella, la guardarán celosamente a sus propios ojos, a fin de que no vea en sí misma más que un vil y pobre instrumento, preferido por eso mismo para la obra de Dios; el Señor permitirá que experimente su propia flaqueza, en una constante lucha, a pesar de la cual permanecerá fiel hasta el fin. La tentación, los ataques directos del demonio, las penas del infierno, figurarán en primer lugar entre sus muchos padecimientos. Es una contrapeso que Dios opone a sus favores para edificar la santidad de Josefa sobre los fundamentos sólidos de una convicción plena de su bajeza y de su nada. Es también un estímulo que no le dejará un instante de reposo, a la vista de tantos pecados que reparar, de tantas almas que salvar y del fuego que devora el Corazón de su Dios.

Antes de comenzar la narración de la última etapa de su vida, echemos una mirada sobre el pasado que se cierra y sobre el porvenir que empieza a entreabrirse.

Así aparece mejor el plan divino de esta Obra de Amor, de modo que, como dirá el Señor a Josefa, "se puede admirar en todos sus detalles".

Lo que se desprende, ante todo, así de las enseñanzas de su Corazón, como de su conducta con Josefa y de las gracias que le concedió, es el sello doctrinal que pone de relieve las bases y los principios, que orientan y sostienen nuestra fe. El Señor ha querido recordárselo a las almas, como una "divina lección de cosas".

En primer lugar, afirma el "Soberano dominio del Creador" sobre su criatura y lo que exige de ella cuanto a la dependencia de su Voluntad y al abandono a la dirección de su Providencia".

—«No te olvides —le dice— que tengo todo derecho sobre ti. Déjame hacer de ti lo que quiero». Y estas palabras: —Déjame hacer... déjame obrar... déjame disponer de ti... déjame libertad en ti», vienen continuamente a afirmar la totalidad de sus derechos.

Al mismo tiempo, la historia de Josefa es la de la Providencia que no se equivoca en sus caminos.

—«Deseo —le había dicho un día— que tu pequeñez se deje conducir y guiar por mi mano paternal, sabia e infinitamente fuerte... Te manejaré como conviene a mi gloria y al provecho de las almas. Nada temas, pues te guardo con esmero, como la más tierna de las madres cuida de su hijo pequeño».

(1) 16 de julio de 1922.

Magnífica definición de la fidelidad divina, que puede decirnos siempre en cada encrucijada de nuestros caminos lo que decía a Josefa: "Jamás faltó a mi palabra".

Afirma también la "Presencia de gracia" en el interior del alma, fundamento de su incorporación a la vida divina.

—«*Estoy en ella —dice—, vivo en ella. Me complazco en hacerme Uno con ella...*»

Pero en cambio pide que no le deje nunca solo, que le consulte en todo, que se le pida todo y, particularmente, que se revista de El y que desaparezca en El.

—«*Cuanto más desaparezcas, más seré Yo tu vida*».

¿No es éste el comentario a la palabra de San Pablo: "Vivo Yo... mas no yo, sino Cristo es quien vive en mí?"

Luego, insiste sobre el valor de esta unión vital con El, que transforma las menores acciones y actividades humanas, revistiéndolas del "oro sobrenatural" de sus méritos. ¡Cuántas veces Jesús mostró a Josefa, de un modo evidente, lo que el Amor realizaba por medio de sus obras, hechas en unión con El! Así pretendía el Señor reanimar en las almas la fe en esta verdad tan consoladora, pues pone esta divina riqueza al alcance de todas:

—«*¡Cuánto se animarán las almas —le decía— viendo el fruto divino de su vida ordinaria!*»

Y aquí tocamos el dogma, que parece ser el nudo de estas magníficas enseñanzas: el de la *Participación de los Méritos infinitos de Jesucristo*. El Señor recuerda sin cesar a Josefa el poder concedido al alma bautizada sobre los tesoros de su Redención. Si le pide que complete en ella lo que falta a su Pasión, que repare por el mundo, que satisfaga a la Justicia del Eterno Padre, es siempre por El, con El, en El...

—«*Mi Corazón es vuestro, tomadlo y reparad por El*».

Entonces brotan de sus divinos labios aquellas ofrendas todopoderosas sobre el Corazón de su Eterno Padre, que Josefa recogía y que nos ha transmitido.

—«*¡Padre bueno, Padre santo, Padre misericordioso! Recibid la Sangre de vuestro Hijo, sus Llagas, su Corazón... Mirad su cabeza traspasada por las espinas... No permitáis que esta Sangre sea una vez más, inútil... No olvidéis que no ha llegado aun el tiempo de la justicia sino el de la misericordia*».

La gran realidad de la *Comunión de los Santos* aparece, en fin, como la trama de la vocación sobrenatural de Josefa y como el fondo del cuadro sobre el que se desarrolla su vida. La Santísima Virgen, Mediadora de toda gracia y Madre de Misericordia, ocupa un lugar privilegiado en el centro de este intercambio de gracias y de méritos, entre los Santos

del Cielo, las almas del Purgatorio y las que aun militan sobre la tierra. Josefa, miembro pequeñísimo del Cuerpo Místico de Jesucristo, aprende de El la repercusión en el mundo de las almas, de la fidelidad, del sacrificio, del sufrimiento y de la oración.

Pero sobre todas estas enseñanzas doctrinales, con ser de tanto valor, el mensaje director del Corazón de Jesús es un *Llamamiento de Amor y de Misericordia*. Un día, preguntaba Sor Josefa a su Maestro:

“Señor, no entiendo cuál es esta Obra que me decís siempre”.

—«No sabes cuál es mi Obra? Pues... ¡es de amor!... Quiero servirte de ti para dar a conocer más todavía la misericordia y el amor de mi Corazón... Las palabras y deseos que doy a conocer por tu medio excitarán el celo de muchas almas e impedirán la pérdida de un gran número, y comprenderán cada vez más que la misericordia y el amor de mi Corazón son inagotables».

—«De cuando en cuando —decía en otra ocasión— necesito hacer una nueva llamada de amor». . . «Sí, es verdad que no necesito de ti, pero déjame, Esposa de mi Corazón, que por ti me manifieste una vez más a las almas»!

Este gran designio de amor fué, en efecto, confiado a Josefa a través de las comunicaciones celestiales que se sucedieron en los dos últimos años de su vida. Las recibía generalmente en la celdita a donde el Señor la llamaba. Allí, de rodillas, junto a la imagen de María Inmaculada, después de renovar sus Votos (acto de obediencia que la preservó a menudo de los lazos del espíritu de tenebras), Josefa escribía, mientras El hablaba, los secretos de su Maestro.

El libro titulado “Un Llamamiento al Amor”, ha dado ya a conocer parte de este Mensaje Divino. Pero en esta nueva obra, aparecen las palabras del Maestro encuadradas en el marco de los hechos, adquiriendo así un relieve mucho más acentuado. Una ojeada al conjunto hará comprender mejor el plan divino, en esta nueva manifestación del Corazón de Jesús.

Quiere reinar por medio de un conocimiento más cierto de su bondad, de su amor, de su misericordia. Es el testimonio que El vino a rendir a su Padre aquí en la tierra “Deus charitas est”. Es lo que quiere que los suyos sepan y digan de El.

Quiere, por esta nueva efusión de su Corazón, obtener, no sólo la reciprocidad del amor, sino también la respuesta de la confianza, que estima aún más, porque es prueba de amor más tierno y fuente de amor más generoso.

Quiere atraer y regenerar a las almas por la fe en la misericordiosa bondad, que el mundo no comprende suficientemente y en la que no cree bastante.

Quiere que sus almas escogidas vuelvan a una seguridad más estable en su amor, por el conocimiento profundo de su Sagrado Corazón, cuyos

rasgos quiere que ellas revelen a aquellos que los desconocen o que los conocen poco.

Quiere que este llamamiento vaya a despertar a las almas dormidas, a levantar a las caídas, a saciar a las hambrientas... y todo esto hasta los últimos confines de la tierra... Y se expresa de modo tan positivo, con tan ardiente deseo, que no se puede permanecer insensible ante este abrasado llamamiento de Amor.

Al mismo tiempo, recuerda a los suyos que en el orden constante de la Providencia, sus planes dependen, en parte, de la libre cooperación de las almas. Pide esta cooperación a todas aquellas que comprendan el alcance de sus designios y el ardor de sus anhelos.

—*«Cuando las almas conozcan mis deseos —decía el Señor—, entonces, que no perdonen ni trabajo, ni esfuerzo, ni sufrimiento.»*

Así había comprendido Josefa esta sed y esta hambre divinas, que consumieron su vida en tan poco tiempo.

VII

EL PROLOGO DEL MENSAJE

— o —

Primeras Peticiones

Del 8 de agosto al 30 de septiembre de 1922

—“Necesito hacer una nueva llamada de amor”
(29 de agosto de 1922)

Han pasado tres semanas desde el 16 de julio, día de tantas gracias y favores, sin que nada al parecer, haya cambiado en la vida de Sor Josefa. Trabaja como siempre, con la misma fidelidad y el mismo ardor. Quizá desde que lleva el velo negro, es más expansiva su caridad, más hondo su recogimiento. Al secreto de su vida íntima conviene una vida exterior oculta, en la cual pase inadvertida a los ojos de quienes la rodean. Así, en la sombra y en el silencio, Dios establecerá las bases de su obra, que ha de fundarse en la “nada” del instrumento, para que puedan cumplirse sus designios de amor.

El JUEVES, 10 DE AGOSTO DE 1922, Josefa escribe:

“Desde hace ocho días, no sé por qué, tengo un conocimiento de mí misma que nunca he tenido. Comprendo que soy capaz de todo lo peor, y veo todas las malas inclinaciones que hay en mi corazón. No puedo explicar qué tristeza tengo al verme así, y la vergüenza que siento, sobre todo viendo lo bueno que es Jesús para conmigo”.

El LUNES 14, VISPERA DE LA ASUNCION, prosigue:

“Hoy, según estaba cosiendo, me vino esta idea: ¿Por qué soy tan poco generosa y temo siempre sufrir?... En seguida comprendí que no fijo bastante los ojos en Jesús, sino que los fijo en mí misma. Esto no puede seguir así. Mi vida será muy corta y después ya no podré dar gloria a Dios. He pedido permiso para hacer la Hora Santa y consolar a Jesús de mi poca generosidad, y un día de retiro para pedirle me enseñe a clavar mis ojos en El, en su Voluntad, en su gloria, en su Corazón, sin pensar en mí para nada”.

EL MARTES 15, bajo la protección de la Santísima Virgen, empieza el día de Retiro.

“En cuanto me he despertado, me he puesto muy cerquita de Jesús; le he pedido que me enseñe a amarle con verdadero amor. Este es mi único deseo”.

El Señor responde a esta súplica, sumiéndola en el abismo de su propia bajeza. Y la hace permanecer anonadada ante su Majestad Soberana.

“Le he pedido a mi Jesús después de comulgar, que me dé tanta confianza en su Corazón como pena de mis faltas”.

Pero el Rey de Amor quiere anclarla más profundamente en el conocimiento de su nada. En una visión simbólica va a darle una idea clara de sus miserias:

“Serían las nueve y media, sin saber donde estaba, tenía delante de mi vista un sitio oscuro, cubierto de niebla. Era como un patio o jardín no muy grande y se notaba un olor a humedad, muy malo; muchas hierbas y espinas, altas como varas de rosal pero sin hojas.

“Después vino un poco de claridad como de sol. Vi muy bien aquel desorden de espinas y yerbas que estaban como llenas de agua sucia y eso era lo que producía el mal olor. Después desapareció. No comprendía qué podía ser esto, y me fui a la Capilla, sin pensar más en ello. Todo lo que pido hoy a Jesús es amarle con verdadero amor y fijar en El sólo mis ojos. Así estaba, cuando ha venido El, muy hermoso. De su Corazón salía mucha luz, y con mucho amor me ha dicho:

—«Amada mía ¡Miseria de mi Corazón! . . . Yo soy el sol que te da a conocer tu miseria. Cuanto más grande la veas más debe aumentar hacia mí tu ternura y amor; no temas. El fuego de mi Corazón consume tus miserias. Tu corazón es una tierra viciada que no puede producir fruto bueno. Pero Yo soy el Jardinero que cultivará esa particita de tierra. Enviaré un rayo de sol que la purifique, y mi mano sembrará. . . Sigue siendo pequeña, muy pequeña. . . Yo soy bastante grande, soy tu Dios, soy tu Esposo, tú eres la miseria de mi Corazón».

No se acaba el día de la Asunción sin que venga también la Virgen para recordar a su hija que, precisamente de esta miseria quiere servirse Jesús para su Obra.

Mientras las Hermanas rezan el rosario, en la sala del Noviciado, la Señora se aparece a Josefa:

“Vestida —dice— como el día de mis Votos, con la diadema en la cabeza, las manos cruzadas sobre el pecho, y vi

que se formaba como una corona de rositas blancas, en torno a su Corazón.

—«*Estas flores se cambiarán en perlas de gran valor para la salvación de las almas*».

Dijo esto refiriéndose al rosario que rezaban las novicias, arrodilladas alrededor de su imagen. Y volviéndose hacia Josefa:

—«*Si, las almas es lo que más ama Jesús. Yo también las amo porque son el precio de su Sangre, y ¡se pierden tantas! . . . No resistas, hija mía, no rehuses nada: abandónate completamente a la Obra de su Corazón, que es la salvación de las almas*».

Después de darle algunos consejos personales, añadió:

—«*No temas, hija mía, la Voluntad de Jesús se cumplirá, su Obra se hará*».

Esta afirmación abre a Josefa la perspectiva de la misión, que la Voluntad de Dios quiere confiarle, y despierta en ella un mundo de temores y recelos. La cooperación a ese plan divino será siempre su campo de batalla.

EL SABADO, 19 DE AGOSTO, mientras cose, Jesús la llama:

—«*Sube y pide permiso*».

Conseguido éste, Jesús acude a la celda donde ella, de rodillas, renueva los votos. Al contemplar su hermosura divina, no sabe cómo expresar su amor.

—«*Si, dime que me amas —le responde—. No importa si vuelves a caer. Yo me complazco en tus miserias*».

Al confesarle ella que no logra dominar del todo la repugnancia que siente, cuando tiene que comunicar a sus Madres los deseos que El le manifiesta:

—«*Todo lo que te pido que digas, aunque te parezca duro, es por el bien de las almas. ¡No sabes cuánto amo a las almas!*»

Y como expansionando su Corazón, prosigue:

—«*¡Cuánto amo esta casa! En ella he puesto mis ojos. Aquí mi Corazón encuentra miseria, apta para hacer de ella instrumentos de mi amor. A este grupo de almas he entregado la parte más pesada de mi Cruz. Pero no están solas para llevarla: Yo estoy con ellas; Yo las ayudo. El amor se*

prueba con obras: he sufrido porque las amo y ellas sufren también por mi amor».

Dos días más tarde, Jesús recuerda a Josefa, que su espíritu de fe la guardará en el camino seguro de la obediencia.

—*«Yo soy el que gobierna todas las cosas y nunca permitiré que te lleven por un camino errado. Ten confianza y no veas más que a Mí; mi mano que te guía, mi ternura que te ama con amor de Padre y de Esposo».*

Parece como si antes de confiarle sus designios acerca del mundo y de las almas, quisiera asegurar la autenticidad de esta misión, por medio de aquella sobrenatural y estricta dependencia de la autoridad, que ha de ser hasta el fin, la exigencia y la señal de su divina presencia.

EL JUEVES, 24 DE AGOSTO, durante la oración, se le aparece diciendo:

—*«Pide permiso para que te hable».*

Sor Josefa pide el permiso, pero Jesús no vuelve. No se descorazona por ello, y se somete a la Voluntad Divina, que obra en ella con entera libertad.

EL MARTES 29, por la mañana, mientras está cosiendo sola en la sala de las Hermanas, oye una voz conocida que la hace estremecer:

—*«Sí, Yo soy».*

Cae de rodillas, le adora y, llena de emoción:

“Pero, Señor, ¿sois Vos? Os estoy esperando desde el otro día y ya empezaba a temer que os hubiese disgustado”.

—*«No, Josefa, sino que gozo cuando mis almas me esperan. ... ¡hay tantas que no se acuerdan de Mí!»*

Son los acentos del amor menospreciado, que busca compensación al olvido y a la indiferencia.

—*«Ve a tu celda —dice—, Yo también iré».*

Cuando Josefa llega a la celda, Jesús ya está allí.

“Le he preguntado si le gustaba que renovase los votos”.

—*«Sí, me gusta mucho, y cada vez que los renuevas. estrecho las cadenas que te unen a Mí».*

“Luego, le he pedido que jamás resista a sus designios, que mis miserias no le impidan hacer su Obra”.

—*«No son tus miserias lo que me ha de alejar de ti. Ya sabes que por ellas he fijado en ti mis ojos».*

Conmovida hasta el fondo del alma, no sabe cómo expresar su gratitud y su amor. Le habla de sus deseos, de sus temores, de su debilidad.

“Ha abierto los brazos y ha empezado a brotar agua de sus Llagas”.

—«*Acércate a mis Llagas y bebe la verdadera fortaleza*».

“Yo no podía resistir tanto gozo”.

—«*Quédate todavía hasta que tu alma se sacie y se robustezca*».

En esta comunicación misteriosa pasa largo rato. Después, el Señor vuelve a tomar la palabra; descubre a su elegida su predilección y sus planes, acerca de la Sociedad del Sagrado Corazón. Y añade:

—«*Escribe cómo mis almas darán a conocer mi Corazón de Padre a los pecadores*».

Mientras Jesús va hablando, Josefa, arrodillada delante de la mesa escribe:

—«*Conozco el fondo de las almas; sus pasiones y el atractivo que sienten por el mundo, por el placer. Yo sabía desde la eternidad cuántas almas amargarían mi Corazón y que para muchas, mis sufrimientos y mi Sangre serían inútiles... pero como antes las amaba, las amo ahora... No es el pecado lo que más hiere mi Corazón... lo que más lo desgarrar es que no vengan a refugiarse en El después que lo han cometido. Sí, deseo perdonar y quiero que mis almas escogidas den a conocer al mundo cómo espero, lleno de amor y de misericordia, a los pecadores*».

“Aquí —escribe Josefa— le he dicho que ya lo saben las almas, y que no olvide que soy una miserable y puedo estropear sus planes.

—«*Ya sé que las almas lo saben; pero de cuando en cuando necesito hacer UNA NUEVA LLAMADA DE AMOR. Y ahora quiero servirme de ti, pequeña y miserable criatura. Nada tienes que hacer: ámame y permanece abandonada a mi voluntad. Te esconderé en mi Corazón y nadie te descubrirá. Sólo después de tu muerte, se leerán mis palabras. Arrójate en mi Corazón. Yo te sostengo con muchísimo amor. Te amo, ¿no lo sabes?... ¿No te doy bastantes pruebas de amor?»*

Y como ella opone todavía a esta elección divina sus muchas flaquezas:

—«*Las he visto desde toda la eternidad, y por eso te amo*».

Dos días después, el 31 DE AGOSTO, el Señor manifiesta con más precisión su voluntad:

—«*Quiero que escribas. Quiero hablarte de las almas... ¡las amo tanto!... Quiero que encuentren siempre en mis palabras, remedio a todas sus enfermedades*».

Al día siguiente, no la invita a escribir: propone a su generosidad una de aquellas empresas largas y dolorosas, para la redención de un alma, de las que tiene ya experiencia. Es una lección práctica del Mensaje que han de leer las almas, no sólo en los escritos, sino en la vida misma de Sor Josefa.

Vamos, pues, a escuchar durante el MES DE SEPTIEMBRE DE 1922, la historia de la conquista de un alma. "Alma muy amada", en frase del mismo Jesucristo, alma consagrada, alma de sacerdote. Penetremos, cuanto es posible, en el Divino Corazón, para saborear su dolor insondable y comprender el amor que en reparación, espera y exige de las almas fieles.

EL PRIMER VIERNES DE SEPTIEMBRE, por la noche, cuando ya iba a descansar, tomé el crucifijo y lo besé. En aquel momento apareció Jesús, rebosando ternura y... ¡tan hermoso! más aún que otras veces... me dijo:

—«*Josefa, quiero descansar en tu corazón... en ese corazón lleno de miseria, es verdad, pero también lleno de amor*».

"En cuanto le vi, me puse de rodillas. Después renové los votos y le dije que no deseo más que amarle mucho y que le amen. Luego me habló de las almas con muchísimo amor, sobre todo de las tres que nos había confiado; y, con el Corazón oprimido, me contestó:

—«*Dos todavía están lejos, muy lejos de Mi. Pero la que más me atormenta es la otra. Con estas dos, mi justicia no puede obrar con tanto rigor, porque no me conocen como aquella, que es un alma consagrada: un sacerdote, un religioso, un alma muy amada; ella misma se abre el abismo y, si se obstina, caerá en él*».

EL DOMINGO, 3 DE SEPTIEMBRE, después de comulgar, Josefa vuelve a ver a Jesús, resplandeciente de hermosura tal, que no hay lenguaje humano capaz de expresarlo.

Contempla a las religiosas recogidas durante la acción de gracias de la comunión y, con el Corazón abrasado, pronuncia estas palabras:

—«*Ya estoy en el trono que Yo mismo me he formado. No saben mis almas cómo descansa mi Corazón entrando en el*

suyo, pequeño y miserable, pero todo mío... No me importan las miserias, lo que quiero es amor... No me importan las flaquezas, lo que quiero es confianza. Estas son las almas que atraen al mundo la misericordia y la paz. Sin ellas no podría detenerse la ira divina ¡son tantos los pecados!».

“Cuando dijo estas palabras, poco a poco se fueron formando llagas en su Corazón, hasta ponerse en un estado que daba verdadera compasión, pues era todo El una llaga... Yo procuré consolarle. Me miró con mucha tristeza y me dijo:

—*«Si, son muchos los pecados que se cometen... y muchas las almas que se pierden. Pero lo que más destroza mi Corazón son las ofensas de mis almas escogidas... ¡esta alma que así me ofende! Yo la llamo y ella me desprecia... Mi sumisión llega hasta tenerle que obedecer y bajar al altar a su palabra. Sus dedos manchados por el pecado, tienen que tocarme y, mientras su corazón se halla en tan horrible estado, he de entrar en ese foco de corrupción. Déjame que me esconda en tu corazón. Josefa... ¡Pobre alma! ¡Pobre alma... No sabe qué tormento se prepara por toda una eternidad...»*

“Yo le supliqué que tuviese piedad de ella, le recordé cómo su Corazón desea perdonar, le ofrecí el amor y los méritos de la Virgen, de los Santos y de las almas justas de la tierra; los actos y el amor de esta Sociedad que tanto ama su Corazón, y por último, todos los sufrimientos de esta casa, que, en este momento, no son pocos.

—*«Mientras encuentre víctimas que reparen, mi justicia se detendrá».*

Y anuncia a Josefa que le va hacer experimentar los tormentos que, en el infierno, están reservados a las almas consagradas, cuando han sido infieles:

—*«Para excitar tu celo, y que más tarde conozcan mis almas los tormentos a que se exponen, con su infidelidad».*

Después, como hablando consigo mismo, prosigue:

—*«Alma a quien amo ¿por qué me desprecias?... ¿No basta que me ofendan los mundanos? Pero tú que me estás consagrada, ¿por qué me tratas así?... ¡Qué dolor para mi Corazón recibir tantos ultrajes de un alma, que Yo he escogido con tanto amor!»*

EL LUNES, 4 DE SEPTIEMBRE, se realizó el aviso de Jesucristo y Sor Josefa experimentó las penas espantosas que padecen en el infierno los religiosos infieles. No había vuelto a bajar a este lugar de desolación desde el mes de junio. Pero ahora le parecía tener conciencia de que estaba sellada por los votos y sentía la responsabilidad de un alma amada con predilección.

“No puedo explicar —dice— lo que es este sufrimiento, pues si el tormento de un seglar es terrible, es nada comparado con el de un religioso”.

No se atreve su pluma a describirlo. Anota, sin embargo, que estas tres palabras: pobreza, castidad, obediencia, se imprimen en el fondo del alma como una acusación y un remordimiento.

“Tú hiciste este voto libremente y con pleno conocimiento... Tú misma te obligaste... Tú lo quisiste...”, le gritan los demonios.

Y el alma: “yo lo hice y era libre... podía no haberlo hecho, pero yo misma lo hice y era libre...”

Luego, añade.

“El alma recuerda sin cesar que había escogido a Dios por Esposo y que le amaba sobre todas las cosas... que por El renunció a los placeres permitidos, a todo lo que más amaba en el mundo... Que al principio de su vida religiosa gustó las dulzuras, la fuerza y la pureza de este amor divino, ¡y que ahora, por un afecto desordenado, tiene que odiar eternamente a Dios, que le había escogido para amarle!

“Siente necesidad de odiarle con una sed que la consume... No hay recuerdo que pueda darle el más ligero consuelo... Otro de los tormentos que padece es la vergüenza. Parece que le gritan todos: “que nos hayamos perdido nosotros, que no tuvimos los medios que tú, es más comprensible; pero a tí ¿qué te faltaba?... Tú vivías en el palacio del Rey... Tú te sentabas en la mesa de los escogidos”. En fin, todo esto que escribo, no es sino una sombra al lado de lo que el alma sufre y padece, pues no hay palabras que puedan explicar semejante tormento”.

Al volver de este contacto misterioso con los infelices condenados, Sor Josefa se entrega, aún más de lleno, a la misión redentora que el Señor le ha confiado. Ha comprendido mejor la enormidad de la ofensa inferida por un alma consagrada, la herida que causa el Corazón de Cristo y sobre todo, el deseo ardiente que consume a Jesús de preservar de tan horribles torturas a esas almas tiernamente amadas.

EL MIÉRCOLES, 6 DE SEPTIEMBRE, durante la Misa, el Señor se le aparece, con un aspecto de bondad y tristeza que la deja sobrecogida. La herida del Corazón se ve muy grande. Josefa se ofrece a consolarle y El le contesta como un pobre que pide limosna.

—«No te pido más que tu corazón para esconderme en él, para librarme de la amargura que me da esta alma, haciéndome entrar en el suyo... que mis almas escogidas sean las que así me tratan, eso es lo que más me aflige».

“Después que comulgó me dijo:

—«Hija mía, a quien amo como a la niña de mis ojos, escondeme en tu corazón».

“Yo le dije con todo el amor que pude, que entrara muy adentro, y que sentía tener un corazón tan pequeño; desearía que fuera más grande para que pudiera descansar bien.

—«Si es pequeño no importa; Yo le agrandaré, pero quiero este corazón, lo quiero todo mío».

Luego, muy despacio, como para hacerle sentir hondamente lo que le va sugiriendo:

—«Consuélame... ámame... glorifícame con mi propio Corazón... Repara con El y satisface con El a la justicia divina... Preséntalo a mi Padre como víctima de amor por las almas... pero de un modo especial por estas almas que me están consagradas. Vive conmigo... Yo viviré contigo... Escondete en Mi. Yo me esconderé en ti... Los dos nos consolaremos mutuamente, porque tus penas serán mías y mis penas serán tuyas».

Dice, recordando a Josefa la unión de reparaciones que quiere efectuar con ella.

La unión que la Santa Fundadora del Instituto había expresado en aquella ardiente súplica:

“Que no exista para las Esposas del Corazón de Jesús otra cruz que la Cruz de Jesús”.

Cada noche, según su costumbre, el Señor lleva esta Cruz a Josefa, rogándole que la soporte un rato por el alma sacerdotal que hiere su Corazón.

—«¿Quieres mi Cruz?» —le dice.

Y ella, la acepta gustosa para aliviar a su Maestro.

En la noche DEL VIERNES, 8 DE SEPTIEMBRE, se acerca a ella “como un pobre hambriento”, escribe Josefa, para expresar el aspecto triste y suplicante de Jesús.

—«*Quítame la sed que tengo de que me amen las almas, pero sobre todo mis almas escogidas... No sabe esta alma cuánto la amo... Por eso su ingratitud me pone en este estado*».

“Le ofrecí los trabajos de esta casa, los sufrimientos y sobre todo, el buen deseo que tenemos de consolarle y agradecerle; que El lo purifique y transforme todo, para que tenga más valor.

—«*Yo no miro la acción, miro la intención. El acto más pequeño hecho por amor adquiere tanto mérito y puede darme tanto consuelo!... No busco más que amor... No pido más que amor...*»

¿Podía la Virgen Santísima quedar al margen de una empresa que tenía por fin la conversión de un alma? Acude el SABADO 9, para animar a Josefa en las horas más dolorosas:

—«*Hija mía, sufre con ánimo y valor. —le dice—. Gracias al sufrimiento, esta alma no cae en otro pecado más grave*».

De este modo transcurren los días de Sor Josefa, entregada sin reserva al divino querer. Cada mañana, mientras ella oye misa, se le muestra Jesús como un pobre, extenuado de cansancio y agobiado por el dolor.

—«*Escóndeme en tu corazón y quítame un poco la amargura que me consume. No puedo resistir más los ultrajes que recibo de esta alma... pero la quiero... la espero. Deseo perdonarla. ¡Con cuánto amor la recibirá mi Corazón cuando vuelva a Mí!... Tú, Josefa, consuélame, acércate a mi Corazón y participa de su amargura*».

Calla el Señor un momento. Luego, prosigue.

—«*Esta es la hora de mi dolor; participa de él porque también es tuyo*».

“Por la noche de este día 12 DE SEPTIEMBRE, al tiempo de dar gracias en el refectorio, después de la cena, vi a Nuestro Señor. Estaba de pie delante de la mesa del fondo, hermosísimo con su túnica blanca, que brillaba en la oscuridad de la noche. Su mano derecha levantada como para bendecir. Se acercó a mí y me dijo:

—«*Estoy aquí, entre mis esposas, porque encuentro descanso y consuelo*».

Josefa le sigue hasta llegar a su celda, donde repite las mismas frases, añadiendo:

—«*Ánimo; un poquito más y pronto volverá a Mí*».

Otras ofrendas ayudan también al rescate del alma infiel. En aquella fecha, la casa de Poitiers contaba entre sus religiosas algunas víctimas, enteramente abandonadas a Dios, en la cruz de la enfermedad. A ellas se refería el Señor cuando decía EL 13 DE SEPTIEMBRE:

—«*Muchas me reciben bien cuando las visito con la consolación. Muchas me reciben con gusto en la comunión. Pero hay pocas que me reciban bien cuando las visito con mi cruz. El alma que se ve tendida en la cruz y en ella se abandona, esta alma me glorifica... Esta alma me consuela. Es la que está más cerca de Mí. Por el sufrimiento de mis Esposas, no se pone este sacerdote en mayor peligro, pero todavía hay que sufrir por él. Cuando venga a Mí, Yo te manifestaré nuevos secretos de amor para las almas. Quiero que sepan todas cuánto las ama mi Corazón*».

El día de la fiesta de los Dolores, VIERNES, 15 DE SEPTIEMBRE, recibe Sor Josefa la visita de la Virgen Dolorosa.

“Vestida con túnica color violeta pálido, juntas las manos sobre el pecho y hermosísima” —escribe.

“Le pedí que Ella misma consolara a Jesús, porque aunque mi deseo es amarle muchísimo, no sé; por eso le pido su Corazón para amar y reparar con El”.

—«*Hija mía —contesta con tristeza la Virgen—, este sacerdote destroza el Corazón de mi Hijo... Se salvará pero a fuerza de muchos sufrimientos. No en vano lo confía Jesús a sus esposas... ¡dichosas las almas en quien Jesús fija los ojos para confiarles tan precioso tesoro!*».

Y los días y las noches se suceden, entre incesantes sufrimientos físicos y morales. El Señor, compadecido, reanima el valor de su víctima.

—«*No tengas miedo, esta alma no se perderá. Pronto volverá a mi Corazón; pero por un alma hay que sufrir mucho*».

Así lo experimenta ella, en efecto. El demonio, como si presintiera la misión redentora de Sor Josefa, para con aquel pecador, que él cree ya definitivamente suyo, multiplicaba los asaltos contra ella. Vuelve a sentir los tormentos del infierno y la cruz pesa todas las noches sobre sus hombros doloridos.

EL LUNES, 25 DE SEPTIEMBRE, después de una larga noche de fatigosa expiación Jesús aparece de repente:

“Su Corazón no tenía herida ninguna y estaba resplandeciente de hermosura y claridad”.

—«*¡Esposa de mi Corazón!... ¡Miral Esta alma ya ha venido a Mí. Herido al fin por la gracia, se ha ablandado su corazón. Amame y nada rehuses para conseguir que otras almas me amen. Sí, ya ha venido a arrojarse en mis brazos y se ha confesado... Sufre todavía conmigo para alcanzarle la fuerza de perseverar hasta el fin*».

Algunos días más tarde, en un arranque de amor Jesús añadirá:

—«*Esta alma me busca y Yo la espero lleno de amor para colmarla de las más dulces caricias*».

Y EL 20 DE OCTUBRE confirmará el regreso de la oveja perdida, a tanta costa logrado:

—«*Ya está en mi Corazón; ahora no le queda más que el mérito de su dolor, al recordar su caída*».

¿Quién al leer estas líneas, podrá jamás dudar de esta misericordia rebosando ternura, para quien la oveja alejada del redil es siempre la más amada, y el hijo pródigo el más ardientemente esperado?

Mas no deja el Señor descansar mucho tiempo a Josefa. La misión reparadora de las almas escogidas es de todos los días y de todas las horas, porque también lo son los pecados del mundo y los peligros a que las almas están expuestas. Tal parece ser la lección que quiere dar a su elegida, al invitarla sin cesar a nuevas conquistas.

“Por la tarde de ese mismo día, 26 DE SEPTIEMBRE, me encontré a Jesús cerca de la Capilla, con la corona de espinas en la cabeza y bastante sangre por la cara, pero el Corazón muy encendido”.

—«*Josefa, no dejes de hacer hoy el Vía Crucis*».

“Fuí a pedir permiso, y al acabarlo, vino otra vez y me dijo:

—«*Tenemos que salvar dos almas en gran peligro. Ponte en estado de víctima*».

Y como para explicarle lo que esto significa:

—«*Déjame hacer de ti lo que quiera*» —añade.

“En seguida empecé a sentir muchísima angustia en el alma y un sufrimiento muy grande y no sabía qué hacer para que estas almas se salvaran”.

Consigue luego licencia para hacer algunas penitencias y une constantemente sus obras y sacrificios a la preciosa Sangre del Salvador. Al anochecer, Jesús aparece en su celda:

“Con las manos juntas y mirando al cielo, decía en voz muy clara y llena de majestad:

—«¡Padre Eterno! ¡Padre misericordioso! ¡Recibid la Sangre de vuestro Hijo! ¡Tomad sus Llagas, recibir su Corazón, por estas almas!»

“Aquí se detuvo un momento y luego repitió:

—«Padre Eterno, recibid la Sangre de vuestro Hijo, tomad sus llagas, tomad su Corazón, mirad su cabeza traspasada de espinas. No permitáis que una vez más esta Sangre sea inútil. Mirad la sed que tengo de daros almas... Padre mío, no permitáis que estas almas se pierdan... Salvadlas para que os glorifiquen eternamente».

Luego, bajando los ojos y como dirigiéndose a otras almas religiosas:

—«¡Consoladme, esposas mías, amadme, uníos a Mí!»

Y desapareció.

Sor Josefa pasa la noche en gran ansiedad, llorando, pues el recuerdo de estas almas culpables no la deja un instante.

Al amanecer el día MIERCOLES, 27 DE SEPTIEMBRE, Jesús, hermosísimo, con el Corazón inflamado, se le aparece. Siempre obediente, Josefa renueva los votos.

—«Dime una vez más que me amas. Yo también voy a decirte un secreto de mi Corazón. Mira, Josefa, tengo locura por las almas ¡qué estas almas no se pierdan!... ¡Ayúdame en esta obra de amor!...»

“¡Señor! ¡bién sabéis que no deseo otra cosa, daros almas!... y que os consuelen... ¡Que seáis conocido y amado!... Pero yo no comprendo cómo mi pequeñez puede servir para nada”.

El Señor le da esta consoladora explicación:

—«¡Mira! Unas almas sufren para dar fuerza a otras y evitar que caigan en el mal. Si estas dos almas de ayer hubieran caído en pecado, se habrían perdido para siempre. Lo que por ellas habéis hecho les ha dado fuerza para resistir!»

Josefa se muestra sorprendida de que cosillas tan pequeñas puedan tener tanta eficacia.

—«Sí, —continúa el Señor—; *mi Corazón da valor divino a esas cosas tan pequeñas. Lo que Yo quiero es amor.*

Amor busco, Amo a las almas y deseo ser correspondido. Por eso mi Corazón está herido, porque encuentro frialdad en vez de amor. Dadme amor y dadme almas. Unid bien vuestras acciones a mi Corazón. Permaneced conmigo, que Yo estoy siempre con vosotras. Yo soy todo Amor, y no deseo más que amor. ¡Ah! ¡Si las almas supieran cómo las espero, lleno de misericordia! Soy el Amor de los amores y sólo puedo descansar perdonando...».

Así concluyen, a fines de septiembre, estas gloriosas y dolorosas empresas de salvación, con las cuales parece que Jesús ha querido trazar un prólogo a su "Mensaje de Amor".

—«*Hablaré por tí, obraré en tí, me daré a conocer por tí*» —le había dicho anteriormente.

Y El, que durante su vida mortal había querido obrar antes de hablar, permanece fiel a su método divino.

Antes de dictar las revelaciones de su amor y de su misericordia, quiere que las leamos, una por una y día por día en la vida de Sor Josefa.

Así las almas entenderán mejor, por la historia vivida de esos Divinos Perdones, el Mensaje que su Corazón les va a comunicar.

* * *

Llamamiento a las Almas Escogidas

Del 1° de Octubre al 1° de Noviembre de 1922

“¿Se dan cuenta mis almas escogidas, de cuánto bien se privan y privan a otras almas, por falta de generosidad?”

(20 de octubre de 1922)

En la vida de Sor Josefa las horas sombrías, suceden sin transición, a las horas de luz.

Los primeros días de OCTUBRE DE 1922 se cuentan entre los más penosos; porque el demonio, con nuevos y terribles asaltos, quiere tomar venganza de la que, dócil a las lecciones del Redentor, coopera con El a la salvación de las almas.

Pero no logrará el enemigo sus intentos: esta misma oposición diabólica entra en los planes de Dios. De ella se vale el Amor para trazar hondos surcos, donde germinarán semillas abundantes de gracia. Y el alma de Josefa transforma conforme al Corazón de Cristo y unida in-

timamente con El, será fiel instrumento en manos del Divino Artifice, apto para su Obra de Amor.

Y es digno de notar que la vida exterior de Josefa paralela a una vida íntima tan extraordinaria, no sufre alteración. A pesar de las noches en que horribles visiones del infierno la perturban, y de los días en que el demonio la tienta y la persigue sin cesar, Josefa continúa, con serenidad admirable, su tarea cotidiana.

Su experiencia como costurera la había designado para confeccionar los uniformes del Colegio. En cuanto hizo los votos le confiaron la dirección del taller, con algunas Novicias y postulantes para ayudarla. Tan asidua labor no le impide tomar parte en los trabajos comunes a todas las Hermanas: barridos, colada, plancha... Tiene además a su cargo el cuidado y limpieza de tres oratorios: la antigua celda de Santa Magdalena Sofía, la capillita de San Estanislao en la que de vez en cuando se reserva al Santísimo, y la capilla de las Congregaciones, situada al fondo de un patio interior, en un edificio separado de la casa: éste fué siempre su empleo predilecto y la Madre sacristana apreciaba mucho su rectitud y su esmero. Ningún detalle escapa a su vigilancia porque en todo lo que se le encomienda pone su corazón.

Asiste también con respetuosa solicitud a una venerable religiosa enferma e imposibilitada; la cuida y vela por ella, como si se tratara de su propia madre; y al contacto de la caritativa Hermana, la pobre inválida olvida las privaciones y sufrimientos que su estado le impone.

Es preciso poner de relieve la actividad incesante, humilde y abnegada de Josefa, para apreciar en su valor la energía que hubo de desplegar para sostenerla sin desfallecer, en tanto que su vida interna oculta a todas las miradas, se mueve en plano tan distinto. Sólo así se comprenderán la generosidad —heróica a veces— que en las horas de desolación se trasluce, a pesar de aparentes y momentáneas vacilaciones.

EL 6 DE OCTUBRE PRIMER VIERNES DE MES, hallándose en uno de esos momentos de tribulación intensa, escribe:

“Estaba ya cansada de sufrir y pensando que son inútiles mis bajadas al infierno... De repente vi delante de mí como un sol; tanto brillaba que casi no podía mirar. Y oí la voz de Jesús que decía:

—«*La Santidad Divina es ofendida y la Justicia pide satisfacción. No es inútil. Todas las veces que te hago experimentar las penas del infierno, expías el pecado y se aplaca la ira divina. ¿Qué sería del mundo si no hubiera quien reparase tantas ofensas?... ¡Hacen falta víctimas!... ¡hacen falta víctimas!...*».

—“Señor, ¿cómo puedo yo reparar?... Ya sabéis que estoy llena de miserias y de faltas”.

—«*No importa. Este sol de Amor te purifica, para que tus sufrimientos sirvan de reparación por los pecados del mundo*».

Semejante afirmación fortalece su alma, aunque no disminuye el peso de la prueba.

Diez días después, LUNES 16 DE OCTUBRE, la Santísima Virgen reanima su valor con un favor señalado, que Sor Josefa describe así:

“Por la mañana, serían las diez, estaba yo cosiendo a máquina. Había puesto el rosario encima y así, según cosía, decía algún Avemaría. Este día, como los anteriores, tenía mucha angustia en el alma y bastante dolor de cabeza y de costado. No podía más y me decía: ¿qué voy a hacer si sigo así? De pronto vi, delante de la máquina a la Virgen. Estaba hermosísima. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho. Se acercó, y cogiendo la cruz de mi rosario con su mano izquierda, de modo que el rosario quedó colgando, la pasó a su mano derecha y me la acercó a la frente por tres veces y sentí cómo apretó con la cruz mientras decía:

—«¡Sí, hija mía, todavía puedes más!... Es por las almas... Es para consolar a Jesús».

¡Oh maravilla! En el instante mismo en que la Virgen acerca el crucifijo a la frente de Josefa, tres gotas de sangre aparecen sobre la toca interior, en los tres puntos donde la cruz ha tocado. Ella no lo sospecha siquiera:

“Sin darme tiempo a decirle nada, puso otra vez el rosario encima de la máquina y desapareció, dejándome mucho ánimo para sufrir.”

Pero, al cabo de un rato, una novicia que cose junto a Sor Josefa, repara en las gotas de sangre y se lo advierte. Sorprendida, Josefa se levanta y corre a su celda. Su primer impulso es hacer desaparecer aquella señal inequívoca de los favores celestiales; mas, por fortuna, reacciona a tiempo y siguiendo su norma de conducta, entrega a sus Madres la toca, contándoles el hecho. El cual, examinado, no puede menos de maravillarse: porque ni la frente de la Hermana presenta herida alguna, ni el dobladillo de la toca está manchado en el interior, donde roza con la frente. En cambio, por la parte de fuera, donde ha tocado el crucifijo, se ven tres gotas de sangre de un rojo vivo, como reciente.

Al día siguiente, MARTES 17 DE OCTUBRE, Jesús dirá a su privilegiada:

—«No puedes comprender hasta qué punto te amo. ¿Recuerdas lo que hice contigo ayer?... ¡Sí, es mi Sangre! Recíbela como una caricia de mi Madre. Es mi Sangre que te purifica y te abrasa. En ella encontrarás fuerza y valor».

Este lienzo manifestará más de una vez el poder de Aquél cuyas señales lleva. A su contacto huirá el demonio y Josefa se verá libre de sus

ataques. Pero ¿podrá permanecer indiferente el enemigo? Su rabia infernal logra al fin sustraer la preciosa reliquia, guardada bajo llave: el 23 DE FEBRERO DE 1923, se dan cuenta de su desaparición. En vano la buscan por todas partes, temerosas de un descuido. Hasta que el 25 de FEBRERO, el mismo Jesucristo se llega a tranquilizar a Josefa.

—«No temas; el demonio lo ha hecho desaparecer; pero mi Sangre no está agotada».

Y al contarle Josefa sus temores ante las amenazas del enemigo que se jacta de que también destruirá los cuadernos donde transmite ella las divinas comunicaciones, Jesús añade:

—«Sí; su astucia diabólica maquina mil proyectos para que mis palabras desaparezcan. Pero no lo conseguirá, y hasta el fin de los siglos, serán fuente de vida para muchas almas».

El 15 DE MARZO SIGUIENTE (1923), fiesta de las Cinco Llagas, la Virgen María, consolará a su hija, concediéndole por segunda vez el milagroso don de la Preciosa Sangre de su Hijo. Y mientras su mano virginal va apoyando la cruz en la frente de Josefa:

—«Ofrécete —le dice— para curarle las heridas que le causan los pecados del mundo. Ya sabes cómo goza su Corazón cuando las almas religiosas se le ofrecen para consolarle».

Una vez más, el 19 DE JUNIO DE 1923, por la mano bendita de su Madre, el Señor dará a Josefa la misma regalada prueba de amor. Los dos lienzos sellados por la Preciosa Sangre se conservan con todo respeto y cuidado: el uno en Poitiers, el otro en Roma. Y la Santa Madre Fundadora dirá a Sor Josefa al día siguiente, refiriéndose a esta gracia insigne:

—«Que tanto éste como el otro, los guarde la Sociedad, con la fecha del día en que Jesús dejó tan preciosas reliquias. Más tarde serán una de las pruebas que acreditarán la bondad de su Corazón en esta Obra».

Pero, volvamos al mes de octubre de 1922, en que el Señor se dispone a empezar oficialmente su Obra, dictando a Sor Josefa las primeras comunicaciones de su mensaje.

EL VIERNES 20, hacia las siete de la tarde, estando Sor Josefa en adoración ante el Santísimo Sacramento, ve de repente, ante sus ojos, a Jesucristo cargado con la Cruz.

—«¡Josefa! Participa del fuego que devora mi Corazón: tengo sed de que las almas se salven... ¡Que las almas vengán a Mil... Que las almas no tengan miedo de Mil... ¡Que las almas tengan confianza en Mi!»

Su Corazón se dilata y se inflama, como si no pudiera contener su ardor:

—«Yo soy todo amor —prosigue—; no puedo tratar con severidad a las almas que tanto amo. Y aunque es verdad que las amo a todas, tengo entre todas “mis preferidas”. Las he escogido para consolarme con ellas y para colmarlas de mis más dulces caricias... No me importan sus miserias... y quiero que sepan que, después que han caído en alguna flaqueza, si humildemente se arrojan en mi Corazón, las perdono y las amo con más ternura que antes».

“Le dije a ver si es por eso que me ama a mí tanto, porque he caído muchas veces y le he ofendido... Pues cuando vuelvo a pedirle perdón, en seguida, con otra prueba de amor, me demuestra que me ha perdonado”.

—«¿No sabes que cuanto más miserables son las almas, más las amo? Tú me has robado el Corazón, a causa de tu pequeñez y de tu miseria».

“Luego le pedí la Cruz y le pregunté por qué la llevaba; ¿acaso algún alma le daba pena?”

Responde Jesús:

—«Llevo la Cruz, porque hay muchas almas escogidas, que en cositas pequeñas, me resisten; y estas resistencias forman mi Cruz de hoy... Tú queda unida a mi Corazón... ¿Quieres conocer la amargura que siento en El?».

“Acercándome a su Corazón infundió en el mío su tristeza”.

—«¿Sabes cuál es la causa de estas resistencias?... La falta de amor... Sí; falta de amor a mi Corazón... Exceso de amor a sí mismas».

Después de un instante de silencio:

—«Cuando el alma tiene generosidad bastante para darme gusto en todo lo que le pido, recoge un gran tesoro para sí y para las almas, y aparta a muchas del camino de la perdición. Las almas que mi Corazón escoge están encargadas de distribuir al mundo mis gracias, por medio de su amor y de sus sacrificios. Si, el mundo está lleno de peligros... ¡Cuántas almas arrastradas al mal, necesitan de una ayuda constante, ya visible, ya invisible. ¡Ah! lo repito: ¿Se dan

cuenta mis almas escogidas de cuánto bien se privan y privan a las almas, por falta de generosidad?...

No quiero decir con esto, que un alma por Mí escogida se vea libre por ello de sus defectos y miserias. Puede caer y caerá más de una vez, pero si sabe humillarse y reconocer su nada, si procura reparar sus faltas con actos de generosidad y de amor, si confía y se abandona de nuevo a mi Corazón, me da más gloria y puede hacer mayor bien a otras almas que si no hubiera caído... No me importa la miseria... lo que pido es amor».

Tal es la importante lección que el Señor repite y repetirá sin cansarse porque contiene la clase de su "Mensaje de Misericordia".

—«En medio de su gran miseria —añade— un alma puede tener locura por Mí... pero entiende bien, Josefa, que me refiero no a las faltas de advertencia y premeditación, sino a las que son de fragilidad e inadvertencia».

Y como ella le ruega que conceda a las almas escogidas este amor, que ha de crecer sin medida en confianza y generosidad:

—«Deseo que me amen... Ofrece tu vida, aunque sea imperfecta, para que todas las almas escogidas entiendan qué misión tan hermosa pueden realizar con sus obras ordinarias, con su trabajo cotidiano. Que no olviden que las he preferido a tantas otras, no por su perfección, sino por su miseria. Yo soy todo amor y el fuego que me abrasa consume todas sus miserias».

Luego, dirigiéndose a Josefa, que le expresa de nuevo sus temores, ante la responsabilidad de tantas gracias extraordinarias:

—«¡No tengas miedo de nada! Te he escogido a ti que eres tan miserable, para que vean una vez más, que no busco la grandeza ni la santidad... ¡Busco amor!... Yo haré todo lo demás. Te diré más secretos de amor, Josefa, pero el deseo que me consume es siempre el mismo; que las almas conozcan más y más mi Corazón».

Quedan desde este día —20 de OCTUBRE de 1922— escritas las primeras líneas del Mensaje de Amor. En adelante los "dictados" del Maestro, alternarán con las lecciones prácticas. ¿No necesita todavía la Mensajera progresar en las vías del abandono, donde el amor exige el más absoluto desprendimiento?

—«¿Quieres que te dé mi Cruz?» —le pregunta Jesús el SABADO 21.

A la respuesta afirmativa de Josefa, replica el Maestro:

—«Pues lo primero que te encargo es que deseches de tu imaginación todo eso que estás pensando. Coloca a un lado tus deseos, y al otro lado mi Voluntad. ¿Qué escogerás?»

“En seguida le pedí perdón, pues estaba pensando en algo de la vida común que desearía mucho. Pero, Señor, bien sabéis que no quiero más que lo que Vos queréis!... Luego le hablé de las almas, ¡De tantas almas como se pierden!...

Respondió con tristeza:

—«¡Pobres almas! Sí, es verdad que hay muchas que no me conocen, pero es mayor el número de las que, conociéndome, me han despreciado para seguir una vida de placer. ¡Hay tantas almas sensuales! No sólo en el mundo, también entre las almas escogidas hay muchas que desean gozar. Y así se pierden, porque mi camino es de sufrimiento y de cruz. Lo único que da fuerza para seguirlo es el amor. Por eso busco amor».

Y mientras le entrega su cruz:

—«Consuélame, alma a quien amo. Porque eres pequeña, has podido entrar tan adentro en mi corazón».

¡Con qué cuidado merecen recogerse hasta la más mínima de estas expresiones, que encierran en sí “el sentido de Cristo” de que habla San Pablo!

El LUNES 23 DE OCTUBRE, Jesús asocia a Josefa a su más íntimo dolor:

—«Hay almas muy amadas de mi Corazón que me ofenden... No son bastante fieles; precisamente las que más quiero son las que más me hacen sufrir».

Estas palabras despiertan en Josefa nuevos y más intensos deseos de reparar, junto con más honda convicción de su impotencia:

“¿Pero no veis, Jesús mío, cómo soy? No tengo más que deseos, pero nunca llego a las obras... Con mucho ardor me dijo, de un modo que no sé explicar:

—«Josefa, tan unida te tengo a mi Corazón, que el mismo amor que me consume por el bien de las almas, te consume también a ti. El corazón descansa comunicándose; por eso, vengo a descansar en ti, siempre que un alma me causa pena. Y es mío tu deseo de hacerle algún bien, porque soy Yo quien

te lo comunica... Es verdad que son muchas las almas que me ofenden, pero encuentro también en otras muchas, consuelo y amor... Cuando dos personas se aman, la menor falta de delicadeza lastima el corazón. Por eso quiero que las que aspiran a ser mis esposas lo comprendan bien, para que más tarde no rehusen nada al amor».

Siguen a estas confidencias días de gran sufrimiento, que Sor Josefa ofrece por las almas infieles. El demonio intenta engañarla, multiplica sus amenazas y embustes, y por la noche, se repiten las terribles bajadas al infierno. Horrorizada de lo que ve y oye en aquella espantosa mansión, no se atreve a dar cuenta de ello... Vacila, hasta que al fin se decide a hablar, cueste lo que cueste.

El 25 DE OCTUBRE, la Santísima Virgen le manifiesta cuánto ha agrado a Dios este acto costoso:

—«Hija mía, vengo a decirte en nombre de Jesús, que hoy has dado mucha gloria a su Corazón. Todo lo que permite que veas o sufras, como las penas del infierno, es para purificarte, sí, pero también para que te humilles, diciéndolo a las Madres; no pienses en ti misma, sólo en la gloria del Corazón de Jesús y en la salvación de las almas».

La mayoría de las noches siguientes las pasa casi enteras en el infierno en medio de tormentos indecibles.

El 5 DE NOVIEMBRE escribe angustiada:

“He visto cómo caían las almas en grandes grupos... Hay tormentos tan terribles que es imposible contarlos, ni calcular el número de los que caen”.

Extenuada por los padecimientos y llena de inquietud ante tan espantosas visiones, exclama:

“Sin una fuerza especial, no podría trabajar ni hacer nada”.

Aquel domingo, tras una de esas noches terribles de expiación, Nuestro Señor se le aparece, Josefa no puede contener su dolor, y le habla del número incalculable de almas que se pierden para siempre. Jesús la escucha con expresión de inmensa tristeza y, después de un momento de silencio le dice:

—«Ves las que caen pero no ves las que suben».

“Entonces vi como una fila muy apretada de almas. Entraban en un lugar muy espacioso, lleno de luz y parecían perderse en aquella inmensidad”.

“Su Corazón se puso muy encendido y dijo:

—«*Todas estas almas son las que han aceptado con su misión la cruz de mi amor y de mi Voluntad*».

Después le explica el valor de la expiación y de la reparación en estos términos:

—«*En cuanto al tiempo que pasas en el infierno no creas que es tiempo perdido. El pecado, que es una ofensa hecha a la infinita majestad de Dios, requiere un castigo y una reparación infinita. Cuando tú bajas a este abismo infernal, tus dolores impiden la pérdida de muchas almas; satisfaces a la Divina Majestad por los ultrajes que de ellas ha recibido y expías la pena que merecen sus culpas. No olvides que, si permito todo esto, es por el gran amor que te tengo a ti y a las almas*».

No olvidará Josefa este consejo, ni aun en medio de la tormenta que va a atravesar en los días siguientes. Diríase que se renuevan las horas más terribles y las más duras pruebas del tiempo de su Noviciado. La rabia satánica presente el momento en que las efusiones del Corazón de Jesús van a derramarse en el mundo y se revuelve contra el instrumento de esta Obra de Amor. Mas en vano; que a pesar de la debilidad de la víctima, no logrará quebrantar su fe ni su confianza.

—“Te aborrezco ...le dirá un día... cuanto es capaz de aborrecer mi rabia infernal; y te perseguiré hasta hacerte salir de esta maldita casa. ¡Maldita, sí! ¡Cuántas almas me arrebató! Y si esto es ahora, ¿qué será en el porvenir?... pero... yo impediré esta Obra. Y estos malditos escritos, los haré desaparecer... ¡los quemaré! ¡Haré uso de mi poder, que es fuerte como la muerte!”

No se arredra Josefa con tales amenazas.

“Encontré la paz junto a mis Madres” —escribe sencillamente.

Mas ¿quién podrá medir el valor de este esfuerzo constante, de esta fidelidad al deber a pesar de los tormentos espantosos, que día y noche torturan a la pobre víctima? ¿No pone de relieve la importancia de la Obra que empieza, la rabia del contrario empeñada con furia en destruir-la? Pero todo su furor se estrella frente a los planes de Dios.

El MARTES 21 DE NOVIEMBRE DE 1922, a pesar de las amenazas del demonio, Josefa renueva los Votos en público, como es costumbre en el Instituto. La fiesta de la Presentación de la Virgen recuerda la primera consagración de la Santa Fundadora al Corazón de Jesús. Por eso, en tal fecha, las Religiosas que aun no son profesas renuevan delante de la Sagrada Hostia, en el momento de comulgar, los Votos de pobreza, castidad y obediencia. Josefa participa de la conmovedora ceremonia, con

inmensa alegría, venciendo las tentaciones del enemigo, que hasta la madrugada, ha intentado perturbarla a fin de estorbarlo.

Con la convicción cada vez más profunda de su debilidad pero animada de una confianza inquebrantable en el Corazón de Jesús escribió aquel día en su cuadernito de Ejercicios:

“Jesús mío, hace ya cuatro meses que hice los votos. Desde entonces ¡qué de veces he sido infiel!... Porque he pensado más en mí que en vuestra gloria y en las almas... Jesús de mi alma, yo os digo que me pesa de todo corazón... y os pido perdón, pues cada vez, Jesús mío, estoy más contenta de ser vuestra esposa. Renuevo hoy mis votos con más alegría que el día en que los hice, porque ya os conozco más y porque me habéis perdonado más. No me hagáis caso cuando parece que soy tan ingrata, porque mi voluntad desea siempre amaros, pero el diablo me engaña y no sé resistir. Mi único deseo es perseverar hasta la muerte”.

“¡Oh Jesús de mi vida!... Yo quisiera ser muy santa y amaros mucho, no por mí, sino para daros mucha gloria y poder salvar muchas almas!...”

¡Cuán pura es la llama que arde en este corazón! El soplo maldito del demonio servirá sólo para avivarla. Jesús lo sabe; y sus ojos se posan con ternura sobre la pequeñez que encubre tanto amor.

* * *

El Valor Apostólico de la Vida Cotidiana

Del 22 de Noviembre al 12 de Diciembre de 1922

“El amor todo lo transforma y diviniza”.

(5 de diciembre de 1922)

Como aurora que se levanta después de una noche tormentosa, apareció el Señor a Josefa más hermoso que nunca, en la mañana del MIÉRCOLES 22 DE NOVIEMBRE, poco antes de la elevación de la Misa. Su Corazón ardía y parecía escapársele del pecho. Llevaba la corona de espinas en la mano derecha.

“Yo me figuré que me la iba a dar ... escribe ingenuamente Josefa... pero no le dije nada porque no me atreví. Renové los votos y repetí las divinas alabanzas: Bendito sea

Dios... (1) Me dijo, mirándome con sus ojos tan hermosos: —«¡Josefa! ¿Me conoces? ¿Me amas? y ¿sabes cuánto te ama mi Corazón?»

Semejantes preguntas eran como flechas ardientes, que inflamaban el corazón de Josefa.

“Sé que me ama muchísimo —escribe— pero no puedo comprender cuánto. Yo también deseo amarle muchísimo, aunque no sé corresponder a sus bondades. En fin, le dije mi alegría por haber renovado los votos. Le pedí que me guardase siempre fiel, porque ya sabe de qué soy capaz”.

—«No tengas miedo, Josefa, a pesar de tu pequeñez y hasta de tus resistencias Yo hago mi Obra en ti, y en las almas».

—“Señor no entiendo cuál es esta Obra de que siempre me habláis”.

—«NO SABES CUAL ES MI OBRA? PUES ES DE AMOR. Quiero que esta Sociedad predilecta de mi Corazón, me salve muchas almas; y aunque tú no eres ni vales nada, quiero servirme de ti para dar a conocer más todavía la misericordia y el amor de mi Corazón. Por eso me glorifican, cuando me dan libertad para hacer de ti y en ti lo que quiera. Ya con tu pequeñez y tu sufrimiento, muchas almas se salvan. Más tarde, las palabras y deseos que doy a conocer por tu medio, excitarán el celo de otras muchas e impedirán la pérdida de un gran número; y comprenderán cada vez más que la Misericordia y el Amor de mi Corazón son inagotables... No pido grandes cosas a mil almas, lo que pido es amor».

“Aquí —continúa Josefa— le he rogado que me dé ese amor... y le he expresado mis deseos de abandonarme toda a El. Con muchísima bondad, mientras me hablaba estaba poniéndome la corona”.

—«¡Miseria de mi Corazón, esposa a quien amo! Toma mi corona; que te recuerde siempre tu pequeñez... te amo y tengo tanta compasión de ti que no te abandonaré. Tú ámate, consuélame y abandónate».

(1) Hacía ya algún tiempo, que esta nueva precaución se añadía a la renovación de los votos, para evitar los engaños del demonio, que jamás pudo repetir las divinas alabanzas. En cambio, el Señor, la Virgen y los santos las repetían sonriendo, con inefable condescendencia.

Por la tarde durante el Vía Crucis, al llegar a la undécima estación, Jesús se le presenta:

—«Josefa, esposa de mi Corazón, ésta es la Cruz que me hizo llevar el amor que te tengo. Dime, una vez más, que por mi amor, quieres tú abrazar también la Cruz de mi Voluntad».

Al día siguiente, 23 DE NOVIEMBRE:

—«En mi Corazón —le dice— hallan la verdadera paz las almas que, por mi amor, saben negarse a sí mismas».

Y añade:

—«Di a tus Madres que deseo que todos los días te concedan un momento para escribir lo que Yo te diga».

El SABADO 25 de NOVIEMBRE POR LA MAÑANA, acude el Señor a la celda de Sor Josefa. Después de mirarla un momento en silencio, y recibir el homenaje de adoración que le rinde, postrada y anonadada a sus plantas, Jesús le dice:

—«Quiero que al renovar los votos te ofrezcas con entera sumisión para que Yo disponga de ti libremente, y no encuentre obstáculo a mis designios. Ahora, escribe: Primero hablaré a las almas consagradas. Quiero que me conozcan, para que enseñen después a las almas que Yo les confíe, cuánta es la bondad y ternura de mi Corazón, y cómo siendo un Dios infinitamente justo, soy también un Padre lleno de misericordia. Que las almas escogidas, mis esposas, mis religiosos y sacerdotes, enseñen a las pobres almas el amor que por ellas siente mi Corazón.

Esto te iré enseñando poco a poco, y así me glorificaré en tu miseria, en tu pequeñez y en tu nada. No te amo por lo que eres, sino por lo que no eres; porque así tengo dónde colocar mi grandeza y mi bondad».

Aquí, Jesús se detiene:

—«Adiós, Josefa, ¿vendrás también mañana?... Yo seguiré hablando y tú transmitirás mis palabras, con gran celo, a las almas. Déjame obrar. Yo me glorifico y las almas se salvan... Quiero que me sirvas con alegría y que tengas delante de tus ojos, que eres un instrumento inútil; sólo el amor que siento por ti me hace olvidar tus resistencias. Amame con ardor para corresponder a mi bondad».

Al cerrar la noche, le lleva su Cruz.

—«¡Cuántos pecados!... ¡Y cuántas almas han de caer esta noche en el infierno!»

Este pensamiento parece oprimir su Divino Corazón:

—«Al menos, tú consuélame y repara tanta ingratitud. ¡Cuánto sufre mi Corazón, viendo que todo lo que he hecho es inútil para estas almas!... Participa de mi sufrimiento... Toma mi Cruz y permanece unida a Mí. Ya sabes que no estás sola».

Josefa pasa la noche bajo el peso de la Cruz, al cual se añaden intensos sufrimientos físicos y morales.

Vuelve Jesús al amanecer. Su rostro lleva impresa la huella de esa hermosura triste, que Josefa no acierta a describir.

—«¡Pobres almas!... ¡Cuántas se han perdido para siempre... pero también ¡cuántas volverán a la vida!... No puedes calcular el valor del sufrimiento y cómo repara el pecado.

“Si tú quieres, te haré gustar con frecuencia mi amargura. Así me consolarás y podrás salvar muchas almas... Adiós, piensa en Mí, en las almas, en mi amor».

“Desde que Nuestro Señor me pidió que todos los días me diesen un momento para escribir sus palabras, las Madres me han dicho que venga a la celda a las ocho de la mañana, porque es la hora en que las postulantes están en los empleos, y no me impide coser y preparar la labor”.

Así lo hace. Acude cada día a la celda, a la hora convenida. Mientras espera, cose. A veces, Jesús llega en seguida, a veces, tarda un rato... A veces, le espera en vano. La quiere dócil y rendida a su querer. Si a las nueve Jesús no ha venido, Josefa se retira y emprende su trabajo cotidiano.

El DOMINGO 26 DE NOVIEMBRE. Jesús no acude a la cita, Josefa no se turba por ello. Según le ha recomendado piensa en El, en las almas, en su amor.

Por la tarde, mientras le adora ante el Sagrario, aparece de pronto con la Cruz:

—«Josefa, esposa mía; vengo a descansar en ti. No puedes comprender lo que es el mundo para mi Corazón. Los pecadores me hieren sin compasión. Y no sólo los pecadores, sino las almas escogidas lanzan constantemente flechas, que me causan gran dolor».

“Le dije que viniera aquí a consolarse con nosotras, pues, aunque somos muy miserables (yo hablo por mí), tenemos gran deseo de amarle mucho y consolarle.

—«Ya sabes que lo hago. ¿No ves cómo vengo a descansar aquí?... Cuando vengo a pedirte consuelo, no eres tú sola la que me lo das. ¡Si vieras que satisfacción siente mi Corazón viendo que mis almas me dan libertad y que con sus obras me dicen: ¡Señor, Vos sois el dueño!... ¿Crees que esto no me glorifica?... Toma mi Cruz; mas no creas tampoco que sólo tú la llevas. En ti descanso y me glorifico, pero también en otras almas... En estas almas que con tanto amor y tanta sumisión acatan y adoran mi voluntad, sin otro interés que mi gloria... Toma mi Cruz, Josefa... Pide misericordia para los pecadores, luz para las almas ciegas, amor para los corazones indiferentes... Consuélame... Amame... Abandónate... Un acto de abandono me glorifica más que todos los sacrificios».

Al día siguiente, LUNES 27, a las ocho, Josefa se halla en la celda esperando:

“Me he puesto a escribir lo del día anterior y le he dicho a Jesús que estoy a su disposición”.

Y como Jesús no acude, Josefa se prepara a marcharse... cuando, de pronto, lo ve ante sus ojos:

—«Ve a trabajar, Josefa. Mañana diré a mis almas que mi Corazón es un abismo de amor. Piensa sin cesar en Mí, No sabes cuanto me glorifican las almas con este recuerdo».

Le deja la Cruz, invisible a los ojos de todos, pero cuyo peso siente ella sobre sus hombros. Y esta carga que tanto dificulta su trabajo, es para su amor generoso el mayor de los consuelos.

El MARTES 28, muy temprano Jesús la espera ya en la celda. Josefa cae de rodillas y, fiel a la inclinación de su alma delicadísima, le pide perdón de todo aquello con que, aún inconscientemente, ha podido ofenderle.

—«No tengas miedo —responde Jesús—, Yo te conozco, pero te amo tanto, que todas estas miserias no podrán apartar de ti mis ojos ni mi amor».

Luego, empieza a hablar, con acento inflamado; Josefa recoge sus encendidas palabras; es una admirable síntesis de su vida a través de la cual deja entrever el hilo que forma la trama más íntima de la Obra Redentora: el hilo del amor.

—«Yo soy todo amor; mi Corazón es un abismo de amor. El amor me hizo crear al hombre y todo lo que en el mundo existe, para su servicio.

El amor hizo que el Padre diera a su Hijo para salvar al hombre, perdido por la culpa.

El amor hizo que una Virgen pura, renunciando a los encantos de la vida oculta en el templo, consintiera en ser Madre de Dios y aceptara los sufrimientos de la maternidad divina.

El amor me hizo nacer en el rigor del invierno, pobre y falto de todo.

El amor me hizo vivir treinta años en la más absoluta oscuridad, ocupado en humildes trabajos.

El amor me hizo escoger la soledad, el silencio... Pasar desconocido y someterme voluntariamente a las órdenes de mi Padre adoptivo y de mi Madre.

El amor me llevó a abrazarme con todas las miserias de la naturaleza humana.

El amor me hizo sufrir los desprecios más grandes y los más crueles tormentos, derramar toda mi sangre y llegar a morir en una cruz para salvar al hombre.

Porque el amor sabía que, más tarde, habría muchas almas que me seguirían, y pondrían sus delicias en conformar su vida con la mía.

Y miraba el amor más lejos aún: sabía que muchísimas almas en peligro se verían ayudadas con los actos y sacrificios de otras, y recobrarían la vida.

Veía, en fin, el amor, que más tarde, con esta misma sangre y unidas a estos mismos tormentos, muchas almas escogidas, podrían avalorar sus sacrificios, sus acciones hasta las más triviales, y ganarme con ellas gran número de almas.

Te iré enseñando todo esto con claridad, Josefa, para que vean hasta dónde llega el amor de mi Corazón a las almas.

Ahora, vuelve a tu trabajo. Vive en Mí, como Yo vivo en tí».

Josefa sale entonces de su celda y entrega a las Madres las páginas que acaba de escribir. No las guarda nunca ella misma, y su desprendimiento es tanto mayor, cuanto mejor comprende la importancia que tienen. Pero conserva, en cambio, en el fondo del alma, el recuerdo de aquellos instantes de cielo, en que le han sido dado sondear las profundidades del amor. Está como investida de algo divino y necesita toda la energía de su voluntad, para entregarse al trabajo con sus Hermanas; es el misterio de su vida que prosigue hasta el fin.

El MIÉRCOLES, 29 DE NOVIEMBRE, mientras cose esperando al Señor, se llena la habitación de suave claridad. No es Jesús sino el Discípulo Amado de su Corazón.

“Le he reconocido en seguida, dice Josefa. Traía en sus brazos la Cruz del Salvador; he renovado los votos y me ha dicho:

—«Alma amada del Divino Maestro; Yo soy Juan el Evangelista. Vengo a darte la Cruz del Salvador. No causa herida en el cuerpo pero hace derramar sangre del corazón... Que las angustias que te ocasiona alivien la amargura con que los pecadores afligen a nuestro Dios... Que la sangre de tu corazón sea como un vino delicioso, por el cual muchas almas sientan las dulzuras y los encantos de la virginidad. Que tu corazón esté en todo unido al de Jesús. Guarda bien estas prendas preciosas de su amor. Fija los ojos en el cielo, y todo lo de aquí abajo considéralo como nada. El sufrimiento es la vida del alma. El alma que sabe aprovechar el valor del sufrimiento vive la verdadera vida».

Ya el JUEVES SANTO DE 1922 anoté Josefa, en sus apuntes, la expresión celestial del rostro de San Juan. Varias veces aún tendrá ocasión de verle y siempre su visita la llenará de paz y de sosiego.

Hoy le ha dejado una Cruz que pesa sobre todo en el alma.

“Aunque siento gran paz —escribe— mi corazón está oprimido de angustia. La noche del 29 al 30 ha sido de gran sufrimiento. Llevaba la Cruz, la corona y tenía mucho dolor de costado, lo que me impide dormir y me obliga a pasar la noche sentada.

El JUEVES 30, a las ocho ya está Jesús allí.

—«Escribe para mis almas —y sin más preámbulo prosigue:— El alma que sabe hacer de su vida una continua unión con la mía, me glorifica mucho y trabaja útilmente en bien de las almas. Está, por ejemplo, ejecutando una acción que en sí misma no vale mucho, pero la empapa en mi Sangre o la une a aquella acción hecho por Mí durante mi vida mortal, el fruto que logra para las almas es tan grande o mayor quizá que si hubiera predicado al universo entero; y esto, sea que estudie o que hable, que escriba, cre, barra, cosa o descanse; con tal que la acción reúna dos condiciones: primero, que esté ordenada por la obediencia o por el deber, no por el capricho; segundo, que se haga en íntima unión conmigo, cubriéndola con mi Sangre y con gran pureza de intención.

¡Cuánto deseo que las almas comprendan esto: Que no es la acción la que tiene en sí valor, sino la intensión y el grado

de unión con que se hace! Barriendo y trabajando en el taller de Nazaret, di tanta gloria a mi Eterno Padre como cuando prediqué durante mi vida pública. Hay muchas almas que a los ojos del mundo tienen un cargo elevado, y en él, dan grande gloria a mi Corazón, es cierto, pero tengo muchas otras que, escondidas y en humildes trabajos, son obreras muy útiles a mi viña porque es el amor el que las mueve y saben envolver en oro sobrenatural las acciones más pequeñas, empapándolas en mi Sangre.

Mi amor llega a tal punto, que de la nada pueden mis almas sacar grandes tesoros. Si desde por la mañana se unen a Mí y ofrecen el día con ardiente deseo de que mi Corazón se sirva de sus acciones para provecho de las almas, y van, hora por hora y momento por momento cumpliendo por amor con su deber. ¡Qué tesoros adquieren en un día!... Yo les he descubierto más y más mi amor... ¡Es inagotable!... Y ¡es tan fácil al alma que ama dejarse guiar por el amor!...»

Jesús calla, Josefa deja la pluma y queda un instante inmóvil, adorando al Corazón de Cristo, que con tanta condescendencia se le abre.

—«Adiós —dice por fin el Maestro—, vuelve a tu trabajo. Ama y sufre pues el amor no puede separarse del sufrimiento. Déjate cuidar por el mejor de los padres. Abandónate al amor del más tierno de los esposos».

Un Dios, Salvador de los hombres por la Cruz, ha de acabar siempre con una lección de sacrificio: éste es el don de los dones, su más escogido favor.

El PRIMER VIERNES DE MES, se lo ofrece a Josefa dejándole la Cruz todo el día y toda la noche.

El SABADO 2 DE DICIEMBRE, anota ella sin comentario:

“He podido ir a la oración, pero con mucho trabajo, pues casi no tenía fuerzas”.

A pesar de su agotamiento a las ocho está en su lugar de espera.

—«Escribe para las almas —dice el Señor apareciendo:— Mi Corazón es todo amor y el amor es para todos. Pero, ¿cómo haré Yo comprender a mis almas escogidas la predilección que siente mi Corazón por ellas? Por eso me sirvo de ellas para salvar a los pecadores y a otras pobres almas, que viven en los peligros del mundo.

Por esto también quiero que entiendan el deseo que me consume de su perfección, y cómo esta perfección consiste en

hacer en íntima unión conmigo las acciones comunes y ordinarias. Si mis almas lo comprenden bien, pueden divinizar sus obras y su vida y ¡cuánto vale un día de vida divina!

Cuando un alma arde en deseos de amar, no hay para ella cosa difícil; mas cuando se encuentra fría y desalentada, todo se le hace arduo y penoso. . . Que venga entonces a cobrar fuerzas en mi Corazón. . . Que me ofrezca su abatimiento, que lo una al ardor que me consume y que tenga la seguridad de que un día así empleado, será de incomparable precio para las almas. ¡Mi Corazón conoce todas las miserias humanas y tiene gran compasión de ellas! . . .

No deseo tan sólo que las almas se unan a Mí de una manera general, quiero que esta unión sea constante, íntima, como es la unión de los que se aman y viven juntos; que aun cuando siempre no están hablando, se miran y se guardan mutuas delicadezas y atenciones de amor.

Si el alma está en paz y en consuelo, le es fácil buscar en Mí, pero si está en desolación o angustia, que no tema. ¡Me basta una mirada! . . . La entiendo, y con sólo esta mirada alcanzará que mi Corazón la colme de las más tiernas delicadezas.

Yo iré diciendo a las almas cómo las ama mi Corazón; quiero que me conozcan bien y así me hagan conocer a aquellas que mi amor les confíe.

Deseo con ardor que todas las almas escogidas fijen en Mí los ojos para no apartarlos ya más, que no haya entre ellas medianías cuyo origen, la mayor parte de las veces, es una falsa comprensión de mi amor. No; amar a mi Corazón no es difícil ni duro; es fácil y suave. Para llegar a un alto grado de amor no hay que hacer cosas extraordinarias; pureza de intención en la acción más pequeña como en la más grande; unión íntima con mi Corazón; y el amor hará lo demás! . . .»

Jesús se detiene e inclinándose hacia Josefa prosternada a sus pies:

—«Vuelve a tu trabajo —le dice— y nada temas; Yo soy el Jardinero que cultivará esta florecilla, para que no perezca. Amame en paz y alegría».

Por la noche de este mismo día se le vuelve a mostrar para tranquilizarla, porque el demonio, engañándola, intenta sembrar en ella la desconfianza y la inquietud.

—«Recuerda lo que dije a mis discípulos: Porque no sois del mundo, el mundo os aborrece. Y ahora os digo a vosotras

porque no sois del diablo, el diablo os persigue; pero mi Corazón os guarda y estos sufrimientos me glorifican. Ama y sufres es por un alma».

Y una vez más, la carga de un alma consagrada, que flaquea en el amor.

“En seguida se fué —escribe Josefa—, dejándome la Cruz”.

Cruz que pesará, hora tras hora, sobre los hombros de Josefa, durante varios días, mientras el pensamiento de la víctima, no puede apartarse de la dolorosa herida que el Corazón del Maestro ofendido le ha dejado entretener.

Tres días después, MARTES 5, ya está El en la celda cuando Josefa llega. Renueva los Votos y después le dice, para asegurarla:

—«*Sí, soy Yo, ese Jesús que ama a las almas con tanta ternura. . . este Corazón que sin cesar las llama, cuida de ellas y las guarda. . . este Corazón que se abrasa en continuo deseo de ser amado de las almas todas, y en particular de sus almas escogidas. . .*»

Luego, como aliviado por esa ardorosa expansión:

—«*Escribe. . . escribe para mis almas: Mi corazón no es solamente un abismo de amor, es también un abismo de misericordia; y conociendo todas las miserias del corazón humano, de las que no están exentas mis almas escogidas, he querido que sus acciones, por pequeñas que sean en sí, puedan por Mi alcanzar un valor infinito, en provecho de los pecadores y de las almas que necesitan ayuda.*

No todas pueden predicar ni ir a evangelizar en países salvajes. Pero todas, sí, todas pueden hacer conocer y amar a mi Corazón. Todas, pueden ayudarse mutuamente y aumentar el número de los escogidos, evitando que muchísimas almas se pierdan eternamente; y todo esto, por efecto de mi amor y de mi misericordia. Pero mi amor va aún más lejos. Se sirve, no solamente de su vida ordinaria y de sus menores acciones, sino también de sus miserias. . . de sus debilidades. . . y muchas veces de sus caídas. . . para bien de otras muchas almas.

El amor todo lo transforma y diviniza, y la misericordia todo lo perdona. Adiós, volveré a decirte mis secretos. Entre tanto lleva mi Cruz con ánimo. Si tú me amas, Yo también te amo. No me olvides».

Esta despedida da a entender que el Señor se hará esperar y que los días siguientes serán de cruz. Pero EN LA FIESTA DE SU CONCEP-

CIÓN INMACULADA, la Santísima Virgen viene a consolar a Josefa que agobiada de dolores y llena de angustias el alma clama a su Madre, pidiendo socorro.

“Le confié mi alma —escribe— y le pedí que nunca me dejase de su mano; y luego después vino, hermosísima; con las manos cruzadas sobre el pecho y el velo, que era muy blanco, estaba como salpicado de oro.

“Nada más me dijo estas palabras:

—*«Hija mía, si quieres dar mucha gloria a Jesús y que se salven muchas almas, déjale que haga de ti lo que quiera y abandónate a su amor».*

“Me dió su bendición, le besé la mano y se fué”.

Josefa cobra valor para afirmarse en este abandono total que exige de ella tantos sufrimientos. Más, a pesar de todo, está intranquila. Sospecha que las personas que la rodean empiezan a darse cuenta de sus vías extraordinarias, y su humildad, su deseo de vivir oculta, se alarman.

“Empecé a hablar a Jesús de ello durante las vísperas —escribe el DOMINGO, 10 DE DICIEMBRE— y apenas había empezado, cuando vino, muy hermoso.

—*«Josefa ¿por qué estás triste?... Dímelo».*

Ella renueva los votos y le confía su ansiedad:

—*«Ya te he dicho que vivirás escondida en mi Corazón. ¿Por qué dudas de mi amor?... Deja que mis palabras ayuden a muchas almas que lo necesitan».*

Y sumergiéndola más y más en el sentimiento de su bajeza:

—*«Además ¿qué te va a ti en todo esto? Cuando una persona habla en un gran espacio vacío, su voz resuena hasta las alturas. Así es ahora: tú eres el eco de mi voz; pero si Yo no hablo ¿qué eres, Josefa?»*

Tales palabras a la vez que arraigan en ella la convicción de su nada, la llenan de confianza y de paz.

“¿Soy yo, Señor, la que os impide venir? Porque hace ya cinco días que no habéis venido.

—*«No —contesta el Señor, con inefable ternura—, tú no me impides venir; pero me gusta que me desees y me llames. Estos días vendré a hablar de las almas, y si en algo me disgustas, te mostraré tu miseria y te manifestaré el dominio que*

tengo sobre ti... Adiós, Josefa, escóndete en mi Corazón; Yo cuidaré de ti con toda la delicadeza de mi amor».

No tarda el Señor en volver, a la hora convenida, para proseguir sus conferencias. EL MARTES 12 DE DICIEMBRE, empieza recordando a Josefa su promesa:

«Si, Josefa; te he dicho que no estés triste, porque mi amor cuida de ti y se encarga de esconderte en mi Corazón; no quiero que dudes de mi amor y no olvides lo que te he repetido tantas veces: que tú no eres más que una criatura pequeña y miserable, que debe dejarse en manos de su Criador y abandonarse con entera sumisión a su Divina Voluntad.

Ahora —prosigue— escribe para mis almas. —Mi amor transforma sus menores acciones dándoles un valor infinito. Pero va todavía más lejos: mi Corazón ama tan tiernamente a esas almas escogidas que se sirve aun de sus miserias y debilidades y muchas veces hasta de sus mismas faltas, para la salvación de otras almas.

Efectivamente; el alma que se ve llena de miserias, no se atribuye a sí misma nada bueno y sus flaquezas la obligan a revestirse de cierta humildad, que no tendría si se encontrase menos imperfecta.

Así, cuando en su trabajo o en su cargo apostólico se siente incapaz y hasta experimenta repugnancia para dirigir a las almas hacia una perfección, que ella no tiene, se ve como forzada a anonadarse; y si, conociéndose a sí misma recurre a Mi, me pide perdón de su poco esfuerzo e implora de mi Corazón valor y fortaleza... ¡ahl entonces... ¡no sabe esta alma con cuánto amor se fijan en ella mis ojos, y cuán fecundos hago sus trabajos!...

Hay otras almas que son poco generosas para realizar con constancia los esfuerzos y sacrificios cotidianos. Pasan su vida haciendo promesas, sin llegar nunca a cumplirlas.

Aquí hay que distinguir: si esas almas se acostumbran a prometer, pero no se imponen la menor violencia ni hacen nada que pruebe su abnegación ni su amor, les diré esta palabra: ¡cuidado, no prenda el fuego en toda esa paja que habéis amontonado en los graneros, o que el viento no se la lleve en un instante!...

Hay otras, y a ellas me refiero, que al empezar el día, llenas de buena voluntad y con gran deseo de mostrarme su amor, me prometen abnegación y generosidad en esta o aquella

circunstancia; y cuando llega la ocasión, su carácter, su salud, el amor propio, les impide realizar lo que con tanta sinceridad prometieron horas antes; sin embargo, reconocen su falta, se humillan, piden perdón, vuelven a prometer. ¡Ah! que estas almas sepan que me han agastado tanto como si nunca me hubiesen ofendido» (1).

En este instante se oye tocar la campana para un ejercicio de Comunidad; y Jesús modelo de fidelidad y de obediencia, desaparece en el acto.

* * *

Los Favores de Adviento y Navidad

Del 13 al 31 de Diciembre de 1922

“¿Has comprendido el amor que tengo a las almas?”

(16 de diciembre de 1922)

La casa de Poitiers rebosa de alegría. Una de las Reverendas Madres Asistentas Generales, residente en Roma, visita las casas de Francia y el convento se prepara a recibirla. El corazón ardiente filial de Josefa se regocija con todas, mas no sin mezcla de temor; presiente que sus Superiores hablarán de sus comunicaciones extraordinarias y que tal vez ella misma sufrirá algún interrogatorio.

Alarmas y celos antiguos surgen de nuevo, aunque no llegue a dudar de las promesas del Maestro.

“Una vez más he podido ver la felicidad de Nuestro Señor en cumplir lo que promete. Nuestra Rvda. Madre Asistente General me ha recibido con tanta bondad como nunca pude soñar. El me lo ha repetido muchas veces: Si tú me eres fiel, Yo no te abandonaré y nada te perjudicará . Es cierto, cada día lo veo más claro”.

A la mañana siguiente, 14 DE DICIEMBRE, en el retiro de la celda, Jesús le dice:

(1) Nuestro Señor distingue claramente entre las faltas veniales habitualmente consentidas o no combatidas, y las que son sólo faltas de fragilidad pero reparadas

Expresa por estas palabras, que la separación voluntaria le consuela más de lo que el alma le ofendió por su fragilidad. Efectivamente, el acto de humildad, de confianza y de generosidad que supone la reparación, exige una voluntad consciente y plena que no existe, sino parcialmente, en la falta de fragilidad.

—«¿Ves cómo soy Padre y Esposo fiel? No tengas miedo ni siquiera cuando parece que la borrasca va a descargar sobre ti».

Luego prosigue con ardoroso acento:

—«Di a la Madre cuánto me glorifica el abandono de mi Sociedad. Dile que todas las circunstancias van dispuestas o permitidas por mi amorosa Providencia, para la realización de mi obra; que por la Sociedad de mi Corazón se salvarán muchas almas. Que mis palabras reanimarán el fervor de muchas almas consagradas. Y que otras, que ahora no saben apreciar el valor de las cosas pequeñas, hechas con verdadero amor, hallarán en mis enseñanzas un raudal de consuelo y de gracias».

Y después de solucionar las dudas que turban a Josefa:

—«Adiós —le dice—, déjate a mi cuidado, y no dudes nunca de mi amor. No importa que los vientos te sacudan; he fijado la raíz de tu pequeñez en la tierra de mi Corazón. Consuélame; bésame los pies, si quieres. Más tarde te traeré la Cruz».

Se la trajo, en efecto, al día siguiente:

“Esperaba a Nuestro Señor cosiendo —escribe el VIERNES 15—; ha venido muy pronto, hacia las ocho y media. . . Traía la Cruz, pero no estaba triste. Su Corazón y sus ojos hermosísimos, más que otras veces”.

No sabe cómo expresar su admiración. Intenta describir con todo detalle la actitud, la blancura deslumbradora de la túnica; la cruz destacándose oscura sobre el fondo de luz. . . En fin, una belleza sobrehumana que no atina a describir.

Me puse de rodillas, renové los Votos, le adoré y le pedí su verdadero amor. Luego le dije: ¡Qué alegría, Señor!, ¡me traéis vuestra Cruz!”

. . . —«¿La quieres?»— me preguntó afanoso.

Ella se ofrece a todo.

—«Tómala y consuélame. Cuida de mis intereses, que Yo cuidaré de ti».

Y respondiendo a lo que lee en el fondo de su corazón:

—«Si, es verdad. . . De nadie necesito; pero que te pida

amor y que por tí me manifieste a las almas. Deja que mi Corazón se expande y descansa, derramando su amor sobre este grupo de almas escogidas: Quiero que esta vez sea la Sociedad de mi Corazón la mensajera de mi amor. . . Que enseñe a las almas cómo mi amor las busca, las desea y las espera, para colmarlas de felicidad. Que las almas fieles no tengan miedo de Mí. . . Que los pecadores no huyan de Mí. . . Que vengan a refugiarse en mi Corazón: Yo los recibiré con paternal amor.

Tú, Josefa, ámame. No tengas tu flaqueza. Yo mismo te sostendré. Tú me amas y yo te amo. Tú eres mía y Yo soy tuyo, ¿Qué más quieres?»

“Me ha dicho estas cosas con tanto fuego, que me ha dejado el alma como anegada en El. No sé explicar lo que me pasa. Le pido que me enseñe a amarle porque es lo único que deseo en la tierra: vivir para amar a ese Jesús tan bueno” . . .

Al día siguiente, 16 DE DICIEMBRE, el Señor le revela el secreto del verdadero amor.

—«Josefa, ya sabes que eres mi esposa y que el deber de una esposa es consolar al esposo. . . Como el deber del esposo es sostener a su esposa».

“Al oírle hablar así, no me puedo contener y he de desahogar mi Corazón, diciéndole toda mi ternura. El me escucha con una bondad que no cabe imaginar siquiera.

—«Hoy me vas a consolar —prosigue—. Entrarás en mi Corazón y te presentarás a mi Padre revestida con todos los méritos de tu Esposo. Le pedirás perdón por tantas almas ingratas y le dirás que, con tu pequeñez estás dispuesta a reparar las ofensas que recibe. Que aunque eres una víctima muy miserable te cubre la Sangre de mi Corazón.

Pasarás así el día, pidiendo perdón y reparando, uniendo tus sentimientos al celo y al ardor que me devora.

No quiero que las almas se aparten de Mí. ¡Las amo tanto! Y quiero que sepan que Yo deseo ser su recompensa y su felicidad. Sobre todo, las almas escogidas. . . ¿Comprenderán al fin la predilección que siento por ellas?»

Después de hablarle de la Sociedad de su Corazón, añade:

—«Josefa, ¿comprendes el amor que tengo a las almas?»

“Yo le he contestado: Creo que sí, Señor, pues siempre estáis pensando en ellas.

—«*Por eso amo tanto a mi Sociedad y mi Corazón des-cansa en ella con tanto amor. Porque ha comprendido el precio de las almas y la importancia de glorificar mi Corazón. Adiós, Josefa; consuélame y repara.*»

Siempre deja Jesús, al despedirse, la misma consigna de amor. A medida que el tiempo pasa, la generosa Hermana entiende cada vez mejor que la vida de reparación y sacrificio que el Señor le pide, es precisamente la vida de una Religiosa del Sagrado Corazón. No la lleva el Maestro fuera del camino real de su vocación, a la que El mismo la llamara, antes la impulsa a recorrerlo hasta la meta: es decir hasta las últimas consecuencias de una total entrega a su Divino Corazón.

El DOMINGO 17 DE DICIEMBRE, poco antes de la Misa de nueve entra Jesús en la celda de Josefa.

—«*Ayer me consolaste —le dice— porque no me dejaste solo. ¡Tantas almas me olvidan! ¡Y tantas se preocupan sólo de bagatelas! ¡Y a Mí me dejan solo, días enteros!... Otras, aunque les hablo continuamente, no me escuchan... porque su corazón está demasiado apegado a las cosas de la tierra.*

Más adelante te hablaré del consuelo que me dan las almas y sobre todo, "las mías", cuando me hacen compañía... Sigue escribiendo para que sepan hasta qué punto las ama mi Corazón.»

"Aquí han tocado a Misa y se ha despedido:

—«*Ahora vete, Josefa. Luego volveré.*

Jesús, fidelísimo amante de la Regla, es el primero en cumplirla.

Pasan cinco días. Y aunque ha dicho "volveré", no vuelve. Esta libertad soberana es una prueba más de su acción divina. Le place el abandono en su elegida y quiere demostrar con sus visitas imprevistas la realidad de sus apariciones, ya que, no dependiendo éstas de ninguna voluntad humana, el engaño sería imposible.

El 22 DE DICIEMBRE, Josefa escribe:

"Cinco días hace que Jesús no ha venido. Y sin embargo dijo: "volveré". Estoy intranquila, pues no sé si le habré disgustado; porque tampoco tengo la Cruz y la corona. . ."

Más tarde añade:

"Antes de acostarme le di las buenas noches de rodillas, como acostumbro, y le dije: "Señor, cinco días llevo llamándoos y no venís".

Aún no ha terminado la frase, cuando ya está Jesús allí, resplandeciente de belleza:

—«¡Cinco días llamándome, Josefa! Y Yo ¡cuántos días, cuántos años paso llamando a las almas y no me responden! ¡Antes, al contrario, se alejan de Mí! Cuando tú me llamas, Yo no me alejo; estoy cerca, muy cerca de tí. Consuélame llamándome y deseándome. Con esta hambre apagarás mi sed».

Lean aquí las almas afligidas por desvíos aparentes y ausencias divinas, las razones de su larga espera. Y cobren ánimo con este pensamiento alentador: "Mi sed apaga la suya".

Este período que arraigó a Josefa en su vocación "reparadora" e inauguró el "Mensaje" que había de transmitir al mundo, termina en Navidad con la escena más encantadora que puede idearse; su alma se pone cada vez más a tono con el anonadamiento del Niño Dios, el vínculo de su mutuo amor es la salvación de las almas, ésta es la cuestión palpitante entre los dos. Vamos a transcribir con toda su candorosa sencillez el relato que de estas apariciones hace Josefa, sin añadir comentario alguno pues su valor intrínseco es insuperable.

Es el 25 DE DICIEMBRE.

"Durante el oficio de vísperas, le decía al Niño Jesús que ya sabe que le amo, y aunque el día anterior había tenido una tentación muy fuerte, El es mi único amor, mi rey y mi tesoro. No puedo vivir sin él. . . Pues El es mi alegría y mi vida. Así le hablaba cuando, de repente, le vi delante de mí, muy pequeño; le sostenía algo o alguien que yo no veía y estaba tapadito con un paño blanco, salvo la cabecita, los brazos y los pies. Tenía bracitos cruzados sobre el pecho y unos ojuelos tan ricos y tan alegres que parecían hablar. El pelito muy corto y todo El muy chiquito y encantador. Con voz tierna y dulcísima me dijo:

—«Sí, Josefa, soy tu Rey».

"Yo estaba enajenada, viéndolo tan chiquito, y le dije: ¡Oh, Jesús mío!, sois mi Rey y aunque mis enemigos se empeñan en hacerme caer, no lo conseguirán, porque yo pelearé sin descanso para ser siempre toda vuestra.

—«Por eso, precisamente soy tu Rey; porque luchas. No temas a los enemigos que, aunque pequeño, te sabré defender. Quiero que tú también seas pequeña. . . por la humildad, la sencillez, la prontitud en obedecer. . . Y ahora, voy a pedirte un aginaldo. ¿Me lo darás?»

"Yo sentí un poco de miedo —escribe Josefa con su

acostumbrada sinceridad—; pero le dije que sí, con todo mi corazón, con tal que me diese fuerza, pues ya sabe cómo soy”.

—«Quiero que me hagas un vestido, adornado de muchas almas: estas almas tan amadas de mi Corazón».

Y volviendo a su primer pensamiento:

—«¿Ves, Josefa, qué pequeñito soy? Pues quiero que tú seas más pequeñita todavía. ¿Sabes cómo? Con tu sencillez, tu humildad, tu prontitud en obedecer.

Busco calor de amor y sólo las almas me lo pueden dar. ¡Josefa! Procúrame ese calor, dándome almas. Son muchas las que te esperan: no retrases mi Obra. Si tú me das almas, Yo te daré mi Corazón. Dime, ¿cuál de los dos ofrece mejor regalo? Adiós; volveré pronto. Entre tanto empieza mi vestido: dame almas a fuerza de amor. Mira que muchas se alejan... No las dejes escapar... ¡Pobres almas!... ¡No me las abandones, Josefa!».

—“Todo esto lo decía con voz tiernísima y abiertos los bracitos, que antes tenía cruzados sobre el pecho. Estaba tan rico que me moría de ganas de besarle los pies, pero no me atreví a decírselo. Brotaba de El tanta luz que parecía un ascua encendida... En fin, estaba tan hermoso y hablaba con tal dulzura que es imposible escribirlo ni explicarlo”.

Al día siguiente, MARTES 26 DE DICIEMBRE, escribe:

“Cuando me preparaba para comulgar he pedido a la Virgen que me dé a su Hijo y que me enseñe a amarle y consolarle. Le hablaba como a una Madre, con mucha confianza, y después de la comunión le he vuelto a pedir que le adore por mí y que le dé las gracias. Entonces ya he visto vestida como hace dos años, con una túnica rosa muy pálido y lo mismo el velo. Estaba en pie y tenía en su brazo derecho al Niño, tapadito con un lienzo blanco como ayer, pero no se le veía la cabecita ni nada. Me ha dicho, tan buena y tan Madre como siempre:

—«Mira, hija querida, te traigo a Jesús».

“Y al decir esto, le ha descubierto”.

—«Colócale muy adentro, en el fondo de tu Corazón, porque tiene mucho frío: tú, al menos, ámale mucho y le darás calor, ¡te ama tanto y es tan bueno! Que El solo sea el Rey de tu Corazón».

“El Niño estaba echadito en los brazos de la Virgen. Levantaba los ojitos para mirarla y, de vez en cuando, me miraba también a mí.

“Le he contestado a la Virgen que quiero amar mucho a Jesús, pero que, a veces, no soy fiel a lo que El me pide, sobre todo cuando me manda decir algo de su parte”.

Esta es, en efecto, la causa más frecuente de sus resistencias.

“Entonces Jesús con vocecita muy tierna, como de niño pequeño, dijo dirigiéndose a su Madre:

—*«Madre, he pedido a Josefa que me haga un vestido adornado con muchas almas. ¡Son tantas las que huyen de Mí! Ya sabéis Vos que reservo su conquista a las almas más amadas; y si ellas me corresponden, darán a mi Corazón un consuelo inmenso».*

“Volviéndose hacia mí la Virgen, me ha dicho:

—*«Si, dale almas, hija mía, no consentas que se alejen de El... ¡Mira que va a llorar!».*

“Yo le he contestado que ese es mi deseo, pero que a veces sin darme cuenta le disgusto y le resisto porque me dejo enredar por el demonio.

—*«No temas, Jesús no te pide más que buena voluntad. Esfuérzate cuanto puedas para mostrarle tu amor. Te quiere pequeña, muy pequeña... Tanto, que puedas colocarte aquí»*

Y señalaba el huequecito que quedaba entre su Corazón y el Niño:

“Decía esto sonriendo y el Niño la miraba y sonreía también”.

—*«¡Si supieras lo bien que estarías! —ha añadido la Virgen. Y Jesús, moviendo los bracitos como para atraerme: — Pruébalo y verás».*

“Como los dos son tan buenos, les he pedido perdón de todas mis resistencias... de lo que había pensado en los momentos de tentación. La Virgen me ha respondido:

—*«Si, es verdad que a veces eres muy ingrata... ¿Sabes por qué? Porque te miras a tí misma más que a Jesús. Demuéstrale tu amor haciendo lo que te manda, sin pensar si cuesta o no cuesta. Si te manda hablar, habla. Si callar, calla. Si*

amar, ama. Si cuida El de ti, lo demás ¿qué te importa?»

“He prometido obedecerle y como empezase a cubrir al Niño para marcharse, le he pedido permiso para besarle los pies.

“Ella me lo ha concedido y, mientras los besaba, la manita del Niño me acariciaba, con suavidad indecible. Después he besado la mano de la Virgen.

—«*Adtós, hija, me ha dicho; no te olvides de la túnica de mi hijito. Dale calor y dale almas*».

“Y se han ido los dos”.

El MIÉRCOLES 27, la visita el Apóstol San Juan, modelo y protector de las almas vírgenes. Josefa intenta describirlo a su manera:

“Vino durante la adoración. Su figura está llena de noble majestad. Es un poco más alto que Jesús y quizá algo más robusto y sus facciones un tanto más pronunciadas. Los ojos negros y el pelo oscuro, pero bastante pálido el rostro. Todo él emana un resplandor muy puro y habla despacio y grave, así que sus palabras penetran hasta el fondo. Su voz es a la vez firme y suave como celestial.

“Renové los Votos y él me dijo.

—«*Esposa del Divino Corazón, ya que a nuestro adorable Maestro le place deleitarse en las almas puras, vengo para reanimar en tí el fuego de amor divino que te ha de consumir. El nos amó el primero. Sea nuestro amor agradecido, constante, tierno y generoso. Y, sobre todo, puro, sin mezcla de propio interés. Tengamos sin cesar ante los ojos la bondad de ese Corazón Divino, a fin de que éste sea el móvil principal de nuestro amor: buscar sólo la gloria del Amado.*

Alma escogida, predilecta del Maestro: fija en su Corazón tu morada. Deja que sus llamas te abrasen; deja que su dulzura celestial te purifique y te embriague. Que tu alma no se pose en la tierra sino para tomar el preciso sustento, como la mariposa sobre la flor. Para quien ama a Cristo con toda el alma, el mundo debe ser un pasadizo oscuro y sombrío, que atraviesa deprisa y sin detenerse».

“Quedóse el Santo un momento en silencio. Cruzadas las manos sobre el pecho, estaba hermosísimo. Parecía un ángel. Yo no me atrevía a hablar. Pero al fin me decidí a preguntarle si el Corazón de Jesús se complace en las almas religio-

sas, ya que ama tanto la virginidad. San Juan, mirando al cielo y como si su rostro se iluminase, me respondió:

—«*Las almas vírgenes son moradas de amor donde descansa el Cordero Inmaculado. Pero entre ellas, las hay que son la admiración de los cielos; en ellas fija su mirada purísima el Celestial Esposo y deposita el suavísimo néctar que destila su Corazón*».

Y extendiendo su brazo derecho como para bendecirme, añadió:

—«*Déjate poseer y consumir por El. Vive tan sólo para procurarle gloria y amor. Que su paz te guarde*».

El mismo DIA 27, por la noche, Jesús favorece de nuevo a Sor Josefa con la gracia insigne que un año antes, en semejante fecha, le había concedido por primera vez.

“Sobre las ocho —escribe— vino Jesús, hermosísimo; encendida y muy abierta la llaga de su Corazón”.

—«*Ven —me dijo— entra en mi Corazón y descansa en El. Después me darás el tuyo para que Yo descanse*».

Y atrayéndola misteriosamente, la sumergió en este abismo.

“Yo creía que estaba en el cielo...”

Y concluye, sintiéndose impotente para continuar:

“Es imposible explicar lo que es entrar en su Corazón”.

Pasada más de una hora en inefable intimidad, vuelve Josefa a la tierra y Jesús le recuerda el fin al cual se enderezan todos sus favores:

—«*No olvides que las almas que Yo escojo, tienen que ser víctimas*».

No; Josefa no lo olvida: el plan del Divino Maestro se ha grabado hondamente en su alma y sabe que la unión con el Esposo crucificado no se realiza más que en la Cruz. Pero, a fin de que esta idea no se borre jamás de su mente, el Señor le da forma sensible en un símbolo, que ha de reaparecer con frecuencia en la vida de Sor Josefa, dándole a entender que la señal del amor será siempre su Cruz.

“Mientras Jesús hablaba vi una palomita muy blanca con alas grises, y las tenía extendidas, como queriendo levantar el vuelo hacia el Corazón de Jesús. Pero un rayo de fuego, que salía de la llaga y caía sobre la cabecita blanquísima de la paloma, la detenía de modo que no podía volar. Tenía esta palomita una cruz negra un poco más abajo del cuello”.

Esto escribe Josefa, sin comentario. Hasta más tarde, no le explicará el Maestro el significado de la paloma, símbolo de su alma. Por ahora, le toca esperar. No ha llegado el momento todavía de emprender el vuelo hacia el Corazón de Jesús. Un año de gracias, de luchas de padecimientos, la separa de su definitiva entrada en ese piélago de amor y de delicias, donde de vez en cuando la introduce el Esposo, para alentarla y suavizar un poco las asperezas del camino.

Entretanto, el Amor la tiene cautiva en el dolor para revelarse por ella al mundo.

VIII

LA CUARESMA DE 1923

La Vía Dolorosa

Del 1 de Enero al 17 de Febrero de 1923

“La obra de Jesús ha de fundarse en amor y sacrificio”.

(La Virgen a Sor Josefa)
(21 de enero de 1923)

Hemos llegado a la aurora del año de 1923 cuyo ocaso será también el de la vida de Josefa. Ella lo presiente y la Virgen Santísima un mes antes, se lo ha dejado entrever. El 3 de diciembre con ocasión de una ceremonia de Confirmación le dijo que tendría que transmitir al Obispo de Poitiers el Mensaje del Corazón de Jesús. Y añadió: “Lo verás tres veces antes de morir”.

Estas palabras reanimaban su valor: el cielo está a la vista. Bien lo necesita pues ahora va abrirse otra etapa de pruebas, en que el demonio renovará con más furia sus ataques. Más, en medio de amenazas, golpes y horas pasadas en los tormentos del infierno, Jesús la guarda como Esposo fiel y esculpe en ella su divina imagen. Ahora más que nunca, la asocia a su Obra de Redención: amando y sufriendo, salva las almas y prepara los caminos al Mensaje de Amor.

En vano la rabia de Satanás se exaspera y a veces cree que va a triunfar. Cuando Aquel “a quien el mar y los vientos obedecen” dice “*basta*”, toda su furia, impotente, se desvanece como la espuma.

EL LUNES 8 DE ENERO DE 1923, Josefa escribe:

“Tenía, esta mañana, un gran deseo de recibir a Jesús, pues, estos días, como sufro mucho, la Comunión es para mí un gran descanso. Así que hoy, después de pasar en el infierno una noche espantosa, sentía aún mayores ansias de comulgar.

“Cuando volvía a mi sitio vi a Jesús que andaba delante de mí y, volviéndose, me dijo:

—«Josefa, ven, mi Corazón te espera».

“Renové los Votos y El repitió:

—«Si, mi Corazón te espera».

“Los volví a renovar por segunda vez y Jesús me dijo:

—«Yo he descansado en tí, ahora tú descansarás en Mí».

“Me abrió su Corazón y me hizo entrar en El.

En esta deliciosa morada pasa Josefa unos instantes que ella llama “momentos de cielo”.

“Al salir le hablé a Jesús del miedo que le tengo al diablo y de sus amenazas y le rogué no permitiese nunca que me engañara.

—«¿Por qué temes? —me respondió—. ¿No sabes que soy más poderoso que él y que todos tus enemigos? Toda la rabia del demonio no puede hacerte más daño que el que consienta mi amor. Soy Yo el que permito las pruebas y tentaciones de mis almas. Porque si el sufrimiento es necesario a todos, mucho más a las almas escogidas. Las purifica y así puedo servirme de ellas para arrebatat otras almas al infierno».

Y aludiendo después a las amenazas del enemigo:

—«No las temas —repite— y confía en mi Corazón que os guarda como a las niñas de mis ojos. Si, Josefa, tengo predilección por esta casa, aunque le haga sentir, a veces, la amargura de mi cáliz.

Otro día vendré a dictar mis secretos de amor. Mientras tanto, sigue trabajando en mi túnica».

Después de recordarle este encargo que le hizo el día de Navidad, Jesús desaparece. Y Josefa queda de nuevo sumida en las tinieblas.

Arrecia la tormenta de día en día. Por fin el 21 DE ENERO brilla en la noche oscura una dulce claridad. La Virgen, consuelo de afligidos, no puede abandonar a su hija, en tan dolorosos momentos. Es domingo y Josefa aprovecha los ratos libres para anotar los hechos de los últimos días, conforme se lo han mandado. Si siempre le cuesta, mucho más cuando se trata de describir tormentos del infierno y visiones diabólicas.

“Lo hice para obedecer —escribe— y para que vea Jesús cuánto le amo”.

Por la noche, al ir a la Capilla, se le aparece la Virgen María:

—«Porque has vencido tu repugnancia por amor, ganas-te para el cielo un alma que estaba en gran peligro de perderse. ¡Si supieras cuántas almas se pueden salvar con estos sacrificios tan pequeños!»

“Como la Virgen es tan buena y tan Madre, me atreví a confiarle algunas cosillas y Ella me contestó:

—«Jesús quiere que, mientras vivas, estas palabras permanezcan ocultas, pero, después de tu muerte, en todo el mundo se conocerán y gracias a ellas, muchas almas hallarán salvación, siguiendo el camino real de confianza y abandono en el Corazón misericordioso de Jesús».

Pero Josefa, siempre temerosa ante cosas tan grandes, expresa a la Señora sus ansiedades.

—«Hija mía, no temas —le dice con ternura—. La Obra de Jesús ha de fundarse en amor y sacrificio. No te apures; Jesús, que es todopoderoso, lo hará todo. Es fuerte y os sostendrá; es misericordioso y os ama».

Y para prepararla a las tribulaciones por las que todavía habrá de pasar:

—«Conoce el fondo de los corazones y permite todo lo que sucede hasta el menor detalle. Si te parece, a veces, que sus planes divinos se frustran, no lo creas; con eso quiere que permanezcas siempre en humildad».

Josefa insiste en sus temores, alegando su propia pequeñez, que la hace tan poco apta para realizar los designios de Dios.

—«Es verdad que eres miserable —contesta la Señora, mirándola con tierna compasión—; pero esta misma miseria es la que atrae la misericordia de Jesús; en su Corazón te ha escondido para que nada pueda dañarte. Abismate en tu pequeñez y en tu nada, pero cree en su amor y confía que nunca te abandonará. No tengas más ambición que la de darle muchas almas, mucha gloria y mucho amor».

“Yo le pedi su bendición, y Ella trazó en mi frente la señal de la cruz, mientras decía:

—«Si, te bendigo de todo Corazón».

“Y desapareció”.

El cielo parece cerrarse otra vez y vuelve el enemigo a recobrar su poder.

No obstante, el JUEVES, 1 DE FEBRERO, le concede el Señor algún alivio, Santa Magdalena Sofía le da cita en el oratorio, que fué en otro tiempo su celda, y le comunica la entrada en el cielo de cinco Religiosas, cuyos nombres le dice, añadiendo:

—«No sabes con qué alegría veo llegar aquí a mis hijas, Las bendigo desde allá arriba, con ternura de Madre, y derramó sobre ellas abundantes gracias. Mi deseo es que cada

religiosa de mi Instituto sea para el Corazón de Jesús un lugar de descanso y de amor».

Algunos días después, 4 DE FEBRERO, la anima y fortalece con estas palabras:

—«*No te canses de sufrir. Las almas que sufren por amor verán grandes cosas, no digo en el tiempo, pero si en la eternidad*».

Finalmente, el 10 DE FEBRERO, pasados unos días de durisimas pruebas, le anuncia la visita del Señor:

—«*Que su paz te guarde, hija mía. Pronto vendrá, consuélale con gran confianza. No olvides que, si es tu Dios es también tu Padre; más aún, tu Esposo. No temas y háblale de todo, porque está siempre pronto a escucharte. ¡Es tan buenol ¡Es tan compasivo su Corazón!*»

Aludiendo después al Carnaval, que empieza al día siguiente:

—«*Consoladle y amadle. Que su Corazón descanse entre vosotras y que tu pequeñez le gane muchas almas*».

Y haciendo hincapie en la idea que dominó en su vida:

—«*Si, consoladle con vuestra humildad; porque donde hay humildad todo va bien, pero donde no la hay todo va torcido... Adiós, ¡no le niegues nada!*»

Aquella misma noche, el demonio se enfurece contra la intervención de la Santa y especialmente contra sus consejos:

—“*Esta Beata —grita con rabia— aplasta todo mi poder sólo con su humildad*”.

Y como si le forzasen a traicionar su infernal secreto:

—“*¡Ah!*” —*ruge blasfemando—, si quiero tener segura a un alma, no necesito más que hacer brotar en ella el orgullo... Si quiero perderla del todo, me basta seguir sus orgullosos instintos.*

“*En la soberbia está mi victoria y no descansaré hasta verla abundar en el mundo. Por ella me perdí: no pudo consentir que las almas se salven por humildad. Pues está fuera de duda que las almas que llegan a la cumbre de la santidad son las que se han abismado más hondamente en la humildad*”.

Con emoción intensa transcribe Sor Josefa esta confesión diabólica y su cariño filial salta de gozo en medio de la tribulación, ante ese testimonio inesperado de la humildad fecunda de su Santa Madre.

Llega el 11 DE FEBRERO, domingo de Carnaval. Hace un mes que no ha visto a Jesús. Esta época del año ha sido siempre para Josefa de intensa y fervorosa reparación. Pero este año, será el último en que el Señor le convide a llevar la Cruz con El, para expiar los placeres desenfrenados de los hombres y evitar la perdición de muchos.

En espera del Maestro está, según la promesa de su Santa Madre, cuando en la Misa se le aparece de pronto:

—«Josefa, ¿me quieres consolar?»

Renueva los votos y le manifiesta su deseo ardiente de aliviar sus dolores pero con algún temor.

“Porque —dice— tengo miedo de mí misma, que cada día soy más miserable”.

—«No pienses en lo que eres. Yo te daré fuerza para cuanto te pida. Ya sabes que tus debilidades y caídas las permito para que tengas siempre presente tu nada, a pesar de las gracias que te concedo».

Luego, con el Corazón inflamado:

—«Ahora vamos a ocuparnos de las almas. Es verdad que muchas se pierden. Pero podemos arrancar a otras muchas del camino del mal y, al menos, mi Corazón recibirá este consuelo. ¡No sabes, Josefa, cómo desgarran mi Corazón los pecadores! ¡Y cómo necesito de almas que reparen!

Por esto, vengo a descansar entre las que Yo mismo he escogido. ¡Ojalá sepan por su fidelidad, cicatrizar las heridas que recibo de los pecadores! ¡Ah! ¡Cuán necesario es que haya víctimas para compensar la amargura de mi Corazón y para aliviar el dolor que me causa la maldad de los hombres! ¡Cuántos pecados!... ¡Cómo se pierden las almas!...»

Sor Josefa le ruega que venga a descansar entre sus esposas que no desean más que consolarle y que les inspire, El mismo, lo que pueden hacer para aliviar su dolor.

—«Lo único que quiero es amor. Amor dócil que se deja conducir por Aquél a quien ama... Amor desinteresado que no busca ni su gusto ni su interés, sino los de su Amado... Amor celoso, ardiente, devorador, que vence todos los obstáculos que el amor propio le pone delante; éste es el verdadero amor, el que aparta a tantas almas del abismo de perdición en que se precipitan».

Animada por tanta condescendencia, Josefa se atreve a preguntar:

“¿Cómo es posible, Señor, que cuando se pide tanto por

un alma, pase tiempo y tiempo sin que al parecer se consiga nada? ¿Cómo Vos mismo, que tanto deseáis la conversión de los pecadores, no les movéis el corazón para que no se pierdan tantas oraciones y tantos sacrificios?

“Y le hablé de tres pecadores, de dos sobre todo, por los que estamos pidiendo hace mucho tiempo”.

Jesús le contesta:

—«Cuando un alma ruega por un pecador, con deseo ardiente de que se convierta, mi Corazón encuentra en esta súplica reparación por la ofensa recibida, y la mayor parte de las veces esta alma obtiene lo que pide aunque sea en el último momento.

De todos modos, la oración nunca se pierde, porque repara la injuria que me causa el pecador y si no éste, otros mejor dispuestos alcanzarán misericordia y recibirán el fruto de esta oración.

Hay almas que durante su vida y también por toda la eternidad están llamadas a darme la gloria que les pertenece dar-me y las que me hubieran debido dar otras almas que se han perdido. . . de este modo mi gloria no sufre mengua, pues un alma justa puede reparar los pecados de otras muchas. Que tu oración constante sea ésta:

Padre Eterno, que por amor a las almas habéis entregado a la muerte a vuestro Hijo único, por su Sangre, por sus méritos y por su Corazón, tened piedad del mundo y perdonad los pecados de los hombres.

Recibid la humilde reparación que os tributan vuestras almas consagradas. ¡Unidlas a los méritos de vuestro Divino Hijo, para que sus actos sean todos de gran eficaz! ¡Oh Padre Eterno! Ten piedad de las almas y no olvidéis que aún no ha llegado el tiempo de la justicia, sino el de la misericordia.

No me rehuses nada —añade como despedida—, recuerda que necesito almas que continúen mi Pasión, para contener la ira divina. Yo te sostendré».

Por la tarde, estando Josefa en la Capilla de las Congregaciones de la que es sacristana, aparece Jesús y le dice:

—«No puedes figurarte cuánto descanso en tí».

“Pero, Señor, ¿cómo puede ser eso? ¡Si no hago nada que valga la pena!”.

—«No te asombres... a pesar de tantas ofensas como recibo de los pecadores, mi Corazón encuentra consuelo, porque son muchas las almas que me aman. Si, es verdad; la pérdida de tantas almas me llena de tristeza, mas no disminuye por ello mi gloria. Entiéndelo bien: un alma que me ama puede reparar las ofensas de muchos pecadores y aliviar la amargura de mi Corazón».

“Yo le dije que quisiera ser una de estas almas que le aman... ¿Qué haré para demostrarle mi amor?... Durante esta Cuaresma desearía ser muy dócil y muy sencilla... Pero sobre todo humilde, porque me dijo Nuestra Beata Madre Fundadora que eso es lo que más le consuela. Pero no sé qué hacer para conseguirlo”.

Entonces, como un Padre que se inclina hacia su hijito para explicarle pacientemente la lección Jesús le dice:

—«La humildad a que se refiere tu Beata Madre, no consiste precisamente en palabras y en actos externos, sino en seguir fielmente todas las inspiraciones de la gracia, sin dejarse llevar de las sugerencias del amor propio. Lo cual no impide que, para llegar a adquirir la verdadera y profunda humildad, se ayude el alma con estos actos externos. Esto quiso decirte tu Beata Madre.

—Ahora, —prosigue—, he aquí lo que has de hacer para desagraviarme de los pecados del mundo. Y más en particular de los de mis almas escogidas:

Durante la Cuaresma, rezarás cada día con humildad el Miserere y un Padrenuestro.

Te postrarás tres veces en tierra y pedirás, por espacio de un Avemaria, misericordia y perdón por los pecadores. Las penitencias que te permiten tus Superiores, ofrécelas por la misma intención. Deseo, además, que tres veces por semana, entre once y doce de la noche te pongas a mi disposición y, los dos juntos, aplacaremos la ira de mi Padre Celestial y alcanzaremos perdón para las almas».

Josefa no se atreve a comprometerse y presenta con sencillez sus objeciones al Señor.

“No sé si esto me lo permitirán las Madres”.

—«Esto y todo lo demás —replica Jesús—, somételo al juicio de tus Superiores. También te daré a conocer, durante

esta Cuaresma, todo lo que en tu alma me desagrada; y me serviré de ti para consuelo de mi Corazón, siempre que te necesite.

Adiós, pronto vendré para reanudar mis confianzas... No me dejes solo... No te olvides de Mí».

Este deseo del Corazón de su adorado Maestro, la sostendrá en los días de amargo sufrimiento que van a seguir. ¿Podría dejarle solo cuando los pecados se multiplican, recordándole sin cesar su misión reparadora?

El MARTES DE CARNAVAL, 13 DE FEBRERO, mientras sigue con sus hermanas el piadoso ejercicio del Vía Crucis, Jesús se le aparece con la Faz ensangrentada y triste, pero abrasado en llamas y resplandores su Corazón Divino. Le pide que la haga un rato de compañía. Josefa sale a solicitar el permiso y vuelve a la Capilla, donde está el Santísimo Ex-puesto.

—«Mira mi rostro —le dice—; así me ha puesto el pecado. El mundo corre precipitadamente a abismarse en los placeres, y es tanta la multitud de los pecados que se cometen, que mi Corazón está anegado en un torrente de amargura y de tristeza. ¿Dónde encontraré alivio a mi dolor?... Vengo a refugiarme aquí, buscando amor para olvidar la ingratitud de las almas».

“Yo le dije algunas palabras que me pareció le podían consolar y después de una pausa, continuó:

—«Ven conmigo a la celda. Allí repararemos juntos tantas ofensas y pecados».

“Salí de la Capilla y Jesús iba delante de mí. Un poco antes de entrar en el cuarto no lo vi, pero al abrir la puerta, ya estaba dentro”.

—«Póstrate en tierra —me dijo— y adora la Majestad Divina, tan despreciada de los hombres. Haz un acto de desagravio... Repite conmigo:

¡Oh Dios infinitamente Santo!, me postro humildemente en vuestra presencia, os adoro y os pido, por Vuestro Divino Hijo, perdonéis a tantos pecadores que os ofenden. Os ofrezco mi vida y deseo reparar tanta ingratitud».

“Se quedó en silencio... Y yo le pregunté si le hieren mucho estas ofensas de las almas”.

«Sí —respondió—, estas almas me ofenden mucho pero las almas escogidas me consuelan».

“Así le hablaba yo de vez en cuando, diciéndole cuánto deseaba consolarle. Pero ¿qué soy? Estoy plagada de miserias y no puedo gran cosa.

—«Si —me dijo—, eres bien miserable; pero ¿no sabes que eso no me importa? Lo que quiero es ser el dueño de tu miseria. No te preocupes de lo demás, mi Corazón todo lo transforma.

Besa de nuevo el suelo y repite conmigo: Padre mío, Dios Santo y misericordioso; recibid mi deseo de consolaros. Quisiera reparar todos los pecados de los hombres, mas como no me es posible, os ofrezco los méritos de Jesucristo, Redentor del género humano, para satisfacer con ellos vuestra Justicia».

“Después le pregunté si aquella noche me perseguiría el demonio como en las anteriores o si podría hacer la Hora Santa con la Comunidad”.

—«Te dejaré pasar esa hora unida a los sentimientos de mi Corazón, que se consume en deseos de atraer a las almas para perdonarlas. ¡Pobres pecadores! ¡Qué ciegos están! Yo no deseo más que perdonarlos y ellos no piensan más que en ofenderme. Esto es lo que me causa mayor dolor: la pérdida de tantas almas y que no vengan a mi Corazón para que las perdone».

Entonces, aprovechándose con sencillez de niña de la bondad inefable del Señor que parece dispuesto a contestar a todas sus preguntas, Josefa las multiplica:

“Le pregunté si se acuerda de nuestros pecados, después que nos arrepentimos y pedimos perdón”.

—«Una vez que el alma se arroja a mis pies, implorando misericordia, no me vuelvo a acordar de sus pecados».

“Señor, ¿y habrá hasta el fin del mundo tantas almas que os ofendan?”

—«Si, pero también hasta el fin del mundo, tendré almas que me consuelen».

“Quisiera saber si, cuando las almas están sumidas en el pecado, no les hacéis sentir vuestra voz para que se arrepientan; porque yo veo lo que me pasa a mí, que a veces cuando estoy tentada y resisto a la gracia, de pronto siento en mi corazón algo que me hace conocer la verdad y en seguida me pesa de haber obrado así. Jesús me contestó:

—«Josefa, Yo voy tras los pecadores, como la Justicia tras los criminales; pero la Justicia los busca para castigarlos y Yo, para perdonarlos».

Y como ella le ofrece, para consolarle, los deseos de las almas religiosas, más ardientes aun en estos días de desórdenes, el Maestro añade:

—«Mis almas son a mi Corazón lo que el bálsamo a las heridas... Más tarde volveré, Josefa; sigue consolándome».

Le consolará, por entonces, por su constante fidelidad en las tentaciones y lazos que el demonio le tiende sin cesar. De tal modo la turba que, a ratos, parece que se borra la senda; ya no ve, no discierne si quiera o si no quiere y su experiencia palpa los límites de su flaqueza.

El SABADO 17 DE FEBRERO, la Virgen María, la Estrella del Mar, disipa por un instante las tinieblas y aparece, radiante, en medio de la tormenta. Trae a Josefa la prenda más amada y la más a propósito para tranquilizar su conciencia: la corona de espinas de su Hijo.

—«Toma, hija mía la corona —le dice, y como si notara en Josefa sorpresa o vacilación, añade: —es para ti. No te preocupes de estas cosas que el diablo lleva a tu imaginación. Todo son enredos y engaños para turbarte».

Entonces, la pobre víctima, desahoga en el Corazón de su Madre, las penas del suyo. Gota a gota, desgrana sus angustias y ansiedades... ¿Cómo podrá tan débil, resistir tentaciones tan fuertes?

La Señora le descubre el secreto de la fortaleza:

—«Medita la Pasión de Jesús».

Y, colocando en la cabeza de Josefa la corona de espinas:

—«Te mantendrá en la presencia de mi Hijo» —añade.—

Luego la bendice y desaparece. Pocas horas después, viene también el Hijo, Josefa, siempre timorata y escarmentada por los engaños del enemigo, duda en presencia de la aparición.

Pero Jesús, Rey de paz, le dice, bondadoso:

—«Ven, acércate... Prométeme no dejarte engañar de nuevo por los ardides del demonio».

¿Qué más quisiera ella?... Mas, siente tan vivamente su debilidad que no se atreve a prometer.

—«Tu debilidad no me importa, Josefa... Si vuelves a caer. Yo te levantaré».

Animada por tales palabras, recobra su sencillez habitual y refiere al Señor la entrevista que acaba de tener con su Santísima Madre:

—«Sí, piensa en mis padecimientos» —contesta Jesús, haciendo alusión al consejo de la Virgen.

Y añade, indicando el sentido en que va a proseguir su mensaje:

—«Desde ahora, voy a venir cada día a hablarte de mi Pasión, para que sea el objeto de tu pensamiento y de mis confidencias para las almas».

* * *

Los Secretos de la Pasión

El Cenáculo

Del 18 al 28 de Febrero de 1923

“Josefa, Esposa y Víctima de mi Corazón, vamos a hablar de mi Pasión para que tu alma se alimente constantemente de este recuerdo y mis almas encuentren donde saciar su hambre y apagar su sed”.

(22 de febrero de 1923)

Una historia de amor que raya en lo increíble va a desfilar, etapa por etapa, ante los ojos de Sor Josefa: la historia de la Pasión de Jesucristo. No precisamente en la hilación detallada de los hechos, de los cuales el Evangelio, es narrador fidelísimo y autorizado; sino en una manifestación del Corazón de Cristo que se abre para dejar que el hombre, el redimido, vislumbre las profundidades de su amor y comprenda, en cuanto es dado a su pequeñez egoísta, la inmensidad de un dolor tanto más vivo, cuanto más incomprendido y despreciado. Son, pues, confidencias íntimas, dirigidas a aquellas almas que anhelan penetrar en este arcano, sentir los latidos del Corazón Divino, compartir sus dolores y, como lógica consecuencia, entregarse sin condiciones a las exigencias de la Cruz.

Josefa entrará la primera en esta vía dolorosa, en pos de su Maestro y, mientras El le descubre sus secretos en la soledad de la celda, ella continuará recogiendo celosamente el Mensaje de Amor que se manifiesta al mundo.

Aun tardará el Señor unos días en cumplir su promesa de volver: no pierde ocasión de cultivar el abandono de su sierva. Acude, en cambio, por la noche, como se le ha pedido, para enseñarle prácticamente, su oficio de Redentor. Josefa tiene permiso, tres veces por semana, lunes, miércoles y sábado, para ponerse a la disposición de su único Dueño, antes de entregarse al descanso. Por eso, pasada la noche del SABADO AL DOMINGO 18 DE FEBRERO, escribe:

“Anoche me ofrecí a todo lo que El quisiera y como te-

nía miedo de dormirme, le pedí que me despertase a la hora convenida.

“En efecto, me dormí en seguida. No sé a qué hora me despertó su voz:

—«¡Josefa!»

“Me entró mucha vergüenza de haberme dormido y le dije: ¡Oh, Jesús mío!, perdonadme. ¿Qué hora es?”.

—«No importa, Josefa... ¡Es la hora del amor!».

“Estaba hermosísimo. Llevaba la Cruz. Renové los votos y me dijo:

—«Es la hora en que el Amor viene a buscar consuelo y alivio, dejándote la Cruz. Vamos a implorar perdón y clemencia para las almas. Toma mi Cruz para que Yo descanse un poco».

“Me la dió y yo sentí su peso muy grande, al mismo tiempo que el dolor de costado y mucha angustia en el espíritu. Hubiera querido consolarle... Pero ¡me siento tan indigna de estar a su lado y de llevar su Cruz!”.

—«No importa —contestó Jesús—; mi Cruz se apoyará sobre tu miseria y Yo descansaré en tu pequeñez. Mi Cruz te fortalecerá y Yo te sostendré... Cuando un alma viene a Mi buscando fuerza, no la dejo sola; la sostengo y si, por su debilidad, ha caído, Yo mismo la levanto».

“Ahora, vamos a pedir perdón... A reparar las ofensas que se cometen contra la Majestad Divina. Repite conmigo:

—«Dios Santo, Dios Justo... Padre de infinita bondad y clemencia, que por amor habéis creado al hombre y por amor le habéis constituido heredero de bienes eternos, si por debilidad os ha ofendido y merece castigo, recibid los méritos de vuestro Hijo, que se ofrece a Vos como Víctima de expiación. Por esos méritos infinitos perdonadle y ponedle de nuevo en estado de recibir la herencia celestial. ¡Oh Padre mío! ¡Piedad y misericordia para las almas!...

Josefa, te dejo mi Cruz para que me alivies. Yo soy tu fortaleza. Consuélame».

“Y se fué, dejándome la Cruz”.

La noche del LUNES 19 DE FEBRERO, Josefa renueva su ofrecimiento, antes de dormirse.

“No sé si fué su voz o su presencia lo que me despertó a eso de las once. Jesús ya estaba allí con la Cruz, y me preguntó:

—«Josefa ¿me amas?»

“Cuando me pregunta estas cosas, casi no me atrevo a contestar, porque soy tan miserable que ni siquiera sé amar. . . Le he pedido perdón porque me había preocupado y turbado por naderías que no merecen la pena”.

—«Aprovecha esas pequñeces para ganarme almas —me dijo; y después con inmensa bondad: —Toma la Cruz; vamos a reparar los dos, durante esta hora, los pecados que se están cometiendo. No sabes cuántas almas se precipitan en el mal. . .»

“Luego me dió su Cruz y yo me humillé en su presencia. . . Le adoré, porque más que nunca veía mi indignidad delante de su grandeza. En seguida, juntando las manos, dijo:

—«Vamos a adorar a la Majestad Divina ofendida y ultrajada. . . Vamos a reparar tantos pecados.

Oh Dios infinitamente Santo. . . Padre infinitamente misericordioso! Os adoro. Quisiera reparar los ultrajes que recibís de los pecadores en todos los lugares de la tierra y en todos los instantes del día y de la noche. Quisiera, especialmente, Padre mío, reparar los pecados que se cometen durante esta hora, y para ello, os ofrezco todos los actos de adoración y de reparación que os tributan las almas que os aman. Os ofrezco sobre todo, el holocausto que continuamente os presenta vuestro Divino Hijo, inmolándose en el altar, en todos los puntos de la tierra y en todos los momentos de esta hora. ¡Oh Padre infinitamente bueno y compasivo! Recibid' esta Sangre purísima en reparación de los ultrajes de los hombres. Perdonadles sus pecados y tened misericordia de ellos».

“Luego nos hemos quedado en silencio. Jesús miraba al Cielo. Yo sentía en el alma dolorosa angustia y la pena oprimía mi corazón. Después continuó:

—«Ofrece todo tu ser para reparar tantas ofensas y satisfacer a la Divina Justicia».

“Le recordé de nuevo mi indignidad, pues yo misma soy una gran pecadora”.

—«Si tu indignidad y tus pecados son grandes, ven a sumergirte en el torrente de Sangre de mi Corazón y deja que ella te purifique. Después, acepta generosamente todos los sufrimientos que mi Voluntad te envía para ofrecerlos a mi Padre Celestial. Deja que tu alma se abra en deseos de desagraviar a un Dios ultrajado y toma mis méritos para reparar tantos pecados».

Y como Jesús se dispone a dejarla, Josefa se atreve a recordarle su promesa de hablarle de la Pasión.

—«Sí, volveré... Mientras tanto, consuela mi Corazón y repara».

Las noches de reparación se sucederán desde esta época, en días alternos, con regularidad, sin que ello sea obstáculo para que Josefa emprenda, al amanecer, su acostumbrado trabajo. El MIÉRCOLES 22, vuelve a despertarla el Señor, pues, rendida de cansancio, ha sucumbido al sueño.

—«Vengo a descansar en ti, Josefa».

Ella renueva los votos y se ofrece para aliviar al Señor del peso de la Cruz.

—«Si, voy a dártela y con ella, todas las angustias de mi Corazón».

“Me la dió en seguida, y yo le dije algo para consolarle... Me contestó así:

—«Dime ¿dónde hay un corazón que ame más que el mío y que sea menos correspondido? ¿Qué corazón hay que se consume en mayores deseos de perdonar? Y en pago de tanto amor, recibo las mayores ofensas.

¡Pobres almas! Vamos a pedir perdón y reparar por ellas: Oh Padre mío, tened piedad de las almas, no las castigáis como merecen sino hacédles misericordia, como lo pide vuestro Hijo.

Yo quisiera reparar sus pecados y daros la gloria que os es debida, ¡oh Dios infinitamente Santo! Mirad a vuestro Hijo como Víctima para expiar tantas ofensas!

—«Queda muy unida a Mi, Josefa y acepta con entera sumisión todos los sufrimientos de esta hora».

Jesús desaparece y Josefa pasa una hora abismada en dolores, así en el cuerpo como en el espíritu.

“De repente —escribe—, vino el diablo y con una rabia tremenda gritó: —“Ahora me vas a tener a mí!...”

El resto de la noche es indescriptible: la pobre Hermana gime bajo los golpes del demonio, oyendo estremecida sus amenazas y horribles blasfemias. Al despuntar el día la deja el enemigo por fin, pero tan agotada que sólo tiene fuerzas para ir a comulgar. Ha llegado el momento en que, viéndola el Señor reducida al extremo de su debilidad y de su impotencia, se inclina hacia ella, la levanta, la toma por suya y la maneja libremente como un instrumento del todo adaptado a su mano divina.

Esta misma mañana del JUEVES 22, mientras Josefa transcribe los acontecimientos de la pasada noche, Jesús se le aparece:

—«Josefa, Esposa y Víctima de mi Corazón —le dice—, vamos a hablar de mi Pasión, para que tu alma se alimente constantemente de este recuerdo y mis almas encuentren donde saciar su hambre y apagar su sed».

“No me atrevía a interrumpirle para renovar los votos; al fin le pregunté si quería que lo hiciera, y me dijo:

—«Si, renuévalos. Cada vez que renuevas los lazos que te unen a Mi, me glorificas, y derramo en tu alma tantas gracias que, no sólo queda en el mismo estado de pureza que el día en que los hiciste, sino que adquiere un grado más elevado de mérito que la hace más grata a mis ojos. Esto sucede a todas las almas que me están unidas con los sagrados vínculos de los votos religiosos. Cada vez que los renuevan es como si se revistiesen de nuevos méritos y se aproximan más y más a mi Corazón, que se complace en ellas.

Ahora, Josefa, voy a empezar por descubrirte los sentimientos que embargaban mi Corazón, cuando lavé los pies de mis Apóstoles. Fíjate bien que reuní a los doce. No quise excluir a ninguno. Allí se encontraba Juan, el Discípulo Amado, y Judas el que, dentro de poco, había de entregarme a mis enemigos.

Te diré por qué quise reunirlos a todos y por qué empecé por lavarles los pies.

Los reuní a todos, porque era el momento en que mi Iglesia iba a presentarse en el mundo y pronto no habría más que un solo Pastor para todas las ovejas. Quería también enseñar a las almas que aun cuando estén cargadas de los pecados más atroces, no las excluyo de las gracias, ni las separo de mis almas más amadas; es decir, que a unas y a otras, las reúno en mi Corazón y les doy las gracias que necesitan.

¡Qué congoja sentí en aquel momento, sabiendo que en el infortunado Judas estaban representadas tantas almas, que reunidas a mis pies y lavadas muchas veces con mi Sangre, ha-

bían de perderse!... Sí, en aquel momento quise enseñar a los pecadores que, no porque estén en pecado deben alejarse de Mi, pensando que ya no tienen remedio y que nunca serán amados como antes de pecar. No ¡pobres almas! No son estos los sentimientos de un Dios que ha derramado toda su Sangre por vosotras. . .

¡Venid a Mi todos! y no temáis, porque os amo; os lavaré con mi Sangre y quedaréis tan blancos como la nieve. Anegaré vuestros pecados en el agua de mi misericordia y nada será capaz de arrancar de mi Corazón el amor que os tengo. . .

Josefa, déjate penetrar del más ardiente deseo de que todas las almas, y sobre todos los pecadores, vengan a purificarse en el agua de la penitencia. . . que se penetren de sentimientos de confianza y no de temor, porque soy Dios de misericordia y siempre estoy dispuesto a recibir las en mi Corazón».

Aquí termina la primera expansión del Maestro acerca de su Sagrada Pasión. Josefa ha estado escribiendo rápidamente durante veinte minutos. El Señor no le dicta, en el sentido estricto de esta palabra. Habla "con mucho ardor", según expresión de Sor Josefa, tanto que parece desahogar su Corazón y dilatarse en la intimidad de la confidencia; y ella recoge al vuelo sus ardorosas palabras, y las transcribe, sin esperar a que acabe, aprovechándose de algunas pausas que hace de vez en cuando el Señor.

Finalmente, Jesús se detiene y su mirada se posa, largo rato, sobre su confidente, que ha dejado la pluma y permanece allí, de rodillas, a sus pies. Con tiernas palabras se despide de ella y desaparece. Mas Josefa continúa inmóvil, en la misma postura, abismada en los misterios inefables que acaba de escuchar y de transcribir. Sin volverlo a leer, entrega el cuaderno a sus Superiores, que están siempre presentes. . . Luego, como si nada hubiera pasado, vuelve al taller y reanuda su trabajo. Al exterior, nada se transparenta, pero en el fondo del alma, el recuerdo de aquella dolorosa confidencia, la absorbe y la domina sin cesar.

Además, el Salvador de las almas renueva con frecuencia este recuerdo, pidiéndole de nuevo su cooperación para la salvación del mundo. La noche del mismo día JUEVES 22 DE FEBRERO, acabando Josefa el piadoso ejercicio del Via Crucis, aparece Jesús junto a ella.

Viene a encomendarle tres almas "no sólo amadas, sino predilectas de mi Corazón", le dice.

—«Por ellas he de venir aquí a refugiarme y a encontrar consuelo entre vosotras. Lo que el diablo te ha dicho esta mañana, Josefa, es verdad: muchas almas encuentran aquí la vida. . . Porque vosotras, almas muy amadas de mi Corazón, las atraéis al camino de la verdad con vuestra miseria y con vuestro amor».

Josefa se asombra:

—«*Si —continúa Jesucristo—, aquí abundan dos cosas: la miseria y el amor: por el amor, muchas almas recobran la vida y por la miseria la mirada de un Dios se ha fijado en ellas*».

Al día siguiente —VIERNES 23 DE FEBRERO—, y a la misma hora, Josefa ve de nuevo a Jesús:

“Estaba junto al comulgatorio, llevaba la Cruz y nos miraba a todas mientras hacíamos el Vía Crucis”.

—«*Almas queridas de mi Corazón —dijo—, ¡cuánto consuelo me dais! ¡Ah! si vuestros ojos penetraran el más allá ¡qué maravillas verían! Verían transformarse estas oraciones en verdaderos tesoros para las almas*».

“Mientras hablaba, se iba acercando. Al llegar a mi lado me dió su Cruz. Yo le confesé el miedo que estoy pasando, pues estas últimas noches el diablo no hace más que amenazar la casa, y aun toda la Sociedad del Sagrado Corazón.

—«*No temas, Josefa; no pasarán de amenazas, porque Yo soy omnipotente y cuido de vosotras. El diablo os aborrece porque Yo os amo. ¡Si supierais qué obra tan importante se hace en esta casa! ¡Y cómo se trabaja en ella por las almas, y a mayor gloria de mi Corazón!... Pero, ahora, mi Corazón está en un mar de amargura, por causa de las tres almas que os he confiado. Mientras me sigan ofendiendo, vendré a buscar descanso y consuelo en vosotras, que sois objeto de mi predilección...*

Te dejo mi Cruz, no me dejes solo».

“Después, añadió:

—«*Amadme y consoladme*».

El peso de la Cruz se ve doblado por la rabia infernal: Josefa está expiando por “almas preferidas” que se han dejado seducir y les alcanza, por sus terribles y continuas luchas, la luz que ha de llevarlas un día a la verdad.

El DOMINGO 25 DE FEBRERO, por la mañana, Jesús aparece en la celda de Josefa. Durante la noche el demonio ha trabajado sin tregua para convencerla de que está en pecado y su alma se encuentra llena de incertidumbre y turbación.

—«*¿Qué temes? —le dice, lleno de bondad—. ¿No te acuerdas de aquella palomita que te mostré? Es la imagen de tu alma... No tiene de que asustarse pues que puso su nido*

en mi Corazón. Es verdad que sus alas están muy grises todavía, a causa de sus muchas imperfecciones, pero no por los pecados de que el diablo falsamente te acusa. . .

Sí, renueva los votos y besa tres veces mis pies, para que cada vez estreches más los lazos que te unen a Mí.

Ahora, Josefa, recuerda que eres un instrumento inútil y miserable. . . Besa el suelo y escribe. Vamos a proseguir nuestros secretos de amor.

Hoy te diré una de las razones que me indujeron a lavar los pies a mis apóstoles antes de la Cena.

Fué primeramente para mostrar a las almas cuánto deseo que estén limpias y blancas cuando me reciben en el Sacramento de mi Amor.

Fué también para representar el Sacramento de la Penitencia en el que las almas que han tenido la desdicha de caer en el pecado pueden lavarse y recobrar su pérdida blancura.

Quise lavarles Yo mismo los pies, para enseñar a las almas que se dedican a los trabajos apostólicos a humillarse y tratar con dulzura a los pecadores y a todas las almas que les están confiadas.

Quise ceñirme con un lienzo, para indicarles que, para obtener buen éxito con las almas, hay que ceñirse con la mortificación y la propia abnegación. También quise enseñarles la mutua caridad y cómo se deben lavar las faltas que se observan en el prójimo, disimulándolas y excusándolas siempre, sin divulgar jamás los defectos ajenos.

En fin, el agua que derramé sobre los pies de mis Apóstoles, era imagen del celo que consumía mi Corazón, en deseos de la salvación de los hombres.

En aquel momento, próxima ya la redención del género humano, mi Corazón no podía contener sus ardores y como era infinito el amor que sentía por los hombres, no quise dejarlos huérfanos.

Para vivir con ellos hasta la consumación de los siglos y demostrarles mi amor, quise ser su alimento, su sostén, su vida, su todo. . .

¡Ah! ¡Cómo quisiera hacer conocer los sentimientos de mi Corazón a todas las almas! ¡Cuánto deseo que se penetren del amor que sentía por ellas, cuando en el Cenáculo instituí la Eucaristía.

En aquel momento vi a todas las almas, que en el transcurso de los siglos habían de alimentarse de mi Cuerpo y de

mi Sangre, y los efectos divinos producidos en muchísimas...

¡En cuántas almas esa Sangre inmaculada engendraría la pureza y la virginidad! ¡En cuántas encendería la llama del amor y del celo! ¡Cuántos mártires de amor se agrupaban en aquella hora ante mis ojos y en mi Corazón...! ¡Cuántas otras almas, después de haber cometido muchos y graves pecados, debilitadas por la fuerza de la pasión, vendrían a Mi para renovar su vigor con el Pan de los fuertes...

¡Ah! ¡Quién podrá penetrar los sentimientos de mi Corazón en aquellos momentos! Sentimientos de amor, de gozo, de ternura... Mas... ¡cuánta fué también la amargura que embargó mi Corazón!

Continuaré, Josefa. Vete en paz. Consuélame y no temas; porque mi Sangre no se ha agotado y ella purifica tu alma... Adiós, besa el suelo... Volveré».

Volverá, pero no ha dicho cuando. Josefa acude fielmente cada día a esperarle, mas Jesús no viene... y sufre, en cambio, los más encarnizados ataques del enemigo que no le dejan tregua ni descanso.

* * *

La Eucaristía

Del 1 al 11 de Marzo de 1923

“La Eucaristía es invención del amor; y este amor, que se deshace y se consume por el bien de las almas, ¡no ha de ser comprendido!”

(2 de marzo de 1923)

El 2 DE MARZO, Primer Viernes de Mes, hacia las nueve de la mañana, Josefa se dirige al taller. Ha esperado al Señor largo rato, en la soledad de la celda, pero El no ha acudido.

Escribe con toda lealtad:

“Tenía mucho que coser y confieso, que, por una parte me alegraba de tener más tiempo, porque muchas veces me turba y me preocupa la idea de que no trabajo por la casa ni sirvo para nada, a causa de estas cosas” (1).

Siempre fué esta preocupación, la tentación de que más se sirvió el demonio para turbarla, explotando el temperamento activo y hasta la misma abnegación de Sor Josefa.

(1) Se refiere a las gracias extraordinarias que recibe del Señor.

“Al bajar la escalera de San Miguel, de repente vi a Jesús; se me puso delante y me preguntó:

—«¿A dónde vas, Josefa?»

“A la ropería, Señor, a planchar los uniformes”.

—«Pues ve a tu cuarto, porque quiero que escribas».

Una ligera sombra de contrariedad oscurece su alma; calla, sin embargo y toma el camino de su celda. Jesús ya está esperando. Su infinita sabiduría ha leído en el interior de Josefa lo que ella no se ha atrevido a expresar.

—«¿Quién te ha creado?» —le pregunta.

“Vos, Señor.

—«¿Quién te ha dado más pruebas de amor? ¿Quién, como Yo, te ha perdonado y está dispuesto a perdonarte todavía?».

Llena de confusión, no sabe cómo expresar su arrepentimiento.

—«Sí, humíllate, Josefa, besa el suelo, y no resistas más. Escribe, ahora, para mis almas. Quiero manifestarles la amargura de que estaba poseído mi Corazón durante la última Cena. Pues si era grande mi alegría de hacerme compañero de los hombres hasta el fin de los siglos y alimento divino de las almas, y veía cuántas me rendirían homenaje de adoración, de reparación y de amor... no fué menor la tristeza que me causó el ver cuántas habrían de abandonarme en el Sagrario y cuántas no creerían en la presencia real...»

¡En cuántos corazones manchados por el pecado tendría que entrar... y cómo mi Carne y mi Sangre, así profanadas, habían de convertirse en causa de condenación para muchas almas!...

¡Ah! ¡Cómo vi en aquel momento, todos los sacrilegios y ultrajes y las tremendas abominaciones que habían de cometerse contra Mí! ¡Cuántas horas había de pasar solo en el Sagrario! ¡Cuántas noches! ¡Cuántas almas rechazarían los llamamientos amorosos que, desde esa morada les dirigiría!...

Por amor a las almas, me quedo prisionero en la Eucaristía, para que en todas sus penas y aflicciones puedan venir a consolarse con el más tierno de los corazones, con el mejor de los padres, con el amigo más fiel. Mas ¡ese amor que se deshace y se consume por el bien de las almas, no ha de ser comprendido!...

Habito en medio de los pecadores para ser su salvación y su vida, su médico y su medicina en todas las enfermedades de su naturaleza corrompida, y ellos en cambio, se alejan de Mi, me ultrajan y me desprecian...

¡Pobres pecadores! No os alejéis de Mi... Os espero día y noche en el Sagrario... No os reprenderé vuestros crímenes... No os echaré en cara vuestros pecados... Lo que hará será lavaros con la Sangre de mis llagas; no temáis. Venid a Mi... ¡No sabéis cuánto os amo!

Y vosotras, almas queridas, ¿por qué estáis frías e indiferentes a mi amor? Sé que tenéis que atender a las necesidades de vuestra familia, de vuestra casa, y que el mundo os solicita sin cesar; pero ¿no tendréis un momento para venir a darme una prueba de amor y de agradecimiento? No os dejéis llevar de tantas preocupaciones inútiles y reservad un momento para venir a visitar al Prisionero de Amor.

Si vuestro cuerpo está débil y enfermo, ¿no procuráis hallar un momento para ir a buscar al médico que debe sanaros? Venid al que puede haceros recobrar las fuerzas y la salud del alma... Dad una limosna de amor a este mendigo divino que os espera, os llama y os desea.

Todo esto sentía en mi Corazón, en el momento de la Cena, Josefa; pero aun no te he dicho lo que sentía al pensar en mis almas escogidas... En mis esposas... mis sacerdotes... te lo diré otro día. Adiós, no olvides que mi Corazón te ama. Y tú ¿me amas?»

Más que por la protesta de amor que brota ardiente de sus labios, Josefa contestará a esta pregunta por su valiente fidelidad. La noche que sigue a esta entrevista, ha de ser de las más dolorosas. Sin embargo, a través de las blasfemias del demonio y por ellas mismas, ha comprendido que las tres almas preferidas del Corazón de Jesús están a punto de dejarse vencer por el amor que las solicita. Este rayo de luz fortifica su espíritu en medio de las densas tinieblas.

El día 3 DE MARZO, Primer Sábado, por la tarde, estando Sor Josefa en adoración ante el Santísimo Sacramento manifiesto, Jesús se le aparece, hecho un ascua de fuego su Corazón.

—«Josefa, déjame descansar en tí... Deja que mi Corazón comparta con el tuyo su alegría: las tres almas que os había confiado, ya han venido a Mi».

Luego, como si recordara a las que todavía permanecen alejadas:

—«¡Me pesa tanto la Cruz! Por eso vengo a descansar aquí, y a repartir entre mis almas una parte de su peso. Mi

Corazón busca víctimas que conquisten el mundo para el amor, y aquí las encuentro».

Con intensa alegría, se une Josefa a la de su Maestro. Le ofrece todos los deseos de sus Madres y Hermanas para consuelo de su Corazón y remedio de las almas. Y acordándose de la confianza de la víspera, pregunta al Señor si le comunicará lo que, en el Sacramento de Amor, espera de las almas consagradas.

—«Si —responde Jesús—; quiero que conozcáis, tú y las almas predilectas de mi amor, lo que de vosotras espero. Porque, si sus infidelidades me hieren vivamente, su amor me consuela y me roba hasta tal punto el Corazón, que me olvido por decirlo así, de las ofensas de otras muchas almas».

“Siguió Jesús hablando extensamente del mismo asunto, pero como estábamos en la Capilla y no podía escribir, le dije que no me iba a acordar para anotar todo, como El quiere.

—«No importa. Déjame hablar y desahogar contigo el Corazón... Esta noche es “nuestra”, vendré a descansar en tí» (1).

La noche se asemeja en todo a las precedentes: un verdadero martirio para la pobre Hermana, presa de tentaciones obsesionantes; a pesar de las cuales y de la repugnancia vivísima que le sugiere el demonio hacia todo lo bueno, no ha cesado en sus protestas de amor y de perfecta sumisión a la Voluntad Divina. El DOMINGO 4 DE MARZO al terminar el Via Crucis, Jesús acude en su socorro.

—«Ya estás perdonada, Josefa... —le dice, respondiendo a sus íntimos temores— y si me quieres consolar, esta es la ocasión. Aquí en la ciudad, habrá esta noche una reunión donde me ofenderán gravemente. Ofrecete como víctima para reparar los ultrajes que me injieren estas almas. ¡Dsgradas!... ¡Cuánto me ofenden!... Y... ¡cómo saldrán de allí!...»

Momentos después, Jesús la sigue a su celda, le da su Cruz y como otras veces, ora con ella:

—«Ya que estas almas ofenden a vuestra soberana Majestad y pisotean la sangre de vuestro Hijo, permitid ¡oh Padre mi! que os presente esta alma que se ofrece como víctima unida a mi Corazón, para sufrir y reparar. Aceptad ¡oh Padre de bondad! sus sufrimientos unidos a mis méritos».

Y dirigiéndose a Josefa:

(1) Jesús había pedido a Josefa especiales sufrimientos durante la noche, tres veces por semana.

—«*Deja que la amargura de mi Corazón inunde tu alma*».

Dicho esto desaparece, quedando ella bajo el peso de la Cruz.

“Hacia las diez de la noche —escribe Josefa— volvió otra vez y me dijo:

—«*Dame la Cruz; ya me habéis consolado*».

“Le di las gracias por el favor que nos hace de poderle aliviar un poco y le prometí que no le volvería a resistir jamás.

—«*Si; en el momento y hora en que te necesite ven a curarme las llagas que me hacen los pecadores... Vosotras me habéis dado de beber, Yo os daré parte en el reino de los cielos*».

Pasados unos días Jesús reanuda sus confidencias.

—*¿Me esperabas, Josefa?* —pregunta al encontrarla en la celda el 6 de MARZO, a las ocho de la mañana—. *Voy a hablarte del mayor misterio de amor hacia mis almas escogidas y consagradas. Empieza por besar el suelo.*

En el momento de instituir la Eucaristía vi presentes a todas las almas privilegiadas que habían de alimentarse con mi Cuerpo y con mi Sangre y los diferentes efectos producidos en ellas. Para unas sería remedio a su debilidad; para otras, fuego que consumiría sus miserias y las inflamaría en amor.

¡Ah!... esas almas reunidas ante Mi serán como un inmenso jardín, en el que cada planta produce diferente flor pero todas me recrean con su perfume. Mi sagrado Cuerpo será el sol que las reanime...

Me acercaré a una para consolarme, a otras para ocultarme, en otras descansaré. ¡Si supierais almas amadísimas cuán fácil es consolar, ocultar y descansar a todo un Dios!

Este Dios que os ama con amor infinito, después de libraros de la esclavitud del pecado, ha sembrado en vosotras la gracia incomparable de la vocación religiosa, os ha traído de un modo misterioso al jardín de sus delicias. Este Dios Redentor vuestro se ha hecho vuestro Esposo.

El mismo os alimenta con su Cuerpo purísimo, y con su Sangre apaga vuestra sed.

Si estáis enfermas, El es vuestro médico: venid, os dará la salud. Si tenéis frío, venid, os calentará. En El encontra-

réis el descanso y la felicidad. No os alejéis de El, que es la Vida, y cuando os pide consuelo, no se lo neguéis.

¡Qué amargura sentí en mi Corazón cuando vi a tantas almas que, después de haberlas colmado de bienes y de caricias, habían de ser motivo de tristeza para mi Corazón!

¿No soy siempre el mismo?... ¿Acaso he cambiado para vosotras?... No, yo no cambiaré jamás y hasta el fin de los siglos, os amaré con predilección y con ternura.

Sé que estáis llenas de miserias, pero esto no me hará apartar de vosotras mis miradas más tiernas, y con ansia os estoy esperando, no sólo para aliviar vuestras miserias, sino también para colmaros de nuevos beneficios.

Si os pido amor no me lo neguéis; es muy fácil amar al que es el Amor mismo.

Si os pido algo costoso a vuestra naturaleza, os doy juntamente la gracia y la fuerza necesaria para venceros.

Os he escogido para que seáis mi consuelo. Dejadme entrar en vuestra alma y si no encontráis en ella nada que sea digno de Mí decidme con humildad y confianza: Señor, ya veis los frutos y las flores que produce mi jardín, venid, decidme qué debo hacer para que desde hoy empiece a brotar la flor que deseáis.

Si el alma me dice esto con verdadero deseo de probarme su amor, le responderé: alma querida, para que tu jardín produzca hermosas flores deja que Yo mismo las cultive; deja que Yo labore la tierra; empezaré por arrancar hoy esta raíz que me estorba y que tus fuerzas no alcanzan a quitar. No te turbes, si te pido el sacrificio de tus gustos, de tu carácter... tal acto de caridad de paciencia, de abnegación... de celo, de mortificación, de obediencia. Ese es el abono que mejorará la tierra y la hará producir flores y frutos.

La victoria sobre tu carácter, en tal ocasión obtendrá luz para un pecador; con esta contrariedad soportada con alegría, cicatrizarás las heridas que me hizo con su pecado, repararás la ofensa y expiarás su falta... Si no te turbas al recibir esta advertencia y la aceptas con cierto gozo, alcanzarás que las almas a quienes ciega la soberbia, abran los ojos a la luz y pidan humildemente perdón.

Esto haré Yo en tu alma si me dejas trabajar libremente en ella; no sólo brotarán flores en seguida, sino que darás gran consuelo a mi Corazón... Voy buscando consuelo y quiero hallarlo en mis almas escogidas.

Señor, ya véis que estaba dispuesta a dejaros hacer de mi lo que quisiérais y no sé cómo he caído y os he disgustado ¿Me perdonaréis? ¡Soy tan miserable! No sirvo para nada...

Sí, alma querida, sirves para consolarme. No te desanimas, porque si no hubieses caído, tal vez no hubieras hecho este acto de humildad y de amor que la falta te obliga a hacer y que tanto me consuela. Animo y adelante. Déjame trabajar en ti.

Todo esto se me puso delante al instituir la Eucaristía. El amor me encendía en deseos de ser el alimento de las almas. No me quedaba entre los hombres para vivir solamente con los perfectos, sino para sostener a los débiles y alimentar a los pequeños. Yo los haré crecer y robusteceré sus almas. Descansaré en sus miserias y sus buenos deseos me consolarán.

Pero ¡ay Josefa! Entre las almas escogidas ¿no habrá algunas que me causen pena? ¿Perseverarán todas? Este es el grito de dolor que se escapa de mi Corazón... Este es el gemido que quiero que oigan las almas.

Basta, por hoy. Adiós. No sabes cuánto me consuelas cuando te entregas a Mí con entero abandono. No todos los días puedo hablar así a las almas. Deja que, para ellas, te diga mis secretos... Déjame aprovechar los días de tu vida...»

Al día siguiente, MIERCOLES 7 DE MARZO, el doloroso acento de Jesús se deja oír:

—«Besa humildemente el suelo» —dice a Josefa, según acostumbra.

Ella se prostra a sus pies y luego, enderezándose permanece de rodillas junto a la mesa, esperando que el Señor comience a hablar.

—«Escribe lo que sufrió mi Corazón en aquella hora cuando no pudiendo contener el fuego que me consume, inventé esta maravilla del amor: la Eucaristía.

Al contemplar entonces a todas las almas que habían de alimentarse de este Pan Divino, vi también las ingratitudes y frialdades de muchas de ellas, en particular de tantas almas escogidas... de tantas almas consagradas... de tantos sacerdotes... ¡Cuánto sufrió mi Corazón! Vi cómo se irían enfriando poco a poco, dando entrada primero a la rutina y al cansancio... después al hastío y finalmente a la tibieza!...

¡Y estoy en el Sagrario por ellas! ¡Y espero!... Deseo que esa alma venga a recibirme, que me hable con confianza

de esposa; que me cuente sus penas, sus tentaciones, sus enfermedades... que me pida consejo y solicite mis gracias, ya para ella, ya para otras almas... Quizá entre las personas de su familia o las que están a su cargo las hay que están en peligro... tal vez alejadas de Mí... Ven, le digo, dímelo todo con entera confianza... Pregúntame por los pecadores... Ofrecete para reparar... Prométeme que hoy no me dejarás solo... Mira si mi Corazón desea algo de ti que le pueda consolar...

Esto esperaba Yo de aquella alma ¡y de tantas! Mas, cuando se acerca a recibirme, apenas me dice una palabra, porque está distraída, cansada o contrariada. Su salud la tiene intranquila, sus ocupaciones la desazonan, la familia la preocupa, y entre los que conviven o tratan con ella, siempre hay alguien que la molesta».

“—No sé qué decir —confiesa ella misma— estoy fría... me aburro y paso el rato deseando salir de la capilla. ¡No se me ocurre nada!”

—«¡Ah! —le contesté— Y así vas a recibirme, alma a quien escogí y a quien he esperado con impaciencia toda la noche?

Sí, la esperaba para descansar en ella; le tenía preparado alivio para todas sus inquietudes; la aguardaba con nuevas gracias pero... como no me las pide... no me pide consejo ni fuerza... tan sólo se queja y apenas se dirige a Mí. Parece que ha venido por cumplimiento... porque es costumbre y porque no tiene pecado mortal que se lo impida. Pero no por amor, no por verdadero deseo de unirse íntimamente a Mí. ¡Qué lejos está esa alma de aquellas delicadezas de amor que Yo esperaba de ella!

¿Y aquel sacerdote?... ¿Cómo diré todo lo que esperaba mi Corazón de mis sacerdotes? Los he revestido de mi poder para absolver los pecados; obedezco a una palabra de sus labios y bajo del cielo a la tierra; estoy a su disposición y me dejo llevar de sus manos, ya para colocarme en el Sagrario, ya para darme a las almas en la comunión. Son por decirlo así, mis conductores.

He confiado a cada uno de ellos cierto número de almas para que con su predicación sus consejos y, sobre todo, su ejemplo, las guíen y las encaminen por el camino de la virtud y del bien. ¿Cómo responden a este llamamiento?

¿Cómo cumplen esta misión de amor?... Hoy, al celebrar el Santo Sacrificio, al recibirme en su corazón, ¿me confiará aquel sacerdote las almas que tiene a su cargo?... ¿Reparará las ofensas que sabe que recibo de tal pecador?... ¿Me pedirá fuerza para desempeñar su ministerio, celo para trabajar en la salvación de las almas?... ¿Sabrá sacrificarse hoy más que ayer?... ¿Recibiré el amor que de él espero?... ¿Podré descansar en él como en un discípulo amado?...

¡Ah! ¡Qué dolor tan agudo siente mi Corazón!... Los mundanos hieren mis manos y mis pies, manchan mi rostro... pero las almas escogidas, mis esposas, mis ministros desgarran y destrozan mi Corazón. ¡Cuántos sacerdotes que devuelven a muchas almas la vida de la gracia están ellos mismos en pecado! ¡Y cuántos celebran así... me reciben así... viven y mueren así...!

Este fué el más terrible dolor que sentí en la última Cena cuando vi, entre los doce, al primer apóstol infiel, representando a tantos otros que, en el transcurso de los siglos, habían de seguir su ejemplo.

La Eucaristía es invención del amor, es vida y fuerza de las almas, remedio para todas las enfermedades, viático para el paso del tiempo a la eternidad.

Los pecadores encuentran en ella la vida del alma; las almas tibias, el verdadero calor; las almas puras, suave y dulcísimo néctar; las fervorosas, su descanso y el remedio para calmar todas sus ansias; las perfectas, alas para elevarse a mayor perfección.

En fin, las almas religiosas hallan en ella su nido, su amor, y por último, la imagen de los benditos y sagrados votos que las unen íntima e inseparablemente al Esposo Divino.)

Sí, almas consagradas; vuestro voto de pobreza está perfectamente representado en esta hostia pequeña, redonda y fina, lisa y sin peso. Así el alma que ha hecho voto de pobreza, no debe tener ángulos, es decir, aficioncillas a cosas de su uso o de su empleo, ni a su familia ni a su pueblo natal; ha de estar siempre dispuesta a dejar... a cambiar... Nada de la tierra... el corazón libre sin apegos ocultos que lo aprisionen.

Esto no quiere decir que haya de ser insensible. El corazón más amante, puede mantener el voto de pobreza en toda su integridad. Lo esencial para el alma religiosa es que no posea nada sin la aprobación de los Superiores y que esté

siempre dispuesta a abandonarlo, a la primera señal de la voluntad de Dios. Continuaré otro día, Josefa».

A pesar de estas horas de intimidad con el Maestro, no se suaviza el áspero camino que recorre Josefa. En más de una ocasión teme haber cedido a las violentas tentaciones del enemigo, y el pensamiento de haber ofendido a Aquél a quien ama más que a su vida, la hace estremecer.

“He perdido una Comunión”, escribe pasada de pena.

El DOMINGO 11 DE MARZO, Jesús viene al fin a tranquilizarla.

—*«Toma mi corona y no tengas miedo —le dice—. La misericordia de Dios es infinita y no niega el perdón a los pecadores, mucho menos a una criatura tan pequeña y tan pobre como tú».*

Y aludiendo a aquella mañana en que no se había atrevido a comulgar:

—*«¡Si vieras, Josefa, cómo te esperaba y cuánto deseaba esconderme en tu corazón!».*

Ella no encuentra palabras para hacerle olvidar este disgusto.

—*«Repararás —le indica—, preparándote hoy, con ardientes deseos a recibirme mañana; y cada vez que me desees, mi Corazón se consolará. Además, que el espíritu de fe y una obediencia ciega te guíen siempre.» Pero basta: ya estás perdonada y mi Corazón lo olvida todo. Ahora sigue escribiendo para mis almas:*

—*Diles que encontrarán también en la Hostia, pequeña y blanca, la perfecta imagen del voto de castidad. Aquí se halla encubierta, bajo las especies de pan y vino, la presencia real de todo un Dios. Tras este velo estoy Yo con mi Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Así el alma consagrada por el voto de virginidad, debe cubrirse con un velo de modestia y sencillez, de modo que bajo apariencias humanas, se esconda la pureza que la asemeja a los ángeles. Y sabedlo, almas que formáis la corte del Cordero Inmaculado; la gloria que me dais es incomparablemente mayor a la que me dan estos espíritus angélicos. Pues no han conocido las miserias de la naturaleza humana y no han tenido que luchar ni vencer para ser siempre purísimos.*

Además os asemejáis a mi Madre, que siendo criatura mortal ha vivido en la más perfecta pureza... En medio de todas las miserias humanas y, sin embargo, inmaculada en todos los instantes de su vida. Ella sola me ha glorificado más

que todos los espíritus celestes y, atraído por esta pureza, un Dios tomó de Ella carne mortal, habitando en su criatura.

Más aún: el alma que vive consagrada a Mi por el voto de castidad, se asemeja también, en cuanto puede la criatura, a Mi que soy su Criador, y que habiendo tomado la naturaleza humana con sus miserias, he vivido sin la más ligera sombra de mancha.

Así el alma que hace voto de castidad es una hostia blanca y pura que rinde constante homenaje a la Majestad divina.

Almas religiosas, encontraréis también en la Eucaristía la imagen perfecta de vuestro voto de obediencia.

Pues en esta hostia está cubierta y anonadada la grandeza y el poder de todo un Dios. Allí me veréis como sin vida. Yo que soy la vida de las almas y el sostén del mundo. Allí, no soy dueño de ir ni de quedarme, de estar solo o acompañado: bajo esta Hostia, sabiduría, poder, libertad, todo está escondido. Estas especies de pan son las ataduras que me atan y el velo que me cubre. Así el voto de obediencia es para el alma religiosa la cadena que la ata, el velo que la encubre para que no tenga voluntad, ni sabiduría, ni gusto, ni libertad, más que según el beneplácito divino, manifestado por sus Superiores».

Acaba esta larga explicación, Jesús se detiene y Sor Josefa, comenta con sencillez:

“Esta mañana ha habido ceremonia de Primera Comunión y le he preguntado si se complace en estas almitas tan inocentes”.

Este recuerdo parece dilatar su Corazón.

—«Sí, en estas almas y en las de mis esposas vengo a refugiarme para olvidar las ofensas de los pecadores. Los niños son para mi Corazón como tiernos capullos en los que encuentro deleite y solaz. Y en mis esposas descanso porque, como las rosas, me defienden con sus espinas y me consuelan con su amor... Tú, florecilla delicada y frágil, dame tu amor... Prepárate a venir conmigo a Getsemaní. Yo te enseñaré a sufrir y te fortaleceré con el sudor de sangre que brotó de mi cuerpo por los pecados del mundo.

Hoy, alivia mis dolores, con el deseo de esconderme en tu corazón. Así repararás la comunión que has perdido.

Adiós, no te olvides de Mi... Amame como Yo te amo... Búscame como Yo te busco... ¿Ves como nunca te dejo?»

Getsemani

Del 12 al 15 de Marzo de 1923

"Quédate a mi lado en Getsemani y deja que mi Sangre riegue y fortifique la raíz de tu pequeñez".

(12 de marzo de 1923)

El 12 DE MARZO, antes de reanudar sus confidencias, el Maestro empieza por tranquilizar el ánimo de Josefa, pues la noche ha sido terrible y el demonio ha puesto en juego los más infames ardides para alejarla de la sagrada comunión.

—«No temas —le dice—, no es mayor que el mío el poder del demonio. Me gusta que me llames, y me consuelas tanto tus ansias de comulgar, que cada deseo de tu corazón es como si me recibieses por tantas y tantas almas que no me reciben.

Humíllate, besa el suelo... Y ahora, ven conmigo... vamos a Getsemani... Deja que tu alma se penetre de los mismos sentimientos de tristeza y de amargura que inundaron la mía en aquella hora.

Después de haber predicado a las turbas, curado a los enfermos, dado vista a los ciegos, resucitado a los muertos... después de haber vivido tres años en medio de mis Apóstoles para instruirlos y confiarles mi doctrina... les había enseñado, con mi ejemplo, a amarse, a soportarse mutuamente, a practicar la caridad, lavándoles los pies y haciéndome su alimento.

Se acercaba la hora para la que el Hijo de Dios se había hecho hombre... Redentor del género humano, iba a derramar su sangre y a dar su vida por el mundo...

En esa hora quise ponerme en oración y entregarme a la voluntad de mi Padre.

¡Almas queridas! Aprended de vuestro modelo que la única cosa necesaria, aunque la naturaleza se rebele, es someterse con humildad y entregarse con un acto supremo de la voluntad al cumplimiento de la Voluntad Divina, en cualquiera ocasión y circunstancia.

También quise enseñar a las almas que toda acción importante debe ir prevenida y vivificada por la oración, porque en la oración se fortifica el alma para lo más difícil y Dios se comunica a ella, y la aconseja e inspira, aun cuando el alma no lo siente.

Me retiré al huerto de Getsemani... a la soledad. Que el alma busque a Dios en la soledad, es decir, dentro de sí misma. Que para hallarle, imponga silencio a todos los movimientos de la naturaleza, en rebelión continua contra la gracia. Que haga callar los razonamientos del amor propio y de la sensualidad, los cuales sin cesar intentan ahogar las inspiraciones de la gracia, para impedir que el alma llegue a encontrar a Dios.

Me retiré al huerto con tres de mis discípulos para enseñaros, almas amadas de mi Corazón, que las tres potencias de vuestra alma deben acompañaros y ayudaros en la oración.

Recordad con la memoria los beneficios divinos, las perfecciones de Dios: su bondad, su poder, su misericordia, el amor que os tiene. Buscad después con el entendimiento cómo podréis corresponder a las maravillas que ha hecho por vosotras... Dejad que se mueva vuestra voluntad a hacer por Dios lo más y lo mejor, a consagraros a la salvación de las almas, ya por medio de vuestros trabajos apostólicos, ya por vuestra vida humilde y oculta, o en el retiro y silencio por medio de la oración. Postraos humildemente, como criaturas en presencia de su Creador y adorad sus designios sobre vosotras, sean cuales fueren, sometiendo vuestra voluntad a la divina.

Así me ofrecí Yo para realizar la obra de la redención del mundo.

¡Ah!, ¡qué momento aquel en que sentí venir sobre Mi todos los tormentos que había de sufrir en mi Pasión: las calumnias, los insultos, los azotes, la corona de espinas, la sed, la Cruz!... ¡Todo se agolpó ante mis ojos y dentro de mi Corazón! Al mismo tiempo vi las ofensas, los pecados y las abominaciones que se cometerían en el transcurso de los siglos; y no solamente los vi, sino que me sentí revestido de todos esos horrores y así me presenté a mi Padre Celestial para implorar misericordia. Entonces sentí pesar sobre Mi la cólera de un Dios ofendido y airado. Y Yo mismo, que era su Hijo, me ofrecí como fiador para calmar su cólera y aplacar su justicia.

Pero viendo tanto pecado y tantos crímenes, mi naturaleza humana experimentó terrible angustia y mortal agonía, hasta tal punto, que sudé sangre.

¡Oh! ¡Almas que me hacéis sufrir de esta manera! ¿Será

esta sangre salud y vida para vosotras? . . . ¿Os vais a perder? ¿Será posible que esta angustia, esta agonía y esta sangre sean inútiles para tantas y tantas almas? . . .

Aquí nos quedaremos hoy, Josefa, permanece a mi lado en Getsemani y deja que mi Sangre riegue y fortifique la raíz de tu pequeñez».

¿Cómo le sería posible a Sor Josefa, después de semejantes efusiones del Corazón de su Dios ponerse a tono con los mil detalles de la vida común? Sólo por la virtud de una gracia singular podía mantenerse asidua al trabajo, de la mañana a la noche, llevando constantemente sobre sí el peso de las confidencias divinas.

En la noche del 12 AL 13 DE MARZO, Jesús vuelve con la Cruz. Y recordándole su indignidad, le entrega aquel tesoro.

«Descanso en tu pequeñez —le dice—, pero también en este grupo de esposas mías pues, sin que ellas lo adviertan, les confío almas alejadas de Mí para que vuelvan a mis brazos y se salven. . . Quédate con la Cruz y mañana te diré nuevos secretos».

A la mañana siguiente, aparece, en efecto, empezando, como siempre, con la lección de humildad.

—«Besa el suelo; no son tus méritos los que me atraen sino el amor que tengo a las almas.

Sí. . . aquí vengo para manifestarte los sentimientos de mi Corazón; pero también para descansar entre vosotras. ¡Ah! ¡Qué gozo me proporcionan las almas que reciben con alegría mi visita! A veces las visito para consolarlas; otras para que me consuelen. Pero no siempre conocen que soy Yo, sobre todo cuando tienen que sufrir. . .

Vamos a continuar nuestra oración en Getsemani. Colócate a mi lado, y cuando me veas sumergido en un mar de tristeza, ven conmigo a buscar a los tres discípulos que se han quedado a cierta distancia.

Los había traído para que me ayudasen, compartiendo mi angustia. . . para que hiciesen oración conmigo. . . para descansar en ellos. . . pero ¿cómo expresar lo que experimentó mi Corazón cuando fui a buscarlos y los encontré dormidos? . . . ¡Cuán triste es verse solo sin poder confiarse a los suyos! . . .

¡Cuántas veces sufre mi Corazón la misma angustia. . . y queriendo hallar alivio en mis almas, las encuentro dormidas! . . .

Más de una vez, cuando quiero despertarlas y sacarlas de sí mismas, de sus vanos e inútiles entretenimientos, me

contestan, si no con palabras, con obras: "Ahora no puedo, estoy demasiado cansada, tengo mucho que hacer... Esto perjudica mi salud, necesito un poco de paz.

Insisto y digo suavísimamente a esa alma: "No temas; si dejas por Mí ese descanso, Yo te recompensaré. Ven a orar conmigo tan sólo una hora. Mira que en este momento es cuando te necesito. ¡Si te detienes ya será tarde!... Y ¡cuántas veces oigo la misma respuesta! ¡Pobre alma! ¡No has podido velar una hora conmigo!

Almas queridas, quise enseñaros aquí cuán inútil y vano es buscar alivio en las criaturas. ¡Cuántas veces están dormidas y en vez de hallar el descanso que buscáis, se llena vuestro corazón de amargura porque no corresponden a vuestros deseos ni a vuestro cariño!

Volviendo en seguida a la oración, me prosterné de nuevo, adoré al Padre y le pedí ayuda, diciéndole: Padre mío, no dije: Dios mío. Cuando vuestro corazón sufre más, debéis decir: "Padre mío". Pedidle alivio, exponedle vuestros sufrimientos, vuestros temores y, con gemidos, recordadle que sois sus hijas; que vuestro corazón se ve tan oprimido, que parece a punto de perder la vida... que vuestro cuerpo sufre tanto que ya no tiene fuerza para más... Pedid con confianza de hijas y esperad que vuestro Padre os aliviará y os dará la fuerza necesaria para pasar esta tribulación vuestra o de las almas que os están confiadas.

Mi alma triste y desamparada padecía angustias de muerte... Me sentí agobiado por el peso de las más negras ingratitudes.

La sangre que brotaba de todos los poros de mi cuerpo, y que dentro de poco saldría de todas mis heridas, sería inútil para gran número de almas. Muchas se perderían... muchísimas me ofenderían y otras no me conocerían siquiera!...

Derramaría mi Sangre por todas y mis méritos serían aplicados a cada una de ellas... ¡Sangre divina!... ¡Méritos infinitos!... Y sin embargo, inútiles para tantas y tantas almas!...

Si; por todas derramaría mi Sangre y a todas amaría con gran amor. Mas para muchas este amor sería más delicado, más tierno, más ardiente... De estas almas escogidas esperaba más consuelo y más amor; más generosidad, más abnegación... Esperaba, en fin, más delicada correspondencia a mis bondades. Y sin embargo... ¡ah! en aquel momento, vi cuán-

tas me habian de volver la espalda. Unas no serían fieles en escuchar mi voz... Otras, la escucharían pero sin seguirla; otras, responderían al principio con cierta generosidad, mas luego, poco a poco, caerían en el sueño de la tibieza. Sus obras me dirían: ya he trabajado bastante; he sido escrupulosamente fiel hasta en los menores detalles; he mortificado mi naturaleza y he llevado una vida de abnegación... Bien puedo permitirme ahora un poco más de libertad. Ya no soy una niña... ya no hace falta tanta vigilancia ni tanta privación... Me puedo dispensar de lo que me molesta...

¡Pobre alma! ¡Empiezas a dormir? Dentro de poco vendré y no me oirás porque estarás dormida. Desearé concederte una gracia y no podrás recibirla... Y ¿quién sabe si después tendrás fuerzas para despertar? Mira que si vas perdiendo alimento se debilitará tu alma y no podrá salir de este letargo...

Almas queridas: pensad que a muchas las ha sorprendido la muerte en medio de un profundo sueño. Y ¿dónde y cómo se han despertado?

Estas cosas se agolpaban ante mis ojos y en mi Corazón en aquellos instantes. ¿Qué haría?... ¿Retroceder?... ¿Pedir al Padre que me librara de esta angustia, viendo, para tantos, la inutilidad de mi sacrificio? No; me sometí de nuevo a su Voluntad Santísima y acepté el cáliz para apurarlo hasta las heces. Todo para enseñaros, almas queridas, a no volver atrás a la vista de los sufrimientos y a no creerlos inútiles aun cuando no veáis el resultado. Someted vuestro juicio y dejad que la Voluntad Divina se cumpla en vosotras.

Yo no retrocedí, antes al contrario, sabiendo que era en el huerto donde habian de prenderme, permanecí allí..., no quise huir de mis enemigos...

Lo dejaremos para mañana... Hoy quédate a mi disposición para que te encuentre despierta si te necesito».

Ha transcurrido una hora. Josefa, siempre de rodillas, ha estado escribiendo sin descanso. El Maestro, mirándola amorosamente, le dice:

—«Besa mis pies y queda en paz. Estoy siempre a tu lado, aunque tú no lo sientas».

Desaparece, pero por poco tiempo. El MIERCOLES 14 DE MARZO, prosigue sin preámbulo:

—«Después que fui confortado por el enviado de mi Padre, vi que Judas, uno de mis doce apóstoles, se acercaba a Mi, y tras él venían todos los que me habian de prender...

Llevaban en las manos cuerdas, palos, piedras y toda clase de instrumentos para sujetarme...

Me levanté y acercándome a ellos, les dije: ¿A quién buscáis? Entre tanto, Judas, poniendo las manos sobre mis hombros, me besó... ¡Ah! ¿qué haces Judas?... ¿Qué significa este beso?...

¡También puedo decir a muchas almas: ¿Qué hacéis?... ¿Por qué me entregáis con un beso?... ¡Alma a quien amol... Dime, tú que vienes a Mí, que me recibes en tu pecho... que me dirás más de una vez que me amas... ¿no me entregarás a mis enemigos cuando salgas de aquí?... Ya sabes que en esa reunión que frecuentas hay piedras que me hieren fuertemente, es decir, conversaciones que me ofenden... ¡y tú que me has recibido hoy y que me vas a recibir mañana, pierdes ahí la blancura preciosa de mi gracia!... A otra le diré:

—¿Seguirás con ese asunto que te ensucia las manos?... ¿No sabes que no es lícito el modo como adquieres ese dinero, alcanzas esa posición, te procuras ese bienestar?...

Mira, que obras como Judas; ahora me recibes y me besas dentro de unos instantes o de unas horas, me prenderán los enemigos y tú misma les darás la señal para que me conozcan... Tú también, alma cristiana, me haces traición con esa amistad peligrosa. No sólo me atas y me apedreas, sino que eres causa de que tal persona me ate y me apedree también.

¿Por qué me entregas así, alma que me conoces y que en más de una ocasión te has gloriado de ser piadosa y de ejercer la caridad?... Cosas todas que, en verdad, podrían hacerte adquirir grandes méritos; mas... ¿qué vienen a ser para tí sino un velo que cubre tu delito?

Amigo ¿a qué has venido? ¡Judas! ¿con un beso entregas al Hijo de Dios?... ¿a tu Maestro y Señor?... ¿Al que te ama y está dispuesto todavía a perdonarte?... Tú, uno de los doce... uno de los que se han sentado a mi mesa y a quien Yo mismo he lavado los pies... ¡Ah! ¡Cuántas veces he de repetir estas palabras a las almas más amadas de mi Corazón!

¡Alma querida! ¿por qué te dejas llevar de esa pasión?... ¿por qué no resistes?... No te pido que te libres de ella, pues eso no está en tu mano, pero sí pido que trabajes, que luches, que no te dejes dominar. Mira que el placer momentáneo que te proporciona es como los treinta dineros en que me vendió Judas, los cuales no le sirvieron sino para su perdición.

¡Cuántas almas me han vendido y me venderán por el vil precio de un deleite, de un placer momentáneo y pasajero! ¡Ah, pobres almas! ¿A quién buscáis?... ¿Es a Mí?... ¿Es a Jesús a quien conocéis, a quien habéis amado y con quien habéis hecho alianza eterna?...

Dejad que os diga una palabra: velad y orad. Luchad sin descanso y no dejéis que vuestras malas inclinaciones y defectos lleguen a ser habituales...

Mirad que hay que segar la hierba todos los años y quizá en las cuatro estaciones; que la tierra hay que labrarla y limpiarla, hay que mejorarla y cuidar de arrancar las malezas que en ella brotan.

El alma también hay que cuidarla con mucho esmero, y las tendencias torcidas hay que enderezarlas.

No creáis que el alma que me vende y se entrega a los mayores desórdenes empezó por una falta grave. Esto puede suceder, pero no es lo corriente. En general, las grandes caídas empezaron por poca cosa; un gustillo, una debilidad, un consentimiento quizá lícito, pero poco mortificado, un placer no prohibido pero poco conveniente... El alma se va cegando, disminuye la gracia, se robustece la pasión y por último vence.

¡Ah, cuán triste es para el Corazón de un Dios que ama infinitamente a las almas, ver a tantas que se precipitan insensiblemente en el abismo!...

Aquí nos quedaremos por hoy, Josefa; no olvides que no son tus méritos los que me atraen, sino tu miseria y la compasión que tengo de tí».

Por la noche, la voz del Señor despierta a Josefa. La lleva, como suele, su Cruz, y no le dice más que estas palabras:

—«Toma mi Cruz y no tengas miedo; nunca será mayor que tus fuerzas, porque está medida y pesada en la balanza del amor. ¡Ahl ¡Cuánto te amo! y ¡cuánto amo a las almas! Por su bien me sirvo de tí, pues aunque eres tan pequeña y vales tan poco, uniéndote a mis méritos y a mi Corazón, puedo utilizar tu pequeñez. Te dejo la Cruz. Sufre por las almas y por mi amor».

Y el sufrimiento se prolonga hasta el alba del nuevo día.

EL JUEVES 15 DE MARZO, apenas llega Josefa a la celda, aparece Jesús. Como siempre, empieza por decirle:

—«Besa el suelo y humíllate».

Luego prosigue:

—«*Josefa: te he dicho ya cómo las almas que pecan gravemente me entregan a mis enemigos y el arma con que me hieren es el pecado. . .*

Pero no siempre se trata de grandes pecados; hay almas, y aun almas escogidas, que me traicionan y me entregan con sus defectos habituales, con sus malas inclinaciones no combatidas, con concesiones a la naturaleza inmortificada, con faltas de caridad, de obediencia, de silencio. . . Y si es triste escribir una ofensa o una ingratitud de cualquier alma, mucho más cuando viene de almas escogidas, las más amadas de mi Corazón. Si el beso de Judas me causó tanto dolor, fué precisamente porque era uno de los doce y que de él, como de los otros, esperaba más amor, más consuelo, más delicadeza.

Si, almas que he escogido para que seáis mi descanso y el jardín de mis delicias; espero de vosotras mucha mayor ternura, mucha más delicadeza, mucho más amor que de otras que no me están tan íntimamente unidas.

De vosotras espero que seáis el bálsamo que cicatrice mis heridas, que limpiéis mi rostro, afeado y manchado. . ., que me ayudéis a dar luz a tantas almas ciegas, que en la oscuridad de la noche me prenden y me atan para darme muerte.

No me dejéis solo. . . Despertad y venid. . . porque ya llegan mis enemigos.

Cuando se acercaron a Mi los soldados para prenderme, les dije: "Yo soy".

Lo mismo repito al alma que se acerca al peligro y a la tentación: Yo soy; Yo soy. ¿vienes a prenderme y a entregarme? No importa; ven. . . Soy tu Padre y si tú quieres estás a tiempo todavía; te perdonaré y en vez de atarme tú con las cuerdas del pecado, Yo te ataré a ti con ligaduras de amor.

Ven, Yo soy. . . Soy el que te ama y ha derramado toda su Sangre por ti. . . El que tiene tal compasión de tu debilidad, que está esperándote con ansia para estrecharte en sus brazos.

Ven, alma de esposa. . . alma de sacerdote. . . Soy la misericordia infinita; no temas. . . No te rechazaré ni te castigaré. . . te abriré mi Corazón y te amaré con mayor ternura que antes. Con la sangre de mis heridas lavaré las manchas de tus pecados, tu hermosura será la admiración de los ángeles y dentro de tí descansará mi Corazón.

¡Que triste es para Mi, cuando, después de haber llamado

con tanto amor a las almas, ellas, ingratas y ciegas, me atan y me llevan a la muerte!

Luego que Judas me dió el beso traidor, salió del huerto y, comprendiendo la magnitud de su delito, se desesperó.

¡Ah, qué inmenso, qué profundo dolor sentí al ver al que había sido mi apóstol, caminar a su perdición eterna!

Mas... había llegado mi hora... y dando libertad a los soldados, me entregué con la docilidad de un cordero.

En seguida me condujeron a casa de Caifás, donde me recibieron con burlas e insultos y donde uno de los criados me dió la primera bofetada...

¡Ah, Josefal... ¡Entiende estol... ¡La primera bofetada!... ¡Me hizo sufrir más que los azotes de la flagelación?... No; pero en esta primera bofetada vi el primer pecado mortal de tantas almas, que después de vivir en gracia, cometerían ese primer pecado... y tras él... ¡cuántos otros!... siendo causa con su ejemplo de que otras almas los cometieron también... y teniendo tal vez la misma desgracia: ¡morir en pecadol...

Mañana seguiremos... Pasa hoy el día reparando y pidiendo que muchas almas conozcan a dónde las conduce el camino que llevan... »

Esta fiesta de las Cinco Llagas termina con el favor inestimable concedido a Josefa por la Santísima Virgen, regalándole tres gotas de la preciosísima Sangre de su Divino Hijo. El hecho maravilloso queda ya relatado en otro lugar. La Virgen, al despedirse de Josefa, que insinuaba algunas preguntas, le promete volver pronto:

—«Volveré, le dice, y entonces me dirás cuanto quieras».

* * *

Abandonado de los Suyos

16 De Marzo de 1923

“Quiero hacer un llamamiento de dolor a mis apóstoles y a mis almas escogidas”.

(16 de marzo de 1923)

Antes que la de la Madre, recibe Josefa la visita del Hijo, y le da las gracias por el favor recibido la víspera.

—«Si tú eres fiel en amarme, ¿no seré Yo fiel en consolarte? Aun voy a darte otra prueba de amor. Te di ayer unas

gotas de sangre de mi Corazón; hoy te haré sentir el dolor de mis clavos, y te daré la Cruz para que pases el día en ella y así sea Yo consolado con tu amor. Yo te sostendré porque te amo. Ya ves cómo continuamente te doy pruebas de ello; y te las seguiré dando hasta el día en que te lleve conmigo al cielo.

Ahora escribe para las almas: — ¡Mis apóstoles me habían abandonado! . . . Pedro, movido de curiosidad, pero lleno de temor, se quedó oculto entre la servidumbre. A mi alrededor sólo había acusadores que buscaban cómo acumular contra Mí delitos que pudieran encender más la cólera de jueces tan inicuos. Los que tantas veces habían alabado mis milagros se convierten en acusadores. Me llaman perturbador, profanador del sábado, falso profeta. La soldadesca, excitada por las calumnias, profiere contra Mí gritos y amenazas. Aquí quiero hacer un llamamiento de dolor a mis apóstoles y a mis almas escogidas.

¿Dónde estáis vosotros, apóstoles y discípulos que habéis sido testigos de mi vida, de mi doctrina, de mis milagros? . . . ¡Ah!, de todos aquellos de quienes esperaba alguna prueba de amor, no queda ninguno para defenderme: me encuentro solo y rodeado de soldados, que como lobos quieren devorarme.

Mirad cómo me maltratan; uno descarga sobre mi rostro una bofetada, otro me arroja su inmundada saliva; otro me tuerce el rostro en son de burla.

Mientras mi Corazón se ofrece a sufrir todos éstos suplicios. Pedro, a quien había constituido jefe y cabeza de la Iglesia, y que algunas horas antes había prometido seguirme hasta la muerte. . . a una simple pregunta, que podría haberle servido para dar testimonio de Mí, ¡me niega! . . . Y como el temor se apodera más y más de él y la pregunta se reitera, jura que jamás me ha conocido ni ha sido mi discípulo. . .

¡Ah, Pedro! ¡Juras que no conoces a tu Maestro! . . . No sólo juras sino que interrogado por tercera vez, respondes con horribles imprecaciones.

Almas escogidas, no sabéis cuán doloroso es para mi Corazón, que se abraza y se consume de amor, verse abandonado de los suyos. Cuando el mundo clama contra Mí, cuando son tantos los que me desprecian, me maltratan buscan medios de darme muerte, ¡qué tristeza, qué inmensa amargura para mi Corazón si, volviéndose entonces a los amigos, se encuentra solo y abandonado de ellos!

Os diré como a Pedro: ¡Alma a quien tanto amo! ¡No te acuerdas ya de las pruebas de amor que te he dado! ¿Te olvi-

das de los lazos que te unen a Mi? ¿Olvidas cuántas veces me has prometido ser fiel y defenderme? . . . Si eres débil, si temes que te arrastre el respeto humano, ven y pídemela fuerza para vencer. No confíes en tí misma, porque entonces estarás perdida. Pero si recurres a Mi con humildad y firme confianza, no tengas miedo: Yo te sostendré.

Y vosotras, almas que vivís en el mundo, rodeadas de tantos peligros, huid de las ocasiones. Pedro no hubiera caído si hubiera resistido con valor sin dejarse llevar de una vana curiosidad.

En cuanto a las que trabajáis en mi viña. . . si os sentís movidas por curiosidad o por alguna satisfacción humana también os diré que huyáis; pero si trabajáis puramente por obediencia e impulsadas del celo y de las almas y de mi gloria, no temáis. . . Yo os defenderé y saldréis victoriosas. . .

Cuando los soldados me conducían a la prisión, al pasar por uno de los patios vi a Pedro, que estaba entre la turba. . . Le miré. . . El también mi miró. . . Y lloró amargamente su pecado.

¿Cuántas veces miro así al alma que ha pecado! . . . Pero, ¿me mira ella también? ¡Ah! . . . que no siempre se encuentran estas dos miradas. . . ¿Cuántas veces miro al alma y ella no me mira a Mil. . . No me ve. . . Está ciega. La toco con suavidad y no me oye. La llamo por su nombre y no me responde. . . Le envío una tribulación para que salga de su sueño pero no quiere despertar. . .

¡Almas queridas!, si no miráis al cielo, viviréis como los seres privados de razón. . . Levantad la cabeza y ved la patria que os espera. . . Buscad a vuestro Dios y siempre le encontraréis con los ojos fijos en vosotras, y en su mirada hallaréis la paz y la vida.

Dejemos esto, por hoy, Josefa. Mañana, continuaremos. Te dejo la Cruz. Tú, consuélame».

Han pasado tres semanas desde que el Señor empezó a revelar a Josefa los secretos de su Pasión.

La asocia con tal fuerza a sus sentimientos, que su vida está como empapada en ellos sin que nada pueda distraerla. Va, viene, trabaja, reza, pero en su alma permanece, constante y vivo, el recuerdo de los padecimientos que la voz del Señor graba con fuerza en ella, cada mañana.

Tras los días de unión en el pensar y en el sentir, vienen las noches de expiación que la asocian de una manera real, a la Pasión del Maestro: porque quiere El enseñarle el carácter de su doble misión: transmitir un Mensaje a las almas y cooperar efectivamente a su salvación. Víctima y

Apóstol ¿no es éste el sentido profundo de su vocación, como Religiosa del Sagrado Corazón de Jesús?

El mismo día 16 DE MARZO la Santísima Virgen, cumpliendo su promesa, se presenta a Josefa diciéndole con acento de especial condescendencia:

—«*Me querías preguntar algo, ayer; ¿qué deseas?»*

Josefa querría saber alguna oración que fuese muy del agrado del Corazón de Jesús.

—«*Te la voy a enseñar —contesta la dulcísima Madre— Sube a tu celda y la escribirás».*

Allí se dirige Josefa, y la Señora la sigue.

—«*Lo que más agrada a mi Hijo es el amor y la humildad. Escribe, hija, esta oración. ¡Oh, dulcísimo y amadísimo Jesús mío! Si no fueseis mi Salvador no me atrevería a venir a Vos. Pero bien sé que sois mi Jesús, mi Salvador y mi Esposo, y tenéis un Corazón que me ama con el amor mas tierno y más ardiente cual ningún otro corazón es capaz de amarme.*

¡Ah, dulce Jesús mío! Yo deseo corresponder a ese amor que me tenéis y quisiera tener para con Vos, que sois mi único amor, todo el ardor de los serafines, toda la pureza de los Angeles y de las vírgenes y toda la santidad de los santos que os poseen y glorifican en el Cielo. Si tuviera todo esto, aún no sería bastante para alabar vuestra bondad y vuestra misericordia.

Mas, como no lo tengo, os presento mi pobre corazón, tal como es, con todas sus enfermedades, con todas sus miserias, y con todos sus buenos deseos. Vos lo purificaréis con la sangre de vuestro Corazón, lo transformaréis y lo abrasaréis en amor puro y ardiente, y así resultará que una pobre criatura como yo, incapaz de todo lo bueno y capaz de todo lo malo, os amaré y os glorificaré tanto como los más encendidos serafines.

En fin, dulcísimo Jesús, mío, yo os pido que comuniquéis a mi alma la santidad de vuestro mismo Corazón o sea que la abisméis en vuestro Corazón Divino, y que en El os ame, os sirva, os glorifique y se pierda durante toda la eternidad.

Os pido esta misma gracia para todas las personas que quiero, y deseo que ellas os den la gloria y el honor que yo os he quitado cuando os he ofendido».

Enardecida Josefa con la bondad de su Santísima Madre, le pidió una oración más corta, que pudiese aprender de memoria y repetirla con frecuencia:

—«Dile estas palabras que le agradarán: ¡Oh, Esposo mío, que también sois mi Dios, haced que mi corazón sea una brasa de puro amor por Vos!»

“Entonces —prosigue la Hermana—, le rogué me enseñase alguna manera de purificar cada día nuestras acciones y así disminuir nuestro purgatorio lo más posible. La Santísima Virgen me dijo: “Cada noche antes de entregaros al descanso diréis con gran confianza y al mismo tiempo con gran respeto, estas palabras:

—«Oh, Jesús, Vos conociais mi miseria antes de fijar en mi vuestros ojos, y ella, lejos de hacéroslos apartar, ha hecho que me amaseis con tanta ternura y delicadeza. Os pido perdón de lo mal que he correspondido hoy a vuestro amor, y os suplico me perdonéis y purifiquéis mis acciones en vuestra Sangre Divina.

Me pesa de haberos ofendido porque sois infinitamente santo. Me arrepiento con toda mi alma y prometo hacer cuanto me sea posible para no caer más en las mismas faltas.

Después, hija mía, os entregaréis al descanso con toda paz y tranquilidad».

Día vendrá en que el Señor querrá corresponder a la delicadeza de su Madre. Será el 26 DE AGOSTO de este año 1923.

—«Josefa —le dirá— ¿es verdad que deseas una oración que agrade mucho a mi Madre?. . . Escríbela».

“Entonces con indecible ardor y entusiasmo, dijo estas palabras:

—«¡Oh Madre tierna y amantel ¡Virgen Purísima! ¡Madre de mi Redentor! Vengo a saludaros con el más filial amor de que es capaz el corazón de una hija.

Sí, Madre mía, soy hija vuestra, y como mi impotencia es grande, muy grande, me apropiaré los ardores del Corazón de vuestro Hijo Jesús y con El os saludaré como a la más pura de las criaturas, formada según los deseos del Dios tres veces Santo.

Concebida sin mancha de pecado original, exenta de toda corrupción siempre fiel a todos los movimientos de la gracia, vuestra alma atesoró esos méritos que os han levantado sobre todas las criaturas.

Escogida para Madre de Jesucristo, le habéis guardado

como en un santuario purísimo, y el que venía a dar vida a las almas, la ha tomado de Vos, y ha recibido de Vos su sustento.

¡Oh, Virgen incomparable! ¡Virgen Inmaculada! ¡Delicias de la Trinidad Beatísima! ¡Admirada de los ángeles y de los santos! ¡Sois la alegría de los cielos! Estrella de la mañana, rosal florido de la primavera, azucena blanquísima, lirio esbelto y gracioso, violeta perfumada, jardín cerrado y cultivado para delicia del Rey de los Cielos.

Sois mi Madre ¡Virgen Prudentísima, arca preciosa donde se encierran todas las virtudes! Sois mi Madre ¡Virgen poderosísima, Virgen clemente, Virgen fiel! Sois mi Madre ¡refugio de pecadores! Os saludo y me regocijo al ver que el Todopoderoso os ha otorgado tales dones y os ha enriquecido con tantas prerrogativas.

Bendita y alabada seáis ¡Madre de mi Redentor! ¡Madre de los pobres pecadores! Tened piedad de nosotros y protegédnos con vuestra maternal solicitud.

Yo os saludo en nombre de todos los hombres, de todos los santos y de todos los ángeles.

Deseo amaros con el amor y los ardores de los más encendidos serafines, y como aun esto es muy poco para saciar mis deseos, os saludo y os amo con vuestro Divino Hijo que es mi Redentor, mi Salvador, mi Padre y mi Esposo.

Os saludo con la santidad de la adorable Trinidad y con la pureza del Espíritu Santo, vuestro Esposo. Me regocijo y os bendigo con estas Divinas Personas y deseo tributaros eternamente un homenaje filial y puro.

¡Virgen incomparable! Bendecidme, ya que soy vuestra hija.

Benedicid a todos los hombres, protegédlos y rogad por ellos al que es Todopoderoso y nada os puede negar.

Adiós, ¡tierna y querida Madre! Os saludo día y noche, en el tiempo y en la eternidad.

Ahora, Josefa, alaba a la Madre con las palabras del Hijo y al Hijo con las palabras de la Madre».

“Nunca —comenta Sor Josefa— había visto a Jesús con el Corazón tan encendido y con tanto entusiasmo en el tono de su voz”.

*De Tribunal en Tribunal**Del 17 al 21 de Marzo de 1923**“Contemplad mis heridas y ved si hay quien haya sufrido tanto para probaros su amor”.*

(21 de marzo de 1923)

“Hoy hace 22 años —escribe Josefa el SABADO 17 DE MARZO DE 1923— que Jesús me hizo oír su voz por primera vez, mientras me preparaba a la Primera Comunión. Cuando yo se lo estaba recordando, después de comulgar, de repente vino el Señor ¡tan hermoso! Parecía su túnica de oro y su Corazón estaba tan encendido que no se puede explicar.

—«Josefa, aquel día te dije: Quiero que seas toda mía. Ahora, te puedo decir: Ya eres toda mía. Entonces te preparaba para traerte a mi Corazón. Ahora ya estás aprisionada en El, Ven entra. . . y descansa, puesto que es tu morada».

“Estaba como en el cielo —escribe— ¡yo no creía que vivía!”

Momentos de inefable consuelo que pasan pronto, pero dejan en su alma raudales de fuerza y de dulzura. Josefa sabe ya por experiencia que son un remanso entre dos jornadas ásperas de recorrer. . . Tal es el plan divino.

Unas horas más tarde viene Jesús a buscarla, a su puesto de trabajo, para hacerla “entrar más adentro en la espesura” de sus profundos dolores.

—«Contéplame en la prisión donde pasé gran parte de la noche. Los soldados venían a insultarme de palabra y de obra burlándose, empujándome, golpeándome. . . Al fin, hartos de Mí, me dejaron solo, atado, en una habitación oscura y húmeda, sin más asiento que una piedra, donde mi cuerpo dolorido se quedó al poco rato, aterido de frío.

Vamos ahora a comparar la prisión con el Sagrario y, sobre todo, con los corazones de los que me reciben.

En la prisión pasé una noche no entera. . . pero en el Sagrario ¡cuántas noches y días pasé! . . .

En la prisión me ultrajaron y maltrataron los soldados que eran mis enemigos. . . Pero en el Sagrario me maltratan y me insultan almas que me llaman Padre. . . y que no se portan como hijos! . . . En la prisión pasé frío y sueño, hambre y sed, vergüenza, dolores, soledad y desamparo. . . y desde allí veía, en el

transcurso de los siglos, tantos sagrarios en los que me faltaría el abrigo del amor. . . ¡Cuántos corazones helados serían para mi cuerpo, frío y herido, como la piedra de la prisión! . . . ¡Cuántas veces tendría sed de amor, sed de almas! . . .

¡Cuántos días espero que tal alma venga a visitarme en el Sagrario y a recibirme en su corazón! ¡Cuántas noches me paso solo y pensando en ella! Pero se deja absorber por sus ocupaciones, o dominar por la pereza, o por el temor de perjudicar su salud, y no viene.

¡Alma querida! . . . Yo esperaba que apagarías mi sed y que consolarías mi tristeza ¡y no has venido!

¡Qué de veces siento hambre de mis almas. . . de su fidelidad generosa! . . . ¿Sabrán calmarla con aquella ocasión de vencerse. . . con esta ligera mortificación? . . . ¿Sabrán con su ternura y compasión aliviar mi tristeza? ¿Sabrán, cuando llegue la hora del dolor. . . cuando hayan de pasar por una humillación. . . una contrariedad. . . una pena de familia o un momento de soledad y desolación. . . decirme desde el fondo del alma: "os lo ofrezco para aliviar vuestra tristeza, para acompañaros en vuestra soledad?"

¡Ah! si de este modo supieran unirse a Mí, ¡con cuánta paz pasarían por aquella tribulación! su alma saldría de ella fortalecida y habría aliviado mi Corazón.

En la prisión sentí vergüenza al oír las horribles palabras que se proferían contra Mí. . . y esta vergüenza creció al ver que más tarde esas mismas palabras serían repetidas por almas muy amadas.

Cuando aquellas manos sucias y repugnantes descargaban sobre Mí golpes y bofetadas, vi cómo sería muchas veces golpeado y abofeteado por tantas almas que sin purificarse de sus pecados, me recibirían en sus corazones, y con sus pecados habituales descargarían sobre Mí repetidos golpes.

Cuando en la prisión me empujaban, y Yo, atado y falto de fuerzas, caía en tierra, vi cómo tantas almas por no renunciar a una vana satisfacción me despreciarían, y atándome con las cadenas de su ingratitud, me arrojarían de su corazón y me dejarían caer en tierra, renovando mi vergüenza y prolongando mi soledad.

¡Almas escogidas! mirad a vuestro Esposo en la prisión; contempladle en esta noche de tanto dolor. . . Y considerad que este dolor se prolonga en la soledad de tantos sagrarios, en la frialdad de tantos corazones. . .

Si queréis darme una prueba de vuestro amor, abridme vuestro pecho para que haga de él mi prisión. Atadme con las cadenas de vuestro amor. . . Cubridme con vuestras delicadezas. . . Alimentadme con vuestra generosidad. . . Apagad mi sed con vuestro celo. . . Consolad mi tristeza y desamparo con vuestra fiel compañía.

Haced desaparecer mi dolorosa vergüenza con vuestra pureza y rectitud de intención. Si queréis que descanse en vosotras, preparadme un lugar de reposo con actos de mortificación. Sujetad vuestra imaginación, evitad el tumulto de las pasiones, y en el silencio de vuestra alma dormiré tranquilo; de vez en cuando oiréis mi voz que os dice suavemente: esposa mía que ahora eres mi descanso, Yo seré el tuyo en la eternidad; a ti que con tanto desvelo y amor me procuras la prisión de tu corazón. Yo te prometo que mi recompensa no tendrá límites y no te pesarán los sacrificios que hayas hecho por Mí durante tu vida.

Nos quedaremos aquí, Josefa. Déjame pasar el día en la prisión de tu alma. Haz gran silencio en ella para que puedas oír mis palabras y los deseos que te quiero confiar».

Tres días lleva Josefa el alma traspasada con esta representación viva de la tristeza y desamparo del Maestro; las tribulaciones que por entonces se suman a sus habituales sufrimientos, la ayudan a vivir en más estrecha compañía del Prisionero Divino. Inconsciente de una misión que a primera vista parece no debería procurarle sino dulces consuelos, camina hacia esa meta de amor fuerte, que es el que Jesús le pide, amor que alimenta sus llamas en la lucha, la humillación, el dolor. ¿No le había aconsejado en cierta ocasión la Santísima Virgen que amase mucho, aun sin saber, ni sentir que amaba? . . .

Esta es la gran lección que a través de esta historia no cesan de dar, el Salvador y su Madre, a las almas escogidas, para hacerlas instrumentos de la infinita misericordia y del amor redentor.

MARTES 20 DE MARZO. Por la tarde está Josefa en el jardín, terdiendo ropa, y se encuentra de pronto con el Señor. La mira, compasivo:

—«*Sube a tu celda —le dice—. Quiero que escribas».*

Al llegar allí, aparece Jesús coronado de espinas; ella le ruega que le dé la corona.

—«*Sí, te la doy con todo mi amor. Vamos ahora a escribir para las almas.*

Después de haber pasado gran parte de la noche en la prisión, oscura, húmeda y sucia. . . después de haber sido objeto de los más viles escarnios y malos tratos por parte de los sol-

dados. . . de insultos y de burlas de la muchedumbre curiosa. . . cuando mi cuerpo se encontraba extenuado a fuerza de tormentos. . . escucha, Josefa, los deseos que entonces sentía mi Corazón; lo que me consumía de amor y despertaba en Mí nueva sed de padecimientos, era el pensamiento de tantas y tantas almas a quienes este ejemplo, había de inspirar el deseo de seguir mis huellas.

Las veía, fieles imitadoras de mi Corazón, aprendiendo de Mí mansedumbre, paciencia, serenidad, no sólo para aceptar los sufrimientos y desprecios, sino aun para amar a los que las persiguen y, si fuera preciso, sacrificarse por ellos, como Yo me sacrificué para salvar a los mismos que así me maltrataban.

Las veía, movidas por la gracia, corresponder al llamamiento divino, abrazar el estado perfecto, aprisionarse en la soledad, atarse con cadenas de amor, renunciar a cuanto amaban según la naturaleza, luchar con valor contra la rebeldía de sus pasiones, aceptar los desprecios, quizá los insultos. . . hasta ver por los suelos su fama y reputado por locura su modo de vivir. . . ¡y entre tanto, conservar el corazón en paz, y unido íntimamente a su Dios y Señor!

Así, en medio de tantos ultrajes y tormentos, el amor me encendía más y más en deseos de cumplir la voluntad de mi Padre, y mi Corazón, más fuertemente unido a El en estas horas de soledad y dolor, se ofrecía a reparar su gloria ultrajada. Así vosotras, almas religiosas, que os halláis en prisión voluntaria por amor, que más de una vez pasáis a los ojos de las criaturas por inútiles y quizá por perjudiciales: ¡no temáis! dejad que griten contra vosotras, y en estas horas de soledad y de dolor, que vuestro corazón se una íntimamente a Dios, único objeto de vuestro amor. ¡Reparad su gloria ultrajada por tantos pecados! . . .

Al amanecer del día siguiente, Caifás ordenó que me condujeran a Pilatos para que pronunciara la sentencia de muerte.

Este me interrogó con gran sagacidad, deseoso de hallar causa de condenación; pero al mismo tiempo su conciencia le remordía y sentía gran temor ante la injusticia que contra Mí iba a cometer; al fin encontró un medio para desentenderse de Mí y mandó me condujeran a Herodes.

En Pilatos están fielmente representadas las almas que, sintiendo la lucha entre la gracia y sus pasiones, se dejan dominar por el respeto humano y por un excesivo amor propio. Cuando se les presenta una tentación o se ven en peligro de

pecar, dejándose cegar, procuran convencerse de que en aquello no hay ningún mal, ni corren peligro alguno, que tienen bastante talento para juzgar por sí mismas y no necesitan pedir consejo. Temen ponerse en ridículo a los ojos del mundo... Les falta energía para resistir y, cerrándose al impulso de la gracia, de esta ocasión caen en otra, hasta llegar, cediendo como Pilatos, a entregarme en manos de Herodes.

Si se trata de un alma escogida, tal vez la ocasión no será de pecado grave. Pero para resistir a ella, hay que pasar por una humillación, soportar alguna molestia... Si en vez de seguir el movimiento de la gracia, y de descubrir lealmente su tentación, esta alma se sugestiona a sí misma convenciéndose de que no hay motivo para apartarse de aquella ocasión o renunciar a aquel gusto, bien pronto caerá en mayor peligro. Como Pilatos acabará por cegarse, perderá la fortaleza para obrar con rectitud, y, poco a poco, me entregará.

Ahora, quédate en paz y abismate en el sentimiento de tu nada. Ya ves qué poco basta para hacerte caer... pero no temas: mi amor y mi misericordia subrepujan en mucho tu miseria, y por grande que sea tu debilidad, nunca será mayor que mi fortaleza».

Tal es la doctrina sublime que el Señor no se cansa de repetir a Josefa. Quiere, por medio de ella, enseñarla a las almas, cuya miseria conoce, pero que le han robado el Corazón con su confianza humilde y su voluntad entregada, a pesar de su debilidad.

Va a tener ocasión de demostrar que nada puede oponerse a sus planes y que la misma flaqueza humana sólo consigue estorbarlos momentáneamente.

Hacia las once de la noche, Jesús aparece a Josefa pero sin la Cruz. Este detalle la preocupa pues

...“generalmente, cuando viene por la noche —escribe— la trae siempre. Y además, las Madres me han permitido que le espere a esta hora, sólo para aliviar sus penas: y yo no deseo mi consuelo sino el suyo”.

Jesús lee en su alma estos pensamientos y le agradan estas protestas de amor tan sinceras.

—«No temas —le contesta— adonde voy Yo, la Cruz me acompaña. Recibela con todo respeto y amor por la salvación de tantas almas que se hallan en peligro».

Después de un instante de silencio, toma una actitud de intensa súplica y pronuncia lentamente estas palabras:

—«Ofrece al Eterno Padre los tormentos de mi Pasión por la conversión de las almas. Dile conmigo:

¡Oh Padre mío! ¡Oh Padre Celestial! Mirad las llagas de vuestro Hijo y dignaos recibirlas para que las almas se abran a los toques de la gracia. Que los clavos que taladraron sus manos y sus pies traspasen los corazones endurecidos. . . que su Sangre los ablande y los mueva a hacer penitencia. Que el peso de la cruz sobre los hombros de vuestro Divino Hijo mueva a las almas a descargar el peso de sus delitos en el tribunal de la penitencia.

Os ofrezco ¡oh Padre Celestial! la corona de espinas de vuestro amado Hijo. Por este dolor os pido que las almas se dejen traspasar por una sincera contrición.

Os ofrezco el desamparo que vuestro Hijo padeció en la Cruz. . . su ardiente sed y todos los demás tormentos de su agonía, a fin de que los pecadores encuentren paz y consuelo en el dolor de sus culpas.

En fin ¡oh Dios compasivo y lleno de misericordia! por aquella perseverancia con que Jesús, vuestro Hijo, rogó por los mismos que lo crucificaban, os ruego y os suplico concedáis a las almas un ardiente amor a Dios y al prójimo y la perseverancia en el bien.

Y así como los tormentos de vuestro Hijo terminaron con la eterna bienaventuranza, así los sufrimientos de los arrepentidos y penitentes sean también coronados eternamente con el premio de vuestra gloria.

Ahora te dejo mi Cruz. . . queda unida a mis sufrimientos. Presenta sin cesar a mi Padre las llagas de su Hijo».

Pasan unos instantes y el Señor desaparece dejándola sola bajo el peso de la Cruz.

21 DE MARZO, MIERCOLES DE PASION. Al acudir Jesús por la mañana, prosigue el asunto interrumpido la víspera.

—«Escribe, Josefa, A todas las preguntas que Pilatos me hizo, nada respondí; mas cuando me dijo: "¿Eres Tú el Rey de los Judíos? Entonces con gravedad y entereza le dije: Tú lo has dicho: Yo soy Rey, pero mi Reino no es de este mundo.

Con estas palabras, quise enseñar a muchas almas cómo cuando se presenta la ocasión de soportar un sufrimiento, una humillación que podrían fácilmente evitar, deben contestar con generosidad.

Mi reino no es de este mundo; es decir: no busco las

alabanzas de los hombres; mi patria no es ésta; ya descansaré en la que lo es verdaderamente; ahora ánimo para cumplir mi deber sin tener en cuenta la opinión del mundo. . . Si por ello me sobreviene una humillación o un sufrimiento, no importa; no retrocederé, escucharé la voz de la gracia, ahogando los gritos de la naturaleza. Y si no soy capaz de vencer sola, pediré fuerzas y consejo, pues en muchas ocasiones las pasiones y el excesivo amor propio ciegan al alma y la impulsan a obrar el mal.

Entonces Pilatos dominado por el respeto humano y temiendo, por otra parte, hacerse responsable de mi causa, mandó que me llevaran a la presencia de Herodes. Era éste un hombre corrompido, que no buscaba más que el placer, dejándose arrastrar de sus pasiones desordenadas. Se alegró de verme comparecer ante su tribunal, pues esperaba divertirse con mis discursos y milagros.

Considerad, almas queridas, la repulsión que experimenté al verme ante aquel hombre vicioso cuyas preguntas, gestos y movimientos me cubrían de confusión.

¡Almas puras y virginales! ¡Venid a rodear y defender a vuestro Esposol. . . Escuchad las calumnias. . . los falsos testimonios y los escarnios de aquella turba vil, ávida solamente de escándalos.

Herodes esperaba que Yo contestaría a sus preguntas sarcásticas, pero no quise desplegar los labios; guardé en su presencia el más profundo silencio.

No contestar era la mayor prueba que podía darle de mi dignidad. Sus palabras obscenas no merecían cruzarse con las mías purísimas.

Entre tanto, mi Corazón estaba íntimamente unido a mi Padre Celestial, Me consumía en deseos de dar por las almas hasta la última gota de mi Sangre. El pensamiento de todas las que, más tarde, habían de seguirme, conquistadas por mis ejemplos y por liberalidad, me encendía en amor, y no sólo gozaba en aquel terrible interrogatorio, sino que deseaba soportar el suplicio de la Cruz.

Así, después de sufrir en silencio las afrentas más ignominiosas, dejé que me trataran de loco y me cubrieran con una vestidura blanca en señal de burla; después, en medio de gritos furiosos, me llevaron de nuevo a la presencia de Pilatos.

Mira cómo este hombre, confundido y enredado en sus

propios lazos, no sabe qué hacer de Mi, y para apaciguar el juror del populacho, manda que me hagan azotar.

Así son las almas cobardes que, faltas de generosidad para romper enérgicamente con las exigencias del mundo o de sus propias pasiones, en vez de cortar de raíz aquello que la conciencia les reprende, ceden a un capricho, se conceden una ligera satisfacción, capitulan en parte con lo que la pasión exige.

Se vencen en tal punto pero no en tal otro en que el esfuerzo tiene que ser mayor. Se mortifican en una ocasión pero no en otras, cuando para seguir la inspiración de la gracia o la observancia de la Regla, han de privarse de ciertos gustillos que halagan la naturaleza y alimentan la sensualidad.

Y para acallar los remordimientos, se dicen a sí mismas: Ya me he privado de esto. . . sin ver que es sólo la mitad de lo que la gracia les pide.

Así, por ejemplo, si alguna, impulsada, no por la caridad y el deseo del bien del prójimo, sino por un secreto movimiento de envidia, procura divulgar una falta ajena, la gracia y la conciencia levantan la voz y le dicen que aquello es una injusticia, y que no procede de bueno sino de mal espíritu. Quizá tenga un instante de lucha interior pero, cobarde al fin, su pasión inmortificada la ciega y procura inventar un arreglo que, a la vez, acalle su conciencia y satisfaga su mala inclinación; esto es, callar en parte lo que debía callar del todo; y se excusa diciendo: tienen que saberlo. . . sólo diré una palabra. . .

Alma querida, como Pilatos, me haces flagelar. Ya has dado un paso. . . Mañana darás otros. . . ¿crees satisfacer así tu pasión? No; pronto te pedirá más, y como no has tenido valor para luchar con tu propia naturaleza en esta pequeñez, mucho menos la tendrás después, cuando la tentación sea mayor.

Miradme almas tan amadas de mi Corazón, dejándome conducir con la mansedumbre de un cordero, al terrible y afrentoso suplicio de la flagelación. . . ¡ Sobre mi cuerpo ya cubierto de golpes y agobiado de cansancio, los verdugos descargan cruelmente con cuerdas embreadas y con varas, terribles azotes. Y es tanta la violencia con que me hieren, que no quedó en Mi un solo hueso que no fuese quebrantado por el más terrible dolor. . . La fuerza de los golpes me produjo innumerables heridas. . . las varas arrancaban pedazos de piel y carne divina. . . La sangre brotaba de todos los miembros de mi Cuerpo, que estaba en tal estado, que más parecía monstruo que hombre.

¡Ahl! ¿cómo podéis contemplar en este mar de dolor y de amargura sin que vuestro corazón se mueva a compasión?

Pero no son los verdugos los que me han de consolar, sino vosotras; almas escogidas, aliviad mi dolor... contemplad mis heridas y ved si hay quien haya sufrido tanto para probaros su amor».

Y, dirigiéndose a Josefa, exclama:

—*«Contéplame en este estado de ignominia, Josefa».*

Ella, levanta los ojos y ve a Jesucristo, en pie delante de ella en el estado tristísimo en que le ha dejado la flagelación. Largo rato permanece en esta dolorosa contemplación, como si el Divino Maestro quisiera grabar para siempre en su alma la imagen de sus padecimientos.

—*«Dime —prosigue al fin— ¿no te darán mis llagas fuerza para vencerte? ¿No serás generosa para sacrificarte y entregarte completamente a mi voluntad?...*

Mírame, Josefa, y déjate guiar por el impulso de la gracia y por el deseo de consolarme. No temas. Jamás llegaran tus sufrimientos a igualar a los míos. Y para todo cuanto Yo te pida, estarás asistida por mi gracia. Adiós, Consérvame así delante de tus ojos».

Y desapareció. Josefa que queda inmóvil, con los ojos cerrados, expresando su rostro una intensa emoción. La rodea un silencio impresionante: algo muy grande acaba de ocurrir en esta celda... Jesús ha recordado a las almas que el amor que les tiene no "es cosa de risa" sino "tremendamente seria".

Poco a poco, Josefa vuelve en sí. Y un raudal de lágrimas brota de sus ojos... No puede hablar... pero, testigo de los excesos del amor de un Dios y consciente de su papel de mensajera, hace un supremo esfuerzo, vuelve a coger la pluma y escribe:

"Le vi en el mismo estado en que se hallaba después de la flagelación, y sentí tan gran compasión al verle, que creo que desde ahora tendré valor para todo lo que haya de sufrir hasta el fin de mi vida.

"Jamás he visto un dolor que se asemeje, ni siquiera de lejos, al dolor de Nuestro Señor. Lo que más me ha impresionado son sus ojos. Esos ojos hermosísimos, que cuando miran penetran hasta el fondo del alma...! Y dicen tantas cosas!... Hoy estaban cerrados... muy hinchados y llenos de sangre, sobre todo el ojo derecho... sus cabellos también llenos de sangre, que le caía por la cara, los ojos y la boca. Estaba

de pie, pero encogido y atado no sé a qué, pues yo no veía sino a Jesús. Atadas también las manos, una con otra, y ensangrentadas. El cuerpo todo cubierto de heridas y de manchas negras y las venas de los brazos muy hinchadas y de color oscuro. Por varias partes, jirones de carne, como desprendidos, en particular en el hombro izquierdo. Sus vestiduras estaban en el suelo, llenas de sangre y una cuerda muy apretada sujetaba en la cintura un trozo de tela, tan ensangrentado que no se distinguía su propio color”.

Al llegar aquí, Josefa se detiene:

“En fin, yo no puedo decir en qué estado le he visto, pues no lo sé expresar”.

Todo el día lleva impreso en su rostro el doloroso recuerdo de aquella visión sin que, al exterior, ningún movimiento delate la actividad interna que la consume.

¿Quién podrá sospechar que el Señor, en aquel Miércoles de Pasión, se ha dignado mostrar su cuerpo llagado a una religiosa escondida entre los más humildes quehaceres? Su mirada divina penetrando el porvenir, descubre una multitud de almas, que han de ver, en las páginas escritas por Josefa, la prueba de un amor infinito, y cuya fe, reanimándose con la vista de tantos trabajos, encontrará también en esta contemplación, valor para corresponder a ellos, aun a costa de cualquier sacrificio.

* * *

Coronado de Espinas

Del 22 al 25 de Marzo de 1923

*“Almas queridas; considerad atentamente
cuánto sufrió mi Corazón”.*

(24 de marzo de 1923)

Hace ya algunos días que la Virgen no ha intervenido visiblemente en la vida de Sor Josefa. En la noche del 21 al 22 DE MARZO, viene a traerle la Cruz.

“Un rumor suave me despertó y vi a la Virgen junto a mí. Llevaba la Cruz apoyada en su brazo derecho.

—*«Hija mía; vengo a traerte la Cruz de Jesús, hay que consolarle, porque muchas almas le ofenden, pero una, sobre todo, llena de amargura su Corazón».*

Y después de recordarle que el mejor medio de reparar es dejar a Jesús libertad plena para hacer lo que quiera de ella, le dice:

—«*Ahora, guarda tan precioso tesoro y ruega por las almas*».

Josefa acaba en los tormentos del abismo infernal, la oración que empezó llevando la Cruz del Salvador. Desde hace algún tiempo, todas las noches, aquellas terribles penas van completando en ella lo que falta a la Pasión de Cristo”.

JUEVES 22 DE MARZO: hacia las nueve de la mañana, en el mismo instante en que Josefa va a salir de su celda, se le aparece Jesús:

—«*Besa el suelo —le dice— y deja que tu alma se penetre de las palabras que te va a confiar mi Corazón*».

Josefa se prosterna y tomando en seguida la pluma, se dispone a recoger fielmente las expansiones que van brotando del Corazón Divino.

—«*Cuando los brazos de aquellos hombres crueles quedaron rendidos a fuerza de descargar golpes sobre mi cuerpo, colocaron sobre mi cabeza una corona tejida con ramas de espinas, y desfilando por delante de mí me decían: ¿Con que eres Rey? ¡Te saludamos!...*

Unos me escupían... otros me insultaban... otros descargaban nuevos golpes sobre mi cabeza, cada uno añadía un nuevo dolor a mi cuerpo maltratado y deshecho.

Miradme, almas queridas, condenado por inicuos tribunales... entregado a la multitud que me insulta y profana mi cuerpo... como si no fuera bastante el cruel suplicio de la flagelación para reducirme al más humillante estado, me coronan de espinas, me revisten de un manto de grana, me saludan como a un rey de irrisión y me tienen por loco.

Yo, que soy el Hijo de Dios, el sostén del universo, he querido pasar a los ojos de los hombres por el último y el más despreciable de todos. No rehuyo la humillación antes me abrazo con ella, para expiar los pecados de soberbia y atraer a las almas a imitar mi ejemplo.

Permití que me coronasen de espinas y que mi cabeza sufriera cruelmente para expiar la soberbia de muchas almas que rehusan aceptar aquello que las rebaja a los ojos de las criaturas.

Consentí que pusieran sobre mis hombros un manto de escarnio y que me llamasen loco, para que las almas no se desdénen de seguirme por un camino que a los mundanos parece bajo y vil y quizá a ellas mismas, indigno de su condición.

No, almas queridas, no hay camino, estado ni condición humillante cuando se trata de cumplir la Voluntad Divina. Las

que os sentís llamadas a este estado, no queráis resistir, buscando con vanos y soberbios pensamientos el modo de seguir la Voluntad de Dios haciendo la vuestra.

Ni creáis que hallaréis la verdadera paz y alegría en una condición más o menos brillante a los ojos de las criaturas. . . No; sólo la encontraréis en el exacto cumplimiento de la Voluntad Divina y en la entera sumisión para aceptar todo lo que ella os pida.

Hay en el mundo muchas jóvenes que cuando llega el momento de decidirse para contraer matrimonio, se sienten atraídas hacia aquel en quien descubren cualidades de honradez, vida cristiana y piadosa, fiel cumplimiento del deber, así en el trabajo como en el seno de la familia, todo, en fin, lo que puede llenar las aspiraciones de su corazón. Pero en aquella cabeza germinan pensamientos de soberbia. . . y empiezan a discurrir así: tal vez éste satisfaría los anhelos de mi corazón pero, en cambio, no podré figurar ni lucir en el mundo. Entonces se ingenian para buscar otro, con el cual pasarán por más nobles, más ricas, llamarán la atención y se granjearán la estima y los halagos de las criaturas.

¡Ah! ¡cuán neciamente se ciegan estas pobres almas! Oyeme, hija mía, no encontrarás la verdadera felicidad en este mundo y. . . quizá no la encuentres tampoco en el otro. ¡Mira que te pones en gran peligro!

¿Y qué diré a tantas almas a quienes llamo a la vida perfecta, a una vida de amor, y que se hacen sordas a mi voz?

¡Cuántas ilusiones, cuánto engaño hay en almas que aseguran están dispuestas a hacer mi Voluntad, a seguirme, a unirse y consagrarse a Mí, y sin embargo, clavan en mi cabeza la corona de espinas!

Hay almas a quienes quiero por esposas y, conociendo como conozco los más ocultos repliegues de su corazón, amándolas como las amo, con delicadeza infinita, deseo colocarlas allí donde en mi sabiduría veo que encontrarán todo cuanto necesitan para llegar a una encumbrada santidad. Allí donde mi Corazón se manifestará a ellas y donde me darán más gloria. . . más consuelo. . . más amor y más almas.

¡Pero cuántas resistencias! . . . Y cuántas decepciones sufre mi Corazón! ¡Cuántas almas ciegas por el orgullo, la sed de fama y de honra, el deseo de contentar sus vanos apetitos y una baja y mezquina ambición de ser tenidas en algo. . . se niegan a seguir el camino que les traza mi amor!

Almas por Mi escogidas con tanto cariño, ¿creéis darme la gloria que Yo esperaba de vosotras haciendo vuestro gusto? ¿Creéis cumplir mi Voluntad resistiendo a la voz de la gracia que os llama y encamina por esa senda que vuestro orgullo rechaza!

¡Ah, Josefa! ¡A cuántas almas ciega la soberbia! Quiero que hoy hagas muchos actos de humildad y sumisión a la Voluntad Divina para alcanzar que las almas se dejen guiar por el camino que les preparo con tanto amor.

Mañana continuaremos este punto tan esencial».

VIERNES, 23 DE MARZO. Jesús dilata su venida y Josefa, preparada la pluma, abierto el cuaderno, le espera cosiendo.

Pasado un buen rato, aparece por fin:

—«Josefa, ¿me estás esperando?»

—“Si Señor.

—«Ya hace tiempo que estoy aquí pero no me has visto. Besa el suelo. . . Besa también mis pies. . . Vamos a seguir hablando de estas pobres almas que se dejan engañar por el orgullo y la soberbia.

Coronado de espinas y cubierto con un manto de púrpura los soldados me presentaron de nuevo a Pilatos, gritando ferocemente, insultándome en son de burla a cada paso que daba.

No encontrando en Mi delito para castigarme, Pilatos me hizo varias preguntas, diciéndome que por qué no le contestaba, siendo así que él tenía todo poder sobre Mi. . .

Entonces, rompiendo mi silencio, le dije: No tendrías ese poder si no se te hubiese dado de arriba; pero es preciso que se cumplan las Escrituras.

Y cerrando de nuevo los labios, me entregué. . .

Pilatos, perturbado por el aviso de su mujer y perplejo entre los remordimientos de su conciencia y el temor de que el pueblo se amotinase contra él, buscaba medios para liberarme. . . y me expuso a la vista del populacho en el lastimoso estado en que me hallaba, proponiéndoles darme la libertad y condenar en mi lugar a Barrabás, que era un ladrón y criminal famoso. . . A una voz contestó el pueblo: —¡Que muera y que Barrabás sea puesto en libertad.

¡Almas que me amáis, ved cómo me han comparado a un criminal, y ved cómo me han rebajado más que el más perverso de los hombres. . . ¡Oid qué furiosos gritos lanzan contra Mí

¡Ved con qué rabia piden mi muerte! ¿Rehusé, acaso pasar por tan penosa afrenta? No, antes al contrario me abracé con ella por amor a las almas, por amor a vosotras y para mostraros que este amor no me llevó tan sólo a la muerte, sino al desprecio, a la ignominia, al odio de los mismos por quienes iba a derramar mi Sangre con tanta profusión.

No creáis, sin embargo, que mi naturaleza humana no sintió repugnancia ni dolor... antes al contrario, quise sentir todas vuestras repugnancias y estar sujeto a vuestra misma condición, dejándoos un ejemplo que os fortalezca en todas las circunstancias de la vida.

Así, cuando llegó este momento tan penoso, aunque hubiese podido librarme de él, no sólo no me libré sino que lo abracé por amor y para cumplir la voluntad de mi Padre. Para reparar su gloria, satisfacer por los pecados del mundo y alcanzar la salvación de innumerables almas.

Ahora quiero volver a tratar de las almas de quienes hablaba ayer. De estas almas a quienes llamo al estado perfecto pero vacilan; diciendo entre sí: "No puedo resignarme a esta vida de oscuridad... no estoy acostumbrado a estos quehaceres tan bajos... ¿qué dirán mi familia, mis amistades? Y se persuaden de que con la capacidad que tienen o creen tener serán más útiles en otro lugar.

Voy a responder a estas almas. Dime: ¿rehusé Yo o vacilé siquiera cuando me ví nacer de familia pobre y humilde... en un establo, lejos de mi casa y de mi patria... de noche... en la más cruda estación del año...?

Después viví treinta años de trabajo oscuro y rudo en un taller de carpintero, pasé humillaciones y desprecios de parte de los que encargaban trabajo a mi Padre San José... no me desdeñé de ayudar a mi Madre en las faenas de la casa... y sin embargo, ¿no tenía más talento que el que se requiere para ejercer el tosco oficio de carpintero, Yo que a la edad de doce años enseñé a los Doctores en el Templo? Pero era la Voluntad de mi Padre celestial y así le glorificaba.

Cuando dejé Nazareth y empecé mi vida pública, habría podido darme a conocer por Mesías e Hijo de Dios para, que los hombres escuchasen mis enseñanzas con veneración; pero no lo hice, porque mi único deseo era cumplir la Voluntad de mi Padre...

Y cuando llegó la hora de mi Pasión, a través de la crueldad de los unos y de las afrentas de los otros, del abandono

de los míos y de la ingratitud de las turbas... a través del indecible martirio de mi cuerpo y de las vivísimas repugnancias de mi naturaleza humana, mi alma, con mayor amor aún, se abrazaba con la Voluntad de Mi Padre Celestial...

Entendedlo, almas escogidas, cuando, después de haber pasado por encima de las repugnancias, y sutilezas de amor propio, que os sugiere vuestra naturaleza o la familia o el mundo, abracéis con generosidad la Voluntad Divina, sólo entonces llegaréis a gozar de las más inefables dulzuras, en una íntima unión de voluntades entre el Divino Esposo y vuestra alma.

Esto que he dicho a las almas que sienten horror a la vida humilde y oscura lo repito, a las que, por el contrario, son llamadas a trabajar en continuo contacto con el mundo, cuando su atractivo sería la completa soledad y los trabajos humildes y ocultos...

¡Almas escogidas! Vuestra felicidad y vuestra perfección no consiste en ser conocidas o desconocidas, de las criaturas, ni en emplear u ocultar el talento que poseéis, ni en ser estimadas o despreciadas, ni en gozar de salud o padecer enfermedad... Lo único que os procurará felicidad cumplida es hacer la voluntad de Dios, abrazarla con amor, y por amor unirse y conformarse con entera sumisión a todo lo que por su gloria y vuestra santificación os pida.

Basta por hoy, Josefa; mañana continuaré Ama y abraza mi Voluntad alegremente; ya sabes que está en todo trazada por el amor».

Por la noche de aquel mismo día, Josefa confiesa que no es inútil esta recomendación del Maestro. Quiere que, por la victoria sobre las repugnancias de su propia naturaleza, alcance la misma gracia para otras almas:

“Siento en mí de nuevo como una rebelión por esta clase de vida tan extraordinaria, que algunas veces me quita la paz, porque quisiera trabajar mucho”.

Pero el Señor no le toma en cuenta esta repulsión, que no depende de su voluntad.

SABADO, 24 DE MARZO. —«Vamos a seguir ocupándonos de mi Pasión —dice, como si quisiera por este medio, obligarla a olvidarse de sí misma.

—Medita por un momento el indecible martirio de mi Corazón, tan tierno y delicado, al verse pospuesto a Barrabás...

¡Cuánto sentí aquel desprecio! y ¡cómo traspasaban lo más íntimo de mi alma aquellos gritos que pedían mi muerte!

¡Cómo recordaba entonces las ternuras de mi Madre, cuando me estrechaba sobre su Corazón! ¡Cuán presente tenía los desvelos y fatigas que para mostrarme su amor sufrió mi Padre adoptivo!

¡Cuán vivamente se presentaban a mi memoria los beneficios que con tanta liberalidad derramé sobre aquel pueblo ingrato. . . ¡dando vista a los ciegos, devolviendo la salud a los enfermos, el uso de sus miembros a los que lo habían perdido! . . . ¡dando de comer a las turbas y resucitando a los muertos! Y ahora, ¡vedme reducido al estado más despreciable! ¡Soy el más odiado de los hombres y se me condena a muerte como a un ladrón infame! . . . ¡Pilatos ha pronunciado la sentencia! ¡Almas queridas! ¡Considerad atentamente cuánto sufrió mi Corazón!

Desde que Judas me entregó en el Huerto de los Olivos, anduvo errante y fúgitivo, sin poder acallar los gritos de su conciencia, que le acusaba del más horrible sacrilegio. Cuando llegó a sus oídos la sentencia de muerte pronunciada contra Mí, se entregó a la más terrible desesperación y se ahorcó.

¡Quién podrá comprender el dolor intenso de mi Corazón cuando vi lanzarse a la perdición eterna esa alma que había pasado tres años en la escuela de mi amor, aprendiendo mi doctrina, recibiendo mis enseñanzas, oyendo tantas veces cómo perdonaban mis labios a los más grandes pecadores?

¡Ah!, ¡Judas! ¡Por qué no vienes a arrojarte a mis pies para que te perdone? Si no te atreves a acercarte a Mí por temor a los que me rodean, maltratándome con tanto furor, mírame al menos ¡verás cuán pronto se fijan en tí mis ojos! . . .

Almas que estáis enredadas en los mayores pecados. . . Si por más o menos tiempo habéis vivido errantes y fúgitivas a causa de vuestros delitos, si los pecados de que sois culpables os han cegado y endurecido el corazón, si por seguir alguna pasión habéis caído en los mayores desórdenes, ¡ah!, no dejéis que se apodere de vosotras la desesperación, cuando os abandonen los cómplices de vuestro pecado o cuando vuestra alma se dé cuenta de su culpa. . . Mientras el hombre cuenta con un instante de vida, aun tiene tiempo de recurrir a la misericordia y de implorar el perdón.

Si sois jóvenes y los escándalos de vuestra vida pasada os han degradado ante los hombres, ¡no temáis! aun cuando el

mundo os desprecie, os trate de malvados, os insulte, os abandone, estad seguros de que vuestro Dios no quiere que vuestra alma sea pasto de las llamas del infierno. Desea que os acerquéis a El para perdonaros. Si no os atrevéis a hablarle, dirigidle miradas y suspiros del corazón y pronto veréis que su mano bondadosa y paternal os conduce a la fuente del perdón y de la vida.

Si por malicia habéis pasado quizá gran parte de vuestra vida en el desorden o en la indiferencia, y cerca ya de la eternidad, la desesperación quiere poneros una venda en los ojos, no os dejéis engañar, aun es tiempo de perdón y ¡oidlo bien!, si os queda un segundo de vida, aprovechadlo, porque en él podéis ganar la vida eterna. . .

Si ha transcurrido vuestra existencia en la ignorancia y el error, si habéis sido causa de grandes daños para los hombres, para la sociedad y hasta para la Religión, y por cualquier circunstancia conocéis vuestro error, no os dejéis abatir por el peso de las faltas ni por el daño de que habéis sido instrumento, sino por el contrario, dejando que vuestra alma se penetre del más vivo pesar, abismaos en la confianza y recurrid al que siempre os está esperando para perdonaros todos los yerros de vuestra vida.

Lo mismo sucede, si se trata de un alma que ha pasado los primeros años de su vida en la fiel observancia de mis Mandamientos, pero que ha decaído poco a poco del fervor, pasando a una vida tibia y cómoda. . .

Se ha olvidado de que tiene un alma que aspiraba a mayor perfección. Dios le pedía más, pero cegándose a fuerza de consentir en sus defectos habituales, se ha dejado invadir por el hielo de la tibieza. Peor, en cierto modo, que si hubiera caído en grandes pecados, porque la conciencia sorda y dormida no escucha la voz de Dios y acaba por no sentir remordimiento.

Pero un día recibe una fuerte sacudida que la despierta; entonces aparece su vida inútil, vacía, sin méritos para la eternidad. El demonio, con infernal envidia, la ataca de mil maneras, le inspira desaliento y tristeza, y abultándole sus faltas, acaba por llevarla al temor y a la desesperación.

Almas que tanto amo no escuchéis este cruel enemigo. Venid cuanto antes a arrojáros a mis pies y penetradas de un vivo dolor, implorad misericordia y no temáis. Os perdono. Volved a empezar vuestra vida de fervor, recobraréis los méritos perdidos y mi gracia no os faltará.

¿Es acaso un alma de las que Yo he escogido? Quizá pase muchos años en la constante práctica de sus Reglas y deberes de la vida religiosa. La favorecí con mis gracias, escuchó mis consejos y fué de las más fieles a las divinas inspiraciones. Pero luego por una pasioncilla, una ocasión que no evitó, una satisfacción de la naturaleza y cierta habitual pereza para vencerse, se fué poco a poco enfriando y cayó en una vida vulgar, al fin tibia. . .

¡Ah! Si por una causa o por otra, tu alma despierta, ten en cuenta que el diablo envidioso de tu bien, te asaltará por todos los medios posibles. Te dirá que es demasiado tarde; que todos los esfuerzos son inútiles, te llenará de miedo y repugnancia para descubrir sinceramente el estado de tu alma. . . llegará como a ahogarte para que no puedas hablar, a fin de que tu alma no se abra a la luz; y trabajará con saña para quitarte la paz y la confianza.

Escucha, alma querida. Yo te diré lo que has de hacer. En cuanto sientas, la moción de la gracia y antes de que sea más fuerte la lucha, acude a mi Corazón, pídele que vierta una gota de su Sangre sobre tu alma. ¡Ven a Mí! Ya sabes donde me encuentro en los brazos paternales de tus Superiores. . . Allí estoy bajo el velo de la je. Levanta ese velo y dime con entera confianza tus penas, tus miserias, tus caídas. . . Escucha con respeto mis palabras y no temas por lo pasado. Mi Corazón lo ha sumergido en el abismo de mi misericordia y mi amor te prepara nuevas gracias. Tu vida pasada te dará humildad que te llenará de méritos, y si quieres darme la mejor prueba de amor, ten confianza y cuenta con mi perdón. Cree que nunca llegarán a ser mayores tus pecados que mi misericordia, pues es infinita.

¡Josefa! Permanece sumergida en el abismo de mi amor y pide que las almas se dejen penetrar de esos sentimientos!»

La Semana de Pasión va a terminar con una apremiante llamada, a través de el cual se descubre una vez, la ternura y la compasión del Corazón de Jesús para con las almas.

La Santísima Virgen había dicho a Josefa, aquella noche en que le llevó la Cruz de Jesús:

—«Muchas almas le ofenden, pero hay una sobre todo, que llena su Corazón de amargura».

Semejantes palabras no pueden dejarla indiferente. Si siempre la salvación de las almas en las oraciones, trabajos y sufrimientos de Josefa. la intención primordial, cuando sabe que alguna hiere especialmente el

Corazón de Cristo, no puede apartarla de su pensamiento ni sosegar hasta saber que se halla en vías de salvación.

EL SABADO 24 DE MARZO, hacia las ocho y media de la noche, el Señor se le aparece a la puerta de su celda.

—«¡Josefa!»

“Llevaba la Cruz —escribe ella— y estaba triste, pero muy hermoso.

—«¿Me quieres consolar por esta alma que me hace sufrir?»

Josefa, postrada humildemente a sus pies, se ofrece a todo lo que quiera pedirle.

—«Toma mi Cruz, y ayúdame a soportar su peso—. Y dándosela, añade:—Vamos a suplicar a mi Padre Celestial que dé a esta alma un rayo de luz que la ilumine y la ayude a rechazar tan peligrosa tentación... Vamos a ponernos como intercesores delante de El para que tenga compasión de ella... Que la ayude, que la sostenga a fin de que no caiga en pecado. Repite conmigo:

¡Oh Padre amadísimo, Dios infinitamente bueno! ved aquí a vuestro Hijo Jesucristo que poniéndose entre vuestra justicia divina y los pecados de las almas, implora perdón.

¡Oh Dios de misericordia, apiadaos de la debilidad humana, iluminad los espíritus oscurecidos para que no se dejen engañar y caigan en los más terribles pecados... Dad fuerza a las almas para rechazar los peligros que les presenta el enemigo de su salvación y para que vuelvan a emprender con nuevo vigor el camino de la virtud.

¡Oh Padre Eterno! Mirad los padecimientos que Jesucristo vuestro Divino Hijo sufrió durante la Pasión. Vedle delante de Vos presentándose como Víctima para obtener luz, fuerza, perdón, y misericordia, en favor de las almas.

Josefa, une tu dolor a mi dolor, tu angustia a mi angustia, y ofrécelos a mi Eterno Padre con los méritos y sufrimientos de todas las almas justas. Ofrécele el dolor que me causó la Corona de espinas, para expiar los malos pensamientos de esta alma...

Repite conmigo: Dios Santísimo, en cuya presencia ni los ángeles ni los santos son dignos de permanecer, perdona todos los pecados que se cometen por pensamiento y por deseo. ¡Recibid como expiación de estas ofensas la cabeza traspasada

de espinas de vuestro Divino Hijo! ¡Recibid la Sangre purísima que de ella sale con tanta abundancia!... Purificad los espíritus manchados... iluminad los entendimientos oscurecidos, y que esta Sangre divina sea su fuerza y su vida!

Recibid, ¡oh Padre Santísimo! los sufrimientos y los méritos de todas las almas que, unidas a los méritos y sufrimientos de Jesucristo, se ofrecen a Vos con El y por El para que perdonéis al mundo.

¡Oh Dios de misericordia y amor! sed la fortaleza de los débiles, la luz de los ciegos y el amor de todas las almas».

“Así pasó un buen rato. Luego guardó silencio. Yo sentía grandes dolores, así en el cuerpo como en el alma. La cruz me pesaba mucho. Al fin me volvió a decir:

—«Ora conmigo: ¡Dios de amor! ¡Padre de bondad! Por los méritos, por los ruegos y sufrimientos de vuestro Hijo muy amado, dad luz a esta alma para que llegue a rechazar el mal y abrace con decisión vuestra Voluntad Santísima. No permitáis que sea causa de tanto daño para ella y para otras almas inocentes y puras».

Era ya entrada la noche, Jesús añadió:

—«Ahora, quédate con mi Cruz hasta que esta alma conozca la verdadera luz».

“Y se fué. Yo pasé el resto de la noche en gran sufrimiento”.

Sufrimientos misteriosos, que Josefa soporta sencilla y valerosamente, siempre unida a los de Jesús. Sabe que sólo El puede darles la eficacia divina capaz de reparar, ablandar y convertir las almas.

Pasa el DOMINGO DE RAMOS en dolorosa espera rogando y ofreciéndose y, mientras tanto —¡oh maravilla de la comunión de los santos!— Jesús atrae, desprende y al fin vuelve al redil a esta alma tan amada por su Corazón.

Aquella misma noche el Padre se estremecerá de alegría al regreso del hijo pródigo. El cielo entero estará de fiesta porque, en hombros del Buen Pastor, la oveja perdida entra de nuevo en el aprisco de su amor.

La Semana Santa

Del 25 de Marzo al 1º de Abril de 1923.

“Esto es lo que quiero de ti durante esta Semana: que me adores, te humilles y me consueles, en espíritu de celo, para que otras muchas almas se muevan a hacer lo mismo”.

(25 de marzo de 1923)

Estando Sor Josefa en adoración ante el Santísimo expuesto, la tarde del DOMINGO, 25 DE MARZO, Jesús se le aparece. Viene a trazarle el plan para la Gran Semana que empieza y que va a coronar las gracias de la pasada Cuaresma.

—*«Quiero que, en estos días, te consagres enteramente a adorar mi Persona Divina ultrajada por los tormentos de la Pasión. Me tendrás constantemente presente. Yo me manifestaré a ti, tan pronto con la majestad de un Dios, tan pronto con la severidad de un Juez y, con más frecuencia, herido, maltratado y cubierto de ignominia, como lo estuve durante mi Pasión. Así con tu constante adoración, tu profunda humildad y tu reparación incesante, se aliviará mi amargura».*

Algunos instantes después empieza a hacerse patente a los ojos de Josefa esta triple manifestación de Jesús.

“Ha venido otra vez —escribe— pero rodeado de tan gran majestad, que mi alma se sentía llena de respeto y confusión, al verme tal como soy, en su presencia. Tenía como necesidad de esconderme y desaparecer. Y después de haber renovado los votos, le he suplicado que me purifique de tal modo que mi nada pueda soportar la vista de su grandeza. Con voz grave y solemne, me ha contestado:

—*«La vista de mi Majestad te obligará a humillarte y así repararás la soberbia de la naturaleza humana, tantas veces rebelde contra los soberanos derechos de su Criador».*

Siente entonces Josefa pesar sobre ella la justicia divina. Un temor angustioso sobrecoge su alma. . Anonadada a los pies del Soberano Juez. . .

“Le he recordado —dice— que es mi Salvador, mi Padre y mi Esposo y que puede consumir todas mis miserias y mis pecados. Y me ha contestado entonces con bondad y, a la vez, con imperio:

—*«Si, dices bien; soy tu Salvador, tu Padre y tu Esposo;*

y deseo consumir tus miserias en la llama ardiente de mi amor. Pero quiero también, Josefa, que comprendas hasta qué punto tienes que humillarte, anonadarte, hacer desaparecer tu voluntad y tu ser entero para que reine y triunfe la voluntad de Dios, no sólo en tí sino en otras muchas almas. Que reconociendo sus culpas y sus flaquezas, se humillen también y se rindan a la Voluntad Divina.

Esto es lo que quiero de ti durante esta semana: que me adores, te humilles y me consueles, en espíritu de celo, para que otras muchas almas se muevan a hacer lo mismo. Adiós: más tarde te diré qué más deseo de tí».

Vamos a seguirla paso a paso por el camino austero que el Maestro acaba de trazarle.

* * *

LUNES SANTO

Camino del Calvario

26 de Marzo de 1923

“La comitiva avanza hacia el camino del Calvario; Josefa, sígueme”.

LUNES SANTO, 26 DE MARZO. A la hora acostumbrada, Jesús aparece en la celda de Josefa, dispuesto a proseguir sus dolorosas confidencias.

—«Besa el suelo y reconoce tu nada —le dice—. Adora el poder y la Majestad de tu Dios. Pero no olvides que, aunque es infinitamente poderoso y justo, es igualmente misericordioso.

Vamos a continuar, Josefa sígueme en el camino del Calvario, agobiado bajo el peso de la Cruz.

En tanto que mi Corazón estaba profundamente abismado en la tristeza por la eterna perdición de Judas, los crueles verdugos, insensibles a mi dolor, cargaron sobre mis hombros llagados la dura y pesada cruz en que había de consumir el misterio de la redención del mundo.

¡Contempladme, ángeles del cielo! . . . ¡Ved al Creador de todas las maravillas, al Dios a quien rinden adoración los espíritus celestiales, caminando hacia el Calvario y llevando sobre sus hombros el leño santo y bendito que va a recibir su último suspiro! . . .

Vedme también vosotras, almas que deseáis ser mis fieles imitadoras. Mi cuerpo destrozado por tanto tormento camina sin fuerzas, bañado de sudor y de sangre... ¡Sufro... sin que nadie se compadezca de mi dolor!... La multitud me acompaña y no hay una sola persona que tenga piedad de mí... ¡Todos me rodean como lobos hambrientos, deseosos de devorar su presa! ¡La fatiga que siento es tan grande y la Cruz tan pesada, que a mitad del camino caigo desfallecido!... ¡Ved cómo me levantan aquellos hombres inhumanos del modo más brutal: uno me agarra de un brazo, otro tira de mis vestidos que estaban pegados a mis heridas!... éste me coge por el cuello, otro por los cabellos, otros descargan terribles golpes en todo mi cuerpo con los puños y hasta con los pies. La Cruz cae encima de Mí y su peso me causa nuevas heridas. Mi rostro roza con las piedras del camino y con la sangre que por él corre se pegan a mis ojos y a toda mi sagrada faz el polvo y el lodo y quedo convertido en el objeto más repugnante.

Seguid conmigo unos momentos y a los pocos pasos me veréis en presencia de mi Madre Santísima, que con el Corazón traspasado de dolor sale a mi encuentro para dos fines: cobrar nueva fuerza para sufrir a la vista de su Dios... y dar a su Hijo, con su actitud heroica, aliento para continuar la obra de la redención. Considerad el martirio de estos dos corazones: Lo que más ama mi Madre es su Hijo... y no puede darme ningún alivio, y sabe que su vista aumentará mis sufrimientos.

Para Mí lo más grande es mi Madre, y no solamente no la puedo consolar, sino que el lamentable estado en que me ve, procura a su Corazón un sufrimiento semejante al mío: ¡la muerte que Yo sufro en el cuerpo la recibe mi Madre en el Corazón! ¡Ah!, ¡cómo se clavan en Mí sus ojos!, ¡y los míos, oscurecidos y ensangrentados, se clavan también en Ella! No pronunciamos una sola palabra; pero ¡cuántas cosas se dicen nuestros Corazones en esta dolorosa mirada!»,

¡Jesús se calla. No parece sino que la emoción le embarga, al recuerdo del dolor de su Madre, Josefa queda sobrecogida, sin atreverse a romper el silencio. Al fin se decide a preguntar a su Maestro si la Virgen había tenido noticia de todos sus tormentos durante la Pasión.

—«Si —respondió benignamente el Señor—, mi Madre estuvo presente a todos los tormentos de mi Pasión, que por re-

velación divina se presentaban a su espíritu. Además, varios discípulos, aunque permaneciendo lejos, por miedo a los judíos, procuraban enterarse de todo e informaban a mi Madre. Cuando supo que ya se había pronunciado la sentencia de muerte, salió a mi encuentro y no me abandonó hasta que me depositaron en el sepulcro...

Sigue contemplándome, Josefa...; la comitiva avanza hacia el Calvario...

Aquellos hombres inicuos, temiendo verme morir antes de llegar al término, se entienden entre sí para buscar a alguien que me ayude a llevar la Cruz, y alquilan a un hombre de las cercanías llamado Simón.

Pero, basta por hoy, Josefa. Mañana continuaremos. Ahora vas a pedir permiso para hacer la Hora Santa todas las noches de esta semana, y que me den libertad para tomarte a cualquier hora que te necesite».

Y como ella, en su interior, vacila, el Señor insiste con energía:

—«No olvides que tengo sobre ti pleno dominio. Sólo tus superiores, que me representan, pueden disponer de ti, y me dan completa libertad».

“Entonces —escribe humildemente— me vi tan confundida en su presencia, que, postrada en tierra, le pedí perdón”.

Jamás la detendrá el temor de sufrir sino sólo el deseo de trabajar y de servir, deseo que no llegará nunca a dominar del todo, y que será el fin, materia de sacrificio y alimento de su amor.

Según la petición del Señor empieza Josefa esa misma noche la serie de Horas Santas en que Jesús, de nuevo, abrasado de amor a las almas, le abrirá de par en par su Corazón.

Cuando a las nueve de la noche entra Josefa en la tribuna, ya está El allí. Su rostro aparece cubierto de polvo y de sangre y toda su actitud revela una profunda tristeza.

—«Josefa —le dice— quiero que durante esta hora me hagas compañía y compartas conmigo la amargura que sufrí en la prisión. Mirame en medio de esta turba insolente... Penetra en mi Corazón... Estúdiale... Considera cuánto sufre al encontrarse sólo, pues todos los que decían que me amaban, me han abandonado.

¡Oh, Padre miol ¡Padre Celestial! Os ofrezco esta tristeza y soledad para que os dignéis acompañar y sostener a las almas cuando pasen del tiempo a la eternidad».

“Se quedó en silencio. Yo le adoré y después le pedí que me diese su Cruz.

—«Si, te la voy a dar y sentirás tu corazón traspasado por el mismo dolor que traspasó el mío. . . ¡Ah, Josefal ¡Qué grande llegará a ser tu pequeñez si te unes estrechamente a Mí. . . Deja que tu corazón se abisme en los mismos sentimientos de humildad, de celo, de sumisión y de amor en que se abismó el mío, durante las afrentas de que fui Víctima en la Pasión. Yo no tenía más deseo que el de glorificar a mi Padre, devolverle la honra que el pecado le había quitado y reparar las ofensas de los hombres. Por eso me sometí con profundísima humildad a todo lo que su divino beneplácito disponía y, abrazado en el celo de su gloria y en amor a su Voluntad Santísima, sufrí con la más entera y cumplida obediencia».

Pasado un rato de silencio, dijo estas palabras:

—«¡Dios mío y Padre mío! Que mi dolorosa soledad os glorifique. Que mi paciencia y sumisión os aplaque. No descarguéis sobre las almas vuestra justa cólera. Ved a vuestro Hijo, maniatado con las cadenas que le pusieron sus verdagos. ¡Por la paciencia admirable con que soportó tantos suplicios, perdonad a los pecadores! Sostened a los que están a punto de caer por flaqueza. Acompañadlos en las horas de “prisión” y dadles fuerza para soportar las penas y miserias de la vida con entera sumisión a vuestro Santa y Adorable Voluntad».

Calló de nuevo. Y finalmente dijo:

—«Ve, ahora, Josefa; quédate con mi Cruz y durante esta noche, hazme compañía; no me dejes solo en la prisión».

—¿Y qué haré, Señor? —pregunta ingenuamente—. Porque al fin me dormiré y no pensaré en Vos”.

Con inefable condescendencia, responde el Maestro:

—«No importa, Josefa. Puedes y debes dormir, sin que por eso me dejes solo. Cuando las almas no pueden pasar, como desearían, largas horas en mi presencia, ya por verse obligadas a tomar el descanso necesario, ya por ocupaciones en las que deben poner toda la atención, pueden hacer conmigo un convenio, en el cual el amor se ingenia y queda más probado todavía que si se entregara al fervor de una devoción tranquila y fácil.

Así, ahora vas a descansar. Pero antes, deja las potencias de tu alma encargadas de rendirme, durante esta noche, el culto de tu amor. Da libertad a los más tiernos afectos de tu corazón para que, en ausencia de los sentidos, sean fieles en acompañarme y en recordar el único objeto de tu amor. Todo esto se puede hacer en un instante, con sólo decirme: "Señor, yo voy a descansar o a trabajar, pero aquí queda mi alma para haceros compañía. Solamente mi actividad descansará o trabajará ahora, pero mis potencias os rendirán continuo tributo y mi corazón os guardará, con todos sus afectos, el amor más constante y más tierno. Vete en paz, Josefa. ... Tu corazón me acompaña».

Esta lección, fielmente aprendida, será uno de los mayores consuelos de Josefa aquí abajo. Aunque expresado en su estilo inhábil y pobre, las almas fieles aprenderán en estas líneas el valor de la intención que orienta el alma hacia el Huésped Divino y enriquece aun aquellos momentos que podrían parecer inútiles pero que, gracias a esta unión con El no interrumpida, se impregnan de sentido sobrenatural y cooperan también, a la redención del mundo.

* * *

MARTES SANTO

Simón Cirineo

27 de Marzo de 1923

"El alma que ama de veras, no cuenta lo que ha trabajado ni pesa lo que ha sufrido".

El MARTES SANTO, antes de empezar a dictar el interrumpido relato, el Señor exige a Josefa un acto de sumisión a la Voluntad Divina y ella, en el recogimiento de la celdilla, repite el ofrecimiento que el Señor se digna enseñarle.

"¡Dios y Señor mío! Vedme aquí, acompañada de vuestro Divino Hijo, que, a pesar de mi gran indignidad, es también mi Esposo. Someto mi voluntad a la vuestra y me entrego completamente para hacer o sufrir lo que os dignéis pedirme, con el único fin de dar gloria a vuestra Majestad infinita y de cooperar a la salvación y a la santificación de las almas. Recibid con esta intención los méritos del Corazón de Jesucristo, vuestro Hijo, mi Salvador, mi Padre y mi Esposo".

Después de besar el suelo, Josefa se dispone a escribir:

—«Y ahora —dice Jesús— prosigamos nuestra Obra... Contéplame, camino del Calvario, cargado con la pesada Cruz. Mira detrás de Mi a Simón, ayudándome a llevarla, y considera, ante todo, dos cosas: Este hombre, aunque de buena voluntad, es un mercenario, porque si me acompaña y comparte conmigo el peso de la Cruz, es porque ha sido alquilado. Por eso cuando siente demasiado cansancio, deja caer más peso sobre Mi y así caigo en tierra dos veces.

Además, este hombre me ayuda a llevar parte de la Cruz, pero no toda la Cruz.

Veamos el sentido de estas dos circunstancias. Simón está alquilado o sea que busca en su trabajo cierto interés. Hay muchas almas que caminan así en pos de Mi. Se comprometen a ayudarme a llevar la Cruz, pero todavía desean consuelo y descanso; consienten en seguirme y con este fin han abrazado la vida perfecta; pero no abandonan el propio interés, que sigue siendo, en muchos casos, su primer cuidado; por eso vacilan y dejan caer mi Cruz cuando les pesa demasiado. Buscan la manera de sufrir lo menos posible, miden su abnegación, evitan cuanto pueden la humillación y el cansancio... y acordándose, quizá con pesar, de lo que dejaron, tratan de procurarse ciertas comodidades, ciertos placeres. En una palabra, hay almas tan interesadas y tan egoístas, que han venido en mi seguimiento más por ellas que por Mi... Se resignan tan sólo a soportar lo que no pueden evitar o aquello a que las obligan... No me ayudan a llevar más que una partecita de mi Cruz, y de tal suerte, que apenas si pueden adquirir los méritos indispensables para su salvación. Pero en la eternidad verán ¡qué atrás han quedado en el camino que debían recorrer!...

Por el contrario, hay almas, y no pocas, que movidas por el deseo de su salvación, pero sobre todo, por el amor que les inspira la vista de lo que por ellas he sufrido, se deciden a seguirme por el camino del Calvario; se abrazan con la vida perfecta y se entregan a mi servicio, no para ayudarme a llevar parte de la Cruz, sino para llevarla toda entera. Su único deseo es descansar... consolarme... se ofrecen a todo cuanto les pida mi Voluntad, buscando cuanto pueda agradarme; no piensan ni en los méritos, ni en la recompensa que les espera, ni en el cansancio, ni en el sufrimiento... lo único que tienen presente es el amor que me demuestran y el consuelo que me procuran.

Si mi Cruz se presenta bajo la forma de una enfermedad, si se oculta debajo de una ocupación contraria a sus inclinaciones o poco conforme a sus aptitudes, si va acompañada de algún olvido de las personas que las rodean, la aceptan con entera sumisión.

Suponed que llenas de buenos deseos, y movidas de grande amor a mi Corazón y de celo por las almas, hacen lo que creen mejor en tal o cual circunstancia; mas en vez del resultado que esperaban recogen toda clase de molestias y humillaciones. . . Esas almas que obran sólo a impulsos del amor se abrazan con todo, y viendo en ello mi Cruz, la adoran y se sirven de ella para procurar mi gloria.

¡Ah!, estas almas son las que verdaderamente llevan mi Cruz, sin otro interés ni otra paga que mi amor. . . Son las que me consuelan y glorifican.

Tened, ¡almas queridas!, como cosa cierta que si vosotras no veis el resultado de vuestros sufrimientos y de vuestra abnegación, o lo veis más tarde, no por eso han sido vanos e infructuosos, antes por el contrario, el fruto será abundante.

El alma que ama de veras no cuenta lo que ha trabajado ni pesa lo que ha sufrido. No regatea fatigas ni trabajos. No espera recompensa: busca tan sólo aquello que cree de mayor gloria para su Amado. Obra rectamente y acepta los resultados sin protestas ni disculpas. Obra por amor y así procura que sus trabajos y sacrificios tengan por único fin la gloria de Dios.

No se turba ni se inquieta, y mucho menos pierde la paz si, por cualquier circunstancia, se ve contrariada y aun tal vez perseguida y humillada, porque el único móvil de sus actos es el amor y sólo por amor ha obrado.

Estas son las almas que no buscan salario. Lo único que esperan es mi consuelo, mi descanso y mi gloria. Estas son, las que llevan toda mi Cruz y todo el peso que mi Voluntad Santa quiere cargar sobre ellas».

Estas son, en verdad, las almas que Jesús espera, para ayudarlas a llevar la Cruz. Corazones generosos, capaces de amarle con amor verdadero, leal y desinteresado. Y si ha querido declarar a los hombres el plan divino de nuestra cooperación a su obra redentora ¿no será porque anhela despertar el amor de muchos, para aumentar el número de aquellas almas que Santa Teresa describe como almas entregadas, abandonadas a El para seguirle donde quiera que vaya, hasta la muerte de cruz. . . almas resueltas a llevar su carga, sin consentir jamás que lleve El solo todo su peso?

En el silencio de la noche, cumpliendo los deseos de su Dueño, Josefa, deseosa de consolarle, empieza la Hora Santa.

—«Josefa! ¿Ya estás aquí? ¿Vienes a hacerme compañía? —dice, y le entrega la Cruz—. Colócate junto a Mi para defenderme de los ultrajes e insultos de que fui víctima en la corte de Herodes. Contempla la vergüenza y confusión que allí pasé al oír los sarcasmos y burlas que este hombre lanzaba contra mí. . . Ofrece sin cesar actos de adoración, de reparación y de amor.

Adiós. . . Te dejo mi Cruz. . . Mañana te prepararé al gran día del amor».

No acabará la noche sin que el demonio venga de nuevo a atormentar y perseguir a Josefa. Pero ya ha aprendido de labios del Divino Maestro que su Cruz puede presentarse bajo todas las formas y que en cualquiera de ellas debe aceptarla y contar con su ayuda para no desfallecer. Ella cree en su amor y sabe verlo a través de todo sufrimiento.

* * *

MIERCOLES SANTO

La Crucifixión

28 de Marzo de 1923

“Estad atentos, ángeles del Cielo, y vosotros, todos los que me amáis”.

MIERCOLES, 28 DE MARZO.

—«Besa el suelo —dice Jesús al llegar a la celda—, humíllate, pues no eres digna de oír mis palabras. . . Pero ¡amo tanto a las almas! Por ellas vengo a ti. . .

Ya estamos cerca del Calvario. ¡La multitud se agita porque se acerca el terrible momento!. . . Extenuado de fatiga, apenas si puedo andar. . . Tres veces he caído en el trayecto. Una, a fin de dar fuerza para convertirse a los pecadores habituados al pecado; otra, para dar aliento a las almas que caen por fragilidad, y a las que ciega la tristeza o la inquietud; la tercera, para ayudarlas a salir del pecado a la hora de la muerte. . .

¡Mira con qué crueldad me rodean estos hombres endurecidos!. . . Unos tiran de la Cruz y la tienden en el suelo; otros me arrancan los vestidos pegados a las heridas, que se abren de nuevo, y vuelve a brotar la sangre.

Mirad, almas queridas, cuánta es la vergüenza que padezco al verme así ante aquella inmensa muchedumbre! . . . ¡qué dolor para mi cuerpo y qué confusión para mi alma!

Los verdugos me arrancan la túnica, que con tanta delicadeza y esmero me vistió mi Madre en mi infancia y que había ido creciendo a medida que Yo crecía; ¡y la sortean! . . . ¡Cuál sería la aflicción de mi Madre, que contemplaba esta terrible escena? . . . ¡Cuánto hubiera deseado Ella conservar aquella túnica, ceñida y empapada ahora con mi sangre!

Pero . . . ha llegado la hora y, tendiéndome sobre la Cruz, los verdugos cogen mis brazos y los estiran para que lleguen a los taladros preparados en ella. . . Con tan atroces sacudidas todo mi cuerpo se quebranta, se balancea de un lado a otro y las espinas de la corona penetran en mi cabeza más profundamente.

¡Oid el primer martillazo que clava mi mano derecha. . . resuena hasta las profundidades de la tierra! . . . ¡Oid! . . . Ya clavan mi mano izquierda. . . ante semejante espectáculo los cielos se estremecen, los ángeles se postran, ¡Yo guardo profundo silencio! . . . ¡Ni una queja se escapa de mis labios!

Después de clavarme las manos, tiran cruelmente de los pies. . . Las llagas se abren. . . los nervios se desgarran. . . los huesos se descoyuntan. . . ¡el dolor es inmenso! . . . mis pies quedan traspasados. . . y mi sangre baña la tierra! . . .

Contemplad un instante estas manos y estos pies ensangrentados. . . este cuerpo desnudo, cubierto de heridas y de sangre. . . Esta cabeza traspasada por agudas espinas, empapada en sudor, llena de polvo y de sangre.

Admirad el silencio, la paciencia y la conformidad con que acepto este cruel sufrimiento.

¡Quién es el que sufre así, víctima de tales ignominias? . . . Es Jesucristo, el Hijo de Dios, el que ha hecho los cielos, la tierra, el mar y todo lo que existe. . . ; el que ha creado al hombre, el que todo lo sostiene con su poder infinito. . . Esta ahí, inmóvil. . . , despreciado. . . , despojado de todo . . . Pero muy pronto será imitado y seguido por multitud de almas que abandonarán bienes de fortuna, patria, familia, honores, bienestar y cuanto sea necesario para darle la gloria y el amor que le son debidos.

Estad atentos, ángeles del cielo, y vosotros, todos los que me amáis. . . Los soldados van a dar la vuelta a la Cruz para remachar los clavos y evitar que con el peso de mi cuerpo se

salgan y lo dejen caer. ¡Mi cuerpo va a dar a la tierra el beso de paz! ¡Y mientras los martillazos resuenan por el espacio, en la cima del Calvario se realiza el espectáculo más admirable! . . . A petición de mi Madre, que contemplando lo que pasaba y siéndole a Ella imposible darme alivio, implora la misericordia de mi Padre Celestial. . . , legiones de ángeles bajan a sostener mi cuerpo adorable para evitar que roce la tierra y que lo aplaste el peso de la Cruz. . .

Y mientras los martillazos resuenan en el espacio, la tierra tiembla y el cielo se reviste de silencio, los ángeles se postran en adoración. ¡Un Dios clavado en la Cruz!

¡Contempla a tu Jesús tendido en la Cruz! . . . sin poder hacer el menor movimiento. . . desnudo. . . sin ¡ama. . . sin honra. . . sin libertad. . . Todo se lo han arrebatado . . .

¡No hay quien se apiade y se compadezca de su dolor. . . sólo recibe tormentos, escarnios y burlas. . .!

Si me amas de veras ¿qué no harás para asemejarte a Mí? ¿a qué no estarás dispuesta para consolarme? Y ¿qué rehusarás a mi amor? "Ahora, ¡móstrate en tierra y deja que te diga una palabra:

¡Que mi Voluntad triunfe en tí! ¡Que mi amor te destruya! ¡Que tu miseria me glorifique!»

Josefa permanece largo rato postrada, la faz pegada al suelo. ¿Qué pasa entonces entre Jesús y ella?

¿A qué profundidades de humildad y anonadamiento quiere el Señor reducirla? ¿A qué sublime intercambio la convida Aquel que no habla jamás en vano, puesto que es poderoso en obras y en palabras?

Cuando Josefa se levanta, Jesús ha desaparecido.

Poco después, a eso de las diez, entra en la Capilla de las Congregaciones, donde ya está el Señor esperándola.

—«Yo te acompañaré —le había dicho— porque quiero mostrarme a ti en el mismo estado en que me hallaba al cruzar, camino del Calvario, las calles de Jerusalén».

"Traía una túnica blanca —escribe Josefa—, un manto rojo muy ensangrentado y desgarrado por varios sitios. La corona de espinas se le clavaba muy hondo en la frente. La cara muy triste y con manchas como de golpes y sangre cuajada. Se acercó a mí y me dijo:

—«Josefa, vas a contemplarme durante mi doloroso camino hacia el Calvario. Adora mi sangre, que verás caer, y ofrécela a mi Padre por la salvación de las almas».

Ella se levanta y le va siguiendo, mientras Jesús recorre las estaciones del Vía Crucis. Se postra y besa el suelo adorando la Preciosísima Sangre, luego escucha las expansiones de su Corazón. En frases breves, le recuerda el significado de sus padecimientos, a la vez que dirige apremiantes y amorosas llamadas a las almas que le han de seguir de cerca (1).

Josefa pasa el día en este ambiente de dolor y de amor que penetra en su alma y la absorbe por entero, sin que, por ello, su trabajo cotidiano sufra la menor alteración. Cuán admirable es la gracia del momento presente! Por la noche va a hacer la Hora Santa en la tribuna. Acaba de arrodillarse cuando ve a Jesús, sin trazas de sufrimiento alguno, resplandeciente de belleza. Su Corazón semeja una hoguera irradiando luz.

—«Josefa —le dice con vehemencia— *mañana es el día del amor. Mira mi Corazón: no puede contener el ansia ardiente que le consume, de darse, de entregarse, de quedarse para siempre con los hombres. ¡Ah! ¡Cómo deseo que me abran su corazón y que me encierren en él para que este fuego que devora el mío los abrase y los fortalezca!*»

“Estaba su Corazón muy dilatado y todo convertido en fuego. Tan hermoso que no lo sé explicar. Le dije cuánto deseo que me consuma en su amor para que jamás pueda resistirle. Jesús me contestó:

—«*Déjame entrar en tí, y modelarte, consumirte. . . Deja que te destruya para que no sea tu voluntad sino la mía, la que obre en tí. Contempla el gozo de mi amor al ver a todas las almas que me van a recibir mañana y que, al dejarse dominar por mi acción divina, serán el consuelo de mi Corazón.*

Si, mañana, el Amor rebosa. . . se da. . . Este pensamiento alivia mis dolores ¡darme a las almas! ¡que las almas se den a Mí. . . Tú, entrégame tu corazón entero, sin temor a tu pérdida. Deja que el amor lo posea y lo transforme».

Dichas estas palabras, Jesús desaparece. Pero el recuerdo de los vivos ardores que ha visto y sentido perdura en Josefa, pues ha podido medir por ellos “la anchura y profundidad” de aquel Corazón que tanto ha amado a los hombres.

* * *

(1) Días más tarde, el Señor dictará a Josefa estas confidencias en forma de Vía Crucis. Están editados en un opúsculo aparte.

JUEVES SANTO

El Gran Día del Amor

29 de Marzo de 1923

"El Amor se da..."
"El Amor se humilla..."

—«¡Josefa! Hoy es el gran día del Amor... es su fiesta —le dice el Señor el Jueves Santo, al amanecer».

Ella está en oración en su celda y le ve aparecer de pronto, igual que la vispera, envuelto el Corazón en llamas y resplandores. Josefa renueva los votos y le adora, postrada hasta el suelo. Jesús prosigue:

—«Si; éste es el día en que me entrego a las almas y soy para ellas lo que quieren que sea. Si me quieren por Padre, seré Padre... Esposo, si me desean por Esposo... Si necesitan fortaleza, seré su fortaleza y si desean consolarme, me dejaré consolar. Mi único anhelo es darme y derramar sobre ellas todas las gracias que mi Corazón les prepara y que no puede contener... y para tí, Josefa, ¿qué seré?»

"Mi todo, Jesús mío, porque no tengo nada".

Jesús se inclina hacia ella, y con esa sencillez divina que sólo a El pertenece:

—«Dices bien —contesta—; Jesús será el todo de Josefa; Josefa, la miseria de Jesús».

Llena de paz y gratitud el alma, se dirige Josefa a la capilla para asistir a los Oficios. Jesús la sigue y la acompaña, y ella renueva la ofrenda de su absoluta donación y de un abandono total y definitivo, Jesús le dice:

—«Porque no eres más que miseria y nada, deja que abrase tu corazón y lo consuma y lo haga desaparecer. Ya sabes que la miseria y la nada no resisten nunca: se dejan manejar».

Bajo la suave y dulce influencia del amor que se da... del amor que se abaja hasta los hombres irá transcurriendo este día tan grande. Y Josefa recogerá de labios del Señor las últimas efusiones del Corazón Divino al dejar a los suyos, mientras participa de los devotos ritos y ceremonias en uso para tal día en la vida religiosa.

Hacia las cuatro de la tarde, se le aparece en la celda donde, arrodillada junto a la imagen de la Virgen, pondera en su alma estas misteriosas palabras:

—«*Si, Josefa, te he dicho que el Amor se da a los suyos y es verdad. Ven, acércate a mi Corazón y penetra los sentimientos que lo embargan. . .*»

“En este momento —escribe— me ha reclinado sobre su Corazón y ha continuado:

—«*El Amor se entrega a los suyos en alimento y ese alimento es la sustancia que sostiene y da vida. El Amor se humilla delante de los suyos y así los levanta a la más alta dignidad. El Amor se da todo entero con gran generosidad y sin reserva. Se sacrifica, se inmola, se entrega con ardor, con vehemencia a los que ama! . . . ¡Ah! ¡Qué locura de amor es la Eucaristial. . .*»

Parece que en aquel instante, necesita desahogar su Corazón enardecido. De pronto, cambia de tono, y añade con gravedad:

—«*Y el amor es el que me lleva a la muerte*».

Luego, dirigiéndose a Josefa:

—«*Hoy, el Amor te sostiene, te fortalece y te consuela. Mañana le acompañarás y sufrirás con El hasta llegar al Calvario*».

Las sombras de la Pasión, en efecto, van a caer sobre esta luminosa jornada. Durante la noche, pasada en parte ante el monumento, recobra los tesoros que tanto estima: la Cruz, la corona, las angustias y dolores del Salvador.

A media noche, se le aparece Jesús invitándola a combatir, en la prisión, su triste soledad. Su blanca túnica está hecha jirones y manchada de sangre. Su rostro muestra las huellas de las bofetadas y del ignominioso trato de que ha sido objeto.

—«*Josefa —le dice— ya me has consolado. . . Vengo a recobrar mi Cruz. . .*»

Y fijando en ella su profunda mirada:

—«*Ahora, hazme compañía. No me dejes solo en el calabozo. Que al levantar los ojos para buscarte encuentre los tuyos fijos en Mi. Ya puedes figurarte qué consuelo es para el alma que sufre, tener quien la acompañe y la compadezca. Tú que conoces la ternura de mi Corazón, comprenderás la medida de mi dolor entre ultrajes de enemigos y abandono de amigos*».

Y desaparece con esta dulcísima despedida:

—«*No te digo adiós, porque estás siempre a mi lado*».

VIERNES SANTO
Las Siete Palabras
 30 de Marzo de 1923

"Todo lo que ves, escríbelo".

En este día memorable, Jesús va a manifestar visiblemente a Josefa sus tormentos y su agonía, que se imprimirán a la vez en su cuerpo y en su alma. Le seguirá, paso a paso, compartiendo las penas de la Madre Dolorosa y presenciando los hechos que se van sucediendo, de hora en hora, ante sus ojos.

¿Quién llegará a medir la intensidad de esta unión y la realidad de esta participación en los padecimientos de Jesús? Josefa intentará describir algo de lo que ve, de lo que oye y de lo que sufre. Pero el lenguaje humano es impotente: los términos resultan pálidos, inexpressivos. La sencillez del escrito es su mérito mayor.

"Un poco antes de las seis —escribe— le he visto, durante la oración . Tenía la misma cara que anoche, pero llevaba un manto rojo sobre la túnica blanca. Estaba como agobiado. En seguida me ha dicho:

—*«Josefa, mis enemigos van a poner sobre mis hombros la Cruz que es tan dura».*

"Yo le he preguntado si me la quería dar, pues deseo mucho aliviarle.

—*«Si, tómala para que me la endulces con tu amor. Ya conoces mis sufrimientos. . . Sígueme en ellos. . . Acompañame y toma parte en mi dolor. . .»*

A media mañana vuelve para dictarle el Via Crucis que había hecho con ella dos días antes.

"Su cara estaba destrozada, sus ojos hinchados y con bastante sangre. . .

Me ha hecho besar sus pies en la séptima, la undécima y la décima tercera estación y antes de irse me ha dicho:

—*«Pronto me van a clavar en la Cruz. Te lo daré a conocer cuando llegue el momento».*

"A las doce y media le he visto otra vez, con su túnica arrancada hasta la mitad del cuerpo".

—«Josefa, los verdugos van a colocarme en la Cruz. Pon tus manos debajo de las mías. . . tus pies debajo de los míos. . . para estar más íntimamente unida a Mí. . . Deja que tus miembros sufran con los míos y que mi Cruz sea tu cruz».

“Entonces he sentido traspasadas las manos y los pies con un dolor tan grande que todo el cuerpo parecía quebrantarse. . . Al mismo tiempo oía los golpes, que, aunque no han sido muchos, resonaban lejos: Jesús, con voz muy apagada, ha dicho:

—«Ya ha llegado la hora de la Redención del mundo. . . Me van a levantar y a ofrecer como espectáculo de burla. . . Pero también de admiración. . .»

“Después de un momento le he visto otra vez. Estaba clavado en la cruz y levantado ya en alto”.

—«¡El mundo ha encontrado la paz! . . . Esta Cruz que hasta aquí era el patíbulo donde espiraban los criminales, es ahora la luz del mundo, el objeto de mayor veneración.

“En mis llagas encontrarán los pecadores el perdón y la vida: mi sangre lavará y borrará todas sus manchas. . . En mis llagas las almas puras vendrán para saciar su sed y abrasarse en amor. En ellas podrán guarecerse y fijar su morada. . . El mundo ya ha encontrado su Redentor y las almas escogidas el modelo que deben imitar. . . Y tú, Josefa, ya tienes estas manos que te sostienen. . . estos pies que te siguen para no dejarte nunca sola. Todo lo que ves, escríbelo».

“Estaba clavado en la Cruz. Tenía la corona de espinas puesta, y estas espinas, que son bastante largas, penetraban muy hondo en su cabeza. Una que era más larga entraba por encima de la frente y salía por cerca del ojo izquierdo, que estaba muy hinchado. Su cara, llena de sangre y polvo, estaba un poco inclinada hacia adelante y hacia el lado izquierdo. Los ojos, aunque hinchados y ensangrentados, estaban abiertos y miraban hacia abajo. En varias partes de su cuerpo herido faltaban jirones de carne y de piel. Brotaba sangre de la cabeza y de las otras heridas. Sus labios amoratados, y un poco torcida la boca, aunque la última vez que le he visto, a las dos y media, la boca había recobrado su aspecto normal.

“En fin, inspiraba tal compasión, que es imposible contemplarle sin traspasarse el alma de dolor. . . Lo que me ha causado más pena, es que ni siquiera tenía libertad para acercarse una mano a la cara. . . En fin, verle clavado así, manos y

pies, me dará fuerza par dejarlo todo y someterme a su Voluntad aun en aquello que más me cuesta.

“Es de notar que, cuando le he visto así en la cruz, le habían arrancado la barba, que antes daba gran majestad a su rostro. Sus cabellos, que son tan hermosos, ahora estaban en desorden, llenos de sangre y le caían por la cara. . .”

Fácilmente se comprenderá que la visión de semejante espectáculo había de dejarla anonadada y como anegada en un mar de dolor. Pasa la tarde entera en su celda, misteriosamente convertida en la cima del monte Calvario. Allí, en un silencio impresionante, sube al cielo la oración de Josefa, unida a la ofrenda del Redentor.

“Creo que eran las dos y media —prosigue en los apuntes— cuando dijo con voz entrecortada:

—«¡Padre!, *pérdónalos porque no saben lo que hacen. . . No han conocido al que es su vida. Han descargado sobre El todo el furor de sus iniquidades. . . mas, Yo os lo ruego, ¡Oh, Padre mío!, descargad sobre ellos la fuerza de vuestra misericordia».*

“Pasado un instante, le oí decir:

—«*Hoy estarás conmigo en el paraíso. . . Porque tu fe en la misericordia de tu Salvador ha borrado tus crímenes. . . ella te conduce a la vida eterna. Mujer, he ahí a tu Hijo. ¡Madre mía! he ahí a mis hermanos. . . ¡Guárdalos!. . . ¡Amalos!. . . No estáis solos, vosotros por quienes he dado mi vida. . . Tenéis ahora una Madre a la que podéis recurrir en todas vuestras necesidades».*

“Vi a la Virgen Santísima al lado de la Cruz —anota Josefa—. Estaba de pie y mirando a Jesús; llevaba túnica y manto de color violado. Me dijo en tono doloroso pero muy firme:

—«*Mira, hija mía, a qué le ha reducido el amor. Este que ves aquí, en tan triste y lastimoso estado, es mi Divino Hijo: el amor le ha llevado a la muerte. Y ahora el amor le lleva a unir a todos los hombres con lazos de hermandad, dándoles a todos su misma Madre».*

“Jesús continuó:

—«*¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿por qué me habéis desamparado?*

Sí, el alma tiene ya derecho a decir a Dios: ¿por qué me has desamparado? Porque, después de consumado el misterio de la Redención, el hombre ha vuelto a ser hijo de Dios, hermano de Jesucristo, heredero de la vida eterna...

¡Tengo Sed! ¡Oh, Padre mío!... tengo sed de vuestra gloria... y he aquí que ha llegado la hora... En adelante, realizándose mis palabras, el mundo conocerá que sois Vos el que me enviasteis, y seréis glorificado... Tengo sed de almas, y para refrigerar esta sed he derramado hasta la última gota de mi sangre.

Por eso puedo decir: —Todo está consumado.

Ahora se ha cumplido el gran misterio de amor, por el cual Dios entregó a la muerte a su propio Hijo, para devolver al hombre la vida. Vine al mundo para hacer vuestra Voluntad: Padre mío ¡ya está cumplida!

A Vos entrego mi alma... Así las almas que cumplen mi Voluntad, podrán decir con verdad: Todo está consumado... ¡Señor mío y Dios mío! Recibid mi alma, la pongo en vuestras manos...

Josefa, lo que has oído, escríbelo; quiero que las almas lo lean, a fin de que las que tengan sed se refrigeren... las que tengan hambre se sácien».

“Dicho esto, Jesús desapareció. Hasta las seis de la tarde, seguí sintiendo el dolor de la Cruz, los clavos, la desolación del alma, en fin, un sufrimiento que no puedo explicar. Después todo se me pasó, excepto la corona de espinas”.

El SABADO SANTO, 31 DE MARZO, es día de recuerdos, sin ninguna visión. Hacia las dos y media de la madrugada del día de Pascua, la Santísima Virgen aparece a Josefa, en todo el esplendor de su gozo celestial:

«—Hija mía —le dice—, mi Hijo, tu Divino Esposo, ya no sufre. Ha resucitado, lleno de gloria. Ahora sus llagas son manantial de innumerables gracia para las almas, donde podrán todas poner su morada, en especial las más miserables... Preparate, hija, a adorar estas gloriosas llagas...»

Y desapareció.

“¡Qué pena me d'ó ver que se iba! Hubiera querido volar tras ella. Ya no la he visto más”.

IX

M A R M O U T I E R

Vida de Fe

Del 1º de Abril al 2 de Mayo de 1923

“Los caminos de Dios son misteriosos y ocultos a los ojos de los hombres”.

(19 de marzo de 1923)

Surge radiante la aurora de Pascua. Josefa, esperanzada con la promesa de la Santísima Virgen, se prepara para adorar las llagas gloriosas del Divino Crucificado. Mas la preparación a que la Madre del Salvador la invitaba, hace unas horas, no era precisamente para hoy... Era para aquel día ya cercano —Josefa lo ignora aún— en que ha de ir a “beber, con gozo, de las fuentes del Salvador”, allá en la tierra de los vivos. Nueve meses, no más, le quedan de peregrinar aquí abajo y ya sólo de paso aplicará sus labios al venero de los consuelos celestiales, lo justo para no desfallecer en el camino.

Jesús, después de haberle abierto tan ampliamente su Corazón y haberle confiado, para transmitírselo a otras almas el sentido íntimo de sus dolores; Jesús que la ha fortalecido asociándola a su Pasión, al llegar aquí la abandona a sí misma, como si por ahora no necesitase ya más del instrumento que con tanto amor se había escogido. Mientras de este modo la reduce a sus límites, prosigue en ella la obra de su amor; obra de destrucción y de muerte, para dar lugar a su vida divina y a la libertad de su acción.

Josefa conserva una fe ciega en esta acción, segura también del amor que así la trabaja; y si bien se abandona, con filial confianza, al divino querer, por otra parte su conciencia delicada se alarma con el temor de que hayan sido sus infidelidades la causa de la ausencia y el silencio del Señor.

“He pasado toda la semana de Pascua —escribe— sin ver a Jesús. . . ¿Seré yo la que estorbo su venida?”

Fiel como de costumbre a su obligación, se entrega tan de lleno a su trabajo en el taller, que allí la encuentran invariablemente sus ayudantes, atenta siempre y servicial. Ni un solo día de la Cuaresma, singularmente extraordinaria que acaba de pasar, ha faltado a su puesto.

Por constituir ese taller el centro de su cotidiana abnegación en este fin de 1923, merece la pena nos detengamos un momento a contemplar en él a la confidente del Corazón de Jesús, en medio de sus tareas.

Ocupa una espaciosa habitación en el primer piso. Las ventanas caen frente a la Capilla de la cual sólo está separada por un patio interior. Poco antes había sido aquella pieza un dormitorio en donde tuvo Sor Josefa una celdilla. Allí se venera hoy el sitio al que Nuestro Señor venía con tanta frecuencia a traerle su Cruz. Es el mismo en que comenzó a sufrir, en diciembre de 1921, los ataques del demonio y en el que, por

vez primera, la regaló la Virgen Inmaculada, el 16 de octubre de 1922, con el don inestimable de unas gotas de la Preciosísima Sangre de su Divino Hijo. El dormitorio se transformó en taller cuando las Madres encargaron a Sor Josefa de la confección de los uniformes de las niñas. Allí pasa la Hermana la mayor parte del día, rodeada de algunas novicias y postulantes a quienes forma y dirige en el trabajo. Aquello parece un oratorio: no se rompe el silencio sino para rezar, la plegaria se escapa del corazón mientras vuela la aguja entre los dedos. Prolongación, como si dijéramos del santuario, en él enseña Sor Josefa a sus Hermanas a unirse constantemente al sacrificio perenne del Redentor sobre los altares... refugio de paz y de contento para su Corazón por la silenciosa fidelidad a la Real... paraíso embalsamado con el aroma de la más delicada caridad. El mundo entero forma su horizonte; allí están presentes todas las "intenciones, deseos y querer del Corazón de Jesús" y, al par que dan al alma impulso de fervor, prestan a la mano mayor agilidad.

Esta amorosa dependencia de Dios no impide, antes ayuda, a Josefa a vigilar el trabajo de sus Hermanas, cuidando de su formación. Siéntela la responsabilidad de su cometido, pero se encuentra compensada con el consuelo de preparar a la Sociedad del Sagrado Corazón, en lo que está a su alcance, coadjutoras aptas para más y mejor servirla. Con esta mira no ahorra el trabajo, ya distribuyendo con discernimiento la labor a sus Hermanas, conforme a la mayor o menor disposición de cada una; ya remediando, con inalterable mansedumbre, las torpezas de las principiante; ya rematando el trabajo de otras y exigiendo de todas el primor y la perfección que deben distinguir toda obra bien hecha. "Nunca la vimos impacientarse —dice una de aquellas novicias— y si notaba algún descuido se limitaba a decirnos: "No hay que hacer así el trabajo por Nuestro Señor". "Con su autoridad firme y suave se hacía querer y respetar de todas, y su virtud era una continua lección para sus auxiliares".

Josefa quería mucho a las niñas, especialmente a las más pequeñas; se le notaba, sobre todo, al trabajar para ellas y al probarles los uniformes. Las niñas lo sabían y contaban con la incansable bondad y paciencia de aquella humilde Hermanita. ¡Cuántas veces, al visitar por la noche los dormitorios, para asegurarse de que nada les faltaba, Sor Josefa se detenía para componer, a hurtadillas, un lastimoso desgarrón del vestido o para sacar a alguna pequeña de cualquier apurillo! Y todo esto lo hacía como la cosa más natural del mundo. Pero las Madres encargadas de las niñas lo observaban con edificación y agradecimiento y las alumnas grababan en la memoria el ideal de vida religiosa y de completa donación que en aquella sencilla Hermana se les mostraba.

Enteramente a la disposición de las demás, Sor Josefa, en cuanto se quedaba sola, se refugiaba dichosa en su amado recogimiento; era la inclinación de su alma. Una tarde, cuando ya se habían retirado las novicias, entró en el taller una religiosa a pedirle un favor. Sor Josefa estaba cosiendo con afán, pero su actitud revelaba donde tenía su pensamiento; parecía perdida en Dios.

La religiosa la contempló unos instantes con respeto, llamándola después suavemente. Josefa se estremeció, dirigió a su interlocutora una mirada llena de sobrenatural expresión y con su acostumbrada deferencia se levantó para escucharla; pero su alma parecía venir de muy lejos.

Aunque el taller ocupase gran parte de sus días, Josefa no se limi-

taba ni mucho menos a su trabajo de costurera. Aparte de los mil favores prestados a las Madres y Hermanas, que con frecuencia solicitaban su ayuda... costuras a máquina... planchados difíciles... última mano a las labores de las alumnas... y en los días de asueto, trajes para los "actores", que ella misma vestía con exquisito gusto... mil detalles, en fin, pequeños en sí, pero muy meritorios cuando son múltiples y se otorgan siempre con agrado, Josefa acudía a los trabajos comunes, se ocupaba de las limpiezas que se le habían asignado y del cuidado de sus capillitas, como ya se dijo. En todo se traslucía su espíritu de fe: así al acercarse la época de la Primera Comunión, ¿quién dirá el fervor que ponía en cortar y coser los vestidos y velos de las niñas?

Llegado el gran día se la podía ver, desde la madrugada, disponer la habitación donde habían de arreglarse, prever hasta los menores detalles, con admirable orden y gusto; nunca faltaban las flores, pues todo le parecía poco para preparar en aquellos corazones la venida del Señor.

Tal es el marco dentro del cual va a continuar su Obra el Artífice Divino, calladamente, ocultando en la monotonía del deber cotidiano, las maravillas de su incesante actividad.

.....

La Semana de Pascua transcurre sin que nada extraordinario venga a alterar el ritmo de la vida de Josefa. Sólo el demonio, como león rugiente, está al acecho y, aprovechando la incertidumbre de aquella conciencia delicada, la hostiga con tentaciones sin cuento. Obscuridades en el espíritu, vacilaciones en la voluntad y hasta persecuciones sensibles ponen a prueba su fidelidad. Josefa, fortalecida con la dolorosa contemplación de la Pasión de Cristo, resiste enérgicamente, no sin que en algunas ocasiones permita Dios que vuelva a experimentar su fragilidad...

VIERNES DE CUASIMODO, 13 DE ABRIL.

Se le aparece un alma del Purgatorio, que anteriormente le había pedido sufragios. Viene del cielo —dice— para animarla; después de recordarle su nombre añade:

—«Vengo de parte de Aquel que es mi felicidad eterna y el único a quien amamos, para animarte a sufrir y a caminar por la senda que en su infinita bondad te ha trazado, por tu bien y el de otras muchas almas... Un día verás las maravillas de amor que Dios reserva a sus almas más queridas, pero no en el tiempo sino en la eternidad. Allí verás el fruto del sufrimiento y experimentarás un gozo tal que en esta vida no lo podrías soportar.

Animo, espera un poco y vendrá la paz. La salvación de las almas no se logra sino a fuerza de sufrir. Pero el sufrimiento purifica el corazón y vigoriza el alma y la enriquece en méritos delante de Dios».

Estas palabras alientan a Josefa en las luchas, que arrecian todavía, hasta que el JUEVES, 19 DE ABRIL, la Santísima Virgen acude a apaciguar la tormenta.

Hace ya casi un mes que Josefa no la ha visto; así que su alegría es inmensa. Le confía un alma que sabe está en peligro, pues siempre, aun en medio de las mayores pruebas, la salvación de las almas la preocupa más que sus propias penas.

—«*Sufrir. . . sufrir. . . —contesta la Señora— las cosas de gran valor se compran a muy subido precio*».

Y luego, añade:

—«*Esta alma se salvará; ofrece todas tus pruebas por ella y abandona a Dios el resultado y la gloria. Pero, te lo repito, hija mía, no se perderá*».

Y como si aprovechara una ocasión favorable, le propone un sacrificio del todo inesperado.

—«*Jesús quiere que le sacrifiques esta casa*».

Al oír semejante propuesta, Josefa queda estupefacta. ¿No le dijo la misma Virgen Santísima que moriría en Poitiers?... Y además, ¿qué será de ella tan vacilante y tan débil, sin el apoyo de las Madres, que tanto la conocen y la ayudan?

La pobre Josefa se estremece y tiembla ante la perspectiva de verse sola... ¿Cómo acertará, quién resolverá sus dudas?

—«*No te asombres, hija. Los caminos de Dios son misteriosos y ocultos a los ojos de los hombres. No temas: es preciso que hagas este sacrificio para bien de tu alma y de otras. Jesús te ama. . . No vivas más que para El*».

Al día siguiente, VIERNES, 20 DE ABRIL, el mismo Jesús se le aparece después de tan prolongada ausencia. Ella le expone con sencillez todos sus temores.

—«*¿No me tienes a Mí siempre, Josefa, para hablarme, para decírmelo todo? ¿En qué ocasión te he dejado sola? El amor que me tienes tú a Mí, no es nada, es una sombra comparado con el que yo te tengo. Quiero que me des esa prueba de amor. Mi Obra ha de pasar por el crisol del sufrimiento: es preciso. Pero no temas; nadie descubrirá tu secreto y mi Obra resplandecerá más que nunca, pues dejaré allí las huellas de mi paso*».

Y reanimando su valor y su confianza:

—«*Va a comenzar una nueva fase de tu vida. Vivirás de paz y de amor, y, mientras tanto, nos prepararemos a la unión eterna. Ya no nos separaremos, Josefa. . . Tú me amas y Yo te amo. . . las almas se salvan. . . lo demás ¿qué importa?*»

Quiero que crezcas... —añade con inmensa ternura— jeres tan pequeña! Pero no te dejaré sola».

Esta decisión de la Voluntad Divina, tan imprevista al parecer, coincide, sin embargo con el plan de las Superiores. Conviene que una vida religiosa tan corta y ya tan llena, no se vea privada de los bienes que traen los cambios de casa, tal como se acostumbran en la Sociedad del Sagrado Corazón. Conviene también que, además de los testigos habituales, haya otros que puedan conocer y apreciar las virtudes de la humilde Hermana; conviene, en fin, de que el espíritu que la guía sea sometido a nuevas pruebas de modo que, en adelante, no pueda ya ponerse en duda que es de Dios. Tan sabias y prudentes razones favorecen el plan divino: las Superiores deciden que Sor Josefa irá destinada a Marmoutier (1) sin que ninguna advertencia acerca de su vida extraordinaria la preceda ni la acompañe. Vale más dejar a Dios, que la conduce, el cuidado de velar por ella, conforme a sus misteriosos designios.

Josefa reacciona prontamente y a la primera sorpresa y turbación, sucede una total entrega al querer divino.

“Aunque me cueste mucho dejar esta casa que tanto quiero y todo lo demás, no importa. Iré donde Dios quiera, pues sólo a El deseo amar y sólo a El agradar en todo”.

La respuesta divina no se hace esperar:

—«Josefa, ¡cuánto me consuelas!» —le dice el LUNES 23 DE ABRIL.

Luego, aludiendo al examen particular que está ella apuntando, en el preciso momento de la aparición:

—«Sí, me agrada este examen. Multiplicar los actos de fidelidad, sin rehusar nada a Jesús. Si tú eres fiel en buscar delicadezas de amor, Yo no me dejaré vencer en generosidad. Tu alma se inundará de paz. Jamás te dejaré sola y serás grande en tu pequeñez, porque Yo mismo viviré en ti».

Y para darle valor, añade:

—«El Amor te guía... El Amor te sostiene. Tienes que crecer, tienes que correr mucho ahora, hasta llegar al abismo de felicidad que te preparo con tanto amor».

Se acerca el día de la partida. Josefa no ha de hacer grandes preparativos. Hasta el último día sigue tranquilamente el curso de su vida ordinaria, pero, aunque su voluntad abraza plenamente la de Dios, su corazón sufre pensando en la separación y, más aún, ante la perspectiva de tener que llevar sola el peso de su secreto.

—«Ve sin miedo —le repite el Señor el DOMINGO 29

(1) Cerca de Tours. Entonces Noviciado de los Religiosos de Coro.

DE ABRIL.—*Allí me encontrarás. No te apures, que Yo no he de dejarte y te diré todo lo que has de hacer».*

MIÉRCOLES, 2 DE MAYO. Después de oír Misa y comulgar, Josefa se despidió de sus Madres y Hermanas y recorre, en un último adiós, los sitios más queridos de aquella casa: la celda de la Santa Madre, el oratorio del Noviciado, donde en tan dolorosos momentos la ha consolado la Virgen, la Capilla de las Congregaciones, que con tanto cariño cuidaba...

Saliendo de allí, encuentra a Nuestro Señor:

“Venía hacia mí —escribe— con la corona de espinas. Yo me puse muy contenta, pues hacía bastante tiempo que no la tenía, y como me marchaba, era gran consuelo llevarme este tesoro. Mientras me la ponía Jesús me dijo:

—«*Sigueme*».

Momentos después, salía de la casa.

“Ya en la estación —prosigue— un poco antes de subir al tren, le vi otra vez. Pasó por mi lado, diciendo:

—«*Yo voy delante de tí*».

Al arrancar el tren, repite las mismas palabras:

—«*Si Josefa, voy delante de tí y mi Corazón es glorificado, ¡Cuántas almas se van a salvar! Y... ¡no sabes tú qué sorpresas te preparó!*»

“Ya no le vi más, pero me sentía muy cerca de El y mi corazón le hablaba. Me ofrecí con toda el alma a hacer su Voluntad; renové muchas veces los votos y le pedí me enseñara a amarle más y más cada día, pues no busco ni quiero sino a El solo. Me entregué completamente a El y terminé el viaje con gran consuelo, pues podía ofrecerle el sacrificio de la casa y de las Madres que tanto quiero”.

* * *

En Soledad

Del 2 al 20 de Mayo de 1923

“*El Amor te lleva; El te sostendrá*”.

(2 de Mayo de 1923)

Marmoutier, Abadía famosa... Se la distingue de lejos por su “torre de las Campanas”, su portada del siglo XII y la imponente masa de sus construcciones.

Surge del valle que riega el Loira y destaca sobre el ribazo de Rougemont, cerca de la ciudad de Tours, a la cual estaba unida, en otro tiempo, por una galería subterránea que pasaba debajo del río.

Para la nación francesa, la Abadía de Marmoutier es un relicario. Allí están las grutas de San Patricio y de sus compañeros. Allí, los recuerdos de los antiguos monjes benedictinos, abades y obispos con San Martín, el fundador, y los Siete Durmientes. Luego, en las horas aciagas de la Revolución, la expulsión de los monjes y el monasterio, en ruinas.

Pero hay algo que no muere y consagra los lugares con un sello de inmortalidad: es la santidad.

Un día percibió su perfume Santa Magdalena Sofía que, en uno de sus viajes, atravesaba aquellos parajes, y resolvió hacerla florecer de nuevo en la vieja Abadía. En 1847, fundaba en Marmoutier un convento del Sagrado Corazón.

EL MIÉRCOLES, 2 DE MAYO DE 1923 llegaba allí Sor Josefa, aportando su granito de arena al tesoro de virtudes y vida sobrenatural, acumulada a través de tantos siglos. Iba a pasar en la casa tan sólo un mes, viviendo la vida oculta y laboriosa que fué siempre la suya.

Desde el primer día se dió de todo corazón a su nueva familia. Nada iba a llamar en ella la atención, como no fuera, según el testimonio de la Madre encargada de las Hermanas Coadjutoras, "su fidelidad a los menores detalles de la Regla, su amable apresuramiento en prestar servicio, su preferencia por los oficios humildes, su silencio y recogimiento y, en fin, su trato afable y su igualdad de carácter".

Para quien sabe las dificultades y penas por que pasaba entonces el alma de Josefa, esa enumeración de virtudes, al parecer tan sencillas, brilla con toda su luz. Porque su fina sensibilidad advirtió en seguida, a pesar de la caridad sincera y delicada con que la acogían, la interrogante que nadie formulaba pero que parecía flotar a su alrededor. ¿A qué había venido aquella Hermana, sin haberla pedido ni en la casa se la necesitase?

La noche misma de su llegada, le dijo el Divino Maestro:

—*«Aquí aprenderás a amar a la humillación, Josefa pues te espera. Pero así crecerá tu alma y me glorificará. No temas. El Amor te lleva. El te sostendrá. Vive de amor para que puedas morir de amor».*

Le mandan ayudar en la portería. Es un oficio nuevo para ella, que el desconocimiento de personas y lugares entorpece. Pero nada detiene su buena voluntad. Se la ve recorrer silenciosa los largos corredores de Marmoutier, perderse más de una vez en ellos ir y venir para reparar sus yerros involuntarios, y rehacer su alma en rápidas pero fervorosas adoraciones, al pasar por delante de la Capilla.

El Señor sigue ayudándola, con palabras alentadoras:

—*«No te apures, porque cuido de tí, como una madre de su hijo chiquito. Yo soy la alegría de tu alma. Sufrirás pero con paz».*

Esta frase sintetiza el plan divino. El sufrimiento madurará el alma de Josefa, a la vez que proporcionará una prueba más de la influencia divina, que va echando los fundamentos de su Obra de Amor. El tiempo transcurrido desde entonces nos permite percibir estos planes con mayor claridad.

En efecto: privada de la ayuda directa de sus Superiores, a la cual está acostumbrada, Josefa experimenta, si no la soledad del corazón, pues se ve rodeada de cariño, sí la soledad del alma y el peso del secreto que no puede comunicar más que con Dios. Confiada y sencilla como ha sido siempre, sufre de no poderse abrir sin reserva a sus nuevas Superiores. El Señor así lo quiere para afianzar su fe y para purificar y desprender más v más su alma, a fin de que el Amor pueda invadirla y poseerla por completo. El mismo se reserva su dirección y la eleva como de la mano hasta la cumbre, a través de nuevos sufrimientos y más extraordinarios favores.

Al principio, le recuerda frecuentemente lo que es para ella su Corazón; su presencia, alegría completa; su dirección, perfecta seguridad. En la oración, la acompaña. En sus idas y venidas, pasa, como un relámpago a su lado. Por la noche, aparece de pronto en su celda. Y Josefa oye de sus labios palabras de aliento, que aumentan su confianza, siempre viva en ella, pero más necesaria ahora y más difícil, por las circunstancias en que se encuentra.

—«Háblame —le dice— porque estoy contigo. No estás sola aun cuando no me ves. Yo te veo. . . te sigo. . . te oigo. Háblame, sonrieme. . . porque soy tu Esposo, tu compañero inseparable»

Y refiriéndose a la casa que ha dejado:

—«Aquí como allí, estás en mi Corazón».

EL 4 DE MAYO, PRIMER VIERNES DE MES, por la mañana, se le aparece, y abriéndole su Corazón:

—«Ven, entra aquí —le dice— aquí has de pasar el día. Estás en Mi, Josefa, por eso no me ves siempre. Pero te veo Yo y basta».

Luego, añade resumiendo la doctrina de su presencia en las almas por la gracia:

—«Tú en Mi, Yo en tí ¿qué lazo más estrecho podría unirnos?»

“Veo cada día más —comenta Josefa— que El es mi única alegría y mi único amor. Sólo le pido fuerza para ser fiel.

Durante la acción de gracias, renueva su ofrecimiento.

“En seguida le vi ¡tan hermoso y tan Padre!”

—«Yo estoy en tí, Josefa, y te sostengo para que en medio

de los sufrimientos, conserves esta paz, más deliciosa que todos los goces terrenos y que nadie te podrá arrebatara. Mi paz. . . Si; mi paz te inundará de santa alegría. . . Te fortalecerá y te sostendrá en el sacrificio».

Ella le pide que la ayude. . .

“Porque —dice— quisiera darle mucha gloria y salvarle muchas almas”.

—«Si; deseo que el amor te purifique y consuma tus miserias; la misma fuerza de este amor ardiente y puro te elevará a la santidad. . . Yo lo haré todo».

SABADO, 5 DE MAYO. El Señor le recuerda la cooperación de amor que de ella espera y cómo esta cooperación consiste en la adhesión al beneplácito divino oculto en cada momento presente:

—«Quiero que aprendas a ser generosa, porque la generosidad es el fruto del amor. Más tarde te lo explicaré, pero ahora te daré una lección práctica: encontrarás ocasiones difíciles en las que no has de ver más que a Mi. . . y cuando te digan o te demuestren algo que hiera tu corazón, sonríe con generosidad y amor, como si fuese Yo quien te lo dice».

Así, sin distraerla de su trabajo, se le presenta de vez en cuando para animarla en sus pruebas y enardecerla en el amor.

—«El sufrimiento pasa, el mérito es eterno. . . siempre estás en mi Corazón. No me pierdas de vista. . . El Amor te conduce. . . Déjalo todo a mi cuidado que Yo soy todo para ti».

La Santísima Virgen tampoco le podía faltar:

—«Da gracias a mi Hijo porque te lleva por su mismo camino. Sufrirás más de una vez las angustias de su Corazón, pero gozarás de su paz. . . No temas sufrir —le recomienda de nuevo el DOMINGO 6 DE MAYO—, con ello atraerás sobre las almas nuevas gracias. . . Pero vive alegre y que tu exterior refleje la paz de tu alma».

El MIÉRCOLES, 16 DE MAYO, Mientras Josefa recuerda a sus pies las pruebas y los favores de los diez meses transcurridos desde los votos, la Virgen vendrá a afianzarla más y más en su abandono:

—«Jesús te conoce, hija mía, sabe cómo eres y así te ama. Tus miserias persisten, a fin de que tengas siempre materia de trabajo y de lucha. Humíllate. Pero no te desanimes. Ya conoces el Corazón de Jesús. Si El pide y busca miseria, es para

mover a obrar su infinita misericordia, que todo lo consume y lo transforma. ¡Es tan bueno Jesús! ¡Ah! si las almas lo conocieran, lo amarían mucho más».

Y bendiciéndola, añade:

—*«Paz y alegría, hija querida, humildad y amor».*

También Santa Magdalena Sofía vela con maternal solicitud sobre esta hija suya en aquella casa de la que conoce hasta la última piedra. Pronto sabe Josefa el camino de la celda que su Santa Madre ocupó en vida, transformada hoy en oratorio. Allí se ha refugiado en un momento de angustia el MARTES 8 DE MAYO.

“Yo no sabía qué hacer —escribe— y estaba agobiada entre las visitas de Jesús y las preguntas que me hacían: si estaba enferma. . . si me quedaría aquí. . . Pedí fuerza a la Beata Madre y en seguida la vi junto a mí:

—*«¿Aquí estás, hija?»*

Como es tan buena, Josefa se expansiona con ella, con entera confianza. La Santa Madre prosigue:

—*«No te diré más que una palabra, para que vayas saboreándole todo el día: El amor no encuentra obstáculos y si los encuentra los transforma en medios para alimentar la ilama. Más tarde te lo explicaré detenidamente. Mientras tanto, cumple fielmente con tu deber. Ama. . . ama. . . ama».*

EL 28 DE MAYO, fiesta trasladada de la Santa Fundadora, Josefa la volverá a ver. Mientras está implorando su maternal compasión, a la vista siempre creciente de sus miserias, Santa Magdalena Sofía responde a su humilde confianza y trazando en su frente la señal de la cruz, le dice:

—*«Hija querida, ¡si es así como te quiero! Con tu pequeñez y tu miseria Yo era tan pobre como tú, pero encontré manera de utilizar mi pobreza, dándosela enteramente a Jesús. Si Yo soy pequeña, El es grande. Me abandoné a la Voluntad Divina y no busqué más que la gloria de su Corazón. Procuré vivir en la convicción de mi bajeza y de mi nada y El se encargó de todo. Hija mía, vive de paz y de confianza. Se muy humilde y entrégate a ese Corazón que es todo Amor».*

Pero volvamos a la segunda semana de mayo, en que Josefa emprende el áspero sendero que ha de ser cada vez más rudo.

No tarda en comprender, por las preguntas que se le hacen, que las Superiores de la nueva casa están perplejas respecto de ella. Y aunque ni su bondad ni la cordialidad de las otras Madres y Hermanas dismi-

nuya en un punto, su natural perspicacia no puede menos de advertir las dudas y perplejidades que surgen alrededor de su persona. ¡Y cuán dolorosa es esta prueba para su corazón delicado!, Jesús lo sabe, y por eso mismo la ha escogido como el mejor de los medios para hacerla, no ya correr, sino volar por el camino de la perfección. Es preciso que suba la empinada cuesta, sin más apoyo que Dios.

Para ayudarla a llenar cada día la medida que el Señor le exija, El mismo le manifestará diariamente un deseo, y le trazará un programa.

Sin duda en esta alma sola y desamparada, pero fiel y generosa, veía el Señor a otras muchas, a quienes por su medio abriría nuevas perspectivas sobre los designios de su Corazón, y les revelaría el secreto del generoso olvido de sí en el sufrimiento.

EL JUEVES, 10 DE MAYO, fiesta de la Ascensión, Jesús se le aparece, después de comulgar...

"Todo resplandeciente —escribe— y sus llagas despidiendo luz clarísima.

"¡Qué hermoso estáis, Jesús mío!" —le dije.

—*«Hoy es el día en que entré en el cielo con mi santa Humanidad. ¿Quieres que haga de tu alma otro cielo donde habite y tenga mis complacencias?»*

Josefa se anonada y confunde, exponiendo sus muchas miserias.

—*«No importa; tu miseria me servirá de trono y Yo seré tu Rey. Mi bondad borraré tu ingratitude. Yo te consumiré y te destruiré. Dime, Josefa, ¿me das tu Corazón para que haga de él un cielo de reposo?»*

No sabe Josefa cómo expresar la totalidad de su entrega.

"Le he dicho que mi corazón es suyo... y que con toda el alma se lo doy. El sólo me basta y a Él sólo quiero. Y por Él estoy dispuesta a dejar todo lo de este mundo".

Esta amorosa protesta parece complacer al Señor:

—*«Si, viviré en ti, me esconderé en tu alma cuando quiera olvidar las ofensas de los pecadores... Y cada día te confiaré uno de los deseos de mi Corazón para que trabajes en realizarlo. Hoy mi deseo es que vivas de mi ALEGRÍA.*

Pedirás que las almas sepan despreciar los goces terrenos para adquirir los eternos. Te alegrarás de ver a tu Esposo entrar como hombre en la patria celestial, y con El, a tantas almas santas, que esperaban con ansia se abriese para ella esta celestial morada...

Adiós escóndeme en tu corazón. Vive de mi alegría... pronto llegará para ti esa gloria sin fin. Pero ahora, deja que sea Yo el que descanse en tí».

Josefa pasa el día con los ojos fijos en la alegría del Maestro. Mira el cielo, donde triunfa para siempre, mira su alma convertida por la divina presencia, en otro cielo, que ninguna nube logra ensombrecer.

VIERNES, 11 DE MAYO. Durante la acción de gracias, vuelve Jesús a expresar su deseo para este día.

—«¿Estás aquí, Josefa?»

“Le he dicho cuánta necesidad tengo de El, ahora más que nunca.

—«Yo también te esperaba. . . Hoy será día de PAZ. . . pero a la vez. . . de sufrimiento. Como tú no puedes gran cosa, las ocasiones que te presentaré serán pequeñas, y así, al fin del día, me ofrecerás un ramillete de exquisito perfume. No temas, Yo soy la paz. Y como vivo y reino en ti, tú vivirás de paz».

El día es, en efecto, pródigo en dificultades y sacrificios. Por la noche, Jesús se presenta de nuevo a Josefa, diciendo:

—«Ven a descansar en Mí».

Y reanimando sus fuerzas agotadas:

—«Todo pasará. . . ¡el cielo no se acabará nunca! ¡Animo! Yo soy tu Todo y, por tanto, tu fortaleza. Descansa ahora y duerme en paz».

Así cada mañana, después de comulgar, Josefa recibe la consigna del día.

—«Abre tu cáliz para que entre el Divino Prisionero. Abre-me tu corazón y dame entrada en él» —le dice el SABADO, 12 DE MAYO.

Ella repite una y otra vez que su corazón está siempre abierto para El.

—«Lo sé; pero deseo que cada día mi entrada en ti sea más solemne y que, cuando me vas a recibir, tengas tal hambre y sed de Mí, que desfallezcas. ¡Si supieras cuánto te amo! ¡Si lo pudieras comprender!. . . Pero eres demasiado pequeña».

Luego, en una efusión de su Corazón abrasado:

—«Hoy, día de CELO. Sentirás en ti la sed que por las almas padece mi Corazón. ¡Ah! ¡las almas!. . . ¡las almas!»

Este deseo enardece a Josefa. Las almas llenan su pensamiento, ocupan su oración: no vive más que para cooperar a esta obra redentora, cuyo alcance ha medido en el mismo Corazón de Jesús.

“Al decirme estas palabras —escribe Josefa— le hablé de las almas que me preocupan. El me contestó:

—«*Si, pide. . pide. . no te canses. No temas ser importuna porque la oración es la llave que abre todas las puertas. Día de celo, Josefa. . Día de celo por las almas. ¡Almas! . . ¡almas!*»

“Y se fue”.

DOMINGO, 13 DE MAYO. —«*Pasaremos un día de HUMILDAD. Yo mismo te ofreceré ocasiones, sin que las busques. Sigue pidiendo por las almas. . , humíllate por ellas. . y a pesar de todo, sonríeme sin cesar*».

En todo el día no tiene más horizonte que las almas; ¿qué no haría para calmar la sed de su Señor? Nada encontramos anotado acerca de esta fecha. Sólo, en la oración de la tarde, la respuesta de Jesús a la pregunta que turba de vez en cuando el ánimo de Josefa.

—«*¿No sabes, Josefa, por qué te he traído aquí? . . Primero, porque te quiero en un completo abandono a mi Voluntad, en un desprendimiento absoluto de todo, aun de lo que te parece más necesario. He querido también que conozcas la necesidad que tienes de ser ayudada y sostenida, y así desaparezcan las huellas de un orgullo secreto, que aun quedan en tí... Además, he querido este sacrificio por las almas. . . Será una de las piedras que compondrán el edificio de mi Obra*».

Josefa le escucha embelesada, adorando en sus palabras divinas, su amor y su sabiduría.

—«*Hoy, día de HUMILDAD —repite al despedirse— pero día alegre. . Yo soy tu alegría ¿qué te importa lo demás?*»

LUNES, 14 DE MAYO. El Señor le explica por segunda vez y con mayor precisión, lo que habrá de hacer para que triunfe la Obra de Amor que le ha encomendado.

—«*Eres toda mía, ¿verdad? ¿No quieres más que glorificarme? . . ¿Y deseas ante todo que mi Obra se haga? . . »*

“Yo, a cada pregunta, le decía: Sí, Señor.

—«*Pues te voy a manifestar los planes de mi Corazón. Ya te he dicho que antes de morir verás tres veces al Sr. Obispo. Es necesario para el bien de mi Obra que tú la pongas en sus manos poco antes de morir. Pues deseo que mis palabras sean*

conocidas en seguida de tu muerte». (1)

Y al ver temblar a la pobre Josefa, añade:

—«Nada temas; todo lo que tengas que decirle, Yo te lo dictaré, pero te lo advierto, para que desde ahora tengas el mérito del sacrificio que este acto te ha de costar».

Después de la Comunión, la anima más todavía:

—«Hoy, día de ABANDONO Y CONFIANZA. Al alma que lo espera todo de Mi, Yo no puedo negarle nada, ¡Qué poco saben las almas cómo deseo ayudarlas, y cuánto me glorifican con su abandono y su confianza! Tú, Josefa, espéralo todo de Mi... háblame... pídemelo... abandónate a mi Corazón. ¿ pues Yo cuido de ti»

MARTES, 15 DE MAYO. Josefa, que no consigue desprenderse de cierto temor y recelo, ante la perspectiva que el Señor le muestra, está, durante la oración de la mañana, pidiendo más amor, porque sabe que es el secreto de la fortaleza y de la generosidad.

“En seguida ha venido Jesús —escribe— y enseñándome su Corazón todo encendido en llamas:

—«Josefa, contempla mi Corazón, estúdiale y aprenderás a amar. El verdadero amor es humilde, generoso y desinteresado... por tanto, si quieres que te enseñe a amarme, como me pides, empieza por olvidarte de ti misma. No cuentes los sacrificios. No mires lo que te cuestan. No examines si una cosa te cuesta o no. Hazlo todo por amor».

Así fortalece el alma de su esposa. Hoy, día de amor; mañana, la enseña del amor —la Cruz— iluminará el horizonte. Luego, muy pronto la prueba del verdadero amor.

EL MIÉRCOLES, 16 DE MAYO, Josefa anota por primera vez la aparición de la Cruz:

“Era la de Jesús —dice— y estaba iluminada como si una luz de lo alto se reflejase en ella”.

Durante algunos días el Corazón inflamado de Jesús y su Cruz resplandeciente, alumbran los pasos de Josefa. Pero sin que el Señor se manifieste a ella.

(1) El 3 de diciembre de 1922, durante la misa celebrada en los Feuillants por el Sr. Obispo de Poitiers, la Santísima Virgen había dicho a Josefa de parte de Nuestro Señor:

—“A este Obispo deberá la Madre transmitir las palabras de mi hijo. Y tú hablarás tres veces con él antes de morir”.

En efecto: Josefa tuvo que transmitir al Obispo de la Diócesis, por tres veces, de parte del Señor, un mensaje personal; pero, además de estas entrevistas que podríamos llamar oficiales, le vió y habló con él en otras ocasiones.

El 20 DE MAYO, FIESTA DE PENTECOSTES, durante la oración, contempla todo el tiempo la Cruz que aviva su amor, pero no entiende esta aparición, nueva para ella.

“¡Señor! ¿por qué la Cruz tan iluminada y sin embargo sin Vos?”

Jesús acude a contestarle después de la comunión:

—«Josefa, ¿no sabes que la Cruz y Yo somos inseparables? Si me ves a Mi, verás la Cruz, y cuando encuentres mi Cruz, me encuentras a Mi.»

El alma que me ama, ama la Cruz y el que ama la Cruz, me ama a Mi. Nadie poseerá la vida eterna sin amar la Cruz y abrazarla de buena voluntad por mi amor.

El camino de la virtud y de la santidad se compone de abnegación y de sufrimiento, y el alma que generosamente acepta y abraza la Cruz, camina guiada por la verdadera luz y sigue la senda recta y segura, sin temor de resbalar en las pendientes, porque no las hay. . .

La Cruz es la puerta de la verdadera vida y el alma que la acepta y la ama, tal cual Yo se la he dado, entrará por ella en los resplandores de la vida eterna.

¿Comprendes ahora cuán preciosa es mi Cruz? No la temas. . . Soy Yo quien te la doy y no te dejaré sin las fuerzas necesarias para llevarla. ¿No ves cómo la llevé Yo por tu amor? Llévala tú con amor por Mi».

¿Cuál será esta Cruz que Jesús le anuncia y la exhorta a llevar? Hasta ahora, rara vez ha pesado sobre Josefa la desconfianza de las Superiores. Dios no lo había permitido porque las dificultades de los principios y las terribles persecuciones del demonio requerían este apoyo. Pero esta oposición es una gracia que no puede faltar a un alma tan especialmente amada de Dios nuestro Señor. Su mano fuerte y suave va a colocar esta Cruz sobre los hombros de Josefa y a clavar esta espina en su corazón.

* * *

Pesada Cruz y Señalados Favores

Del 20 de Mayo al 2 Junio de 1923

“Por muy oscura que te parezca esta hora, mi poder está sobre todo y mi Obra resplandecerá”.

(20 de mayo de 1923)

El 20 DE MAYO, aprovechando los tiempos libres del domingo, Josefa se prepara a escribir a las Madres de Poitiers. Llena de alegría,

se dispone a empezar la carta, en la que, sin embargo, no puede contar todo lo que le ha ocurrido desde su marcha, pues ha de guardar secreto en lo que atañe a sus vías extraordinarias. Pero he aquí que inesperadamente, Jesús interviene, y le encarga transmita un mensaje de su parte a la Superiora a quien va a escribir. Poseída de temor, Josefa resiste. Asegura que no puede poner tal comunicación en manos de la Superiora actual, que lo ignora todo y ha de leer la carta.

Jesús insiste, sin embargo:

—«*¿Por qué temes si soy Yo el que te lo mando?*»

Ella implora compasión y le ruega que no la obligue a una cosa que no puede pasar inadvertida y que aumentará la incertidumbre que ya siente a su alrededor. ¿No le ha exigido El mismo el secreto? ¿No le ha prometido que se lo guardaría?...

Jesús se muestra esta vez inflexible. Su Voluntad, ya no suplica, exige obediencia y abandono.

—«*Ama —le dice— y tendrás fuerza*».

En su angustia, Josefa vacila todavía. No acaba de resolverse a un acto cuyas consecuencias prevé. Pero ¿cómo resistir al Señor?

Al fin se decide y desliza en la carta, en términos velados, lo que el Maestro le ha mandado escribir. La tarde pasa sin ningún incidente, aunque no sin mortal inquietud; y no resultan vanos sus temores.

El contenido de esas líneas llama naturalmente la atención de las Superiores, acostumbradas al tono sencillo y humilde de las Hermanas Coadjutoras. Sospechan de peligroso y temerario el proceder de la recién llegada.

Al día siguiente, la Superiora llama a Sor Josefa; la interroga con maternal bondad y luego, en tono firme, le representa los peligros de una imaginación exaltada, que podría convertirla en una ilusa. La pobre Hermana escucha humildemente los avisos, pero su alma se llena de turbación y siente despertarse de nuevo las antiguas repugnancias contra su extraordinario camino, tanto tiempo combatidas y no del todo apagadas todavía. No abre la boca para defenderse, pero no puede contener las lágrimas.

“Ya he resistido tanto tiempo a este camino —escribe aquella noche— y mis mayores tentaciones son todavía de resistir. . . ¡Ah! qué feliz sería yo si fuese por el camino sencillo y común de mi querida vida religiosa! ¡qué inquietud, qué angustia y qué lucha!. . . Dios mío; ¿qué hacer? . . . ¿O, volveré a resistir como ya lo he hecho tantas veces. . .”

EL LUNES DE PENTECOSTES, 21 DE MAYO después de un día de dolorosa incertidumbre, pide al Señor la perdona si ha cometido alguna imprudencia, dando lugar a la reprobación que ella acepta con toda la sinceridad de su alma recta. Está en la Capilla, ante el Santísimo, esperando respuesta a su angustiada plegaria, cuando, de pronto:

“Jesús vino —escribe—. Su Corazón estaba muy encendi-

do y tenía a su lado una Cruz iluminada, tal como la veía estos días pasados.

—«No has hecho más que obedecerme. Josefa, No temas nada de tus Superiores. ¿No ves cómo hasta aquí te he ayudado siempre? Pues no he cambiado. Antes te amaba y te amo ahora. Soy tu Padre, tu Salvador y tu Esposo, pero soy también tu Dios y me perteneces. El Criador es dueño de su criatura y tú, por lo tanto, eres mía».

Y añade, para avivar su fe:

—«¿Crees que sucede algo sin que Yo lo permita? Todo está dispuesto por Mi para bien de todas y de cada una de las almas. Por muy oscura que te parezca esta hora, mi poder está sobre todo y mi Obra resplandecerá.

Yo soy tu Todo, Josefa; no temas, porque no te dejo sola. ¿Crees que te he traído para perderte? No, es por amor y porque así conviene».

Estas palabras devuelven la paz a su alma, aunque no disminuye el sufrimiento. La Cruz sigue mostrándose en el horizonte pero ha perdido los resplandores que la cercaban. Josefa la abraza, sin embargo, con todo el amor de que es capaz. Ningún cambio se nota en su conducta exterior. Siempre sencilla y confiada, lo sucedido no ha enfriado sus relaciones con las Madres y su perfecto espíritu religioso, en estas difíciles circunstancias, es el mejor testimonio de que sólo la guía el espíritu de Dios.

Meses más tarde, la Superiora de Marmoutier recordará la impresión sobrenatural que le causó la actitud humilde y suave de aquella Hermanita, recibiendo las reprensiones que ella creyó, en conciencia, tener que hacerle, a veces en términos muy fuertes. Y añadirá que, al verla salir de su celda, sintió, a pesar de sus aprensiones, que Dios miraba a aquella alma con especial predilección.

Mientras esto sucede, el resto de la Comunidad, que nada sabe, sigue viéndola siempre igual, olvidada de sí, servicial con todas, amable en los recreos, modelo, en fin, de acrisolada virtud.

En el fondo del alma guarda, para ella sola, su amarga pena.

—«Tu corazón no ha llegado a sufrir tanto como el mío».
—le dice el Señor, el MARTES 22 DE MAYO.

Y como Josefa replica que no puede haber comparación entre el Corazón de Cristo y el suyo, tan miserable y mezquino:

—«Pues, en la medida de tu posibilidad y de tus fuerzas, quiero que tu corazón sea el reflejo del mío. No temas, Yo te amo y nunca te abandono».

Precisamente ahora, en su alma dilatada con nuevas profundida-

des, por la humillación y el dolor, Dios va a derramar un torrente de gracias.

Josefa conoce por experiencia la dulzura y la fuerza de la Paternidad divina, pero el VIERNES, 25 DE MAYO, recibirá sobre ella una ilustración nueva y tan eficaz, que su alma quedará confirmada en el espíritu de infancia espiritual y establecida en aquella seguridad y abandono que son su fruto inmediato.

“Por la noche —escribe— cuando iba a descansar, besé el crucifijo de votos con todo el ardor de mi corazón. Al instante, vino Jesús, hermosísimo... pero sobre todo... ¡tan Padre!”

No sabe cómo expresar la realidad de esta palabra: Padre.

—«No temas —le dice— Yo te guardo. . . te guío. . . te amo».

¿No está aquí encerrado todo el sentido de la Divina Paternidad?

“Como es tan bueno, le he llamado Padre y le he dicho todas las ternuras que he podido”.

Con ternura divina corresponde a la que su hija le muestra:

—«Me gusta que me llames así. Cuando pronuncias esta palabra: ¡Padre!, mi Corazón se obliga a cuidar de tí. . . No sabes cómo se alegran los padres cuando su hijito empieza a hablar y pronuncia el nombre tan tierno de ¡padre!. . . al oírlo le abren los brazos y lo estrechan contra su corazón con tanta ternura y amor, que experimentan un goce muy superior a todos los placeres de este mundo. Pues si esto sucede a un padre, a una madre de la tierra, ¿cuál será el deleite de Aquel que es a la vez Padre, Madre, Dios, Creador, Salvador y Esposo? ¿Qué corazón puede igualar al mío en ternura y amor?

Sí, alma querida, cuando estés oprimida y angustiada, ven, acude a Mí, dime: “Padre” y descansa en mi Corazón.

Si no puedes postrarte a mis pies como quisieras, en medio de tu trabajo, repite esta palabra: Padre, y Yo te ayudaré, te sostendré, te guiaré y te consolaré.

Ahora, descansa en paz. Un día más ha pasado, que contará para la eternidad».

Este favor, dejará en su alma una huella profunda. Pero no es más que el primer prelude de otros mayores.

EL 26 DE MAYO, víspera de la fiesta de la Santísima Trinidad, señala lo que podríamos llamar la cumbre de la predilección divina. Josefa transcribe esa gracia insigne con una sencillez de expresión que da a entender hasta qué punto su humildad la ignora.

“Después de comulgar he visto a Jesús cerca de mí. Estaba como un pobre y como si no se atreviese a decirme nada. Yo, después de renovar los votos, le he preguntado por qué estaba así... Me ha tendido la mano:

—«*Lo que quiero... ¿No lo sabes?... Quiero tu corazón, Josefa*».

“Pero Señor, ¿no sabéis que es todo vuestro? Yo os lo he dado hace mucho tiempo y no quiero amar sino a Vos solo. Entonces, acercándose más a mí y encendiendo su Corazón, con un ardor muy grande me ha dicho:

—«*Ya lo sé, pero hoy quiero arrancártelo... y en su lugar, te pondré una centella del mío que continuamente te devore y te abrase*».

Y prosigue, con ardor siempre creciente:

—«*Si, vivirás de amor y tu alma padecerá sed insaciable de poseerme, de glorificarme, de darme almas. Tu corazón se consumirá en la llama del amor. Esta llama lo abrasará en celo por las almas y nada será obstáculo para detenerte en el camino que mi Corazón te ha preparado con tanto amor*».

Sobrecogida por el ardor con que Jesús ha pronunciado estas palabras Josefa presiente que algo grande va a suceder entre El y ella.

Siempre temerosa y desconfiada de sí misma en presencia de tantas gracias, escribe:

“Yo le he dicho que quiero amarle muchísimo, pero que prefiero ser como esos niños pequeños que aman sin pensar en nada y sin buscar ni ocasiones ni pruebas, sino siempre con sencillez: amarle y darle almas, pero con cositas pequeñas, así no tendré tanta responsabilidad.

—«*No temas, Josefa, esto no te estorbará, porque tú no obrarás por ti misma, sino guiada e impulsada por Mí.*

Yo también quiero que seas como un niño. Pero deseo utilizar esa pequeñez y que, siendo muy pequeña, te dejes guiar por mi mano paternal, infinitamente fuerte. Que si hay algo bueno en ti, no te lo atribuyas nunca, porque los niños no saben ni pueden nada. Pero si son dóciles y se abandonan su padre los conduce sabiamente y con prudencia.

Vamos, Josefa, déjame arrancar tu corazón».

“Sin darme tiempo de decirle nada, Jesús me lo ha arran-

cado —prosigue—. He sentido mucho dolor, y en seguida, tomando una llama ardiente en el fuego de su Corazón, la ha dejado caer sobre mi pecho. ¡Ah, Señor! No puedo... ¿No véis que es demasiado?...

—«Deja... Déjame hacer... es el Amor».

Y mientras la regala con ese misterioso don, continúa el Maestro.

—«Ya no tendrás corazón pero tendrás en ti la llama de mi amor, y esto no te impedirá sentir, al contrario: el amor, cuanto más fuerte, más delicado. Ahora, ¡vamos!... Nuestro día será de celo, de ardor y de delicadeza. Yo para ti, tú para Mí».

‘Y Jesús se ha ido —añade ella— con mi corazón en su mano.’

¿Qué fué este intercambio místico, relatado con tan sencilla objetividad?

Como con nadie podía expansionarse, Josefa, intenta confiar al papel algo de lo que había experimentado, sin que pretenda comprender ni explicar el hecho:

“Desde este momento he sentido en mi pecho un fuego tal, que a ratos me parece imposible soportarlo. Además ahora todo me parece ¡tan poco! Yo misma quisiera salir de mí... Quisiera atraer muchísimas almas a su Corazón... ¡Tengo tal deseo de glorificarle! Tengo hambre de Él, y el no poseerle, el verme separada de Él, me causa martirio. Yo no sé explicar lo que me sucede... Ahora más que nunca siento un ardor, una llama que me consume en ansias de mi Dios. ¡Ah! ¡cuánto deseo amarle y verle amado!...”

No acierta a explicar esta sensación de destierro, este vacío que le causa todo lo de la tierra. ¡Y ha de llevar sola y en secreto el peso abrumador de este regalo, que la tiene anonadada en constante adoración y ardiente amor.

EL 27 DE MAYO, fiesta de la Santísima Trinidad, el Señor añade gracias sobre gracias.

Las Tres Divinas Personas se le manifiestan entre resplandores de luz y belleza. Son en todo semejantes y en sus brazos brilla la Cruz.

“Jesús estaba en el centro —escribe—. Lo reconocí porque mostraba su Corazón. Renové los votos y recé el Credo.”

Entonces, oye estas palabras:

—«El Padre me ama... El Hijo me ama... El Espíritu Santo me ama».

“Luego la voz que así había hablado, continuó:

—«Los tres somos uno en Santidad, Sabiduría, Omnipotencia y Amor.

El Padre y el Espíritu Santo están en el Hijo, y por El se comunican plenamente a las almas. Pues estando en esta divina Persona las dos naturalezas, divina y humana, el hombre, siendo de naturaleza humana como el Hijo, cuando está en estado de gracia, se hace una misma cosa con Dios, y cuando recibe el Sacramento de la Eucaristía se identifica y se pierde en El. Así resulta que reside Dios en el alma en que reside la gracia. Esta alma es la morada de la Trinidad Santísima, donde las Tres Personas descansan y se recrean».

“Luego —prosigue— yo no comprendo cómo ha sido, he visto salir dos rayos de luz: uno de la Persona que estaba a la derecha, otro de la Persona de la izquierda; y colocándose sobre Jesús que estaba en el centro, le han cubierto de una luz muy brillante y clara... Y ya no he visto más que a Jesús solo... Teniendo la Cruz y extendiendo la mano izquierda, decía, mirando al cielo:

—«Que los hombres adoren al Padre. Que amen al Hijo. Que se dejen poseer por el Espíritu Santo y que la Trinidad Beatísima resida en ellos».

Luego, con tierna condescendencia, mira complacido a Josefa y le dice:

—«En tanto que las especies Eucarísticas permanecen en el alma, reside en ella el Padre como Dios, el Hijo como Hombre, el Espíritu Santo como Esposo, y los Tres, siendo solo Dios, divinizan al alma que se deja poseer. ¡Ah! ¡si pudieras ver la hermosura de un alma en estado de gracial... Pero ya que esto no lo puedes ver con los ojos corporales, Josefa, míralo con los de la fe, y conociendo el valor de las almas, empléate en dar esta gloria a la Trinidad Santísima, preparándole y dándole almas en las que pueda establecer su morada».

Así, continúa instruyéndola:

—«Cada alma puede servir de instrumento a esta sublime Obra... Para ello no se requieren cosas grandes, bastan cosas muy pequeñas: un paso que se da, una paja que se coge del suelo, una mirada que se retiene, un servicio prestado, una

sonrisa dulce y agradable... Todo esto ofrecido al Amor es en realidad de gran provecho para las almas y atrae hacia ellas un caudal inmenso de gracias. Pues no necesito decirte qué precio tienen la oración y la mortificación y todas las acciones ofrecidas para expiar los pecados de las almas, alcanzar su purificación y hacer de ellas también santuarios puros, donde resida la Santísima Trinidad».

Aquí Josefa recuerda los Institutos Religiosos consagrados al Apostolado, y le pide que los abrase en amor y celo y que bendiga sus trabajos. El Señor responde a su ruego, dando a entender que el desinterés del apóstol es lo que más agrada a su Corazón:

—«Si algún alma consagra su vida a trabajar directa o indirectamente por la salvación de las almas, y llega a un desprendimiento tal, que sin descuidar su propia perfección, se olvida hasta dejar el mérito de sus buenas obras, oraciones y sacrificios para aplicárselos a las almas... esta persona desinteresada obtiene abundantes gracias para el mundo... y ella misma sube a un grado de santidad al que no subiría si todo lo ofreciese para sí».

Josefa anota cuidadosamente estas verdades consoladoras, que ya conoce por la fe. Oídas de labios del Salvador adquieren a sus ojos mayor relieve al que su corazón concede inmenso valor.

“Luego se fué. ¡Ah! ¡cómo sufro cuando me encuentro en la tierra sola, después de tal contemplación!... ¡Yo que soy tan poca cosa no puedo soportar este consuelo!... ¡Qué pequeño es todo lo de aquí abajo!... ¡Y cuán indiferente estoy para todo lo de la tierra!...

“Yo no me sé explicar: veo con tan gran luz lo que es Dios solo, que me siento muy desprendida de todo.

“Hoy, después de comulgar, he renovado los votos con todo el ardor de mi corazón y me he entregado de nuevo a mi Jesús... Le he dicho que mi corazón ya lo tiene El, pero que renuevo la donación y también que le hago entrega de todo lo que más amo: patria, familia, los Feuillants, en fin todo!... Yo no quiero más que a El solo y si mi corazón debe sufrir, le ofrezco este sufrimiento. ¡Ah! ¡qué sed tengo de El!...

La soledad y la pena en que está sumergida su alma, avivan más y más esta sed. Ella lo lleva todo en silencio, como perfecta religiosa. No le es dado resistir a las predilecciones divinas, pero procura obedecer, y entrar en las intenciones de sus Superiores, velando más que nunca para que nada se trasluzca al exterior.

EL LUNES, 28 DE MAYO, fiesta trasladada de Santa Magdalena

Sofía, solemnisíma en las Casas del Sagrado Corazón, el Señor recompensa su fidelidad coronando los favores de los pasados días con un gusto anticipado del cielo.

“Cuando acababa de comulgar me parecía —escribe— que tenía dentro de mí el mismo cielo... En seguida he visto a Jesús hermosísimo... Tenía su Corazón como un sol y sobre él, una cruz de fuego... Me ha dicho:

—«*El alma que come mi Carne posee a Dios que es el autor de la vida... de la vida eterna... y por tanto, esa alma es mi cielo. No hay nada que pueda comparársela en hermosura. Los ángeles la admiran y como en ella está Dios, se prosternan y adoran... ¡Ah! ¡si supieran conocer las almas su propio valor! Tu alma es mi cielo, Josefa, y cada vez que me recibes en la Eucaristía, mi gracia aumenta en ella y por tanto, tiene mayor valor y hermosura*».

A los pies de su Dios, Josefa sólo sabe humillarse, confesarle sus faltas, sus miserias, su debilidad, pues se reconoce indigna ante esta Santidad infinita, que se abaja hasta el punto de hacer de su alma un cielo para El.

“¡Señor! —le dice— os doy mi corazón, mi vida, mi libertad... ¡todo!

—«*Es lo único que deseo —responde— ¡qué me importa lo demás!... ¿Tus pecados? ¡Yo los borro!... ¿Tus miserias? ¡Yo las consumo!... ¿Tu debilidad? ¡Yo la sostengo!... Vivamos unidos los dos*».

La etapa de la vida de Josefa prevista por Dios en todos sus detalles, va a terminar con el mes de mayo. En ella ha dado la medida del verdadero amor. La soledad la ha purificado, la ha desprendido y la Voluntad del Divino Dueño, ha venido a ser ya su único apoyo. Se ha dejado llevar paso a paso, con entera docilidad, por el sendero que le trazaban los designios de Dios, hacia nuevas cruces y sufrimientos desconocidos hasta entonces. Y ha abrazado la cruz con toda la lealtad de su espíritu de fe y toda la generosidad de su amor. Así ha podido el Señor obrar libremente en su alma, derramando en ella gracias y favores, que la han transformado y la han levantado a un nivel, que con su sólo esfuerzo nunca hubiera alcanzado. La Obra del Amor se va realizando en ella antes de derramarse por el mundo.

Aquella luz radiante que iluminó los últimos días de mayo, se apaga poco a poco, como la tarde de un hermoso día. La cruz sola aparece ahora en el horizonte. Sin dejar el trabajo, padece violentísimos dolores que la dejan totalmente agotada. Jamás se queja, acostumbrada como está a sufrir con viril entereza los males físicos, hasta el último límite de sus fuerzas. Y más aún que su cuerpo, su alma está clavada en la cruz.

“Yo que quiero tanto a mis Superiores y que estoy acostumbrada a no guardar con ellas ningún secreto —escribe— y ahora tener que vivir sin decírselo todo, es lo que más me hace sufrir. . . Si Jesús no se dignase sostenerme de un modo especial, no lo podría soportar. Pero cuando la angustia es mayor, le ofrezco el sacrificio de todo y esto me da fuerza.”

Este total sacrificio de su reputación, de la ayuda de sus Madres, de un posible regreso a Poitiers, complace a Aquel que conoce su verdadero mérito. En un soberano gesto de amor, la misma mano que se lo quitó va a devolvérselo todo.

El 1º DE JUNIO escribe concisamente:

“Hoy me han dicho que volveré a Poitiers. Yo le he dado las gracias a Jesús, pues ya había hecho el sacrificio y creía que no iba a volver, al menos por ahora.”

Momentos después, el Señor se le aparece y le da a conocer su Voluntad:

—«*He recibido el sacrificio que de todo aquello me has hecho. Hoy te lo devuelvo. Ahora, te empezaré a comunicar de nuevo mis secretos. . . El demonio te asaltará más de una vez, intentará engañarte y dañarte. No temas: Yo te defenderé. Que tu corazón guarde la llama del amor y del celo, en la alegría y en el abandono. . . Yo te amo y soy tu Todo*».

LLAMAMIENTO AL MUNDO

-- o --

*Regreso a Poitiers**La Fiesta del Sagrado Corazón**Del 2 al 10 de Junio de 1923*

“Yo hablaré por ti y mis palabras penetrarán en las almas y no pasarán... Te amaré, y amándote a ti conocerán mi amor... Te perdonaré, y perdonándote a ti conocerán mi misericordia...”

(Fiesta del Sagrado Corazón 1923)

EL SABADO, 2 DE JUNIO, Sor Josefa volvía a su querida casa de Poitiers. Este regreso que la llena de gozo, alegra igualmente a toda la Comunidad. Se la amaba como se ama en la vida religiosa, pero había además en ella un no sé qué, algo que nadie hubiera sabido concretar pero que todas sentían, por lo que se ganaba los corazones de manera, que su regreso fué como una fiesta. Volvió inmediatamente a ocupar su puesto, sus empleos, su taller... como si no se hubiera ausentado.

Pero las Superiores notaron en seguida la gran transformación que se había obrado en ella. Volvía como investida de nuevas influencias divinas.

“¡Qué trabajo ha realizado Nuestro Señor en esta alma! —escribía la Superiora a la Madre General—. No sabría explicar hasta qué punto nos parece otra. ¡Y en tan poco tiempo! ¡Qué distancia entre ella y nosotras! Estamos sobrecogidas. Es una especie de consumación que ha empezado, ya bajo la acción de favores señalados, cuya grandeza se nos escapa. Y esto, cubierto siempre con un velo de sencillez extrema, de obediencia, de desprendimiento que mucho debe agradar a Nuestra Madre Fundadora. Parece que el Señor prosigue esta transformación a paso de gigante. Ella ha reanudado su vida de trabajo, silenciosa y humilde, pero su cuerpo está agotado por los padecimientos habituales y más aún por el fuego interior que la consume y que Dios acrecienta de día en día”.

Josefa, por su parte, escribe el LUNES, 4 DE JUNIO:

“Desde el día 26 de mayo, en que Nuestro Señor me arrancó el corazón, siento en mí un ardor constante... un deseo de amarle, de darle almas... Todo lo demás me parece tan pequeño, que a pesar de la facilidad que tengo para querer siento una especie de desprendimiento de todo y un deseo tal de Jesús, que quisiera salir de mí para poder saciarlo, y me encuentro como aprisionada... Yo no lo puedo expresar...”

Y como si se sintiera de pronto sobrecogida a la vista de su miseria:

“Estoy llena de confusión al verme así, tal como soy. ¿Quién hay en el mundo que, recibiendo tantas gracias, no sería una santa?... Y yo soy cada día más miserable, más ingrata... ¡Y sabe Dios si también más pecadora! Esto me da mucha pena y, aunque no me quita la paz, me hace sufrir mucho.”

Y mientras escribe esta humilde confesión, aparece Jesús en su celda:

—«No tengas miedo, Josefa; deseo que tú no seas nada, porque así Yo seré todo... Cuanto más miserable es una cosa, con tanta más facilidad se la mueve. Como no eres nada, me sirvo de ti como quiero. Ya sabes que no necesito nada... Que nada te pido sino que te abandones a Mi. Tu miseria no me importa... sigue siendo nada... ya verás lo que Yo, que soy Todo, hago con tu miseria».

“Entonces —dice Josefa— he visto pasar delante de Jesús una fila tan grande de almas, que no podía contarlas. Jesús me ha dicho:

—«Todas estas almas vendrán a Mi».

El mismo día, por la tarde, el Señor renueva la gracia insigne y misteriosa del 26 de mayo.

Se presenta a Josefa con el Corazón sumergido en un incendio y, tomando una llama:

—«Esta llama —le dice— es para renovar la que puse en lugar de tu corazón».

Josefa le asegura que la primera arde todavía intensísimamente, y que la sed de amar que le produce es su mayor tormento...

“Porque —escribe— deseo... ¡y creo que no sé amar!”

—«¡Ahl, ¡Josefa! eso no es nada todavía; Yo quiero abrazarte y consumirte».

Al instante, deja caer la llama en el pecho de Josefa... Y desaparece. Sólo su Corazón se deja ver aún durante unos minutos... De la llama brota un rayo encendido.

“¡Dios mío! —prosигuen las notas—. ¡Qué angustia para el alma, cuando no os puede amar como desea!”

Varias veces, en el mes de JUNIO de 1923 se repite favor tan señalado. Ella lo narra siempre con igual sencillez, sin conseguir expresar los efectos que produce en su alma, consumida por este fuego divino.

“Yo no sé qué pena del mundo no estaría dispuesta a soportar por El. En medio de una paz inmensa, tengo hambre de algo... Yo creo que es de Jesús... De no separarme de El... de amarle... No sé lo que es, pero por momentos, mi alma no puede contenerse.”

EL MARTES, 5 DE JUNIO, es el tercer aniversario del día en que Jesús se le apareció por vez primera (1920). Durante la oración, se le muestra y la abisma en el fuego que brota de la herida de su Corazón. Josefa se siente desfallecer en tan inefables delicias, que duran largo rato.

“Me veo tanto más pequeña cuanto le veo a El más grande y más bueno. ¡Ah! no me atrevería a acercarme a El si no tuviese a la Virgen Santísima, que es la que me ayuda y me lleva.

“Después de comulgar vino Jesús otra vez, tan dulce, tan tierno, y tan Padre, ¡que es imposible decirlo! Y abriendo su Corazón me dijo:

—*«Cuanto más desaparezcas, más seré Yo tu vida y tú serás mi cielo donde descansaré».*

—*“¡Ah! Señor, ¿cómo podré serlo siendo tan miserable?”*

—*«¿No sabes, Josefa, que en la tierra mi cielo son las almas?»*

Entonces, siente ella avivarse su celo apostólico:

“Le pregunté cómo podríamos alcanzar que muchas almas le conozcan, le amen y se abrasen en su amor...”

—*«Pedirlo, Josefa, suplicar... Si, pide que las almas se dejen abrasar por el amor!»*

A pesar de favores tan grandes, permite todavía el Señor que su elegida experimente, de vez en cuando, su propia flaqueza. Por la noche de aquel mismo día, responde a una acusación humilde que ella le hace de sus faltas:

—*«Sí, ya veo tu miseria».*

“Me dijo mis defectos —escribe Josefa— y luego añadió:

—*«¿Qué eres, Josefa, sino un poco de polvo sobre el que se sopla para que desaparezca?»*

Y al pedirle ella perdón de todo corazón.

—*«Ya sabes que te perdono siempre. Pero como quiero*

que desaparezcas tú para vivir, Yo, te digo tus miserias por amor. Ahora te voy a cambiar la llama de tu corazón, a fin de abrasarte y darte nuevo impulso para trabajar en tu destrucción».

“Aquí hizo lo mismo que la noche anterior y toda la noche la he pasado en gran sufrimiento, mi cuerpo se siente sin fuerzas y lleno de dolor... y el alma está en una opresión que yo misma no entiendo, pero esto no me quita la paz que cada día es más profunda.

—«Cada noche vendré a consumir tus miserias y cambiaré la llama que te he puesto Yo mismo en lugar de tu corazón», —le dice Jesús el MIÉRCOLES 6 por la mañana.

Y fiel a su promesa, se presenta a Josefa a llegar la noche. Escucha la confesión de sus flaquezas y le responde con bondad.

—«Ya sabes que la propiedad del fuego es destruir y abrasar... así la propiedad de mi Corazón es perdonar, purificar y amar. No creas que a causa de tus miserias voy a dejar de amarte, no; mi Corazón te ama y no te abandonará».

Entonces Jesús, como otras veces, cogiendo una llama del incendio de su Corazón, la deja caer en el pecho de Josefa. Ella al sentir el contacto divino del amor que la abrasa, se estremece: se lleva las manos al corazón como para sujetarlo y contener sus ardores. Su pecho palpita con fuerza, casi sin aliento, como si no pudiera recobrar el ritmo normal. Sus ojos están fijos en la divina aparición, con una expresión indecible. Escena conmovedora, de la que aquella pobre celda es testigo casi diariamente. El éxtasis dura un cuarto de hora. Las Madres siempre solícitas, rodean a Josefa, recogidas en intensa oración. Poco a poco, sale de aquel estado extraordinario; respira normalmente, junta las manos... baja los ojos... todo ha desaparecido; pero su alma permanece invadida por aquel ardor que la va consumiendo, mientras su cuerpo experimenta terribles dolores, que a veces duran toda la noche.

Los testigos de estos solemnes momentos nos los describen, tal como quedan referidos.

Pero ¿quién podrá sondear los efectos internos que causa en aquella alma privilegiada esta infusión sobrenatural de amor divino? ¿Y qué inmensa capacidad llegará a ser la suya, así dilatada para amar, para sufrir, para cooperar a la obra redentora de Jesucristo?

En medio de estos favores extraordinarios, ignorados de todas, a excepción de las Superiores, la Comunidad va siguiendo los ejercicios del triduo preparatorio a la fiesta del Sagrado Corazón.

La víspera de la fiesta, por la noche —7 DE JUNIO— Josefa está en la capilla con sus Madres y Hermanas, haciendo la Hora Santa. Jesús se manifiesta a ella:

“Quería consolarle —escribe Josefa— pero la vista de mis propias miserias me llena de vergüenza al mismo tiempo que de pena. Yo le decía así a Jesús mis deseos, pero casi no me atrevía a pedir perdón por los pecados del mundo, ¡teniendo yo misma tantos! Ha venido en seguida y con gran bondad me ha dicho:

—«¿Por qué temes? ¿No sabes que mi deseo es perdonar? ¿Crees que te he escogido a causa de tu virtud? Ya sé que no tienes sino miserias y debilidades, pero como soy fuego que purifica, te abrasaré en la llama de mi Corazón y te destruiré.

¡Ah, Josefa!, ¿no te he dicho varias veces que mi único deseo es que las almas me den sus miserias? Ven... y déjate consumir por el amor...»

“Aquí dejando escapar la llama de su Corazón sobre el mío, me ha abrazado como otras veces.”

Un momento permanece en silencio, enajenada por ese ardor que no acierta a expresar.

“Luego —añade— le he pedido por algunas almas que yo sé necesitan que Jesús las ayude y El me ha contestado:

—«Cuando un Rey o un Príncipe toma por esposa a la hija de uno de sus cortesanos, se obliga a darle cuanto es necesario para el rango a que la quiere elevar.

Yo soy el que os he escogido. Por lo tanto, estoy obligado a proveeros de todo cuanto necesitáis... No os pido más que lo que tenéis. Dadme el corazón vacío que Yo lo llenaré... Dádmelo desnudo de todo, que yo lo revestiré... Dádmelo con vuestras miserias que Yo las consumiré... Yo soy el suplemento, Yo soy la luz. Lo que no veis os lo mostraré. Lo que no tenéis, Yo lo supliré.»

“Con esto me ha dado a entender cómo ayuda El a las almas que desean complacerle, y cómo suple lo que no pueden por un motivo o por otro.”

Luego, dirigiéndose en particular a Josefa:

—«En cuanto a ti, te diré que si en la tierra hubiera encontrado una criatura más miserable que tú, hubiera posado sobre ella mi mirada de amor y le hubiera manifestado los deseos de mi Corazón. Pero no habiéndola encontrado, te he escogido a ti».

Y explicando su pensamiento con una comparación sencilla y familiar:

—«¿No sabes lo que sucede con una flor que no teniendo ni perfume ni atractivo alguno, nace en medio de un camino de gran tránsito? Muere pisada por los caminantes; nadie le presta atención ni cuida de ella.

Si a ti, Josefa, miserable y débil como eres, te hubiese dejado expuesta a los rigores del frío y del calor, y al impetu de los vientos, pronto hubieras desfallecido. Pero como deseo que vivas, te he trasplantado al jardín escogido de mi Corazón. En él, te cultivo Yo mismo y te envío los rayos de sol que te reaniman y vivifican, sin que su ardor te perjudique. ¡Ah!, Josefa, déjate a mi cuidado, tal como eres. Que la vista de tu miseria produzca en ti gran humildad, pero que nunca llegue a quitarte la confianza».

Josefa, al oír esto, le expresa toda la confianza que siente en su corazón y le pide que El mismo la prepare a la renovación de votos del día siguiente.

—«¡Ah! —contesta el Señor— si tú así lo deseas, ¿como lo desearé Yo para tu alma? Déjame; que Yo te lavaré y mi amor te purificará. ¡Si vieras cuánta gloria me van a dar mañana! No sabes el valor que da mi Corazón a la pública y entera donación que el alma me hace de sí misma.

Esta noche —añade— Yo te cuidaré y descansarás en mi Corazón. Quédate en paz y vive de mi amor».

El día de la fiesta, VIERNES, 8 DE JUNIO DE 1923, al despuntar la mañana, se presenta el Señor a Josefa, a fin de prepararla, conforme se lo ha prometido, al gran momento de la renovación. (1).

Durante la oración ve al Corazón de Jesús solo, envuelto en llamas.

“Le supliqué que me diera verdadero dolor de mis culpas. A medida que Jesús me concede más gracias, me siento más indigna... pues por un lado, mi alma desea con ansia ir a El, pero por otro, encontrándome tan sucia y tan llena de pecados, no se atreve... Por esto le pedí con todo el ardor de mi corazón que me purificase para renovar los votos.”

Poco después, empieza el Santo Sacrificio de la Misa. En vez del Corazón aparece Jesús.

(1) La renovación solemne, de los santos votos que se acostumbra en el Instituto del Sagrado Corazón, no es un compromiso nuevo por haber cesado el antiguo. Los Votos son definitivos desde el día en que se pronuncian, pero es un acto de devoción que ratifica la primera entrega con nuevo fervor.

—«Abre tu alma —le dice— y déjame entrar en ella. Yo mismo la purificaré».

Luego, para darle a entender la plenitud de oblación que espera de todas, le habla así de los votos religiosos:

—«¿Estás desnuda de todo? ¿Nada reservas en tus deseos, en tus gustos, en tu juicio? . . . Sométete enteramente a la Voluntad de Aquel a quien amas. Déjame hacer de ti lo que quiero y no lo que tú esperas. Debes llegar a tal punto que, cumpliéndose siempre en ti, mi Voluntad llegue a ser la tuya, es decir: a la entera sumisión de tu querer a mi querer y a mi deseo. Tú me has dado este poder, puesto que has hecho voto de obediencia.

¡Ah! si las almas comprendieran que nunca están más libres que cuando se han entregado del todo a Mí y que nunca estoy más dispuesto a hacer su voluntad que cuando ellas lo están para hacer la mía. Si, besa esas cadenas que te atan a Mí. Renueva estos votos que te clavan a mis pies, a mis manos, y te introducen en mi Corazón».

Josefa se adelanta para comulgar. Ante la Hostia Santa renueva su consagración, con todo el fervor de su alma y vuelve, recogida, a su puesto. Entonces Jesús se le aparece de nuevo y en una tiernísima efusión de su Corazón Divino, pronuncia estas palabras:

—«Josefa, tú misma me acabas de decir que no quieres más que a Mí. . . que te desnudas voluntariamente de todo por Mí. . . que no tendrás otra libertad ni otra voluntad que la mía. . . Mi querer será el tuyo. . . tu querer el mío. Yo seré el dueño de tus pensamientos, de tus palabras, de tus acciones! Si tú no tienes nada, Yo te lo daré todo. Viviré en ti, hablaré por ti, te amaré, te perdonaré».

Y tomando una por una estas magníficas afirmaciones, se las explica detenidamente:

—«Yo viviré en ti, tú vivirás en Mí. Yo hablaré por ti y mis palabras penetrarán en las almas y no pasarán. . . Te amaré y amándote a ti, conocerán mi amor. Te perdonaré, y perdonándote a ti, conocerán mi misericordia. Hay muchas almas que creen en Mí, pero pocas que creen en mi amor. . . y todavía son menos las que conocen mi misericordia. . . Muchas me conocen como Dios, pero pocas confían en Mí como Padre. Yo me daré a conocer. . . y a mis almas, a las almas predilectas, les haré ver en ti que no pido lo que no tienen. Lo que exijo es

que me den todo lo que poseen, pues todo me pertenece. Si no tienen más que miserias y debilidades, Yo las deseo. . . Si pecados, los pido también: dádmelos, os lo suplico, pero dádmelos todos, y quedaos solamente con esta confianza en mi Corazón: os perdonaré, os amaré y os santificaré».

Un contacto tan íntimo con el Redentor, parece que debiera encadenar a Josefa para siempre a esta Obra de Amor de la cual ha de ser la Mensajera. Sin embargo, en su cuadernito de apuntes personales, hallamos continuas revelaciones de esa lucha íntima que no cesará hasta el fin de su vida. El Señor lo permite sin duda, para que la repugnancia hacia el camino que ha escogido para ella, sea una incesante llamada a su generosidad para adherirse a la Voluntad Divina. Y esta misma repugnancia, al mantenerla en humildad y constante vencimiento propio, será una de las señales más seguras de la acción divina en el alma de Josefa.

“Sí, Jesús mío —contesta ella—, lo acepto todo. Haré o diré lo que me pidáis, sin mirar ni mis gustos ni mis repugnancias. Acepto ese camino porque sé que es vuestra Voluntad. . . Renuevo con todo mi corazón la ofrenda que os he hecho de todos mis gustos e inclinaciones, de mi persona y de mi vida.”

Esta respuesta demuestra bien a las claras que no ha cesado aún la lucha íntima, que ha de mantenerla en constante vigilancia y ha de arraigarla en la humildad.

Jesús lo permite así y no se ofende, antes al contrario. Su Corazón va a servirse una vez más de su instrumento, tan miserable como generoso, para acabar de transmitir al mundo su Mensaje de Amor.

—«Mañana —le dice— volveré a decirte mis secretos para las almas, porque quiero que vengan a Mi todas. ¡Ah! las almas. Pedid, sí, pedid por las almas, vosotras que sois las privilegiadas de mi Corazón. . . Vosotras que tenéis más obligación de consolarme y de reparar. Pedid por las almas».

Santa Magdalena Sofía clausurará esta semana de gracias con una luminosa lección de amor. EL DOMINGO, 10 DE JUNIO, se presenta a Josefa durante la Misa y le recuerda la explicación prometida, de una palabra que le dijo en Marmoutier:

—«Hija mía, quiero decirte hoy cómo debes amar, sin que nada en ti sea obstáculo al verdadero amor.

La base fundamental del amor es la humildad. Cuando para demostrar este amor es necesario someter o sacrificar nuestro propio gusto, nuestro bienestar, ese acto de sumisión produce al mismo tiempo un acto de humildad, de abnegación y de renuncia propia, de generosidad y de adoración. Pues para

demostrar nuestro amor en una cosa que nos cuesta, hemos tenido primero que pensar así: Si no fuera por Vos, Dios mío, yo no lo haría, pero es por Vos y no puedo resistir; yo os amo, luego me someto. Es Dios quien me lo pide, le debo obedecer. No sé por qué me pide Dios esto, pero Él lo sabe. Y así, como resultado del amor, nos humillamos, nos sometemos a hacer aun aquello que no conocemos, que no amamos sino con amor sobrenatural, porque Dios nos lo pide.

Hija mía, ama y los obstáculos e inconvenientes que se presenten, conviértelos en amor humilde y abnegado, fuerte y generoso. Que sean una continua adoración al único Señor y Dueño de las almas. No resistas, no escudriñes, no averigües. Haz lo que Él te pida. Di lo que te mande, sin temer, sin omitir, sin vacilar. Él es sabio, santo, es el Señor y el Amo, es el Amor. Adiós, hija mía».

Lección muy oportuna, ya que el Señor prepara a Josefa nuevos sacrificios, para acabar en la tierra la misión que le ha confiado.

* * *

¿Lo saben los hombres?

Del 10 al 14 de junio de 1923

“Este es mi deseo: abrasar todas las almas; abrasar el mundo”.

(12 de junio de 1923)

Ha llegado el momento de cumplir el mandato divino, que ordena a Josefa transmitir al Obispo de Poitiers los deseos del Corazón de Jesús.

DOMINGO, 10 DE JUNIO. Con gran solemnidad parece preludiar el Señor a la continuación de su Mensaje, por algún tiempo interrumpido. Quiere sin duda dar a sus palabras la mayor seguridad posible, fortificando a la vez a la mensajera, siempre tan frágil.

“Ha venido cuando escribía en mi cuarto —dice Josefa—. Su hermosura tenía al mismo tiempo gran majestad y en la voz demostraba su imperio.

—«Josefa, haz un acto de profunda humildad y entera sujeción a la Voluntad de Dios».

Me he postrado en tierra, humillándome delante de Él, y después ha dicho:

—«Haz otro de amor profundo, tierno y generoso hacia mi Corazón».

“Lo he hecho del fondo del alma. El no decía nada; parecía que esperaba algo más... He renovado los votos. Le he dicho otra vez que soy suya y que estoy dispuesta a todo lo que quiera. Creo que es lo que esperaba, pues en seguida me ha dicho:

—«Ya que he alcanzado el triunfo en tu Corazón y en tu amor, no me negarás nada, ¿verdad?».

“No, Señor, soy vuestra para siempre.

—«Pues mañana vendré y te manifestaré lo que tienes que decir al señor Obispo».

Josefa se siente sobrecogida de temor.

“No lo he podido disimular —dice ella— y le he confesado cuánto me cuesta.

—«No temas; ¿no sabes que mi Corazón cuida de ti y que es por las almas?»

Estas palabras la tranquilizan un tanto.

“Cuando pienso que tengo que hablar de todo esto al señor Obispo me entra una angustia muy grande... pero confío en que Jesús me dará la fuerza necesaria. Por la noche, cuando ha venido para consumir mis pecados, le he hablado de mis temores.

—«Hay que sufrir, sí, Josefa, pero es por las almas. ¿No he sufrido Yo primero para redimir las y salvarlas?»

Estas miras apostólicas que el Señor pone sin cesar ante sus ojos, la enardecen y le dan valor para aceptar hasta lo más costoso, en cumplimiento de su misión.

Va a empezar una semana trascendental para la Obra del Amor.

EL LUNES, 11 DE JUNIO, Jesús se le aparece después de la comunión.

—«¿Por qué temes —le dice—. ¿No sabes que Yo te amo y te cuido? Es por las almas... para que me conozcan mejor... que me amen más... ¿No corresponde a los hijos dar a conocer al padre? Vosotras sois mis hijas muy amadas. Por eso os he escogido para que me hagáis conocer, para gloria de mi Corazón... No temáis. Yo soy la fortaleza y os la comunicaré. Soy el Amor y os ayudaré. No os dejaré solas...»

Pocos instantes después vuelven a encontrarse en la celda de Josefa.

—«Esto que te voy a decir ahora, es lo primero que tienes que comunicar al señor Obispo. Besa el suelo».

Josefa renueva los votos y se postra a los pies del Maestro. El, entonces, tomando la palabra, dice:

—«Yo soy el Amor. Mi Corazón no puede contener la llama que constantemente le devora.

Yo amo a las almas hasta tal punto, que he dado la vida por ellas. Por su amor he querido quedarme prisionero en el Sagrario, y hace veinte siglos que permanezco allí noche y día, oculto bajo las especies de pan, escondido en la hostia, sopor-tando por amor el olvido, la soledad, los desprecios, blasfemias ultrajes y sacrilegios.

El amor a las almas me impulsó a dejarles el sacramento de la Penitencia para perdonarlas, no una vez ni dos, sino cuantas veces necesiten recobrar la gracia. Allí las estoy esperando; allí deseo que vengan: a lavarse de sus culpas no con agua, sino con mi propia Sangre.

En el transcurso de los siglos, he revelado de diferentes modos mi amor a los hombres y el deseo que me consume de su salvación. Les he dado a conocer mi propio Corazón. Esta devoción ha sido como una luz que ha iluminado al mundo y hoy es el medio de que se valen para mover los corazones, la mayor parte de los que trabajan por extender mi Reino.

Ahora quiero algo más, sí, en retorno del amor que tengo a las almas, les pido que ellas me devuelvan amor; pero no es este mi único deseo; quiero que crean en mi misericordia, que lo esperen todo de mi bondad, que no duden nunca de mi perdón.

Soy Dios, pero Dios de Amor. Soy Padre, pero Padre que ama con ternura, no con severidad. Mi Corazón es infinitamente santo, pero también es infinitamente sabio; conoce la fragilidad y miseria humana, y se inclina hacia los pobres pecadores con misericordia infinita.

Si, amo a las almas después que han cometido el primer pecado, si vienen a pedirme humildemente perdón... Las amo después de llorar el segundo pecado ¡y si esto se repite no un millar de veces sino un millón de millares, las amo, las perdono, y lavo con mi misma Sangre el último pecado, como el primerol

No me canso de las almas y mi Corazón está siempre esperando que vengan a refugiarse en El tanto más cuanto más miserables sean. ¿Acaso no tiene un padre más cuidado del

hijo enfermo que de los que gozan de buena salud? ¿No es verdad que para aquél es mucho mayor su ternura y su solicitud? De la misma manera, mi Corazón derrama con más largueza su ternura y compasión sobre los pecadores que sobre los justos.

Esto es lo que quiero explicar a las almas: Yo enseñaré a los pecadores que la misericordia de mi Corazón es inagotable; a las almas frías e indiferentes, que mi Corazón es fuego y fuego que desea abrasarlas, porque las ama; a las almas piadosas y buenas, que mi Corazón es el camino para avanzar en la perfección y por él llegarán con seguridad, al término de la bienaventuranza. Por último, a las almas que me están consagradas, a los sacerdotes, a los religiosos, a mis almas escogidas y preferidas, les pediré, una vez más, que me den su amor y no duden nunca del mío; pero, sobre todo, que me den su confianza y no duden de mi misericordia. ¡Es tan fácil esperararlo todo de mi Corazón!...»

Jesús calla. Después da a Josefa algunos avisos sobre el modo cómo su Director ha de poner al Obispo al corriente de todo, y al leer en su alma la ansiedad que la turba.

—«¿Por qué? —insiste bondadoso—. ¿No sabes que te amo? ¿No sabes que es por las almas y por mi gloria? Desecha las preocupaciones. Haz todo lo que te diga y dame todo el tiempo que te pida».

Cuando al día siguiente, MARTES 12 DE JUNIO, entra Josefa en su celda a las ocho de la mañana, encuentra allí a Jesús, esperando. Le adora, renueva los votos, se ofrece a su Voluntad y se dispone a escribir. Jesús va a continuar las confidencias de la vispera.

—«Quiero perdonar. Quiero reinar. Quiero perdonar a las almas, y a las naciones. Quiero reinar en las almas, en las naciones, en el mundo entero. Deseo derramar mi paz por todas las partes del mundo. Yo soy la sabiduría y la felicidad. Yo soy el amor y la misericordia. Yo soy la paz; Yo reinaré.

Para borrar la ingratitude, derramaré un torrente de misericordia. Para reparar las ofensas, elegiré víctimas que alcancen el perdón... Si, el mundo está lleno de almas que desean complacerme... Aun hay almas generosas que me dan cuanto tienen, para que me sirva de ello según mi deseo y voluntad.

Para reinar, empezaré por hacer misericordia, porque mi reino es de paz y de amor. Este es el fin que quiero realizar, esta es mi Obra de Amor».

Después, con infinita condescendencia, el Señor explica a Josefa, para que lo transmita al Obispo, por qué se ha dignado fijar los ojos en la Sociedad del Sagrado Corazón y escogerla para enviar al mundo su Mensaje:

—«*Esta Sociedad tiene por base el amor, su fin es amor, su vida amor. . . y el amor es mi Corazón,* —dice señalando el estrecho vínculo que consagra la Sociedad de su Corazón a esta Obra, para la cual la ha destinado desde toda la eternidad.

—*A ti —añade— te he elegido porque, siendo inútil y desprovista de todo, sea Yo el que hable, el que pida, el que obre».*

Y descubriendo todo el alcance de su plan divino:

—«*Dirigiré mis llamadas a todos: religiosos y seculares, justos y pecadores, sabios e ignorantes, gobernantes y súbditos. A todos vengo a decirles: Si buscáis felicidad, Yo lo soy., Si queréis riqueza. Yo soy riqueza infinita. Si deseáis paz, Yo soy la paz. Yo soy la misericordia y el amor. ¡Quiero ser Rey!*».

Fijando entonces su mirada en Josefa, que está acabando de escribir sus ardorosas palabras.

—«*Esto será lo primero —advierte— que enseñarás al señor Obispo».*

Y después de añadir algunos avisos para ella sola, prosigue:

—«*Que no tema al ver de qué instrumentos me quiero servir, pues mi poder es infinito y se basta a sí mismo. Que confíe en Mí. Yo bendeciré sus obras. . . Ahora, Josefa, empezaré a hablar directamente al mundo y después de tu muerte, deseo que mis palabras sean conocidas. En cuanto a ti, vivirás en la oscuridad más completa, pero como eres víctima por Mí escogida, sufrirás y abismada en el sufrimiento, morirás. No busques alivio ni descanso: no lo encontrarás, puesto que Yo soy el que así lo dispongo. Mi amor te sostendrá y yo no te faltaré».*

En tan breves frases, Jesús acaba de descubrir a Josefa la etapa que le queda por recorrer: su entrevista con la autoridad diocesana, cuya aprobación será prenda de bendición divina. . . El Mensaje que ha de transmitir a las almas sedientas de misericordia, de paz y de felicidad. . . Su misión de víctima, inseparablemente unida a la de mensajera, porque de ella dimana la fecundidad. . . La oscuridad que envolverá hasta el fin sus días y sus noches de sufrimiento. . . y por último, la muerte, anegada en dolores.

Todo dispuesto por Dios hasta en los menores detalles, recabando de ella tan sólo una adhesión total a su Voluntad Santísima, la cual consumirá rápidamente en ella, y por ella en las almas, la Obra del Amor.

Aquella misma noche, al renovar a Josefa, la centella de su Divino Corazón:

—«Vengo a abrasarte y consumirte —le repite—. Este es mi único deseo: abrasar a las almas... abrasar el mundo... Mas ¡ay! Las almas rechazan la llama de mi amor... Pero ¡triunfaré!... Las almas serán mías y Yo seré su Rey... Sufré conmigo a fin de que el mundo me conozca y que las almas vengan a Mí. ¡El sufrimiento hará triunfar el amor!»

EL MIÉRCOLES, 13 DE JUNIO, Jesús dirige su llamamiento a la muchedumbre de almas que tanta compasión le inspira. A los que tienen hambre y sed, a los que trabajan y luchan, a los que sufren y lloran sin esperanza y sin amor. A los que buscan, desean y esperan, sin encontrar aquí abajo la seguridad y la dicha que ansían. A todos, abre Jesús su Corazón.

—«Quiero que el mundo conozca mi Corazón —dice a Josefa—. Quiero que conozcan mi amor. ¿Saben los hombres lo que he hecho por ellos?»

El se lo va a explicar. Parece que volvemos a la época de las parábolas, cuando sentado en medio del pueblo, en el escenario apacible y bello de los campos galileos, el Maestro los tenía suspensos bajo el encanto de su palabra y, lo que es más, bajo el irresistible influjo de su verdad. Grandes y pequeños, justos y pecadores, sabios e ignorantes, todos le escuchaban: unos sentían turbada la conciencia, otros resistían a la secreta invitación del amor, otros, en fin, quedaban subyugados por aquella doctrina clara y sencilla. "Salió el Sembrador a sembrar", decía; y la semilla, sembrada a voleo, caía en la tierra dura... Su mirada divina la iba siguiendo y discernía en cada alma la respuesta que iba a dar su solicitud.

Hoy, Jesús vuelve a emplear su método de antaño; por medio de una parábola va a descubrir al mundo, una vez más, la inmensidad de su amor.

—«Escribe, Josefa,

Un padre tenía un hijo único: Ricos, poderosos, vivían rodeados de servidores, de bienestar; perfectamente dichosos, de nada ni de nadie necesitaban para acrecentar su felicidad; el padre era la felicidad de su hijo y éste la de su padre. Ambos tenían corazón noble, caritativos sentimientos; la menor miseria les movía a compasión.

Entre los servidores de este bondadoso señor, uno enfermó gravemente, y estaba a punto de morir, si no se le atendía con remedios enérgicos y con asiduos cuidados.

Mas el servidor era pobre y vivía solo.

¿Qué hacer? ¿Dejarle morir? La nobleza de sentimientos del señor no puede consentirlo.

¿Enviará para cuidarle a otro de sus criados? Tampoco estaría tranquilo, porque cuidándole más por interés que por afecto, le faltarían tal vez mil detalles y atenciones que el enfermo necesita.

Compadecido, el padre confía a su hijo su inquietud respecto del pobre enfermo; le dice que con asidua asistencia podría curarse y vivir muchos años aún. El hijo, que ama a su padre, y comparte su compasión, se ofrece a cuidar al servidor con esmero, sin perdonar trabajo, cansancio ni solicitud, con tal de conseguir su curación.

El padre acepta; sacrifica la compañía de su hijo y éste las caricias de su padre y, convirtiéndose en siervo, se consagra a la asistencia del que es verdaderamente su servidor. Prodigale mil cuidados y atenciones, le provee de cuanto necesita, no sólo para su curación sino aun para su bienestar de suerte que, al cabo de algún tiempo, el enfermo recobra la salud.

Penetrado de admiración por cuanto su señor ha hecho por él, el servidor pregunta de qué manera podría demostrarle su agradecimiento.

El hijo le aconseja se presente a su padre, y ya que está curado, se ofrezca de nuevo a él, como uno de sus más fieles servidores.

Así lo hace, y reconociéndose su deudor, emplea cuantos medios están a su alcance, para publicar la caridad de su señor; más aún, se ofrece a servirles sin interés, pues sabe que no necesita ser retribuido como criado, el que es atendido y tratado como hijo.

Esta parábola es pálida figura del amor que mi Corazón siente por las almas y de la correspondencia que espejo de ellas. La explicaré poco a poco, pues quiero que todos conozcan los sentimientos de mi Corazón».

Jesús calla un instante y continúa luego con ardor:

—«Ayúdame, Josefa, a descubrir mi Corazón a los hombres. Quiero decirles que en vano buscan su felicidad fuera de Mí: no la encontrarán... Sufre y ama. Tenemos que conquistar almas».

Al acabar el día pasado, como todos, en el silencio y laboriosidad de la vida común, Jesús renueva la llama en el pecho de Josefa y le dice como despedida:

—«Tengo sed... tengo sed de un alma que esta noche va a terminar su vida».

Josefa le pregunta si se trata de un pecador:

—«No, es un alma predilecta de mi Corazón... Pero quiero —dice— que suplas con tus sufrimientos las gracias que no ha sabido aprovechar, para que alcance en estos últimos momentos, más alto grado de gloria».

¡Oh, bondad inefable del Salvador para con sus almas escogidas! En verdad que conmueve ver la solícita providencia con que las sigue, trabajando para perfeccionarlas hasta el último suspiro. Así abre a la oración nuevo campo de celo. Los pecadores, sin duda, necesitan la intervención de los justos, que han de salvarles en su último hora. Pero también la requieren las almas santas para cooperar a la gracia divina que, en este instante supremo, da la última mano a su obra maestra.

Josefa pasa la noche entre intensos dolores, hasta que una gran claridad ilumina la celda y ella se encuentra repentinamente llena de paz. Todo sufrimiento ha desaparecido.

—«Esta alma acaba de entrar en el cielo —le dice la Virgen, al día siguiente, a la hora de comulgar».

JUEVES, 14 DE JUNIO. Josefa espera en su celda a Jesús que aparece "revestido —dice— de gran majestad".

—«Josefa, humíllate hasta el polvo. Haz un acto de adoración para reparar las ofensas y desprecios que recibo de la mayor parte de los hombres... Y un acto de amor para reparar su ingratitud. Y ahora, escribe:»

Volviendo a la parábola del siervo, explica su significado:

—«Dios creó al hombre por amor, y le colocó en tal condición, que nada podía faltar a su bienestar en la tierra, hasta tanto que llegase a alcanzar la felicidad eterna, en la otra vida; para esto había de someterse a la divina voluntad, observando las leyes sabias y suaves, impuestas por su Creador.

Mas el hombre, infiel a la ley de Dios, cometió el primer pecado y contrajo así la grave enfermedad que había de conducirle a la muerte. El hombre, es decir, el padre y la madre de toda la humanidad fueron los que pecaron; por consiguiente toda su posteridad se manchó con la misma culpa. El género humano perdió así el derecho que el mismo Dios le había concedido de poseer la felicidad perfecta en el cielo; en adelante el hombre padecerá, sufrirá, morirá.

Dios no necesita para ser feliz, ni del hombre, ni de sus servicios; se basta a sí mismo; su gloria es infinita; nada ni nadie puede menoscabarla.

Pero infinitamente poderoso, es también infinitamente bue-

no. ¿Dejará padecer y al fin morir al hombre creado sólo por amor? Esto no es propio de un Dios: antes al contrario, le dará otra prueba de amor y frente a un mal de tanta gravedad pondrá un remedio infinito.

Una de las Tres Personas de la Santísima Trinidad tomará la naturaleza humana y reparará divinamente el mal ocasionado por el pecado.

El Padre entrega a su Hijo; éste sacrifica su gloria y la compañía de su Padre, descendiendo a la tierra, no en calidad de señor rico, de poderoso, sino en la condición de siervo, de pobre, de niño.

La vida que llevó sobre la tierra todos la conocéis.

Bien sabéis que desde el primer instante de mi Encarnación me sometí a todas las miserias de la naturaleza humana.

Pasé por toda clase de trabajos y de sufrimientos; desde niño sentí el frío, el hambre, el dolor, el cansancio, el peso del trabajo, de la persecución, de la pobreza.

El amor me hizo escoger una vida oscura, como un pobre obrero; más de una vez fui humillado, despreciado, tratado con desdén, como hijo de un carpintero. ¡Cuántos días, después de soportar mi Padre adoptivo y Yo, una jornada de rudo trabajo, apenas teníamos por la noche lo necesario para el sustento! ¡Y así pasé treinta años!

Más tarde, renunciando a los cuidados de mi Madre, me dediqué a dar a conocer a mi Padre Celestial. A todos enseñé que Dios es Caridad.

Pasaba haciendo bien a los cuerpos y a las almas.

A los enfermos devolvía la salud, a los muertos la vida. A las almas... ¡Oh! ¡las almas!... les daba la libertad que habían perdido por el pecado y les abría las puertas de su verdadera y eterna patria, pues se acercaba el momento en que para rescatarlas, el Hijo de Dios iba a dar por ellas su sangre y su vida.

Y ¿cómo iba a morir?... ¿Rodeado de sus discípulos?... ¿Aclamado como bienhechor?... No, almas queridas, ya sabéis que el Hijo de Dios no quiso morir... El que venía a derramar amor fué víctima del odio. El que venía a dar libertad a los hombres, fué preso, maltratado, calumniado, el que venía a traerles la paz, es blanco de la guerra más encarnizada. Sólo predicó la mutua caridad y muere en cruz entre ladrones. ¡Miradle pobre, despreciado, despojado de todo!

¡Todo lo ha dado por la salud del hombre!

Así cumplió el fin por el cual dejó voluntariamente la bienaventuranza que gozaba al lado de su Padre. El hombre estaba enfermo y el Hijo de Dios bajó hasta él, y no sólo le devolvió la vida por su muerte, sino que le dió también fuerzas y medios con que trabajar y adquirir la fortuna de su eterna felicidad.

¿Cómo ha correspondido el hombre a semejante favor? ¿Se ofrece, a ejemplo del servidor, a trabajar por su dueño con fidelidad y sin interés de retribución?

Preciso es distinguir las diferentes respuestas del hombre a Dios.

Pero, basta por hoy, Josefa. Quédate en paz y no olvides que eres víctima de mi amor. Ama y deja a mi cuidado todo lo demás».

* * *

La Respuesta de los Hombres

Del 15 al 19 de junio de 1923

“Mis palabras tendrán tal fuerza y mi gracia las acompañará de tal manera, que las almas más obstinadas serán vencidas por el Amor”.

(19 de junio de 1923)

EL VIERNES, 15 DE JUNIO, Jesús no acude a la cita matinal. Josefa no lo ve en todo el día y teme que la causa de esta ausencia sea una ligera resistencia que, contra “su camino”, ha sentido levantarse en su alma.

“Jesús me hizo ver claramente que mi infidelidad no sólo apena su Corazón sino que priva de una ayuda a las almas que esperaban estos actitos para acercarse a El. Cuando le vi por la noche, le pedí perdón de mi falta de generosidad. Con mucha bondad me contestó:

—«Sí, Josefa, quiero que dejes entrar la luz en tu corazón. Nada de lo que se hace por amor es pequeño. . . porque la misma fuerza del amor lo hace grande».

Siempre la misma lección que el Señor no se cansa de repetir, a fin de que las almas no se cansen de ofrecerle hasta las cosas más insignificantes.

Desde su regreso de Marmoutier, Josefa apenas descansa por la noche. Cuando Nuestro Señor se retira después de regalarla con la llama de su divino Corazón, permanece largo rato bajo la acción de este fuego

que la consume; y los dolores que sufre entonces, tanto en el cuerpo como en el alma, le recuerdan durante largas horas su misión de víctima.

Y sin embargo, a la mañana siguiente, acude puntualmente a la oración y, después de Misa, emprende su tarea como todas. Nada delata el misterio de aquellas noches. Su energía es indomable, y una sonrisa que jamás desaparece de sus labios, intenta disimular el agotamiento, que se lee, a pesar suyo, en su rostro".

"Hoy a las ocho —escribe el SABADO, 16 DE JUNIO— ha venido Nuestro Señor y, mostrándome su Corazón, me ha dicho:

—«Mira este Corazón de Padre que se consume de amor por todos sus hijos. ¡Ah! ¡Cuánto deseo que me conozcan!»

Y en seguida, pasa a detallar las diferentes respuestas que dan los hombres al amor de su Dios:

—«Unos me han conocido verdaderamente, y movidos a impulsos del amor, sienten vivos deseos de entregarse por completo al servicio de mi Padre, sin ningún interés personal.

Preguntando qué podrían hacer para trabajar por su Señor con más fruto, mi Padre les ha respondido: "Deja tu casa, tus bienes, déjate a ti mismo y ven; haz cuanto Yo te pida.

Otros sintieron conmoverse su corazón ante lo que el Hijo de Dios ha hecho por salvarlos y llenos de buena voluntad, se presentan a El, buscando cómo podrán publicar la bondad de su Señor y, sin abandonar sus propios intereses, trabajar por los de Jesucristo.

A éstos, mi Padre les ha dicho: Guardad la Ley, que os ha dado vuestro Dios y Señor. Guardad mis Mandamientos y, sin desviaros a derecha ni a izquierda, vivid en la paz de mis fieles servidores.

Otros no han comprendido el amor con que su Dios los ama; no les falta buena voluntad; viven bajo la ley, pero sin amor; siguen la inclinación natural hacia el bien, que la gracia depositó en el fondo de su corazón.

No son servidores voluntarios, pues no se presentaron nunca a recibir las órdenes de su Señor; pero como no tienen mala voluntad, les basta a veces una invitación para prestarse gustosos a los servicios que se les piden.

Otros, en fin, movidos más por interés que por amor, ejecutan lo estrictamente necesario para merecer, al fin de la vida, la recompensa de sus trabajos.

Pero... ¿se han presentado todos los hombres para ofre-

cerse al servicio de su Dios y Señor? . . . ¿Han conocido todos el amor inmenso que tiene hacia ellos? ¿Saben agradecer cuanto Jesucristo les ha dado? ¡Ah! muchos lo ignoran, muchos, conociéndolo, lo desprecian.

A todos Jesucristo va a decirles una palabra de amor:

Hablaré primero a los que no me conocen: Sí; a vosotros, hijos queridos, que desde vuestra tierna infancia, habéis vivido lejos de vuestro Padre. ¡Venid! Voy a deciros por qué no le conocéis y, cuando sepáis quién es y qué Corazón tan amoroso tiene, no podréis resistir a su amor.

Con frecuencia sucede que hijos que han vivido lejos de sus padres, no los aman; mas, cuando conocen la dulzura que encierra el amor paterno y sus desvelos, llegan a amarlos, con más ternura aún, que aquellos que nunca han salido de su hogar.

A las almas que no sólo no me aman sino que me aborrecen y me persiguen, preguntaré: ¿por qué me odiáis así? . . . ¿Qué os he hecho Yo, para que me persigáis de ese modo? . . .

¡Cuántas almas hay que nunca se han hecho esta pregunta! Y hoy, que se la hago Yo, tendrán que responder: —No lo sé.

Yo responderé por ellas: No me conociste cuando niño, porque nadie te enseñó a conocerme; y a medida que ibas creciendo en edad, crecían en ti también las inclinaciones de la naturaleza viciada, el amor de los placeres, el deseo de goces, de libertad, de riquezas.

Un día oíste decir que para vivir bajo mi Ley es preciso soportar al prójimo, amarle, respetar sus derechos, sus bienes; que es necesario someter las propias pasiones. . . y como vivías entregado a tus caprichos, a tus malos hábitos, ignorando de qué ley se trataba, protestaste diciendo: —¡No quiero más ley que mi gusto! ¡Quiero gozar! ¡Quiero ser libre!

Así es como empezaste a odiarme, a perseguirme.

Pero Yo, que soy tu Padre, te amo con amor infinito y mientras te rebelabas ciegamente y persistías en el afán de destruirme, mi Corazón se llenaba más y más de ternura hacia tí. Así transcurrieron un año, dos, tres, tantos cuantos sabes que has vivido de ese modo.

Hoy no puedo contener por más tiempo el impulso de mi amor y, al ver que vives en continua guerra contra quien tanto te ama, vengo a decirte Yo mismo quién soy.

Hijo querido: Yo soy Jesús, y este nombre quiere decir

Salvador. Por eso mis manos están traspasadas por los clavos que me sujetaron a la cruz, en la cual he muerto por tu amor. Mis pies llevan las mismas señales y mi Corazón está abierto por la lanza, que introdujeron en él después de mi muerte.

Así vengo a ti, para enseñarte quién soy y cuál es mi ley. No te asustes: ¡Es de amor!... Y cuando ya me conozcas, encontrarás descanso y alegría. ¡Es tan triste vivir huérfano! Venid, pobres hijos... Venid con vuestro Padre,

Ya basta, Josefa, mañana continuaremos. Ama a tu Padre y vive de su amor».

Jesús desaparece. Josefa, tras un instante de recogimiento, entrega a las Madres los preciosos apuntes y vuelve a sus cotidianos quehaceres con la misma actividad de siempre, sin que el menor indicio dé a conocer el secreto de lo sucedido en la mañana.

Sin embargo, sus fuerzas se agotan; el amor la sostiene, pero sufre al sentirse impotente para dominar el cansancio y su delicadísima conciencia, que la menor sombra alarma, le reprende esa impresión.

—«No temas —le dice el Señor— si tu miseria es grande, mucho mayor es mi amor, y sobre tu debilidad trabajará mi fortaleza».

«Josefa, esposa mía —añade el DOMINGO 17 DE JUNIO, por la mañana— dime, ¿qué no estarías dispuesta a hacer para devolver la salud a un enfermo que va a morir?... Pues, la vida del cuerpo no es nada en comparación de la del alma... y ¡tantas y tantas almas la pueden encontrar en las palabras que Yo te digo! No pienses más en tí».

Luego, prosigue el asunto del día anterior.

—«Ahora vamos a hablar a esta pobre alma que me persigue porque no me conoce. Hijo querido: voy a decirte quién soy Yo y quién eres tú. Soy tu Dios y tu Padre. ¡Tu Creador y tu Salvador!... Tú eres mi criatura, mi hijo y mi redimido, porque al precio de mi Sangre y de mi vida te rescaté de la tiranía y de la esclavitud del pecado.

Tienes un alma grande, inmortal, creada para gozar eternamente; posees una voluntad capaz de obrar el bien y un corazón que necesita amar y ser amado.

Si buscas alimentar este amor de cosas terrenas y pasajeras, nunca lo saciarás. Tendrás siempre hambre, vivirás en perpetua guerra contigo mismo, triste, inquieto, turbado.

Si eres pobres y tienes que trabajar para ganar el sustento, las miserias de la vida te llenarán de amargura. Sentirás odio contra tus amos y quizá, si pudieras, destruirías sus bienes para reducirlos a vivir como tú, sujetos a la ley del trabajo. Experimentarás cansancio, rebeldía y desesperación pues la vida es triste y al fin has de morir. . .

Sí, mirado naturalmente, todo eso es triste. Pero Yo vengo a mostrarte la vida como es en realidad, no como tú la ves.

Aunque seas pobre y tengas que ganarte tu sustento y el de tu familia, aunque te veas sujeto a un amo, no eres esclavo. Fuiste creado para ser libre.

Si vas buscando amor y no logras satisfacer tus ansias, es porque fuiste creado para amar no lo temporal, sino lo eterno.

Esa familia que amas, por la que te afanas en procurar su subsistencia, su bienestar y su felicidad en la tierra, debes amarla sin olvidar que un día tendrás que separarte de ella, aunque no para siempre.

Ese dueño a quien sirves y para quien trabajas, debes amarle, respetarle, cuidar de sus intereses y procurar aumentárselos con tu trabajo y con tu fidelidad; mas ten presente que sólo será tu señor por unos cuantos años, pues esta vida pasa pronto y conduce a la otra que no acabará jamás y que será feliz. Allí no servirás sino que reinarás por toda la eternidad.

Tu alma, creada por un Padre que te ama, no con un amor cualquiera sino con un amor eterno e infinito, irá al lugar de eterna dicha que este Padre te prepara.

Allí encontrarás el amor que responderá a tus anhelos.

Allí vivirás la verdadera vida, de la que no es más que una sombra que pasa, ésta de la tierra: el cielo no pasará jamás.

Allí el trabajo que hiciste y soportaste en la tierra será recompensado.

Allí encontrarás a la familia que tanto amabas y por la que derramaste el sudor de tu frente.

Allí te unirás con tu Padre, con tu Dios. ¡Si supieras qué felicidad te espera! . . .

Quizá al oír esto dirás: —¡Yo no tengo fe! No creo en la otra vida.

¿No tienes fe? . . . ¿No crees en Mí? . . . Pues si no crees en Mí ¿por qué me persigues? . . .

¿Por qué declaras la guerra a los míos? ¿Por qué te rebe-

las contra mis leyes?... Y puesto que reclamas libertad para ti ¿por qué no la dejas a los demás?...

¿No crees en la vida eterna?... Dime, ¿vives feliz aquí abajo?... Bien sabes que necesitas algo que no encuentras en la tierra...

Si encuentras el placer que buscas, no te satisfice.

Si alcanzas las riquezas que deseas, no te bastan.

El cariño que anhelas, al fin te causa hastío.

¡No! Lo que necesitas, no lo encontrarás acá...

Necesitas paz; no la paz del mundo, sino la de los hijos de Dios: Y ¿cómo la hallarás en la rebelión?

Yo te diré dónde serás feliz, dónde hallarás la paz, dónde apagarás esa sed que hace tanto tiempo te devora... No te asustes al oírme decir que la encontrarás en el cumplimiento de mi ley.

Ni te rebeles al oír hablar de ley, pues no es ley de tiranía, sino de amor. Sí, mi ley es de amor, porque soy tu Padre.

Vengo a enseñarte lo que es mi ley y lo que es mi Corazón que te la da, este Corazón al que no conoces y al que tantas veces persigues. Tú me buscas para darme la muerte y Yo te busco para darte la vida. ¿Cuál de los dos triunfará? ¿Será tu corazón tan duro que resista al que ha dado su propia vida y su amor?

Adios, Josefa, ama a tu Padre que es también tu Salvador y tu Dios».

Poco le cuesta demostrarle su amor a lo largo del día, en todos y cada uno de sus detalles de fidelidad. El recuerdo de tantas almas sumidas en la ignorancia, el error o la ingratitud, sordas al llamamiento del Salvador que les ofrece dicha y libertad, no la abandona ni un momento.

Por la noche, al disponerse a descansar, Jesús aparece de pronto:

“Sus llagas estaban muy abiertas y como encendidas. Tenía en una mano la corona de espinas y en la otra sostenía la Cruz.

—«Josefa, ¿quieres que te diga mis deseos? Mira mis llagas, ¡Deseo introducir en ellas a los pecadores!

Sí, esta noche quiero traer aquí muchas almas.

Toma mi Cruz, mis clavos, mi corona. Yo iré a buscar almas y cuando vayan a caer en el abismo, les daré luz para que vean el camino seguro.

¡Toma mi Cruz, guárdala bien!... Ya sabes que es un gran tesoro».

“En seguida he sentido su peso, que era muy grande, sobre mis hombros.

—«Toma también la corona —y me la ha puesto muy apretada—. Yo mismo te la ceñiré y sus punzadas obtendrán luz a los entendimientos ciegos. Toma mis clavos también ¡guárdalos! ¿Ves qué prueba de confianza te doy? Son mis tesoros... Como eres mi esposa, no temo dejártelos; sé que me los guardarás.

Ahora voy a buscar a las almas porque quiero que todas me conozcan y me amen...».

“Aquí su Corazón se ha encendido más aún y con gran ardor decía:

—«Yo no puedo contener el amor que tengo por ellas. Y el amor es tan fuerte que triunfará de todas las resistencias! Sí, quiero que me amen... Quiero ser su Rey... Vamos a traer unas cuantas almas aquí, a mis llagas... Yo las iré a buscar... Cuando las encuentre, vendré a tomar mi Cruz.

Tú sufres, Josefa... Pero antes traspasaré tu alma con la flecha de mi amor para purificarte, porque es necesario que seas completamente pura. Así tienen que ser mis víctimas».

“Luego ha dejado caer sobre mi pecho la llama de su Corazón como otras veces... Durante un momento sólo he visto su Corazón; después todo ha desaparecido.”

Largas horas permanece Josefa soportando dolores indecibles, que en la cabeza, manos, pies y en todo el cuerpo, le causan los instrumentos de la Pasión.

“Me he quedado sufriendo mucho tiempo —escribe—. Yo creía que había pasado más de una noche.

“Estando así, he visto a Nuestro Señor, lleno de claridad y a cada lado, en la luz que salía de sus manos, venían unas cuantas almas”.

—«Mira las que han oído mi voz. Todas estas me han conocido, ¡pobres almas!... Habrían muerto si no me hubieran tenido a Mí... Pero Yo estaba allí, para salvarles, para darles luz en medio de la oscuridad!... Ahora me seguirán, serán mis ovejas fieles...

Dame mis tesoros y descansa en mi Corazón»

“Jesús se ha llevado la Cruz y los clavos; sólo me ha dejado la corona”.

Nadie podía sospechar siquiera los raudales de luz que envolvieron aquella noche la celdita de Josefa convertidas en custodia de los tesoros de su Divino Maestro, mientras El corría en busca de las almas. ¡Qué gracia tan especial debió asistirle para suplir el agotamiento de sus fuerzas físicas y reanudar al día siguiente desde el amanecer su vida ordinaria!

EL LUNES, 18 DE JUNIO, por la mañana, el Señor viene a buscarla para asociarla a una nueva empresa de redención.

“Estaba como un pobre —escribe— ¡Señor! ¿qué os pasa? ¿Por qué estáis así? Yo renové los votos con todo el fervor que pude y me dijo:

—«*Dame consuelo. Lo que más aflige mi Corazón es que tengo que abandonar a un alma consagrada. . . ¡un Sacerdote!*»

“Pero, Señor, es imposible. Recordad lo que me decís siempre de los pecadores: que los amáis y que estáis siempre dispuesto a perdonarlos”.

—«*¡Mira cómo maltrata mi Corazón. . . La abandonaré a sus propias fuerzas*».

“Me ha dado tanta pena ver así su Corazón lleno de heridas y, sobre todo, oír que lo iba a abandonar, que le he suplicado con insistencia recordándole su misericordia y su amor. Jesús me ha dicho:

—«*Si tú puedes soportar lo que él me hace sufrir te lo entregaré*».

“Sí, Señor, puedo, porque Vos me ayudaréis. Entonces le he consolado como he podido ofreciéndole el amor, de esta casa, del mundo, de las almas santas, de los sacerdotes. . . He besado el suelo dos o tres veces también he rezado el Miserere y, como no sabía que hacer, le he preguntado qué quería”.

—«*Sí, Yo te diré: no omitas nada para consolarme, puesto que él hace todo lo que quiere para ofenderme*».

“He seguido ofreciendo lo que creo le gusta, y su Corazón se ponía más hermoso y parecía menos triste.

—«*La obstinación de un alma que me ofende hiere profundamente mi Corazón, pero la ternura de un alma que me ama, no solamente cierra la herida, sino que aplaca la justicia de mi Padre*».

“Ya se ha ido Nuestro Señor dejándome en gran sufrimiento de alma y cuerpo todo el día”.

La noche siguiente es tan dolorosa como la anterior.

—«No sólo quiero purificarte —le dice al entregarle la Cruz, los clavos y la corona de espinas—. Deseo también inflamarle en el celo que devora y consume mi Corazón».

Y envolviéndola en el fuego que brota de su llaga:

—«Aun tenemos que sufrir esta noche. El alma que te he encomendado, huye de Mí. Pero Yo iré a buscarla».

“Jesús se fué. Pasada buena parte de la noche, no sé a qué hora, volvió otra vez y, levantando El mismo la cabeza, la apoyó sobre su Corazón y me dijo, bondadosísimo:

—«Tú sufres, Josefa, y esta alma no me quiere responder. La llamo y desprecia mi amor».

Guardó silencio un instante y como hablando consigo mismo continuó:

—«No es precisamente la ofensa del momento lo que me hace sufrir, es la resistencia constante de esta alma. Se obstina en hacerse sorda a mi llamada ¿no la voy a abandonar?... Ahora descansa, Yo iré todavía a hacerle oír mi voz».

“Se llevó la Cruz, pero yo no podía dormir pensando en aquella alma y en la pena de Jesús”.

EL MARTES 19, después de la comunión el Señor se apareció a Josefa resplandeciente de luz y de belleza.

—«Esta alma va a oír mi voz —le dice— y aunque no es definitiva su resolución, empieza a volverse hacia Mí. Ya sabes que he te encargado, no solamente de su salvación, sino también de su santidad. Quiero que conozca que todo lo de aquí abajo es nada para la eternidad. Tienes que alcanzarle la fuerza necesaria para abrazar la austeridad de vida que para ella quiero. Si no la abraza, estará en gran peligro. ¡Pobre alma! Necesita luz».

Josefa renueva la ofrenda de sí misma en pago de esa alma tan querida de su Divino Maestro. Y alentada por su inefable bondad le confía una cosa que le llega muy al corazón. Desde que empezó el Señor a transmitirle su “Mensaje al mundo”, se pregunta incesantemente si las almas, todas las almas lo sabrán recibir, entender y responder como El espera. La idea de que este llamamiento de amor pudiera resonar en el

vacio la atormenta, pareciéndole que sería para el Corazón Divino una cruel decepción.

Hace ya muchos días que este pensamiento la preocupa sin atreverse a descubrirlo. No pudiendo ocultarlo por más tiempo, hoy se decide a hablar. El Maestro en tono solemne y a la vez suavísimo, que Josefa no acierta a explicar, contesta de esta manera:

—«Josefa, no temas. ¿No sabes lo que sucede cuando se abre un volcán? La fuerza de este fuego es tan grande, que arranca las montañas y las destruye, y se conoce que una fuerza irresistible ha pasado por allí.

Así mis palabras tendrán tal fuerza y mi gracia las acompañará de tal manera que las almas más obstinadas en el mal, serán vencidas por el amor.

La sociedad está pervertida, cuando el que está a la cabeza no es recto ni justo. Pero si éste sabe dirigirla, aunque algunos vayan torcidos, la mayoría vendrá en masa a la luz. . . Lo digo Yo: mi gracia acompañará a mis palabras y a las personas encargadas de hacerlas conocer. La verdad triunfará. . . La paz gobernará las almas y el mundo. . . Y mi reino llegará».

El vigor con que Jesús ha pronunciado estas afirmaciones, deja a Josefa sobrecogida. No puede ya dudar de la realización de la promesa divina y su corazón se abre a la confianza. ¡No habrá en el mundo ni en el abismo oposición capaz de detener el ímpetu de ese torrente de misericordia que va a inundar la tierra!

Momentos después. Jesús continúa sus confidencias.

—«Josefa, ¿me amas?»

“Sí, Señor; es mi único deseo. Con ternura indecible me ha contestado:

—«Yo también te amo, porque tu pequeñez es toda mía. . . escribe:

Ahora ven, hijo mío; voy a decirte lo único que pide tu Padre:

Ya sabes que en el ejército debe haber disciplina y en toda familia bien ordenada, un reglamento. Así, en la gran familia de Jesucristo hay también una ley, pero llena de suavidad y de amor.

En la familia los hijos llevan el apellido de su padre; así se les reconoce. Del mismo modo, mis hijos llevan el nombre de cristianos, que se les da al administrarles el Bautismo. Has recibido este nombre, eres hijo mío y como tal tienes derecho a todos los bienes de tu Padre.

Sé que no me conoces, que no me amas, antes por el contrario, me odias y me persigues. Pero Yo te amo con amor infinito y quiero darte parte en la herencia a la que tienes derecho.

Escucha, pues, lo que debes hacer para adquirirla: creer en mi amor y en mi misericordia.

Tú me has ofendido: Yo te perdono.

Tú me has perseguido; Yo te amo.

Tú me has herido de palabra y de obra: Yo quiero hacerte bien y abrirte mis tesoros.

No creas que ignoro cómo has vivido hasta aquí; sé que has despreciado mis gracias, y tal vez profanado mis Sacramentos. Pero te perdono.

Y desde ahora si quieres vivir feliz en la tierra y asegurar tu eternidad haz lo que voy a decirte: ¿Eres pobre? Cumple con sumisión el trabajo a que estás obligado, sabiendo que Yo viví treinta años sometido a la misma ley que tú, porque era también pobre, muy pobre.

No veas en tus amos unos tiranos. No alimentes sentimientos de odio hacia ellos; no les desees mal; haz cuanto puedas para acrecentar sus intereses y sé fiel.

¿Eres rico? ¿Tienes a tu cargo obreros, servidores? No los explotes. Remunera justamente su trabajo; ámalos, trátalos con dulzura y con bondad. Si tú tienes un alma inmortal, ellos también. No olvides que los bienes que se te han dado no son únicamente para tu bienestar y recreo, sino para que, administrándolos con prudencia, puedas ejercer la caridad con el prójimo.

Cuando ricos y pobres hayáis acatado la ley del trabajo, reconoced con humildad la existencia de un Ser que está sobre todo lo creado y que es al mismo tiempo vuestro Padre y vuestro Dios.

Como Dios, exige que cumpláis su divina ley.

Como Padre os pide que, cual hijos, os sometáis a sus mandamientos.

Así, cuando hayáis consagrado toda la semana al trabajo, a los negocios y aun a lícitos recreos, os pide que les deis, si quiera media hora, para cumplir "su precepto". ¿Es exigir demasiado?

Id, pues, a su casa, a la Iglesia, dónde El os espera de día y de noche; el domingo y los días festivos dadle media hora,

asistiendo al misterio de amor y de misericordia, a la Santa Misa. Allí, habladle de todo cuanto os interesa, de vuestros hijos, de la familia, de los negocios, de vuestros deseos, dificultades y sufrimientos. ¡Si supierais con cuánto amor os escuchal

Me dirás quizá: —Yo no sé oír Misa, ¡hace tantos años que no he pisado una iglesia! —No te apures por esto. Ven; pasa esa media hora a mis pies, sencillamente. Deja que tu conciencia te diga lo que debes hacer; no cierras los oídos a su voz. Abre con humildad tu alma a la gracia, ella te hablará y obrará en ti, indicándote cómo debes portarte en cada momento, en cada circunstancia de tu vida; con la familia, en los negocios; de qué modo tienes que educar a tus hijos, amar a tus inferiores, respetar a tus superiores. Te dirá, tal vez, que es preciso abandonar tal empresa, tal negocio, que rompas aquella amistad. . . que te alejes con energía de aquella reunión peligrosa. . . Te indicará que a tal persona, la odias sin motivo, y, en cambio, debes dejar el trato de otra que amas y cuyos consejos no debes seguir.

Comienza a hacerlo así y verás como poco a poco, la cadena de mis gracias se va extendiendo; pues en el bien como en el mal, una vez que se empiezan, las obras se suceden unas a otras, como los eslabones de una cadena. Si hoy dejas que la gracia te hable y obre en ti, mañana la oirás mejor; después mejor aún, y así de día en día la luz irá creciendo; tendrás paz y te prepararás tu felicidad eterna.

Porque el hombre no ha sido creado para permanecer en la tierra; está hecho para el cielo. Siendo inmortal, debe vivir no para lo que muere, sino para lo que durará siempre.

Juventud, riqueza, sabiduría, gloria humana, todo esto pasa, se acaba. . . Sólo Dios subsiste eternamente. . . y las buenas obras hechas por El, es lo único que perdura y que te seguirá a la otra vida.

El mundo y la sociedad están llenos de odio y viven en continuas luchas: un pueblo contra otro pueblo, unas naciones contra otras, y los individuos entre sí, porque el fundamento sólido de la fe ha desaparecido de la tierra, casi por completo.

Si la fe se reanima, el mundo recobrará la paz y reinará la caridad.

La fe no perjudica ni se opone a la civilización ni al progreso, antes al contrario, cuanto más arraigada está en los hombres y en los pueblos, más se acrecienta en ellos la ciencia y

el saber, porque Dios es la sabiduría infinita. Mas, donde no existe la fe, desaparece la paz, y con ella la civilización y el verdadero progreso, introduciéndose en su lugar la confusión de ideas, la división de partidos, la lucha de clases, y en los individuos, la rebeldía de las pasiones contra el deber, perdiendo así el hombre la dignidad, que constituye su verdadera nobleza.

Dejaos convencer por la fe y seréis grandes; dejaos dominar por la fe y seréis libres. Vivid según la fe y no moriréis eternamente».

Estas son las últimas palabras del Mensaje al mundo.

Jesús calla y mirando a Josefa, le dice:

—«Adiós, ya sabes que espero de vosotras consuelo y amor. El amor se demuestra en las obras. Que todo en vosotras respire amor. Así en lo poco como en lo mucho, sed mensajeras del amor. Hacedlo todo por amor... Vivid de amor».

Y desapareció.

XI

A LA SOMBRA DE LA CRUZ

— o O o —

El Aniversario de los Votos

Del 20 de Junio al 16 de Julio de 1923

“Dime si eres feliz de ser mi esposa”.
(16 de Julio de 1923)

El “adiós” de Jesús ha sido para largo tiempo. Josefa no lo sabe; ni sabe tampoco que el demonio va a recobrar su libertad de acción. Su odio ha crecido ante la perspectiva de este Mensaje Divino que amenaza arruinar el poder de las tinieblas. Pero si él obra por odio, Dios se servirá de este mismo odio, por amor; y en medio de los ataques diabólicos, perfeccionará más y más el instrumento que se ha escogido.

EL 20 DE JUNIO, Josefa confiesa humildemente en sus apuntes, que ha consentido un tanto en oponer resistencia a la Voluntad Divina, ante el camino que le traza y que tan viva repugnancia le inspira.

Jesús no se le aparece ya. Su ausencia despierta la conciencia y el dolor de Josefa, que llora amargamente su momentánea debilidad. Su ofrenda sigue siendo irrevocable; el Señor cuenta con la fidelidad de su esposa y si da licencia a su adversario para nuevos asaltos y tentaciones, es porque se reserva para Sí el defender a su elegida y guardarla en su Corazón. Mas ella no siente este divino consuelo y, mientras lucha varonilmente contra el enemigo que, en ésta como en otras ocasiones, le sale continuamente al paso, se halla su alma sumida en la más completa desolación. El mes de junio, radiante de luz en sus albores, se extingue en la más oscura noche del espíritu.

El recuerdo de los favores del año anterior por esta época, reanima los primeros días de julio y el aniversario, ya muy próximo, de sus primeros votos es la lucecita que empieza a despuntar en el nublado horizonte de la fervorosa hermana.

EL VIERNES, 13 DE JULIO, después de una noche terrible, se ve de pronto en presencia de su Divino Dueño, a quien tanto deseaba ver. La sorpresa la deja un instante perpleja:

—«No temas, Josefa, acércate. . .»

Pero ella vacila todavía.

—«Si no te atreves a acercarte a Mí, Yo me acercaré a tí. No puedes comprender cuánto te amo. Y por grande que sea el número de tus miscrias, mucho mayor es la misericordia de mi Corazón».

“Como le he visto tan bueno, le he pedido perdón y que las almas se salven: que yo no sea obstáculo a sus designios y a su Obra.

—«Ya estás perdonada, Josefa, y las gracias que preparo a las almas no se perderán. . . No quedarán ocultas, sino que las derramaré sobre el mundo. . .

Tú no me resistas. Deja que mi Corazón trabaje en tí y emplee para destruirte todos los medios necesarios, aunque te parezcan enérgicos. Haz todo lo que te mande y nada temas Antes te amaba, y ahora te amo. Mi amor no pasa».

Josefa cree en el amor. Y esta fe, esta confianza inquebrantable son su fortaleza. En vano le amenaza el enemigo diciéndole que "sus celadas impedirán que venga el Obispo y que la Obra dé el paso definitivo que ha de hacerla triunfar. . ." Josefa cree en la palabra divina; y aunque vuelva a bajar al infierno, donde el demonio la maltrata cruelmente, no cede ni a las amenazas ni a los tormentos.

EL SABADO, 15 DE JULIO, la Virgen acude en auxilio de su hija. Hace un mes que Josefa no la ha visto y su alegría es inmensa. Lo primero que hace es contarle todas sus flaquezas y sus temores. ¿No es acaso su Madre? Quisiera confiarle promesas muy sinceras de fidelidad; pero ¿quién creará ya en sus promesas? sobre todo cuando Jesús le manda transmitir mensajes delicados a sus Superiores. . . ¡Le cuesta tanto! ¿No volverá a resistir?

—«No temas, hija mía —contesta compasiva la Virgen—. Cuando El te pide una cosa, te da también la gracia necesaria, y Yo te diré cómo puedes vencer tus repugnancias: considera que todo lo que te dice es efecto de su bondad y de su amor a las almas».

"Yo le he dicho qué miedo tengo del infierno, de todo lo que allí veo y oigo".

Entonces, descubriendo el significado de estas misteriosas bajadas al abismo, la Santísima Virgen explica maternalmente a Josefa, la misión de tales tormentos para el triunfo de la "Obra de Amor".

—«No temas, cada vez que Jesús permite que sufras estas penas, debes sacar principalmente tres cosas:

Primero, un amor grande y vivo agradecimiento a la Majestad Divina que, a pesar de tus faltas, te ha preservado de caer eternamente en este abismo.

Segundo, gran generosidad y ardiente celo por la salvación de los hombres, deseando con tus acciones y sacrificios, dar muchas almas a Jesús, pues sabes que es lo que más ama.

En fin, la vista de este número incalculable de almas que están aprisionadas por toda la eternidad. . . de estas almas que no podrán producir jamás un solo acto de amor, debe moverte a ser —¡tú que puedes amar!— un constante y repetido eco de amor que borre las constantes y repetidas blasfemias.

Si, hija mía... Gran generosidad para salvar almas y mucho amor... Déjale que haga lo que quiera de ti... déjale terminar su obra».

"Me ha bendecido, le he besado la mano, y se ha ido."

Animada con estos consejos maternos, Josefa se prepara con un fervoroso día de retiro, al aniversario de sus votos.

"He hecho propósitos firmes... A ver si le soy fiel hasta la muerte."

La muerte se dibuja ya con precisión en el horizonte de Josefa. Así lo anota en el cuadernito donde escribe, para ella sola, sus deseos y sus promesas.

Con fecha 15 DE JULIO DE 1923, se lee:

"Víspera del primer aniversario de mis votos. Soy la miserable criatura que Jesús ha querido tomar para hacer su Obra de Amor. Si me cuesta, no importa, tengo que someterme... Si me dice "escribe", tengo que escribir. Si me dice "habla", debo hablar... Y así en todo lo demás... ¡Ah, Jesús mío! ¡Qué pena tengo de ver lo mal que he correspondido a vuestro amor! Ya sabéis mis deseos... Pero soy demasiado débil, el diablo me engaña y no sé resistir.

"Ya me voy a corregir y procuraré con vuestra gracia, vivir estos meses que me quedan sin turbarme, ni resistiros en nada. Lo diré todo en seguida, aunque sea para el Sr. Obispo, y haré todo lo que me mandéis: esta es mi primera resolución.

"La segunda, será obedecer en todo a mis Madres, sobre todo cuando me mandan escribir, lo que siempre me cuesta.

"La tercera, será decir en seguida mis tentaciones, porque muchas veces empiezo por nada, y como no lo digo, me turbo al fin.

"La cuarta, será hacer muchos actitos de humildad y de amabilidad para daros gusto.

"Ya veréis, Jesús mío, cómo voy a ser fiel hasta la muerte... Cuatro o cinco meses se pasarán muy pronto; y espero que me llevaréis al cielo para Navidad o, lo más tarde, para la Epifanía (1). Estoy contenta de morir porque la tierra es muy triste; además tengo miedo de no ser fiel, pues soy muy miserable. Cuando esté en el cielo, procuraré salvaros almas y ayudarlas... pero os pido hoy, con todo mi corazón: que estos meses que voy a pasar en la tierra reparen lo que he fal-

(1) —Desde hace algunos meses el Señor va precisando poco a poco a Josefa, en secreto, la época ya cercana de su muerte.

tado en toda mi vida; y como soy muy pequeña y Vos sois mi Esposo, tomo vuestro Corazón y vuestros méritos, y pongo todas mis acciones en ellos, para que así tengan valor que pueda reparar y salvar almas.

Y dejando desbordar su corazón:

“Adiós, Jesús mío, pedidme lo que queráis y escondedme en vuestro Corazón, hasta que me llevéis al cielo. No olvidéis que soy muy pequeña y no me dejéis.

“Vuestra pequeña y miserable esposa,

Josefa.”

DOMINGO, 16 DE JULIO, “Antes de comulgar he dicho la fórmula de los votos con la misma alegría que aquel día y con deseo de serle fiel hasta la muerte.”

Un instante después, Jesús se le aparece, y mostrando su Corazón abrasado:

—«Josefa —le dice— ¿he dejado alguna vez de serte fiel?»

Y leyendo en el fondo de su alma, prosigue:

—«No temas tus miserias, ni tus negligencias, ni siquiera tus faltas. . . Yo suplo todo. Mi Corazón es el reparador por excelencia de todas las deficiencias de las almas. ¿Cómo no lo será de las tuyas?»

Josefa repite sus promesas y le ruega que complete a pesar de sus debilidades, la Obra del Amor por la salvación del mundo.

—«Aunque no fuese por el amor que te tengo a ti, la terminaría por las almas, porque las amo!

Y aunque nada falta a mi felicidad infinita, Yo necesito de las almas. . . Tengo sed de almas y quiero salvarlas!».

Esta sed divina del Corazón de Jesús la ha comunicado a su esposa y la va intensificando de día en día.

“Yo le he pedido que haya muchas santas entre las almas consagradas y en todo el mundo. . . Muchas almas que le den verdadero consuelo y gloria. ¡Cómo desearía yo ser mejor para alcanzar esa gracia!”

—«No te preocupes, Josefa, por lo que puedes o no puedes, pues ya sabes que no puedes nada. Yo soy el que puede y quiere: Lo haré todo, aun lo que te parece imposible. Tú deja que me sirva de ti para todo lo que quiera y que, por tu medio transmita mis palabras y mis deseos. Lo demás, Yo lo

haré; Yo supliré lo que vosotras no podéis ni tenéis. Basta que me deis libertad y que voluntariamente me dejéis obrar. Eso es lo que Yo no puedo suplir, pues la voluntad es propiedad de cada alma».

Inclinándose luego hacia ella con inefable ternura le dice:

—«Dime, Josefa, ¿eres feliz de ser mi esposa?

Embriagada de amor, no encuentra ella palabras para expresar su dicha.

—«Pues ya verás que todo eso no es nada. La verdadera felicidad no la has gustado todavía pero pronto vendrá... La gustarás y sin miedo de perderla.

Ahora reanudaremos nuestras confianzas».

La única nubecilla que empaña —sólo en la superficie— la alegría de Josefa es la próxima visita del señor Obispo. Y así se lo dice sencillamente al Señor.

—«Yo os diré lo que tenéis que hacer —contesta—. No temáis, os lo diré todo, y os ayudaré en todo. Dejadme obrar».

“Le he explicado las resoluciones que hice ayer, y a cada una me ha contestado una palabrita y al final me ha dicho:

—«Yo bendigo estas resoluciones, Josefa, y si algunas veces te sientes sin fuerzas para cumplirlas, ven a Mí. Dime lo que te turba... lo que temes... te daré fuerza y te daré paz. Permanece en mi amor y toda entregada a mi Voluntad».

“¡Me siento tan feliz! —comenta Josefa—; sólo deseo vivir estos meses que me quedan sin rehusar nada a Jesús. Pero tengo miedo de mí misma y pido sin cesar fuerza y amor.”

Otro favor le espera todavía.

“Por la tarde, a eso de las siete, fui a la celda de nuestra Beata Madre Fundadora. Vino, como otras veces, tan sencilla y tan humilde; y antes que yo terminase de renovar los votos, me dijo:

—«¡Hija mía! hoy, un año que los hiciste”.

Animada con la confianza que su Santa Madre le inspira, le expone su alegría de pertenecer a Jesús para siempre y, a la vez, su pena por lo que llama “sus numerosas ingratitudes”.

—«Pero ya sabes, hija mía, que el Corazón de Jesús es fuego y ese fuego es únicamente para consumir todas nuestras miserias. Una vez que le has hecho entrega de ellas, Jesús ya

no se acuerda. Y si El te ha concedido muchas gracias, todavía está dispuesto a darte muchas más. Su Corazón es un manantial inagotable: cuanto más da, más desea dar: cuanto más perdona, más desea perdonar».

Sigue aquí la enumeración de las resoluciones y promesas hasta su muerte próxima, a lo que la Santa responde:

—«Créeme, hija, Jesús no se acuerda de tus miserias ni de tus resistencias; pero tiene presente tus buenos deseos para complacerse en ellos. Su corazón es un abismo de misericordia que no se agota perdonando. Es un abismo de riqueza que tampoco se agota dando. Amale cuanto puedas. El no te pide otra cosa. Conoce bien tu pequeñez. Pero vive sumisa y abandonada a su Voluntad. Déjale que descansa en ti y tú descansa en El. Cuando recibes sus gracias, descansas en El. Cuando te aflige de un modo o de otro, El descansa en ti.

Amale y agradece cuanto te sea posible el favor que te ha hecho, llamándote a ser esposa suya en la Sociedad, que es la porción escogida de su Corazón. . . ¡Amale mucho! . . .

Adiós, sé muy generosa y muy humilde. No olvides que eres nada, Únicamente la misericordia de Jesús te puede amar. Pero ¡confianza! Y como nada puedes, déjate guiar. Vive de agradecimiento, de paz y de amor. Adiós, hija mía».

“Me ha dado su bendición, le he besado la mano y se ha ido. . .”

La Virgen no puede faltar en tan feliz aniversario y sin embargo, Josefa se retira ya a descansar un poco triste porque no la ha visto. Sola en su celda, se arrodilla ante la imagen de la Inmaculada para ofrecerle la noche, y depositar en sus manos virginales su corazón y su alma. . . De pronto, la celda se llena de claridad: María está allí.

—«Siempre estoy contigo —dice, como en respuesta a los anhelos de Josefa—. Y luego tranquilizándola: —Si, hija mía, serás fiel si no te apoyas en tus propias fuerzas sino únicamente en Jesús, El te dará la fuerza necesaria. . . y Yo también te ayudaré».

Desahogando sus temores, Josefa le ruega que la socorra en sus combates contra el enemigo y sobre todo en aquellas sombrías y terribles bajadas al infierno. . .

—«Acuérdate de lo que te ha dicho tu Beata Madre —contesta la Señora—; en el sufrimiento, Jesús descansa en ti. ¿Por qué te apuras? Vive entregada a la Voluntad Divina. Ahora no puedes comprender la alegría que tendrás durante

toda la eternidad, al ver que con tus sacrificios se han podido salvar tantas almas. ¡Animo! La vida no es nada y tus días pasarán como un instante; aprovéchalos y llénalos de méritos. Da esa gloria al Corazón de tu Esposo, abandonándote toda a su querer y a su Voluntad. Vive de su paz y de su amor. Está siempre bajo su mirada. Y déjale obrar!»

“Ha extendido la mano para bendecirme y en seguida ha desaparecido.”

* * *

Días de Prueba

Del 16 de Julio al 24 de Agosto de 1923

“No temas; todo está dispuesto y gobernado por mi amor”.

(13 de Agosto de 1923)

En la vida de Sor Josefa las horas de luz aparecen tan solo como nuncios de etapas dolorosas. Su camino nunca estuvo exento de sufrimientos pero Nuestro Señor lo señala a veces con jalones de pruebas aún más intensas a fin de consumir a su privilegiada en el amor.

Esta ley parece cumplirse más estrictamente aún, cuando la vida de Josefa se va acercando al término. Es preciso que se apresure a completar en ella “lo que falta a la Pasión de Cristo”. Es preciso que sea víctima en toda la amplitud de la palabra y que el Mensaje, del cual ha de ser el instrumento, llegue al mundo a través de sus propios dolores.

El demonio seguirá siendo el instrumento de estos dolores. Ninguna oposición, ninguna persecución humanas hubieran podido penetrar tan profundamente en las honduras del sufrimiento con que Dios quiere santificarla. Por lo tanto no hay que asombrarse de los días tenebrosos que van a transcurrir, entran en los designios del amor tanto como los raudales de gracias que acaban de inundar su alma en los días de mayo y de junio.

Un sentimiento nuevo de admiración se despierta en nosotros al considerar los caminos secretos por donde el Señor se llega al alma y, a oscuras y a escondidas, obra en ella y prepara los esplendores de la próxima alborada.

Este es el caso de Josefa desde fines de julio de 1923. Apenas cumplido el aniversario de sus votos bajo la bendición de la Santísima Virgen, cuando de repente se yergue otra vez el demonio en su camino. Durante este periodo Josefa le verá, como en otros tiempos el santo cura de Ars, en forma de perro gigantesco, horrible, furioso, que se lanza sobre ella, mas sin poder derribarla. La borrasca arrecia por las noches; las pasa casi enteras en las terribles expiaciones del infierno, renovándose los tormentos y dolores pasados. Como si pudiera deshacer los planes de Dios el demonio explaya los suyos contra el Obispo de Poitiers, cuya próxima intervención presente, pero Josefa, armada de fortaleza, no vacila ya ante las intrigas de su enemigo. Y como se lo ha prometido a Nuestro Señor, busca valor y auxilio en la humilde confesión de su flaqueza.

En los últimos días de julio adquiere la certeza consoladora de que Dios prosigue su "Obra", que no la deja de su Mano. En efecto, San Juan Evangelista se le aparece en la capilla el 27 DE JULIO (1). "Estaba todo envuelto en majestuosa belleza —escribe— En cuanto lo vi renové los votos y me dijo:

—«*Alma muy amada del Divino Maestro, ya que el Señor quiere servirse de ti para hacer conocer a muchos su misericordia y su amor, vengo a decirte que prepares el camino a tu Amado.*

Que tu voluntad sea flexible y enteramente sumisa a su divino querer. Que la llama de su Corazón te purifique y te consuma y cuando El se digne hablarte, recibe sus palabras con respeto y amor. No olvides que este Divino Señor que te habla, es el mismo delante del cual, la corte celestial entona constantemente cánticos de alabanza y de amor».

"Y juntando las manos añadió:

—«*Que el Señor te guarde e inunde tu alma de las delicias celestiales de su Corazón.*

"Aquí se ha ido y un momento después he visto al Divino Corazón solo... Y abriendo su herida, ha dejado salir un rayo de fuego que me entraba en el pecho como antes, cuando Nuestro Señor consumía mis miserias cada noche... Este fuego me quema y en mi alma tengo un deseo tal de Jesús, que todo lo demás me parece nada."

EL DOMINGO, 29 DE JULIO, le toca a la Santísima Virgen anunciar la visita del Señor. Lleva en la mano la corona de espinas y, colocándola en la frente de Josefa le dice:

—«*Hija mía, vengo a adornarte con las joyas de tu Esposo y prepararte Yo misma para que cuando El venga te encuentre según su gusto... Cuando termines la adoración, ve a tu celda porque va a venir. Entre tanto, prepárale el camino con actos de humildad, de sumisión y de amor».*

Y respondiendo al temor, nunca extinguido, de Josefa:

—«*Adiós, El te ayudará, puesto que es su Obra. Confianza y ánimo: sumisión y humildad... amor y abandono...*»

Josefa ha comprendido, por el tono solemne del anuncio, la impor-

(1) Apariciones de San Juan Evangelista a Sor Josefa: el 13 de abril de 1922 — 29 de noviembre de 1922 — 27 de diciembre de 1922 — 27 de julio de 1923.

tancia de esta entrevista próxima. Poco después, Jesús aparece en su celda. Ella se postra a sus pies y se ofrece a su Voluntad Santísima cuyas exigencias adora y acata de antemano.

—«*Sí —le dice el Señor—, soy Yo. Nada temas: todo está dispuesto y gobernado por mi amor*».

Entonces Jesús le dicta todo lo que han de hacer y decir, para que el señor Obispo esté al corriente de todo, con tal precisión de detalles, que nada quedará expuesto al acaso y el favor divino se verá patente en esta ocasión, más aún, si es posible, que en todas las demás.

—«*No temas —repite al concluir—. Yo os ayudaré y os guiaré. Amame y confía en mi Corazón que nunca te abandonará*».

EL LUNES, 30 DE JULIO, en audiencia concedida al R. P. Boyer, O. P., Director espiritual de Josefa, recibe el Obispo el primer Mensaje del Corazón de Jesús.

En adelante la más absoluta seguridad acompañará las últimas gracias y pruebas de la vida de Sor Josefa. Como era de esperar, un recrudescimiento de rabia y persecución diabólicas responde a este gran avance de la "Obra" divina.

¿Creerá acaso el demonio tener algún poder frente a la Omnipotencia que se ríe de sus astucias?... Podría conjeturarse al leer los múltiples asaltos, las afirmaciones mentirosas, y la seguridad con que pretende triunfar de Josefa, del Obispo y hasta del mismo "Plan" divino.

"Estoy verdaderamente sufriendo mucho —escribe— pues si por un lado prefiero mil veces morir antes que ofender a Nuestro Señor, por otro lado es tan grande el miedo que tengo del demonio, de todo lo que me dice y atormenta, que por momentos me turbo mucho y siento cansancio de sufrir; y también me entra tristeza de saber que pronto me voy a morir... En cambio cuando no tengo tentación, es la mayor alegría que siento, al pensar que en el cielo ya no ofenderé ni perderé jamás a Nuestro Señor."

Así zarandeada por las olas, trabaja sin saberlo, en la Obra del Amor.

—«*No estás sola —le dice Jesús el 12 DE AGOSTO—. ¿Ignoras que soy tu vida y tu fortaleza, y que si Yo no estuviese a tu lado no podrías nada?*»

Al día siguiente vuelve a repetirle lo que ha de decir de su parte al Obispo de Poitiers.

La solicitud con que prepara esta primera entrevista da a entender cuánto espera de ella el Señor para la realización de sus proyectos. Al mismo tiempo con qué bondad tranquiliza a Josefa. Sin una gracia especial, de fortaleza y de paz, jamás hubiera podido sobreponerse a esta

prueba, pues la perspectiva de salir de su humilde oscuridad, hablar de las intimidades de su alma a tan elevada personalidad y, sobre todo, transmitir los deseos de su Maestro, la aterraba.

—«No temas: siempre te sostendrá y te conducirá el Amor. Yo te lo diré todo y te ayudaré. No temáis nada. Os guardo en mi Corazón. Os amo y esto es bastante para daros ánimo».

EL MIÉRCOLES, 15 DE AGOSTO, fiesta de la Asunción, es como un paréntesis de paz en medio del combate. Por la tarde, María aparece ante los ojos de Josefa, con todo el esplendor de su purísima belleza. Escucha con maternal ternura todos los desahogos de su alma, sus tribulaciones y sus miedos y, sobre todo, la confesión de su fragilidad y de su miseria.

—«Hija mía —contesta— tu miseria no te debe desanimar. Reconócela con gran humildad pero no pierdas ánimo, pues ya sabes que por tu miseria y por tu indignidad Jesús ha puesto en ti sus ojos. . . Mucha humildad. . . pero mucha confianza».

En cuanto a las persecuciones del demonio:

—«No tengas miedo, no puede hacer otra cosa sino llenar tu alma de méritos. Yo te defiendo y Jesús no te abandona».

Entonces, olvidando sus propias angustias, Josefa sólo piensa en el triunfo de su gloriosa Madre, en tan solemne fiesta. La Virgen, inclinándose benigna hacia su hija y abriendo de par su Corazón, traza ante sus ojos el itinerario que la condujo por caminos de sombras y dolores, a las claridades eternas.

—«Si, verdaderamente en este día fué cuando pude gozar plenamente y sin mezcla alguna, pues durante mi vida, siempre tenía la espada clavada en el alma».

“Yo le he preguntado —dice Josefa— si no gozaba mucho cuando el Niño Jesús era pequeño, pues como era tan hermoso, me figuro que tendría mucho consuelo en verle.

—«Mira, hija mía, desde el principio de mi vida tuve conocimiento de las cosas divinas y sabía las esperanzas que había en la venida del Mesías. Cuando el ángel me anunció el misterio de la Encarnación y me vi escogida por Madre del Salvador de los hombres, mi Corazón, aunque entregado con gran sumisión a la Voluntad de Dios, se vió sumergido en un torrente de amargura, pues conoció lo que este tierno y divino Niño debía padecer. La profecía del anciano Simeón fué el complemento de mis angustias maternas.

Figúrate cuáles eran mis sentimientos, al contemplar a

este Niño lleno de encantos, sabiendo que su rostro, sus manos, sus pies y todo su ser había de ser cruelmente maltratado.

Besaba sus manos, y me parecía que mis labios se impregnaban de la sangre que saldría más tarde de sus heridas.

Besaba sus pies, y los veía clavados en la cruz.

Arreglaba sus cabellos encantadores, y los veía cubiertos de sangre y enredados entre las espinas de la corona.

En fin, cuando en Nazareth dió sus primeros pasos y lo veía correr con los brazos abiertos, no podía contener las lágrimas considerando que en esa misma postura debía morir.

Adolescente, era tal su hermosura que nadie podía contemplarlo sin admiración. . . Sólo mi Corazón de Madre se anegaba de dolor y parecían repercutir en él todos los tormentos anunciados.

Más tarde, la separación de tres años durante su vida apostólica, y en fin, su Pasión y su muerte fueron para mí el más terrible martirio.

Cuando le vi al tercer día resucitado y glorioso, ya no sentí el mismo sufrimiento, pues El no podía sufrir, pero ¡cuán dolorosa y triste debía ser para Mí su ausencia! Consolarle, reparar en la tierra las ofensas de los hombres, era mi único consuelo. . . ¡pero qué largo destierro! . . . ¡Qué incendios devoraban mi alma! . . . ¡Cómo suspiraba por unirme eternamente a Ell! . . . ¡Ah! ¡qué vida sin vida! . . . ¡Qué luz en sombras! . . . ¡Qué deseada unión! . . . ¡Cuánto tardaba en venir! . . .

Al entrar en mis 73 años, mi alma pasó de la tierra al cielo. Al fin del tercer día, los Angeles vinieron a buscar mi cuerpo y lo transportaron en triunfo jubiloso al cielo, unido ya a mi alma. ¡Qué admiración y qué dulzura inundó todo mi ser, cuando estos ojos vieron por primera vez, lleno de gloria y majestad, rodeado de los ejércitos angélicos, a mi Hijo, a mi Dios!

¡Y qué decirte, hija mía, del asombro que me causó el ver mi extrema bajeza aclamada, coronada y llena de felicidad!

¡Ya no hay tristezas. . . todo es dulzura. . . todo es gloria. . . todo es amor! . . . »

Más tarde dirá Josefa que, aunque la Virgen se había expresado con mucho calor, sin embargo cada palabra suya brotaba de sus labios, como envuelta en un tinte de humildad.

Después de un momento de silencio, acaba diciendo:

—«Todo pasa, hija mía, y la bienaventuranza no tiene fin.

Sufre y ama. Mi Hijo coronará pronto tus esfuerzos y tus trabajos. No temas. El y yo te amamos.

Sé muy fiel a Jesús y no le rehuses nada. Prepárale el camino, pues pronto va a venir. ¡Animo! generosidad y amor... El invierno de la vida es corto, y la primavera será eterna...»

Josefa deja anotado que no pudo retener al pie de la letra esta larga conversación.

“Pero EL VIERNES, 17 DE AGOSTO, cuando fui a mi cuarto para tratar de escribirlo, vino la Virgen, muy hermosa y resplandeciente de luz. Con una sonrisa muy dulce, me repitió todo lo que me había dicho el día de su fiesta y después me dió su mano a besar, me bendijo y desapareció”.

EL LUNES, 20 DE AGOSTO, mientras está Josefa meditando estas palabras:

“Jesús es la luz del mundo”...

“De repente —dice— he visto una Cruz de gran tamaño toda resplandeciente y, en el centro, el Corazón de Jesús, con la corona de espinas en torno de El y mucho fuego saliendo de su herida. He oído la voz de Jesús que decía:

—«Este Corazón es el que da vida al mundo, pero se la da desde la Cruz. Así, es necesario que las almas escogidas como víctimas para ayudarme a dar luz y vida al mundo se dejen clavar en esta Cruz, con gran sumisión, a ejemplo de su Salvador y Maestro».

La Cruz será pues, hasta el fin su luz y su fuerza. Josefa lo sabe y lo quiere. Y aquella misma noche la Virgen vuelve a mostrarse a ella para fortalecer su voluntad.

—«Dame tu corazón —le dice—. Yo lo guardaré; dame tus obras, Yo las transformaré; dame tu amor... tu vida... y Yo lo entregaré todo a Jesús».

Luego, acercándose a ella alzando sobre su frente la mano virginal:

—«Con todo mi Corazón de Madre te bendigo. Que esta bendición te dé fuerza y generosidad para cumplir en todo la Voluntad de Jesús. ¿Qué puedes temer si confías en El? No sabes que es todopoderoso, que es bueno... que es todo amor?»

Lo sabe y está segura de El, aunque su natural inclinación se sienta estremecer al pensar en la misión que Dios le ha encomendado. Pronto va a empezar los Santos Ejercicios. Se los confía a la Virgen, pidiéndole el socorro, porque serán los últimos de su vida.

La Señora contesta a su plegaria con estos consejos:

—«Si quieres aprovechar bien estos días de gracia, durante el tiempo que falta para empezar los Ejercicios, repite muchas veces estas palabras que decía mi hijo Ignacio con tanto ardor:

Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi entendimiento y toda mi voluntad. . .

Si hija mía, dáselo todo a Jesús, para que El se apodere y se sirva de ti como quiera. Prepárate también con actos de humildad, de mortificación, de generosidad. . . Así tu alma estará dispuesta para recibir, en estos santos días las gracias del Señor. No olvides que son los últimos ejercicios de tu vida. Deja que Jesús trabaje en ti y te prepare como más le guste para la unión eterna».

Y moviendo el resorte más poderoso para la generosidad de Josefa:

—«Puesto que amas a las almas, piensa en ellas y déjate labrar como más convenga para su salvación».

Estas últimas palabras despiertan más y más la atención de Josefa; y una larga y expresiva mirada de la Señora parece querer preparar su alma para un nuevo ofrecimiento.

Entonces, con autoridad de Madre, tan suave como firme, descubre a Josefa el porvenir: irá a Roma a fin de comunicar por sí misma a la Superiora General el Mensaje del Corazón de Jesús: una parte personal y secreta, otra que se refiere a los destinos de la Sociedad del Sagrado Corazón y finalmente, la que se dirige al mundo.

Al oír estas palabras, Josefa se conturba. Apenas ha logrado dominar el temor que le ocasiona la próxima entrevista con el Obispo y he aquí que se encuentra ante otra perspectiva igualmente costosa, pues que la obliga a salir del silencio y oscuridad, en la que se halla tan segura y en paz.

La Virgen la contempla en silencio. Y su mirada va, poco a poco, calmando la tormenta. La voluntad de Josefa, venciendo las repugnancias, se adhiere al querer divino y la gracia, triunfando una vez más en ella, la entrega a la Obra de Amor que se lo exige todo.

—«No temas —añade finalmente la Virgen—, Jesús, que con tanta predilección te ama, te manifestará sus deseos, y todo se hará con facilidad, humildad y sencillez. ¡Qué gracia para la Sociedad y qué felices sois, hijas mías, en servir a Dios de instrumento para esta Obra tan grandel»

La Santísima Virgen desaparece. Josefa permanece abismada en la ardorosa intensidad de su ofrenda, sin preguntarse siquiera "¿cómo podrá ser esto?" El abandono que Dios solicita de ella hace tanto tiempo, ha adelantado hoy, a pasos de gigante. Después de haber explicado a su Superiora el proyecto divino acerca del viaje, no vuelve a preocuparse de

ello ni indaga, ni pregunta nada, hasta la hora de partir. Hoy suscribe aquel lema que pronunciara un día, camino de Francia, y que es, en verdad, el secreto de su vida toda: "DIOS ME LLEVA".

EL VIERNES, 24 DE AGOSTO, durante la acción de gracias, Jesús se le presenta:

—«*Dime, Josefa, todo lo que me dirías si no me vieses. No eres tú la que siempre se ha de complacer en escucharme. Yo también quiero recrearme y complacerme en lo que tú me dices*».

“Entonces —escribe— le he dicho cuánto deseo amarle, serle muy fiel, no resistirle nunca. Pero ya ve cuán débil soy. Jesús me miraba con unos ojos tan hermosos y tan buenos que me inspiraban mucha confianza.

—«*Sí, dame esta prueba de amor, porque el amor todo lo hace fácil. Toma ejemplo de mi Corazón, Yo he criado a las almas por amor y quiero salvarlas por amor. Que las almas a su vez me demuestren también el suyo y si tanto anhelo ser amado de todos los hombres, ¡cuál no será mi deseo de que me amen mis esposas! Josefa, ¿no conoces la locura que tengo por ti? . . . por tu pequeñez. . . por tu miseria. . . Págame con obras que son la moneda del amor*».

“Mis obras, son demasiado pequeñas y miserables. . .

—«*No importa. Dame tu miseria que Yo la enriqueceré. . . y por un sacrificio que tú me des. Yo te pagaré con las ternuras más delicadas de mi Corazón*».

Pero acá abajo, tales intercambios no se realizan según los planes humanos. Josefa ya lo sabe, pero ha de seguir experimentándolo todavía. Su fe viva descubrirá, entre las sombras y oscuridades que proyecta la cruz, la prueba del Amor infinitamente fuerte y delicado, que su Divino Esposo le ha prometido.

*En el Yunque del Dolor**del 25 de agosto al 2 de octubre de 1923*

*"Yo trabajo en la oscuridad, pero al fin mi
Obra saldrá a la luz, de modo que se pueda
admirar en todos sus detalles".*

(30 de agosto de 1923)

Nueve días faltan para los Ejercicios tan deseados... Los últimos de su vida. Pero estos nueve días, van a ser de tinieblas y cruz, sin que apenas alguna claridad llegue a rasgar la cerrazón del cielo de su alma. El demonio aparece otra vez en escena, con nueva saña.

"No puedo decir hasta qué punto me atormenta día y noche, en el cuerpo y en el alma. He sufrido mucho hasta el 29 de agosto, día en que empezaban los Ejercicios de la Comunidad".

Tanta desolación parece incapacitarla para el trabajo espiritual intenso que requieren los Santos Ejercicios. En su cuaderno íntimo y personal se lee:

"Jesús mío, ¿me habéis abandonado?... Veis como soy: y sin embargo os amo... Si os amo más que todo lo del mundo... Estoy dispuesta a hacer todo lo que queráis, pero no estoy segura de lo que haré dentro de un momento!... ¡Soy un abismo de orgullo y de corrupción!... siento más que nunca mi incapacidad... yo no sé lo que me sucede... creo que no tengo voluntad, pues hago y digo lo que no quisiera hacer ni decir, y me siento impulsada al mal..."

"¡Oh Jesús mío, yo no puedo responder de mí!... pero cuento con Vos y me abandono a Vos. Sé que me sostendréis y me perdonaréis: sé que amáis. ¡Qué angustia! Vos solo sabéis, Dios mío, lo que sufro. ¡La cruz me pesa!... el camino por donde me lleváis me parece imposible... ¡no puedo más!... ¡Oh! Señor, venid a mi socorro, levantadme, dadme luz".

"Hoy, 29 DE AGOSTO escribe más abajo— ha venido Jesús. He visto su Corazón, y he sentido que su amor hacia mí es sin medida; sus ojos me lo dicen. En seguida me he arrojado a sus pies y he desahogado mi corazón en el suyo".

—«¡Qué importa! —me ha contestado— Yo soy rico, poderoso, amante y fiel. Ya te he dicho, no una vez sino muchas, que te amo a causa de tu debilidad y de tu miseria. Ten confianza en mi palabra y quédate en paz. Aprovecha estos días

de retiro para hacer muchos actos de amor a vista de mis beneficios. Cada día rezarás cinco veces el Miserere y añadirás un Padrenuestro en honor de mis llagas. Escóndete en ellas... que sean siempre tu refugio. Humíllate y no temas. Yo soy tu sostén y tu vida y siempre te defenderé».

“¡Ah! —comenta ella— todas estas palabras de Nuestro Señor en otra alma serían de provecho y llegaría a ser una santa... ¡en mí, no sirven de nada!

“Todo el día lo he pasado en una horrible tentación... ¡Oh Dios mío!, ¡cuánto sufro! Vos solo lo sabéis... y a pesar de todo yo os quiero amar... ¡No me puedo separar de Vos!”

¿Resistirá el Señor a su llamada? EL JUEVES, 30 DE AGOSTO, por la mañana, se ve libre de pronto de todas sus obsesiones:

“¡Me encuentro a vuestros pies tal como soy, Señor... Miseria, pecado, ingratitud, un ser digno de desprecio... Pero a Vos, os veo también tal como sois ¡Amor, bondad, misericordia!...”

Semejantes afirmaciones, encantan y conquistan el Corazón del Maestro; no resiste al atractivo de la confianza humilde, que todo lo espera de El.

“Ha venido de repente —escribe Josefa— hermosísimo y buenísimo”.

—«No tengas miedo de Mi; ¿no sabes que mi Corazón desea consumir tus miserias y a ti misma? Yo te conozco y te amo. Nunca me cansaré de ti».

“Cuanto más le conozco —dice ella— más sufro de no saber amarle, así que mi único recurso es pedirle perdón”.

—«Ya sabes que estoy dispuesto a perdonarte, no una vez, sino todas las que tu debilidad te haga caer. Si tú eres débil Yo soy fuerte. Si tú eres miseria, Yo soy fuego que la consume. Acércate a Mi con gran confianza y déjame purificar tu alma».

“Aquí ha dejado caer la llama de su Corazón sobre mi pecho”.

—«Ahora toma mi corona, será testimonio de mi perdón y de mi amor. Déjate guiar, sé muy humilde y fiel. Yo te conduciré...»

“Le he dado las gracias y le he dicho que no permita que yo sea un obstáculo a su Obra”.

—«No te apures, Yo trabajo en la oscuridad pero al fin mi Obra saldrá a la luz, de modo que se pueda admirar en todos sus detalles».

La visita del Señor, abre su paréntesis de paz en medio de la borrasca, Josefa la aprovecha para entregarse con toda actividad a las meditaciones de los Ejercicios.

“Hoy he meditado sobre la muerte —escribe— y he sentido un poco de temor al ver que tan pronto va a venir para mí: pero en seguida he cobrado ánimo y casi he sentido consuelo pensando que dentro de cuatro o cinco meses daré el paso definitivo. ¿Por qué temer? Yo no tengo ningún mérito, es verdad, pero ¿los de Jesús no son míos?.. ¿No cuento con El que todo lo puede y que es todo misericordia?

“Sí, Jesús es bueno, misericordioso y es mi Esposo. Si yo vivo en El, moriré en El y le gozaré, sin temor a perderle jamás. ¡Ah! eterna y divina unión! ¡Ven!.. ¡Ven! Lo digo sin sentirlo.. pues mi mezquina naturaleza teme.. y tengo miedo que mi corazón me haga traición.. ¡Ah! ¡Dios mío, ya sabéis cuánto ama este corazón!.. Sí, todo lo quiero, todo lo amo.. pero todo os lo abandono, Señor, Sólo mi Jesús, ¡sólo vuestro Corazón!”

Y en verdad que ha llegado la hora de apoyarse sólo en El. El mismo día, SABADO 1° DE SEPTIEMBRE, recibe Josefa el aviso de que al día siguiente vendrá el señor Obispo y le concederá unos momentos de audiencia.

El recogimiento de los Ejercicios de la Comunidad favorece el incógnito de la entrevista episcopal. Así va disponiendo la Providencia todos los detalles del modo más propicio a su Obra, mientras con la fuerza de su Voluntad detiene el poder del infierno que por unos instantes suspende sus ataques.

—«No temas, estás en mis manos —le dice el Señor—. Sé muy sencilla, Yo estaré contigo, y te lo diré todo».

“Hoy, 2 DE SEPTIEMBRE —escribe después—, he hablado por primera vez con el señor Obispo. Al principio sentí un poco de temor, pero después le he hablado como a Nuestro Señor y mi alma ha encontrado en El tanta paz que no lo puedo decir. Le he dicho todas mis repugnancias hacia este camino, mis tentaciones de resistir a él, mi poca fuerza y el desánimo que me entra al ver mi incapacidad para cumplir

mis propósitos. Me ha tratado con mucha bondad y he sentido ánimo y consuelo”.

Nada añade Josefa sobre esta entrevista, que tanta trascendencia va a tener para el Mensaje. Se ha conformado con la estricta obediencia a las indicaciones del Señor y ha entregado al Obispo un encargo especial y secreto que el Señor le había dictado. Luego le ha comunicado los planes divinos de la Obra de Amor, que había de propagarse por el mundo entero. Finalmente, como ella misma lo indica más arriba, ha contestado con sencillez y filial abandono a las preguntas del Prelado, abriéndole su alma como a Dios mismo.

Aquel mismo día, escribía la Superiora de Poitiers a la reverendísima Madre General:

“La entrevista de esta mañana ha sido sencilla, fácil y consoladora. El señor Obispo ha venido solo y ha celebrado el Santo Sacrificio en el oratorio de San Estanislao. El recogimiento de la Comunidad en Ejercicios, los hermosos cánticos polacos de las Novicias (1) y una breve alocución de S. E. R., han contribuído no poco a la devoción de todas. Después, hemos seguido, punto por punto, la línea de conducta trazada con tanto amor y claridad por Nuestro Señor, tan soberanamente fiel a su palabra.

“Ya el R. P. Boyer había puesto en antecedentes a Mons. de Durfort, el cual, con bondad verdaderamente paternal, ha hablado a solas con Sor Josefa, durante cuarenta minutos. Acabada la audiencia, S. E. R. se ha dignado decirnos que estaba conmovido de la sencillez y candor de la Hermana, que, en su pintoresco francés, le había hablado sin rodeos ni pretensiones y como un alma llena de Dios. Se ha llevado el Mensaje que dictó para él personalmente Nuestro Señor, el 11 y 12 de junio, pidiéndonos muchas oraciones y asegurándonos que su deseo es entrar plenamente en los designios de Dios. Volverá probablemente antes de noviembre. Pero ¡qué tranquilidad y qué aliento nos ha dejado esta primera visita!”

Desde esta fecha —2 DE SEPTIEMBRE hasta la de su muerte, 29 DE DICIEMBRE de este mismo año de 1923— Sor Josefa cuenta con el apoyo y la protección del Sr. Obispo de Poitiers y en él encuentra luz y seguridad en su camino. En efecto, Mons. De Durfort se constituye en consolador y guía de la sierva de Dios. No se limita a leer detenidamente todos sus escritos, sino que además, en visitas sucesivas, la vuelve a interrogar sobre su misión, dejándola siempre inundada de paz.

“Yo lo haré todo”; había dicho el Señor; y su palabra se había realizado, una vez más.

(1) Había entonces en Poitiers muchas Novicias polacas.

Josefa volverá a ver repetidas veces a Mons. De Durfort. Será hasta el fin de su vida apoyo y seguridad.

El Prelado leerá todos sus escritos y la interrogará y alentará en muchas ocasiones.

De sus manos recibirá la Extrema Unción y pronunciará ante él los últimos votos de la Profesión "in articulo mortis". Sobre todo en sus últimos días, las visitas serán más frecuentes y paternales que nunca. Y cuando, consumada su ofrenda, Josefa termine aquí abajo su mortal carrera, el Obispo de Poitiers reclamará el privilegio de dar a los restos de la humilde elegida del Señor, la última bendición de la Iglesia.

Pero, hasta entonces, el Divino Maestro quiere conservarla en el olvido y en la oscuridad. Las horas de descanso son escasas y sólo para ayudarla a dar algún paso de especial importancia.

Desde el LUNES, 3 DE SEPTIEMBRE, las tinieblas se ciernen otra vez sobre el alma de Josefa: sequedad, aislamiento, desolación, tentaciones de desconfianza hasta la desesperación y la presencia misma del demonio, que la atormenta personalmente. Y en este caos de dolores y ansiedades sin cuento, ha de continuar los Ejercicios.

"Día sexto —escribe—. Aquí he perdido a Jesús. ¿Cómo he hecho estos Ejercicios? ¡Dios lo sabe!"

Sí, lo sabe, y en este estado de sufrimiento por momentos indecible, su amor trabaja para acabar su Obra y consumir su víctima. Le permite palpar hasta el fondo su miseria y su nada y parece aniquilarla bajo el peso de los rigores de su justicia. Le hace sentir una vivísima impresión de la muerte que se aproxima, del vacío de la vida, de la responsabilidad de las gracias con que Dios la ha colmado. Al mismo tiempo la reduce a una total impotencia y la consume con una sed de amor que no se puede saciar.

Josefa no acierta a traducir en palabras la suprema angustia de su alma, a la que se añade el agotamiento de sus fuerzas físicas y los ataques nocturnos de su implacable enemigo.

Así termina el mes de septiembre. Sólo de vez en cuando, Dios le permite entrever un jirón de cielo azul y luminoso.

"EL VIERNES, 14 DE SEPTIEMBRE —escribe—, he visto al Padre Boyer. Me ha hecho entrar por el camino de la confianza y aunque sufro mucho de no poder amar a Jesús como deseo, estoy tranquila, pues lo espero todo, no de mí, sino de sus méritos y de su Misericordia".

El Corazón infinitamente bueno de Jesús que la sostiene, aunque ella no lo sienta, se le aparece de pronto el 18 DE ESTE MISMO MES.

"Durante la acción de gracias —escribe— le estaba amando y adorando con el Corazón de la Santísima Virgen, porque no soy capaz de nada bueno, cuando ha venido Nuestro Señor muy hermoso y su Corazón todo encendido. Con mucha bondad me ha dicho:

—«Josefa, ven, acércate a esta divina hoguera de amor. Trae a ella todas tus miserias para consumirlas en este fuego».

“Yo le he pedido que tenga compasión de mí, pues cada día me encuentro más indigna, no sólo de sus gracias, sino hasta de su perdón y de su misericordia”.

—«¡No tengas miedo! Acércate, pues ya sabes, que cuantas más miserias encuentre en ti, más amor encontrarás en Mí».

“Aquí me ha recostado sobre su Corazón y yo le he dicho todos mis deseos y también mis pecados para que me los perdone.

—«Conozco tu miseria, Josefa, y me encargo de repararla. Tú, en cambio, consuélame y repara por las almas».

Convencida de su indignidad, Josefa se muestra sorprendida al ver que todavía el Señor cuenta con ella.

—«¿No te he dicho, que me encargo de todo? Yo reparo por ti. . . tú repara por las almas».

Y después de haber reanimado su confianza y orientado su mirada hacia las almas, le recuerda que se acerca la hora de una misión nueva.

—«Ahora —añade— atiende bien; quiero decirte unas cuantas cosas para el Sr. Obispo y para tu Madre General. . . Siempre eres indigna de que Yo te hable. . . Pero todo lo que hago contigo es por el amor que tengo a las almas.

Ya sabes mis gustos. Deseo que hagas muchos actos de humildad. Deja que el amor los escoja con delicadeza y generosidad».

Dos veces más, los días 21 y 28 DE SEPTIEMBRE, Jesús proyectará un rayo de luz sobre la obscuridad de su espíritu. Le dictará el Mensaje que dirige a la Sociedad del Sagrado Corazón y que ella deberá entregar a la Superiora General.

—«Quiero que tú misma se lo digas» —insiste el Señor, para vencer los temores de Josefa.

Momentos son éstos, tan grandes y tan solemnes, que sobrepujan con mucho los pensamientos, las previsiones y cuanto la persona del instrumento pudiera aportar. Por esto, convencida ella cada vez más de su nada, se ve forzada a lanzarse de lleno en un confiado abandono, porque sólo una fe tan viva como ciega puede llevar a cabo los planes de Dios. Josefa toca ya la cumbre en la cual su Maestro quiere fijarla para siempre.

—«Déjate llevar con los ojos cerrados —le dice el 18 DE SEPTIEMBRE—, que Yo soy tu Padre y los tengo abiertos para conducirte y guiarte».

XII

ROMA

— o o o —

La Casa Madre Divinas Garantías

Del 2 al 26 de Octubre de 1923

“Así como después de un día muy oscuro, el sol parece más hermoso. así después de estos sufrimientos mi Obra brillará con más claridad”.

(14 de octubre de 1923)

Por segunda vez va a ausentarse Josefa de Poitiers. Desde que el Señor, ratificando las palabras de su Santísima Madre (20 de agosto de 1923), le manifestó su expresa voluntad de que transmitiera a la Madre General un Mensaje a ella dirigido, concerniente a la Obra de su Corazón, mucho intercambio de correspondencia y muchas oraciones han girado alrededor de este proyecto.

Dios, que inclina los corazones al cumplimiento de sus divinos que-
reres, había inspirado hacia ya algún tiempo a la Rvdma. Madre el deseo de conocer a ésta su hija privilegiada. La sigue desde Roma, y se informa sobre su via extraordinaria con maternal bondad, pero con la más discreta prudencia. Ahora, esta circunspección la inclina a esperar, para seguir el plan expresado por Dios, una señal de su Providencia, traída por las mismas circunstancias.

No tarda en presentarse, va a haber en la Casa Madre una tanda de Ejercicios para las Superioras, que acudirán de todas las casas de Europa, lo que traerá para las Hermanas de aquella casa un gran aumento de trabajo. ¿No convendrá que algunas de otras casas vayan a Roma para ayudarlas? ¿Y no podría Sor Josefa, con tal motivo, acompañar a su Superiora a la Casa Madre? ¿No es ésta la señal providencial?

El viaje se decide y la marcha de Josefa se anuncia a la Comunidad de Poitiers. A nadie sorprende, pues estos cambios de casa son frecuentes en la Sociedad del Sagrado Corazón. Josefa cree que es definitivo, y de nuevo, su exquisita sensibilidad, abre margen al sacrificio. Una Religiosa a quien ayuda desde hace unos dos años, escribirá luego, acordándose de aquel día:

“Encontré a Sor Josefa delante de la Capilla de las Congregaciones, a la que ella tenía tanto cariño, y salía precisamente de despedirse de aquel piadoso lugar. Allí, donde tantas veces habíamos rezado juntas, hicimos un pacto de oraciones, para permanecer unidas en el Corazón de Jesús. “¿Qué pediremos la una por la otra?”, le dije. Y como nada respondiera, añadió: “Que se cumplan enteramente en nuestras almas los designios de Dios”. “Si, respondió espontáneamente; la Voluntad de Dios: todo está ahí. Que obre en nosotras con entera libertad... Por muy grande que sea el sufrimiento de cada día, nunca falta la gracia para llevarlo”. La

expresión de su mirada me hizo adivinar que la Divina Voluntad le exigía por entonces grandes sacrificios, como prueba de su amor.

En el momento de la partida me dijo:

“Soy feliz de poder ofrecer a Jesús el sacrificio de mi querida casa des Feuillants. Me costó mucho dejar a España, ahora me cuesta marcharme de Francia, patria de mi alma, puesto que aquí he nacido a la vida religiosa, pero es la Voluntad de Dios”.

EL MARTES, 2 DE OCTUBRE, al mediodía, la Superiora de Poitiers sale para Roma, acompañada de Sor Josefa.

El mismo Jesús va a ser su compañero de viaje. En cuanto el tren se pone en marcha, Josefa, a pesar de la aglomeración de gente que la rodea, entra en profundo recogimiento. Su corazón, agitado por tan diversas emociones, se va serenando, al ponerse en contacto con el Huésped Divino de su alma. No le cuesta trabajo unirse a El, la soledad la atrae y el ruido exterior no turba su silencio interior. La presencia de Aquel que es su todo, la absorbe por completo.

Y de pronto, se le aparece. ¡Qué poco se imaginan los viajeros que van y vienen, suben y bajan, lo que está contemplando esta humilde Hermitaña!

—*«Mira mi Corazón —le dice—. Las almas no saben venir a buscar las gracias que deseo derramar sobre ellas ¡Hay tantas que no se dejan atraer por el imán divino de mi amor! Por esto necesito a mis almas escogidas. Quiero que ellas derramen este imán por todo el mundo. No sabéis, Josefa, cuánto me glorifica vuestra confianza, vuestra sumisión a mi Voluntad. Yo os bendigo y me serviré de vosotras para hacer caer sobre el mundo mis gracias y mi amor».*

Jesús desaparece; pero más tarde, poco antes de llegar a París, vuelve a confirmar sus planes sobre esta última etapa de la vida de Josefa.

—*«Quiero salvar el mundo y servirme de vosotras, miserables y pobres criaturas, comunicándoos mis deseos para que, por vuestro medio, otras muchas almas conozcan mi misericordia y mi amor».*

Y al preguntarle ella lo que tiene que hacer y decir en Roma:

—*No temas —contesta—, Yo te lo diré. Yo mismo os guío. . . Tú hablarás sin temor, pues éste es el medio por donde empezarán a realizarse mis deseos. . .»*

Luego, insistiendo, añade:

—*«Nada temas; mis pasos caminan por momentos en tierra arenosa, parece que se borran. Pero no es así. Tú sé bien dócil.*

No te preocupes de nada ni te asustes de lo que puedan pensar o decir. Yo lo dispongo todo y sé lo que conviene a mi Obra».

Animada por tanta bondad, Josefa se atreve a confiarle todo lo que la turba:

—«*Si no tuvieras fe, lo comprendería; pero si crees en Mí ¿por qué esa turbación? Entiende lo que te digo, Josefa: Yo trabajo en la obscuridad y sin embargo soy la luz. . . Más de una vez te he repetido que vendrá un momento en que todo parecerá perdido y mi Obra deshecha. Pero, te lo vuelvo a decir: la luz brillará luego con más fuerza».*

Tales afirmaciones del Maestro manifiestan bien a las claras. lo que en Roma tendrá que sufrir y las dificultades que esa Obra, de la que es fiel instrumento, va a encontrar allí. ¿Cuáles serán? Nada hay que lo deje entrever, las viajeras bajan del tren en la estación de Roma, el 5 DE OCTUBRE DE 1923, Primer Viernes de mes. Son las doce y media. Varias Superiores han llegado ya, otras van llegando y, en medio de la religiosa expansión del encuentro, la Hermanita, que viene para ayudar —asi lo creen al menos— desaparece gozosa y se esfuma entre las demás Hermanas de la vasta morada, con tanta razón llamada Casa Madre, que muy pronto conocerá y amará con toda su alma.

Su primera entrevista con la Madre General le prueba, una vez más, que el Señor le traza el camino: su bondad la confunde y la llena de agradecimiento. De antemano, saborea la alegría de entregarse al trabajo para colaborar, en la medida que puede, a la gran obra que dentro de poco, va a convertir la casa en un Cenáculo.

Otra satisfacción es para Josefa el encontrar allí varias Superiores españolas, oír y hablar castellano, y tener noticias de su querida Patria, goza sencillamente con todo, se amolda en seguida al nuevo ambiente, y le parece casi imposible que otra tormenta, ni siquiera una nube, pueda venir a obscurecer el cielo de su alma.

Pero otros, son los designios de Dios. No tardará el Señor en recordarle que ha venido no para gozar, sino para sufrir y ayudarle en su Obra de Amor.

EL SABADO, 6 DE OCTUBRE, Jesús la llama para dictarle ciertos encargos, expresión de sus deseos, que debe transmitir a la Madre General.

Dócil a la llamada, Josefa acude a la celda de su Superiora —según la consigna que ha recibido de ella— y escribe lo que Jesús le va diciendo, Estas páginas han de permanecer inéditas para el público, porque están reservadas a la Sociedad del Sagrado Corazón.

Frente a una misión, tan sublime como delicada, Josefa vuelve a asustarse y a sentir en su interior el oleaje jamás extinguido de sus repugnancias

EL DOMINGO, 7 DE OCTUBRE. después de la comunión, Jesús se le aparece y le pregunta, como a los discípulos de Emaús:

—«*¿Por qué estás triste?»*

“Señor —responde ella— tengo tristeza de verme en este

camino tan extraordinario y que algunas veces me parece que me voy a perder en él."

—«¿No sabes, Josefa, que no te dejo sola? Mi único deseo es enseñar a las almas el amor, la misericordia y el perdón de mi Corazón. Por eso te he escogido a tí, miserable como eres. No te inquietes, Yo te amo y, precisamente la causa de este amor es tu miseria. Te he querido para Mi y porque eres miserable he hecho milagros para guardarte cuidadosamente... Sí, quiero a todas las almas, pero con predilección a las que son más débiles y más pequeñas».

Y apoyando con el tono sus palabras:

—«Te he amado y guardado, Josefa; te amo y te guardo; te amaré y te guardaré siempre. Cuidame con amor en tu corazón, que Yo te cuidaré en el mío con ternura y misericordia».

Algunos instantes más tarde durante la misa de nueve, Jesús vuelve a su presencia. Arrodillada entre las demás Hermanas, que nada sospechan, renueva los votos y adora a Aquél de quien no sabe decir más que: "Vino, hermosísimo..." De sus labios divinos, recoge estos acentos:

—Busco el amor de mis almas y vengo a decirles lo que quiero, lo que pido, lo que suplico: amor, y sólo amor. Tú, Josefa, sé muy fiel y dócil. Yo te lo diré todo, poco a poco, y pronto te llevaré a la claridad sin fin. Entonces mis palabras se leerán y se conocerá mi Amor».

Por la tarde, vuelve Jesús para proseguir sus confidencias. El mismo silencio que en Poitiers, rodea en Roma estas misteriosas comunicaciones. En la celda de la Superiora, el Señor se manifiesta a Josefa, pero no para ella sino para el Instituto, del cual se digna servirse para revelar al mundo las riquezas insondables de su Corazón.

Cuando El desaparece, Josefa vuelve a su trabajo, humilde y modesta como siempre, entregando a la prudencia de sus Madres los secretos que, como mero instrumento, ha recibido de Dios. En varias ocasiones tendrá que llevar ella misma a la Madre General las hojas en que ha escrito los Mensajes del Maestro. Estas visitas, envueltas igualmente en discreto silencio, la llenan de confusión. Sin abandonar su natural reserva, Josefa olvidada de sí misma, se expansiona filial y respetuosamente con la Madre, que con tanta bondad la recibe.

Por otra parte, el Señor mantiene su alma en el sentimiento doloroso de su propia miseria. Es la línea de conducta que sigue desde el principio, y ¡qué humillación en el orden humano, llegaría a alcanzar la hondura de este anonadamiento en que el mismo Dios sumerge, por decirlo así, a su criatura, como y cuando le parece?

Y ella se deja destruir por su mano potente y amorosa.

EL LUNES, 8 DE OCTUBRE, escribe:

“Durante la acción de gracias, le decía a Nuestro Señor que tengo temor del juicio, cuando pienso en la muerte y veo mi vida tal como es delante de El.

“En seguida ha venido muy hermoso y me miraba con gran bondad.”

Josefa pone de relieve esa *mirada* del Señor, toda paz...

Cuantas almas, al leer estas líneas, cobrarán ánimo ante la realidad de esa mirada dulcísima que penetra y purifica; sosiega y fortalece. Mirada divina de la que no nos permite la Fe dudar ni por un momento.

Después de haberla sondeado así, Jesús le dice:

—*«Todo esto es verdad, si miras solamente tus obras. Pero Yo mismo te presentaré en el cielo; Yo mismo preparo la túnica para revestirte. Está tejida con el lino precioso de mis méritos y teñida con la púrpura de mi sangre. Mis labios estamparán en tu alma el ósculo de paz y de amor. No temas, no te abandonaré hasta dejarte en el lugar de la claridad eterna».*

“Jesús me ha quitado todo el temor que antes tenía de morir —comenta Josefa con toda sencillez.

Estas entrevistas suelen ser preludeo de horas de prueba.

Por la mañana del mismo día, Josefa, mientras está en el lavadero con otras Hermanas, nota de repente los primeros síntomas de un mal insospechado: tiene un vómito de sangre al que el médico no da mucha importancia, pero después de reconocerla detenidamente, queda muy sorprendido al saber que aquella Hermana no tiene más que treinta y tres años.

“¡Está tan agotada!”, exclama.

Quien ha seguido a Josefa paso a paso, y conoce su vida de padecimientos, comprende fácilmente que lo esté.

Unos días de reposo, le permiten continuar trabajando, aunque con ciertas restricciones y especiales cuidados. A una Madre Asistente General que le pregunta por su salud, contesta ingenuamente:

“Puesto que he de morir, preciso es que tenga algo”.

Sin embargo, el agotamiento físico es la menor de las pruebas. El demonio vuelve a aparecer en escena y, esta vez, con tanta astucia que parece triunfar.

Por la noche del mismo DIA 8, tomando la figura de Jesucristo, consigue engañar a Josefa. Empieza hablándole con mucha suavidad y ternura, pero desfigurando los planes divinos, y poco a poco sus palabras descubren una refinada soberbia, que es el sello diabólico inconfundible: su tono imperioso y altanero llama la atención de Josefa, pues ya le conoce y conoce también los “modos” de Jesús. Entonces cae en la cuenta del engaño; Satanás, furioso, arroja la máscara, blasfema, amenaza y se desvanece en una humareda oscura mientras la pobre Josefa, horrorizada y sobrecogida de temor, queda completamente desorientada y llena de penosa incertidumbre.

“Esto me ha hecho entrar en unas dudas muy grandes —escribe— pues creí en realidad haber sido juguete del demonio siempre y que todo lo que he visto o escrito es de él; y hasta tal punto lo he creído, que no puedo ahora hacer otra cosa sino suplicar a Jesús que las Madres tengan la luz necesaria para conocer la verdad”.

Y EL MARTES 9, escribe:

“Siempre el mismo sufrimiento y la misma ansiedad... Y sólo pensar que todo esto no ha sido de Nuestro Señor, sino del diablo, me hace entrar en una angustia terrible. Lo único que pido es que las Madres lo conozcan”.

Un rayo de luz y de paz le va a venir del cielo. EL DIA 9, la Santísima Virgen acude al llamamiento de su hija. Pero Josefa está tan escarmentada que no cree que pueda ser la Señora. Después de oírle renovar los votos y recitar con ella las divinas alabanzas, María la tranquiliza.

—*«Si, hija mia, Yo soy la Madre de Dios, la Madre de Jesucristo que es la pureza y la luz eterna. Soy tu Madre que vengo a darte la paz.*

No temas, Jesús os defenderá y hará que se descubra la infernal astucia, siempre que trate de engañaros... Si tienes duda, dile con energía: “apártate de mí, Satán, no tengo nada que ver contigo que eres mentira, Soy de Jesús que es verdad y vida”. No temas, hija, su Corazón te ama y te guiará hasta el fin. Yo también te amo y te bendigo, queda en paz».

Estas palabras la tranquilizan por unos momentos. Pero la hora de las tinieblas no ha terminado aún. El demonio obsesiona de tal manera su espíritu, convenciéndola de que todo ha sido engaño, que cualquier esfuerzo para serenarla resulta vano, pues a la certidumbre de su propio yerro, se añade la ansiedad de haber inducido a error a todos los que la han ayudado y dirigido.

Esta idea la sume en un mar de inquietudes y de penas tan amargas que le parece no haber sufrido nunca tanto en toda su vida. Sólo Dios puede medir el mérito de la reacción de fe y de total abandono, que se produce en la voluntad de Josefa y que alcanza ya las cimas del heroísmo. Ella ha creído estar en la verdad y ha procurado ser fiel. Su desprendimiento de estas vías extraordinarias, que pensaba eran de Dios, la humildad con que ahora acepta lo que ella llama “su extravío”, con todas sus consecuencias, y esa paz sobrenatural y dolorosa que entre tantas tormentas, la conserva anclada en la voluntad divina; la entrega de sí misma a esa misteriosa acción de la que no ve ya ni siquiera las huellas y, en fin, la sencillez de una obediencia que espera con fe ciega toda certeza de la dirección de sus Superiores, ¿no son señales claras y auténticas del espíritu de Dios?

Así sabrán discernirlo las miradas atentas que observan la conducta de Josefa; y a través del poder satánico que parece triunfar por un instante

de la Obra del Corazón de Jesús, brilla, más luminoso que nunca, el sello de Aquel que da, en la misma persona de su instrumento, la prueba más palpable de la realidad de su presencia; de sus palabras y de sus designios de amor. "Trabajo en la obscuridad y sin embargo soy la luz". Nunca se ha realizado como ahora esta divina afirmación.

Josefa, juzgándose a sí misma indigna de compasión y sólo merecedora de desprecio, continúa humildemente su cotidiana tarea, dominando el cansancio físico, que cada día es mayor. El demonio no cesa de agobiarla con mentirosas acusaciones, sin lograr vencer su energía y su fe en Dios. Y en esta Casa Madre donde tan segura creía estar, se encuentra a cada paso su enemigo, por escaleras y corredores. Ni por la noche se ve libre de sus atroces persecuciones. Dios permite que las palabras de sus Superiores no consigán tranquilizarla. El mismo parece haberla desamparado y su oración, que ya no es más que un clamor de agonía, se pierde, al parecer, en el vacío.

Así pasa una semana; ni un rayo de esperanza aparece en el horizonte. Josefa sufre valientemente, sin que nada se trasluzca al exterior, salvo los rasgos de su rostro desencajado y el agotamiento de sus fuerzas que, a pesar de su energía, no consigue disimular.

En vano la bondad compasiva de la Madre General intenta procurarle algún alivio, enviándola al Colegio de la Trinidad del Monte, a visitar la imagen milagrosa de Mater Admirabilis. Después, tiene la dicha de postrarse a los pies de Su Santidad Pío XI, besarle la mano y recibir su bendición. La fe viva de Josefa y su alma española, tan hija de la Iglesia Romana, saldrá de esta audiencia fortalecida y llena de agradecimiento, pero no por eso disminuirá ni un ápice la intensidad de la prueba.

La sabiduría divina que conoce los momentos y las oportunidades fijará la hora de la liberación.

EL DOMINGO, 14 DE OCTUBRE, después de comulgar, Josefa se halla de pronto en presencia de Jesús. Al principio vacila, teme, y atormentada por la duda, rechaza la visión que cree ser falsa.

—«No temas».

dice Jesús, con su voz fuerte y suave, que calma las tormentas y desafía las astucias del enemigo.

Pero Josefa, aun después de renovar los votos, persiste en rechazar la aparición y protesta con energía que no quiere dejarse engañar.

—«No temas —repite el Señor—, soy Jesús, soy el Esposo, a quien tú te has unido por medio de estos votos que acabas de renovar. De pobreza, de castidad y obediencia. Soy el Dios de paz».

Las palabras de Jesús penetran en su alma con tal fuerza y producen en ella tan gran certidumbre, que toda resistencia resulta vana.

"Sin yo querer, se empezó a hacer en mí tanta claridad que quedé convencida de que era Nuestro Señor".

Algunas horas después, el demonio intentará persuadirla de lo contrario. Mas no lo logrará.

Sin embargo, durante la adoración de la tarde...

“El que yo creía que era Jesús —dice— vino otra vez y le pedí que repitiese conmigo: “Soy el Hijo de la Virgen Inmaculada”. En seguida lo dijo y había mucha paz en sus palabras y en su fisonomía.

—«*Si, Josefa, soy Jesús, el Hijo de la Virgen Inmaculada. soy la Segunda Persona de la Stma. Trinidad, el Hijo de Dios y Dios mismo, que te tomado mi santa Humanidad para dar mi sangre y mi vida por las almas. Las amo y te amo a ti, Josefa. . . Las busco para comunicarles mi amor y mi misericordia y por eso me he abajado hasta ti. No temas, te defenderá mi poder*».

Y con autoridad soberana, añade:

—«*No, no estás engañada*».

A estas palabras se desvanece la espesa niebla que oscurece la mente de Josefa.

—«*Di a las Madres que quiero que escribas. Y así como después de un día muy oscuro el sol parece más hermoso, así después de estos sufrimientos mi Obra brillará con más claridad*».

La paz sucede a la tormenta, mas no sin dejar huella, como después de una borrasca apaciguada, perdura el flujo y reflujó, en el fondo del mar.

EL LUNES, 15 DE OCTUBRE, al pasar por el oratorio de Santa Magdalena Sofía, Josefa oye una voz muy conocida que la llama. Temerosa, su primer movimiento es huir pero la Santa la atrae inspirándole confianza y paz.

—«*Soy tu Madre Fundadora —le dice—, y añade como prueba de ello: Te diré que durante mi vida, no he buscado más que la gloria del Corazón Divino, y ahora que vivo en El y de El, no quiero más que el aumento de su Reino, y por eso deseo que esta pequeña Sociedad sea el medio por el cual muchas almas le conozcan y le amen más y más.*

+. «*No temas. . . Si el demonio busca hacerle daño es porque es objeto de gran predilección del Corazón de Jesús. Pero este Divino Maestro no permitirá que caiga en los lazos que el enemigo le tiende. Anda, hija mía, ve a tu trabajo. Yo te bendigo*».

Aquella misma noche, en el silencio de los Santos Ejercicios, que siguen las Superiores reunidas en la Casa Madre, el Señor acude a proseguir su Mensaje, interrumpido por las dolorosas vicisitudes que ha sufrido su confidente:

—«No penséis que voy a hablaros de otra cosa más que de la Cruz. Por ella he salvado a los hombres, por ella quiero atraerlos ahora a la verdad de la fe y al camino del amor. Os manifestaré mis deseos: He salvado al mundo desde la Cruz, o sea por medio del sufrimiento.

Ya sabéis que el pecado es una ofensa infinita; por eso os pido que ofrezcáis vuestros trabajos y sufrimientos, unidos a los méritos infinitos de mi Corazón. . . Mi Corazón es vuestro. Tomadlo y reparad por El.

Inculcad a las almas, con quienes estáis en contacto, el amor y la confianza. . . Empapadlas en amor, en confianza, en la bondad y misericordia de mi Corazón. Y cuando tengáis ocasión de darne a conocer, decidles que no me teman, porque soy Dios de amor.

Tres cosas especialmente os pido:

1º El ejercicio de la Hora Santa; por él se hace a Dios Padre reparación infinita, en unión y por medio de Jesucristo su Divino Hijo.

2º La devoción de los Cinco Padrenuestros a mis llagas, pues por ellas ha recibido el mundo la salvación.

3º En fin, la unión constante o sea el ofrecimiento cotidiano de los méritos de mi Corazón, porque así lograréis que vuestras acciones tengan valor infinito.

Valerse continuamente de mi sangre, de mi vida, de mi Corazón; confiar incesantemente y sin temor en mi Corazón; he aquí un secreto desconocido para muchas almas. . . quiero que lo conozcáis y que sepáis aprovecharlo».

Después de algunas indicaciones referentes a la Sociedad del Sagrado Corazón (1), añade:

—«Quédate en paz. Os amo, os guío, os desfilando. No dudéis nunca de mi bondad».

Más puro y más radiante, en efecto, luce el sol en el alma de Josefa, después de la tempestad. Ella, siempre olvidada de sí misma no se da cuenta de las seguridades divinas que ha dado el Señor a sus Madres, en estos días de prueba. Sí, la Obra del Corazón de Jesús brilla con nuevas claridades. La Madre General, que ha observado de cerca a Josefa en las horas de tentación, ha quedado convencida de la solidez de su virtud y de la sinceridad de su desprendimiento. Jamás el sello del espíritu de Dios apareció tan evidente como en estos momentos en que, sumergida

(1) Entre otras cosas, indica lo que el Obispo de Poitiers deberá hacer respecto del Mensaje. Y por última vez alude a la época de la muerte de Josefa: "en febrero de 1924, es decir, después de su muerte, se habrá de comunicar al Cardenal Protector".

en el caos de la obscuridad y de la duda, Josefa acepta, con total abandono, el derrumbamiento de lo que ella creía la Obra del Corazón Divino y a la cual ha consagrado su ser y ha sacrificado su vida.

La estancia en Roma toca ya a su fin. Dios ha realizado sus planes. Los días que faltan serán días de gracias.

EL VIERNES, 19 DE OCTUBRE, la Santa Fundadora recuerda una vez más a su hija el papel que desempeña la Cruz en la Obra que se va perfilando:

—«Nada temas. El Corazón Divino siempre ha gobernado y dirigido esta pequeña Sociedad. Pero algunas veces, cuesta más trabajo conocerle. Hace falta fe en el mundo, y Jesús quiere que sus esposas reparen esta falta, con actos de confianza y de fidelidad. No temas, repito, y no te inquietes si tú no tienes luz: Jesús la dará poco a poco. El hará que todo se prepare según sus planes. Es verdad que hay momentos de obscuridad: es que su Cruz se pone delante de vosotras y os impide verle. Pero El mismo os dice ahora: No temáis. . . Soy Yo. . . Sí, es El, y El guiará y llevará a cabo su Obra hasta el fin. No tengas miedo, sé fiel y queda en paz».

En la fiesta de Mater Admirabilis, 20 DE OCTUBRE, Ella, la Madre Inmaculada, viene también a consolar a su hija:

—«Soy tu Madre, la Madre de Jesús, la Madre de Misericordia» —le dice para demostrar la verdad de la aparición—. Y al confiarle Josefa los temores, que no consigue del todo acallar:

—«No vuelvas atrás, hija mía. Deja que Jesús se glorifique en tu pequeñez y en tu miseria. Así resaltará más su poder y su bondad. Ya ves cómo su mano paternal te ha conducido y guardado hasta aquí. No temas. El te ayudará hasta el fin. Sé muy sencilla, pues tu gloria en el cielo no ha de ser más que por tu sencillez. Los niños no tienen méritos adquiridos. Así eres tú. Sin ningún mérito de tu parte, eres la preferida de su Corazón. El lo hace todo en ti, te perdona y te ama».

Al día siguiente, 21 DE OCTUBRE, estando en oración, Jesús le descubre su Corazón abrasado, y le dice:

—«Mira mi Corazón. Este es el libro en que debes meditar. El te enseñará todas las virtudes, y sobre todo, el celo de mi gloria y de la salvación de las almas.

Mira bien mi Corazón. Es el asilo de los miserables, y por consiguiente, el tuyo, porque, ¿quién más miserable que tú?

Mira el fondo de mi Corazón. Es el crisol donde se purifi-

can los corazones más manchados y después son inflamados en el amor. Ven, acércate a este horno; deja aquí tus miserias y tus pecados. Ten confianza y cree en Mí, que soy tu Salvador.

Mira aún más mi Corazón. Es el manantial de agua viva. Arrojáte en él y bebe hasta apagar tu sed. Deseo y quiero que todas las almas acudan a este manantial para que encuentren en él su refrigerio.

En cuanto a ti, te he colocado muy adentro de mi Corazón, porque como eres tan pequeña, tú sola no hubieras podido venir. . . Aprovecha y bebe las gracias que te doy. Deja que mi amor trabaje en ti y sigue siendo muy pequeña».

El mismo día por la tarde, la Santa Madre Fundadora se aparece también a su hija, y termina sus recomendaciones con esta exclamación:

—«¡Que Jesús sea amado y glorificado de un modo especial, entre estas almas que componen la "pequeña Sociedad" de su Corazón!»

“Yo le he pedido —añade Josefa— que me bendiga, pues es mi Madre Es la última vez que la he visto en Roma. Después he pasado los días siguientes muy en paz, y con verdadera alegría en el alma. EL MIÉRCOLES 24 DE OCTUBRE, hemos salido de Roma para llegar a Poitiers el 26”.

* * *

De Nuevo en Poitiers

Purificación

Del 26 de Octubre al 30 de Noviembre de 1923

“Hasta aquí mi cruz ha descansado en ti. Ahora quiero que tú descanses en ella”.

(27 de Octubre de 1923)

Génova... París... ¡Poitiers!... El viaje termina el VIERNES 26 DE OCTUBRE, hacia las cinco de la tarde. En los “Feuillants”, esperan a las viajeras con los brazos abiertos Y después de las primeras efusiones y de la animación que lleva a los recreos los primeros días, contando cosas de Roma, Sor Josefa vuelve a ocupar su puesto y a reanudar los trabajos de su vida oculta tras de la cual el Señor quiere velar los favores insignes que derrama sobre la confidente de su Corazón.

Falta sólo a su vida la etapa final y será corta. Josefa lo sabe, y la extrema fatiga que experimenta, se lo da a entender. Mas todavía se lo

dice aquella interior llamada que no engaña: la del amor que la atrae, la desprende, la impulsa irresistiblemente hacia Dios.

EL SABADO 27 DE OCTUBRE, escribe a la Rvdma. Madre General para darle las gracias por su estancia en la Casa Madre, y por la bondad y cariño de que ha sido objeto. Estos renglones, sencillos y espontáneos, revelan el alma de Josefa con toda la ingenuidad de sus sentimientos, y la ignorancia de cuanto indica efectismo o artificio en la expresión:

“Reverendísima Madre General: Con gran alegría la escribo hoy estas palabritas para darle las gracias por toda la bondad que usted, mi Reverendísima Madre, ha tenido conmigo.

“Que Jesús se lo pague todo. . . Yo se lo pido con todo mi corazón y a usted Reverendísima Madre, le prometo que haré cuanto me sea posible para ser fiel en estos tres o cuatro meses que me quedan de vida. . . Ya haré o diré siempre lo que Jesús me diga. . . Y procuraré ser un poco más humilde. Creo que es lo que más me cuesta. Por eso se lo prometo a Jesús muy de verdad, y con estos esfuerzos que haré, repararé un poco, mi vida pasada.

“Ahora estoy en paz y muy contenta; pero aún no he visto ni a Jesús, ni a la Virgen, ni a Nuestra Beata Madre. Estoy muy contenta de encontrarme de nuevo en Poitiers, pero no me olvido de los días que he pasado en la Casa Madre y del cariño que he encontrado en mis Madres. . . Tampoco la olvido en mis oraciones, pero sobre todo cuando esté en el cielo, procuraré hacer muchos regalitos a las Madres que tanto quiero, y les daré algunas alegrías pequeñitas en cosas que necesiten. . . .” Bendígame, Reverendísima Madre, y quedo siempre su pequeña y humilde hija en el Corazón de Jesús,

Josefa Menéndez”.

No tarda el Señor en dejarse ver. Parece tener prisa en descubrirle sus planes para el tiempo que le queda de vida.

“Ha venido muy hermoso, con la corona de espinas en las manos. Me ha dado mucha alegría, pues no lo había visto desde Roma. Así que le he dicho lo que mi corazón sentía y Jesús me ha contestado con mucha ternura:

—«¿Crees, Josefa mía, que yo no sé que estás aquí? . . . ¡Yo soy quien te ha traído!

No temas, soy Yo, Jesús, el Hijo de la Virgen Inmaculada, tu salvador y tu Esposo” —le dice leyendo en su alma el temor nunca extinguido de la furia diabólica y añade—: *Hasta aquí*

mi Cruz ha descansado en ti. Ahora quiero que tú descanses en ella. Ya sabes que es el patrimonio de mis esposas, pero sobre todo de las esposas de mi Corazón».

¿Cómo no entregarse sin reservas a este amor que la llama al sacrificio? Josefa se ofrece, y mirando la corona que tanto ha deseado, se la pide a Jesús.

—«Si —contesta El—. *Hoy mi corona de espinas y pronto mi corona de gloria. ¡Déjame obrar. ¡, déjame trabajar en ti y por ti en las almas! Yo te amo, ámame!»*

Al día siguiente, DOMINGO 28 DE OCTUBRE, Josefa, siguiendo su antigua costumbre, va a hacer el Via-Crucis en la capilla de las Congregaciones, de la que continúa cuidando.

Jesús se le aparece.

“Después de terminar he rezado los cinco Padrenuestros a las llagas de Jesús y cuando empezaba el primero, ha venido Ha extendido su mano derecha y después su mano izquierda y así, según rezaba a cada llaga, salía de ella un rayo de luz.

“He renovado los votos y cuando terminaba me ha dicho:

—«*Si, Josefa, soy Jesús, el Hijo de la Virgen Inmaculada. Estas llagas son las que me hicieron en la Cruz para redimir al mundo de la muerte eterna y darle vida.*

Ahora obtienen misericordia y perdón a tantas almas que irritan la cólera del Padre. Y, en adelante, les darán luz, fuerza y amor».

Y mostrando la de su Corazón:

—«*Esta llaga es el volcán divino donde quiero que se abracen mis almas escogidas, pero sobre todo, las esposas de mi Corazón.*

Es suya, y todas las gracias que encierran son suyas, para que ellas las hagan caer sobre el mundo, sobre tantas y tantas almas que no saben venir a buscarlas y sobre muchas que las desprecian».

“Yo le he pedido —escribe Josefa— que enseñe a sus almas cómo pueden hacerle conocer y amar”.

—«*Les daré toda la luz necesaria para que sepan aprovechar este tesoro y para que, no solamente me hagan conocer y amar, sino también para que reparen las ofensas que continuamente recibo de los pecadores. Si, el mundo me ofende, pero se salvará por la reparación de mis almas escogidas.*

Adios, Josefa, ama, porque el amor es reparación y la reparación es amor».

Con la semana que empieza, Josefa vuelve a tomar la dirección del taller. Han trabajado mucho durante su ausencia y ella se alegra, al ver los adelantos de sus hermanas, y sobre todo, pensando que su partida para el cielo no creará a las Madres ninguna dificultad. Y para que se acostumbren a prescindir de ella, toma para sí las composturas y trabajos oscuros y fáciles, dejando la iniciativa a la que la ha reemplazado, y animándola constantemente con su aprobación.

Este lugar secundario, que su destreza humilde ha sabido crearse y que la desprende de una labor hasta entonces tan amada, la satisface por completo. Por otra parte, se reserva también el ayudar a todas, y la caridad, simbolizada en su amable sonrisa, irradia más y más a su alrededor.

El Señor, mientras tanto, da los últimos toques a su instrumento, siempre por medio de la cruz. El demonio intenta reproducir el engaño con que tanto la perturbó en Roma. Se le aparece con los rasgos de la persona adorable de Jesucristo y consiente que Josefa renueve los votos. Pero se niega a repetir las alabanzas divinas y la afirmación que Jesús pronuncia en cada aparición.

—«Yo soy Jesús, el Hijo de la Virgen Inmaculada».

—“Basta que lo digas tú” —responde el astuto engañador—, Josefa recela, y más, al no distinguir en sus manos la señal de las llagas. Entonces, sin vacilar, lo rechaza con indignación. Pero su alma queda turbada e intranquila y el pensamiento de su próxima muerte se añade a aquella preocupación.

“Desde el 28 DE OCTUBRE al 13 DE NOVIEMBRE, no he visto a Nuestro Señor” escribe, explicando así la causa de su angustia.

Pero en la fiesta de San Estanislao —13 DE NOVIEMBRE—, Patrón del Noviciado...

“Después de comulgar —cuenta Josefa— ha venido Jesús hermosísimo, con las llagas muy encendidas. Antes que yo le dijese nada, me ha dicho El:

—«No temas, Yo soy el Amor. Soy el Hijo de la Virgen Inmaculada».

Y llevando su condescendencia hasta repetir con ella las alabanzas divinas, añade para tranquilizarla plenamente:

—«Soy el Esposo de las vírgenes, la fuerza de los débiles, la luz de las almas, su vida, su recompensa y su fin. Mi Sangre borra todos sus pecados pues soy su Redentor y su reparador!»

Animada con esta bondad, Josefa confía sencillamente al Señor sus penas de aquellos días, las tentaciones y el agotamiento de sus fuerzas, que le anuncia su cercano fin.

—«¿Cómo, Josefa mía, no deseas poseerme y gozarme plenamente? . . . Yo deseo poseerte a ti, y como me glorifico en las almas que hacen en todo y siempre mi Voluntad, te he escogido por eso. Déjame que haga de ti lo que Yo sé que conviene a mi gloria y a tu alma. Deja que pase el invierno de esta vida. Yo soy tu felicidad».

Después la cita para comunicarle lo que debe decir al Obispo, en su segunda entrevista. Acude ella puntualmente y, terminado el encargo para el Prelado, Jesús prosigue:

—«Quiero que mi amor sea el sol que ilumine y el calor que caliente a todas las almas. Por esto, deseo que hagan conocer mis palabras. Quiero que el mundo entero me conozca como Dios de amor, de perdón y de misericordia. Quiero que el mundo lea que deseo perdonar y salvar. ¡Que los más miserables no teman! . . . ¡Que los pecadores no huyan de Mí! . . . Que vengan todos, porque estoy siempre esperándolos como un Padre, con los brazos abiertos para darles vida y felicidad.

Para que el mundo conozca mi bondad, necesito apóstoles que le muestren mi Corazón, pero sobre todo que lo conozcan. . . porque nadie puede enseñar lo que no sabe.

Por esto, hablaré durante unos días para mis almas, mis sacerdotes, mis religiosos y religiosas y conocerán con claridad qué es lo quiero, lo que les pido. Deseo formar una liga de amor entre mis almas consagradas, para que ellas enseñen y publiquen por el mundo mi misericordia y mi amor.

Quiero que el deseo y la necesidad de reparar se avive y se extienda entre las almas escogidas y piadosas, pues el mundo ha pecado. . . Sí, el mundo y las naciones excitan ahora la cólera divina, pero como Dios quiere reinar por amor, pide a sus almas escogidas que reparen, para obtener perdón y para atraer nuevas gracias.

Quiero que el mundo se salve. . . que reine en él la paz y la unión: quiero reinar y reinaré con la reparación de mis almas escogidas y con un nuevo conocimiento de mi misericordia y de mi amor. Mis palabras serán luz y vida para muchísimas almas; todas se imprimirán, se leerán y se predicarán. Yo daré gracias especiales para que produzcan un gran bien y para que sean luz de las almas».

Jesús guarda silencio; ha hablado con tanta fuerza y ardor que Josefa se siente sobrecogida. Adora la Voluntad Divina que, una vez más, afirma sus planes y cuya seguridad aleja todo temor.

“Le he pedido perdón por desconfiar aún — escribe Josefa — pero El sabe los engaños del demonio y con nuestra bondad me ha contestado:

—«¿Creéis que Yo os voy a dejar para que seáis juguete de ese cruel enemigo? Yo os amo y no permitiré que el diablo os engañe. No tengáis miedo. ¡Tened confianza en Mí que soy el amor!»

No es de extrañar que tan sublimes mensajes tengan que pagarse a muy alto precio. La que ha de transmitirlos pagará la primera, con toda su capacidad de sufrir. Josefa lo sabe y su oblación es cada día más completa, más generosa.

A principios de noviembre, empieza ya a sentir fuertes dolores. efecto de su enfermedad, que no la dejan descansar ni de día ni de noche. Los médicos no acaban de descubrir la raíz del mal y observan que a cada Viernes, los sufrimientos se intensifican.

Ha pasado el VIERNES 9 acostada y casi sin poderse mover, presa de grandes dolores en la cabeza, en el pecho, en todos sus miembros. Una nueva hemorragia la lleva al borde del sepulcro, sin que consigan averiguar la causa que la produce. EL JUEVES 15 DE NOVIEMBRE, hacia las ocho de la noche, atraviesa una crisis que la reduce a una especie de agonía y, cuando parece que el peligro ha pasado, se reproduce durante la noche.

Por la mañana del VIERNES 16 le llevan la Sagrada Comunión y el Señor se le aparece; momento delicioso en que Josefa redobra fuerzas, para continuar sin desfallecer, la subida al Calvario.

—«Nada temas: soy tu vida y tu fortaleza. Soy tu todo y nunca te abandono».

Y después de recordarle la próxima visita del Obispo:

—Tú, Josefa, queda a mi disposición, para que te tome siempre que te necesite. Quiero hablar a mis almas escogidas. Déjame libertad. Así es como me glorificas».

La libertad que el Señor reclama se manifiesta ahora, principalmente, en el dolor. Tres nuevas y terribles crisis se suceden el mismo día a las nueve, a las doce y entre las tres y las cuatro, como si Jesucristo crucificado quisiera asociarla a su agonía.

Pero en cuanto se repone un tanto, se levanta en seguida y procura, en cuanto le es posible, volver a trabajar.

EL MARTES 21 DE NOVIEMBRE, Presentación de la Virgen, renueva públicamente los votos, con sus Hermanas Aspirantes. Sabe que pronuncia por última vez en esta Capilla de sus amores, la fórmula de su consagración, por la cual se ha unido para siempre al Corazón Divino y a su Obra de Amor.

El Esposo fiel se le aparece después de comulgar.

—«Yo también, Josefa, renuevo la promesa que te he hecho de serte fiel y de amarte. Aunque te hago sufrir, no creas

que por eso te amo menos. Te amo y no te dejaré hasta el fin. Pero necesito sufrimientos para curar las llagas de las almas. Adios, quédate conmigo que Yo estoy contigo».

EL SABADO 24 DE NOVIEMBRE, Mgr. Durfort, respondiendo al deseo divino, vuelve a ver a Josefa en una prolongada visita. La fe viva de la Hermana aprecia y agradece con humilde sencillez, este favor, como un don de Dios.

La ignorancia de sí misma, en que vive, impresiona profundamente al Prelado. La parte que ha tenido en la Obra de Amor, sus sufrimientos, que se revelan en el semblante pálido y alterado, nada cuentan para ella, ante los deseos del Corazón de Jesús. Tan sólo le preocupan estos sagrados intereses.

Se los transmite al Obispo con claridad objetiva, a pesar de su lenguaje defectuoso. Luego, tan sencillamente como ha salido de su vida obscura, vuelve a ella y de nuevo se entrega a la dolorosa purificación que es por entonces su camino.

EL MARTES 27 se le muestra de nuevo Jesús, como una beatífica visión de paz.

“Hoy, durante la adoración, no se me ocurría nada, y por no pasar el tiempo sin decir nada, he leído muy despacio las letanías del Sagrado Corazón. Después he leído las oraciones de la novena del Primer Viernes y al llegar a la que dice “Unión íntima del Corazón de Jesús con su Padre Celestial”, ha venido Jesús muy hermoso, resplandeciente y como vestido de una túnica de oro. Su Corazón estaba todo encendido y de su llaga salía mucha luz. He renovado los votos, y le he pedido perdón por estar tan fría y no saber qué decirle. Le he dicho que no es por falta de amor, pues creo que le amo más que todo lo del mundo: Jesús me escuchaba y me miraba. Me ha contestado:

—*«Mira Josefa, esta oración que estabas haciendo, me es tan agradable y es de tanto valor, que supera a todas las reflexiones más elocuentes y sublimes que pueden hacer las almas. Porque, en efecto, ¿qué puede haber de más valor que la unión de mi Corazón con mi Padre Celestial? . . . Cuando las almas rezan esta oración, se funden, por decirlo así, con mi Corazón. . . Aceptan el beneplácito divino, sea cual fuere sobre ellas, se unen a Dios, y por tanto hacen el acto más sobrenatural que se puede hacer en la tierra, porque empiezan en parte la vida del cielo, que consiste en la perfecta e íntima unión de la criatura con su Criador. Sigue, Josefa, sigue tu oración. Con ella adoras, reparas, mereces y amas. . . Si, sigue tu oración que Yo sigo mi Obra».*

“Yo le he confiado todas mis angustias —añade Josefa— y me ha dicho:

—«*Está tranquila. Yo dirijo todas las cosas*».

Hora es de creer en esta dirección divina, a través de todas las tinieblas. Josefa, agotada por la enfermedad, se siente abandonada a sí misma. Su alma está tan abatida, que toda la energía de su carácter no logra reanimarla y el demonio explota ese estado de debilidad, reduciéndola a una especie de agonía moral, llena de ansiedades y temores. Pero ella no pierde la fe en Aquel que permite tan duras pruebas, y se abandona al amor, que la purifica, y del cual no puede dudar.

XIII

IN FINEM DILEXIT

— o o o —

El Sello de Dios

“La señal, la daré en ti”.

(20 de Septiembre de 1920)

DICIEMBRE DE 1923. Último mes que Josefa pasará en la tierra. Con libertad soberana, paz, orden, sabiduría y poder que sólo a Dios pertenece, el Rey de Amor, están dando a su obra los últimos toques, sirviéndose de un frágil instrumento.

Ha llegado la hora de echar una mirada sobre ese instrumento de Dios, para buscar en él el sello divino, que garantiza su misión.

“Por los frutos se conoce el árbol”. A la luz de este principio evangélico, hay que medir toda virtud y analizar cuanto tenga apariencia sobrenatural.

Contestando a una petición de los Superiores, perplejos ante las vías extraordinarias de la humilde Hermana, Jesús le dijo un día: “Que no me pidan más señales, Josefa. La señal la daré en ti”. Respuesta divina que, en verdad, se ha venido imprimiendo cada día, en los cuatro años de esta vida religiosa, tan breve y tan llena, marcándola con un sello, que parece no puede engañar.

Sello divino de esa sencillez candorosa que le da derecho a entrar sin obstáculo en el reino de los cielos. Es una de estas almas pequeñas y sencillas que enamoran el Corazón de Dios y a quien el Rey descubre sus secretos. La ignorancia de su propio valer, su docilidad sin recelo, su espontaneidad sin rodeos, llaman la atención de cuantos la tratan. No hay amaneramiento en su piedad ni complicaciones en su vida. Las bases de su fe firmísima la preservan de exageraciones y de pasajeros entusiasmos. Va rectamente a Dios. Y esta sencillez que la eleva sin violencias al nivel de las comunicaciones divinas, y le permite atravesar grandes tribulaciones sin analizar su carácter extraordinario, la vuelve a colocar en seguida y con toda naturalidad en el plano normal de la vida corriente.

La manera como da cuenta de su vida espiritual, revela un alma de niña sin pretensiones que, bajo una ingenuidad candorosa, envuelta siempre en profundo respeto, deja traslucir aquella mirada interna, que no busca más que a Dios. Hasta el estilo y la letra de Josefa, en los apuntes que ha dejado, son expresión inequívoca de un alma límpida y sin replegues.

La *humildad y caridad*, doble carácter del Corazón de Jesús reconocido por la Iglesia como el sello distintivo de la Santa Fundadora del Instituto del Sagrado Corazón, no podían faltar en la hija acabada de la Santa, que fué Josefa.

La humildad añade a su sencillez algo más serio y maduro, que es la visión de su pequeñez, considerada, sin amargura, bajo el prisma de la verdad.

Es cierto que a su naturaleza un tanto altiva, le costó durante mucho tiempo plegarse a ciertos actos externos de humildad que se practican en

la vida religiosa. El Señor lo permitió, sin duda, para darle ocasión de ejercitar su amor en cositas pequeñas, que no dan margen a la vanagloria, y para que, con la experiencia de su debilidad, pudiese sinceramente estimarse como la última de todas. Pero su humildad de ley se manifiesta en otras maneras. El olvido de sí misma, la abnegación de su "yo" son consecuencia lógica de la convicción de su nada, tan real y efectiva; convicción que viene a ser la causa de las luchas que dificultan a veces su camino. No acepta ese camino extraordinario sino a fuerza de sumisión, en ocasiones, heroica, a la Voluntad Divina; pues la suya, seguiría una vía totalmente opuesta. Y la desconfianza de sí misma, el desprendimiento de sus propias ideas, la fe ciega en la autoridad, sellan todos sus pasos.

Todavía se ve más clara la autenticidad de esta virtud en Sor Josefa, cuando se observa que se abre y transforma en caridad; caridad del todo sobrenatural que dilata su corazón y lo une, cada día más, al Corazón de Jesús.

Una virtud menos sólida, escudándose en los favores excepcionales de que era objeto, se hubiera aislado y apartado de la senda trillada y común, para encerrarse en sí misma con secreta complacencia. Nada de esto hubo en la vida de Josefa. Cuanto más la favorecía el Corazón de Jesús y la descubría sus secretos, tanto más se abrían en ella fuentes inagotables de caridad, que el menor contacto se derramaba a su alrededor. Ella, tan cerca de lo invisible y anegada en lo divino, se muestra siempre servicial, comprensiva y buena con sus Hermanas. El don de sí misma, su interés y la amplitud de sus oraciones, no tienen límites. Su horizonte es el mundo entero, que quiere ganar para Cristo. Pero no se pierde en estas lejanías; los más próximos gozan lo más exquisito de su caridad y su mirada atenta no pierde ocasión de dar un gusto a cuantos la rodean.

Y no sólo en el reino de las almas derrama las delicadezas de su corazón; aun queda sitio en él para otro mundo, reflejo de la belleza divina y huella de su bondad, que se llama "la naturaleza": los pájaros, los insectos, las flores, el cielo... las estrellas... lo ama todo, con este afecto amplio y profundo, sencillo y candoroso que encanta el Corazón de Dios, porque no es más que una faceta del mismo amor, que a El le tiene.

Pero la señal más clara y más segura de la elección divina es la *obediencia*.

Los testigos de su vida cotidiana la citan con insistencia, como rasgo característico de Sor Josefa. Y el rumbo singular que el Señor señaló a sus pasos, dió más valor y relieve a esta virtud fundamental.

La solícita vigilancia de sus Superiores, el examen de las influencias que sobre ella actuaban y del espíritu que la movía, hacen resaltar más aún esta perfecta sumisión de juicio y de voluntad: ni un desco, ni un apego, ni una porfía, sino una adhesión total a la línea de conducta que se le traza, desprendimiento, que no le consiente complacerse en sí misma ni vanagloriarse de los favores que recibe.

La narración de estas gracias, que sólo escribió por obediencia y venciendo su natural repugnancia, es otra prueba de su absoluta entrega a la dirección de la autoridad. Apenas redactados, entrega sus apuntes a la Superiora y jamás los vuelve a pedir ni siquiera un instante para leerlos o retocarlos.

El mismo Jesucristo le enseñó, desde el principio, esta dependencia completa que tan admirablemente practicó. Basta recordar algunas frases, ya citadas:

"Te he traído a mi Corazón a fin de que no respires más que para obedecer.."

"Has de saber que si te pido una cosa y tu Superiora otra, prefiero que la obedezcas a ella antes que a Mi..." "Pide permiso", le recuerda a menudo, después que Josefa ha recibido esta consigna. Le explica también cómo y hasta qué punto debe ser abierta y transparente, dócil y manejable. ¡Cuántas veces, bajo diversas formas, le ha enseñado esta gran lección!: "Búscame en tus Madres. Recibe sus palabras como si las oyeras de mis labios... Yo estoy en ellas para guiarte". Así con esta mirada de fe, Josefa enfocó siempre la obediencia.

El amor a la Regla y a la vida común ofrecía igualmente en Josefa una garantía más contra la ilusión y los lazos diabólicos. Profesó por la Regla y los ejercicios de la vida religiosa, un verdadero culto. Su generosa fidelidad lo prueba. Ya hemos visto cómo el deseo de seguir en todo la vida común, la llevó a oponer resistencia al camino excepcional que la trazaba el Maestro y, sólo esta Voluntad Divina, expresada con tanta insistencia, fué parte para que consintiese en renunciar a la vida ordinaria de las demás religiosas, y aun esto, sólo en tanto cuanto el plan divino lo exigía, sin jamás excederse ni aprovecharse de tales excepciones.

La observancia de la Regla, en ella delicadísima, le exigió a veces una fuerza de voluntad y una energía que sólo puede medir quien conoció sus dificultades. Amenazada por el demonio y segura de las luchas que la esperan, Josefa, dominando el miedo (¿quién no temblaría ante tal enemigo?) al oír el toque de la campana acude sin vacilar a donde la llama el deber de su vida religiosa: su amor traspasa los límites de lo corriente y lo arrostra todo, con tal de ser fiel.

Pero hay más todavía. La señal prometida por Jesús queda también patente en el *perfecto acuerdo* entre la Regla y las enseñanzas del Divino Corazón. Entre el espíritu que las anima y el que ha legado a sus hijas la Santa Fundadora: espíritu de amor y de generosidad, espíritu de reparación y de celo, que ha de sellar a cuantas pertenecen a este Instituto, con el triple carácter de *esposa, víctima y apóstol*. Josefa, que poseyó este espíritu en tan alto grado, se arraiga más y más en él con las lecciones del Divino Maestro. A la luz de Dios, ve que las gracias excepcionales que recibe no han de enfrentarse jamás con los deberes de su santa vocación, la dirección de la obediencia y el camino seguro de la Regla. Y así es, en efecto.

La señal prometida se ha dado en ella, día por día, hora por hora, en el detalle de la vida religiosa, cuando el silencio y la obscuridad la envuelven y que nadie sospecha la suma de amor generoso, oculto bajo esta obscuridad.

Y hay días, horas, y aun meses, en que su obediencia y su fidelidad al deber, su valor y sumisión a la Voluntad Divina, su fe y su abandono parecen subir hasta las cimas del heroísmo. ¡Cuántas veces los testigos de tan rudos combates y de sufrimientos que superan a toda humana experiencia, han admirado en esta hija del pueblo, tan sencilla, tan humilde y tan fiel, la eficacia y el poder de la gracia, que con libertad soberana gobernaba su instrumento, imprimiendo en su misma fragilidad el sello de una virtud que no engaña!

La historia de esta vida va a cerrarse con otra señal divina: la muerte anunciada por Dios. Jesús y su Madre Santísima se la han avisado con anticipación, varias veces, y aunque ocultando algunas circunstancias

para mantener a Josefa en el abandono, han levantado el velo del porvenir lo bastante para que no quede lugar a duda (1).

* * *

Las Últimas Palabras del Mensaje

Del 1º al 9 de Diciembre de 1923

“Ahora quiero hablar a mis almas consagradas”.

(4 de Diciembre de 1923)

Con el mes de diciembre empieza el Adviento, el más bello, el más significativo, el más alentador en la vida de Sor Josefa. La “espera” en el verdadero sentido de la palabra. El fulgor de esta espléndida perspectiva, rasga de vez en cuando la noche que sigue envolviendo su alma. Entonces, salta de gozo, sintiendo ya tan cerca el día eterno, hacia el cual con tanta vehemencia se lanza su corazón.

Pero en seguida vuelve a cerrarse el horizonte y las tinieblas parecen más sombrías, después de este instante de luz.

EL LUNES 3, Santa Magdalena Sofía prepara las últimas confidencias del Maestro.

—*«Ven a mi celda»*. —le dice, y Josefa obedece. Allí la espera la Santa:

—*«Soy tu Madre, aquella pobre criatura de la cual el Señor se dignó servirse, para ser la primera piedra de esta pequeña Sociedad»*,

Y después de esta afirmación tranquilizadora, prosigue:

—*«Jesús va a venir. Espéralo con humildad, pero también con alegría y confianza. El es el Padre de misericordia, siempre dispuesto a derramar su bondad sobre todas sus criaturas, pero principalmente en las más pequeñas y miserables. Recibe sus deseos, sus encargos, sus palabras, con gran respeto y que la Sociedad las guarde cuidadosamente»*.

Luego, como para recordar a su Sociedad amada la señal auténtica de Dios, añade:

—*«Que no tema el sufrimiento, que no retroceda ante el sacrificio y sobre todo, les pido con todo mi corazón maternal, que las gracias que reciben no sean nunca causa de que disminuya en ella el precioso tesoro de la humildad. Cuanto más humilde sea, más la favorecerá el Señor»*.

(1) Cfr. 12 de enero de 1922 — 7 de agosto de 1922 (nota) — 14 de mayo de 1923 — 16 de julio de 1923 — 20 de agosto de 1923 — 15 de octubre de 1923 (nota).

EL MARTES 4 DE DICIEMBRE, por la mañana, Josefa trabaja y ora en su celda, cuando de pronto, como la aurora que precede al sol, se le aparece la Virgen Santísima. Después de renovar los votos, Josefa le pide repita esta jaculatoria que el demonio jamás ha podido pronunciar:

“Dios mío, os amo y deseo que el mundo entero os conozca y os ame”. Con maternal condescendencia y virginal ardor. . .

“Ha repetido —escribe Josefa —las mismas palabras, añadiendo:

—«*. . . porque sois infinitamente bueno y misericordioso! Sí, hija mía, Jesús se compadece de las almas pequeñas y miserables. Las perdona y las ama. Su bondad le inclina hacia los pequeños y su fuerza sostiene a los débiles. Deja que tu pequeñez se pierda en su grandeza. Espérale con amor porque va a venir. . .*»

“En seguida se ha ido. Un momento después ha venido Nuestro Señor. He renovado los votos y me ha dicho:

—«*Sí, Josefa, soy Yo. No temas, soy el Amor, la Bondad y la Misericordia. . . soy el Hijo de la Virgen Inmaculada, soy el Hijo de Dios y Dios mismo*».

Y tras estas declaraciones que disipan toda sombra de duda, Jesús empieza a hablar mientras ella escribe:

—«*Ahora quiero hablar a mis almas consagradas. . . para que puedan darme a conocer a los pecadores y al mundo entero. Muchas no saben aún penetrar mis sentimientos; me tratan como a alguien con quien no se tiene confianza y que vive lejos de ellas. Quiero que aviven su fe y su amor y que su vida sea de confianza y de intimidad con Aquel a quien aman y que las ama.*

De ordinario el hijo mayor es que el mejor conoce los sentimientos y los secretos de su padre; en él deposita su confianza más que en los otros, que siendo más pequeños, no son capaces de interesarse en las cosas serias y no fijan la atención sino en las superficiales; si el padre muere, es el hijo mayor el que transmite a sus hermanos menores los deseos y la última voluntad del padre. . .

En mi Iglesia hay también hijos mayores; son las almas que Yo me he escogido. Consagradas por el sacerdocio o por los votos religiosos, viven más cerca de Mí, y Yo les confío mis secretos. . . Ellas son, por su ministerio o por su vocación, las

encargadas de velar sobre mis hijos más pequeños, sus hermanos; y unas veces directa, otras indirectamente, de guiarlos, instruirlos y comunicarles mis deseos.

Si esas almas escogidas me conocen bien, fácilmente podrán darme a conocer, y si me aman, podrán hacerme amar. . . Pero ¿cómo enseñarán a los demás si ellas me conocen poco? . . . Ahora bien; Yo pregunto: ¿es posible amar de veras a quien apenas se conoce? . . . ¿Se puede hablar íntimamente con aquél de quien vivimos alejados o en quien no confiamos bastante? . . .

Esto es precisamente lo que quiero recordar a mis almas escogidas. . . Nada nuevo, sin duda. . . pero, ¿no necesitan reanimar la fe, el amor, la confianza?

Quiero que me traten con más intimidad, que me busquen en ellas, dentro de ellas mismas, pues ya saben que el alma en gracia es morada del Espíritu Santo; y allí que me vean como soy, es decir, como Dios, pero Dios de amor. . . que tengan más amor que temor, que sepan que yo las amo y que no lo duden; pues hay muchas que saben que las escogí porque las amo, pero cuando sus miserias y sus faltas las agobian, se entristecen creyendo no les tengo ya el mismo amor que antes».

Josefa se detiene, agotada. Antes escribía siempre de rodillas, pero ahora no puede más y pide al Señor permiso para sentarse; El, lleno de compasión, se lo concede. La anima y fortalece como sólo El sabe hacerlo, siempre con miras a las almas, y desaparece.

EL MIÉRCOLES 5, a la misma hora acude también a la celda de Josefa. Ella toma la pluma inmediatamente y, de rodillas, a pesar del cansancio, empieza a escribir:

—«Ayer te decía que estas almas no me conocen; no han comprendido lo que es mi Divino Corazón. . . porque precisamente sus miserias y sus faltas son las que inclinan hacia ellos mi bondad. Si reconocen su impotencia y su debilidad, si se humillan y vienen a Mi llenas de confianza, me glorifican mucho más que antes de haber caído.

Lo mismo sucede cuando me piden algo para sí o para los demás. . . Si vacilan, si dudan de mí, no honran mi Corazón. Pero si esperan firmemente lo que me piden, sabiendo que sólo puedo negárselo, si no es conveniente al bien de su alma, entonces me glorifican. Cuando el Centurión vino a pedirme que curase a su criado, me dijo con gran humildad: "Yo no soy digno de que Vos vengáis a mi casa"; mas, lleno de fe y confianza, añadió: "Pero, Señor, decid sólo una palabra y mi criado quedará curado. . ." Este hombre conocía mi Corazón. Sabía que no

puedo resistir a las súplicas del alma que todo lo espera de Mí. Este hombre me glorificó mucho, porque a la humildad añadió firme y entera confianza. Si, este hombre conocía mi Corazón y, sin embargo, no me había manifestado a él como me manifiesto a mis almas escogidas.

Por medio de la confianza, obtendrán copiosísimas gracias para sí mismas y para otras almas. Quiero que profundicen esta verdad porque deseo que revelen los caracteres de mi Corazón a las pobres almas que no me conocen».

Aquí el Señor se detiene para insistir más aún:

—«Te lo repito: no es nada nuevo, pero así como el fuego necesita alimento para que no se apague, así las almas necesitan nuevos alientos que las hagan avanzar y nuevo calor que las reanime.

Entre las almas que me están consagradas hay pocas que tengan verdadera fe y confianza en Mí, porque son pocas las que viven en unión íntima conmigo.

Quiero que sepan que Yo amo a las almas tal como son. Sé que su debilidad las hará caer más de una vez. Sé que aquello que me están prometiendo, en ciertas ocasiones no lo cumplirán. Pero su determinación me glorifica y, después de sus caídas, el acto de humildad que hacen y la confianza que ponen en Mí, me honran tanto que mi Corazón derrama sobre ellas un sinnúmero de gracias.

Quiero que sepan cuánto deseo que cobren nuevo aliento y se renueven en esta vida de unión y de intimidad. . . Que no se contenten con hablarme en la iglesia, ante el Sagrario —es verdad que allí estoy— pero también vivo en ellas, dentro de ellas, y me deleito en identificarme con ellas.

Que me hablen de todo; que todo me lo consulten; que me lo pidan todo. Vivo en ellas para ser su vida y habito en ellas para ser su fuerza.

Si, lo repito: estoy en ellas y me recreo en unirme íntimamente a ellas; ¡que no lo olviden!

Allí, en el interior de su alma, las veo, las oigo y las amo; ¡y espero correspondencia al amor que las tengo!

Hay muchas almas que por la mañana hacen oración, pero es más una fórmula que una entrevista de amor. Luego oyen o celebran misa, me reciben en la comunión y, cuando salen de la iglesia, se absorben en sus quehaceres, hasta tal punto, que apenas me vuelven a dirigir una palabra.

En esta alma estoy como en un desierto. No me habla, no me pide nada y ocurre muchas veces que, si necesita consuelo, antes lo pedirá a una criatura, a quien tiene que ir a buscar, que a Mí que soy su Creador, que vivo y estoy en ella. ¿No es esto falta de unión, falta de vida interior, o, lo que es lo mismo, falta de amor?

También quiero recordar a las almas consagradas, que las escogí de un modo especial para que, viviendo en íntima unión conmigo, me consuelen y reparen por los que me ofenden. Quiero recordarles que están obligadas a estudiar mi Corazón para participar de sus sentimientos y poner por obra sus deseos, en cuanto les sea posible.

Cuando un hombre trabaja en campo propio, pone empeño en arrancar todas las malas hierbas que brotan en él, y no ahorra trabajo ni fatiga hasta conseguirlo. Así quiero que trabajen las almas escogidas cuando conozcan mis deseos; con celo y con ardor, sin perdonar trabajo, sin retroceder ante el sufrimiento, con tal de aumentar mi gloria y de reparar las ofensas del mundo.

Continuaremos mañana, Josefa. Ahora, adiós, que mi paz sea contigo».

Las notas de este día acaban con una sencilla y deliciosa historia.

“Ayer, después de haber pasado un día de gran sufrimiento de alma y cuerpo escribe— sentí una angustia tan grande que creí que me iba a morir. Todos los pecados de mi vida estaban delante de mí para atormentarme, y aunque quería hacer actos de confianza y de amor, no podía.

“El sufrimiento era cada vez mayor y parecía que la vida se me iba. De repente, en mi cuarto, vi en el aire una palomita blanca; su cabeza, muy resplandeciente. Hacía esfuerzos para volar, pero no podía, porque tenía una ala atadita y un poco gris. Así la vi un momento. Luego dió un vuelo y se fué. .. He pensado si esa palomita será la que vi otra vez y que Jesús me dijo que era la imagen de mi alma.

“Pero hoy, cuando ha venido, le he dicho, qué contenta estaría de morirme el día 12 de este mes, porque es la fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe, el día que nació nuestra Beata Madre, y también miércoles, día consagrado a mi Padre San José. Jesús, con mucha bondad, me ha contestado:

—«¿Y qué vamos a hacer con esa ala, que tienes todavía tan gris?»

Josefa expone sus temores de ofenderle, de alejarse de El, de caer en los lazos que el demonio le tiende con tanta astucia y rabia:

—«*Mira, Josefa, todavía tienes que purificarte en el amor. Abandónate sin más deseos que cumplir mi Voluntad. Ya sabes que te amo. ¿Qué más puedes desear?*»

Porque, a pesar de las visitas celestiales, los días son para Josefa de dolor y de obscuridad. Dócil y animosa procura anclar su voluntad en la fe y en el amor. Las horas de tinieblas, que la acercan rápidamente a su fin —ella lo sabe— la dejan impotente y desamparada. No tiene más brújula que la obediencia y conmueve ver hasta qué minuciosos detalles se somete y se deja manejar.

EL JUEVES 6 DE DICIEMBRE, el Maestro acude también a la cita de la mañana, Josefa le repite su deseo de morir el día doce.

—«*¿Qué has hecho para merecer el cielo?*»

—“Nada, Señor; pero me habéis prometido darme vuestros méritos.

—«*¿No te basta vivir en mi corazón?*»

—“Sí, bien contenta estoy, pero eso no me quita el deseo del cielo, porque allí siempre os veré y nunca os ofenderé! . . .”

Tan tiernos y sencillas expansiones cautivan el Corazón de Jesús.

—«*Las almas que he escogido para vivir en la Sociedad de mi Corazón —contesta— han empezado a vivir en el cielo.*

Solamente que aquí sufren y merecen, y allí gozarán sin merecer. Déjame a Mí escoger la hora. Y ahora, empieza a escribir para mis almas escogidas.»

Josefa va a recoger por última vez las confidencias del Corazón Divino en favor de las almas.

—«*Escribe, pues, para mis almas consagradas, mis sacerdotes, mis religiosos y religiosas: todos están llamados a una íntima unión conmigo, a vivir a mi lado, a conocer mis deseos, a participar de mis alegrías, de mis tristezas.*»

Ellas están obligadas a trabajar en mis intereses, sin perdonar esfuerzo ni sufrimiento.

Ellas, sabiendo que tantas almas me ofenden, deben reparar con sus oraciones, trabajos y penitencias.

Ellas, sobre todo, deben estrechar su unión conmigo y no dejarme solo. Esto no lo entienden muchas almas. Olvidan que a ellas corresponde hacerme compañía y consolarme.

Ellas han de formar una liga de amor que, reuniéndose en torno de mi Corazón, implore para las almas luz y perdón.

Y cuando, penetradas de dolor por las ofensas que recibo de todas partes, ellas, mis almas escogidas, me pidan perdón y se ofrezcan para reparar y para trabajar en mi Obra, que tengan entera confianza, pues no puedo resistir a sus súplicas y las despacharé del modo más favorable.

Que todas se apliquen a estudiar mi Corazón. . . Que profundicen mis sentimientos, que se esfuercen en vivir unidas a Mi, en hablarme. . . en consultarme. Que cubran sus acciones con mis méritos y con mi Sangre, empleando su vida en trabajar por la salvación de las almas y en acrecentar mi gloria.

Que no se empequeñezcan considerándose a si mismas, sino que dilaten su corazón al verse revestidas del poder de mi Sangre y de mis méritos. Si trabajan solas, no podrán hacer gran cosa; mas si trabajan conmigo, a mi lado, en mi nombre y por mi gloria, entonces serán poderosas.

Que mis almas consagradas reanimen sus deseos de reparar y pedir con gran confianza que llegue el día del Divino Rey, el día de mi reinado universal.

Que no teman que esperen en Mi, que confíen en Mi.

Que las devoren el celo y la caridad hacia los pecadores. Que les tengan compasión, que rueguen por ellos y los traten con dulzura.

Que publiquen en el mundo entero mi bondad, mi amor y mi misericordia.

Que en sus trabajos apostólicos se armen de oración, de penitencia, y sobre todo, de confianza, no en sus esfuerzos personales, sino en el poder y en la bondad de mi Corazón que las acompaña.

En vuestro nombre, Señor, obraré y sé que seré poderoso. Esta es la oración que hicieron mis Apóstoles, pobres e ignorantes, pero ricos y sabios, con la riqueza y sabiduría divinas.

Tres cosas pido a mis almas consagraads:

REPARACION, es decir, vida de unión con el Reparador divino: trabajar por El, con El, en El, en espíritu de reparación y en íntima unión a sus sentimientos y a sus deseos.

AMOR, o sea intimidad con Aquel que es todo amor y que se pone al nivel de sus criaturas para pedirles que no le dejen solo y que le den su amor.

CONFIANZA, es decir; estar segura de Aquel que es bondad y misericordia. . . De Aquel con el cual vivo día y noche. . . que me conoce y que conozco. . . que me ama y que amo. . . que llama de un modo particular a sus almas escogidas para que,

viviendo en El y conociendo su Corazón, lo esperen todo de El».

Quedan escritas ya las últimas líneas del Mensaje. Josefa anota todavía que Jesús desea transmita ciertos encargos al Obispo de Poitiers en su próxima visita. Luego deja ya la pluma. Y transcurre un momento en delicioso intercambio de amor, cuyo secreto no nos es dado penetrar.

Hora solemne la que marca el término de esta llamada a las almas.

Fecha señalada en la historia de las pruebas del Amor Infinito.

Nueva manifestación, en el tiempo, de "las riquezas insondables de Cristo".

Momento crucial en el camino de la Redención.

Fuente escondida de donde manará muy pronto el torrente de misericordia, que ha de borrar la iniquidad de la tierra.

Volcán de donde ha de brotar mañana la llama que devolverá al mundo su calor.

Punto inicial del alba que anunciará el gran "día del Divino Rey".



Jesús ha desaparecido, Josefa ha cerrado el cuaderno y ha vuelto a coger la aguja. Todavía escribirá algunas páginas... Pero ya se acerca el fin.

EL VIERNES 7 DE DICIEMBRE, Mgr. Durfort vuelve a los "Feuillants" y Josefa le entrega las últimas palabras, dictadas para él. Con candorosa sencillez, le habla de su deseo ardiente del cielo y de su muerte próxima. No se la escucha sin emoción, porque si su fisonomía lleva impresa la huella de sufrimientos, que día y noche la van minando, la vida ardorosa de su espíritu se anima de tal manera, que nadie pensará que el desenlace pueda estar tan cerca. Ella, sin embargo, lo afirma con certeza y así se lo repite al Obispo de Poitiers.

EL SABADO 8 DE DICIEMBRE, es un día alegre, fiesta de la Inmaculada. Josefa gasta el último resto de sus fuerzas ayudando a los preparativos de la procesión, tradicional en los Colegios del Sagrado Corazón. ¡Con qué solicitud adorna la imagen de la Virgen en el oratorio del Noviciado! ¡Y cómo goza su corazón con el triunfo de su Madre Inmaculada! Sin embargo, su agotamiento no le permitirá formar en el cortejo; sólo podrá unirse a los cantos y a los rezos, desde un rincón de la enfermería, y contemplará por última vez el desfile de las niñas que pasan como una visión blanca, tremolando en su mano la azucena que ofrecen a María.

Por la tarde, escribe cartas de despedida a su madre y hermanas, cartas conmovedoras que ellas han conservado como reliquias. No las envía aún, las entrega a las Madres, rogándoles se las remitan después de su muerte.

Las copiamos aquí porque ponen de relieve el sobrenatural afecto a los suyos, que el amor de Jesús, lejos de destruir, transforma y vivifica.

Escribe a su madre:

"...Yo estoy contenta de morir porque sé que es la Voluntad de Aquel que amo. Además mi alma tiene deseo de poseerle y verle sin velos, no como se le ve aquí en la tierra.

No lloren, ni estén tristes, miren que la muerte es el principio de la vida para el alma que ama y espera. . . Nuestra separación será corta, porque la vida pasa muy pronto y luego estaremos juntas toda la eternidad. Desde el cielo, yo las cuidaré y haré que tengan todo lo necesario para vivir y que mueran en Dios. No se vistan de luto por mí, pero pidan mucho para que pronto vaya al cielo. No sé el día de mi muerte, pero mi deseo sería morir el 12 de este mes. No sé si Jesús lo querrá. Yo estoy dispuesta para cuanto el quiera. No crean que estoy triste. Estos cuatro años de vida religiosa han sido para mí cuatro años de cielo. Lo único que deseo para mis hermanas, es que gocen como yo he gozado, pues crean que nada da tanta paz como hacer la voluntad de Dios. No crean que muero de sufrimiento ni de pena, al contrario. . . ¿mi muerte?. . . creo que es más ¡de amor!. . . Yo no me siento enferma, pero tengo algo que me hace desear el cielo, porque no puedo pasar sin ver a Jesús y a la Virgen”.

A su hermana Mercedes (1)...

“Muero muy feliz, pero nada me da esta felicidad sino el saber que he hecho la Voluntad de Dios. El me ha hecho marchar por caminos muy contrarios a mi gusto y a mis deseos, pero me recompensa en estos últimos días de mi vida, que me encuentro envuelta en la paz del cielo. Así, hermana mía, yo te suplico que sirvas a nuestro Divino Señor y a la Sociedad, nuestra madre, con alegría y fervor, en el empleo que te den, en la casa que te manden y cualquiera que sean tus Superiores. . . Sin mirar si te gusta o te cuesta. Nada te dará paz a la hora de tu muerte como el haberte renunciado por hacer la voluntad de Dios. No te entristezcas por tus miserias, Jesús es bueno y nos ama como somos; yo lo veo por experiencia. Ten confianza en su bondad, en su amor, en su misericordia. ¡Muero muy feliz! La Sociedad ha sido para mí una verdadera y tierna madre. Jesús me ha dado unas Superiores que han tenido para mí las más grandes delicadezas. En la tierra no se lo puedo pagar, pero desde el cielo tendré a la Virgen que me dará todo lo que necesiten. En Francia he sido muy feliz, pues es la patria de mi alma y donde el Señor me ha hecho muchos favores”.

Y termina con estas líneas:

(1) Hermana Coadjutora en la Sociedad del Sagrado Corazón. Falleció en el Convento de Montpellier el 19 de noviembre de 1942.

“Siempre nos hemos querido mucho, querida hermana, y ahora nuestra separación de algunos años, nos unirá más íntima y fuertemente. Adiós, en el cielo te espero donde nos uniremos con los lazos de hermanas y con el amor de religiosas”.

Tan emocionantes despedidas, no alteran su serenidad. Al terminar las cartas, va a la Capilla, y presenta su holocausto al Señor, expuesto en la custodia, ante el cual pasa gran parte de la tarde.

Allí la espera la Santísima Virgen para hacerle saborear de antemano las delicias del eterno encuentro. ¿Podría tan tierna Madre, resistir al deseo de su hija en la fiesta solemne de hoy?

La narración de esta visita será lo último que Josefa escriba en sus apuntes.

“Esta tarde, cuando estaba en la Capilla, ha venido la Virgen. Iba vestida como otras veces, pero con muchísima luz. Estaba como sobre una luna de nubes azules, muy ligeras. Sobre su cabeza, pero sin tocarla, veía un velo azul muy pálido y muy largo, que se perdió entre las nubes que tenía a sus pies.

“Estaba tan hermosa que no acertaba a decirle nada. Sólo con mirarla, mi alma se perdía. . .

“Por fin he renovado los votos y Ella con dulzura y con gran solemnidad me ha dicho:

—*«Hija mía, la Iglesia me felicita y me honra al contemplar mi Concepción Inmaculada. Los hombres admiran los prodigios que en Mi ha obrado el Señor y la hermosura de que me ha revestido, antes que la culpa pudiera entrar en mi alma. Si, el que es Señor y Dios eterno me escogió para Madre suya y me adornó con tan singulares gracias, que jamás criatura alguna ha sido favorecida así. Toda la hermosura que en Mi resplandece es reflejo de las perfecciones del Omnipotente, y los honores que a Mi me tributan, glorifican al que, siendo mi Criador y Señor, quiso escogerme para ser su Madre.*

Mi mayor título de gloria es ser Inmaculada, al mismo tiempo que Madre de Dios. Pero Yo me regocijo sobre todo al ver que a este título unió el de Madre de Misericordia y Madre de los pecadores».

“Cuando me dijo esto desapareció y ya no la he visto más”.

Esta consoladora afirmación es como la firma que rubrica las notas de Sor Josefa. La Reina del cielo es, pues, quien cancela tan preciosos documentos. Es el eco del Mensaje de Amor del Hijo, en los virginales labios de la Madre. Es, en fin, el Corazón Purísimo de la Madre de Misericordia, y Refugio de los pobres pecadores, acercando y guiando el

mundo al Corazón de Aquel que ha querido llamarse Bondad, Misericordia y Amor.

* * *

Unión en la Cruz

Del 9 al 16 de Diciembre de 1923

"Pronto va a amanecer el día eterno".

12 de Diciembre de 1923

Tan sólo veinte días separan a Josefa del supremo encuentro: veinte días de gracias y de pruebas, con las cuales su misión en la tierra se verá cumplida.

En este breve lapso de tiempo ella ya no escribe sino puramente los mensajes particulares que el Señor le dicta y las últimas recomendaciones que su Santa Madre Fundadora le confía para todo el Instituto. Pero, hija de obediencia hasta el último suspiro, después de cada visita de Jesús o de su Madre Inmaculada, transmite fielmente a sus Madres el secreto de estas celestiales confidencias.

Al recogerlas, "con magna reverencia", sus Superiores cuidaron también de transcribir —sin que la Hermana lo advirtiese— los fervorosos coloquios que brotaban espontáneos de su corazón abrasado. Así es como siguen registrándose, al día, las inefables riquezas que plugo al Corazón de Jesús esconder en el alma de su elegida para bien de todo el mundo.

La fiesta de la Inmaculada termina con una noche de increíbles padecimientos. Por la fuerza de los dolores, Josefa pierde varias veces el conocimiento y entra en un estado misterioso en el cual le queda tan sólo conciencia de lo que sufre. Este estado se repetirá con frecuencia durante las últimas semanas, sin que sea posible aliviarla en nada.

EL DOMINGO 9 DE DICIEMBRE, necesita Josefa de toda su energía para levantarse, asistir a Misa y comulgar. Al volver de la capilla, sufre un desmayo que dura largo rato y la deja sin fuerzas. Sin embargo, la costumbre de padecer ha creado en ella un temple tan recio que aun tiene valor para pasar gran parte de la tarde ante el Santísimo expuesto. Es su último adiós a esta capilla, testigo de tantos beneficios y de tantas inmolaciones. Terminada la reserva, Josefa tiene que rendir las armas: le mandan acostarse y ya no se levantará.

Empieza entonces una crisis de intensos dolores que dura toda la noche. Josefa parece inconsciente; pero a intervalos, todavía sabe sonreír a las que la cuidan y besar con ardor el Crucifijo, que no suelta de la mano. Habla con dificultad y más se adivina que se oye, lo que no puede decir. En un momento de lucidez levanta la mano y muestra tres dedos, diciendo trabajosamente:

"Tres días. . . sólo tres días".

—¿Está usted segura? —le preguntan.

—No, pero lo espero. . . Jesús es tan bueno, y raras veces se encuentran reunidos mis tres amores: La Virgen. . . San

José. . . Nuestra Beata Madre, (Se refiere a la fecha del 12, de que ya se habló).

EL LUNES 10 DE DICIEMBRE por la mañana está agotada; pero con el deseo ardiente de la Comunión, intenta un supremo esfuerzo para incorporarse. Vuelve a caer inerte y la sed de Jesús le arranca lágrimas. No puede tragar ni una gota de agua. A ratos pierde el conocimiento. ¿Se irá a cumplir el anhelo de Josefa, abriéndosele efectivamente el Cielo el día 12? . . . Así empiezan a creerlo a su alrededor.

Hacia el mediodía, parece mejorar un poco y las Madres se apresuran a llamar a un sacerdote para que le traiga la Sagrada Comunión. De este modo y contra toda previsión humana el Señor dispondrá las cosas de manera que todos los días la Divina Eucaristía venga a confortarla. Hoy, durante la acción de gracias, se le aparece:

—«Josefa, vengo a prepararte Yo mismo para entrar en la patria».

—“¿Será el 12, Señor?

—«Si tú lo quieres, estoy dispuesto a darte ese gusto. Pero ¿no tendrás generosidad bastante para ofrecerme algunos días más de sufrimiento, que necesito para las almas?»

¿Qué responder a esa pregunta? Ante un deseo de Jesús, los deseos de Josefa se apagan.

“Bien sabéis, Señor, que soy toda vuestra y que todo os lo he entregado.

—«Si, Yo te guardo. . . Yo cuido de ti. . . Déjame hacer mi voluntad escogiendo la hora».

Luego añade:

—«Esta tarde vendré y escribirás aquí mismo».

Acude en efecto hacia las dos y media. Incorporada en la cama y sostenida a fuerza de almohadas, Josefa le espera:

“Ha venido, hermosísimo —dice—, su Corazón muy abierto y todo encendido.

—«Mira lo que te preparo para la eternidad. . . Y tú, Josefa, ¿qué me preparas a Mí?»

“¡Ah, Jesús mío, todos mis pecados. . . mis miserias. . . y la pena de haber hecho tan poca cosa por Vos.

—«¿Qué importa. . . ! Dámelo todo para que Yo lo abrase en el fuego de mi Corazón! . . . Ahora, escribe».

Con mano temblorosa escribe los encargos que Jesús le dicta para el Director de sus primeros años, R. P. Rubio, que deberán serle entregados, después de la muerte de Josefa.

—«*Volveré mañana*» —dice el Señor y desaparece.

Aquella misma tarde, en un momento en que se encuentra sola, se siente desfallecer. Parece que se le va la vida... Quiere llamar y no puede. De repente, aparece a su lado Santa Magdalena Sofía que, sosteniéndola en sus brazos, la reconforta y alivia sus dolores. Luego, descubriéndole algo de los planes divinos:

—«*No morirás el 12 —le dice— pero Jesús vendrá ese día y te unirá a El estrechamente para toda la eternidad*».

Y le explica que en tal fecha recibirá la Extrema Unción y hará la Profesión religiosa.

—«*Vengo a decírtelo de su parte: Jesús te prepara el camino, y aunque a los ojos de las criaturas parezca muy arduo, El hace lo que más conviene al cumplimiento de sus planes divinos*».

Seguidamente, contestando a una pregunta de Josefa:

—«*Si, Yo vendré con la Virgen Santísima y Jesús, que no te deja nunca sola. . . Los tres estaremos aquí. . . ¡Animo! Aun tienes que pasar unos días en la tierra, para merecer la patria celestial. Pero vivir con Jesús es vivir ya en el cielo. Descansa en paz, que Yo velo por tí*».

Un sueño reparador sigue a esta visita y aunque no dure mucho, el recuerdo de las promesas que anuncian tantas gracias, envuelve en paz y abandono los dolores y angustias de la noche que va a seguir.

EL MARTES 11 DE DICIEMBRE vuelve el Señor, conforme se lo dijo. Le dicta unas líneas dirigidas a la Rvdma. Madre General, y las cierra con estas palabras:

—«*Amo a mi Sociedad. . . Yo guiaré mi Obra*».

Llega el 12 DE DICIEMBRE, día escogido por nuestro Señor mismo para la doble ceremonia de la Extrema Unción y de la Profesión religiosa de Josefa. Pero estas indicaciones de lo alto no bastan para que los Superiores se determinen a ello. Precisamente, esta mañana se presenta una ligera mejoría en el estado de la enferma y surge la interrogación: ¿Se hallará en el grado de peligro suficiente para justificar la recepción del sacramento de los moribundos y la Profesión "in articulo mortis"?

Josefa está un poco intranquila al sentir la incertidumbre de los Superiores. Su Director le aconseja hacer un acto de completo abandono en manos de Dios sin preocuparse en absoluto de lo que se decida de ella.

Consultan al médico y, una vez más, el Señor, aun con instrumentos inconscientes, hace triunfar sus planes. El médico, desconocedor de todos los hechos extraordinarios que se dan en la enferma, expresa aquel día el deseo de reconocerla de nuevo a fondo, y se muestra pesimista, no sólo por su estado general, sino porque no acierta a definir las causas de la enfermedad.

La debilidad extrema de la enferma y las horas que pasa sin conocimiento le inclinan a aconsejar no se demore ni un día la administración de los últimos sacramentos.

Josefa pasa las horas en intenso recogimiento, inundada su alma de paz y de fervor. Mons. de Durfort, Obispo de Poitiers, ha declarado que quiere presidir la ceremonia. Hacia las cinco de la tarde, empiezan los preparativos próximos. La Comunidad se arrodilla en el corredor, y en la estrecha celdilla de la enferma sólo entran las Superioras, con el Sr. Obispo, el canónigo Sr. Castries, capellán del convento, y el R. P. Boyer: siéntese allí la impresión de hallarse en un santuario. Junto a la imagen de la Virgen arde el cirio de la Profesión, y en el altarcito improvisado, se coloca el Santísimo Sacramento.

Con voz firme y serena, Josefa pide perdón de sus faltas, y en seguida, el Sr. Obispo empieza las preces de la Extrema Unción. Pero la enferma ya no ve cosa alguna de la tierra. La Virgen Inmaculada y la Santa Madre Fundadora están a su lado. Y mientras se van prosiguiendo los ritos del sacramento, sus dos Madres del Cielo la revisten de una túnica blanquísima, traída por los ángeles.

—*«Mira, hija mía —le dice Santa Magdalena Sofía— lo que el Señor en su misericordia infinita, ha hecho con su humilde esposa, no por tus méritos, sino por los de su Corazón. Ahora que estás revestida con esta túnica purísima tu Esposo va a venir a darte el ósculo de paz y de amor. Entrégate toda a El, en sus manos divinas estás segura. El te acompañará y te conducirá a la patria eterna y El mismo te presentará a los moradores del cielo».*

Han terminado las santas unciones, Mons. de Durfort dirige a Josefa unas breves palabras, llenas de delicadeza y de fervor. Pero ella, sumida en un recogimiento profundo y extático, que la aleja completamente de la tierra, nada oye. Tampoco se da cuenta de las ceremonias litúrgicas con que están bendiciendo la cruz y el anillo de Profesión.

La Virgen y la Santa Fundadora no se han movido de su lado. En este momento aparece también Jesús y ante estos celestiales testigos, Josefa, contesta a las preguntas del celebrante.

“¿Queréis recibir por vuestro Esposo a Jesucristo crucificado?”

—Sí, Padre, lo quiero de todo corazón.

—Recibid, pues, este anillo, como señal de la eterna alianza que vais a contraer con El.

Luego, entregándole también la cruz de plata, que ha de llevar siempre sobre su pecho:

—Recibid, amada hija, esta preciosa prenda del amor de Jesucristo y acordaos que habiéndole escogido por Esposo, debéis de hoy en adelante llevar una vida conforme a su Divino Corazón e íntimamente unida con El. Sea para Vos vuestro amado ramillete de mirra; llevadlo sobre vuestro corazón en señal de amor y de unión eterna.

Entonces el Obispo toma en sus manos la Sagrada Hostia: Josefa lee la fórmula de los votos perpetuos y comulga. La Virgen y la Santa Madre desaparecen con esta despedida:

—«*Volveremos las dos a buscarte para ir al cielo*».

Y allí queda con ella, Jesús solo.

—«*Josefa, ¿por qué me amas?*»

—“Señor, porque sois bueno”.

—«*Pues Yo te amo porque eres miserable y pequeña. Por eso te he revestido con mis méritos y te he cubierto con mi Sangre, y así te presentaré delante de mis elegidos, en el cielo. Tu pequeñez ha dejado lugar a mi grandeza. . . tu miseria y aun tus pecados a mi misericordia. . . y tu confianza a mi amor y a mi bondad.*

Ven. . . apóyate en mi Corazón y descansa en El, puesto que eres mi esposa. Pronto vendrás a esta morada para no dejarla jamás! . . .»

Josefa desahoga el ardor de su alma, que ya no puede contener. Le habla de su felicidad, de sus deseos inmensos. . .

¡Que la bondad y el amor de su Corazón sean conocidos hasta los últimos confines de la tierra! Porque ¡no se le conoce bastante!

—«*Sí, dices bien que soy bueno; para conocerlo no hace falta más que una cosa: unión y vida interior. Si mis almas escogidas vivieran más unidas a Mi, me conocerían mejor*».

“Señor —contesta ella ingenuamente—, es muy difícil, porque tienen que trabajar tanto por Vos!

—«*Lo sé. Por eso, cuando se alejan, Yo las busco para unirte a ellas,*

Este será nuestro trabajo en el Cielo: enseñar a las almas a vivir unidas a Mi, no como si estuviera lejos, sino que me consideren en su alma pues por la gracia vivo dentro de ellas, y por la Comunión mi Santa Humanidad, se encarna por decirlo así, en ellas. Si mis almas escogidas viven unidas a Mi y me

conocen de verdad, ¡cuánto bien podrán hacer a tantas otras, que viven lejos de Mí y no me conocen!

Quando mis almas escogidas se unen estrechamente a mi Corazón, saben cuán ofendido soy!... conocen mis sentimientos... Entonces me consuelan y, llenas de confianza en mi bondad, piden perdón y obtienen gracia para el mundo!»

Jesús calla un momento, como para esperar que Josefa contemple despacio tan magnífica perspectiva de misericordia y de salvación; luego repite:

—«Josefa ¿Por qué me amas?»

—“Señor, porque sois bueno”.

—«Y Yo te amo porque eres pequeña y porque tu pequeñez me la has dado a Mí. Yo te he cuidado con ternura... te he guardado con fidelidad... ¡No temas! pronto va a amanecer el día eterno. Adiós, permanece en Mí».

Y desaparece.

Durante este coloquio, la ceremonia ha terminado; las religiosas, después del *Te Deum*, han entonado uno de los cánticos preferidos de Josefa; los sacerdotes se han retirado, menos el señor Obispo, que se queda un buen rato en oración en la celda que semeja la antesala del cielo.

Cerrados sus ojos a todo lo de la tierra, estrechando en sus manos el Crucifijo, con la sonrisa en los labios y una indecible expresión de paz y serenidad, Josefa continúa extasiada...

Después de bendecirla, el Prelado se aleja visiblemente emocionado. Las religiosas se retiran también, llevando en el corazón un recuerdo imborrable de la escena que acaban de presenciar.

¿Qué sería si hubieran penetrado el misterio que encubre, en aquella Hermanita, tan grandes maravillas?

Las dos Madres se quedan junto a Josefa en oración; aun tardará un cuarto de hora en volver a este mundo; una alegría celestial irradia de su rostro transfigurado... y embelesada, contempla la Cruz y el anillo, prenda segura del amor mutuo que ella y su Divino Esposo se han jurado.

Cruz que no es más que un símbolo, porque la última entrega ha de consumarla Josefa, enclavada en la cruz.

La noche es dolorosísima, con repetidas y violentas crisis, que le hacen perder el sentido. Sin embargo, el JUEVES 13 puede comulgar. Como tantas veces, Jesús se le hace visible durante la acción de gracias. Y le muestra un corazón pequeñito (el de Josefa) sumergido en su propio Corazón.

—«Lo he cogido, Josefa, ya lo sabes. Y con él todos sus cariños. Confíamelos, pues lo que tú amas Yo lo amo. ¡ Lo que tú quieres Yo lo cuido».

Enternecida ella con tan delicadas palabras, confía a Jesús todo lo que lleva en el corazón. Su madre, sus hermanas, la Sociedad del Sagrado Corazón, sus Madres en particular, la Casa de Poitiers y todas las almas por las que se interesa; Jesús le va contestando con divina condescendencia. Y como despedida:

—*«Espérame un poquito todavía, Josefa. Aun tengo que cortar los hilos que atan aquella alita—dice aludiendo a la visión de la palomita gris— pero... ¡ya es blanca!»*

Y desaparece, dejándola fortalecida con su visita, con su cariño, con la afirmación tranquiizadora de su limpieza. Su alma está purificada... Pronto podrá volar. La alegría que la embarga sobrepaja los sufrimientos, intensísimos aquella mañana... Y al estampar en el crucifijo sus ardorosos besos, dice con sencillo candor que "besa sobre todo la mano que desatará los hilos de la palomita".

Las religiosas de la casa que la visitan, salen de su celda edificadas y... casi sorprendidas. Todas conocían la fidelidad y la virtud amable de Josefa, pero algunas no habían tenido ocasión de tratarla de cerca, porque tanto la modestia de la Hermana como las circunstancias de su vida extraordinaria, que había de quedar en secreto, la rodeaban de sombra y de silencio. Ahora en esta última enfermedad la descubren; ven como algo divino que en ella se transparenta, y sin sospechar cuanto hay de excepcional en su alma, sienten que al acercarse a ella las hace mejores.

Cuando está sola con sus Madres, que saben todo sus secretos, Josefa no puede contener su felicidad. Y en efusiones inflamadas que ellas recogen cuidadosamente, descubre con candorosa sencillez su profunda vida interior:

"Jesús me espera, estoy dispuesta, estoy en la estación, en el andén, con el billete tomado, y el equipaje facturado... que son los méritos de su Corazón... Sé dónde voy... nada temo... nada deseo... todo lo he dado..."

Acordándose de la "palomita", escribe con su mano temblorosa lo que ella llama unos versitos, donde en renglones ingenuamente incorrectos, desborda la poesía de su alma pura.

Pobre palomita, tiene mucha sed...

Pero tiene el ala atada y no puede volar para ir a beber...

Jesús es tan bueno, que El mismo ha venido

Y a la palomita su pico ha cogido...

Y la palomita su sangre ha bebido.

Pobre palomita, no puede volar!...

Y Jesús le ha dicho: "Tienes que esperar!"...

Ella se conforma con lo que El le dice,

Pero tiene miedo que Jesús se olvide!

Y con disimulo le dice al oído:

"Venid, Jesús mío, romped los cordeles,

Que la palomita vuele a los vergeles!

Venid a buscarla. . . ella os aguarda,
Y el día y la hora que la desatéis
Estará contenta de poderos ver!"

Por la tarde la visita el R. P. Boyer y queda maravillado de la acción de Dios en esta alma, que tan sinceramente se le ha entregado. No encuentra ya en ella obstáculo el Espíritu Santo, en breve será total y completa la consumación.

Por la noche, arrecian tanto los dolores, que Josefa parece entrar en agonía y, sin embargo, el VIERNES 14, es día de gozo y de paz celestial, humanamente incomprensible en medio de tantos sufrimientos.

A ratos en silencio, a ratos rezando o desahogando su alma en ferrosos soliloquios, ve transcurrir las horas. . . Los recuerdos de su vida van desfilando por su mente. . . su entrada en Religión. . . el Noviciado. . . sus luchas para ser fiel a la vocación. . . las gracias recibidas entonces y siempre. . . Su corazón delicado rebosa gratitud. . . lo dicen sus inflamados besos al Crucifijo o su expresiva mirada a la imagen de la Virgen, que allí, frente a su cama, ha presidido todo lo que en aquella celda se ha ido desarrollando.

"Bien contenta estoy cuando me veo peor, porque veo que se cumple la Voluntad de Dios. No hay otra cosa que me dé más consuelo y paz que mío todo esto. . . Pero es lo que ahora me da más paz: lo que he luchado y sufrido para hacer la Voluntad de Dios y morir fiel".

Muchas personas le hacen encargos para el cielo. . . las vocaciones. . . los pecadores. . . su ardiente naturaleza parece despertar. . .

"Me gusta tanto trabajar, que iré, andaré por todas partes para alcanzar muchas gracias.

Le encomiendan que pida también por Francia:

"¡Ya lo creo! es la Patria de mi alma. Me ha dado mi vida religiosa. . . y esta casa de Nuestra Beata Madre Fundadora, un rincón para vivir y morir".

Y en seguida, vuelve sus pensamientos a lo que llena su alma:

"Si supieran. . . no se buscaría más, durante la vida, que hacer la Voluntad de Dios. Nadie puede suponer esta alegría. . . es lo único que da paz. . . ¡Ah! morir en la religión, con esta paz, paga mil veces lo que he sufrido. . .

Y como saboreando tanta felicidad, se recoge un instante y añade:

"..No hay que inquietarse nunca, Jesús es bueno. . . El suple". . .

Luego besando el Crucifijo:

"Sus pies divinos... sus Manos de Padre... sí de Padre... su Corazón... ¡Qué bueno es Jesús! Siento que Jesús es bueno y eso es lo que me da tanta alegría... El perdona, El repara, El ama... cuando tengo algo que me da pena siento que en seguida me dice: "¡No temas! Yo soy bueno y te amo".

"Y es tan bueno porque soy pequeña, la última, la más miserable... y estoy contenta de no ser nada..."

"¡Jesús es bueno! es la palabra que más me llena el corazón... Yo Podría tener remordimientos de mis faltas... ¡pero, no! sólo le doy las gracias de haberme perdonado!

"¡Mi Jesús querido! Veintitrés años hace que me dijiste: "Quiero que seas toda mía..." Yo le amaba sin conocerle!... Sí, no le conocía, pero le amaba... siempre le tenía conmigo. Ya sé lo que soy yo, pero sé lo que es Jesús. . Me ha dado su Corazón... y esto no es una figura, es una realidad... Señor, os hago el sacrificio de mi vida, en unión con la de Jesús... con sumisión y alegría... porque os amo... quiero todo lo que El quiere: si quiere que viva... sí; si quiere que muera, sí... Treinta y tres años!... años de gracias, sobre todo estos cuatro años de vida religiosa ¡qué contenta estoy de morir con conocimiento!... saber que llega el momento ¡qué alegría! ¡qué muerte tan feliz! ¡qué Esposo tan fiel!..."

El R. P. Boyer la visita con frecuencia y le renueva la absolución. Muchas religiosas se encomiendan a sus oraciones y le piden interceda delante de Dios para que les alcance tal o cual gracia. La caridad delicada de Josefa le da todavía fuerzas para atender amablemente a todos y para dar a la que ha de sucederle en la dirección del taller, toda clase de explicaciones útiles; es más, sentada en la cama y olvidada de sus dolores, llega hasta cortar un vestido, para darle así una lección práctica.

Cuando, al llegar la noche, se queda sola con sus Madres, desfilan de nuevo sus recuerdos como una letanía de acción de gracias.

Sin embargo, sus fuerzas van decayendo por momentos. Ya no puede tomar alimento alguno, si no es un poco de agua y a costa de vivos dolores.

EL SABADO 15 DE DICIEMBRE, después de la Comunión, Jesús se le aparece:

—*«¿Ves como no te dejo sola? Yo he sido tu fortaleza durante la vida, y soy tu consuelo a la hora de la muerte. Y lo seré por toda la eternidad. Así como he encontrado mis delicias en tu nada, tú encontrarás en Mí la felicidad sin fin».*

Josefa no puede contener su deseo de ir pronto al cielo, a fin de contemplarlo para siempre.

“ Y además —añade con su acostumbrado candor— tendré tantas intenciones que confiaros. . . y tantos encargos como me dan estos días. . .

—«*Sí, sí* —responde el Señor con esa condescendencia que conmueve—, *les daremos sorpresas, gustitos. . . lo que llaman aquí “petits plaisirs”. . . Déjame todavía descansar en ti, Josefa. . . pronto descansarás en Mí. Adiós. Estoy contigo*».

Pocos instantes después, una violenta crisis reduce a la enferma al último extremo. Pierde el conocimiento durante mucho tiempo y su rostro desencajado presenta las huellas de agudos sufrimientos. Pero al volver en sí, no muestra turbación alguna. Su gozo transfigura el dolor; vuelve, como antes, a acariciar la mano del Crucifijo que, como dice con voz apenas perceptible, “ha de desatar la palomita”. Y besa con ardor la llaga del costado.

“El día de mis votos era muy feliz. . . pero no sabía si sería fiel hasta la muerte. Ahora, Jesús me ha unido a El para siempre y no permitirá que nunca le pierda”.

Aquella misma mañana el R. P. Boyer le aplica la indulgencia “in artículo mortis”, pues el estado de la enferma es alarmante. Hacia las diez, se le aparece Santa Magdalena Sofia. Viene a darle sus últimos encargos para la Madre General y para su Sociedad.

Con gran trabajo consigue todavía Josefa trazar uns líneas, que terminan así:

—“Que todos los miembros de mi amada Sociedad vivan unidos a este Corazón que, por amor, se les ha entregado. Que trabajen sin descanso y no olviden que son esposas y víctimas. Ahora habrá en el cielo un alma más que protegerá la Sociedad de la tierra, porque los pequeños y los humildes hallan gracia delante de Dios”.

Por la tarde, después de unas horas de relativa tranquilidad, Sor Josefa empeora rápidamente. Su aspecto cambia de tal modo, que parece evidente un próximo desenlace. En su agonía, la enferma está presente a todo. . . la Comunidad la rodea y en medio de su inmensa pena, siente que, como en un santo contagio, la alegría de la Hermanita inunda también sus almas. Porque ella no intenta disimular el gozo de su inminente partida. Pide que recen las oraciones de su mayor devoción: las letanias de la Virgen, las del Sagrado Corazón, las invocaciones de la novena del Primer Viernes, el Miserere, los cinco Padrenuestros a las Santas Llagas, siete Avemarias a los Dolores de la Virgen. . .

Luego. . . los cánticos preferidos. . . Varios al Sagrado Corazón y, sobre todo, el que en esta hora suprema sintetiza todos sus anhelos:

“Un día a verla iré. . .
Al cielo Patria mía
Sí, yo veré a María. . .

“Hay que decir: iré a verlo hoy”. . . replica Josefa.

Y estrecha con efusión su cruz de profesa. El Padre reza las oraciones de los agonizantes, interrumpidas de vez en cuando por sencillos y fervorosos comentarios de Josefa. Repite sin cesar, como una dulce cantilena, su felicidad de ser toda de Dios, su confianza sin límites, su alegría de verse pobre, pequeña, desprovista de todo. . . Su confianza en el amor y en la misericordia, su seguridad del perdón y de los méritos divinos. . .

Hacia las cinco, se la ve seguir con los ojos, velados ya por la neblina de la agonía, un objeto que pasa por delante de ella.

“¡Pobre palomita! —exclama—. Y luego, en voz baja, a su Superiora:

“Ya está del todo blanca, sin ninguna mancha. . . la cruccecita brilla sobre su pecho. . . quiere volar pero no puede. . . todavía está atada el ala con dos hilos”.

Y, de pronto, la Santísima Virgen se le aparece. ¿Viene acaso a llevarse a su hija, según su promesa?

—«Aun no es hora —le dice—, hay que sufrir un poco todavía, porque luego ya no podrás».

Cuesta mucho alejarse de aquella celda. Cuantos la han frecuentado, y en particular esta tarde, se sienten inundadas de paz y vislumbran sin penetrarlo del todo, que hay allí algo misterioso. La casa entera está como impregnada de aromas sobrenaturales.

Pero, junto a Josefa, al Tabor va a suceder el Calvario: señal inconfundible del verdadero amor. Los dolores son cada vez más intensos, hasta dejarla casi inconsciente y en un estado agónico que parece imposible pueda prolongarse tanto. Apenas puede respirar, no ve ni habla, tan sólo algún gemido se escapa de sus labios.

DOMINGO 16 DE DICIEMBRE. Se cumplen diecisiete meses de los primeros votos.

Hacia las seis de la madrugada, Josefa recobra el conocimiento y consigue tragar unas gotas de agua, lo que la llena de alegría porque piensa que aun podrá comulgar.

Antes de dársele en la Eucaristía, Jesús se muestra a ella, radiante de hermosura y de bondad.

¿Viene a buscarla? . . . Le pregunta ella.

—«No —contesta el Señor—, no morirás hasta que la Madre Superiora reciba de la Madre General las indicaciones precisas para hablar a la Comunidad después de tu muerte. . . y no será hoy ni mañana».

Josefa le pregunta si los ayes de dolor que se le escapan involuntariamente, le ofenden.

—«No, Josefa: Yo sé lo que sufres y tu dolor es como si fuera mío. . . tu sufrimiento cae sobre mi Corazón, como un bál-

samo precioso para cicatrizar mis heridas, y sobre mis labios como una dulcedumbre que me deleita. Palomita mía: mi amor te ata y te aprisiona por tu bien y por el de muchas almas. Pero este mismo amor te revestirá de mis méritos y te hará sentir la inenarrable bienaventuranza de las almas vírgenes.

Si, palomita amada, durante tu vida te he alimentado de las florecitas silvestres que Yo mismo había plantado para ti. Y en la eternidad te alimentaré de las flores purísimas que embelecen el jardín de las vírgenes. ¡Adios! No me alejo de ti por mucho tiempo. Ya sabes que encuentro mis delicias en tu pequeñez!>

Jesús ha desaparecido. Josefa no volverá a contemplar su rostro acá en la tierra.

* * *

¡Consummatum Est!

Del 16 al 29 de Diciembre de 1923

A la luz van a suceder las tinieblas. Desde ahora la vida de Josefa, que se acaba, será una espera en la noche, sin esas claridades que transformaban en cielo su lecho de agonía. El infierno va a intentar su último y supremo esfuerzo para derrotar a la Mensajera del Corazón Divino y arruinar la Obra del Amor.

Dios, cumpliendo sus designios, la dejará unos días en aparente abandono. Mas, cuando suene su hora en el reloj de la eternidad, su omnipotencia soberana romperá todas las ataduras y en el fragor de la tormenta se oirá la voz del Amado: *Surge, amica mea, columba mea, et veni!*

Y en la soledad callada de su último holocausto, Josefa sellará para siempre su eterna unión. La Obra del Amor en ella se habrá consumado. Pero su consumación será la aurora del Amor Infinito que va a amanecer en el mundo.

EL DOMINGO 16 por la mañana, se inicia una ligera mejoría. Pero, al acercarse la noche vuelve a agravarse y el Obispo de Poitiers, que viene a verla, la encuentra sin conocimiento. Ora un largo rato junto al lecho de agonía, que semeja un altar donde se inmola una víctima purísima. Estas alternativas se van sucediendo en los días y noches siguientes. Devorada por la sed, si intenta pasar unas gotitas de agua, aumenta el padecer porque, "me parece —dice ella— que esta gota de agua cae en una hoguera ardiente pero corrompida". Así la asocia Jesús Crucificado a la sed que padeció y a la hiel y vinagre con que le abrevaron.

Su extrema debilidad le impide todo movimiento: precisan dos o tres personas para moverla, con precauciones infinitas. Pero en medio de tantos sufrimientos, no pierde la alegría de padecer y, apenas tiene un

instante de descanso, se expansiona de nuevo en ingenuos y fervorosos coloquios.

"Soy tan feliz, sabiendo lo que Jesús va a darme, porque yo no he hecho nada, todo es por sus méritos y para que resplandezca su misericordia. . . Yo no puedo decirle muchas cosas porque no tengo fuerza. . . pero le digo lo contenta que estoy de ir a El".

Al recibir una carta de su familia:

"Antes, las cartas de mi madre y hermanas me emocionaban mucho: ahora no: estoy tranquila por ellas. . . estoy segura, porque sé que Jesús es bueno; las ama. Las cuidará, las consolará. Yo le conozco. . . Y sin embargo las quiero con toda mi alma —mamá, Mercedes, Angela. . .—. No pueden figurarse lo que las quiero. . . Por esto entiendo lo que sufre el Corazón de Jesús cuando las almas no saben cuánto las ama El. . ."

Es ésta una de las ideas fijas que ocupan sin cesar su pensamiento:

"Las almas no saben cuánto las ama Jesús —repite el MIÉRCOLES 19—. Cuanto más han vivido en la obscuridad de la fe, tanto más Jesús las recompensa a la hora de la muerte.

"Nunca he sido tan feliz. . . Mi paz es tan grande. . . mi alegría, completa. . . ninguna sombra en mi alma. . . estoy segura de su perdón, de su ternura. . . yo no deseo nada. . . me abandono a El. . . No le hablo con los labios sino con el corazón y le digo que es bueno y que le amo. . ."

También se acuerda de las alumnas; al oír sus voces bulliciosas, a la hora del recreo:

"¡Qué ricas, las niñas! —exclama— ¡cuánto las quiero!"

Y toda su alma de apóstol se transparenta en esta exclamación. Se la ve completamente olvidada de sí y sólo interesada por las almas.

"Había que adivinar —dice la Hermana enfermera— lo que podía aliviarla o serle agradable. No tenía más que un deseo: realizar el querer divino. Su agradecimiento por los cuidados que se le prodigaban era conmovedor, y, a pesar de su gravedad, se daba muy bien cuenta cuando era hora de algún ejercicio de Comunidad, y no quería que lo perdiesen por ella".

"Estas tres últimas semanas —afirma otra religiosa— me edificó sobremanera. ¡Cuán muerta a sí misma y cuán unida con Dios tenía que estar para permanecer tan serena, feliz y abandonada a la Voluntad Divina! Jamás ponderó sus dolores, ni pidió un alivio. Ardiendo de fiebre y devorada por la sed, no pedía agua; aceptaba todo lo que se le ofrecía y no se quejaba de nada".

"Cuando la visitaba, en su última enfermedad —dice la Madre a quien Josefa ayudaba como Sacristana— me recibía siempre con la sonrisa en los labios."

"Cómo se comprende, en estos momentos —me decía— que Dios es todo y lo demás nada!"

"¡Qué depreisa han pasado mis cuatro años de vida religiosa! Me parece que acabo de llegar. . . Sufrí mucho durante el Noviciado ¡oh!, sí, ¡mucho! Creí que me tendría que marchar. Y sin embargo, ¡amaba tanto a la Sociedad!"

"Al oír estas expresiones me acordé de la mirada de triunfo que posó sobre el Crucifijo, cuando se lo entregaron, el día de sus votos. Me llamó la atención de tal manera que no he podido olvidarlo: era la íntima satisfacción de una conquista difícil lograda al fin.

"Después me habló de recuerdos más lejanos, como si desfilara por su memoria toda su vida:

"Cuando era pequeña —me dijo— quería amar mucho a Jesús. Sentía en mí continuas y apremiantes llamadas a amarle y a entregarme. El día de la Primera Comuni3n, nos hicieron una plática, sobre este tema: "Jesús, Esposo de las vírgenes. . . No lo entendí del todo, pero mi corazón estaba embelesado. . . y las llamas interiores me apremiaban cada vez más".

"La tarde en que le dieron la Extrema Unci3n, me llamó y me dijo:

"En el cielo, rogaré por todas sus intenciones". Y añadió, repitiéndolo varias veces. "¡Es tan bueno el Señor! Cuando se hace lo que se puede, que es casi nada, El se encarga del resto. Poco importa no sentir que se adelanta en la perfecci3n. . ."

La Maestra General del Colegio, fallecida también unos años después, escribió estos recuerdos:

"Aquel mes de Diciembre, último de la vida de Sor Josefa, empezó a levantarse el velo que hasta entonces la tenía oculta.

"Su celda, más que un cuarto de enfermería, era un oratorio y en su lecho de agonía, Josefa estaba radiante, en una paz celestial, más como quien triunfa que como quien muere. Todavía ignorábamos el por qué, pero ya presentíamos en ella algo muy grande y sobrenatural. En una de mis visitas encomendé a sus oraciones los Ejercicios de las niñas:

"¡Las quiero tanto! —me dijo—. Me encanta oír las jugar y más aún verlas comulgar. . . Sí, rezaré aquí y continuaré en el cielo. . ."

"Luego, como hablando consigo misma:

"Dios me ha dado un corazón que ama mucho. Amo a la Sociedad, a las Madres y Hermanas, a las niñas. . . ¡Oh, sí. . . ¡cuánto ama mi corazón!

"Es imposible reproducir el acento de sinceridad con que pronunciaba estas frases... Otro día me dijo:

"¡Qué fervorosas y firmes han de ser las novicias en su vocación! He tenido yo tantas luchas que a veces me parecía que no podría perseverar. Entonces iba a contarle todo a la Madre Asistente y me quedaba tranquila. Me costó un gran sacrificio salir de España, pero por mi vocación lo hice sin vacilar... ¡hasta con gusto!... Lo que más importa aprender en el Noviciado y no olvidarlo, nunca, es la obediencia. ¡Ah! ¡Si comprendieran bien lo que vale obedecer con espíritu de fe!"

Otro día en que estaba sufriendo mucho:

"Nuestro Señor quiere que suframos —dijo— y de muchas maneras... Yo he sufrido mucho, pero... el sufrimiento se olvida... Sí, se olvida; y ahora, el Señor me va..." Aquí se detuvo como escandalizada de lo que iba a decir, y corrigiéndose. "Oh!, no me va a recompensar, pues no he hecho nada... Me va a hacer feliz porque es bueno".

Calló, saboreando de antemano aquella bienaventuranza, y añadió con ardor:

"Es bueno de veras... ¡Oh, qué bueno!"

Palabra que repetía muchísimas veces.

Pero se acerca la hora del poder de las tinieblas, y esa felicidad tan pura que goza Josefa se trocará en tormento abrumador, porque oprimida y pensada como uva en el lagar, parecerá un momento que el enemigo triunfa de ella y de los planes de Dios sobre el mundo. El último asalto será el más terrible de todos, la pobre víctima, en su alma y en su cuerpo, estará como poseída y dominada por un poder invencible.

EL VIERNES 21 DE DICIEMBRE la invade de pronto un tedio inexplicable... se siente cansada de sufrir. ¿Por qué tarda en morirse?... Pero reacciona en seguida, y se adhiere plenamente a la Voluntad de Dios. EL SABADO 22 por la mañana, la carta que el Señor había anunciado, llega de Roma, y la bendición de su Madre General alienta y fortalece a la moribunda. Al anochecer, una crisis terrible la pone a las puertas de la muerte, privándola de conocimiento durante largas horas. Su alma ha penetrado en la sombra de una misteriosa noche: el demonio —contará ella después— consigue, por permisión divina, una influencia tal sobre su libertad, que se siente como poseída por una fuerza extraña e irresistible: le hace pensar, querer y hasta experimentar físicamente lo que no querría ni pensar, ni querer, ni experimentar. Un criterio nuevo, que no es el suyo, se impone a su espíritu con tal evidencia, que no está en su mano apartarlo de sí: y éste es su pensamiento central: que la muerte cercana es consecuencia de su camino extraordinario. ¿Y por qué lo ha aceptado? Todavía está a tiempo. ¿Quién la obliga? Puede ser fiel, sin consentir en andar por esa vía, puesto que no es un deber. Si re-

husa, se curará. Al mismo tiempo, y como para confirmar esta idea, todo sufrimiento desaparece y, una especie de bienestar y de gozo de vivir la invade repentinamente. Sujeta a esta obsesión tan absoluta y tan tenaz, Josefa permanece muda, el demonio la aísla en un silencio completo, sin dejarla pronunciar más que estas frases: que está curada y libre para siempre de su anterior camino.

Más, a pesar de todo, en el fondo impenetrable de su alma, Josefa sigue amando a Dios, que tan terribles pruebas permite.

Sólo un instante, el día de Navidad, **MARTES 25 DE DICIEMBRE**, recobra un tanto la libertad para explicar al R. P. Boyer lo que pasa en su interior. El Padre logra animarla y tranquilizarla de alguna manera, pero en seguida vuelve a caer en la misma obsesión, cuya violencia sólo Dios puede conocer. Pues tan poderoso es en ella el influjo diabólico, que si por una parte parece que, en efecto, recobra la salud, por otra, queda cegada su razón y dominada su voluntad hasta el punto que no es capaz siquiera de producir un acto de abandono. Y cuando, con la rapidez del rayo, ilumina su espíritu un instante de lucidez, sufre cruelísimamente al verse en este estado, porque entonces tiene plena conciencia de que Jesús sigue siendo el Amor de su alma, sin que pueda decirse siquiera.

Fuera de estos raros intervalos, Josefa no es ella... Produce la impresión de que está poseída por "otro". Hay en aquella alegría de sentirse curada... de querer evadirse del plan divino... de gozar de la vida... y en el tono de su voz, una ironía, un modo de afirmar... y en su mirada una expresión extraña... todo ello tan ajeno a su modo de ser, que causa escalofrío. En sus ratos conscientes, se avergüenza y se turba... porque su alma, tan mortificada siempre no conoció jamás este género de impresiones ni habló nunca de semejante manera. Se presiente la lucha interior que la desgarrar y que hace más doloroso su silencio. ¡Cuántas oraciones y súplicas la rodean! Nada se puede hacer por ella sino orar y sufrir.

¡Qué lentas pasan las horas del **MIÉRCOLES 26 DE DICIEMBRE**! El Padre Boyer, que vigila de cerca el misterioso estado de la enferma, pronuncia varias veces las pæces de los exorcismos. Pero en vano: porque el demonio no suelta su presa y Josefa permanece insensible a todo.

La fe en la divina palabra, la confianza en la intercesión de María, son el único pero firme apoyo en estas horas trágicas. ¿Quién podrá dudar de que la Obra empezada por Dios, ha de verse cumplida? ¿Acaso no es todopoderoso el que la empezó? ¿Abandonará el Corazón de Jesús a su fiel instrumento, ahora que se halla al borde del abismo?

Como otras veces, los Dolores de la Madre serán el resorte que moverá el Corazón del Hijo a intervenir eficaz y definitivamente.

Junto al lecho de la enferma, ligada y dominada por el poder infernal, encerrada en un silencio taciturno y una actitud glacial, las Madres, de rodillas, invocan al Corazón Purísimo de María, por sus Dolores y rezan, una tras otra, continuas Avemarias. Las rezan en voz muy baja para no excitar más la furia del demonio. ¡Pero cuán del fondo del alma brotan aquellas súplicas que son en tan críticos momentos, la última esperanza!

De repente... el aspecto de Josefa se muda. Cruza las manos... baja los ojos, mueve los labios y... se une a la oración que, como un

ligero murmullo, escucha a su lado. Así pasa un cuarto de hora. Presas de emoción intensa, las Madres esperan, y siguen desgranando Avemarias... Luego rezan el Padrenuestro...

“Venга a nos el tu reino... hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo...”

Los ojos de Josefa se llenan de lágrimas... aquella insensibilidad marmórea ha desaparecido... Entonces, con toda su alma, repite, palabra por palabra, la oración predilecta de Santa Magdaléna Sofía:

“Corazón Sagrado de Jesús, me dirijo a Vos porque sois mi único refugio, mi sola y cierta esperanza; sois remedio de todos mis males, alivio de todas mis miserias, reparación de todas mis faltas, suplemento a todo lo que me falta, certidumbre de todos mis ruegos, manantial infalible e inagotable de luz, fuerza, constancia, paz y bendición. Estoy segura de que no os cansaréis de mí y de que no cesaréis de amarme, de ayudarme y de protegerme, porque me amáis con amor infinito.

“Tened piedad de mí, Señor, según vuestra gran misericordia y haced de mí, en mí y por mí todo lo que queráis, pues me abandono a Vos con una plena y segura confianza de que no me abandonaréis jamás”.

Ante esa afirmación de total abandono, el demonio huye para no volver.

La planta virginal de María —¡como siempre!— ha derrotado el poder infernal.

Como primer efecto del triunfo divino, de nuevo un sufrimiento intenso se apodera del cuerpo de Josefa. Y en la Cruz de Jesús, se recobra a sí misma. No puede dudarse; sólo la intervención maternal de la Virgen, mediadora de todas las gracias, y la fidelidad omnipotente del Corazón de Jesús, han podido obrar esta mudanza tan repentina y tan evidente.

La noche entera es una acción de gracias intensa y continua. Josefa, quebrantada de dolores, vuelve, poco a poco, a sentir de nuevo la gracia y la alegría de sufrir por Dios. Las Madres no la dejan un instante, no pierden matiz ni detalle de aquella milagrosa transformación. Ella no puede hablarles todavía, pero, con la mirada, expresa los sentimientos de gratitud humilde y de confiado abandono, que crecen a medida que el tiempo pasa y aleja de ella el recuerdo de aquellas penosísimas jornadas.

EL JUEVES 27 DE DICIEMBRE, comulga en medio de una paz que será, desde ahora, inalterable. Su Director espiritual puede por fin hablar con ella detenidamente y queda sorprendido al ver con qué precisión y claridad, Josefa le da cuenta minuciosa del misterioso estado que acaba de atravesar. No conservaba entonces conciencia clara más que de una voluntad a la cual, aunque suya, no podía hacer obrar ni dirigir. Parece que su alma ha llegado hasta el último límite del desamparo, pero experimentando sentimientos hondísimos de humillación y anonadamiento que son, en realidad, sentimientos de amor.

Todo pasó... El *Magnificat* es la expresión más pura de aque-

llas horas inolvidables, y se reza muchas veces junto al lecho de Josefa, clavada en la cruz pero radiante de gozo. Las fuerzas ficticias de los días anteriores han desaparecido y termina aquella jornada sin nubes, en la felicidad reconquistada del sufrimiento y del abandono a la Voluntad de Dios.

EL VIERNES 28, vuelve al R. P. Boyer a visitarla y a darle la absolución. Se despidе por unos días, pero se va tranquilo, viendo a Josefa serena y alegre, sin sombra de tentación. Hacia la una la enferma sufre una dolorosa crisis que dura hasta las tres. Su cuerpo enflaquecido, inspira compasión; apenas se la puede incorporar un poco, para facilitarle la respiración y por todo alivio, humedecer sus labios secos con unas gotas de agua. Ella, olvidada de sí misma, no piensa más que en evitar molestias a las que la cuidan.

La noche, que será la última, se pasa entre varias alternativas y el SABADO 29 DE DICIEMBRE Jesús-Hostia viene a darse a ella por última vez. ¿Sabe Josefa que el próximo encuentro será en la eternidad? Debió presentirlo, pero su exquisita delicadeza, afinada por su unión y conformidad con el Corazón infinitamente delicado de Jesús, no sufre hablar de su inminente partida sabiendo cuánto ha de apenar a todas la separación...

Velada de silencio y recogimiento, cada vez más profundo, pasa la mañana en oración callada, sonriendo en medio de sus intensos sufrimientos. Tiene sobre la cama una estatuilla del Niño Jesús dormidito en la cuna y lo contempla con indecible ternura. Entre sus dedos corre el rosario sin cesar.

Por la tarde sigue sufriendo mucho, pero nada altera su serenidad. Quiere leer el capítulo X del tercer libro de la Imitación de Cristo (su capítulo preferido), y dirige a sus Madres algunas frases llenas de filial afecto y agradecimiento. No piensa más que en Jesús y en las almas, a pesar del dolor que se revela en su fisonomía.

Declina el día y en un silencio cada vez más hondo, la ofrenda de Josefa toca a su completa consumación. Pero la tranquilidad de la enferma, su estado, al parecer semejante al de los días anteriores, nada en fin da que pensar en un desenlace inminente todavía. Así lo permite el Señor, que quiere reservarse, para El sólo, el secreto de la última preparación y de la consumación suprema.

Hacia las siete y media, las Madres, que desde que empezó la gravedad, ya las dos a la vez, ya sucediéndose una a otra no han dejado un instante a Josefa, ni de día ni de noche, se ausentan momentáneamente quedando junto a ella la Hermana enfermera. Pero Josefa, al oír el toque del Angelus, insiste con la Hermana para que vaya al refectorio, asegurándole que se encuentra bien y que no necesita nada.

Y en esta soledad, en este aparente abandono, dispuesto por Dios, pasa el Dueño y Señor de las almas y se la lleva, imprimiendo en ella esta última semejanza con su agonía y su muerte en la Cruz, completamente privado de todo auxilio humano.

Cuando, pocos momentos después, vuelve la enfermera, Josefa ha dejado de existir. La encuentra tendida en la cama, un poco echada la cabeza hacia atrás, semi-cerrados los ojos y una expresión dolorosa en su semblante: todo en ella recuerda a Jesús crucificado y muerto.

—«Déjame escoger el día y la hora» —le había dicho el Señor.

Y la Virgen y la Santa Madre le habían prometido:

—«Las dos vendremos a buscarte para ir al cielo».

Se ha cumplido al pie de la letra la palabra divina:

—«Sufrirás y, abismada en el sufrimiento, morirás».

Quiso el Señor, sin embargo, señalar su paso por aquella celda, testigo de tantos misterios, con un signo palpable de incomparable delicadeza.

Cuando las religiosas quisieron amortajar el cuerpo inanimado de Josefa, con el santo hábito, cuál no fué la sorpresa de las Madres, inconsolables por aquella partida y por las dolorosas circunstancias que la habían rodeado, al comprobar que "alguien", antes que ellas, se había preocupado de cumplir este deber: entre las sábanas, cuyo embozo parecía admirablemente terso y sin arrugas, estaba Josefa revestida con su refajito gris atado con primor a la cintura y cuidadosamente estirado hasta los pies. ¿Cuándo y quién la había arreglado?

La enferma que ocupaba la celda contigua aseguró que nadie había entrado en el cuarto de Josefa, durante la corta ausencia de la enfermera; y de sobra sabían todas, que ella misma era completamente incapaz de hacer, sin auxilio, el menor movimiento. Además, la ropa estaba guardada y Josefa no sabía donde. Este hecho, innegable, aunque misterioso, parece responder al anhelo de aquella virginal modestia, características en Sor Josefa que siempre había temido que tocaran su cuerpo después de muerta. ¿No podemos pensar que la Virgen y Santa Magdalena Sofía, fieles a su promesa, al venir a buscar su alma para llevarla al cielo, quisieron también manifestar su maternal cariño, cuidando de sus mortales despojos?

Nadie osó ya tocarlos; cubiertos respetuosamente del santo hábito, pasaron a esperar en la tumba, el momento glorioso de la resurrección.

Así concluye la historia del Amor Fidelísimo, en este **SABADO 29 DE DICIEMBRE DE 1923.**

Inmediatamente, el rostro de Josefa se iluminó de paz celestial, mientras toda la casa quedaba perfumada de efluvios sobrenaturales, que todas sentían, sin acabar de comprender la causa.

EL MIÉRCOLES 30, por la mañana, la Comunidad, afligida por la triste nueva, se entera con indecible sorpresa y emoción del Secreto divino que encerraba aquella vida religiosa de cuatro años. "Es justicia escribía la Madre General, que las religiosas de esta Casa sean las primeras que participen de esta gracia. Pero se les impone la más estricta discreción porque, nadie, fuera del convento, deberá conocer por entonces, los favores y la misión extraordinaria de que la humilde Hermana había sido investida. Pero ¡qué fervorosas súplicas y acciones de gracias ascienden al cielo desde la pobre celda, donde los restos de Josefa, cubiertos de azucenas, descansan en paz! Aquello es un santuario donde parece haberse trasladado el cielo.

"No me parecía estar frente a un lecho mortuario —escribe una religiosa que pasó en la celda parte de la noche—; sino frente a un altar

en el cual, palmas y lirios entonaban un himno de triunfo. Pureza y martirio de la inocente víctima, que estaba allí tendida, en actitud de ofrenda y de inmolación. Durante las horas calladas de la noche, mi corazón quería ser un eco de la suya. Abrazaba el mundo entero, las almas, los pecadores, nuestra amada Sociedad... y la acción de gracias se mezclaba a la súplica".

Y el Corazón de Jesús, que ha guardado celosamente hasta ahora a su Elegida, en el secreto y en la sombra, empieza a levantar el velo y a descubrir a las almas las ardientes llamadas de su Amor.

"La misma noche de su muerte, que yo ignoraba, escribe una Hermana empleada en la cocina, vi a Sor Josefa en sueños. Estaba hermosísima y descansaba en un lecho cubierto de flores. Me hizo señas de que me acercase y me dijo: ¡Oh, Hermana mía! No tema el sufrimiento ni quiera perder la más mínima parte de las penas que Jesús le envía. ¡Si supiera lo que vale sufrir por El!... Es preciso hacer del trabajo una oración continua. A cada cosa que haga, dígame: Jesús mío, por Vos... Os lo ofrezco... De modo que El vea su voluntad de amarle y de ser suya... ¡Si supieran!... ¡Tiene tanta necesidad de amor!".

"Subrayaba con fuerza estas palabras, lo que me impresionó vivamente y, más aún, cuando al bajar a la oración, el domingo a primera hora, me enteré de su partida para el cielo".

El 30, por la tarde, el Obispo de Poitiers, acude a rezar junto a los restos de Josefa. Largo tiempo permanece el Prelado en profunda oración, luego bendice los despojos mortales de la que, en vida, tan filialmente se le confió. Con pena se aparta de la celda, dejando traslucir los sentimientos y emociones que embarcan su alma. Firma el acta de Profesión de Josefa y anuncia que él mismo oficiará en el responso después del Funeral.

El año 1923 termina bajo una efusión de gracias, que parecen brotar de esta celda bendita. Un atractivo sobrenatural la tiene constantemente llena de religiosas, que rezan, que se ofrecen y experimentan ya los primeros efluvios del Mensaje de Amor. La obra del Corazón de Jesús empieza a realizarse.

Hacia las cuatro y media de la tarde del LUNES 31, el cadáver queda depositado en la caja de madera blanca, con respetuosa veneración. Su rostro conserva la expresión de dulzura y de paz que adquirió, en cuanto su bendita alma voló a mejor vida. No queda en él traza alguna de los dolores pasados. El ataúd es transportado a la Capilla y colocado en el mismo lugar donde dieciocho meses antes, le dijo Jesús: "¿Ves cómo te he sido fiel? Los dos fieles amores se han encontrado al fin, en una unión eterna.

El martes, 1º de Enero, es el día fijado para el entierro.

"Temía, escribe la Superiora a la Rvdma. Madre General, que la festividad del día y la ausencia de las niñas que están en vacaciones, dejasen vacía la Capilla en esta solemne ceremonia. Pero no fué así. El Sr. Obispo y seis sacerdotes llenaban el presbiterio. Religiosos de diversas Ordenes, las asiladas del Buen Pastor, protegidos de la casa, las mediopensionistas del Colegio, a quienes se avisó en seguida: las Hijas de María y buen número de personas de todas clases, formaban la escolta de nuestra querida Hermana, tan humilde y desconocida en vida, junto con la Comunidad".

La Misa de Requiem termina con el Responso, entonado por Mgr.

Durfort, y el cortejo se pone en marcha. Lluve. El tiempo sombrío contrasta con la serena paz que inunda las almas. Bajando por las avenidas del jardín, pasan cerca del oratorio de San José, llamado la "Soledad", donde la Santa Madre Fundadora se retiraba a hacer los Ejercicios. Inesperadamente se detiene el coche, frente a la cruz que domina aquel paraje, como si Santa Magdalena Sofía quisiera dar a su hija la última bendición... Ya han llegado al gran portalón de entrada. Josefa traspasa su amada clausura y ¡qué momento de emoción para sus Madres y Hermanas al verla desaparecer!

Las Religiosas del Sagrado Corazón tienen, en un extremo del cementerio de la ciudad, una parcela, donde sus tumbas se agrupan alrededor de una cruz. Frente a la verja de entrada, en una cripta preparada cuidadosamente con anticipación, se depositan los venerados restos de Sor Josefa Menéndez. Su sepultura no se distingue en nada de las demás... Parece descansar bajo el manto virginal de María, ya que allí muy cerca, hay una estatua de la Virgen, coronando un antiguo panteón.

Allí reposa la humilde privilegiada del Corazón Divino cuyo título de gloria estriba en haber sido elegida para ser "MENSAJERA DE SU OBRA DE AMOR".

CONCLUSION

No era de mi incumbencia cerrar estos capítulos con una conclusión a los admirables coloquios de Nuestro Señor con la Hermanita Coadjutora de la Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús.

Sin embargo, me lo han rogado de un modo tan apremiante, que no he podido negarme; al dar mi opinión sobre estos nuevos llamamientos de la misericordia de Dios, se me perdonará que no dé sino la respuesta de un "pobre pecador". Y se tendrá el buen sentido de tomarla, no como juicio de perito, sino sólo como testimonio de gratitud hacia Cristo que fué Víctima de Amor por nosotros y hacia la Sociedad del Sagrado Corazón que no ha reservado exclusivamente para sí los más íntimos pensamientos del Corazón de Jesús.

I

Muy contra mi voluntad, pero no sin premeditación, me he resignado a dejar en la sombra la santidad de la esposa que Nuestro Señor se asoció misteriosamente.

Los hechos, relatados con modesta sencillez han puesto suficientemente de relieve sus eminentes virtudes. Me parece que en una Conclusión conviene más que esta alma privilegiada —que por otra parte obtendrá una día de gloria en la tierra como en el cielo—, desaparezca completamente. El fin principal de Jesús al elegirla no ha sido proponerla como ejemplo. No le ha hablado tan abundantemente para atraer hacia ella la admiración de las multitudes. Sor Josefa no era sino una voz. Nada más. Existió únicamente para el mensaje y el Mensaje no fué, en manera alguna para ella. Cristo quiso que no fuese nada. Jamás la hizo salir de su nada. Trabajó en anonadar aún más esa nada, a lo largo de sus días de luz. LUX LUCEBAT IN TENEBRIS. Josefa ha deseado, ante todo la oscuridad de su miseria. Si se la trata, aún hoy día, "como el desecho", más contenta se pondrá. De ese modo el Mensaje tiene más probabilidad de llegarnos sin intermediario, como ella lo quería. No ocultaré que me he quedado, por cierto así, deslumbrado por la *presencia de Cristo Vivo* cuando fiel a las indicaciones del Maestro y de su confidente, he procurado olvidar completamente la existencia de Josefa Menéndez.

Inmediatamente he tenido la evidencia de que era verdaderamente el mismo Cristo quien hablaba. No había posibilidad de engaño. El discernimiento de espíritu estaba de más. Bastaba distinguir la Voz de Jesús. En toda su límpida claridad la he reconocido, tal como las almas la perciben en las horas de gracia y sobre todo tal como el Evangelio y los Santos nos la han hecho oír a lo largo de los siglos.

Es imposible equivocarse; el acento de la voz que ha confiado a Sor Josefa los secretos del Corazón misericordioso de Cristo es absolutamente el mismo que el del Salvador del Evangelio y el del Dios de Amor de toda la eternidad. DEUS CHARITAS EST. Desde el principio de los siglos Dios nos llama al amor. PRIOR DILEXIT NOS. Si la Ley quiere que le amemos con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas (Deuter, 65), es porque El fué el primero en apremiarnos con una perseverancia infinita a responder al Amor inmenso que sentía por cada uno de nosotros. ¡Cuántas veces nos ha repetido que nos quería más que una madre! ¿No es más que de ayer esa Voz tierna y cautivadora que nos hace esta declaración inaudita: "Eres mi Esposa y Yo soy tu Esposo?" "Voces de gozo y alegría, voces de dos prometidos, voces que cantan: alabad a Yaweh de los ejércitos, porque es bueno, porque su misericordia dura para siempre" (1er. XXXIII. 11.). Cuando Nuestro Señor dice a la Hermanita Coadjutora que nos ama con "locura" ya habíamos oído al Esposo por excelencia repetirnoslo en un lenguaje que todos los hombres podían comprender.

¿Su misericordia? Desde que Dios nos viene hablando, deberíamos ya saber que sobrepuja toda imaginación: sí, Señor mío, "la tierra está llena de vuestra misericordia," (Ps. 118,64) en vuestra Sagrada Escritura desborda la bondad para con los pecadores; la historia secreta de las almas es el relato ininterumpido de esos extraordinarios perdones vuestros, que nada ha logrado desalentar. Mensajes más elocuentes que el de Josefa, la humanidad los ha recibido ya, y más de uno. Cuando los miserables viñadores de la "casa de Israel" hubieron quitado de en medio a los servidores del padre de familia, golpeando a uno, matando a otro, apedreando a un tercero, el Señor bueno volvió a enviar otros servidores, más numerosos que los primeros, y los trataron lo mismo. Entonces envió a su hijo, diciendo: "Respetarán a mi Hijo". Pero cuando los viñadores vieron al Hijo se dijeron entre sí: "he aquí al Heredero; venid, matémosle y tendremos su herencia".

Ahora bien, ¿qué es lo que venía a anunciar este Hijo muy amado? *Que Dios es caridad*, que Dios amaba de tal manera a los viñadores que les daba su Hijo único. Y he aquí que lo hemos crucificado porque no hemos comprendido su testimonio.

Pero antes de morir y de comunicarnos su propio amor (el Espíritu Santo que es el vínculo sustancial de la Santísima Trinidad), este Hijo único nos ha revelado las profundidades de Dios, su Evangelio está reboando bondad. Es verdaderamente, desde el principio hasta el fin, el Evangelio de los pecadores. Es la exaltación del arrepentimiento. Es la preferencia manifiesta y proclaman sin ambages, por el publicano, por el hijo pródigo, por la oveja perdida, por los enfermos, por la adúltera y la Magdalena humilladas y contritas. Es la Carta Magna de la misericordia eterna; se asegura solemnemente la bienaventuranza a los pobres, a los perseguidos a las víctimas de la injusticia, a los desgraciados que lloran sus pecados y sus dolores. Multitud de milagros se prodigan a todos los heri-

dos por la vida que, desde el abismo de su miseria piden socorro a Cristo. Incluso se oyen gritos más desgarradores y más profundos que todos los que subían hasta los oídos del Salvador, pues Jesús clama en medio del gentío, en la plaza pública, como si fuera El el más mendigo de todos los mendigos que tienen hambre y sed de felicidad y de justicia. "En el último día de la fiesta, que es el más solemne, Jesús, en pie, dijo en alta voz: "Si alguno tiene sed que venga a Mí y que beba; al que crea en Mí, de su seno, como dice la Escritura, brotarán ríos de agua viva". Decía esto del Espíritu (es decir del amor del Padre y del Hijo) que debían recibir los que creyesen en El, pues el Espíritu no había sido dado todavía porque Jesús no había sido aún glorificado. (Jo., VII, 37). Llama hacia Sí a los trabajadores y a los oprimidos: "Venid a Mí, todos los que estáis cansados y cargados, y Yo os aliviaré" (Matth., XI, 28). "Yo he venido para que tengan vida y la tengan en mayor abundancia". (Jo., X, 10). Y antes de expirar, herido por nuestros golpes, lanza de nuevo este grito de angustia: "SITIO": "TENGO SED".

Este clamor que hubiera debido llenar todos los espacios y todos los tiempos, y resonar en el fondo de todos los corazones, ¡qué pocos son los que lo han oído como una llamada personal! Algunos han dicho de verdad. . no sólo con los labios sino por el testimonio de su vida y de su muerte: "ET NOS CREDIDIMUS CHARITATI" "NOSOTROS HE-MOS CREIDO EN LA CARIDAD". Pero un gran número de cristianos y sobre todo la multitud de los pecadores han permanecido sordos a estas llamadas del Amor.

En seguimiento de los heraldos de todas las clases: doctores, mártires, confesores, vírgenes, niños, Josefa Menéndez se dirige a nosotros con un acento más conmovedor que nunca. Es la heredera de un secreto que no ha sido escondido ni alterado a lo largo de los siglos. Este es el gran hecho actual que yo querría hacer resaltar. Cuando leo sus conversaciones íntimas con Cristo, creo oír no sólo las de Margarita María que la han precedido, sino también a los más ilustres doctores y a los santos más clásicos, si puedo expresarme así, de la Nueva Alianza.

El Mensaje de Jesús ¿nos lo transmite una religiosa coadjutora o San Agustín? No se adivina por su contenido. Pues el gran doctor de la gracia nos habla con una elocuencia igualmente pura —aunque más opulenta y más inflamada de la bondad y de la misericordia de Dios para con los pecadores: "¡Oh inmensa ternura paternal! ¡Oh inestimable caridad! Para librar al siervo habéis entregado al Hijo. . . ¡Oh caridad! ¡Oh ternura de Padre! ¿Quién oyó semejantes cosas? ¿Quién no quedará estupefacto de tan grandes entrañas de misericordia? ¿Quién no se admira? ¿Quién no se congratula de la excesiva caridad con que nos ha amado? (San Agustín. *Meditaciones*). "Te amo, Dios mío, te amo y quiero amarte más y más. Concédeme que te desee, que te ame cuanto quiero y cuanto debo. Eres inmenso y debes ser amado sin medida, sobre todo por nosotros a los que así amaste, así salvaste, haciendo por ellos tales y tan grandes cosas". (San Agustín. *Soliloquios*).

Acentos apasionados que parecen llegar al delirio de un espíritu embriagado por la gracia, los encontramos en San Agustín más aún que en cualquier otro místico.

Si medito las elevaciones de San Bernardo sobre el Amor de Dios y su comentario del *Cantar de los Cantares*, si leo las obras más conocidas de los monjes místicos de la Edad Media e inmediatamente después de

esta lectura latina abro "Un Llamamiento al Amor", de la humilde Coadjutora del Sagrado Corazón, no encuentro entre estas páginas tan distintas en el tiempo, sino diferencias superficiales, como entre una Hostia consagrada grande y otras más pequeñas. Es el mismo Corazón de Jesús que ha amado, buscado, llamado, perdonado, colmado de atenciones a los pecadores más miserables; es El —no dudo ni un momento en creerlo— es El, el que sigue desde hace siglos llamándonos, invitándonos a su mesa, proponiéndonos la unión íntima con El, la felicidad inefable de ser las esposas del Verbo encarnado.

No doy más que un ejemplo entre mil.

Josefa nos habla con predilección no sólo de la Pasión de Jesucristo en general, sino especialmente de las Cinco Llagas.

"Mira estas llagas —le dice un día Nuestro Señor— abiertas en la cruz para rescatar al mundo de la muerte eterna y darle la vida. Ellas son las que obtienen misericordia y perdón a tantas almas que irritan la cólera del Padre. Ellas las que, desde ahora, les darán luz, fuerza y amor... Esta llaga de mi Corazón es el volcán divino donde quiero que se abrasen mis almas escogidas".

Pero San Agustín había oído las mismas llamadas. El escribe: "Las llagas de Jesucristo están llenas de misericordia, llenas de piedad, llenas de dulzura y caridad. Atravesaron sus manos y sus pies y horadaron su costado con una lanza; por estas aberturas se me permite gustar cuán suave es el Señor mi Dios... Una copiosa redención se nos ha dado en las llagas de Jesucristo nuestro Salvador, una gran abundancia de dulzura, una plenitud de gracia y una perfección de virtudes". (Libellus de Contemplatione Christi).

No una sino mil veces, el Santo convertido, el doctor de la misericordia, invita a la confianza a las almas pecadoras, sobre todo a las que sus crímenes desesperan.

Y, ¿qué alma piadosa no ha leído una vez en su vida las tiernas súplicas de San Bernardo? "Que nadie diga, desesperado: mi iniquidad es demasiado grande para que yo merezca perdón. Dios nos libre de semejante sentimiento. Dios nos guarde de él. Su bondad es más grande que cualquier delito que pueda cometerse" (Cantic., Cantic., Sermo. XI, 13).

"En cuanto a mí lo que no hallo en mí mismo, voy a buscarlo con confianza en las entrañas del Salvador, porque rebosan bondad y misericordia, y no faltan aberturas por donde las gracias fluyan, pues que sus enemigos taladraron sus pies y manos y abrieron de una lanzada su costado. Por estas aberturas puedo yo sacar miel de la piedra y óleo suave de este peñasco durísimo; es decir, pudo gustar y ver cuán suave y dulce es el Señor. En ese estado el Señor meditaba, pensamientos de paz, sin que yo acertase a comprenderlo... Esos clavos y esas heridas claman bien alto que Dios está verdaderamente en Cristo, y que en El reconcilia al mundo consigo. El secreto de su Corazón se está viendo por las aberturas de su cuerpo; podemos ya contemplar ese sublime misterio de la bondad infinita de nuestro Dios... ¿Qué dificultad hay para que veamos claramente las entrañas misericordiosas de Dios a través de esas llagas? Porque nada hay, Señor, que haga resplandecer tanto el exceso de vuestra bondad y misericordia, como estas heridas crueles que habéis sufrido por nosotros. Nadie puede dar mayor prueba de su caridad, que sacrificando su vida por aquellos que están destinados y condenados a

la muerte. La misericordia del Señor, pues, es el fundamento de mis méritos". (In Cantic., Cantic., Sermo. LXI, B. C.)

Mi intención, al citar aquí estos hermosos textos, es recordar que existe una infinidad de ellos, en el tesoro espiritual de la Iglesia; todos tan conmovedores, todos, también, tan alentadores como éstos cuyo secreto se nos descubre hoy. Nos habíamos acostumbrado a dejarlos en el olvido como a los muertos. En este libro reviven en nuestra memoria.

Las confidencias de la humilde Sor Josefa son literalmente el eco de una gran Voz divina, que, en cada época, con una paciencia y una condescendencia adorables, quiere persuadirnos de nuevo de que El es el Amor, el Amor infinitamente generoso e infinitamente desinteresado, el Amor infinitamente misericordioso.

Pero con este recuerdo de la tradición, no me propongo únicamente atestiguar la indiscutible *autenticidad* de este *Mensaje* del Corazón de Jesús. No voy a dar testimonio en favor de Sor Josefa, sino contra todos nosotros. Esta perseverancia de Cristo acusa nuestra sordera espiritual, nuestro endurecimiento, nuestra ligereza de espíritu, nuestra ingratitud, nuestra tibieza que son verdaderamente espantosas y deberían llenarnos de estupor. Por medio de su esposa el Corazón de Jesús se lamenta hoy de nuestra indiferencia por centésima vez, como se había lamentado de la incomprensión de los discípulos de Emaús: "Oh hombres sin inteligencia y tardos de corazón en creer lo que han dicho los Profetas". (Luc. XXV. 25).

Estas cosas deberían estremecernos. ¿No es de temer que por un futil pretexto —con pretexto, por ejemplo, de que no hay que fiarse demasiado de las visionarias, ni de "habladurías de mujeres" (Luc. XXIV, 11). —con pretexto de que las revelaciones privadas no interesan directamente a la fe y que la imaginación tiene siempre en ellas más parte de lo que se cree —con pretexto de que las apariciones infernales hacen sospechosas las visiones celestiales —con pretexto en fin, de que es difícil discernir lo verdadero de lo falso en los fenómenos místicos—, no es de temer que algunos de nosotros vacilen en dar una generosa difusión y una repercusión mundial a las palabras divinas que nos repite Sor Josefa?

La Samaritana corrió en seguida a contar a sus compatriotas lo que había oído al Maestro (Jo., IV, 28). Magdalena se apresuró a anunciar a los Discípulos que había visto al Señor y que le había dado un Mensaje (Jo., XX, 18). ¿Cómo podríamos nosotros tardar en dar a conocer a las almas las riquezas insondables del Corazón de Jesús? No nos excusemos diciendo que no hay nada nuevo en estas revelaciones privadas, pues precisamente porque Cristo nos hace oír, desde hace siglos, el mismo clamor de amor y de misericordia, es por lo que estamos obligados, hoy mucho más que ayer, a no tolerar que sus voces queden ahogadas por nuestras dudas y nuestras discusiones supérfluas.

Para creer en el amor de Jesús, ¿será acaso necesario que nos invite a poner nuestra propia mano en la herida de su costado atravesado por la lanza? Oigamos más bien la palabra de Jesús: BEATI QUI NON VIDERUNT ET CREDIDERUNT.

II

Pero la fuerza del Mensaje que nos transmite Josefa no proviene solamente de su perfecta continuidad con la eterna revelación de la misericordia infinita del Salvador; resulta igualmente de su *oportunidad* manifiesta. Quisiera hacerlo notar una vez más a las almas que han de leer este libro.

En efecto, ¿a quién no llama poderosamente la atención la perfecta concordancia de pensamientos entre el "Mensaje del Corazón de Jesús" y la recientísima Encíclica del Santo Padre Pío XII sobre el Cuerpo Místico de Cristo, MYSTICI CORPORIS CHRISTI?

El Mensaje es de 1922-1923, la Encíclica del 29 de junio de 1943. Durante los veinte años que los separan han aparecido las condenaciones de las herejías modernas, por el Papa Pío XI; la guerra ha abrasado el universo; el Cardenal Pacelli ha sido elegido para la Silla de Pedro; Su Santidad Pío XII ha condenado más de una vez los errores y ha iluminado la fe de los cristianos. Ahora bien, lo que Cristo hace decir a su Vicario en 1943, confirma hasta la evidencia los deseos que, en la intimidad de un convento, el mismo Cristo manifestó en 1923, a su humilde sierva. Entre estas dos formas de enseñanza compruebo una conformidad, una armonía, una convergencia de propósitos que permite discernir claramente la dirección actual del Espíritu Santo en la Iglesia.

Tanto si meditamos las palabras transmitidas por la ignorancia religiosa como si estudiamos la doctrina del Soberano Pontífice, nos sentimos invitados, por ambas partes, a restablecer, sobre los fundamentos de la caridad, una civilización cristiana que se encuentra en ruinas. Me parece que hay ahí un hecho nuevo que da al Mensaje una importancia capital. Se trata de una verdadera convocación a los cristianos para una restauración más perfecta del mundo. Dios quiere inaugurar una etapa de progreso en el desarrollo del Cuerpo Místico de Cristo. Me contentaré con señalar esta concordancia en algunos puntos.

1º.—Primeramente Nuestro Señor parece recomendar la *Devoción al Sagrado Corazón* de una manera más apremiante que nunca. Las revelaciones de Paray habían disipado las herejías del temor y, en particular, las del Calvinismo y Jansenismo. Ya se sabe por medio de qué personas magníficas e incomparables había procurado atraer a las almas temerosas. Ciertamente, la Iglesia ha respondido poco a poco a este llamamiento en todo el universo. Después de dos siglos de esfuerzos perseverantes los apóstoles del Sagrado Corazón han conseguido hacer comprender, gustar, amar esta devoción que, durante mucho tiempo, había pasado por una novedad sospechosa. ¡Tan difícil es para Jesús hacerse amar de los hombres tanto como El quisiera!... Hoy, el Corazón de Jesús viene a decirnos que no está todavía satisfecho de nuestras adoraciones y de nuestros sacrificios demasiado parsimoniosos. Su sed no está calmada. Lejos de esto, necesita siempre más amor y más confianza. Y ahora nos invita a amarle, con un acento tan apasionado, que no se puede dudar de que esta devoción le sea más y más querida, que la Santísima Trinidad se complazca en ella de un modo particular y que la considere como el modo más eficaz de glorificar a Dios y salvar las almas. Lo que es nuevo en el Mensaje es la fuerza con que Cristo insiste sobre la revelación de su amor. Nadie ha hablado nunca de lo que le era más caro, con tanto fuego, como Jesús nos habla en este mo-

mento de su misericordia. De donde debemos inferir que desgraciadamente tenemos muy poco empeño en saciarnos en esta fuente de vida.

Hoy, en la catástrofe que amenaza arrojar a la humanidad entera en una especie de desesperación, parece que el cristianismo haya de ser también arrastrado. ¿Quién nos salvará? ¿Quién nos dará la certeza del triunfo de la fe? En estas horas tempestuosas, Cristo aparece una vez más a los corazones puros para decirnos: Responded con confianza a las llamadas del Corazón de Jesús. De ahí vendrá la salvación. De ahí la victoria.

En su Encíclica ANNUM SACRUM del 25 de mayo de 1899, León XIII, recordando la "Victoria insigne y próxima" que presagiaba a Constantino la aparición de la cruz en el cielo, se expresaba así: "Hoy, otro símbolo divino, presagio felicísimo, aparece ante nuestros ojos: es el Corazón Sacratísimo de Jesús, coronado por la cruz y resplandeciente, con un fulgor incomparable, en medio de llamas; en El debemos poner todas las esperanzas; a El se debe pedir y de El se debe esperar la salvación de los hombres". Por eso, el Santo Padre Pío XII nos confiesa, en su última Encíclica, que comprueba con alegría los progresos de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y el ardor que ponían muchas almas en "meditar más profundamente las riquezas insondables de Cristo, conservadas en la Iglesia", pues en El está toda nuestra esperanza.

2º—Sin embargo, también en tiempos pasados ha habido épocas bo-rascosas. La Iglesia ha sido siempre combatida. ¿Qué ha sucedido, pues, en nuestro siglo de tan extraordinario que ha movido al Salvador a enviarnos un Mensaje nuevo?

Nuestro siglo es "un siglo de hierro". Un siglo que, atacando la caridad, intenta levantar un nuevo ídolo, ya no sólo el de la Ciencia sino el de la Fuerza. Una desenfrenada propaganda se empeña en convencer a los hombres de que llegarán a ser dioses por el poder de las armas; y que, para eso, es necesario desprestigiar la caridad que los paraliza, que los deprime, que los envilece y que precipita a los pueblos y a los individuos en la decadencia. Afortunadamente, Dios no sigue esta ley de la selva que reclama la humanidad moderna porque, si así fuera ¡qué fácil le sería al Omnipotente arrojar a los hombres de una tierra en paz, como arrojó a nuestros primeros padres del Paraíso y condenarlos a una carnicería sin fin o a un infierno eterno! Pero la fuerza de Dios está en el amor a los hombres extraviados. Quiere otorgarles misericordia, perdonarlos, hacerlos felices. Sor Josefa Menéndez recibió el encargo de repetírselo, en vísperas del desastre en que hemos caído tan profundamente (1). Por su boca, habla Jesús a las almas que no creen en el amor. Y por esto les repetirá cien veces lo mismo: "Venid a Mí" — "Tened confianza" — "Os amo" — "Soy la misericordia".

Por su parte, en la misma época, y por las mismas razones, haciendo eco a la voz de Cristo, el Santo Padre nos recuerda que la caridad es el supremo honor y el más alto poderío del hombre. "Porque si aun en las cosas naturales el amor que engendra la verdadera amistad es de lo más excelente ¿qué diremos de aquel amor celestial que el mismo Dios infunde en nuestras almas? "Dios es Caridad, y quien permanece en la caridad, permanece en Dios y Dios en él (I Jo. IV, 16). En virtud, por decirlo así, de una ley establecida por Dios, esta caridad hace que al

(1) Téngase en cuenta que esto se escribió en Francia, durante la guerra mundial de 1939.

amarle nosotros le hagamos descender amoroso, conforme a aquello: "Si alguno me ama... mi Padre le amará y vendremos a él y pondremos en él nuestra morada" (Jo. XIV, 23). Y así únicamente es como seremos todos no sólo "como dioses", sino uno con Dios en Cristo Jesús. Así venceremos no sólo a algunas naciones, sino al mundo entero y aun al de los demonios. Y así tendremos no solamente la fuerza del "superhombre" (1) sino la del Espíritu Santo; pues como sigue diciendo el Santo Padre:

"La caridad es la virtud que más estrechamente nos une con Cristo, en cuyo celestial amor abrasados tantos hijos de la Iglesia se alegraron de sufrir injurias por El y soportarlo y superarlo todo, aun lo más arduo, hasta el último aliento y hasta de derramar su sangre... ¡Oh admirable dignación de la piedad divina para con nosotros! ¡Oh inapreciable orden de la caridad infinital!"

El mensaje viene en un momento crítico a oponerse a las seducciones de Satanás. Nos invita a imitar la bondad del Salvador para con los pecadores, los tullidos, los heridos, los enfermos, los niños, por los cuales el Salvador sintió particular amor. Nos repite la enseñanza del Apóstol cuyas palabras emplea el Santo Padre. "Los miembros del Cuerpo que parecen más débiles, son los más necesarios y aquellos que estimamos menos honorables, son los que rodeamos de más honor" (I. 68, XII, 22-23). "Afirmación muy grave —añade Pío XII— que ahora, consciente de la obligación imperiosa que nos incumbe, estimamos deber repetir, mientras con profunda aflicción, vemos que seres deformes, dementes o afectados de enfermedades hereditarias, son considerados como una carga importuna para la sociedad". Jesús quiere que *la ley de la caridad* rija las relaciones de los hombres entre sí como rige las de los hombres con Dios.

3º—Por esto, en el solemne momento en que, sobre los escombros de una sociedad destruída hasta sus cimientos, renace entre los hijos de Dios la esperanza de una civilización más hermosa, más feliz y más sólida, era urgente que Cristo viniese a reanimar nuestra fe, por medio de la humilde Sor Josefa. Necesitábamos oír el "LLAMAMIENTO AL AMOR" para recordar que la verdadera sociedad de los hombres debe ser una gloriosísima sociedad de amor, y que entre los pueblos debe reinar la FRATERNIDAD CRISTIANA. Para los problemas internacionales, para los problemas sociales, tan numerosos, tan diversos, tan complejos, no bastan las soluciones de justicia. Son oscuras, inextricables, frágiles, engañosas. No hay más que una solución para todas las cuestiones, una solución que suprime todas las dificultades: es la fe en la caridad. Podría decirse que sólo un obstáculo se opone a la armonía fecunda y feliz de obreros y patronos, de razas y de patrias: el egoísmo. Y el egoísmo es tan poderoso que no puede ser vencido sino por el amor de Cristo, por la unión de todos los miembros en un solo cuerpo, cuya cabeza es Cristo.

"El amor del Divino Esposo —dice Pío XII, coincidiendo con el Mensaje del Corazón de Jesús— se extiende tan ampliamente que, sin excluir a nadie, abraza en su Esposa, la Iglesia, a todo el género humano. Si nuestro Salvador derramó su sangre fué para reconciliar con Dios, en la cruz, a todos los hombres, aunque estén separados por la nación y la sangre, y hacer que se unan en un solo cuerpo". Y el Santo Padre no teme extender esta caridad hasta a los mismos enemigos de la Iglesia: "El

(1) Alusión a la falsa filosofía de Nietzsche.

verdadero amor... exige también que en los hombres, no unidos todavía con nosotros en el cuerpo de la Iglesia, sepamos reconocer a hermanos de Cristo según la carne, llamados con nosotros a una misma salvación eterna. Sin duda, no falta por desgracia gente que pondera orgullosamente la lucha, el odio y la envidia como medios de exaltar la dignidad y la fuerza del hombre. Pero nosotros que discernimos con dolor los frutos lamentables de esta doctrina, sigamos a nuestro Rey Pacífico que nos ha enseñado, no sólo a amar a los que no pertenecen a la misma nación o al mismo origen (Luc. VI, 33-37) sino a querer también a nuestros enemigos (Luc. VI, 27-35; Matth. V, 44-48).

Penetrada el alma de la suave doctrina del Apóstol de las Naciones, celebremos con él la longitud, la anchura, la altura y la profundidad del amor de Cristo (Eph. III, 18). Amor que la diversidad de pueblos y de costumbres no puede romper, que la inmensa extensión del océano no puede disminuir, que las guerras emprendidas por causa justa o injusta, no pueden disgregar".

4º.—Pero esta caridad que debe reconciliar a todos los hombres, aun a los más irritados unos contra otros, no puede obrar eficazmente sino por la sangre vertida, *en espíritu de reparación*. Uno de los puntos esenciales del Mensaje, tal vez el más importante, es el llamamiento del Sagrado Corazón a la colaboración dolorosa con su pasión, para completar lo que falta a los frutos de sus sufrimientos. Por medio de Josefa Jesús vuelve siempre a insistir sobre la necesidad y sobre el poder de nuestra reparación.

"—Para salvar un alma hay que sufrir mucho... Las almas corren hacia su perdición y mi sangre se pierde para ellas. Pero las que me aman y se inmolan como víctimas de reparación, atraen la misericordia de Dios. Esto es lo que salva al mundo..."

"Glorifícame por mi Corazón. Repara con El y satisface por El a la justicia divina. Preséntalo como víctima de amor por las almas y, de una manera especial, por las que me están consagradas. Vive conmigo como Yo vivo contigo... Tu sufrimiento será mío y mi sufrimiento tuyo".

Cien palabras semejantes las repite el Señor a Josefa como si temiera que las olvidara. Si nos fijamos bien, las palabras de Jesús que invitan a la víctima a inmolarse con El por el rescate del mundo —o por la salvación de ciertos pecadores de los que el Sagrado Corazón parece haberla encargado— palabras que se repiten a cada momento, en estas divinas confidencias, encierran una doctrina capital que las almas fervorosas nunca meditarán, ni divulgarán bastante. No vivimos, no sufrimos, *no morimos por nosotros*: Cristo que es nuestra única cabeza, ha establecido entre todos los miembros de su cuerpo una solidaridad tan estrecha y tan profunda, una comunicación tan perfecta de oraciones y de méritos, que podemos, si queremos, aprovechar la redención de Jesús, y que todo hombre puede, a su vez aprovechar si quiere el complemento de misericordia y de gracias que una víctima voluntaria, unida a la única Hostia del Calvario, habrá obtenido para los demás. Aquí se afirma la originalidad y la trascendencia del Cristianismo. Ahora bien, el Soberano Pontífice nos enseña la misma doctrina y nos hace oír las mismas súplicas apremiantes. Su Encíclica sobre el Cuerpo Místico nos recuerda, después de la de Pío XI "MISERENTISSIMUS", que la reparación es un deber urgente para la salvación de las naciones en guerra. Quiere

que nos resignemos a caminar sobre las huellas sangrientas de nuestro Rey, que muramos con El para vivir con El, que participemos piadosamente, y cada día si es posible, en el Sacrificio eucarístico, que aliviemos los infortunios de tantos indigentes, que demos este cuerpo mortal por la penitencia voluntaria, en una palabra, "que completemos lo que falta a la Pasión de Cristo en nuestra carne, por su Cuerpo místico que es la Iglesia". "Por su Cuerpo que es la Iglesia", es decir, por todas las almas pecadoras, por tal o cual en particular pues no hay ninguna, que por razón de nuestra mutua dependencia, no pueda ser vivificada, restaurada, salvada por las que sufren por ella, en Jesucristo.

5°—A esta obsesión que deberíamos tener de la reparación, se alía en el Mensaje del Corazón de Jesús y en la Encíclica sobre el Cuerpo Místico, el mismo pensamiento de un *Recurso constante a la Virgen Co-redentora*. Esta concordancia llama la atención y merece recordarse como un hecho muy significativo.

En las relaciones familiares de Nuestro Señor Jesucristo con su esposa, María interviene constantemente para consolar a Josefa cuando está desolada, para tranquilizarla cuando tiene miedo, para prepararla cuando se dispone a recibir a Jesús, para dirigirla cuando se pierde, para fortalecerla cuando se intimida, para animarla cuando se conturba por su debilidad, para excitar su confianza cuando vacila, para ayudarla a vencer cuando el demonio la ataca y, sobre todo, para enseñarla a seguirla en el camino del Calvario cuando se siente apremiada a compadecer y reparar. En resumen, el Mensaje del Corazón de Jesús nos da esta lección que la palabra de Dios no puede fructificar en un alma humana sino por medio de la Santísima Virgen y con su auxilio maternal. En toda ocasión, la Mediación de María es necesaria.

Ahora bien, el Santo Padre se hace eco de este Plan Divino. "Si verdaderamente —dice— tenemos empeño en la salvación de la universal familia humana rescatada por la sangre divina, debemos hacer pasar nuestras súplicas por las manos de la Virgen Madre". Por muchas razones, podemos tener plena confianza en su intercesión. Recordemos sobre todo que "fué Ella, la que, exenta de toda culpa personal o hereditaria, siempre estrechísimamente unida a su Hijo, lo presentó en el Gólgota al Eterno Padre añadiendo el holocausto de sus propios derechos y de su amor de Madre, como nueva Eva por todos los hijos de Adán manchados con el pecado original; así, la que, corporalmente era Madre de nuestra Cabeza, llegó a ser espiritualmente Madre de todos sus miembros, por un nuevo título de sufrimiento y de gloria". El deber de la reparación resulta mucho más fácil cuando está sostenido por el ejemplo y por la oración de la Madre de Dios.

6°—Todas estas enseñanzas que las circunstancias actuales hacían tan urgentes, los *dirigentes y los militantes de la Acción Católica*, ¿no tenían necesidad de meditarlas? Una de las razones que han decidido al Soberano Pontífice a publicar el 29 de junio de 1943, una Encíclica sobre "el Cuerpo Místico", aunque la guerra amenazaba incendiar a Italia y a la misma Roma, era porque entre los mismos fieles "circulaban a veces opiniones inexactas o enteramente erróneas que arrastraban a las inteligencias fuera del camino recto de la verdad. "De estos desvíos espirituales deben guardarse los miembros de la Acción Católica que la sublime doctrina del Cuerpo místico une todavía más a todos los cristianos y a la Jerarquía Eclesiástica y al mismo Soberano Pontífice".

Los militantes de la Acción Católica que se penetren profundamente del "Mensaje del Corazón de Jesús", se encontrarán maravillosamente dispuestos para comprender estos errores modernos y las verdades doctrinales que la Encíclica ha puesto de manifiesto. La devoción, cada vez más llena de confianza hacia el Corazón misericordioso de Jesús, la convicción profunda de que la caridad de Cristo es el manantial de todos los bienes espirituales, y que no debemos ni contar con nuestros propios méritos, ni desesperar de nuestras miserias (pues el amor divino aprovecha nuestras faltas para la extensión de su Reino, pero se encuentra encadenado por nuestras pretensiones orgullosas); la fe viva en el poder constructivo de la caridad, para establecer entre todos los hombres una santa Sociedad de amor, la esperanza inconfundible de que un día todo lo que existe en la tierra y en el cielo será reducido a la unidad del Cuerpo místico, la fuerza del Espíritu Santo que nos impele a cooperar con nuestras oraciones, con nuestros sacrificios, nuestras penitencias, nuestra mortificación, nuestros esfuerzos desinteresados y generosos, a la redención de la humanidad culpable, la piedad filial hacia la Medianera de todas las gracias, todos estos sentimientos sacados de la meditación de las recientes palabras de Cristo, deben preservarnos a la vez del *falso misticismo* que, en lugar de humillar al hombre y de glorificar a Cristo, concede al hombre "atributos divinos que corresponden a Cristo" —del *falso quietismo* que abandona únicamente a Cristo la salvación del mundo—, "excluyendo y descuidando la cooperación del hombre", del *racionalismo* que considera absurdo lo que supera y domina las fuerzas del espíritu humano, del *naturalismo* que funda su confianza en la fuerza jurídica y social de la Iglesia y de la acción humana y no en la divina asistencia del Espíritu Santo, en fin de todos los sistemas que rebajan los medios sobrenaturales: como la oración, la confesión, el sufrimiento, la caridad con los pobres y que exalta el poder de los medios de que el hombre puede disponer, prescindiendo de la Comunión de los Santos y de todos los miembros del Cuerpo místico de Jesucristo.

El "Mensaje" contiene pues el *antídoto contra los errores* que hoy día según el aviso del Santo Padre, amenazan más a los fieles. Su oportunidad, su novedad, ¿no resplandecen por ventura, a nuestros ojos? Todos los que no están cegados por los males de nuestros tiempos se darán cuenta de que el "Llamamiento al Amor" es una cosa muy distinta de una biografía edificante. Debe, —sino son sordos a la voz de Cristo— señalar una fecha en la historia de la espiritualidad y del apostolado católico. Sólo me resta expresar los pensamientos más íntimos que el Mensaje de Sor Josefa Menéndez me ha sugerido sobre el porvenir de la Sociedad del Sagrado Corazón.

Cuando la Santísima Virgen visitó Ella misma a su prima Isabel, ésta, no pudo menos de lanzar, por decirlo así, un grito: EXCLAMAVIT VOCE MAGNA. "Bendita eres" —dijo— entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre". Y añadió estas palabras que fueron como el preludio del "Magnificat": "Bienaventurada la que ha creído, porque se cumplirán las cosas que le han sido dichas de parte del Señor" (1).

Carecería uno ciertamente de fe, si no estuviera seguro de que el Mensaje inaugura, para la Sociedad del Sagrado Corazón, una nueva era

(1) Hemos traducido el texto griego, que pone la tercera persona.

de santidad y de fecundidad apostólica. Evidentemente, la Voluntad de Dios, por muy liberal que sea, no produce sus efectos de misericordia sino condicionalmente. Es necesario responder ante todo a sus deseos con una confianza y una generosidad totales, si no se quiere hacer fracasar las más firmes promesas. Pero, ¿quién vacilará en realizar lo mejor posible el Programa divino, trazado con tanto amor por el Esposo de las almas y, cuyas líneas principales he procurado poner de relieve? ¿Quién no amará sin medida a un Corazón que se ha entregado sin medida? Sí, estas grandes palabras escritas con letras de fuego en el Mensaje: *Devoción al Sagrado Corazón, Caridad, Confianza, Abandono, Entrega total, Humildad, Compasión, Reparación, Salvación de las almas, Mediación de María*, ¿cómo no han de estar grabadas en el fondo del corazón de toda religiosa del Sagrado Corazón? ¿Cómo sería posible que estas virtudes —que han sido siempre las señales características de la Santa Madre Magdalena Sofía Barat y de su familia espiritual— no fueran practicada con heroica fidelidad?

La misión de la Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús en la Iglesia y en la Acción Católica depende estrechamente de su confianza en el Corazón de Jesús y, por consiguiente, de la importancia que dará a su Mensaje.

Cristo hubiera podido dirigirse a las almas por intermedio de una religiosa contemplativa. Ha preferido —para mejor alcanzar su fin— buscar colaboradoras en una Orden consagrada a la educación de las jóvenes. Nadie creerá que el acaso ha guado su elección. Estoy persuadido de que una doctrina, una moral y una espiritualidad no pueden penetrar profundamente el cuerpo y el alma de la humanidad a menos que, por medio de la educación, las jóvenes generaciones se asimilen sus vigorosos fermentos. Pues la masa no sube sino por la acción del fermento. Pienso, con gratitud inmensa, en la gracia que ha recibido la Sociedad del Sagrado Corazón de formar miiitantes de Acción Católica y madres de familia que —en este siglo de terror diabólico en que las almas se encuentran a la vez deprimidas por el miedo y exaltadas por la presunción— tendrán una fe incommovible y victoriosa en el amor y en la misericordia de Dios, y sacarán de esta misma fe, valor para rescatar una multitud de almas, por su unión reparadora con el Corazón traspasado de Jesucristo. El mensaje ha sido confiado ante todo a esta Sociedad. ¡Que ella logre no disminuir su importancia actual y haga producir el céntuplo a esta semilla!

R. P. FR. CHARMOT, S. J.

INDICE ANALITICO

FECHAS.	PAGS.	FECHAS.	PAGS.
A B A N D O N O			
1920: 25 Agosto	65	1921: 18 Mayo	123
20 Septiembre	70	25 Septiembre	153
15 Octubre	76	1922: 25 Febrero	169
17 Octubre	77	11 Mayo	191
9 Noviembre	84	7 Agosto	208
6 Noviembre	82	27 Noviembre	242
19 Diciembre	94	5 Diciembre	247
1921: 9 Enero	98	1923: 16 Julio	398
21 Febrero	107	ACCION DE GRACIAS	
25 Febrero	109	1921: 5 Agosto	147
17 Marzo	112	1922: 3 Septiembre	221
6 Abril	118	6 Septiembre	224
14 Abril	120	12 Septiembre	235
3 Junio	126	A L E G R I A	
11 Julio	136	1921: 15 Marzo	112
12 Julio	136	3 Agosto	145
1922: 1 Enero	161	1922: 14 Febrero	166
12 Enero	163	25 Noviembre	240
18 Febrero	167	2 Diciembre	245
21 Abril	186	1923: 2 Mayo	341
22 Abril	187	10 Mayo	351
2 Mayo	188	13 Mayo	353
7 Agosto	208	16 Julio	398
15 Agosto	216	A L I A N Z A	
29 Agosto	219	1920: 8. Octubre	72
26 Noviembre	241	24 Diciembre	96
30 Noviembre	244	1921: 22 Noviembre	157
8 Diciembre	247	A L M A S	
12 Diciembre	249	1920: 16 Septiembre	68
14 Diciembre	250	15 Octubre	76
1923: 14 Mayo	353	21 Octubre	78
7 Junio	368	27 Octubre	80
16 Junio	383	28 Octubre	81
5 Diciembre	438	20 Noviembre	84
A B E R T U R A			
1920: 25 Agosto	65	23 Noviembre	88
8 Diciembre	92	6 Diciembre	90
1921: 10 Febrero	104	7 Diciembre	91
12 Febrero	104	18 Diciembre	93
6 Abril	118	22 Diciembre	96
9 Abril	119	1921: 24 Enero	100
11 Abril	119	25 Enero	101
13 Junio	129	4 Febrero	102
22 Julio	138	20 Febrero	106
3 Agosto	145	21 Febrero	107
A B I S M O			
(El Corazón de Jesús es un...)			
1920: 23 Octubre	79	24 Febrero	108
		14 Marzo	111
		23 Marzo	114

UN LLAMAMIENTO AL AMOR

FECHAS.	PAGS.	FECHAS.	PAGS.
25 Marzo	115	AMOR DESCONOCIDO	
3 Junio	126	1920: 4 Octubre	71
20 Junio	132	21 Octubre	78
30 Junio	134	19 Noviembre	84
26 Julio	140	21 Noviembre	85
30 Julio	144	11 Diciembre	92
1 Septiembre	151	1921: 6 Febrero	103
25 Noviembre	157	22 Marzo	114
26 Noviembre	158	23 Julio	138
6 Diciembre	160	5 Agosto	147
1922: 25 Febrero	169	1 Septiembre	151
1 Marzo	171	26 Noviembre	158
2 Marzo	173	1922: 25 Febrero	169
21 Abril	186	1 Marzo	171
22 Abril	187	20 Octubre	232
24 Abril	187	21 Octubre	231
11 Mayo	191	17 Diciembre	253
22 Julio	203	22 Diciembre	253
26 Julio	204	1923: 13 Febrero	267
30 Julio	205	AMOR INFINITO DEL CORAZON DE JESUS A LAS ALMAS	
6 Agosto	206	1920: 7 Noviembre	83
15 Agosto	216	9 Noviembre	84
19 Agosto	218	18 Diciembre	93
29 Agosto	219	24 Diciembre	96
13 Septiembre	226	1921: 9 Enero	98
15 Septiembre	226	9 Febrero	103
25 Septiembre	226	15 Marzo	112
27 Septiembre	228	17 Marzo	112
20 Octubre	232	25 Marzo	115
5 Noviembre	236	30 Junio	134
22 Noviembre	238	22 Julio	138
25 Noviembre	240	22 Noviembre	157
26 Noviembre	241	1922: 27 Julio	205
15 Diciembre	251	7 Agosto	208
16 Diciembre	252	29 Agosto	219
25 Diciembre	254	27 Septiembre	228
1923: 11 Febrero	264	17 Octubre	231
14 Marzo	293	20 Octubre	232
25 Marzo	323	22 Noviembre	238
15 Abril	343	25 Noviembre	240
12 Mayo	352	28 Noviembre	242
14 Mayo	353	30 Noviembre	244
27 Mayo	360	2 Diciembre	245
28 Mayo	362	5 Diciembre	247
4 Junio	365	12 Diciembre	249
8 Junio	370	15 Diciembre	251
11 Junio	374	1923: 28 Marzo	331
12 Junio	376	29 Marzo	335
13 Junio	378	23 Abril	345
17 Junio	385	2 Mayo	347
15 Julio	396	4 Mayo	348
16 Julio	398	12 Mayo	352
2 Octubre	416		
28 Octubre	427		
13 Noviembre	428		

FECHAS.	PAGS.
26 Mayo	358
6 Junio	368
8 Junio	370
11 Junio	374
12 Junio	376
17 Junio	385
19 Junio	390
13 Julio	395
12 Agosto	403
30 Agosto	410
18 Septiembre	414
2 Octubre	416
7 Octubre	417
15 Octubre	422
21 Octubre	424
13 Noviembre	428
21 Noviembre	430
4 Diciembre	437
12 Diciembre	448
13 Diciembre	451
16 Diciembre	456

AMOR QUE ESPERA DE LAS ALMAS EL CORAZON DE JESUS

1920: 29 Junio	54
10 Agosto	61
25 Agosto	65
17 Octubre	77
26 Octubre	79
6 Noviembre	82
7 Noviembre	83
19 Noviembre	84
20 Noviembre	84
21 Noviembre	85
23 Noviembre	88
28 Noviembre	88
6 Diciembre	90
24 Diciembre	96
1921: 26 Enero	101
17 Marzo	112
17 Junio	131
12 Julio	136
29 Julio	143
5 Agosto	147
8 Agosto	148
8 Septiembre	152
20 Octubre	155
1922: 23 Febrero	168
26 Febrero	170
19 Agosto	218
8 Septiembre	224
27 Septiembre	228
20 Octubre	232
21 Octubre	234

FECHAS.	PAGS.
22 Noviembre	238
25 Noviembre	240
30 Noviembre	244
2 Diciembre	245
15 Diciembre	251
25 Diciembre	254
1923: 11 Febrero	264
23 Abril	345
8 Mayo	350
15 Mayo	354
20 Mayo	355
26 Mayo	358
10 Junio	373
15 Junio	382
19 Junio	390
15 Julio	396
24 Agosto	408
18 Septiembre	414
7 Octubre	417
28 Octubre	428
6 Diciembre	441

BONDAD

1920: 29 Septiembre	70
1921: 25 Enero	101
24 Febrero	108
22 Marzo	114
11 Abril	119
18 Mayo	123
30 Julio	144
1922: 11 Mayo	191
25 Noviembre	240
1923: 15 Octubre	422
4 Diciembre	437
5 Diciembre	438
12 Diciembre	448

CIELO

("Mi cielo son las almas")

1923: 10 Mayo	351
28 Mayo	462
5 Junio	367

COMUNION

1923: 11 Marzo	287
12 Marzo	289
28 Marzo	331
29 Marzo	335
12 Mayo	352
27 Mayo	360

CONFIANZA

1920: 29 Septiembre	70
6 Noviembre	82

FECHAS.	PAGS.
24 Diciembre	96
1921: 25 Febrero	109
29 Mayo	125
1 Junio	126
8 Julio	136
1922: 1 Enero	161
12 Febrero	165
18 Febrero	167
19 Febrero	167
2 Mayo	188
26 Julio	204
6 Agosto	206
7 Agosto	208
21 Agosto	218
3 Septiembre	221
20 Octubre	232
22 Noviembre	238
28 Noviembre	242
2 Diciembre	245
12 Diciembre	249
14 Diciembre	250
15 Diciembre	251
1923: 8 Enero	260
21 Enero	261
10 Febrero	263
22 Febrero	273
12 Marzo	289
15 Marzo	295
21 Marzo	308
2 Mayo	347
3 Mayo	348
14 Mayo	353
21 Mayo	356
25 Mayo	358
7 Junio	368
8 Junio	370
16 Junio	383
13 Julio	395
16 Julio	398
29 Julio	402
12 Agosto	403
15 Agosto	404
20 Agosto	406
30 Agosto	410
18 Septiembre	414
2 Octubre	416
7 Octubre	414
8 Octubre	418
9 Octubre	420
14 Octubre	421
16 Noviembre	430
4 Diciembre	437
5 Diciembre	438
6 Diciembre	441
12 Diciembre	448

FECHAS.	PAGS.
CON S A G R A D A S (ALMAS)	
1920: 21 Diciembre	95
1921: 6 Febrero	103
8 Febrero	103
30 Julio	144
3 Agosto	145
5 Agosto	147
26 Noviembre	158
28 Noviembre	158
1922: 26 Febrero	170
6 Agosto	206
29 Agosto	219
3 Septiembre	221
6 Septiembre	224
8 Septiembre	224
20 Octubre	232
25 Octubre	236
2 Diciembre	245
5 Diciembre	247
12 Diciembre	249
16 Diciembre	252
17 Diciembre	253
1923: 8 Enero	260
13 Febrero	267
3 Marzo	280
6 Marzo	282
7 Marzo	284
11 Marzo	287
13 Marzo	291
15 Marzo	295
22 Marzo	313
23 Marzo	315
24 Marzo	317
7 Junio	368
9 Junio	371
20 Agosto	406
28 Octubre	427
4 Diciembre	437
5 Diciembre	438
6 Diciembre	441
12 Diciembre	448
CON SOL A R (AL CORAZON DE JESUS)	
1920: 4 Julio	56
7 Julio	57
25 Agosto	65
29 Septiembre	70
6 Noviembre	82
7 Noviembre	83
19 Noviembre	84
21 Noviembre	85
22 Noviembre	86

FECHAS.	PAGS.	FECHAS.	PAGS.
7 Diciembre	91	7 Noviembre	83
18 Diciembre	93	1921: 25 Marzo	115
19 Diciembre	94	8 Julio	135
22 Diciembre	96	25 Septiembre	153
26 Diciembre	97	1922: 1 Enero	161
1921: 9 Enero	98	25 Febrero	169
7 Abril	118	26 Febrero	170
29 Mayo	125	24 Abril	187
12 Julio	136	28 Noviembre	242
23 Julio	138	5 Diciembre	247
24 Julio	138	1923: 6 Junio	368
27 Julio	139	16 Julio	398
30 Julio	140	28 Octubre	427
5 Agosto	147		
13 Septiembre	152	2º <i>Lo que es para las almas</i>	
1922: 24 Febrero	168	1920: 10 Agosto	61
25 Febrero	169	25 Agosto	65
26 Febrero	170	1921: 14 Abril	118
1 Marzo	171	18 Mayo	123
2 Marzo	173	1 Junio	126
3 Marzo	174	3 Junio	127
16 Abril	185	15 Junio	130
22 Abril	187	29 Julio	143
24 Abril	187	5 Noviembre	147
3 Mavo	189	23 Noviembre	157
6 Septiembre	224	25 Noviembre	157
12 Septiembre	225	28 Noviembre	158
26 Septiembre	227	1922: 18 Febrero	167
20 Octubre	234	26 Febrero	170
21 Octubre	234	3 Mayo	189
25 Noviembre	240	22 Julio	203
26 Noviembre	241	26 Julio	204
16 Diciembre	252	6 Agosto	206
17 Diciembre	253	15 Agosto	216
22 Diciembre	253	29 Agosto	219
1923: 10 Febrero	263	27 Septiembre	228
11 Febrero	264	2 Diciembre	245
13 Febrero	267	16 Diciembre	252
18 Febrero	270		
19 Febrero	271	3º <i>Sus deseos</i>	
22 Febrero	273	1920: 22 Julio	60
23 Febrero	276	20 Noviembre	84
4 Marzo	281	7 Diciembre	91
11 Marzo	287	1921: 3 Junio	126
13 Marzo	291	11 Junio	129
22 Marzo	312	12 Julio	136
27 Marzo	328	1922: 26 Febrero	168
28 Marzo	331	28 Febrero	170
29 Marzo	335	11 Mayo	190
9 Junio	370	26 Julio	204
18 Junio	386	27 Septiembre	228
		20 Octubre	232
		22 Noviembre	238
		2 Diciembre	245

CORAZON
(EL DE JESUS)

1º *Lo que es*

FECHAS.	PAGS.
1923: 25 Diciembre	254
6 Marzo	282
28 Marzo	331
12 Junio	376
24 Agosto	408
30 Agosto	410
7 Octubre	417
4° <i>Sus heridas</i>	
1920: 4 Octubre	71
21 Diciembre	95
1921: 6 Febrero	103
20 Febrero	106
8 Julio	135
29 Julio	143
3 Agosto	145
1922: 3 Septiembre	221
27 Septiembre	228
23 Octubre	235
26 Noviembre	241
1923: 11 Febrero	264
13 Febrero	264
3 Marzo	280
7 Marzo	284
18 Junio	389
16 Diciembre	456

CORAZON (EL DE JOSEFA)

1921: 9 Febrero	103
1923: 26 Mayo	358

CRUZ

1921: 26 Enero	101
23 Febrero	264
22 Marzo	313
1922: 23 Febrero	168
13 Septiembre	226
20 Octubre	234
5 Noviembre	236
22 Noviembre	238
26 Noviembre	241
1923: 18 Febrero	270
14 Marzo	294
21 Marzo	308
27 Marzo	330
30 Marzo	336
20 Mayo	355
20 Agosto	406
27 Octubre	426

CUARENTA HORAS

1921: 6 y 8 Febrero	103
---------------------------	-----

FECHAS.	PAGS.
1922: 26 y 28 Febrero	170
1923: 11 y 13 Febrero	264

CUERPO MISTICO DIOS MORA EN LAS ALMAS POR LA GRACIA

1° *Incorporación al...*

1920: 9 Septiembre	68
23 Octubre	79
7 Diciembre	91
1921: 6 Abril	118
1 Junio	126
27 Noviembre	158
1922: 22 Julio	203
7 Agosto	208
6 Septiembre	224
23 Octubre	235
28 Noviembre	242
30 Noviembre	244
2 Diciembre	245
1923: 26 Marzo	324
28 Marzo	331
23 Abril	345
4 Mayo	348
10 Mayo	351
11 Mayo	352
12 Mayo	352
26 Mayo	358
27 Mayo	360
28 Mayo	362
5 Junio	367
8 Junio	370
12 Agosto	403
4 Diciembre	437
5 Diciembre	438
6 Diciembre	441
12 Diciembre	448
15 Diciembre	454
16 Diciembre	456

2° *Jesucristo Cabeza*

A) *Sus derechos*

1920: 25 Agosto	65
20 Noviembre	84
29 Noviembre	89
22 Diciembre	96
1921: 25 Febrero	109
11 Junio	129
12 Julio	136
23 Julio	138
1922: 3 Marzo	173
3 Mayo	189
21 Agosto	219
12 Diciembre	249

FECHAS.	PAGS.	FECHAS.	PAGS.
1923: 13 Febrero	267	B) Comunión entre ellos	
2 Marzo	278	1º <i>Cargo de almas</i>	
25 Marzo	223	1920: 16 Septiembre	69
26 Marzo	324	15 Octubre	76
21 Mayo	356	21 Octubre	78
B) Su primacia de dirección		27 Octubre	80
1920: 25 Agosto	65	28 Octubre	80
24 Diciembre	96	20 Noviembre	84
1921: 12 Julio	136	23 Noviembre	88
1922: 12 Enero	163	7 Diciembre	91
13 Febrero	165	18 Diciembre	93
22 Julio	203	1921: 25 Enero	101
7 Agosto	208	20 Febrero	106
21 Octubre	234	21 Febrero	107
1923: 29 Marzo	335	11 Junio	129
21 Mayo	356	26 Julio	140
16 Julio	398	30 Julio	144
29 Julio	402	8 Agosto	148
30 Agosto	410	1 Septiembre	151
18 Septiembre	414	13 Septiembre	152
2 Octubre	416	23 Noviembre	157
13 Noviembre	428	1922: 21 Abril	186
3º <i>Los miembros del Cuerpo Místico</i>		22 Julio	203
A) Sus relaciones con la Cabeza		15 Septiembre	226
1920: 25 Agosto	65	27 Septiembre	228
29 Septiembre	70	20 Octubre	232
8 Octubre	72	25 Noviembre	240
15 Octubre	76	1923: 13 Marzo	291
17 Octubre	77	14 Marzo	293
6 Noviembre	82	12 Mayo	352
1921: 17 Marzo	112	11 Junio	374
29 Mayo	125	13 Junio	378
3 Junio	126	16 Julio	398
1922: 22 Noviembre	238	20 Agosto	406
25 Noviembre	240	2 Octubre	416
12 Diciembre	249	28 Octubre	416
14 Diciembre	250	4 Diciembre	437
1923: 11 Febrero	264	6 Diciembre	441
6 Marzo	282	2º <i>Repercusión de los méritos</i>	
14 Mayo	358	1920: 6 Noviembre	82
25 Mayo	358	28 Noviembre	88
26 Mayo	358	21 Diciembre	95
12 Agosto	403	1921: 9 Enero	98
1 Septiembre	411	23 Marzo	114
27 Octubre	426	1 Septiembre	151
16 Noviembre	430	1922: 28 Febrero	171
5 Diciembre	438	5 Agosto	205
12 Diciembre	448	3 Septiembre	221
		27 Septiembre	228
		23 Octubre	235
		1923: 11 Febrero	264
		27 Mayo	360

FECHAS.	PAGS.	FECHAS.	PAGS.
13 Junio	378	5 Agosto	205
18 Junio	389	6 Septiembre	224
21 Noviembre	430	23 Noviembre	240
5 Diciembre	438	25 Diciembre	254
12 Diciembre	448	1923: 29 Marzo	335
3º <i>Sufrimientos repara-</i>		7 Junio	368
<i>dores</i>		16 Julio	398
(Ver REPARACION)		20 Agosto	406
4º <i>Los tesoros del Cuerpo</i>		24 Agosto	408
<i>Místico</i>		30 Agosto	410
A) Valor sobrenatural de		2 Octubre	416
la unión con Jesucristo		8 Octubre	418
1921: 27 Julio	142	21 Octubre	424
22 Septiembre	153	28 Octubre	427
25 Noviembre	157	16 Noviembre	430
1922: 8 Septiembre	224	10 Diciembre	447
27 Septiembre	228	12 Diciembre	448
6 Octubre	230	15 Diciembre	454
23 Octubre	235	C) <i>Ofrenda al Padre de</i>	
28 Noviembre	242	<i>sus méritos y de su</i>	
30 Noviembre	244	<i>sangre</i>	
2 Diciembre	245	1921: 3 Junio	126
5 Diciembre	247	14 Junio	130
12 Diciembre	249	23 Junio	133
1923: 23 Abril	345	2 Julio	135
15 Octubre	422	12 Julio	136
5 Diciembre	438	26 Julio	140
6 Diciembre	441	5 Agosto	147
B) <i>Las riquezas insonda-</i>		5º <i>María, Madre de los</i>	
<i>bles de su Corazón</i>		<i>miembros del Cuer-</i>	
1920: 5 Agosto	61	<i>po místico</i>	
10 Agosto	61	(Ver MARIA)	
25 Agosto	65	DEBILIDAD	
17 Octubre	77	1922: 3 Mayo	189
6 Noviembre	82	11 Mayo	191
4 Diciembre	90	6 Agosto	206
19 Diciembre	94	3 Septiembre	221
1921: 26 Enero	101	20 Octubre	234
25 Marzo	115	25 Noviembre	240
13 Abril	120	15 Diciembre	251
18 Mayo	123	1923: 20 Marzo	305
1 Junio	126	28 Mayo	362
3 Junio	126	8 Junio	370
22 Julio	138	16 Julio	398
25 Julio	139	DESCANSO	
28 Noviembre	158	N. S. LO PIDE A JOSEFA Y A	
1922: 17 Febrero	167	LAS ALMAS	
26 Febrero	170	1920: 9 Septiembre	68
24 Abril	187	21 Noviembre	85
3 Mayo	189	28 Noviembre	88
11 Mayo	191		

FECHAS.	PAGS.	FECHAS.	PAGS.
29 Noviembre	89	1922: 13 Febrero	165
11 Diciembre	92	1 Septiembre	221
1921: 17 Junio	131	3 Septiembre	221
8 Julio	135	27 Septiembre	228
12 Julio	136	26 Noviembre	241
24 Julio	137	27 Diciembre	257
26 Julio	140	1923: 8 Enero	260
27 Julio	140	11 Febrero	264
3 Agosto	145	16 Julio	398
1 Septiembre	151		
26 Noviembre	158		
28 Noviembre	158		

DIA APOSTOLICO

1921: 14 Junio	130
----------------------	-----

D I A S

De alegría	1923: 10 Mayo	351
De paz	11 Mayo	352
De celo	12 Mayo	352
De humildad	13 Mayo	353
De confianza	14 Mayo	354
De amor	15 Mayo	354

EMPRESAS APOSTOLICAS

ENCOMENDADAS A JOSEFA POR EL CORAZON DE JESUS

1920: 3 Julio al 10 Agosto	Cinco almas	56
3 Julio al 25 Agosto	Un alma religiosa	62
26 Octubre al 19 Noviembre	Un alma que rechaza al amor	88
28 Noviembre al 7 Dcbre. . .	Siete almas	80
18 Diciembre	Tres almas	93
19 al 26 Diciembre	Dos almas	95
19 Diciembre al 20 Febrero. .	Otras dos almas	106
1921: 1 al 3 Junio	Tres Sacerdotes	126
14 Junio al 14 Agosto	Un pecador	130
8 y 9 Julio	Un alma	136
8 Julio al 14 Agosto	Un alma religiosa orgullosa	138
26 Julio al 8 Agosto	Una Comunidad religiosa relajada	140
27 y 28 Julio	Un alma infiel a su vocación	142
13 al 25 Septiembre	"Un alma que me ofende mucho"	152
23 Noviembre	"Un alma a la que amo mucho"	157
1922: 1 Septiembre	Dos almas	221
1 al 25 Septiembre	Un Sacerdote	221
26 al 27 Septiembre	Dos almas en gran peligro	228
2 Diciembre	Un alma consagrada	245
1923: 22 Febrero al 3 Marzo . .	Tres almas predilectas de mi Corazón . .	275
4 Marzo	"Una reunión donde se me ofende"	281
21 al 25 Marzo	Un alma en peligro	312
13 Junio	"Tengo sed de un alma"	379
18 al 19 Junio	Un Sacerdote	389

FECHAS.	PAGS.
ENTRADA EN EL CORAZON DE JESUS	
<i>(Josefa recibió este favor los días...)</i>	
1920: 5 Junio	51
7 Junio	52
23 Junio	52
24 Junio	53
29 Junio	54
16 Julio	59
27 Diciembre	98
1921: 9 Febrero	103
15 Marzo	112
1921: 25 Marzo	115
7 Abril	118
3 Junio	126
1922: 13 Febrero	165
16 Julio	200
7 Agosto	208
27 Diciembre	263
1923: 8 Enero	260
17 Marzo	303

ESPOSO Y ESPOSA

1920: 22 Julio	60
5 Agosto	61
16 Agosto	62
25 Agosto	65
8 Octubre	72
28 Octubre	80
19 Diciembre	94
1921: 17 Marzo	112
5 Agosto	147
1922: 14 Marzo	175
26 Julio	204
22 Julio	203
1922: 21 Agosto	219
30 Noviembre	244
14 Diciembre	250
16 Diciembre	250
1923: 6 Marzo	282
7 Marzo	284
11 Marzo	287
12 Marzo	289
17 Junio	383
16 Julio	398
27 Octubre	426
12 Diciembre	448

FE EN LA AUTORIDAD

1920: 9 Noviembre	84
8 Diciembre	92
1921: 26 Enero	101
1922: 11 Mayo	191

FECHAS.	PAGS.
FIDELIDAD	
1920: 5 Agosto	61
17 Octubre	72
28 Octubre	80
9 Noviembre	84
22 Noviembre	85
23 Noviembre	88
18 Diciembre	93
1921: 8 Febrero	103
17 Marzo	112
1 Junio	126
22 Julio	138
26 Julio	140
1921: 30 Julio	144
3 Septiembre	151
1922: 13 Febrero	165
26 Febrero	170
28 Febrero	190
16 Julio	200
22 Julio	203
1923: 11 Febrero	264
16 Marzo	297
23 Abril	345
16 Julio	398

F I E S T A S

1920: 25 Diciembre	97
1921: 15 Marzo	112
3 Junio	126
1 Julio	135
1922: 1 Enero	161
13 Abril	183
16 Abril	185
17 Abril	186
15 Agosto	216
8 Diciembre	254
25 Diciembre	254
1923: 11 Febrero	264
25 Marzo	323
29 Marzo	335
30 Marzo	337
10 Mayo	351
20 Mayo	355
27 Mayo	360
28 Mayo	362
8 Junio	370
15 Agosto	404
8 Diciembre	443

F L A G E L A C I O N

1923: 21 Marzo	308
----------------------	-----

F O R T A L E Z A

1920: 6 Noviembre	82
19 Diciembre	94

FECHAS.	PAGS.	FECHAS.	PAGS.
1921: 26 Enero	101	26 Noviembre	241
30 Julio	144	5 Diciembre	247
8 Septiembre	152	1923: 11 Febrero	264
25 Septiembre	153	27 Marzo	328
28 Noviembre	158	11 Junio	374
29 Noviembre	159	13 Noviembre	428
1922: 26 Febrero	170	16 Noviembre	430
22 Abril	187	5 Diciembre	438
11 Mayo	191	6 Diciembre	441
29 Agosto	219		
17 Octubre	231	H A M B R E	
1923: 11 Febrero	264	1921: 20 Junio	132
18 Febrero	270	1922: 14 Febrero	166
4 Mayo	348	1923: 17 Marzo	303
11 Junio	374		
16 Junio	383	H O R A S A N T A	
30 Agosto	409	1920: 15 Julio	59
16 Noviembre	430	22 Julio	60
15 Diciembre	454	17 Agosto	63
		1921: 24 Febrero	108
F R I A L D A D		23 Junio	133
1920: 4 Julio	56	1 Septiembre	151
19 Noviembre	84	1922: 26 Septiembre	227
1921: 3 Agosto	145	1923: 13 Febrero	267
1 Septiembre	151	26 Marzo	324
26 Noviembre	158	27 Marzo	328
1922: 27 Septiembre	228	28 Marzo	331
		29 Marzo	335
F U E G O		7 Junio	368
1920: 27 Octubre	80		
11 Diciembre	92	H O S T I A	
1921: 26 Marzo	116	(La...) <i>Simbolo de los Votos</i>	
1922: 26 Febrero	170	<i>Religiosos</i>	
15 Agosto	216	1923: 7 y 11 Marzo	292
20 Octubre	232		
1923: 28 Marzo	331	H U M I L D A D	
6 Junio	368	1920: 6 Noviembre	82
7 Junio	368	1921: 9 Enero	98
16 Julio	398	12 Febrero	104
18 Septiembre	414	7 Abril	118
10 Diciembre	447	9 Abril	119
		11 Abril	119
G E N E R O S I D A D		10 Julio	136
1920: 18 Diciembre	93	12 Julio	136
1921: 24 Julio	139	22 Julio	138
1922: 24 Febrero	168	30 Julio	144
20 Octubre	232	3 Agosto	145
		23 Noviembre	157
G L O R I A		1922: 1 Enero	161
1921: 3 Junio	126	18 Febrero	167
1 Septiembre	151	16 Abril	185
1922: 14 Marzo	176	1923: 10 Febrero	263
22 Julio	203	11 Febrero	264
20 Octubre	232		
25 Octubre	236		

FECHAS.	PAGS.	FECHAS.	PAGS.
22 Marzo	312	8 Diciembre	247
23 Marzo	315	1923: 6 Marzo	282
25 Marzo	323	13 Julio	395
13 Mayo	353	15 Julio	396
5 Junio	367	16 Julio	398
10 Junio	372	30 Agosto	410
I N F I E R N O			
1922: 4 Septiembre	223	18 Septiembre	414
6 Octubre	230	27 Octubre	426
6 Noviembre	236	16 Noviembre	430
1923: 15 Julio	397	10 Diciembre	447
I N S T R U M E N T O			
1921: 11 Junio	129	1920: 16 Julio	59
1922: 22 Julio	203	23 Julio	60
6 Agosto	206	6 Noviembre	82
25 Noviembre	240	1922: 26 Julio	204
1923: 23 Febrero	276	27 Septiembre	228
12 Junio	376	1923: 29 Marzo	335
20 Agosto	406	24 Agosto	408
S A N J U A N E V A N G E L I S T A			
1922: 13 Abril	183	1920: 20 Febrero	106
29 Noviembre	243	25 Marzo	115
27 Diciembre	257	30 Junio	134
1923: 27 Julio	402	22 Julio	138
L A T I D O S			
<i>que el C. de J. hizo oír a Sor Josefa</i>			
1920: 17 Octubre	77	1922: 19 Febrero	167
21 Octubre	78	3 Mayo	189
19 Diciembre	94	29 Agosto	220
1921: 26 Enero	101	1923: 30 Marzo	337
L I B E R T A D			
1920: 15 Octubre	76	31 Marzo	340
16 Octubre	77	17 Junio	389
8 Noviembre	83	29 Agosto	409
9 Noviembre	84	15 Octubre	422
7 Diciembre	91	28 Octubre	427
1921: 29 Mayo	125	S A N T A M A G D A L E N A S O F I A	
12 Julio	136	<i>Apariciones a Sor Josefa</i>	
1922: 12 Enero	163	1921: 25 Mayo	124
13 Febrero	165	24 Septiembre	153
3 Marzo	174	1922: 14 Marzo	176
3 Mayo	189	1923: 1 Febrero	262
22 Julio	203	4 Febrero	263
7 Agosto	208	10 Febrero	263
25 Noviembre	240	8 Mayo	350
26 Noviembre	241	28 Mayo	362
		10 Junio	372
		16 Julio	398
		15 Octubre	422
		19 Octubre	424
		21 Octubre	425
		3 Diciembre	436
		10 Diciembre	447

FECHAS.	PAGS.	FECHAS.	PAGS.
12 Diciembre	448	16 Julio	398
15 Diciembre	454	29 Julio	402
M A R I A			
<i>(La Santísima Virgen)</i>			
1920: 3 Octubre	70	15 Agosto	404
8 Octubre	72	20 Agosto	406
15 Octubre	76	20 Octubre	424
6 Diciembre	90	8 Diciembre	443
7 Diciembre	91	12 Diciembre	448
8 Diciembre	92	M E N S A J E	
10 Diciembre	92	del Corazón de Jesús al mundo	
18 Diciembre	93	1922: 26 Julio	204
25 Diciembre	96	6 Agosto	206
1921: 24 Enero	100	29 Agosto	219
11 Marzo	110	20 Octubre	234
25 Marzo	115	25 Noviembre	240
9 Abril	119	28 Noviembre	242
22 Abril	120	30 Noviembre	244
14 Mayo	122	2 Diciembre	245
17 Mayo	123	5 Diciembre	247
13 Junio	129	1923: 8 Junio	370
20 Junio	132	11 Junio	374
29 Junio	133	12 Junio	376
1 Julio	135	13 Junio	378
13 Julio	137	14 Junio	380
22 Julio	138	16 Junio	383
27 Julio	142	17 Junio	387
2 Agosto	145	19 Junio	390
3 Septiembre	152	15 Octubre	422
22 Noviembre	156	13 Noviembre	428
6 Diciembre	160	4 Diciembre	437
1922: 24 Febrero	168	5 Diciembre	438
3 Marzo	173	6 Diciembre	441
2 Mayo	189	MISERIA	
3 Mayo	189	1920: 15 Octubre	76
16 Julio	200	7 Diciembre	91
21 Julio	203	18 Diciembre	93
27 Julio	205	1921: 6 Abril	118
30 Julio	205	18 Mayo	123
15 Agosto	216	29 Mayo	125
15 Septiembre	226	1 Junio	126
25 Octubre	236	12 Julio	136
8 Diciembre	247	29 Julio	143
26 Diciembre	255	30 Julio	144
1923: 21 Enero	261	3 Agosto	145
17 Febrero	269	25 Septiembre	153
16 Marzo	297	28 Noviembre	158
21 Marzo	308	1922: 17 Febrero	167
30 Marzo	339	4 Mayo	190
1 Abril	341	11 Mayo	191
19 Abril	343	6 Agosto	206
6 Mayo	349	15 Agosto	216
16 Mayo	350	19 Agosto	218
15 Julio	396	29 Agosto	219

FECHAS.	PAGS.	FECHAS.	PAGS.
1 Septiembre	221	24 Marzo	317
3 Septiembre	221	8 Junio	370
20 Octubre	232	11 Junio	374
25 Noviembre	240	12 Junio	376
28 Noviembre	242	13 Julio	365
1923: 21 Enero	262	2 Octubre	416
13 Febrero	267	7 Octubre	417
14 Marzo	293	14 Octubre	421
20 Marzo	305	15 Octubre	422
28 Marzo	331	13 Noviembre	428
29 Marzo	335		
10 Mayo	351		
28 Mayo	362		
4 Junio	366		
5 Junio	367		
6 Junio	368		
7 Junio	368		
8 Junio	370		
16 Junio	383		
13 Julio	395		
16 Julio	398		
24 Agosto	468		
29 Agosto	409		
30 Agosto	410		
18 Septiembre	413		
7 Octubre	417		
20 Octubre	424		
21 Octubre	424		
12 Diciembre	448		

MISERICORDIA

1920: 19 Octubre	77
1921: 21 Febrero	107
22 Marzo	114
7 Abril	118
13 Mayo	122
18 Mayo	123
11 Junio	129
30 Junio	134
30 Julio	144
25 Septiembre	153
22 Noviembre	156
1922: 25 Febrero	169
21 Abril	187
22 Abril	188
11 Mayo	191
22 Julio	203
6 Agosto	206
29 Agosto	219
3 Septiembre	221
22 Noviembre	238
5 Diciembre	247
1923: 11 Marzo	287
15 Marzo	295
20 Marzo	305

MISION DE JOSEFA (LA)

1920: 8 Octubre	72
15 Octubre	76
6 Diciembre	90
18 Diciembre	93
1921: 9 Febrero	103
24 Febrero	108
25 Febrero	109
26 Marzo	116
7 Abril	118
3 Junio	126
11 Junio	129
30 Julio	144
1922: 21 Abril	187
11 Mayo	191
16 Julio	200
22 Julio	203
6 Agosto	206
7 Agosto	208
29 Agosto	219
13 Septiembre	226
20 Octubre	234
22 Noviembre	238
25 Noviembre	240
10 Diciembre	248
12 Diciembre	249
1923: 21 Enero	261
14 Marzo	293
14 Mayo	353
1 Junio	364
7 Junio	369
10 Junio	373
11 Junio	374
12 Junio	376
13 Junio	378
17 Junio	385
13 Julio	395
16 Julio	398
20 Agosto	406
18 Septiembre	414
2 Octubre	416
7 Octubre	417
14 Octubre	421
20 Octubre	424
12 Diciembre	448

FECHAS.	PAGS.
NOCHES SANTAS	
1922: 25 al 20 Febrero	169
30 al 31 Julio	205
5 al 6 Agosto	205
25 al 26 Noviembre	240
1923: 17 al 18 Febrero	270
19 al 20 Febrero	271
21 al 22 Febrero	2/3
12 al 13 Marzo	291
14 al 15 Marzo	295
20 al 21 Marzo	305
21 al 22 Marzo	313
24 al 25 Marzo	321
17 al 18 Junio	385
18 al 19 Junio	389

O B E D I E N C I A	
1920: 9 Noviembre	84
22 Noviembre	82
1921: 9 Enero	98
11 Abril	119
14 Junio	130
22 Julio	138
3 Agosto	139
26 Agosto	150
1923: 11 Marzo	287
8 Junio	370

O B R A D E A M O R	
1922: 2 Mayo	188
16 Julio	199
6 Agosto	206
15 Agosto	216
27 Septiembre	228
22 Noviembre	238
14 Diciembre	256
1923: 21 Enero	261
23 Febrero	276
20 Abril	344
13 Mayo	353
14 Mayo	353
21 Mayo	356
15 Julio	397
16 Julio	398
20 Agosto	406
30 Agosto	410
2 Octubre	416
14 Octubre	421
19 Octubre	424
11 Diciembre	448

O F R E N D A

(Ver Oraciones)

FECHAS	PAGS.
1920: 25 Agosto	65
1921: 4 Febrero	102
20 Febrero	106
24 Febrero	108
14 Marzo	111
23 Marzo	114
21 Junio	132
2 Julio	135
22 Septiembre	153
1922: 1 Marzo	171
20 Octubre	234
25 Noviembre	240
1923: 19 Febrero	271
4 Marzo	281
10 Junio	373
20 Agosto	406

O J O S

1921: 25 Enero	101
26 Enero	101
25 Septiembre	153
1922: 2 Mayo	188
3 Mayo	189
26 Julio	204
29 Agosto	210
6 Septiembre	224
15 Septiembre	226
25 Noviembre	240
2 Diciembre	245
1923: 16 Marzo	297
29 Marzo	336
15 Agosto	404
18 Septiembre	414

O L V I D O D E S I

1921: 9 Enero	98
21 Febrero	107
26 Mayo	124
3 Junio	126
27 Julio	139
30 Julio	139

O R A C I O N E S

1920: 8 Octubre	72
15 Octubre	77
1921: 7 Abril	118
3 Junio	126
28 Julio	139
29 Julio	139
1922: 26 Septiembre	227
1923: 11 Febrero	264
13 Febrero	267
18 Febrero	270
19 Febrero	271

FECHAS	PAGS.	FECHAS	PAGS.
22 Febrero	273	PALABRAS DE NUESTRO SEÑOR (SU IMPORTANCIA)	
4 Marzo	281		
16 Marzo	300	1921: 14 Mayo	122
21 Marzo	308	11 Junio	129
24 Marzo	321	1922: 6 Agosto	206
26 Marzo	324	7 Agosto	208
27 Marzo	328	29 Agosto	219
26 Agosto	408	31 Agosto	221
27 Noviembre	431	22 Noviembre	238
P A D R E		25 Noviembre	240
		10 Diciembre	248
1920: 22 Noviembre	87	14 Diciembre	250
5 Diciembre	90	1923: 21 Enero	261
1921: 17 Junio	131	14 Mayo	353
1922: 21 Agosto	218	12 Junio	376
29 Agosto	219	17 Junio	385
30 Noviembre	244	19 Junio	390
1923: 25 Mayo	358	16 Julio	398
11 Junio	374	18 Septiembre	414
16 Junio	383	7 Octubre	417

P A S I O N

1º *Los secretos de la Pasión*

1923: 22 Febrero	Lavatorio de los pies	274
25 Febrero	El Cenáculo: sus misterios	276
2 Marzo	Decepciones del C. de J. en la Eucaristía	278
6 Marzo	La Eucaristía y las almas escogidas	282
7 Marzo	La Eucaristía, misterio de amor desconocido ..	284
7 al 11 Marzo	La Hostia, símbolo de los votos religiosos	284
12 Marzo	Getsemani	289
13 Marzo	El sueño de las almas escogidas	291
14 Marzo	El beso de Judas	295
15 Marzo	Traiciones de las almas escogidas	296
15 Marzo	La primera bofetada	297
16 Marzo	Negaciones de Pedro y de las almas	297
17 Marzo	Soledad de Jesús en la prisión y en el Sagrario	303
20 Marzo	Imitación del Divino Prisionero	305
20 Marzo	Pilato: Respeto humano	306
21 Marzo	"Mi reino no es de este mundo"	308
21 Marzo	Herodes: silencio y deseos del C. de J.	308
21 Marzo	Pilato: condescendencias peligrosas	309
21 Marzo	La flagelación	311
22 Marzo	La Coronación de espinas	317
23 Marzo	Jesús pospuesto a arrabás	315
24 Marzo	Jesús condenado	317
26 Marzo	Subida al Calvario	324
27 Marzo	Simón Cirineo	328
28 Marzo	Las tres caídas	331
28 Marzo	Jesús crucificado	331
30 Marzo	Las siete Palabras	337

FECHAS	PAGS.
2° Participación en los tormentos de Nuestro Señor	
a) La corona de espinas	
1920: 26 Noviembre	88
29 Noviembre	89
10 Diciembre	92
19 Diciembre	94
22 Diciembre	96
1921: 24 Enero	100
2 Agosto	145
14 Septiembre	153
2 Octubre	154
22 Noviembre	156
1922: 13 Abril	183
22 Noviembre	258
29 Noviembre	243
1923: 17 Febrero	269
11 Marzo	287
20 Marzo	305
30 Marzo	337
17 Junio	388
18 Junio	389
30 Agosto	410
27 Octubre	426
b) La Cruz	
1920: 18 Julio	59
1921: 26 Julio	138
27 Julio	142
29 Julio	143
30 Julio	144
2 Agosto	145
3 Agosto	145
5 Agosto	147
14 Septiembre	153
26 Noviembre	158
28 Noviembre	159
29 Noviembre	159
1922: 25 Febrero	169
26 Febrero	170
1 Marzo	171
30 Julio	205
5 Agosto	205
6 Septiembre	244
20 Octubre	234
21 Octubre	234
25 Noviembre	240
26 Noviembre	241
29 Noviembre	243
2 Diciembre	245
5 Diciembre	247
15 Diciembre	251

FECHAS	PAGS.
1923: 18 Febrero	270
19 Febrero	271
22 Febrero	2/3
23 Febrero	276
4 Marzo	281
12 Marzo	289
14 Marzo	293
16 Marzo	300
20 Marzo	305
21 Marzo	308
24 Marzo	321
26 Marzo	324
27 Marzo	328
29 Marzo	335
30 Marzo	337
17 Junio	388
18 Junio	389
c) Los clavos	
1921: 25 Marzo	115
1923: 16 Marzo	300
30 Marzo	337
17 Junio	388
18 Junio	389
d) El dolor de costado	
1921: 20 Junio	132
1922: 28 Febrero	170
1 Marzo	171
29 Noviembre	243
P A Z	
1920: 23 Noviembre	88
1921: 15 Marzo	112
27 Noviembre	158
1922: 13 Febrero	165
14 Febrero	167
19 Febrero	168
26 Julio	204
3 Septiembre	221
2 Diciembre	245
1923: 20 Marzo	305
4 Mayo	348
6 Mayo	349
11 Mayo	352
19 Junio	390
14 Octubre	421
15 Octubre	422
P E R D O N	
1920: 15 Octubre	76
4 Diciembre	90

FECHAS	PAGS.
1921: 6 Diciembre	96
9 Enero	98
25 Enero	101
9 Marzo	110
14 Marzo	111
15 Marzo	112
7 Abril	118
13 Mayo	122
29 Mayo	125
2 Agosto	145
25 Octubre	155
22 Noviembre	157
1922: 17 Febrero	167
26 Febrero	170
16 Abril	185
21 Abril	187
3 Mayo	189
6 Agosto	206
29 Agosto	219
27 Septiembre	228
20 Octubre	234
1923: 13 Febrero	267
17 Febrero	269
2 Marzo	278
4 Marzo	281
11 Marzo	287
15 Marzo	295
24 Marzo	321
5 Junio	367
7 Junio	368
8 Junio	369
13 Julio	395
30 Agosto	406

P E Q U E Ñ E Z

1920: 7 Julio	57
25 Agosto	65
19 Octubre	78
6 Noviembre	82
22 Noviembre	86
7 Diciembre	91
18 Diciembre	93
19 Diciembre	94
1921: 14 Marzo	111
30 Julio	144
28 Noviembre	158
1922: 1 Enero	161
12 Enero	163
26 Febrero	170
22 Julio	203
26 Julio	204
30 Julio	205
6 Agosto	205
6 Septiembre	224
20 Octubre	232

FECHAS	PAGS.
21 Octubre	234
22 Noviembre	238
25 Noviembre	240
14 Diciembre	250
25 Diciembre	254
26 Diciembre	255
1923: 14 Marzo	293
26 Marzo	324
26 Mayo	358
19 Junio	390
21 Octubre	424
4 Diciembre	437
12 Diciembre	448
15 Diciembre	454
16 Diciembre	456

P R I S I O N

1921: 11 Junio	129
1922: 11 Mayo	191
16 Julio	200
22 Julio	203
1923: 2 Marzo	278
17 Marzo	303
20 Marzo	305
26 Marzo	324
29 Marzo	335
12 Mayo	352

P U R E Z A D E I N T E N C I O N

1922: 8 Septiembre	224
30 Noviembre	244
2 Diciembre	245

P U R G A T O R I O

1922: Cuaresma	171
----------------------	-----

Q U I E R O

SE CONSIGNAN TODOS LOS DE-
SEOS DE N. S EXPRESADOS
POR ESTA PALABRA: QUIERO

1920: 29 Junio	54
4 Julio	56
22 Julio	60
10 Agosto	61
25 Agosto	65
20 Septiembre	69
16 Octubre	77
26 Octubre	79
6 Noviembre	82
8 Noviembre	83
9 Noviembre	84

FECHAS	PAGS.
20 Noviembre	84
22 Noviembre	86
29 Noviembre	89
7 Diciembre	91
11 Diciembre	92
18 Diciembre	93
24 Diciembre	96
1921: 21 Febrero	107
24 Febrero	108
25 Febrero	109
17 Marzo	112
26 Marzo	116
27 Julio	142
29 Julio	143
30 Julio	144
3 Agosto	145
5 Agosto	147
1 Septiembre	151
22 Noviembre	156
1922: 12 Enero	163
18 Febrero	167
26 Febrero	1 0
26 Julio	204
29 Agosto	219
31 Agosto	221
27 Septiembre	228
23 Octubre	235
12 Diciembre	249
16 Diciembre	252
1923: 26 Mayo	369
12 Junio	376
13 Junio	378
17 Junio	385
18 Junio	389
2 Octubre	416
7 Octubre	417
15 Octubre	422
28 Octubre	428
13 Noviembre	428
4 Diciembre	437
5 Diciembre	438

REINO DEL CORAZON
JESUS

1921: 15 Marzo	109
1923: 12 Junio	376
19 Junio	390
13 Noviembre	428
6 Diciembre	441

REPARACION

1920: 19 Noviembre	84
1921: 9 Enero	98
8 Febrero	103

FECHAS	PAGS.
25 Noviembre	151
28 Noviembre	156
1922: 24 Febrero	168
26 Febrero	170
1 Marzo	171
14 Marzo	175
3 Agosto	205
3 Septiembre	221
6 Octubre	230
25 Noviembre	240
16 Diciembre	252
1923: 11 Febrero	272
19 Febrero	278
4 Marzo	288
25 Marzo	327
14 Junio	380
19 Junio	390
15 Octubre	422
28 Octubre	428
13 Noviembre	428
5 Diciembre	438
6 Diciembre	441

RETIROS

1901: 17 al 19 Marzo	31
1920: 7 al 16 Julio	52
1922: 7 al 16 Julio	194
1923: 30 Agosto al 8 Septiembre.	424

SALVADOR

1922: 26 Julio	204
----------------------	-----

SANGRE
DE N. S. JESUCRISTO

1920: 9 Septiembre	68
15 Octubre	76
1921: 24 Febrero	108
17 Marzo	112
1 Julio	135
2 Julio	135
26 Julio	140
5 Agosto	145
1922: 1 Enero	151
25 Febrero	169
26 Febrero	170
28 Febrero	170
1 Marzo	171
17 Octubre	231
30 Noviembre	244
1923: 19 Febrero	271
25 Febrero	276
12 Marzo	289
15 Octubre	422

FECHAS.	PAGS.
13 Noviembre	428

SANGRE

(GOTAS DE)

1922: 16 Octubre	231
1923: 15 Marzo	295
19 Junio	390

SED

1920: 19 Octubre	78
1921: 24 Febrero	108
20 Junio	132
28 Julio	142
1 Septiembre	151
1922: 8 Septiembre	224
20 Octubre	234
22 Diciembre	253
1923: 12 Mayo	352
26 Mayo	358
16 Julio	398

SOCIEDAD
DEL SAGRADO CORAZON

1921: 27 Marzo	117
7 Abril	118
1922: 22 Noviembre	238
14 Diciembre	250
15 Diciembre	251
16 Diciembre	252
1923: 12 Junio	376
20 Agosto	406
2 Octubre	416
21 Octubre	424
3 Diciembre	436
6 Diciembre	441
11 Diciembre	448
15 Diciembre	454

SUFRIMIENTO

1920: 3 Octubre	70
15 Octubre	84
20 Noviembre	84
23 Noviembre	88
4 Diciembre	90
6 Diciembre	90
8 Diciembre	92
10 Diciembre	92
18 Diciembre	93
19 Diciembre	94
21 Diciembre	95
1921: 9 Enero	98

FECHAS.	PAGS.
24 Enero	100
25 Enero	101
26 Enero	101
24 Febrero	108
20 Junio	132
29 Junio	133
12 Julio	136
22 Julio	138
24 Julio	138
27 Julio	142
5 Agosto	145
28 Noviembre	159
1922: 13 Febrero	165
14 Febrero	166
22 Abril	184
6 Septiembre	224
21 Septiembre	226
16 Octubre	231
30 Noviembre	244
1923: 8 Enero	260
4 Febrero	263
13 Marzo	291
14 Marzo	293
21 Marzo	308
19 Abril	343
4 Mayo	348
6 Mayo	349
16 Junio	3 2
12 Junio	376
13 Junio	378
15 Octubre	422
21 Noviembre	430
5 Diciembre	438
16 Diciembre	456

TENTACION

1920: 8 Diciembre	92
1921: 25 Enero	111
9 Abril	119
22 Abril	120
13 Junio	129
22 Julio	138

TRIBULACION

1920: 6 Diciembre	90
17 Diciembre	93
1921: 25 Enero	101
6 Diciembre	160
1922: 2 Mayo	188

TRINIDAD
(LA SANTISIMA)

1921: 26 Marzo	116
----------------------	-----

FECHAS.	PAGS.
5 Abril	118
1923: 27 Mayo	360

UNION

1921: 24 Febrero	108
23 Marzo	114
25 Noviembre	157
1922: 30 Julio	205
23 Octubre	235
1923: 12 Diciembre	448

VICTIMA

1° *Josefa escogida como victima*

1920: 22 Julio	60
8 Octubre	72
28 Octubre	80
18 Diciembre	93
19 Diciembre	94
1921: 25 Enero	101
4 Febrero	102
2 Julio	135
23 Julio	138
25 Noviembre	157
1922: 16 Diciembre	252
27 Diciembre	257
1923: 11 Febrero	264
3 Marzo	280
12 Junio	376
17 Junio	385
20 Agosto	406

2° *Victima de amor y misericordia*

1920: 29 Junio	54
5 Septiembre	67
21 Octubre	78
22 Noviembre	87
23 Noviembre	88
21 Diciembre	95
1921: 30 Junio	134
1922: 25 Febrero	169
21 Abril	186

FECHAS.	PAGS.
3° <i>Victima de la divina justicia</i>	
1920: 9 Noviembre	83

VIDA

DE UNION CON EL CORAZON DE JESUS

1920: 22 Noviembre	87
29 Noviembre	89
1921: 12 Febrero	104
21 Marzo	113
1922: 6 Septiembre	224
17 Diciembre	253
1923: 26 Marzo	324
20 Abril	344
3 Mayo	347
4 Mayo	348

VOLUNTAD DE DIOS

1920: 5 Octubre	71
8 Octubre	72
6 Noviembre	82
1922: 5 Noviembre	236
22 Noviembre	238
1923: 12 Marzo	289
22 Marzo	313
23 Marzo	315
25 Marzo	323
28 Marzo	331
8 Junio	370
13 Noviembre	428

VOTOS

1901: 19 Marzo	31
1922: 11 Enero	152
3 Febrero	165
29 Agosto	219
1923: 22 Febrero	273
16 Julio	200
7 Junio	368
8 Junio	370
16 Julio	398
12 Diciembre	448
21 Noviembre	430

INDICE DE MATERIAS

	PAGS.
Introducción	13
 Libro Primero: LA MENSAJERA DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS.	
Cap. I.— <i>La Elección Divina</i>	35
El despertar de un alma	35
Esperando	40
Cap. II.— <i>A la sombra del viejo Monasterio</i>	47
El Corazón abierto de Jesús	47
Vocación reparadora	59
La prueba de la duda	67
Cap. III.— <i>En la escuela del Corazón de Jesús</i>	74
Primeros pasos	74
Lecciones cotidianas	81
La llamada de las almas	94
Vida ardiente y escondida	102
Los designios del amor	108
La oposición de Satanás	117
Cap. IV.— <i>Las empresas del amor</i>	126
Tres almas sacerdotales.—Un pecador.—Dos almas escogidas	126
Una Comunidad Religiosa	140
Cap. V.— <i>La hora de la prueba</i>	149
Los primeros ataques del infierno	149
Persecución encarnizada	156
Días de tregua	166
En las tinieblas de más allá	175
Claridades en la tempestad	185
Cap. VI.— <i>El triunfo del amor</i>	191
La aurora del gran día	194
La ofrenda	199

Libro Segundo: *EL MENSAJE*

Preliminares	211
Cap. VII.— <i>El Prólogo del Mensaje</i>	216
Primeras peticiones	216
Llamamiento a las almas escogidas	229
El valor apostólico de la vida ordinaria	238
Los favores de Adviento y Navidad	250
Cap. VIII.— <i>La Cuaresma de 1923</i>	260
La Vía Dolorosa	260
Los Secretos de la Pasión.—El Cenáculo	270
La Eucaristía	278
Getsemani	289
Abandonado de los suyos	297
De tribunal en tribunal	303
Coronado de espinas	312
La Semana Santa	323
Lunes Santo: Camino del Calvario	324
Martes Santo: Simón Cirineo	328
Miércoles Santo: La Crucifixión	331
Jueves Santo: El gran Día del Amor	335
Viernes Santo: Las Siete Palabras	337
Cap. IX.— <i>Marmoutier</i>	341
Vida de fe	341
En Soledad	346
Pesada cruz y señalados favores	355
Cap. X.— <i>Llamamiento al Mundo</i>	365
Regreso de Poitiers	365
¿Lo saben los hombres?	373
La respuesta de los hombres	382
Cap. XI.— <i>Á la sombra de la Cruz</i>	395
El aniversario de los Votos	395
Días de prueba	401
En el yunque del dolor	409
Cap. XII.— <i>Roma</i>	415
La Casa Madre: Divinas garantías	415
De nuevo en Poitiers.—Purificación	425
Cap. XIII.— <i>In finem dilexit</i>	433
El sello de Dios	433
Las últimas palabras del Mensaje	436
Unión en la Cruz	446
Consummatum est	457
Conclusión	467
Índice analítico	

ORACION PARA OBTENER GRACIAS POR INTERCESION DE SOR JOSEFA

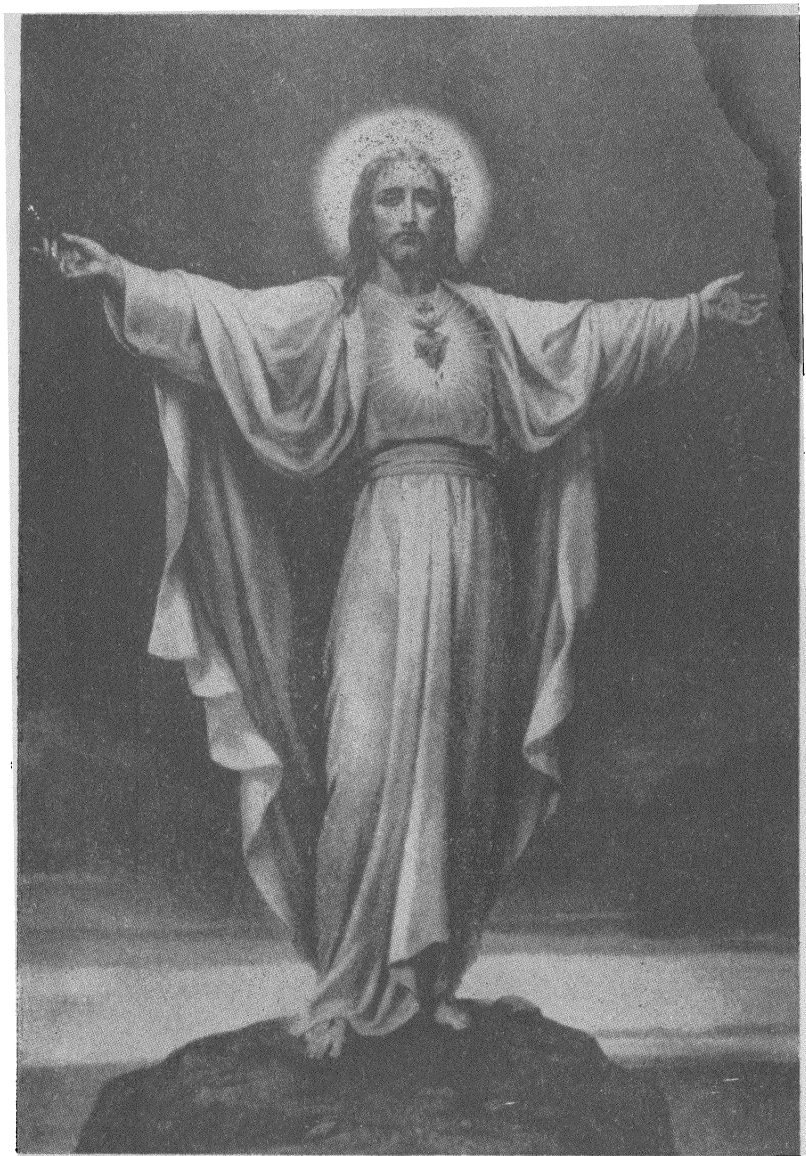
(PARA USO PRIVADO)

¡Oh Jesús! que no podéis resistir a las súplicas de un alma que lo espera todo de Vos, dadnos la fe, la confianza y el abandono que llegan a vuestro Corazón, a fin de que, seguros de Vos, obtengamos de vuestra omnipotente bondad lo que humildemente os pedimos para vuestra gloria y el advenimiento de vuestro reino de amor y misericordia.

Oh Jesús, dignaos glorificar vuestro Corazón concediéndonos la gracia (conversión o curación, favor espiritual o temporal) que solicitamos, por intercesión de vuestra humilde sierva Josefa.

* * *

Las personas que reciban gracias y favores por intercesión de Sor Josefa hagan el favor de comunicarlo a Plateros 110, Colonia San José Insurgentes, Mixcoac, México, D. F.



¡Venid todos a Mi!



Santa Magdalena Sofia. Fundadora del Sagrado Corazón.



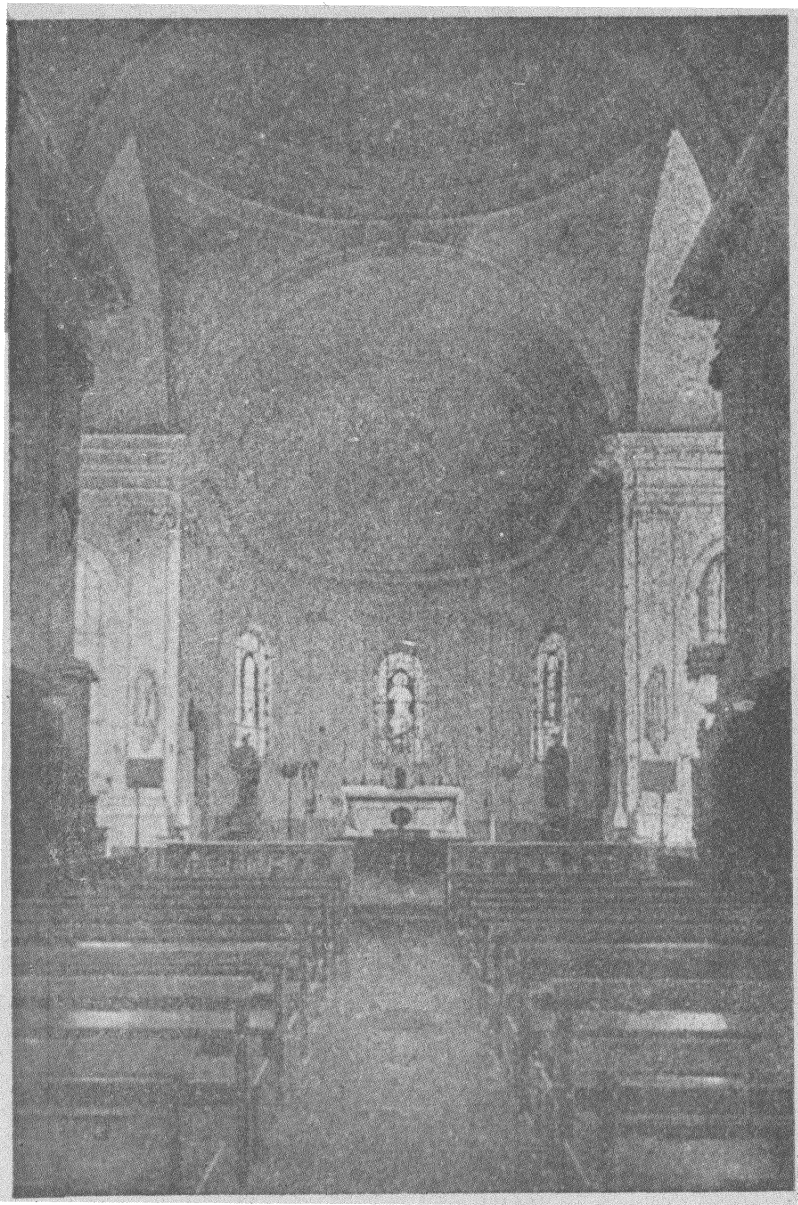
Josefa a los cuatro años.



Hermana Josefa Menéndez.



Josefa tres meses antes de su muerte.



Capilla en donde Josefa tomó el hábito e hizo los votos.



Estatua de la Santísima Virgen ante la cual Josefa hizo su
Profesión en su lecho de muerte.



Capilla del Sagrado Corazón de Leganitos (Madrid).

ESTE LIBRO
SE ACABO DE IMPRIMIR
EN LA IMPRENTA "LAURA"
F. ALVA IXTLIXOCHITL No. 145
EL DIA 4 DE MAYO DE 1949
FESTIVIDAD DE LA SO-
LEMNIDAD DE SAN
JOSE.

LAUS DEO

